

Alcides Arguedas

HISTORIA GENERAL DE BOLIVIA

(El proceso de la nacionalidad)

1809 - 1921



LA PAZ

Arnó Hermanos, editores

1922

Los señores:

Manuel E. Aramayo
Antonio Balanza
José María Baldivia
Claudio Q. Barrios
Manuel Caba
Joaquín Caso
Moisés Carpio
Manuel Carrasco
Donato Encinas
Carlos Blanco Galindo
Silverio González
José Eduardo Guerra
Agustín Iturricha
Manuel B. Mariaca
Aristides Moreno
Demetrio Salas Mallo

Luis Paz
Rigoberto Paredes
Carlos Romero
Ricardo Rivas
Adán Sánchez
José Salmón B.
Edélmira L. de Sotomayor
Valdés
Graciela Sotomayor de Con-
cha
José Calasanz Tapia
Pastor Tejada
José Vázquez
Rosendo Villalobos

han contribuido
con documentos a la redacción de esta obra
y el autor les presenta aquí
su
público homenaje de gratitud.



DEDICATORIA

El primer deber de cualquier historiador, es dirigir todos sus esfuerzos a ofrecer una imagen todo lo exacta posible de la realidad pasada, para dilucidar la verdad de entre las nieblas voluntarias o involuntarias que la rodean. Toda obra que no respete este principio en todo su rigor, no puede aspirar al título de historia...

A. D. XÉNOPOL.

Dedico esta obra, reverente, a la juventud estudiosa de mi Patria.

Sabrán ahora las nuevas gentes, si la leen, que nada de lo que se ve debe sorprendernos porque es el resultado fatal y lógico de nuestro pasado triste y sin relieve; que la patria ha sido a menudo juguete de gentes sin valor moral, ordinarias de corazón y de mente, de pobres gentes que sólo han podido ser algo y jugar un rol más o menos descolante, porque los cuarteles suplieron a las escuelas, y, cuando hubo escuelas, últimamente, en vez de educadores, sólo se pusieron maestros...

Nuestra emancipación política ha sido la obra de militares dotados con bellas intuiciones de estadistas. Pasaron los grandes hombres, como sombras, envueltos en el torbellino de

los sucesos del Continente, y nosotros nos quedamos deslumbrados por el brillo de sus sables y creyendo que sólo dura lo que con el sable se construye. Perdimos entonces el respeto a los doctores de la universidad de San Xavier, laboratorio de energías mentales, y dejamos que poco a poco se fuera atrofiando el cerebro para pensar exclusivamente en cuidar del estómago. Nos hicimos gentes de presa, luchadores en campo cerrado. Y ofrendamos nuestro vasallage a militares con el culto de la acción y de la fuerza, desdeñando a los estudiosos, los cuales, ante el desvío, se fueron también tras las huellas de los soldados, olvidando las enseñanzas de sus libros.

Y entramos a la era dolorosa de los caudillos.

La política,—se dice,—es el arte de gobernar bien, y así lo entienden en otras partes del mundo donde hay pueblos civilizados, ricos y prósperos.

Entre nosotros la política ha sido, sigue siendo, el arte de prosperar individualmente y por eso, desde la emancipación temprana, hemos vivido en perpetua guerra para alcanzar ese fin aunque ocultando el propósito detrás de nombres sonoros, y la intensidad de los apetitos bajo la oriflama de programas que éramos incapaces de realizar.

Si esto parece excesivo, consúltese desinteresadamente la Historia y recién entonces se estará capacitado para comprender en su magnitud toda la extensión de nuestro infortunio.

Porque esa historia, es, en el fondo, de una tristeza infinita, pues es la historia de un pueblo pobre y sin cultura. Quisieron nuestros cronistas darle algún relieve ocultando sus tristezas, y explotaron el lado épico de su faz narrando y describiendo las acciones bélicas del caudillaje sin detenerse un punto en el aspecto social de esas luchas, que es donde salta la miseria de las andanzas guerreras. Otros, más complacientes todavía, exaltaron tales luchas viendo principios a través de sus afanes, y convirtieron la historia en mujerzuela liviana de intramuros, llena de oropeles y fácil de rendir a poco precio,

pues hallaron héroes allí donde sólo había hombres, y, hombres, donde se ocultaban payasos. Y así amontonaron en las páginas de sus crónicas nombres de gentes sin pasado y sin volumen solo porque en uno de tantos momentos, desempeñaron un cargo, llenaron la plaza con el rumor de su palabra, esbozaron un gesto.

“El individuo histórico,—dice Hanotaux,— es, por excelencia, el gran hombre, el profeta, el santo, aquel que ha cogido, prolongado, realizado en su juicio, en su voluntad y en su obra, las aspiraciones de su generación y de su tiempo para darles un impulso nuevo. Sin los héroes, no hay progreso ni historia: la vida estancada de la humanidad no merece ser contada” (1)

Nuestra historia, *de ojo miope*,— que diría Carlyle,—nunca ha contemplado sino el aspecto militar y meramente político de los sucesos. La masa, la colectividad, con sus peculiaridades, sus afanes de vida cuotidianos, sus preocupaciones, hábitos y costumbres, no aparece por ningún lado. Tampoco se conocen las manifestaciones de su vida intelectual y moral, y menos se habla del hombre económico y social. Es el hombre de partido, afanado en la lucha por la posesión del poder el que se explaya en sus páginas; pero sin personalidad, sumergido en la torrentosa corriente de las revoluciones.

Ahora bien: estudiando de cerca los anales y poniéndose a meditar sobre sus enseñanzas, se ve que dos resortes principalmente guían la conducta de todos los políticos y caudillos cuyos nombres llenan las crónicas de los sucesos: el hambre y la vanidad.

Y se puede analizar nuestros problemas bajo cualquier aspecto. Se puede verlos bajo el aspecto étnico y geográfico; desde el punto de vista de los hechos o de los principios; se

1).—Revue de Deux Mondes.

puede estudiar la conducta privada y pública de esos hombres o seguir el proceso de su desarrollo mental, y siempre, invariablemente, aparecerán esos resortes, —demasiado humanos, por lo demás,— determinando su conducta, al través de todo, por encima de todo.

Para moderar la acción propulsora de estos dos resortes intensamente templados, han faltado otras dos fuerzas de valor positivo en los pueblos: riqueza económica y principios morales.

Y esta es la labor que urge realizar de inmediato y sin demora para alcanzar un alto destino, porque, al fin, la riqueza atrae inmigración, crea cultura, y con la cultura nacen las aristocracias pensantes y de rango sin las cuales no es posible concebir ningún progreso, porque, ¡Dios santo! la chusma constituye el cuerpo social y nunca tiene acción directiva pues no se piensa con los brazos, las piernas o el estómago sino con la cabeza...

Y un pueblo sin grandes establecimientos de instrucción, sin Universidades bien constituidas, sin facultades de enseñanza técnica y profesional, carecerá siempre de elemento directivo. Y sin jefes ni conductores, sin poetas ni filósofos, sin industriales y hombres de empresa, será siempre un pueblo primitivo y en ruinas, desorientado, sediento de cosas insignificantes porque le faltarán hombres de ciencia y hombres de Estado, es decir, gentes de saber, ya que, en último análisis, el problema magno del mundo depende de esas gentes, pues todo es producto del mejor saber, del honesto saber, del más saber, es decir, de cultura...

Y por habernos faltado estos elementos, hemos vivido una vida pobre y triste, luchando siempre, destruyéndonos en guerras intestinas o afanándonos sin motivo en discusiones bizantinas, todavía latentes...

Y cuando las revoluciones se hacen honradamente invocando principios, se suceden por lo general a largos intér-

valos en los que entra eso que Carlyle llama con justeza “la perseverancia en la calma”,—período de fecunda actividad constructiva y de grande beneficio para los pueblos. Más cuando se las hacen por las personas, o, como acontece entre nosotros, por comer, se suceden con una regularidad espantosa pese a su careta de principios, pues necesario sería que la animalidad en el hombre se sobrepusiese a su razón para que osase declarar que realiza un movimiento con el fin de comer o figurar, es decir, de eso que llaman *figurar* ciertas gentes y que confunden o creen que es sinónimo de *perdurar*.

Por eso entre nosotros se repite la historia dentro de un ritmo implacable que espanta. Se repite en idéntica forma, con sus detalles trágicos y cómicos, y sus pasiones, su odio y su violencia; se repite abrumadoramente hasta en sus frases de un realismo desolador y brutal.

“Para el adversario político,—decía ayer el tribuno Baptista,— no queda mas que la proscrición o el caldoso...”

La sentencia, con otras palabras, aun se la escucha; y un hondo abatimiento gana el espíritu porque se ve que seguimos siendo los mismos de hace cincuenta años y acaso un poco peores, porque eso que llamamos política, nuestra horrenda, infecunda y malhadada política, no es ni ha sido nunca desplazamiento de doctrinas, sistemas o principios, sino mero desplazamiento de hombres. De unos hombres que se *sacrificaban* sirviendo al país, por otros que también aspiraban a *sacrificarse* en la misma tarea...

Todo esto, ahora esbozado en unas cuantas líneas, quise documentario en muchos volúmenes porque pensaba, con el solitario de Francfort, que “un pueblo que no conoce su historia está limitado al presente de las generaciones que viven en la actualidad; no comprende ni su carácter ni su propia existencia, porque no puede referirlas a un pasado que los

explique, ni menos pueda calcular lo por venir. Sólo la historia da a un pueblo la plena conciencia de sí mismo... Por falta de ésta,—añade Schopenhauer,—es por lo que el animal permanece encerrado en el estrecho círculo del presente intuitivo". (1)

El propósito ha sido desbaratado por el glacial despego con que el público supo recibir el primer volumen de la obra, despego que en el fondo significaba acaso una especie de condenación por el tiempo malgastado en esa labor.

Pero como pocos hombres hay que después de haber usado parte de su vida en una empresa honestamente realizada, se resignen de pronto, ante el primer fracazo, a considerar inútiles sus esfuerzos o vana su empresa, me así de una última esperanza y siguiendo los consejos de un viejo amigo profesor, dejé presentar por otro, una proposición al Consejo Universitario de este distrito para que con los modestísimos fondos del premio Escobari, no atribuidos desde hace algunos años, contribuyese la Universidad de La Paz a la edición de los siete volúmenes de la obra, que, por su índole, es poco asequible al vulgo. Al consentir en ello, aunque con marcada repugnancia, no olvidé que en todas partes, incluso en el país, siempre se hace la edición de ciertas obras con el apoyo de los poderes públicos o de las instituciones privadas, cuando la masa lectora es deficiente, y aun no siéndolo, cual acontece en Francia y en todos los países cultos de este nuestro Continente donde los trabajos históricos, geográficos, estadísticos y de otra índole se realizan a base de suscripciones o de cooperación del Estado, del Municipio, pues, según expresión de Carlyle, súbdito de un gran pueblo donde jamás los escritores viven con estrechez, "ningún libro se imprime sin dinero, o por lo menos, no se escribe sin el sustento que se procura

(1).—*El Mundo como Voluntad y como Representación.*

con el dinero. Sin dinero,—insiste,—el hombre más emprendedor no puede desplazarse de un sitio; todo proyecto patriótico, individual u otro, exige dinero". (1)

Así es, y, por serlo, acepté el consejo y dejé obrar a los amigos; más apenas sometida la idea al cuerpo universitario, halló la oposición de la autoridad que entonces lo dirigía, tenaz, cerrada, intransigente.

—Señor; carecemos de historia y hemos de llegar al Centenario sin ella,—objetó uno de los consejeros haciéndose eco del unánime pensar de sus colegas, gallardamente alarmados por la obstinación del singular personaje.

Y el Rector de responder con glacial indiferencia:

—Pues llegaremos sin historia...!

Ese hombre, ese alto funcionario que presidía en esos momentos la Universidad del primer centro de cultura en Bolivia, ha sintetizado en su respuesta la opinión corriente en la plebe letrada del país, para la que ningún esfuerzo intelectual sinceramente realizado tiene valor ni importancia si el que lo intenta se halla desvinculado del gobierno y del partido político dominante...

Consigno con alguna repugnancia la ligera relación de este menudo incidente con el deliberado fin de suministrar en este libro de historia un simple dato para quienes se propongan mañana, cual se hace hoy, levantar el proceso del momento en que vivimos, apasionante bajo tantos aspectos y tan lleno de enseñanzas saludables...

Frustrado, pues, el propósito, no he podido, con todo, resolverme a no mostrar los rasgos generales de nuestra vida de tormenta, pródiga en derroche de energía infecunda, y he aprovechado los materiales entregados a la casa Alcán por cuenta del Comité *France-Amerique* de París, para ampliarlos

(1).—*Histoire de la Révolution Française.*

notablemente en esta edición castellana sintetizando cada volumen en un libro, y poder ofrecer esta obra a la juventud estudiosa de mi patria con el solo propósito de que meditando sobre sus al parecer desoladas páginas, saque de ellas una enseñanza palpitante de esperanza y se imponga el deber de reparar los males acumulados por nuestros progenitores, dando poca importancia a sus alarmas de momento, porque, "cada período tiene sus raíces en el anterior, la explicación completa del estado de la humanidad, de una institución, de un pueblo, tal y como se encuentra en un momento dado, solo puede darla la cadena completa de los estados anteriores",— nos advierte con calma cordura Xénepol, el más autorizado teorizante del día. (1)

Y esta obra es sólo la demostración de ese gran postulado. Pero esas condiciones han de pasar.

Nuestro país, por su ubicación en el Continente y su variedad prodigiosa de productos; por el relieve de su suelo y las fuerzas de vida animal y vegetal en él acumuladas, tiene innegablemente una potencialidad en absoluta desproporción con los elementos humanos y económicos que hoy pudieran aprovecharla. Es un reservatorio de fuerzas y torpe sería quien no lo viese así. Porque de las llanuras espléndidas y benignas del Chaco tarijeño a la red intrincada de corrientes fluviales del territorio de Colonias en el Norte; de las inmensas sábanas pastoriles de Chuiquitos al lago azul de Manco Ccápacc donde los montes con entrañas de ricos metales se hierguen en un encadenamiento vertiginoso formando el gran macizo de los Andes cuyas cimas nevadas ven florecer la vida en las cañadas y repliegues de sus faldas, hay una variedad infinita de climas, tierras y productos cuya explotación inteligente ha de contribuir en tiempo relativamente corto a una transformación radical de nuestro país que por las condicio-

(1).—Xénepol. *Teoría de la Historia*.

nes anormales de su desarrollo económico y político, es una entidad de poca significación dentro de nuestro mismo Continente.

Pero somos acaso nosotros mismos quienes hemos contribuido a acentuar esta impresión de pequeñez, porque,—yendo ya a las nimiedades de trascendencia,—no hay caudillo que no se imponga como un deber ineludible de su cargo el favorecer a su familia o retribuir los servicios electorales de sus agentes y amigos, enviando fuera y con altos puestos diplomáticos y consulares a seres de escasa o ninguna preparación intelectual o social.

El aporte de experiencia cultural o de ansias renovadoras traído por estas gentes es nulo, y no aprovecha en nada al país. Su contribución al mejor conocimiento del país en el que desempeñan sus funciones también es nulo porque si no supieron interesarse por las peculiaridades de su propio medio, menos pueden abrir los ojos para descubrir las que en los otros pudieran servirnos de enseñanzas.

De aquí el concepto extraño en que se tiene a Bolivia y se traduce visiblemente en el despego con que se miran nuestras querellas interiores y nuestros reclamos de cosas justas e inaplazables.

Pero esto ha de pasar, tiene que pasar aun a despecho de nosotros mismos y por mucho que nos empeñemos en no hacer obra constructiva o de simple duración, pues el mundo se expande todos los días desarrollando su potencia creadora para buscar los productos que le faltan y sin los cuales no puede mantener esas conquistas que han mejorado su vida, la han hecho más cómoda y atrayente.

Y entonces, mañana, cuando la ola migratoria invada nuestro territorio trayendo, como ya comienza a traer, capitales, brazos e iniciativas y se exploten las riquezas mineras, agrícolas, ganaderas y petroleras de su suelo, recién saldremos de estas brumas de pesadilla para resolver acaso fundamental-

mente nuestras cuestiones vitales que hoy no interesan a nadie, ni aún a nosotros mismos, con intensidad. Es entonces que hemos de exigir nuestro derecho a la propia soberanía y hemos de salir al mar rompiendo vallas, si es que aun fuera tan cerrada la ceguera o tan fuerte el egoísmo de los pueblos que pretendiesen alzárnoslas al paso.

Cincuenta, ochenta, cien años de espera no son nada para los pueblos. Lo único urgente en ese intervalo sería, eso sí, mantenernos cohesionados y no permitir por ningún motivo que se disminuya el territorio nacional.

Para esta labor de conservación es que se requiere el concurso de hombres hábiles, gentes educadas y estadistas serenos y los cuales casi nunca salen de las camarillas oficiales ni del seno de las familias mometáneamente encumbradas por obra y gracia de la política, sino que se forman en los silenciosos gabinetes de estudio, en las aulas universitarias, en el servicio prolongado de las profesiones liberales o en el dilatado caminar por el mundo y que en nuestro país, por las condiciones anormales de su desenvolvimiento, hay que buscarlos, — llenando una política honrada, — de entre todos los grupos y partidos militantes, porque, por desgracia, es tan escaso el elemento dirigente, que le es absolutamente imposible a ninguno gobernar “exclusivamente con los suyos”, como se dice, salvo que se persiga una política de camarilla cerrada y de favoritismo nepotista, que siempre encubre propósitos inconfesables, y, por tanto, dañosos al país.

Todo esto, claro está, no se alcanza casi nunca en momentos de turbación, cuando se alborotan las pasiones y se despliega el fácil sistema de las complacencias; pero ese sería, en suma, el deber de todo gobernante honrado, es decir, desarrollar una política de *unión sagrada* y de mancomunidad de aspiraciones, la sola que de pronto puede salvarnos.

Porque, después de todo, es preciso tener fe cuando el objeto de nuestras ánsias es la patria, o el solar grande donde

nuestros progenitores imprimieron con su vida llena de religión, de ilusiones, de miserias, dolores y alegrías, marca al sello común que hoy ostentamos y que nosotros, acentuándolo, hemos de transmitir a nuestros hijos, savia pura de nuestra propia vida, tuzaz como el polvo o el humo.

Y esta cosa tan deleznable como es la vida humana, solo encuentra su más grande expansión, su fecunda actividad, allí donde sus más leves manifestaciones hallan resonancia y son como el eco de otros anhelos engendrados al calor de las mismas ilusiones, de unas mismas creencias, de un mismo ideal.

Y tener fe en la vida y en el porvenir es una gran fuerza, aunque se viva en tiempos de tristeza, pues los males políticos son fatalmente pasajeros porque cuando más están limitados a la vida de los agentes que los producen y no hay que tomar pie en ellos para mirar cubierto de brumas el porvenir.

Y de ahí, de mi fe en el futuro de la patria, por lo que dedico a la juventud estudiosa de mi país, este libro severo, triste, honesto y de una moral trascendental, porque, a través de la desolación que descubre, sugiere, implícitamente, el deber de abandonar ya la tortuosa senda trillada hasta aquí, para emprender por nuevas y anchas rutas si es que de veras se ama la patria y se tiene fe en sus destinos.

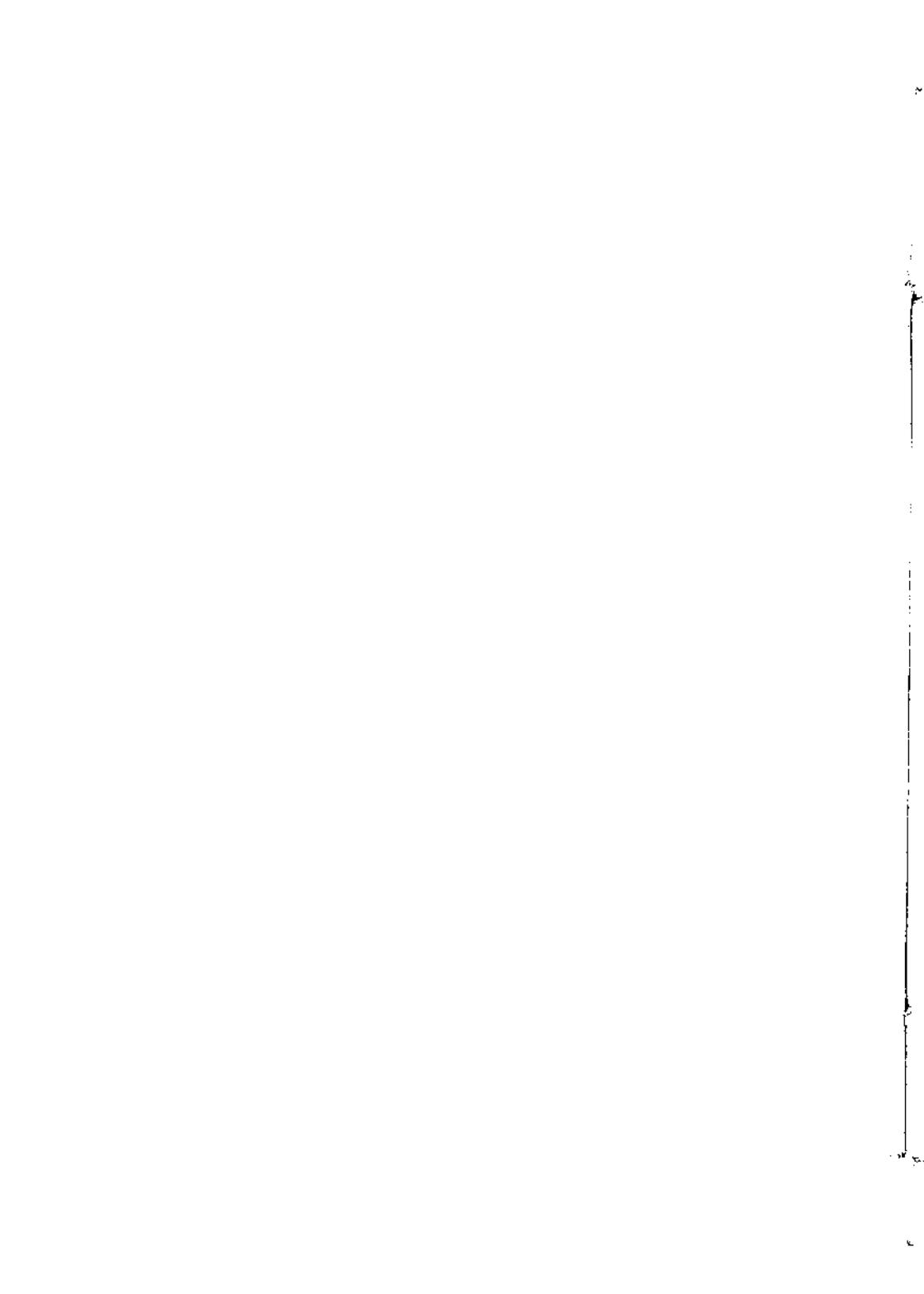
Y ahora, al tiempo. . . .

Alcides Arguedas

La Paz, enero de 1922.

LIBRO PRIMERO

La Fundación
de la República



CAPITULO I.

Chuquisaca y su Universidad a principios del siglo XIX.—Vida social y distribución gremial de la urbe.—Goyeneche y su doble rol.—Revolución del 25 de Mayo.—Propaganda de la revolución.

La noticia del cautiverio del rey español por los franceses llegó a Chuquisaca el 17 de Septiembre de 1808, y pocos fueron los altos funcionarios de la corona que se inclinasen a dar entero crédito a tan estupendo anuncio que les parecía fuera del orden natural de las cosas; pero cuando posteriores documentos oficiales vinieron a confirmar lo ya sabido, creyeron los súbditos del rey que el andamiaje institucional de España se venía abajo carcomido por el tiempo y las nuevas ideas, y, los naturales americanos, que esa era la conjuntura ofrecida por el lógico y humano encadenamiento de los hechos para sacudir la cadena de opresión que durante tres siglos habían arrastrado.

Chuquisaca en aquellos tiempos era uno de los centros más intelectuales del Continente hispanoamericano y su Universidad de San Xavier, célebre en los países del contorno, ejercía poderosa atracción en los estudiantes de Lima, Cuzco, Córdoba o Buenos Aires de donde iban a cursar humanidades acogiéndose al seno de las familias acaudaladas, como pupilos, y donde aprendían a discutir en todos los tonos y sobre todos

los temas, porque la ocupación favorita de estudiantes y doctores era engolfarse en apasionadas disquisiciones sobre temas políticos de preferencia y con los argumentos que les suministraban los libros de Montesquieu, Raynal, D'Agneseau y otros, devorados a ocultas de los profesores. Era, puede decirse, un laboratorio de ideas libertarias dados los tiempos y la clase de hombres dominantes.

Como ciudad, Chuquisaca, valía poco, sin duda, porque era una ciudad de corte netamente español, desprovista de recursos, pero apacible, de clima deliciosamente templado y de contornos ricos en campos abundosos y de linda vegetación.

Las gentes de la urbe estaban distribuidas en clases perfectamente caracterizadas y distribuidas por gremios. Había la de los religiosos, funcionarios públicos, acaudalados mineros o terratenientes y la de los universitarios. El pueblo propiamente dicho, es decir, la masa criolla, apenas contaba en esta principal distribución, y sus andanzas, menesteres y preocupaciones sólo interesaban a los demagogos sentimentales o a los magistrados diligentes y previsores, que apenas eran una excepción.

La tarea favorita de todas estas gentes, era, como se tiene dicho, la discusión y el chisme en sus más variadas tonalidades, desde la burla inocente y la manía de los apodos, que aún queda, hasta la calumnia oculta que empaña la honra y hace correr en veces la sangre; pero la vida misma era por lo general apacible, monótona y transcurría lentamente para todos, vacía y siempre igual. No había periódicos; tampoco teatros. Se vivía en santa ignorancia de lo que pasaba más allá de las lindes del terruño y sólo preocupaban las noticias relacionadas con nuestro Señor el Rey y su familia, de quienes no se tenía queja alguna.

Figúrese, pues, en una sociedad así constituida y entre gentes de tan plácido vivir, el estupor y la consternación que causarían las tan grandes noticias del cautiverio del monarca español y de su prisión en tierras de Francia. Hubo rogativas en los templos, procesiones en las calles para las que se saca-

ron a lucir el retrato de Fernando VII. También hubo juramentos públicos de fidelidad al monarca destronado.

Esto, se entiende, entre los funcionarios de alta categoría y los señores de rango y título; más no así en el gremio de los doctores y universitarios donde en el nuevo estado de cosas de España hallaron ocasión propicia para, como de costumbre, entregarse a la discusión que los condujo a ver esos asuntos con un criterio nuevo y apropiado a las circunstancias.

Este nuevo criterio se resolvía así en las discusiones: todo poder, para ser legítimo, tiene que emanar del pueblo. Había sido destruído el cetro de los reyes españoles por la fuerza de las cosas; luego era llegado el momento de que el pueblo asumiese su verdadero rol para organizarse.

Y en tanto que los doctores, en secretos conciliábulos, le daban mil y mil vueltas a la proposición, el arzobispo Moxó, señor de rancia cepa, se agitaba en otra clase de andanzas y promovía una colecta entre los frailes y clérigos de su dependencia provocando en ellos general movimiento de protesta con la medida y aumentando la irritación que sentía contra él por su rigidez y severidad ejemplares, y sus gustos refinados y aristocráticos, tan distantes de los suyos prosaicos hasta la misma vulgaridad.

Es que realmente rondaba la pobreza por aquel tiempo en el clero altoperuano, pues las malas cosechas eran periódicas, se había descuidado un tanto el laboreo de las minas, y esto, unido a su vida licenciosa y a su afán de acumular reservas, lo ponía en condiciones de no poder acatar los deseos del mitrado.

Moxó se sintió herido con el poco éxito de sus gestiones. Entonces, achacando a tacañería la resistencia de sus subordinados de quienes tenía muy mal concepto por lo licencioso de su vida privada, concibió el propósito de hacer observar rígidamente las instrucciones que antes impartiera y por las cuales obligaba a los curas a rendir un examen de suficiencia ante un tribunal especial que, no obstante su misión de poner valla

y medida a la competencia del postulante, estaba secretamente instruido para que revelase al arzobispo «sobre la vida y costumbres de los individuos». (1)

Impunemente no se toman empero medidas de la índole que tienden a restringir el libre ejercicio de las profesiones lucrativas. Y los curas se coaligaron contra el arzobispo y esta coaligación sirvió de fuerte apoyo a la causa de la independencia, pues, muchos de los curas y frailes que abrazaron con ardor de fanáticos esa causa, mas que por puro amor de ella, fue por odio al estricto, orgulloso y culto Moxó, de chillona voz, elegantes maneras y bolsa repleta y de ancha boca.

Menos de dos meses después, el 11 de noviembre, llegó a Chuquisaca don José Manuel Goyeneche, americano de nacimiento, y de quien se dijo que era portador de un pliego de instrucciones que le había dado la Junta de Sevilla que funcionaba como supremo poder en España, aunque todos ignoraban que en su afán de medrar con la hora y su deseo de adquirir honores, riquezas y prestigio, también venía como prisionero de doña Carlota, princesa del Brasil y reina del Portugal, con quien, al pasar por el Brasil donde se encontraba con su esposo y conspirando contra él, había tenido una larga conferencia en la que se comprometió a sostener sus aspiraciones a las posesiones españolas, jugando así el doble rol de traidor y falaz con que lo pinta la Historia para escarmiento de los de su laya.

Goyeneche fue recibido con grandes manifestaciones de consideración y al punto entró en conferencias secretas con el arzobispo Moxó, el presidente de la Audiencia, don Ramón García Pizarro, directo descendiente del conquistador y a los cuales logró ganar a la causa de doña Carlota, no sucediendo lo mismo con el presidente de la Academia Carolina, Boeto, quien, al enterarse de la doble misión del triste personaje y descubrir su falacia, tuvo una actitud airada con él y frases de dura condenación.

(1).—RENÉ MORENO, *Últimos días Coloniales*.

Hizose patente la discordia y al punto también los doctores y universitarios, que ya fraguaban planes de vasta trascendencia, echaron a correr el rumor de que el arzobispo y el presidente tenían concertado entregar a los portugueses esas posesiones castellanas, rumores que se acentuaron a la partida de Goyeneche que se fué el 17 con dirección a La Paz, y ante los cuales hubieron de hacerse pesar muy de veras los dos personajes en haber escuchado a Goyeneche, pues no era mucho su coraje y jamás querían verse mezclados en trances de pelea.

La voz de los descontentos descendió a la plebe llevada por los agitadores, que eran unos cuantos jóvenes y doctores de buenas familias entre los que sobresalían los hermanos Zudáñez, el argentino don Bernardo Monteagudo, don Joaquín Lemoine, los Mercado, Carvajal, Prudencio y otros de igual categoría e igualmente inspirados por las nuevas ideas de la gran revolución, que iban encendiendo formidables hogueras en todos los puntos del mundo descubierto por Colón.

La fama de Monteagudo, el más vistoso de todos, provenía ya no únicamente de su talento nutrido y su labia gallarda, sino, sobre todo, de su bodega o tenducho que tenía establecida en el mercado y donde se hacían por lo general las reuniones de los amigos revolucionarios; y si hogafío se ve que la tienda, pulpería o bodega lleva a los escaños del municipio y aún a las curules de la cámara, antaño daba lustre y dinero, pues era la tienda, como es aun hoy en ciertas localidades y al estilo provincial de España, centro de salados caramillos y de honesto esparcimiento.

Pizarro, arrepentido de su conducta y viendo que se iba explotando maravillosamente el arma en contra suya, quiso cortar por lo sano y el 25 de mayo dio orden para que se pudiese en prisión a los revoltosos, y, muy particularmente, a los hermanos Zudáñez, sin disputa los más emprendedores de todos.

Uno de ellos fue cogido cerrada la noche, una noche que parecía prolongación del atardecer porque la luna llena derra-

maba tan vivos fulgores que a su claror se podía leer sin fatiga un libro, como acontece con esas noches ivernales de la meseta andina, de cielo maravillosamente limpio, transparente y sereno.

Zudáñez se dejó prender; pero al ir en pos de sus conductores se puso a dar grandes gritos alborotando las calles desiertas y promoviendo con sus voces remolinos de plebe secretamente movida por los amigos del prisionero. Muchos se subieron a las torres de las iglesias y echaron a vuelo las campanas; otros encendieron fogatas en las calles y los balcones de las casas se llenaron de curiosas y alegres muchachas y de alborotadores niños a los que el insólito ruido de los bronces y el claror vivo de las fogatas llenaron de febril alegría.

Pizarro, que no preveía tan grande alharaca, dispuso que sus pocos soldados disparasen descargas de fusilería y un cañonazo aunque sin apuntar a la gente y con el solo fin de infundir pavor en los alzados; pero éstos no se dejaron amedrentar y armándose de piedras, palos y algún sarroso fusil, atacaron la Audiencia y cogieron preso al Presidente Gobernador no obstante de que el manso caballero había dado orden, amedrentado por el laberinto y el furor del populacho, de poner en inmediata libertad al detenido.

Salió Pizarro de la famosa Audiencia, escoltado por el pueblo, y fué conducido preso a los salones de la Universidad. Eran las doce de la noche y a esa hora se abría una nueva era para el pueblo sometido y destruído por otro Pizarro, aunque no de venturas; y el anciano prisionero, impresionado por la gravedad de la hora, frente a los hechos precursores, decía con solemne melancolía: «Con un Pizarro comenzó la dominación de España; con otro Pizarro principia la separación». (1)

Al día siguiente, y creyendo los revolucionarios que su misión estaba concluída en Chuquisaca, emprendieron camino de propaganda a las demás ciudades de la Audiencia, yendo a La Paz los doctores Michel y Mercado, a Cochabamba Pulido y Alcérreca, y Monteagudo a Potosí.

(1).—RENÉ MORENO, *Más notas históricas*.

CAPITULO II.

La Paz y la revolución del 16 de Julio de 1809.—Proclama de la Junta Tuitiva.—Traición de Murillo.—Su muerte heroica.—Revolución de Cochabamba.—Primera expedición argentina.—Batalla de Villcapugio.—En el Alto Perú nace la idea de la emancipación absoluta.—Segunda expedición argentina.—Los grandes caudillos.—Tercera expedición argentina.—Batalla de Sipesipe.—La Serna se hace cargo del ejército realista.

May otra fué la revolución de La Paz y no tuvo de pronto epilogo de romance, porque la sangre corrió a torrentes y en el patíbulo rodaron las cabezas de los caudillos, brutalmente sacrificados por Goyeneche.

Tambien en La Paz ardía el deseo de la emancipación acaso más agudo que en Chuquisaca, pero por otras causas. La dialéctica chuquisaqueña no tenia ambiente, ni las discusiones académicas echaban raices en ese medio nó porque fuese herméticamente cerrado a las especulaciones intelectuales, sino porque el carácter de las gentes pedía otra clase de ejercicios para el desarrollo de su actividad, pues eran gentes de carácter hosoey necesitaban mandones de temple duro, distintos a los que exigía la docta y pulida Charcas. E iban soldados endurecidos en recias campañas, bachilleres aventureros y díscolos, vagabundos buscavidas ávidos de lucro y nada es-

crupulosos para alcanzar su deseo. Y al topar con gente brava y decidida hizose lujo de valor y hombría el extremar las medidas de rigor, originandose así una lucha de siglos, de que ya estaban hartos los andinos.

El comisionado Michel promovió algunas juntas secretas reuniendo a los que ya se señalaban como jefes del movimiento libertario, y la última se efectuó la noche del 15 de Julio en casa de don Pedro Domingo Murillo donde se tomaron varios acuerdos para asegurar el éxito de la revuelta que iba a verificarse al día siguiente durante las fiestas tradicionalmente consagradas a la Virgen del Carmen, patrona de la ciudad

La imagen de la Virgen fué sacada en procesión hacia el atardecer. Iba precedida por las comparsas de danzantes indios que no cesaban de soplar en sus instrumentos tristes, y caminaba bajo la lluvia de flores y papel picado que las doncellas posecionadas de sus balcones arrojaban con fervor sobre la santa imagen que iba tomando descanso a los pies de los arcos de plata colgados de trecho en trecho, a lo largo de las calles. Concluida la procesión la tropa ganó su alojamiento de la plaza principal y después de rezar devotamente el rosario se retiró parte de ella del cuartel para gozar de la hora de libertad que se la daba, hasta las siete, yendo a gastar sus cuartos en los juegos de azar permitidos en esos días por las autoridades.

A esa hora salieron los conjurados de una tienda situada en la esquina de la Merced y atendida por Mariano Graneros, alias al *Ohallatejeta*, entre los que se encontraban Murillo, Sargánaga, Monje, Catacora, Lanza y el cura Medina, el más corajudo de todos y el de más firmes convicciones políticas, y se encaminaron al cuartel vigilado en esos momentos por una compañía de veteranos, ganada a la revolución. Sorprendieron al centinela y cogiendo las armas de la guardia rindieron en breve a los pocos soldados que no se hallaban comprometidos, dando luego la señal de alarma tocando arrebató las campanas de la catedral. El Gobernador Dávila intentó sofocar la revuelta, pero fué cogido prisionero y encerrado en el cuartel.

Inmediatamente se reunió cabildo abierto a petición del pueblo, el que por medio e iniciativa de sus representantes los doctores Gregorio Lanza, Juan Bautista Sagárnaga y Basilio Catacora hizo destituir a las autoridades, abrogar las alcabalas, quemar las cédulas de los deudores al fisco y dictar otras medidas de carácter económico, concluyendo la reunión con la declaratoria del Acta de la Independencia donde los conjurados "declaran y juran defender con su sangre y fortuna la independencia de la Patria".

El 24 de julio se organizó la Junta Tuitiva con quince vocales y se nombró presidente a don Pedro Domingo Murillo que era un mestizo versado en el manejo de las leyes aunque sin título de abogado, audaz, animoso, parco de palabras, mujeriego y que venía señalándose por su gran amor a la independencia y sus arteros y atrevidos manejos de propagandista, pues era él quien hacía circular los escritos anónimos que con profusión entonces corrían, y por lo que en 1805 se había visto envuelto en un proceso de sedición, y del que hubo de salir ileso porqueto tuvo la audacia de sindicar como a sus cómplices a las principales autoridades de la localidad. Era, pues, un hombre listo, emprendedor, servicial con los suyos y comedido, cualidades que le habían dado gran acendimiento entre las clases populares y que ahora se hicieron valer como méritos para darle la jefatura política y militar de la provincia y el llamativo título de Presidente de la Junta Tuitiva, anteponiéndolo a militares de mérito y grande prestigio como don Juan Pedro Indaburo, a doctores ilustres como el animoso presbítero don José Antonio Medina, el enérgico don Gregorio Lanza, el sufrido doctor Catacora y otros muchos, todos notables y descollantes en la ciudad.

El primer paso que dió la Junta Tuitiva fué anunciar a Chuquisaca el movimiento que acababa de operarse en La Paz y en dirigir engañosamente, un oficio al virrey de Lima protestando adhesión al monarca destronado; oficio tácitamente desmentido por la proclama que en seguida se lanzó al pueblo y en la que renegando de haber guardado «un silencio bastante

parecido a la estupidez» ante la política opresora del conquistador, anunciaba haber llegado la hora de sacudir la odiosa dominación.

«Ya es tiempo, decía, de organizar un sistema nuevo de gobierno fundado en los intereses de nuestra Patria altamente deprimida por la bastarda política de Madrid. Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título y conservadas con la mayor injusticia y tiranía».

Lanzado el reto con tan singular audacia, Murillo se preocupó exclusivamente de reunir tropas y alistarlas, pues a poco se supo que el virrey de Lima, alarmado por los sucesos, había encomendado al brigadier don José Manuel Goyeneche, a la sazón presidente del Cuzco, para develar todo movimiento que tuviese por fin ahogar la libertad de los pueblos.

Goyeneche se dio prisa en concentrar sus tropas dispersas en Puno, Arequipa y el Cuzco reuniendo en poco tiempo un formidable ejército de 5,000 hombres con el que se puso en campaña sobre la ciudad subversiva.

Estos preparativos se conocieron allí a tiempo, y desde esa hora comenzó a decaer visiblemente el entusiasmo revolucionario de algunos jefes, muchos de los cuales, ante la inminencia del peligro, se hicieron pesar de haberse mezclado en esos negocios, abrigando el propósito de retrotraer las cosas al punto en que se encontraban antes del 15 de julio, distinguiéndose Murillo en sus manejos para anular el entusiasmo por la independencia. Acaso no tenía bastante fe en la causa que había abrazado y esperaba diferir para coyuntura más favorable la hora de la emancipación.

Entretanto se aproximaban las tropas de Goyeneche a La Paz y al saberlo se disolvió la Junta Tuitiva el 30 de septiembre, por renuncia de la mayor parte de sus miembros, y Murillo, por la voluntad de todos, quedó sólo al frente de los negocios públicos y de la guerra y frente a la rivalidad y al odio de Indaburo. Y entonces, alucinado quizás por quien sabe qué clase de intenciones, acaso miedoso de haber tenido la au-

dacia de revelarse, escribió el 1.º de octubre una carta a Goyeneche «ofreciéndole, cuenta el mismo caudillo en su indagatoria, su persona y milicias, y que le comunicase sus órdenes para verificarlas al momento.» (1)

Esta carta cayó en poder del jefe de la vanguardia revolucionaria, Capitán Rodríguez, quien se apresuró en hacer un viaje a La Paz desde el pueblo de Tiabuanacu donde se encontraba. Llegado a la ciudad hizo prender a Murillo y ordenó que se le encerrase en el cuartel con dos centinelas de vista.

Indaburo quedó como jefe de las tropas, parte de las cuales no deseando permanecer a órdenes de Indaburo acaso porque dudase de su fidelidad a la causa independiente, salió ese mismo día a acantonarse en los altos de Chacaltaya a órdenes de dos oficiales, el gallego Castro y el capitán Rodríguez.

Inmediatamente Indaburo se ocupó de recolectar gente aceptando en sus filas a los partidarios de la reacción y luego, cuando se sintió fuerte, hizo prender a los principales revolucionarios que permanecían en la ciudad y dispuso que, cargados de grillos, fuesen custodiados en el mismo cuartel donde permanecía Murillo, y con la intención de hacer un escarmiento con ellos para cuyo efecto dispuso que se levantasen algunas horcas en la plaza principal.

La primera víctima fué el capitán Rodríguez, contra el que Indaburo sentía un odio implacable. Lo hizo arcabucear en el patio del cuartel y pender luego en la horca; pero Indaburo no tuvo tiempo para realizar la totalidad de sus siniestros planes porque anoticiadas las tropas de Chacaltaya de la prisión de sus jefes, decendieron a la ciudad y atacando el cuartel dieron sanguinaria muerte a Indaburo, soltaron a los presos con excepción de Murillo contra el que pretendieron ensañarse acusándole de ser él el causante de tantos males y por «haber-

(1).—*Boletín de la Sociedad Geográfica de Sucre.*

se convenido con los europeos para decapitar a los patriotas».

Hubo saqueo en las propiedades de los realistas, y los abusos de la plebe ébria unida a la soldadesca desbordada, sólo concluyeron cuando se supo, el 20 de octubre, que las tropas de Goyeneche se aproximaban a la ciudad. Entonces huyeron los revolucionarios llevando consigo a Murillo «con una platina en un pie» (1) para desbandarse en Chacaltaya con dirección a los vegas de Yungas, con excepción de unos cuantos soldados y unas pocas pobres mujeres del pueblo que al mando del español Juan Antonio Figueroa, de recio temple y alma heroica, cometieron la locura de presentar combate a los 5,000 hombres del brigadier Goyeneche que luego hubo de vanagloriarse en sus partes de haber sostenido furiosa batalla por causa del rey. . . .

Goyeneche hizo su entrada triunfal a La Paz el 25 de octubre.

El 26 comenzaron las persecuciones a los caudillos de la revolución contra los que se sentía profundamente enconado, y en particular contra Murillo, no obstante las pruebas que tenía de su infidelidad a la causa independiente. Muchos fueron cogidos con las armas en la mano, o se presentaron voluntariamente para tratar de explicar su conducta mostrándose arrepentidos de sus actos; otros, como los cabecillas Lanza y Castro, fueron degollados en los Yungas, y sus cabezas se expusieron por largo tiempo a la vera de los caminos.

Murillo fué cogido en Zongo, y aunque en su indagatoria se presentó tímido, apocado y felón, supo ganarse la inmortalidad muriendo como el más puro de los héroes pues alzándose en el tablado del suplicio dijo con acento profético:

«¡No apagarán la tea que he encendido. . . !»

Y murió.

Casi al mismo tiempo que el virrey de Lima encomenda-

(1).—*Boletín de la Sociedad Geográfica de Suere.*

ba a Goyeneche la misión de matar la revolución en el Alto Perú, el de Buenos Aires nombraba presidente de la Audiencia de Charcas a don Vicente Nieto, quien hizo prender a los Oidores de la Real Audiencia, sindicados como los principales promotores de los acontecimientos relatados, y los que se habían apresurado en poner en libertad a Pizarro y a rodearle de mil solicitudes deseando sin duda horrar con sus obsequios el recuerdo de su actitud subversiva.

Pero ya las ideas de emancipación flotaban en el ambiente y al año cabal de los sucesos de Chuquisaca, Buenos Aires consumaba su gran revolución deponiendo a las autoridades peninsulares y sustituyéndolas con elementos netamente criollos, los que tomaron por su cuenta la tarea de fomentar el espíritu revoltoso altooperuano mediante una misión militar encomendada a don Juan José Castelli y a los generales Balcarce y Días Vélez.

El virrey de Lima, sabedor de estos planes, resolvió auxiliar con tropas al presidente Nieto y reasumir el mando de las provincias altoperuanas segregadas desde hacía poco para formar el virreinato del Plata, encomendando a Goyeneche la obra de proseguir su campaña en favor del rey.

Fué en este momento particularmente angustioso para la causa americana, «cuando, al decir de un jefe realista, don Mariano Torrente, un terrible golpe, la insurrección de Cochabamba, hizo variar totalmente la escena política» pues las tropas de Goyeneche que durante siete meses se habían estado adiestrando y disciplinando en el Desaguadero, tuvieron que desatender al ejército auxiliar argentino para ir a combatir las heroicas huestes levantadas por los patriotas cochabambinos don Francisco Ribero, don Estevan Arce y el alferes Guzmán Quinton que el 14 de setiembre de 1810 se habían alzado contra el gobernador José Gonzales Prada proclamando la independencia de las provincias altoperuanas, a ejemplo de los patriotas de Chuquisaca y La Paz.

Oruro, la ciudad del Pagador, secundó valientemente la actitud de Cochabamba tomando hasta el mismo Cabildo parte

en el movimiento, y esta actitud fué sostenida por el apoyo de tropas con que inmediatamente acudió Cochabamba, y las cuales, unidas a las de Oruro, batieron en singular y denodado combate en los campos de Aroma a las realistas enviadas de La Paz por el Gobernador Ramírez, el 14 de noviembre de 1810.

A la noticia de esta primera victoria independiente el general argentino Balcarce apresuraba su marcha a los territorios del Alto Perú, enviando desde Cotagaita una nota de intimidación a Nieto hacia fines de octubre de ese año y la que fué respondida arrogantemente por el jefe realista. Entonces atacó Balcarce en los campos de Suipacha infligiendo el 7 de noviembre una seria derrota al jefe realista; lo tomó preso y lo condujo a Potosí de donde había fugado el gobernador Córdova, porque Potosí se había levantado a su vez en favor de la causa americana con un entusiasmo acaso excesivo por los abusos de las plebes enardecidas con la noticia del triunfo de Suipacha.

El movimiento independiente tomó proporciones incontenibles, pues fue secundado primeramente por Chuquisaca el 13 de octubre y el 16 de noviembre por La Paz, adhiriéndose ambas localidades al gobierno de Buenos Aires y desconociendo al de Lima.

Castelli fué recibido en Potosí con grandes manifestaciones de entusiasmo; pero su fanatismo político le hizo cometer acciones de inútil crueldad porque ordenó se fusilasen como a traidores al gobernador Sanz y a los generales Nieto y Córdova, que se habían negado a jurar obediencia a la Junta de Buenos Aires, disponiendo, además, que los dineros de las cajas reales de Potosí fuesen a sumarse a los fondos de la revolución con daño del movimiento administrativo de la localidad. Luego pasó para Chuquisaca a incrementar sus fondos y de allí se dirigió a la Paz, ciudad en la que hizo su entrada en uno de los días consagrados a las ceremonias de la Semana Santa dando a los fieles la impresión de un hombre desprovisto de sentimientos religiosos, y, por tanto, dejado de la mano de Dios.

Entretanto Goyeneche seguía alistando sus tropas al otro lado del Desaguadero con la intención de atacar al jefe argentino no bien se le presentase una favorable coyuntura; pero como este había presentando ciertas bases de transacción al virrey de Lima, convinieron ambos jefes en firmar un armisticio de cuarenta días ocupando sus tropas las localidades en que se encontraban, es decir, los realistas la margen derecha del Desaguadero, y los patriotas, los pueblos de Laja y Tiahuanacu, distantes cosa de cuarenta kilómetros de la frontera.

Este convenio era regular sólo en apariencia porque ninguno de los jefes tenía la resolución de cumplirlo, ya que ambos eran falaces y se afanaban por seducir con promesas a sus tropas ganándolas a su causa y abrigando el propósito de romper con lo pactado así que se presentase el momento oportuno; cosa que, como más diligente y menos escrupuloso lo hizo Goyeneche la mañana del 20 de Junio de 1811 destruyendo completamente con sus tropas las desprevenidas de Castelli.

El jefe argentino, acobardado, huyó hasta Buenos Aires, y sólo el general Díaz Vélez pudo replegarse a Potosí a la cabeza de sus tropas dispersas que alcanzaban apenas a ochocientos hombres. De Potosí se dirigió a Cochabamba donde latía el espíritu revolucionario, y lo hizo así por escapar del ambiente de Potosí que con los excesos de Castelli se había tornado hostil a las tropas auxiliares. Únicamente quedó Puyrredón con el encargo de centralizar las tropas dispersas a raíz de la derrota, y las cuales, desmoralizadas ya por la falta de recursos y la poca fe en sus jefes, pretendieron conseguir de la ciudad y sus habitantes lo que habían menester presentándose arbitrarias y despóticas; pero sus abusos sólo sirvieron para exasperar la paciencia de los potosinos que levantándose en masa el 5 de Agosto defendieron el resto de sus caudales que pretendían llevarse los argentinos asesinando a los soldados, sin miramientos, y haciendo una cruel carnicería en sus filas.

Goyeneche, al conocer el movimiento de repliegue de Díaz Vélez y la actitud subversiva de Cochabamba, se dirigió primero a La Paz donde entró por segunda vez como vencedor, y de allí a Cochabamba, por Oruro, derrotando completamente en Sipesipe a las fuerzas patriotas y presentándose en Cochabamba animado de un alto espíritu de tolerancia acaso para borrar la huella de horror que dejara el año 10 persiguiendo y castigando a los revolucionarios de La Paz. Fue tan insinuante la política que supo desplegar en esta ocasión, que logró quebrantar la oposición violenta de los caudillos patriotas y hacer aceptar a Ribero el título de Gobernador y las funciones de tal que supo ejercer en nombre de la corona de España....

Esta sumisión del pueblo cochabambino en particular y de todo el Alto Perú en general, era sólo aparente y así lo veía el virrey de Lima, pues no se le ocultaba que la odiosidad entre las dos ramas de la raza autóctona, era violenta e irreductible, y quizo de una vez humillar y vencer por siempre ese espíritu levantisco y hosco de los altoperuanos, y ordenó que el cacique Pumakcabua del Cuzco, reforzado por el de Chincheros, Choquehuanca, fuesen en apoyo de Goyeneche con sus tropas, las cuales, sedientas de odio y anguriosos de bienes, cometieron crímenes y abusos tan grandes, robando, talando, incendiando, que sembraron por siempre en el Alto Perú el odio al invasor del otro lado del Desaguadero.

Estos abusos, hechos a nombre de una causa repudiada ya por los pueblos, ocasionaron una nueva insurrección en la indómita Cochabamba que deponiendo al Gobernador Ribero creó una junta de gobierno compuesta de varios miembros, los cuales, obrando aisladamente y sin concierto, no hicieron otra cosa, con su actitud, que debilitar el entusiasmo revolucionario del pueblo, pues se pusieron a atacar ya, no únicamente a los enemigos de la causa, sino que su acción se convirtió en un flagelo de las poblaciones vecinas, del comercio y del movimiento mercantil casi paralizado hasta el punto de

que hasta el mismo correo tenía que trasladarse custodiado con un fuerte destacamento de hombres armados.

Irritado Goyeneche con estos abusos concibió el propósito de escarmentar con rudeza el espíritu insubordinado de ese pueblo y sus caudillos, y con este objeto llamó en su ayuda a Imas, oficial de instintos feroces, rapaz con exceso, sin escrúpulos de ningún género, ambicioso y angurrioso, y luego de proclamar a sus tropas autorizándolas para obrar como les viniese en antojo, dejó de preocuparse por el instante con la idea de invadir las provincias argentinas, y se encaminó a los valles de Cachabamba llevando a su vanguardia al feroz Imas cuyos actos de terror, sólo sirvieron para fortalecer en los habitantes de la región su instintivo anhelo de libertad.

El 27 de mayo hizo Goyeneche su entrada en la urbe levantisca después de haber rechazado con desdén la comisión de sacerdotes que le salió al encuentro para pedirle garantías por las vidas y haciendas de los moradores; y si Imas dejó sembrado el terror en todos los pueblos de su paso, Goyeneche hizo destrozos en la ciudad e instituyó un tribunal militar que condenó a muerte a los principales caudillos cuyas cabezas se clavaron en picas y se expusieron a la orilla de los caminos públicos.

Después de ejercer tan crueles venganzas y teniendo aviso de que en la frontera se preparaba otro ejército invasor, se puso en camino al sur del territorio y envió a la Argentina a su primo Tristan con un ejército de seis mil hombres y el que fué derrotado por Belgrano el 24 de setiembre de 1812 en Tucumán, y poco después, el 17 de febrero, en Salta.

Goyeneche, cansado de la lucha, pidió su retiro y fué reemplazado por el general Joaquín Pezuela, y éste tuvo que retirarse buscando posiciones estratégicas ante el avance del general Belgrano que a la cabeza del segundo ejército argentino llevaba la misión de fomentar el espíritu de revuelta en el Alto Perú. Iba con el propósito de borrar con su conducta las huellas de odio y resentimiento dejados por el primer ejército argentino de Castelli, y sus equitables medidas de admi-

nistración lograron en parte su objeto porque supo rodearse de honrados colaboradores y poner a la cabeza de los pueblos hombres patriotas y desinteresados como Warnes, Arenales y otros.

El encuentro de los dos ejércitos tuvo lugar el 1° de octubre de 1813 en la llanura de Vilcapugio, saliendo vencedores en la refriega los soldados de la corona. Belgrano no se dió por perdido y reuniendo sus destrozadas tropas intentó un segundo golpe de plausibles consecuencias; pero otra vez fué vencido el 14 de noviembre en los campos de Ayuma, a algunos kilómetros de Vilcapugio, sobre el mismo llano del yermo. Tan brava fué la defensa de los patriotas que el mismo general Pezuela pudo decir en su parte al virrey: «Los soldados insurgentes parecía que habían echado raíces sobre el suelo que pisaban.» (1)

Belgrano se refugió en Potosí y el 18 de noviembre se retiró de la ciudad al saber la aproximación de las tropas enemigas, pero antes dispuso que se hiciese volar con cargas de pólvora la casa de moneda, bárbara orden que fué burlada por el patriotismo local de un oficial altoperuano y que unida a los desmaues que cometieron los soldados argentinos en su retirada a las fronteras de su país, acabaron por herir de muerte, y ahora definitivamente, el prestigio porteño y la fe en su sentimiento de solidaridad americana.

Es desde entonces, y a fuerza de desengaños, que los habitantes del Alto Perú concibieron el propósito de luchar solos por su independencia haciendo frente al núcleo de los ejércitos realistas allí arraigados, pues si por un lado fueron víctimas de la rapacidad porteña, por otro hubieron de sufrir angustiosamente una política de venganzas y persecuciones ejercitada con tezón por los peninsulares, igualmente animados por la pasión de la rapaña.

Este deseo y el alejamiento de Pezuela que seguía en pos del vencido ejército argentino, favorecieron el levantamiento

(1).— MUÑOZ CABRERA: *La guerra de los 15 años.*

general de los caudillos altoperuanos. José Miguel Lanza en los valles de Ayopaya, Ramón Rojas en Tarija, José Vicente Camargo en Cinti, Manuel Ascencio Padilla en Laguna, José Ignacio de Zárate en Porco, Miguel Betanzos en Puna, Warnes en Santa Cruz de la Sierra y otros menos célebres aunque no menos animosos, se levantaron en distintas partes del inmenso territorio al solo impulso de su entusiasmo guerrero y de su amor a las instituciones libres, sin contar con el apoyo de nadie, sin recibir de ningún lado contingente de armas, pobres en toda clase de bienes, y muchas veces hasta sin reunir las cualidades morales que exige el comando de las turbas; y lucharon todos con pasión, ansiosamente ya no sólo por conseguir el goce de una libertad que muchos confundían fácilmente con el libertinaje sin freno, sino por conservar la hacienda y el honor de la familia o aumentar el patrimonio de esta con las ocasiones que brinda un período cualquiera de luchas sin merced y hasta sin nobleza.

Pezuela se vió precisado a dedicar todas sus tropas en la persecución de los guerrilleros; pero la audacia de éstos no conocía límites y obligó a las tropas reales a desplegar una energía y una constancia verdaderamente admirables. Sentían esas tropas que el ambiente les era hostil en extremo; por todas partes veían levantarse obstáculos y, sin embargo, permanecían obstinadas en la lucha, sin desfallecer y antes abrigando una especie de loca angustia por conseguir dinero y derramar sangre.

Ardió, pues, la guerra en el Alto Perú, con extraordinaria violencia. Quienes aumentaban furioso combustible a la hoguera de odios eran los mismos sacerdotes y las mujeres de toda clase y condición: la inseguridad era patente y no había más remedio que lanzarse a la lucha, sean cuales fuesen sus resultados.

Es en este estado que emprendió campaña sobre el territorio del Alto Perú el tercer ejército auxiliar argentino comandado por el general Rondeau y cuya vanguardia estaba al mando del teniente coronel don Martín Güemes, hombre de un

patriotismo ardiente y fanático, grosero de palabra, audaz como ninguno y con muy elevado concepto del honor y de la dignidad humanas. Este ejército, fuerte de 4,000 hombres, se movió a principios de abril desde Jujuy con destino al Alto Perú entrando a Potosí el 9 de mayo; pero su marcha fué un modelo de desorganización y mala conducta.

Cuatro meses permaneció en Potosí el ejército porteño inactivo para afirmar su disciplina, pero demasiado diligente para proveerse del dinero que necesitaba no ya solo a costa de sus enemigos de la causa sino con daño de los intereses de los mismos patriotas a los que se impuso fuertes contribuciones; mas al fin hubo de abandonar sus posiciones y sacudir su poltronería para provocar a combate a su adversario que por su excelente servicio de espías estaba al tanto de su plan de campaña y conocía la desmoralización de sus tropas.

El 29 de noviembre se encontraron ambos ejércitos en Villoma y se dió la segunda batalla de Sipesipe en la que el ejército porteño, casi sin combatir, fue completamente derrotado, dejando mil hombres fuera de combate y casi todo su bagaje militar.

Al conocer los caudillos altoperuanos el desbaratamiento definitivo del tercer ejército auxiliar argentino y saber que ya nada debían esperar del vencedor, volvieron a ponerse a la cabeza de sus huestes para emprender la heroica cruzada de las *republiquetas*, «nombre que se dió, vulgarmente,—dice el general Paz,—a esas reuniones espontáneas de hombres mal disciplinados y peor dirigidos, sin armas, sin reglas y sin táctica». (1)

Pezuela decidió acabar con todas ellas destacando en persecución de los caudillos a sus capitanes más esforzados. Despachó a Cinti, en persecución de Camargo, al coronel Centeno cuyo escuadrón de caballería compuesto de 400 hombres estaba al mando del mayor Andrés Santa Cruz, y en Cotagaita supo la muerte del caudillo Padilla y la noticia le llenó de al-

(1).—J. M. PAZ, *Memorias póstumas*.

borozo porque la tenacidad y bravura del heroico varón distrajeron por mucho tiempo y agotaron la resistencia de sus tropas.

Camargo fué cogido por sorpresa la noche del 2 de abril y muerto por manos del mismo Centeno y pocos días después, en otro lugar del enorme escenario, era sacrificado con zafia el cura Muñecas, acaso el más ilustrado y decidido de todos los guerrilleros altoperuanos.

Sacrificados así estos caudillos, los demás que con igual coraje y abnegación se batían en otros puntos del territorio, se hicieron la promesa de no dar tregua ni cuartel al enemigo, pues ya que un día u otro estaban condenados a seguir la suerte nefasta de sus camaradas muertos, preferible era pagar cara la vida y no dejar punto de reposo al invasor ni dejarle holgar con la riqueza acumulada en trescientos años de ruda labor en las entrañas de la tierra. Y recrudesció por tanto la lucha que necesariamente debía resolverse de pronto con el triunfo de las armas reales, como que en poco tiempo fueron sacrificados muchos de los principales caudillos, comenzando por Warnes en Santa Cruz.

En mayo de ese año de 1816 marchó Pezuela a Lima para sustituir a Abascal en el virreinato, y en su lugar vino el general La Serna acompañado de un brillante estado mayor.

La Serna era un militar de ideas liberales, de carácter generoso y desprendido, justiciero y recto. Como tal quiso desde un comienzo imprimir un nuevo rumbo a la guerra dándole un carácter más científico y conforme a las enseñanzas que recibiera en las filas del ejército de su país y en medio de la guerra sustentada contra Napoleón; pero todos sus propósitos fallaron en la guerra que llevó al norte de las provincias argentinas de las que tuvo que retirarse al cabo de algunos meses de campaña derrotado por las montoneras de gauchos, cruelmente hostilizado por la población civil y habiendo perdido casi toda su dotación de guerra.

La humanitaria y atolondrada conducta de La Serna en esta campaña fue acervamente motejada por la camarilla del

virrey Pezuela, opuesta en ideas políticas a las del caballeroso español y por el mismo Pezuela que tantas huellas de desolación y lágrimas dejara en el Alto Perú. Se criticaron su clemencia, sus métodos de hacer la guerra y hasta su honestidad funcionaria; pero La Serna que desde atrás venía viendo que la guerra tocaba a su fin por el odio incolmable y exasperado de los naturales hacia el peninsular; convencido de que los acontecimientos se encadenaban todos en favor de la causa por la libertad; viendo, sobre todo, que era unánime en el Continente las esperanzas de liberación alimentadas ahora con vigor por los simultáneos triunfos de Bolívar en el norte y de San Martín en Chile, enfermo, desengañado, melancólico, presentó su renuncia al rey y dejó el mando de las tropas realistas al jefe del estado mayor, el brigadier don José Canterac, quien, a su vez, las puso, por orden, en manos del general don Juan Ramírez, que ya anteriormente había hecho la campaña en esas regiones del Alto Perú.

CAPITULO III.

Se afirma en el Alto Perú la idea de la independencia.—Revolución de Hoyos en Potosí.—Sucesos del Perú en 1820.—La guerra intestina en las filas reales.—Batalla de Junín.—Batalla de Ayacucho.—Sucre recibe instrucciones de pasar al Alto Perú.—Manejos de Olañeta en favor de la independencia altoperuana.—Decreto de Sucre de 9 de febrero de 1825 constitutivo de la nacionalidad.—Descontento y reparos de Bolívar.—Decreto del Gobierno de Buenos Aires reconociendo al Alto Perú la facultad de constituirse en conformidad a sus intereses.—Bolívar lanza su decreto limitatorio de 16 de mayo.—La Asamblea constituyente de 1825.—Bolívar en el Alto Perú.—Promete, al fin, consentir en la formación de la nacionalidad.—Cumple su promesa y envía su proyecto de Constitución para el nuevo estado de Bolivia.

Corría el año de 1820, glorioso para las armas patriotas. El 28 de julio había entrado San Martín en Lima después de su formidable y terrible campaña andina para proclamar la independencia del Perú, y en noviembre capturaba Lord Cochrane en el Callao, «los más fuertes barcos de la España». Alevacuar los realistas la famosa ciudad de los Reyes, su ejército había desconocido la autoridad de Pezuela, sustituyéndolo por el general La Serna y daba síntomas de marchar a su disolución.

Todos estos acontecimientos influyeron para orientar poderosamente el espíritu público del Alto Perú hacia horizontes de más vastas perspectivas, concibiendo la aristocracia pensante del país la idea, pronto general, de constituir un organismo aparte e independiente de las influencias de los dos organismos que hasta entonces habían englobado la región núcleo del imperio incásico. Las ideas políticas se habían depurado del candor casi místico con que se presentaban a la imaginación refrenada por una educación sin principios, y ya se conocían, con alguna exactitud, las corrientes de ideas que predominaban en el mundo merced a la difusión de la prensa argentina, y las clases populares comenzaban a comprender la injusticia de las diferenciaciones sociales, que se pretendía resolver en diferencias de castas.

Con semejante disposición de espíritu fácil le fué al coronel Hoyos sublevar la guarnición de Potosí y proclamar la independencia del Alto Perú en enero de 1822 poniendo preso a don José Estévez que en ausencia del gobernador había quedado en su lugar; pero el movimiento fué prestamente sofocado en San Roque por don Rafael Moroto que acudió a Potosí con las guarniciones de Tupiza, Oruro y Cochabamba. Hoyos pagó con la vida su intento de libertad y fueron ejecutados más de veinte patriotas entre jefes, oficiales y civiles, y enviados otros al destierro y al laboreo forzoso de las minas en los socavones de la ciudad.

Por este tiempo estaba ya consumada la revolución del Perú y había llegado a Lima el general don Antonio José de Sucre en misión especial acreditada por el Libertador Bolívar. Gobernaba el país el general Riva Agüero, quien, anheloso de auxiliar los esfuerzos de los altoperuanos, envió a don Andrés Santa Cruz, convertido ya a la causa de los independientes, a la cabeza de un respetable número de fuerzas; pero Sucre, que entonces actuaba sólo como diplomático y no quería tener ingerencia directa en otros negocios y conocía, de paso, las dotes militares de Santa Cruz, no pudo menos de criticar la medida como lo hicieron todos los que rodeaban al gobierno, pues

se decía que Santa Cruz, altoperuano de nacimiento, más que con un objetivo militar, iba a esas regiones con el fin de «apoderarse de las provincias del Alto Perú y segregarlas del Perú y Buenos Aires, formando un Estado separado», cual escribía Sucre a Bolívar.

Nada queda de la expedición de Santa Cruz que autorice a dar como un hecho la efectividad de este rumor; pero sí se vieron plenamente confirmados los temores de Sucre, porque Santa Cruz, sin dar ninguna batalla decisiva y sólo al saber que el virrey La Serna había tocado las fronteras del Alto Perú, emprendió una precipitada retirada que más tenía trazas de vergonzosa huida, perdiendo en ruta la casi totalidad de sus 7,000 hombres.

Durante esta campaña había concedido el general La Serna muchas distinciones a sus principales colaboradores, y este fué uno de los motivos determinantes para que varios jefes ya descontentos por su actuación y la amplitud de su criterio político, diesen paso a su resentimiento declarándose rebeldes para seguir prestando su colaboración a La Serna. Olañeta inició la lucha civil declarándose partidario del absolutismo, y el virrey hubo de verse obligado a abrir campaña contra el general rebelde en momentos de verdadera crisis para la causa de la corona porque para entonces se había retirado del Perú el general San Martín, desencantado de los hombres y de la política, cediendo el campo al Libertador Bolívar que al finalizar este año de 1823 se preocupaba activamente de organizar su ejército para las batallas de libertad.

La lucha entre los jefes realistas fué tenaz y mortífera. Quiso primero el virrey ensayar las medidas de conciliación proponiendo ciertas bases de transacción a Olañeta; pero este general, ambicioso y obstinado, se propuso confiar a las armas la razón de su actitud e hizo la campaña admirable de valor y energía y en la que el ejército real hubo de perder ya no sólo la cohesión de su disciplina, sino apreciables unidades y un excesivo desgaste de fuerzas e iniciativas.

Al fin, después de largos meses de campaña por todos

los yermos, valles y vegas del Alto Perú, gigantesco teatro de las estupendas hazañas de este ejército anarquizado, el virrey La Serna hubo de interrumpir la persecución de su general rebelde para prestar toda su atención al ejército del Libertador que al mediar el año de 1824 contaba con unos 10,000 soldados perfectamente disciplinados y que se pusieron en movimiento no bien parecía haberse atenuado el encono de la lucha fratricida.

Salióle al encuentro el ejército realista comandado por Canterac el 1º de agosto, y fue derrotado el 6 en las llanuras de Junín en memorable y formidable encuentro y de las que Canterac tuvo que retirarse con asombrosa presteza porque en sólo dos días de marcha ganó 160 kilómetros andando por las faldas hoscas de la cordillera andina. Bolívar apenas pudo seguir la huella de sus pasos y por razones políticas dejó su ejército en las orillas del río Apurímac encomendando al general Sucre la misión de perseguir al adversario, y, si posible, de librar a la suerte de las armas la conclusión de esa campaña comenzada con tan singular éxito bajo la inspiración de su genio militar.

Sucre no anduvo corto en cumplir sus instrucciones y se puso en movimiento antes de que el general La Serna tuviese tiempo de reorganizar el deshecho ejército de Canterac y de recibir los contingentes que Olañeta, al fin sometido frente al desastre de las armas reales, ofreciera enviarle del Alto Perú.

Verificóse el encuentro de ambos adversarios el 8 de diciembre en las llanuras de Ayacucho, limitadas por las altas cumbres de la cordillera y la batalla fué terriblemente ruda, pues combatieron los ejércitos con la suprema bravura de la desesperación porque comprendían que de esa acción dependía el éxito de sus empeños; pero otra vez más les fué adversa la suerte a los españoles porque la derrota se produjo hacia el atardecer y fué «completa y absoluta», según reza el parte oficial.

Estaba concluida la dominación española en América después de trescientos años de esterilidad política y económica

y ahora comenzaría otra, también secante, no más ilustrada y sin historia en los anales del mundo. . . .

El vencedor de Ayacucho, que en la hora de esta batalla última y definitiva estaba en la fuerza de la edad y rendía apasionado culto a una mujer garrida de la alta sociedad quiteña, creyó concluida su misión militar y dió por rotos sus compromisos con la causa de la independencia; pero otros eran los propósitos de su superior. Bolívar proyectaba algo trascendental y pensaba realizarlo con la colaboración de su hábil general y entrañable amigo, quien, cual si presintiera los propósitos del jefe y las angustias que llegarían a producirle, le dirigió una carta el 23 de ese mismo mes, desde Andahuaylas, pidiéndole instrucciones para proceder en la campaña contra el rebelde Olañeta que permanecía irreductible con sus tropas en el Alto Perú, decidido a realizar lo que no había podido hacer La Serna, es decir, vencer al enemigo o fatigarlo por lo menos presentándole incesante campaña en esa jurisdicción que ya no dependía del Perú.

Bolívar, desatendiendo dar instrucciones concretas sobre los puntos expresamente consultados, se limitó a ordenarle que prosiguiera viaje al Cuzco y entrase a los territorios del Alto Perú, pasando el río Desaguadero, que era límite entre los virreinos del Río de la Plata y el Perú. Sucre, siempre sumiso y condescendiente, siguió viaje y llegó en los primeros días de diciembre a la ciudad de piedra de los incas; más el 25 instó por carta a Bolívar estableciese las normas a las que debía sujetarse impartándole sus órdenes nó en su calidad de Dictador del Perú sino como Libertador de Colombia y añadiendo en estilo jocosó que se daría de baja el día en que «por falta de aclaración bastante» esas órdenes se prestasen a confusión.

Tampoco llegaron las aclaraciones. Entonces Sucre se puso en marcha hacia el punto señalado por el Libertador, no sin antes escribir de Puno los temores que le asaltaban para cumplir la misión confiada a su talento político y militar.

En Puno recibió Sucre una delegación altoperuana dirigida por don Casimiro Olañeta, sobrino del general realista.

Don Casimiro se había pasado a la causa de los patriotas después de haber revelado casi todos los planes del general a los revolucionarios jugando así un rol preponderante aunque algo ingrato en los acontecimientos, y por él supo ahora Sucre el estado de ánimo de aquella región, inclinada con unanimidad a la independencia absoluta.

El viaje de Puno a La Paz siguiendo la orilla del lago Titicaca lo hizo Sucre en compañía de Olañeta con quien sostuvo largas pláticas tratando de enterarse debidamente de las corrientes políticas del Alto Perú. Olañeta era entonces un mozo casi de la misma edad que Sucre, simpático de continente, de palabra insinuante y vistosa, y fácil le fué fortalecer y acaso sugerir en el ánimo de Sucre la idea de fomentar el espíritu de independencia reinante en el Alto Perú, mostrándole que el sólo medio de realizar cumplidamente los fines de la revolución emancipadora era dejar a los pueblos en libertad de fijar y decidir de sus propios destinos.

Sucre, que tenía ideas fijas en la materia y conocía el pensamiento secreto del Libertador, acorde con el suyo, no vaciló un momento en publicar, dos días después de la llegada a La Paz, su célebre decreto de 9 de febrero en que, reconociendo en los pueblos el derecho de constituirse según su propia voluntad, convocaba la reunión de un congreso encargado de fijar la suerte posterior de las cuatro provincias alto-peruanas.

Malísimo efecto produjo en el ánimo de Bolívar la noticia de este inconsulto decreto, no obstante de que para darlo Sucre había tenido presente los dictados de su conciencia y los conceptos emitidos por el Libertador en dos de sus cartas dirigidas al Gran Mariscal de Ayacucho: «La suerte de esas provincias será el resultado de la deliberación de ellas mismas, y de un convenio entre los congresos del Perú y el que se forme en el Río de la Plata».

La carta que con fecha 21 de febrero escribió a Sucre reprobando su decreto de 9 de febrero, muestra su propósito, revelado después, de crear grandes organismos sociales que

llevasen en sí los elementos suficientes de organización y estabilidad políticas y no pequeños núcleos donde forzosamente, por falta de ambiente, habrían de arraigar con pena las instituciones libres y ser ricos más bien en una floración de caudillos personalistas y bajamente ambiciosos.

Ante la desaprobación categórica de su jefe, Sucre, profundamente herido en su amor propio de creador, concibió el propósito de irse dejando a otros el mando de las tropas libertadoras del Alto Perú y así, categóricamente, se lo comunicó por carta; pero su resolución fué tomada en falso. Hombre por entero subordinado a la voluntad avasalladora e implacable de Bolívar, era incapaz de llevar a cabo cualquier proyecto que pudiese contrariar los planes del Libertador, quien le insinuó empeñosamente que continuara en el Alto Perú donde, le hacía ver, pondría en práctica sus proyectos. Además, urgía acabar de una vez con el jefe realista Olañeta, que abandonando Potosí, ciudad elegida para su cuartel general, a las vencedoras tropas del Gran Mariscal de Ayacucho, acababa de rechazar la capitulación que le ofreciera Sucre y era preciso dar fin con él.

Y a esto se estaba disponiendo Sucre, cuando el 3 de abril le llegó la noticia de la muerte de Olañeta, parte de cuyas tropas se había defecionado al mando del coronel Medinaceli siendo batida la otra el 2 en el río de Tumusla.

Con esta acción concluyó en el Alto Perú la guerra de la independencia iniciada el año 9 en Chuquisaca y La Paz, respectivamente, con cierto candor ideológico y cuando el poder peninsular, todavía intangible, fuerte por su prestigio histórico disponía de todos sus recursos acumulados en esa parte sud del Continente donde tan sólo se contaba con la fuerza de las ideas germinadas en ese laboratorio de energías de la universidad de Chuquisaca, y en la cual guerra, si bien no hubo caudillos verdaderamente heroicos por su valor y sus virtudes o su genio militar, hubo en cambio el sacrificio callado de la masa anónima y su indomable voluntad de vivir autónoma y fijando su propio destino.

De Potosí se trasladó Sucre a Chuquisaca con el propó-

sito de entregarse a la administración de esos pueblos que ya los daba por definitivamente libres, porque días después de la muerte de Olañeta había recibido una comunicación oficial del delegado argentino don Juan Antonio Arenales y un pliego con un decreto del gobierno de Buenos Aires en que autorizaba a su delegado pactar un acuerdo con el jefe realista Olañeta para que éste dejase libres las provincias de su jurisdicción, «sobre la base de que éstas, dice el decreto, han de quedar en la más completa libertad para que acuerden lo que más convenga a sus intereses y gobierno».

Enorme fué la satisfacción de Sucre al conocer el texto de este decreto que venía a secundar sus propósitos contenidos en el suyo constitutivo de 9 de febrero y así se lo escribió en carta alborozada al Libertador; pero su alegría no duró mucho porque en respuesta Bolívar le envió otro fechado el 16 de mayo en que aceptando en principio la idea de reunir un congreso deliberante como una concesión a los avances de Sucre, sometía las deliberaciones de ese cuerpo ya no a la voluntad del congreso argentino, de que dependía, sino a la del Perú, convocado para una fecha posterior. Y como este acto entrañaba en suma una reprobación de la política de Sucre y debía herir en lo vivo el amor propio de su creador, no quiso que fuesen tantos sus efectos que le hiciesen romper su amistad con Sucre y se apresuraba a explicar las razones por las que había lanzado ese decreto contra sus deseos y su voluntad, y que no eran otros que «por no dejar mal puesta la conducta de usted, por complacer al Alto Perú y por poner a cubierto mi reputación de amante de la Soberanía Nacional y a las instituciones más libres», (1) es decir, en el fondo, consentía Bolívar que se echasen las bases de una nueva nacionalidad, nó precisamente por respeto a la libre disposición de los pueblos, como a su afán de no mostrarles a éstos la ligereza con que había procedido su segundo.

Sucre, lastimado profundamente por las limitaciones del

(1).—RENÉ MORENO, *Últimos días Coloniales*.

Libertador, creyó prudente aplazar por el momento la publicación de ese decreto; pero «comunicó en reserva su tenor a un grupo de los más influyentes diputados», (1) entre quienes comenzaron a circular pareceres contradictorios, pues muchos manifestaron su intención de no concurrir al congreso para no verse expuestos a jugar un rol político sin ninguna finalidad ni alcance alguno; otros opinaron porque no se reuniese la asamblea convocada sino después que los congresos de Lima y Buenos Aires hiciesen conocer su resolución respecto de la independencia altoperuana, y aun no faltaron quienes aconsejasen sostener por la fuerza el derecho de deliberar por propia cuenta.

Entretanto llegaba el día de la instalación de la asamblea y era grande la expectación de los diputados reunidos en Chuquisaca por saber cómo habría de resolverse por fin el conflicto planteado por el Libertador; pero Sucre que conocía el carácter de Bolívar y su sed inagotable de renombre, no tuvo reparos en aconsejar a sus amigos que empleasen todos los medios posibles para ganar la voluntad del Libertador, única manera de poder conseguir algo en beneficio de sus aspiraciones. Luego, y deseando, según las instrucciones de su jefe, dejar en completa libertad a la asamblea en sus deliberaciones, salió de Chuquisaca el 2 de julio rumbo de Cochabamba, y luego a La Paz para salir de allí en encuentro de su jefe, ya en viaje sobre Alto Perú.

La asamblea se reunió el 10 de julio de 1825. Eran 48 representantes, en su mayoría doctores de la Universidad de Chuquisaca y, por tal, peritos en el arte de hilvanar discursos de frase sonora y atrayente.

Los debates fueron por tanto nutridos y vistosos por la abundancia verbal de los Olafleta, Serrano, Urcullu, Gutiérrez, Medinaceli, Velarde y otros miembros culminantes de esa primera asamblea, entre los que se revelaron algunas distas previsoras y discretos, siendo los más meros fraseado-

(1).—*Boletín de la Sociedad Geográfica de Sucre.*

res vanidosos y rimbombantes sin otro fin que producir fuegos de artificio y conquistarse pasajera popularidad.

Los debates públicos, y, de preferencia, los acuerdos de los pasillos, giraron en torno a la idea de que era imprescindible, necesario y de toda urgencia conseguir que el Libertador rompiera su decreto de 16 de mayo, condición primera y aun sola para entrar a tomar acuerdos trascendentales que respondiesen al anhelo del país. Para alcanzar ese resultado era preciso ceñirse al consejo del Gran Mariscal, venciendo con honores la resistencia del Libertador. Resolvióse, en consecuencia, enviar una comisión a su alcance la cual llevaría, para mayor seguridad de éxito, el pliego del reconocimiento formal de la independencia del Alto Perú, el que fué fechado el 6 de agosto como homenaje a la batalla de Junín y en prueba de sumisión a Bolívar, héroe de aquella jornada.

Antes había la asamblea dispuesto otra medida de rendido acato: le envió el 19 de julio un pliego comunicándole su instalación y en el cual se le decía que la asamblea, «se acoge a la mano protectora del Padre común del Perú, del Salvador de los pueblos, del Hijo primogénito del Nuevo Mundo, del *Inmortal Bolívar*. . . . Con V. E. lo haremos todo: todo lo seremos con su ayuda».

La legación presidida por el tribuno Olañeta llegó a La Paz, donde ya se encontraba el Libertador, en los primeros días de septiembre y el 5 fué admitida a una audiencia privada.

Hasta hoy se desconocen los detalles auténticos de la entrevista, pues lo que de ella se sabe emana del informe de la misma legación dado a la asamblea por Olañeta, quien, naturalmente, hubo de omitir ciertos detalles conocidos hasta ahora sólo por la tradición oral y depresivos hasta cierto punto para el país, la asamblea y, sobre todo, la legación. Del informe oral de Olañeta se colige que el Libertador, sin tomar a lo serio los honores y homenajes votados por la asamblea, dijo no creerse suficientemente autorizado por el congreso del Perú para declarar la independencia de las provincias sometidas a su jurisdicción y cuyo ejemplo pudiera ser contagioso para otras que

con el mismo título pudieran alegar derechos a su independencia, «si la sola deliberación de un pueblo,—palabras del relato de Olafeta,—bastara para erigirlo en soberanía sin el reconocimiento de los Estados vecinos». (1)

Opuestos semejantes reparos a las solicitudes de la asamblea, que eran varias, según se ve en el pliego de instrucciones entregado a Olafeta, sólo se reservó la tarea de redactar el código político del nuevo Estado, acaso porque allí se le presentaría la coyuntura de exteriorizar sus puntos de vista políticos y los ideales que anhelaba para los nuevos Estados.

La asamblea, desfavorablemente impresionada por los informes de la legación, se disolvió el 6 de octubre no sin antes haber proclamado solemnemente y en documento memorable la independencia del nuevo Estado, al que se llamó *Bolívar* como sometimiento y homenaje al Libertador, y de haber echado las bases de la nueva nacionalidad con leyes secundarias, lanzando a la par por el mundo la resolución de quedar desligada de los otros países de los que antes formara parte.

El 20 de septiembre salió Bolívar de La Paz, y ocho días después llegaba a Potosí, la legendaria villa, en la cumbre de cuyo cerro había prometido enarbolar la bandera de los libres, allá en sus sueños de adolescente.

Suntuoso en extremo fué el recibimiento de la mágica ciudad y muy digno de la fama del héroe. Las fiestas preparadas por el vecindario y el prefecto Miller duraron siete días consecutivos y hubo verdadero derroche de caudales, buen humor, suma elegancia y gracia sin fin en las mujeres. De Potosí pasó Bolívar a Chuquisaca, donde entró el 4 de noviembre y la ciudad universitaria no anduvo menos diligente en festejar al Libertador.

Y estos agasajos, el fervor apasionado de las masas, el cabal conocimiento del país y de las gentes, su amor instintivo de lo equitativo, fueron modificando gradualmente los senti-

(1).—MUNOZ CABRERA, *La guerra de los 15 años*.

mientos del Libertador en sentido favorable a las aspiraciones de los altoperuanos, empujándole a trabajar con el ardimiento que acostumbraba dando decretos y disposiciones sobre toda materia, afanándose por arreglar los asuntos de la administración, preocupándose de las finanzas públicas y de la instrucción popular, y mostrando en fin, su anhelo de corresponder con actos de previsión y utilidad los homenajes de un pueblo rendido a sus plantas y por el que ya sentía ese afecto entrañable que fatalmente despierta lo que se rinde, apega y es débil.

El 19 de enero de 1826, víspera de su viaje al Perú, lanzó el Libertador su memorable proclama a los bolivianos en que aseguraba irse con pena, pero con la firme convicción de trabajar por su patria adoptiva, a la que, según su promesa, ofreció enviarle una constitución «la más liberal del mundo». «El 25 de mayo próximo será el día en que Bolivia sea. Yo os lo prometo»,—dijo, y fué fiel a su palabra.

Hombre de escrúpulos exagerados en ciertas circunstancias, previsor y prudente, al fin vió que merecían ser libres quienes por el espacio de quince años habían sufrido y penado con ejemplar abnegación y coraje insuperado por romper el duro yugo peninsular; acaso vió también, dado el empeño de peruanos y argentinos por inclinar de su lado la decisión de Charcas, que el desmesurado crecimiento de cualquiera de los nuevos países sería una amenaza constante para la seguridad de los demás y engendraría el instinto de las supremacías peligrosas, y convino recién en la necesidad de crear un nuevo organismo que se interpusiese entre los ya formados y viniese a guardar el necesario equilibrio en esa vasta y rica porción del Continente.

Y consintió, recién, en que Bolivia sea.

Y como en todo lo que proyectaba sabía poner fe y entusiasmo, ese entusiasmo generoso, desbordante y espontáneo en su temperamento de meridional, la creación de Bolivia fue para él un motivo no ya de gratitud, como generalmente se piensa y dice, arrancado por los homenajes recibidos, cosa que

sería vanidad y pueril egoísmo, sino de orgullo de gran caudillo y de previsión sana de estadista, orgullo y previsión de una obra que la sabe imperecedera, el sostener, pedir, disponer, ordenar que el nuevo país no encontrase obstáculos en ninguna parte y emprendiese los primeros pasos de vida libre, con facilidad y sin tropiezos.

Para alcanzar su propósito puso de lado del pueblo que diera como pedestal a su nombre el granito firme de sus montañas, su actividad desconcertante, su voluntad de hierro, y, sobre todo, su amor invulnerable a la libertad y a la gloria. Pero no toda su fe.

Bolívar veía a distancia y más lejos que todos los hombres juntos de su tiempo y hasta del pueblo que quiso nacer a su sombra y bajo su amparo. La lucha sostenida entre él y los pueblos, después de Junín y Ayacucho, fué la de las ideas grandes, encarnadas en el hombre, y los intereses inmediatos representados en las colectividades. El anhelaba plasmar algo durablemente sólido con base de población rica y culta, tierra feraz y vasta, instituciones propias arrancadas de las necesidades inmediatas y urgentes del estado social mismo; y si Bolívar quizás se engañó o los pueblos tuvieron razón, aun no parece llegada la hora de decirlo en estos momentos en que el mundo martirizado por la guerra anda más revuelto que nunca en su economía, leyes, costumbres, preocupaciones y manera de vivir. Lo que sí puede ya saberse con la experiencia de casi un siglo, es que ese pueblo de su nombre enclavado en el corazón frondoso de la América meridional, alejado del mar por entonces invencibles obstáculos telúricos, con escasa y aun ínfima población instruída y capaz, absolutamente ignorante de las condiciones de vida de los grandes pueblos de civilización occidental, lleno de tribus bárbaras y salvajes, sólo podía desarrollarse con amplitud en un todo armónico que él imaginaba en sus sueños de estadista y de político, pero que ya los acontecimientos o la ceguera de los hombres no le dejaron realizar.

Para llegar al corazón de ese pueblo había tenido que atravesar regiones de infinita desolación: por un lado el desierto arenoso, inclemente de la costa; por otro la alta e infecunda meseta del yermo, entonces, y aun hoy, las solas vías posibles del mar. Y bien veía que ese pueblo, al querer constituirse dentro los límites de la Audiencia de Charcas, extensísima como territorio, sin duda, pero indigente, como los otros países, en población hábil no obstante la Universidad Mayor de San Xavier, que los otros países no tenían, falta de caminos, sin ninguna industria establecida, pobre de medios y de recursos, era una creación artificial como los demás Estados, algunos de los cuales presentaban peores condiciones, un organismo en debile destinado a vegetar obscuro e ignorado si no alcanzaba a entrar en dominio de una faja de territorio que lo llevase a su mar y a su costa, es decir, al territorio de Arica. Y quiso prevenir el mal con mirada zahorí de estadista; pero su intento fué desbaratado por las interesadas coaliciones que echaron por tierra sus planes... Y fué vencido Bolívar, el vidente, y quedó Bolivia, por gracia de uno de sus hijos y contra los deseos del Libertador, metido entre inaccesibles montañas, ahogándose.....

Bolívar salió de Chuquisaca el 10 de enero y luego de visitar rápidamente el distrito de Cochabamba se dirigió por el Desaguadero a Tacna donde llegó veinte días después, el 30.

Tacna en aquellos tiempos era, y sigue siendo, una minúscula aldehuela metida en lo hondo de una quebrada vecina al mar y en medio de huertos que rompen con el color espléndido de su follaje el gris monótono de los desiertos de arena que circundan ese valle angosto y lo encajonan y oprimen dentro sus deleznales murallas de arena calcinada. Su puerto es Arica creado exclusivamente para servir las necesidades del Alto Perú y exportar los metales preciosos extraídos de las minas de Potosí, y los habitantes de una y otra localidad sólo vivían, según el testimonio de un soldado de la independencia, William Bennet Stevenson, corroborado por muchos de sus con-

temporáneos, del comercio y del transporte de las mercaderías al interior del Alto Perú, porque Arica, era entonces y es hoy con más precisión que nunca, según dicho viajero, «la llave de las provincias del Alto Perú», (1). De consiguiente, la fortuna de esos pobladores estaba íntimamente vinculada a la prosperidad de la nueva nación y ellos lo conocían mejor que nadie, y de ahí que no bien asomara el Libertador a la ciudad de Tacna el 30 de enero de 1826, se apresuraron en presentarle una solicitud encabezada por los miembros de la municipalidad, en que en atención «a las relaciones de subsistencia y de comercio que haya entre los individuos de la república Bolívar, y los de esta provincia» pedían «se sirva tener en consideración los votos de un pueblo patriota, que decididamente quiere pertenecer a la república Bolívar». (2).

El 10 de febrero hizo su entrada el Libertador en Lima, y desde el primer momento se puso a trabajar ardentemente en favor del país que había adoptado su nombre consiguiendo todos los objetivos que perseguía.

Cuando el Gran Mariscal de Ayacucho recibió en Chquisaca el pliego en que el Libertador le anunciaba el reconocimiento de la independencia del nuevo Estado por el Perú, Sucre lanzó una ardorosa proclama a los bolivianos:

«...El Libertador, el padre de vuestra patria, ha satisfecho su promesa: el 18 de mayo ha sido reconocida por el Perú como una nación libre, independiente y soberana, y el inmortal Bolívar felicita a su hija, a la tierra querida de su corazón, el 25 de mayo.....»

En esta fecha se reunió el Congreso de 1826, y al punto los diputados entraron a discutir el proyecto de Constitución enviado por el Libertador junto con el acta de reconocimiento peruano. La discusión del proyecto boliviano duró seis meses y al fin fué aprobado casi en su totalidad siendo las siguientes

(1).—STEVENSON, *Memorias de William Bernet*.

(2).—BALDIVIA, *Páginas Históricas: Tacna y Arica*.

sus disposiciones más peculiares: gobierno unitario, popular y representativo; poder público ejercido por el cuerpo electoral, el ejecutivo, legislativo y judicial; cámara de diputados, tribunos y censores; presidencia vitalicia y la religión católica reconocida como religión del Estado.

CAPITULO IV.

Territorio de la nueva nación.—Su distribución étnica.—Carácter del indio.—Selección inversa de la raza.—La desigual lucha entre el conquistador y el esclavo.—Caracteres de la casta mestiza.—El cholo.—Su inferioridad respecto al tipo superior de civilización.—La historia de Bolivia está formada por el cholo y de allí su incoherencia.—Insignificancia de la raza blanca.—Población en 1831.—El problema racial según Antelo.—El país desconocido.

La Audiencia de Charcas se componía de las cuatro provincias de La Paz, Potosí, Cochabamba y Chuquisaca, subdivididas cada una en distritos y subdelegaciones y formando todas juntas una extensión de 1.330,450 kilómetros o sea los territorios de la Gran Bretaña, Francia y España reunidos; pero como población ninguna alcanzaba a tener ni un habitante por kilómetro cuadrado, ya que apenas se calculaba menos de un millón de habitantes, indios domesticados los más, sin domesticar y salvajes en muchos puntos, y era esta raza, o es, mejor, la masa de la Nación, sucediéndole en importancia la mestiza o cruzada, y viniendo al último la blanca genuina o europea, que en relación a las otras casi no tenía significación numérica aunque en el hecho, por sus condiciones de superioridad moral y de ilustración, era la que dominaba y dirigía constituyendo hasta cierto punto una aristocracia de nacimiento y sin representación real dentro el sistema democrático.

Tomadas las cuatro provincias bajo su aspecto telúrico, componían tres regiones perfectamente caracterizadas entre sí por el relieve del suelo, la distribución orográfica y hasta su orientación respecto del nudo central de los Andes: la interandina, encerrada entre dos altas cordilleras, constituye la meseta boliviana o sea la puna que en algunos puntos se eleva hasta 3,824 metros sobre el nivel del mar y donde arraigan los Andes en sus más elevadas cumbres con el Illampu, el Illimani, el Sajama y otros. El clima es frío e inclemente y casi nula la vegetación. El aspecto es uniforme y descolorido. Algunos cerros ennegrecidos rompen la monotonía del llano y son cerros rocosos y secos donde medra un pasto menudo, la paja, que sirve de alimento a las tropas de corderos, llamas, alpacas y vicuñas. En las partes hondas se cultivan patatas, *ocas*, *quinua*, y aún trigo en las cabeceras de los valles; pero su principal riqueza la constituyen los metales que yacen en sus entrañas y que comprenden casi toda la variedad del reino mineral y en tal abundancia que los geólogos han dado en decir que la meseta andina de esta región, única por su aspecto y su altura, es «una mesa de plata con pies de oro». Ese aspecto uniforme y en que la nota de color predominante es el gris, se interrumpe en el Norte por la depresión del lago Titicaca, uno de los más grandes del mundo. Este lago se alimenta con el deshielo de las altas cumbres nevadas de la cordillera y desagua por el río Desaguadero yendo a alimentar a su vez el lago Poopó, ochenta leguas más al Sud y ofrece, pródigo, el cambiante espectáculo de sus panoramas inigualados de belleza, de sus riberas pobladas por espesos eneales ricos en fauna lacustre.

La segunda región orientada hacia los llanos del Brasil, es decir, la amazónica, ofrece el imponente contraste de altas montañas y extensos llanos. La zona montañosa está surcada en las vertientes del macizo andino, por valles profundos y quiebras de gran extensión y sólo la Suiza en sus más enmarañados montes, puede dar una idea cabal de ella. La zona de los llanos se distingue principalmente por su sistema fluvial, pues tiene ríos anchos, hondos, de corriente tranquila como el

Beni, el Mamoré, el Madre de Dios y otros de fácil navegación, e infinidad de otros menores, también navegables pero desconocidos los más y nada explotados, abundantísimos en pesca y todos poblados en sus orillas por una inmensa variedad de tribus bárbaras, entonces casi del todo ignoradas y hoy apenas en estado de domesticidad.

La flora y la fauna son extraordinariamente ricas, pues allí huelgan todas la bestias de la América tropical, y se extrae la goma, se cultiva el café, la coca, la vainilla, la caña de azúcar, la vid y todos los frutos conocidos en las regiones templadas y calurosas.

La tercera región, la del Plata, se parece a la anterior, con la diferencia de que no son tan elevadas sus cordilleras ni tan hondos y quebrados sus valles. Predominan en ella las llanuras cubiertas de bosque y pasto; y en algunas de sus estribaciones se levantan macizos metalíferos, tales como el cerro de Potosí, legendario.

La distribución étnica de estas tres regiones en su variedad indígena ofrece una marcada diferenciación porque si en la andina se hallan las razas que formaron el imperio incásico del Tahuantinsuyo, en los lindes extremos o en las selvas de las otras dos, lejos de las urbes, vegetan tribus bárbaras alejadas de todo contacto civilizador.

Estas tribus habitan las márgenes de los ríos Madera, Mamoré y Madre de Dios, o las del Pilcomayo, por la parte Sud. Viven ofreciendo todas las características de los seres primitivos y en pleno contacto con la naturaleza, sin nociones de deberes políticos o sociales, diferenciándose apenas de ciertos animales a los que las necesidades de la defensa y propia conservación les obliga a unirse en rebaños y ponerse bajo la protección del más fuerte y del más experimentado.

Unas tribus viven de la caza en los bosques vírgenes; otras de la pesca; algunas trabajan rústicamente el suelo y cultivan maíz, plátanos o bananas, caña de azúcar y ciertas raíces harinosas como la *yuca*. Estas son las más adaptables a ciertos refinamientos que delatan un grado más alto de cultura

o una más grande sensibilidad física y estética, pues viven en chozas contruídas con ramajes, usan largos camisones de algodón que ellos mismo tejen y tiñen de colores llamativos con el sumo colorante de ciertas hierbas sólo por ellas conocidas, fabrican canoas con los troncos de árboles incorrumpibles en el agua y que en veces llegan a medir hasta diez metros en largo.

Las hay pintorescas en sus costumbres y modales, o gallardas en su contextara como la de los *Araonas* hábilmente descrita por un geógrafo moderno. «No tienen, dice, —más cemento que su misma casa. Sus carpas son de madera. El tronco de las palmeras les sirve de pilares, y las ramas de hojas para los techos. En una carpa de 20 varas de largo sobre 7 u 8 de ancho, habitan hasta diez familias, y un retazo de cáscara de almendro de 2 varas de cuadro, extendido en el suelo, indica el lugar de cada familia, tanto en vida como después de muertos». Hay mucha variedad de tipos entre los *Araonas*, pues mientras que unos son verdaderamente zambos, otros son de un tipo muy parecido al europeo. Los hay de nariz larga y aguda, cuando el indio en general la tiene chata. Hay muchos barbones y alguno que otro calvo, cosa tan rara entre los indios. Existen muchos verdaderamente rubios tanto entre hombres como entre las mujeres. Son altos y bien formados ágiles y alegres; pero por lo general muy ociosos». (1).

Siembran, prosigue, maíz, camote, yuca, gualusa, ajipa, coca, caña, etc. «Sus chacras son insignificantes por lo que se alimentan de fruta, como el almendro que abunda, motacú, chima y zayal que llaman majo». «Son muy carnívoros y también comen mucho pescado. Tienen mucha habilidad para remedar toda clase de animales, habilidad que la explotan con frecuencia». Andan completamente desnudos, excepto las mujeres que llevan como tapa honesta, unas veces la cáscara del bibosí, otra un tegido de algodón. Los hombres son corrompi-

(1).—MOSCOLO-LIMINANA, *Geografía de Bolivia*.

dísimos, pero no así las mujeres, que además trabajan como animales». Cuando van de viaje el hombre no lleva más que su arco y flechas, mientras que a la mujer la obligan a cargar hasta 3 o 4 arrobas de maíz, yucas, etc. Andan así hasta 4 leguas por día, y cuando llegan a la pascana la mujer enciende el fuego y asa yuca o plátano y alcanza al marido que está echado. En viaje las mujeres llevan siempre un gran tizón de fuego, porque les cuesta mucho trabajo sacarlo por el frote». No sólo tienen la poligamia sino que se prestan mutua y llanamente sus mujeres». «Los casamientos se hacen sin ceremonia de ninguna clase: generalmente piden la mujer a sus padres, o la roban, o la compran por un hacha». «Los hombres se levantan al amanecer, van derecho al baño y después a comer». «La embriaguez es desconocida entre ellos. A las mujeres está vedado mirar los ídolos, y objetos del culto, creen que morirían o al menos quedarían ciegas si los miran. Son ellas, sin embargo, las que tocan sus flautas en las funciones religiosas. Esas flautas son pequeñas, de tres agujeros, generalmente de hueso; sus tonadas son muy monótonas. Los hombres cantan con bastante armonía pero todas sus canciones se reducen a pedir cosas materiales a sus dioses, especialmente salud y comida. Estas peteleones las hacen casi todas las noches en familia, imitando el tono en que rezan las familias cristianas». Cualquier pretexto les basta para declararse una guerra sin tregua. Una mujer, un hacha, un cuchillo, el derecho de cazar o pescar y de recoger huevos de tortuga, son otros tantos motivos para declararse una guerra a muerte y sin tregua»...

Excusado es decir que en estas regiones casi inexploradas y donde conviven tribus de tan primitivas como bárbaras costumbres, no hay caminos estables ni medio seguro de abrirlos por entre la maraña inextricable de los montes. Cualquiera senda trazada a fuerza de hacha y cuchillo a los ocho días de abandono ya se ha perdido, borrada por las hierbas y zarzales que la desbordan. Esto acontece hoy con el interés que se tiene en explotar aquellas regiones apenas invadidas por el esfuerzo penoso y terrible del colono nacional o extran-

jero. En el año de la fundación de la República permanecían casi del todo ignoradas, no obstante la abnegación de los misioneros de ciertas órdenes religiosas, como la de los franciscanos y jesuitas, que el interés humano de la evangelización llevaba por todos los puntos ignotos del Continente.

Lógicamente se deduce entonces que esas tribus no forman ni de lejos parte de la comunidad política y social, y su existencia en el territorio no importa ningún elemento económico y menos, por lo tanto, progreso social. Es como si viviese una raza de bestias útiles para ciertos fines, y como a bestias se las trata en la conducción de las canoas, y en la pica de la goma elástica, trabajos para los que se las utiliza. Su aporte, es, pues, casi nulo. Acaso sólo se les puede tomar como un elemento higienizador de los bosques profundos, pues para vivir tienen que luchar con las fieras, defenderse de los insectos, disputar su presa a los caimanes, y, por consiguiente vencerlos, exterminarlos. De ahí su utilidad y hasta su importancia.

En la primera región, en la inter-andina, vegeta, desde tiempo inmemorial, la raza que precedió al Imperio de los Incas e hizo, a caso, la ciudad de piedra de Tiahuanacu; y es el aspecto general del país, monótono y uniforme, que ha moldeado el espíritu de los aymaras de una manera extraña.

El hombre del altiplano es duro de carácter, seco para la expresión de sus emociones y sobrio en la satisfacción de sus necesidades, cuando las llena con su propio esfuerzo o mediante sus propios dineros. La aridez de sus sentimientos sólo se iguala a su absoluta ausencia de aficiones estéticas. Su vida es parca y dura hasta lo inconcebible. Ocupase de preferencia en la ganadería y agricultura; pero como ganadero sólo se limita a vigilar a sus bestias en los ejidos, sin cálculo ninguno de mejorar o conservar en su pureza la especie, y, como agricultor, los procedimientos que emplea para labrar sus campos son rústicos y primitivos, pues no conoce ni aun sospecha la existencia de las modernas máquinas agrícolas. Ferozmente conservador o indiferente para las cosas que no com-

prende, casi nunca acepta innovaciones fundamentales en sus hábitos y costumbres heredados. Es supersticioso y crédulo y acepta como artículo de fe lo que sus yatiris, brujos y agoreros, le predicen. No sabe determinar de manera lógica su respeto y sumisión a los hombres superiores o a las divinidades. Su concepción del Dios cristiano es absolutamente fetichista. Sus vicios predominantes son la pereza y la suciedad; sus defectos, la envidia, la mentira, la deslealtad, el robo, defectos que han nacido y se han acentuado desde la conquista.

La otra variedad de la raza y el núcleo vivo y dirigente de la población incásica, la quechua, que por el norte hacia el Cuzco y por el sud en los comienzos de la región del Plata, amurallan a la aymara, tienen los rasgos fisonómicos casi idénticos a ésta, distinguiéndose solamente por su mayor adaptabilidad a la vida en común con el blanco y una marcada suavidad de sentimientos y costumbres que engendró el amor instintivo de la poesía, aunque sin darle una superioridad visible sobre la otra, pues ambas han sufrido idéntica presión exterior y fueron sometidos al mismo régimen de violencia. Y es así que el indio no tiene remota idea de lo que es la ley. Según su criterio simplista, es bueno lo que llena sus necesidades y malo lo que se opone a la satisfacción de ellas. Sobrio en el comer, parco en el vestir cuando gasta la propia hacienda, posee una fortaleza admirable, que va menguando junto con sus virtudes muchas y sólidas, cuando estaba sometido al poder de los Incas, como lo patentiza elocuentemente el Padre Fray Antonio de la Calancha por la confesión recogida personalmente del conquistador Amancio de la Sierra Lesama, hecha en artículo de muerte y dirigida «a la Católica Majestad el Rey don Felipe» en su calidad de primer conquistador del Perú.

Que entienda Su Majestad Católica, —dice Lesama en su testamento,—que los dichos Incas los tenían gobernados de tal manera (*a los indios*) que en todos ellos no había ni un ladrón ni hombre vicioso, ni holgazán, ni una mujer adúltera ni mala; ni se permitía entre ellos ni gente de mal vivir en lo moral; qué los hombres tenían sus ocupaciones honestas y pro-

vechosas». «Que como en estos hallamos (*en los Incas*) la fuerza y el mando, y la resistencia para poderlos sujetar y oprimir al servicio de Dios nuestro Señor y quitarles su tierra y ponerles debajo de la real corona, fue necesario quitarles totalmente el poder y mando, y los bienes, como se los quitamos a fuerza de armas; y que mediante haberlo permitido Dios nuestro Señor nos fue posible sujetar este reino de tanta multitud de gente y riqueza; y de señores los hicimos siervos tan sujetos, como se ve y que entienda su Majestad que el intento que me mueve a hacer esta relación, es por descargo de mi conciencia, y por hallarme culpado en ello, pues habemos destruído con nuestro mal ejemplo gente de tanto gobierno como eran estos naturales y, tan quitados de cometer delitos ni excesos así hombres como mujeres, tanto que el indio que tenía 100,000 pesos de oro y plata en su casa y otros indios, dejaban abierta y puesta una escoba o un palo pequeño atravesado en la puerta para señal de que no estaba allí su dueño, y con esto según su costumbre no podía entrar nadie adentro, ni tomar cosa de las que allí había, y cuando ellos vieron que nosotros poníamos puertas y llaves en nuestras casas entendieron que era de miedo de ellos, porque no nos matasen; pero no porque creyesen que ninguno tomase, ni hurtase a otro su hacienda; y así cuando vieron que había entre nosotros ladrones, y hombres que incitaban a pecado a sus mujeres e hijas nos tuvieron en poco, y han venido a tal rotura en ofensa de Dios estos naturales por el mal ejemplo que les hemos dado en todo, que aquel extremo de no hacer cosa mala, se ha convertido en que hoy ninguna o pocas hacen buenas». . . .

Es decir que en el transcurso de pocos años, de una generación quizás, ya ha comenzado a iniciarse merced a una política bárbara, una selección al revés en la raza que siguió engendrándose en el miedo, las privaciones, la humildad, la miseria inconsolada, pues era una raza que no había sido formada ni educada para las empresas de lucha persistente, de labor continua y esforzada, de amor de la independencia, pues aunque fuerte de organismo y con músculos de acero, estaba so-

metida a la domesticidad sin ejemplo, a la servidumbre sin nombre de la dinastía real, la más absolutista de cuantas se tenga memoria en los anales de la humanidad.

El Inca para sus vasallos era una divinidad intangible y fuera del alcance de su poder demasiado humano, y su obediencia en los primeros tiempos del Imperio no conocía límites ni obstáculos, bien que después, por causas de disensiones intestinas, sobreviniesen guerras interiores que debilitaron el espíritu de sometimiento sucediéndose luchas sin merced, y eminentemente disociadoras. En todo caso los sentimientos de propia iniciativa y de libertad individual fueron casi completamente anulados en la raza en los trescientos y tantos años que duró esa dominación despótica del Inca y en los que se moldeó a la servilidad favorablemente alentado por las condiciones materiales de esa vida fácil y casi nada complicada por la abundancia de los productos de alimentación, la fertilidad del suelo y otros agentes externos de esta naturaleza.

Moldeados ya su temperamento y carácter a la obediencia pasiva, totalmente domesticados para no saber obrar ni aun pensar por cuenta propia, llevaban los indios una vida llana, activa dentro de las labores agrícolas, con poca o ninguna complicación sentimental y relativamente feliz por la ausencia de grandes y trascendentales aspiraciones, monótona hasta cierto punto por su ninguna complejidad con relación a los problemas de la subsistencia individual de antemano asegurada por la previsión de los administradores, vacía acaso de ideales de solidaridad humana, vegetal sin duda, juzgada con el criterio del día, acaso inhábil para comprender en su vasta significación la estructura íntima de aquellas sociedades y de aquellos hombres.

Y vinieron los conquistadores, ásperos, brutales, duros, sin entrañas y dominados por apetitos feroces. Son egoístas, sensuales, interesados. Como los más son gente de baja ralea y están en la flor de la edad, no tienen grandes nociones sobre nada ni les adornan bellas virtudes a no ser las del coraje y de la audacia, sin freno. Y ven en el natural y sus riquezas un

cebo de fácil explotación para su desenfrenada codicia. Su brutalidad choca con la suavidad de los nativos; su desenfrenada sensualidad con la moderación reglamentada de los goces sexuales en las mujeres; su ignorancia del valor representativo de los metales preciosos, con la codicia tremenda de los buscadores de oro; su espíritu gregario con el fuerte individualismo del conquistador ibero; su alma femenina y dulce, en, fin con el carácter rudo, áspero y violento del invasor.

La lucha no es tenaz ni enérgica, pero sí sangrienta porque del primer choque pérfido cae vencida la raza, de rodillas.

Entonces, ante la brutalidad del blanco, busca, como toda raza débil, su defensa en los vicios femeninos de la mentira de la hipocresía, la disimulación y el engaño.

Pero estos mismos vicios no son innatos en la raza. Los ha adquirido por contagio, y de entonces en adelante los empleará como una formidable arma de defensa, primero contra todo el que ostente los signos característicos visibles de la raza dominadora, y después con el extrañío aún de la misma raza, pues llegará con el tiempo a la conclusión desoladora de que el enemigo viene de fuera, cualesquiera que sean su condición y casta.

La primera mentira trascendental la ostentan con pompa el conquistador Pizarro ejercitándola contra el Inca Atahualpa, para realizar una obra de perfidia casi sin ejemplo en los anales del mundo.

Al avanzar Pizarro a la cabeza de sus 164 soldados aventureros hasta hoy insuperados y quizás nunca insuperables en atrevimiento y heroecidad, por el territorio jamás hollado por planta europea del Imperio del Tahuantinsuyo, dividido en ese memorable año de 1532 por la terrible y sangrienta guerra civil entre los hermanos Huáscar y Atahualpa, lo hace a favor del engaño y con la promesa de ofrecer a Atahualpa el concurso de su poder para darle la posesión del trono de Huayná Cápac disputado por el hermano Huáscar, el fuerte. El Inca cree y sale a su encuentro llevando como escolta la flor de su raza representada en sus treinta mil guerreros casi desarmados y

en esos cuatrocientos heraldos vestidos de gran gala y esas comparsas inocentes de danzadores y bailarines que ostentan al sol el reflejo metálico de sus vestiduras de plumas y placas de oro. Frente a ellos se efectúa ese singular coloquio singular por lo absurdo y acaso incoherente, del fraile que le habla de deberes a quien jamás creyó tener ninguno y en un discurso «que tenía misterios incomprensibles y que hacía alusión a hechos desconocidos que cualquier humana elocuencia no podía dar en tan corto tiempo idea siquiera aproximada a un americano» (1), y del hombre poderoso que le escucha atónito y consternado y que arroja con desdén el libro donde el fraile le asegura contener la sola verdad conocida, diálogo que luego concluye odiosamente con la masacre de cuatro mil señores que hacen muralla de carne en torno a su soberano. Este acto tremendo es la iniciación de una devastadora política de crueldad y de mentira, que al punto se sigue con la escena no menos odiosa de la promesa del rescate del Inca prisionero por una cantidad de oro y plata hasta entonces nunca vista en el mundo. Se recoge el tesoro fabuloso; pero se falta a la promesa y se asesina al Inca. Y la política se continúa después, implacablemente, en los trescientos ochenta y ocho años que de entonces a la fecha pasan....!

Del abrazo fecundante de estas dos razas de señores y esclavos nace la mestiza trayendo por herencia los rasgos característicos de ambas, pero mezclados en una amalgama estúpida en veces porque determina contradicciones en ese carácter que de pronto no se sabe de qué manera explicar, pues trae del ibero su belicosidad, su ensimismamiento, su orgullo y vanidad, su acentuado individualismo, su rimbombancia oratoria, su invencible nepotismo, su fulanismo furioso, y del indio su sumisión a los poderosos y fuertes, su falta de iniciativa, su pasividad ante los males, su inclinación indomitable a la mentira, el engaño y la hipocresía, su vanidad exasperada

(1).—ROBERTSON, *Histoire d' Amerique*.

por motivos de pura apariencia y sin base de ningún gran ideal, su gregarismo, por último, y, como remate de todo, su tremenda deslealtad.

Esta casta mestiza, en momentos de la constitución de la nacionalidad, carecía de verdadera importancia y su rol era muy secundario en los movimientos de opinión o en las actividades económicas del país. Su tipo representativo, el *cholo*, arranca su nombre, según datos de un cronista alto peruano, de la costumbre adoptada por un caballero español que había viajado algún tiempo por Italia, de llamar *fanciullo fanciulli*, (*fanchiullo, jovencito*) a los mestizos con expresión de «compasiva solicitud». «De allí vino, agrega, la palabra *cholo*, es decir, *pequeño, digno de protección*».

Así, pequeño, insignificante, sobre todo en las clases bajas, vivió el *cholo* durante todo el coloniaje hasta la guerra de la emancipación. Es para sostener esa guerra que se le mira, llama, adula y promete toda suerte de beneficios despertando en él la vaga noción de su valor como unidad y el concepto confuso todavía de su fuerza. Entonces, elevado ya en su calidad de hombre, quiere hacer ostentación de sus dotes nativas y revela ya sin equívoco todas las singulares características de su temperamento.

Por lo pronto, y esto de manera general en las clases bajas de todos los países del Continente, es casi total su ausencia de grandes preocupaciones ideales y fuerte y fuera de toda relación su afección desmedida al brillo social, figuración política y a la ostentación de títulos o riquezas, si los tiene, aprovechando únicamente la hora que pasa y el éxito del minuto, indiferente o extraño a los problemas morales relacionados con la finalidad de la vida y el angustioso misterio de la muerte.

El *cholo* político, militar, diplomático, legislador, abogado o cura, jamás y en ningún momento turba su conciencia preguntándose si un acto es o no moral, entendiéndolo por moral, «la armonía de actividades en vista del bienestar ge-

neral», (1) porque únicamente piensa en sí y sólo para satisfacer sus anhelos de gloria, riqueza u honores a costa de cualesquiera principios, por sobre toda consideración, ferozmente egoísta e incomprensivo. Nadie como él tiene un concepto tan desolador de las relaciones humanas y el valor moral del hombre. Para él el hombre es bajo, egoísta, falso, interesado y despreciable. Y es que juzga según los dones de su criterio, sus propias observaciones o experiencia, según las fuerzas vivas que siente bullir dentro de él. Y obra por consiguiente como piensa, naturalmente, de una manera reflexiva o refleja, como cuando una planta florece y germina si le son propicios los elementos que la rodean.

«Piensa mal y acertarás»,—he allí para el cholo el adagio que encierra la concepción exacta, mejor y más cabal de la experiencia humana sobre las relaciones del hombre con sus semejantes. En esta frase terrible y desolada cree hallar una defensa a su actitud, cuando en suma, al adoptarla como divisa, no va haciendo sino mostrar su íntima estructura de su alma y su propia concepción de la vida.

El cholo de las clases inferiores o desclasificadas, es holgazán, perezoso y con inclinaciones al vicio de la bebida, hoy ya menos acentuado merced a las condiciones duras en que se desenvuelve la vida de todo el mundo y particularmente en aquellos centros de mayor desarrollo industrial y económico. Su lugar favorito es la *chichería*, tendezuela donde se vende un brebaje hecho de maíz, y el día de su predilección para expandirse el primero de la semana bautizado con el nombre apropiado de *San Lunes*, y al que se le rinde culto tanto más piadoso cuanto más atrasada es una localidad o más pobres son sus medios de subsistencia. Cuando sus raros afanes de cultura lo llevan a enterarse del periódico, del libro barato, o del mitin político, entonces indefectiblemente es arrastrado a la fácil concepción de un igualitarismo bárbaro difundido por to-

(1).—SIMON, *La Morale Scientifique*.

dos los demagogos verbosos y sin disciplina según la cual un albañil o un carretonero rústicos valen y representan idéntica fuerza que un inventor, un sabio, o un estudioso. El rango por el mérito es para él contrario a los principios de la democracia; más si surge, sube y se impone, es su preocupación dominante atajar el paso a los otros y mantener sin menoscabo sus gajes negando a los demás el derecho de seguirle y menos de mitarle.

En el cholo leído y de sociedad estas predisposiciones innatas se manifiestan por la inclinación a vivir de una ocupación rentada por el Estado y haciendo gala de las cualidades que se imagina poseer distinguiéndose sobre todo en su afán por alardear la cuna de nacimiento, como bien lo notaban los hermanos Ulloa hacia a fines del siglo XVIII, y distinguiéndose en esto, como en muchas otras particularidades, los habitantes del interior del Continente o de la sierra «por tener menos ocasión de tratar con gentes forasteras». (1)

La vanidad del rango, de la fortuna o de la función, los empuja a buscar el acrecentamiento de las cualidades que más estiman; y en la tarea de conseguirlo ponen esa su invencible inclinación a la duplicidad y a la mentira, a la astucia y a la intriga anotadas por quienes se han tomado la tarea de desentrañar la psicología de los criollos en nuestros países del Continente y que muchos escritores se placen reconocer particularmente en el cholo altooperuano, en el *colla*, a propósito del cual es costumbre en América contar lo que refiere Agustín Alvarez:

—«Alcance usted dos sillas para estos señores»—decía un obispo de Bolivia cada vez que un individuo más o menos *coya* entraba en su despacho, y agregaba:—«siéntense ustedes»—«Señor, decía el visitante, vengo yo solo, nadie me acompaña»—Ya lo sé; es solamente una precaución que tomo para no olvidar que en ustedes hay siempre dos personas; la que se ve y la que no se ve»... (2)

(1).—ULLOA, *Nocius secretus de América*.

(2).—ALVAREZ, *Manual de patología política*.

Y otro escritor del mismo país, Sarmiento, decía recordando lo del obispo:

«A los bolivianos es necesario saludar en plural, para que no se recientan el diablo y la mentira que están detrás»...

(1)

En cualquier género de actividad que despliegue el cholo muestra siempre la innata tendencia a mentir y engañar porque se le figura que estas son condiciones indispensables para alcanzar el éxito en todo negocio. El cholo abogado prefiere de las leyes aquellas que en su interpretación pueden torcer la justicia de una causa; el cholo político es falso e inestable en sus principios doctrinarios, cuando los tiene; y el cholo legislador apenas sabe copiar leyes y disposiciones exóticas suponiendo ser labor fácil forzar el espíritu de las gentes para obligarles a proceder adaptándose a reglas contrarias a la íntima modalidad de su temperamento étnico.

Pero suponer y asegurar, como generalmente lo hacen ciertos escritores de ciertos países, que estas anomalías psicológicas son exclusivas de los altoperuanos, es desconocer con malicia las tendencias de la clase media de los demás países hispanoamericanos, donde, igualmente, se presenta como una casta manifiestamente inferior desde el punto de vista moral con relación al tipo medio de las razas europeas que las modernas disciplinas de enseñanza y educación van generalizando en todos los pueblos cultos del mundo.

El *cholo* de Bolivia y el Perú, el *roto* de Chile, el *gaucho* de la Argentina, etc., etc., son una casta de gentes híbridas sometidas ya a un lento proceso de selección, pero que todavía no han alcanzado a eliminar de sí las taras de su estirpe porque el problema de su modificación aun permanece latente en muchos países siendo ese, por su magnitud, el primordial de sus deberes.

«Haced pasar el *roto*, el *gaucho*, el *cholo*, unidad elemen-

(3).---ALVAREZ, *¿Dónde vamos?*

tal de nuestras masas populares, por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción, en cien años no haréis de él un obrero inglés que trabaja, consume, vive digna confortablemente»—decía con desolación Alberdi; y esto se acentúa cuando se establece la necesaria comparación de cualquiera de estos tipos populares con el señalado como superior y acabado de la civilización occidental, bien sea el *hidalgo* español, el *gentilhomme* francés y el *gentleman* británico, sobre todo.

La bravura, la lealtad, y particularmente, la sinceridad, son los rasgos característicos y predominantes del *gentleman*. Para él solo vale un hombre cuando es animoso, honesto y verídico. El talento no le importa ni significa nada. Al contrario, siente profundo menosprecio por el hombre inteligente pero falaz, vanidoso, intrigante y mentecato. Tampoco significa nada para él la riqueza que bien puede ser, y es por lo común, sólo un accidente. Además, nunca se nace *gentleman*; se *deviene*. Cualquier ser de cualesquiera jerarquía sociales puede llegar a ser *gentleman* por su proceder y conducta, porque este privilegio se adquiere exclusivamente por las cualidades morales, más que por la cultura, la fortuna o el linaje. Un hombre que miente, intriga, engaña y no es sincero ni animoso, puede acumular sobre sí los dones de la fortuna y del talento, poseer una muy brillante cultura, nacer en cuna dorada, ser atrayente por sus prendas personales, pero nunca jamás será un *gentleman*, es decir, un ser de selección por sus cualidades morales, celoso de su honor y del ajeno, digno en su vida, gustos, acciones, palabras e ideas.

Juzgado este tipo en relación al predominante en los Estados de la América española, se ve que no hay un solo pueblo de estirpe ibera que pueda presentar uno que acuse iguales y parecidas singularidades, lo que explica, sin mayores comentarios, el estado de relativo retardo en que se hallan independientemente de su reciente formación y de la escasez de sus recursos. Por eso es que predominando este elemento en la formación étnica de la nueva nacionalidad, su historia política y social es la del criollo mezclado en todas las manifestaciones

activas de la Nación y ofrece un aspecto de incoherencia y de barbarie que hemos de reproducir en cuadros que de pronto parecen trazados por la imaginación desenfundada de un novelista y son, no obstante, la reproducción cabal de un estado social plasmado en moldes imperfectos y que por su flexibilidad promete reproducir ese tipo ideal señalado aunque no con la genuina perfección de sus rasgos sobresalientes, que bien pueden ser el resultado de la raza y del medio antes que de la mera educación.

La historia de Bolivia es pues, en síntesis, la del cholo en sus diferentes encarnaciones, bien sea como gobernante, legislador, magistrado, industrial y hombre de empresa.

Y el cholo, —repetimos,—si logra llenar sus aspiraciones y consigue algún éxito, ofrece el espectáculo de un tipo dominador, generalmente arbitrario pero esmeroso de que sus arbitrariedades no sean aparentes ni caigan dentro de la penalidad de los códigos. Si está todavía cerrado en las estrecheces de su medio social, entonces presta oídos a los agitadores demagogos que por conseguir un éxito electoral o hacerse populares, le hablan de sus derechos sin recordarle nunca de sus deberes y es partidario de todas las nivelaciones radicales porque se imagina que así puede borrar diferencias de cultura, moralidad, carácter y tenacidad.

La explicación de este fenómeno es sencilla.

Desde el instante en que Bolivia se constituyó dentro los límites de la antigua Charcas ya marcados, hubo una repentina paralización del movimiento migratorio porque razones políticas apartaron al elemento genuinamente español que con su potencialidad generativa inculcaba incesantemente sangre ibera en la masa de la sangre indígena, predominante en el país.

Alejada la nación del mar y cerrada dentro del Continente por la muralla de los Andes, no hubo desde entonces la posibilidad de que el elemento étnico se renovase merced al contacto con gentes de otras razas y cambiase de esta suerte la estructura de su misma composición, como fatal y necesaria-

mente ha sucedido con los pueblos de la costa, muchos de los cuales ofrecen hoy una homogeneidad envidiable.

Y entonces, por fuerza, los elementos predominantes de la raza,—indios y cholos,—fueron desalojando paulatinamente, y no obstante los prejuicios de casta de las clases superiores, la poca sangre europea que quedó en los comienzos del siglo, hasta constituir en la actualidad ese núcleo diminuto de gente blanca que dominando por rasgos morales ambas castas y en la cumbre de la jerarquía social, se muestra hoy capaz, activa y sobresaliente, tal como se presenta en los medios de donde se procede.

Es, entonces, la mestización, el factor típico que más se ha desarrollado durante el siglo XIX en Bolivia, y es por él que se explica nuestro desenvolvimiento democrático, pues basta un ligero análisis de la historia para saber que, aparte de la mediterraneidad de la nación, que es uno de los más grandes factores negativos en contra de nuestro total desarrollo, son los gobernantes *cholos*, con su manera especial de ser y concebir el progreso, quienes han retardado el movimiento de avance en la República, ya no únicamente bajo el aspecto institucional, sino también en sus factores económicos e industriales, de tan grande influencia en el mundo.

Ahora bien, según el censo levantado seis años después de la fundación de la República de Bolivia, en 1831, y al que de prudencia no debe prestarse entero crédito por la manera irregular y defectuosa con que entonces se realizaban las operaciones censísticas, contaba la nación con 1.083,540 habitantes, de los cuales más de la mitad eran indios y salvajes sin ninguna noción sobre nada y en estado pleno de barbarie, una parte de cholos ignorantes y desidiosos y una ínfima proporción de blancos que componía la parte dirigente y activa de esa masa casi amorfa; y todas esas gentes de casta distinta y antagónica convivían pobremente en un territorio rico y extenso inexplorado y desconocido en su mayor parte, lleno de grandes recursos pero inmensamente alejado del mar.

Y la falta de caminos; las marcadas diferencias de edu-

cación, medio y aspiraciones; los prejuicios de rango y fortuna hacían que unas castas viviesen subyugadas por las otras, la raza indígena a la mestiza y la mestiza a la blanca, sin que en ninguna hubiese arraigado el vínculo de solidaridad ni despertado de manera precisa el sentimiento trascendente del nacionalismo basado en la historia o en la continuidad étnica.

Ya se ha dicho que la queja constante de Sucre era su dificultad de encontrar hombres preparados para el desempeño de las altas funciones administrativas. Si se excluye a Chuquisaca, que, según René Moreno, contaba, cuando la fundación de la República, «no menos de 40 doctores, eclesiásticos no pocos y unos 50 en las provincias» (1) que era, en suma, casi todo el elemento pensante y apto de aquella renombrada circunscripción y superior sin duda también, en número y en calidad, al que contaban los otros países libertados por el genio y la espada de Bolívar y San Martín, el resto de la población permanecía ajena a toda idea de cultura e ilustración, ignorante de las condiciones en que se desenvolvía el mundo a esa hora, casi sin cabales nociones de las corrientes de ideas y propósitos que circulaban por el occidente civilizador.

Y, falta de ideas propias en el elemento dirigente, ignorancia supina en la masa, barbarie y salvajismo en los indios, extensión desmesurada de territorio, carencia casi completa de grandes y fáciles vías de comunicación, suma pobreza económica y mil obstáculos, en fin, étnicos, sociales, geográficos, telúricos, se oponían desde un comienzo a poder constituir de pronto una nueva nacionalidad que ingresase de inmediato a la práctica regular de las instituciones republicanas ignoradas por la masa viva de la nación, a la gerencia acertada y metódica de los negocios públicos, a la percepción cabal de las rentas que le permitiesen llenar los deberes de la simple administración.

Al referirse al problema racial, magno en Bolivia y a las condiciones con que fue constituida y fundada la República,

(1).—RENÉ MORENO, *Más notas históricas*.



decía uno de los más vigorosos pensadores bolivianos hacia el año 1860, don Nicodemos Antelo:

«Heterogeneidad de razas, de costumbres, de idiomas, de índole, hasta ideas: hé aquí el conjunto múltiple que ofrece aquella amalgama, digámoslo así, de muchas naciones reunidas bajo un mismo pacto social, o más bien bajo un régimen impuesto por la espada de los libertadores. En esa compleja fisonomía física, moral e intelectual, es revelante un rasgo de notable trascendencia en la vida política de esa república a saber: la inmensa distancia que media entre la raza indígena y mestiza, y no educadas, y pequeña clase instruída procedente de la aristocracia del régimen colonial».

Bien comprendieron todo esto los libertadores y de ahí los incesantes trabajos de Bolívar en Lima y de Sucre en el Alto Perú por refundir la nacionalidad en cualquiera de los grandes núcleos del Continente, grandes no por su territorio y los recursos de su suelo, sino por su población más homogénea y su fácil vecindad con el mar; pero ambos se estrellaron contra la obstinación cerrada y enérgica del grupo de dirigentes alto peruanos que predominaba absolutamente en medio de la indiferencia o de la incomprensión del pueblo y al cual se debe, en último análisis, la conservación de la patria adoptiva del Libertador.

Y quedó Bolivia enclavada en el corazón frondoso de la América meridional, aislada de las corrientes civilizadoras del mundo por montañas casi inaccesibles, por grandes bosques inexplorados y malsanos, por desiertos inclementes, por ríos caudalosos e infranqueables, y esto hasta el punto de que cincuenta años más tarde podía decir el historiador chileno Sotomayor Valdés, que la nación «parece colgada de los abismos del suelo» (1), concepto que en igual sentido repetía a poco otro escritor del mismo país, Walker Martínez al asegurar, en 1877, que Bolivia era «el Tibet de nuestro Continente».

(1).—SOTOMAYOR VALDÉS, *Estudio Histórico de Bolivia*

CAPITULO V.

Dificultades de Sucre y su manera de gobernar.—Su pesimismo político.—Congreso de 1826.—Campaña contra el Libertador.—Trabajos de Santa Cruz.—Se revolucionan en La Paz las tropas colombianas.—Motín del 18 de abril: Sucre herido.—Gamarra invade Bolivia.—Sucre se aleja definitivamente de Bolivia.

Fácil es entonces colegir que la labor del gobierno no se presentaba cómoda ni atrayente en esos primeros momentos de la constitución de la nacionalidad, y Sucre que había sido elegido presidente provisorio en reemplazo del Libertador, se resentía un tanto por falta de colaboración inteligente en los asuntos de más trascendencia, viéndose precisado a llamar en su ayuda a elementos de fuera del país, ya que los principales ocupaban puesto descollante en el Congreso.

La actuación de Sucre en los pocos meses que ejerciera el mando a la salida del Libertador había sido fecunda en enseñanzas de toda suerte. Generoso, desinteresado, noble de verdad, sabía imponerse a todos por la persuasión y la derechura haciéndose temer, querer y respetar a la vez.

Prudente y acertado era su sistema de gobierno. Las medidas que ideaba las ponía en realización después de pensarlas maduramente por mucho tiempo y de consultarlas con la diputación permanente a la que alguna vez la tuvo alojada en

su propia vivienda. Mostrábase enemigo de las improvisaciones fáciles y aparatosas a que son acostumbrados los gobernantes mestizos, y era su deseo dar ejemplos patentes de probidad, abnegación y desinterés administrativos, pues su misma condición de extranjero en el país y su decisión de no comprometer en nada el nombre de su patria, a la que rendía fervoroso culto, le obligaban a mostrarse moderado en sus medidas, tolerante y en extremo riguroso en sus maneras y conducta.

Pero no era grande su contento por quedar en el país donde nada le retenía a no ser la voluntad avasalladora de su jefe y sólo anhelaba irse a Quito para cumplir su compromiso matrimonial con la marquesa de Solanda y dedicarse de lleno a trabajar para proveer a las necesidades de su vejez que ya la sentía venir rápida y fatal.

Uno de los primeros actos de este Congreso de 1826, y antes de dar su aprobación al proyecto de la Carta Política enviada por el Libertador, fue confiar, por unanimidad, la dirección del poder ejecutivo al Gran Mariscal de Ayacucho, en su sesión preparatoria del 23 de mayo, honor que rechazó Sucre.

En el congreso hubo un momento de verdadera perplejidad al conocer la negativa del virtuoso soldado, pues veía que eran muchos los pretendientes a ocupar ese alto puesto, no siendo raro que se iniciase el período de anarquía, funesto más tarde para el país. Resolvió insistir en su demanda y entonces Sucre, ante la insistencia del congreso unánime y la solicitud que de todos lados le llegaban, consintió en hacerse cargo de la presidencia, pero a condición de que desempeñaría esas funciones sólo por tiempo limitado.

Ningún interés tenía Sucre en ejercer el mando y hasta hubo un momento en que titubeó su conciencia de hombre recto al preguntarse si servía lealmente los intereses del país que lo eligiera como mandatario, pues también él pensaba, como el Libertador, que en las cuatro provincias no había elementos suficientes para constituir una nacionalidad, y quería a toda

costa que entrasen a reintegrar cualquiera de los países que alegaban derechos sobre ellas.

«Estoy persuadido, decía, que a las pequeñas naciones se las tragan las grandes; y que Bolivia es un pequeñísimo Estado».

«Dios quiera, agregaba en otra ocasión, que salga bien del gobierno, porque mi posición es muy falsa no sabiendo si trabajo para que Bolivia sea un estado independiente o para que sea parte del Perú o Buenos Aires....»

Es que en verdad sus temores no eran infundados.

En Bolivia comenzaba a notarse signos de evidente mal-estar y descontento. El Libertador se había ausentado de Lima para Guayaquil en septiembre de ese año de 1826 dejando en la presidencia del Perú al general alto peruano Andrés Santa Cruz, quien poniéndose de acuerdo con los enemigos del Libertador, que se negaban a aceptar el vitalicismo de la presidencia, dió por abolida la constitución boliviana, consumando así, bajo apariencias legales, la revolución fomentada en el Perú por la ambición y el egoísmo de quienes se creían con suficientes títulos para jugar roles preponderantes en la política de su país.

Esta misma política de celos y desconfianzas se contaminó a la Argentina, cuya prensa no cesaba de reprobar con frase enérgica y en veces descomedida la política del Libertador, y, por lo bajo, en trabajar, por medio de su ministro Bustos, hondamente en Bolivia para que este país siguiese el ejemplo del Perú. Para llevar adelante sus propósitos y hacer una franca oposición a todo lo que nacía de los caudillos colombianos, se negó el gobierno de Buenos Aires a recibir al doctor Serrano en su carácter de enviado especial de Bolivia y a formalizar el reconocimiento de su independencia.

Todo esto, y los actos de insubordinación de las tropas colombianas el 14 de noviembre de 1826 en Cochabamba donde cometieron mil abusos y hasta crímenes, la aparición de un ejército peruano en las fronteras de Bolivia al mando del general Gamarra que venía para hacer cumplir la resolución del

gobierno peruano según la cual «no entrarían en relaciones diplomáticas con Bolivia, mientras esta república no estuviese libre de toda intervención extranjera y con un gobierno nacional propio», determinaron al Gran Mariscal de Ayacucho a emprender viaje a La Paz, que lo hizo en los primeros días de marzo de 1827.

Iba desconfiado y receloso. También lleno de resentimiento y amargura contra peruanos y argentinos al ver la hostilidad con que su prensa se estrellaba contra el Libertador, lo único venerable para él en la vida. Veía que la descomposición comenzaba y eran patentes los signos de desorden en el país.

Llegado a La Paz se preocupó de organizar el ejército en vista de un ataque peruano y en acumular elementos de guerra. Recorrió con este fin los departamentos de Cochabamba y Potosí y volvió a Chuquisaca en el mes de junio. De Chuquisaca escribió a Bolívar el 20:

«No puedo decir a usted a punto fijo cuál sea la política del Perú respecto a Bolivia; pero hasta ahora todo se presenta con la mira de quitar la existencia a este país y refundirlo en el Perú». . . . «Yo no sé lo que sucederá, pero sí digo a usted que los porteños y los peruanos adelantan mucho en hacer que el país tome repugnancia a las tropas auxiliares». . . . (1)

Es el político previsor y de mirada zahorí que habla. El hombre de corazón no dejaba de indignarse de los inescrupulosos manejos con que muchos bolivianos, Santa Cruz en cabeza, trataban, o bien para destruir la nacionalidad propia, o aprovecharse de ella para satisfacer sus personales ambiciones.

Los manejos del Perú, extraordinariamente activados por Santa Cruz, que habiendo fracasado en sus ambiciones de ocupar la presidencia del Perú había vuelto los ojos a su patria nativa para encabezar desórdenes contra el Gran Mariscal

(1).—O'Leary: *Curtis de Sucre al Libertador*.

de Ayacucho, hallaron, por fin, eco en la opinión boliviana que comenzó a manifestar con vehemencia el deseo de que las tropas colombianas dejaran el país, y las cuales tropas, ensoberbecidas y agriadas por la irregularidad de sus pagos, no cesaban de cometer todo género de abusos, a pesar de que muchos de sus jefes más circunspectos y caracterizados como O'Connor, Galindo y otros habían entroncado con buenas familias de Cochabamba, Sucre y La Paz. Querían volver esas tropas a sus terruños, pues se sentían cansadas con más de tres años de ausencia y, políticamente, se sentían también afectadas por el proyecto de la vitalidad de la presidencia enviado por Bolívar y sancionado por el Congreso boliviano.

Y Sucre, al enterarse de todo esto y ver que en la oposición de los más al proyecto bolivariano latía sólo la ambición del mando inmediato con su séquito de honores y ordinarios placeres, escribía poco después, el 19 de septiembre, lleno de inquietud y desconsuelo:

«Nuestros edificios políticos están contruídos sobre arena; por más solidez que pongamos en la paredes, por más adornos que se las hagan no salvamos el mal de sus bases. Es la mayor desgracia conocerlo y no poderlo remediar». «Estoy persuadido, insistía más tarde con hondo acento de melancolía, que el terreno sobre el que trabajamos es fango y arena; que sobre tal base ningún edificio puede subsistir... »

Entre tanto los asuntos públicos iban complicándose cada día más y más. Los descontentos, la masa baja del pueblo, se habían dejado ganar por la influencia peruana y se levantaban hostiles contra el gobierno del Gran Mariscal, tolerante con todos los sentimientos. Los aspirantes en su sucesión a la presidencia, que eran muchos, tampoco cesaban de agitarse para ganar adeptos pues sabían que la resolución firmísima de Sucre era instalar el primer Congreso Constitucional de 1828 y abandonar inmediatamente el país donde pocos afectos le retenían. Era jefe de las turbas el doctor Casimiro Olañeta cuya palabra vistosa las seducía, y, entre los candidatos, se con-

taban a los generales Santa Cruz, de escaso prestigio en Bolivia, al general Urdininea, al general Velasco y otros.

Así las cosas, el 24 de diciembre de 1827 estalló en La Paz la segunda rebelión de las tropas colombianas que se alzaron, encabezadas por un sargento, "vitoreando al Perú y al general Santa Cruz". Depusieron a las autoridades de la ciudad y las secuestraron exigiéndoles en rescate una crecida suma de dinero que debía ser entregada en el preciso término de seis horas, y la cual, por los afanes del prefecto Fernández, que había recobrado su libertad para ese sólo fin, fue satisfecha en parte con ayuda del vecindario. La actitud enérgica de algunos jefes y la defección de la mayor parte de las tropas completamente batidas en Ocomisto, sobre el altiplano, con improvisados soldados de La Paz, salvó de pronto el orden de la ciudad y también, en el propio sentir de Sucre, la independencia misma de la República, porque esas tropas estaban ganadas al general peruano Gamarra y, sin la derrota, habrían arrastrado en su defección a las que permanecían fieles secundando de la suerte los ocultos propósitos del general invasor que era adueñarse de Bolivia y ahogar la nacionalidad.

Sucre conoció estos acontecimientos en el amanecer del 30 de diciembre. Salió de Chuquisaca el 31 y estuvo el 5 de enero de 1828 en La Paz y cuando el orden había sido restablecido. Entonces lanzó una ardorosa proclama a las tropas constitucionales diciéndoles: «Habéis vencido a los vencedores de los vencedores de catorce años», etc.

En tanto se acercaban el período de las elecciones legislativas y la agitación era intensa en todas partes. Los más diligentes en moverse eran los partidarios de la desocupación del territorio por las tropas colombianas, y su éxito parecía asegurado, lo que hacía exclamar a Sucre: «La chusma se apoderó de las elecciones.»

El Gran Mariscal se trasladó a Chuquisaca a principios del mes de abril y el 18 fué víctima inocente de la deslealtad de sus tropas ganadas del todo al partido de la revolución y seducidas por los asalariados del Perú y de la Argentina, quie-

nes amotinaron en el amanecer de ese día al batallón *Granaderos* de Colombia en medio de vítores a Gamarra y el Perú. Al tener Sucre conocimiento del escándalo lanzóse, todavía a oscuras, al cuartel con la decisión de reprimirlo; pero su presencia sólo sirvió para enardecer el ánimo de los revoltosos, que recibieron a balazos a su jefe.

Sucre, malamente herido en un brazo fué hecho prisionero a los dos días de consumada la revolución merced a las torcidas sugerencias de Olañeta que no obstante de haber prestado su ayuda al herido, incitaba contra él las masas, con descaro y felonía. Al mismo tiempo, y sin esperar el desenlace del movimiento, los revoltosos se dieron prisa en hacer avisar al general Gamarra los sucesos realizados, y Gamarra se apresuró en salvar las fronteras de Bolivia el 30 de abril para ocupar los departamentos de La Paz, Cochabamba y Potosí bajo la complacencia de algunos jefes bolivianos y hasta con su ayuda indirecta como hubo de suceder con el coronel Blanco que al mostrarse, en los primeros instantes, celoso defensor de los derechos del Gran Mariscal, hubo de cambiar de parecer apenas supo que los revolucionarios le proclamaran jefe de las fuerzas sublevadas, . . .

El general Urdininea que había quedado encargado del mando de la nación por renuncia de Sucre, formulada el mismo día en que fue herido, quiso oponer resistencia armada al invasor y acaso lo habría conseguido con los efectivos que contaba, sensiblemente inferiores a los 5,000 hombres de Gamarra; pero prefirió dedicar toda su energía en perseguir al coronel Blanco que se había defecionado con las tropas de su mando en favor de Gamarra, y luego fué comisionado por éste para ir a tomar prisionero a Sucre en su residencia precaria de Ñuccho a donde se había dirigido con objeto de convalecer de su herida.

Tres fueron las razones que invocó Gamarra para invadir el territorio de Bolivia, más ninguna respondía al secreto designio que le empujara a intervenir, contra todos los principios del derecho público, en los negocios interiores de un Es-

tado y que no era otro que ahogar definitivamente la nacionalidad anexándola a la suya. Estas tres razones invocadas por él en su comunicación oficial enviada a Sucre, eran: asegurar el orden en el país conteniendo a los facciosos, proteger la vida del Gran Mariscal de Ayacucho, y responder al reclamo de los bolivianos que pedían su intervención para arreglar sus propios asuntos.

Ante la imposibilidad de repeler por la fuerza la avasalladora actitud del invasor, hubo de aconsejar Sucre que se diese término a esa situación con un compromiso cualquiera. En consecuencia firmóse en el pueblecillo de Piquiza, el 6 de julio de 1828, el tratado de este nombre y por el que el Perú imponía a Bolivia la obligación de cambiar sus autoridades interiores, seguir en todo su política internacional, someterse a una vigilancia constante hasta el total cumplimiento de los pactos estipulados, determinar la reunión de un congreso con fines exclusivos y señalados y otras medidas por el estilo, todas depresivas para la dignidad de una nación.

Sucre, herido vivamente por este convenio y sin esperar a que se reuniera el Congreso que iba a escuchar la cuenta de sus actos puso el 19 de agosto, en manos de algunos de sus amigos su renuncia de la presidencia y su mensaje último, documento magno en la historia de Bolivia porque en él se contiene el anuncio de sus futuras andanzas estériles, la revelación del enemigo contra el que constantemente tiene que luchar la República, si es que anhela vivir, y el mandato solemne e imperioso «de conservar por entre todos los peligros la independencia de Bolivia», ya olvidado en horas de vergüenza o de dolor, roto por el tiempo y las circunstancias. . . .

Es lanzado este testamento político que el soldado de Ayacucho salió de Bolivia llevándose el presentimiento de no verla más en su vida.

Se iba entristecido por la ingratitud humana, receloso por la suerte futura del país que había fundado, lleno de zozobras por la suerte común del Continente; pero Bolivia queda sin mácula por los sufrimientos experimentados por ese hombre

bueno y justo, aunque en el crimen hayan participado algunos de sus hijos egoístas y ambiciosos.

«Vuelvo a Colombia, le escribía de Guayaquil al Libertador el 18 de septiembre de 1828, con el brazo derecho roto, por consecuencia de estos alborotos revolucionarios, y por instigaciones del Perú a quien he hecho tantos servicios y de algunos bolivianos que tienen patria por mí. . . .»

Pero, aunque herido y agriado, se iba feliz, después de todo.

Y es que nada le retenía en Bolivia.

Ni el paisaje ni la peculiaridad de las costumbres evocan ninguna remembranza en sus recuerdos juveniles ni hieren su sensibilidad afectiva. Se siente extraño a las cosas y las gentes, y toma su rol como un sacrificio consentido al afecto de su jefe. Pero como es hombre de honor, ante todo, y luego una de sus preocupaciones dominantes es el cumplimiento del deber por el prestigio mismo de su patria que venera, se contrae con decisión a cumplir el mandato que se le ha conferido y entonces administra con perfecta regularidad, se preocupa de la cosa común, vigila, manda y ordena con la puntualidad y circunspección de un *gentleman* sin buscar nunca ventajas para sí, con un desprendimiento hasta hoy jamás superado, austero, altivo y generoso!

Así pasa por Bolivia, y por eso su ejemplo constituirá siempre en el país el tipo ideal del Gobernante.

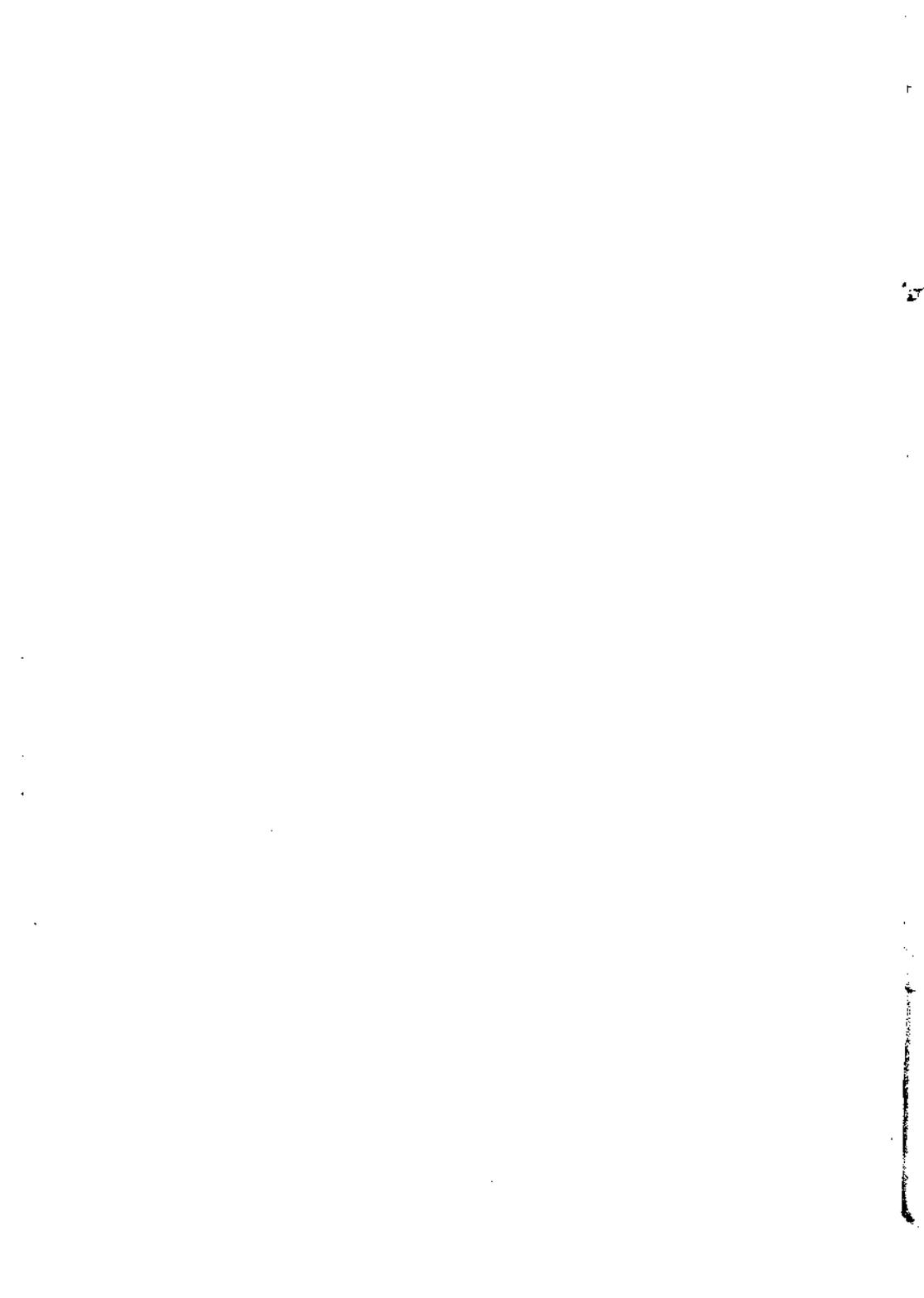
Al irse de Bolivia, era un mozo de 33 años de edad, de constitución casi endeble, de regular estatura, moreno de cutis, ojos oscuros y expresivos, cabello negro y naturalmente encrespado, finas manos y pie breve. Pero si físicamente no había nada en él que atraiga y fascine, por su discreción, carácter y modales, era el tipo consumado del hombre fino y gran señor, moderado en sus gustos, de consejo avisado y prudente, delicado con las damas, en extremo fino con las mozas. Sobrio en los placeres de la sensualidad, esmeroso sin afectación en su atavío personal, altivo y discreto a la par, según las circunstancias, jamás trasponía los límites del buen tono y era afable

con sus subordinados, bueno con sus amigos, pródigo de sus dineros y dadivoso con los necesitados.

Tantas cualidades reunidas en un solo hombre hacían de él un ser de excepción dotado de una sensibilidad en extremo delicada y muy propia a las exaltaciones del sentimiento en sus más pudorosas manifestaciones; y de ahí su modestia no simulada, su simplicidad sin ejemplo, a la vez que la nobleza y dignidad de su vida interior embellecida por la pureza de una alma sin doblez y candorosa como la de un niño.

LIBRO SEGUNDO

Los Caudillos Letrados



CAPITULO I.

Congreso de 1828 y sus labores. — Nombra presidente a San Cruz y acepta la renuncia de Sucre. — Velasco se hace cargo de la presidencia en ausencia de Santa Cruz. — La Asamblea Convencional. — Velasco renuncia la presidencia. — Es elegido Blanco. — Descotento que produce esta elección. — Su programa de gobierno. — Motín del 31 de diciembre. — Blanco es reducido a prisión. — Conflicto entre la Asamblea y los promotores del motín. — La Asamblea entrega a Velasco el poder ejecutivo de la República. — Asesinato de Blanco. — Se disuelve la Asamblea.

El 2 de agosto el general invasor hizo su entrada a Chquisaca, esto es, la tarde del mismo día en que Sucre, herido, se alejaba del país y se instalaba el Congreso; el 8 le seguían sus tropas a Gamarra como para dar a entender a todos que sus decisiones habían de acatarse pasivamente comenzando por el Congreso entre cuyos miembros había muchos que miraban con simpatía la actitud del peruano.

Breves y poco complicadas fueron las labores de ese Congreso, pues su tarea estaba de antemano circunscrita por el convenio de Piquiza; mas el desconcierto de sus filas era grande porque si bien muchos aspiraban a cargar sobre sus hombros la sucesión de Sucre, pocos se mostraban bastante fuertes y capaces de dar feliz término a los muchos conflictos de carácter grave y urgente que en ese momento se presentaban, circunviéndose, amenazadores, contra la incipiente nacionalidad.

Entonces, ante la incertidumbre, y sujetándose el Congreso a la terna presidencial que al alejarse de Bolivia dejara Sucre y compuesta de los generales Santa Cruz, Velasco y López, eligió al primero como a presidente provisorio de la República, a Velasco como a vicepresidente y con la intención de que éste se hiciera cargo de la presidencia efectiva mientras durase la ausencia del general Santa Cruz que en esos momentos estaba en Chile desempeñando una comisión diplomática por cuenta del gobierno peruano.

Velasco, al recibir las insignias presidenciales el 11 de septiembre, no pudo ocultar su zozobra ante el desbarajuste con que se presentaba la nación y dijo que recibía «el esqueleto de Bolivia», pero que sus anhelos eran respetar las libertades y trabajar con el concurso de los patriotas desinteresados por la prosperidad de la República.

Llenado así uno de sus deberes aceptó también el Congreso la renuncia del Gran Mariscal de Ayacucho, para el que tuvo frases de reconocimiento, y, por último, clausuró sus sesiones dando una ley de citación a la Asamblea Convencional que debía reunirse el 1º de noviembre de ese mismo año.

Todos estos actos los realizó el Congreso bajo la atenta vigilancia del general Gamarra y sin que ninguno escapase a su disimulado control, que hubo aun de ejercerse en las primeras medidas del Presidente Velasco a quien impuso, hasta cierto punto, la colaboración de Olafleta y Blanco, los dos descubiertos enemigos de Sucre y de su política y ambos dos infidentes a su amistad, siendo llamado el primero como ministro del interior y como jefe de las tropas el segundo, que era con el que más contaba el general peruano.

¿Por qué razones el Gran Mariscal de Ayacucho, sintiendo tan viva antipatía por Santa Cruz y sabiendo de su carácter veleidoso le designó, en primer término, para sucederle en la presidencia de la nueva república de Bolivia?

El concepto de Sucre hacia Santa Cruz fue siempre adverso al hombre. Le consideraba «traidor por carácter y por inclinación» y nunca le dió muestras de simpatía. Mas así como

no tenía confianza en la solidez de sus virtudes, igualmente lo sabía emprendedor, ambicioso, intrigante y fueron estas cualidades las que sin duda le inclinaron a fijarse en él de preferencia y a designarlo como su candidato aún sabiendo, como sabía, que no contaba con muchos partidarios en Bolivia desde que siendo presidente del Perú se había negado obstinadamente y con ocultos planes a la adquisición del puerto de Arica, según las instrucciones del Congreso de 1826. Y así como el Gran Mariscal estaba penetrado de las sinuosidades de su temperamento y reconocía sus dotes de organizador, de igual modo los bolivianos estaban en condiciones de juzgarle, y aun de temerle, porque lo sabían capaz de todo con tal de alcanzar los fines que se había propuesto, sin reparar en los medios. Muchos conservaban sus cartas en que Santa Cruz solicitaba para sí la presidencia, y Sucre estaba al tanto de sus manejos para alcanzarla. Y, pues, Sucre, era noble de carácter, desprendido y sabía anteponer a sus inquinas personales los intereses de la colectividad, vió claramente y sin engaños que entregar la guardia de Bolivia a un hombre como el Mariscal de Zepita, atrevido, inteligente, extraordinariamente ambicioso y que estaba separado de Gamarra, el enemigo peor de Bolivia, por insondables abismos de odios y celos, era simplemente salvaguardar una obra que por mil razones de orden político y aún sentimental en su caso, aconsejaban mantener en su integridad. Y lanzó el nombre de Santa Cruz a la consideración de los pueblos en un documento trascendental; y los bolivianos, así como otrora tuvieron que pedir a Bolívar su nombre para nacer a la vida, ahora, por conservar su independencia, hubieron de llamar a Santa Cruz como presidente de la República. ...

Llenados así los principales puntos contenidos en el famoso tratado de Piquiza, sólo se esperaba ahora que el general peruano, en cumplimiento también de los puntos que le concernían, se alejase con sus tropas del suelo nacional; mas como tardara en hacerlo, hubo de verse obligado el congreso a pedirle desocupase el territorio de la república en vista del

espíritu de descontento y desconfianza que ya comenzaba a manifestarse entre los bolivianos. Gamarra entonces se hizo pagar todos los gastos de la ocupación del territorio nacional y en una nota dirigida el 3 de septiembre al ministro de relaciones exteriores anunció que el ejército peruano, habiendo llenado sus deberes de arrojar del país a una dominación extranjera, se iba satisfecho por dejar a la nación hermana en el goce de sus propios destinos a la cabeza de los cuales estaba el inclito Velasco, así como quedaba como director del ejército el «virtuoso general Blanco»; a lo que el ministro Olañeta respondió al día siguiente con otro curioso documento, en que alababa con frase sarcástica el desprendimiento y la decisión de ese ejército que había contribuido a firmar el tratado de Piquiza.....

«Al marcharse el señor general en jefe de este territorio, nadie podrá acusarle de intervención en los negocios domésticos: antes sí por el contrario lleva la gloria de haber sacado de la nada un pueblo entero, roto sus cadenas presentándola al Continente americano como una nación, y nó bajo el vergonzoso y humillante pupilaje a que se la había reducido».....

Pero todo era falso en Gamarra; porque mientras pasaba esa nota perspicazmente comentada por el historiador Iturricha en su *Historia de Bolivia bajo la administración del Mariscal Andrés Santa Cruz* «en esos mismos días,—dice Iturricha, que se halla bien informado sobre estos sucesos,—enviaba a Cochabamba una carta rotulada al general Pedro Blanco, en la que le comunicaba las más completas y cabales instrucciones para obrar contra el orden establecido, contra el ejército y contra la existencia de la república».....

«...Solo ffo,—le decía, en efecto,—en el patriota honrado, en el amante de su patria, en el digno general Blanco.... Contando con que he pedido que el comandante Ballivián sea separado de la cabeza de su batallón, dígame usted si se considera capaz de sostener la marcha liberal de Bolivia contra los partidos, y en una palabra, si usted se halla capaz de conservar el orden, y aun de auxiliarme con dos mil hombres en

caso necesario. Así contaremos con los felices resultados; si no, es necesario decidirse a una variación para sacar fuera del país a los sospechosos. En este caso usted debe ponerse a la cabeza del gobierno» «Si este proyecto le parece bueno dígamele usted por conducto de persona segura, clara y terminante. Hablaré más claro: usted solo merece la confianza pública y la mía» «Este Velasco es un ente, él obra por lo que le dicen»

Y en otra carta fechada de La Paz, pocos días después, el 24 de septiembre, insistía en asegurarle que le merecía poca confianza Velasco y le impartía instrucciones precisas para sorprender las intenciones del mandatario y hacerle la revolución y cambiar de empleados caso de que no se prestase a secundar sus planes. . . . Blanco respondió que estaba de acuerdo con esos planes. . . .

Libre ya el país de la presencia del invasor comenzó a preocuparse del afianzamiento de sus instituciones; pero el congreso reunido el 16 de diciembre de ese mismo año, en vez de señalarse por la regularidad de sus procedimientos, fue el foco vivo del espíritu de revuelta con que comenzó a caracterizarse la marcha incierta del nuevo Estado desde los comienzos de su vida independiente, según lo preveyeran sus fundadores; pues apenas instalado hubo de ocuparse de la renuncia que el general Velasco, instruido ya de los propósitos de Blanco, hizo de la presidencia provisoria, punto en extremo complicado dadas las tendencias opuestas y divergentes que se manifestaban en el Congreso y que se repartían entre los partidarios de una nueva elección presidencial, que significaba el anulamiento de la anterior y los amigos del general Sucre que se mostraban decididos a mantener inalterable la decisión de la asamblea precedente.

La mayoría, instruida ya en sus propósitos, pronuncióse en favor de los primeros, y, en consecuencia, eligió el 17 de diciembre como presidente de la república al general Pedro Blanco por 44 votos, habiendo obtenido 8 el general Velasco y 7 Santa Cruz.

Esta elección obedecía positivamente a las instrucciones secretas impartidas por Gamarra que se negaba en consentir la existencia de Bolivia como un Estado independiente y eran sus intenciones acabar un día u otro con la nueva nacionalidad; pero sus planes fueron descubiertos a tiempo y la designación de Blanco causó profundo disgusto no sólo en los partidarios del nacionalismo, todos amigos de Sucre, sino en los militares, adversarios a la ingerencias de Gamarra en los negocios interiores del país.

El coronel Blanco se hallaba ausente de Chuquisaca cuando fue elegido y se apresuró en restituirse a la ciudad donde hizo su entrada el 25 de diciembre: el 26 juró el mando en el Congreso, pidiéndole ese mismo día una ley para amnistiar a todos los desterrados por delitos políticos y los perseguidos por los desgraciados suceso en que fuera víctima el Gran Mariscal de Ayacucho; pero estas intenciones solo delataban la manía del aparatismo porque eran contradichas por una disposición que dictó en seguida separando del ejército a todos los militares y jefes que se habían mostrado partidarios de la política del Mariscal de Ayacucho y excluyendo a los funcionarios públicos que iguales tendencias manifestaban.

Días después, el 30 de diciembre, consultaba con la Asamblea sobre varios puntos de secundaria importancia tenidos por él como «cardinales para la felicidad pública» y entre los que insinuaba, con significativa insistencia, la fijación del sueldo que debía percibir el presidente de la República y para lo que en su concepto debía considerarse: "1º. que el lujo y la extravagancia de los jefes de la República, son el regulador de la corrupción nacional; 2º la exhaustividad del erario, y necesidad de los dispendios que exige una época creadora; 3º. que los principios republicanos que profeso, me llaman a huír de los aparatos de la pompa, que es la investidura de la tiranía, para consultar una frugal existencia que jamás pueda desmentir la profesión de mi fe política.....»

Consignar entre las *cardinales* preocupaciones de gobierno, éste, relativo al sueldo presidencial, es, o poseer muy pocos

alcances políticos, o dar una cabal medida de las tendencias públicas dominantes en esa hora de la infancia de la república, comunes hasta en quienes se preciaban y tenían por estadistas, cual luego se ha de ver a lo largo de esta historia.

El hecho positivo es que las medidas desacertadas y prematuras del gobernante, la actitud orgullosa, despótica y vanidosa que mostrara el día de su investidura presidencial, la ligereza con que diera de mano a los principales jefes desafectos a su persona, le crearon desde el primer momento de su exaltación un ambiente francamente hostil, acrecentado por los rumores con que sus enemigos iban llenando la ciudad y según los cuales el presidente Blanco estaba en inteligencia con Gamarra para destruir la nacionalidad....

Sólo cinco días llevaba el presidente de ejercer el mando y ya había puesto en evidencia todo lo que podía dar de sí como hombre de estado y gobernante, y hasta dónde sería capaz de llegar para responder a sus enconos o seguir el impulso de sus pasiones, y el desconcierto era grande entre todos al ver que se había echado un peso demasiado fuerte sobre las espaldas de un hombre endeble y sin voluntad: más poco hubo de durar el temor porque el 31 de diciembre promovieron un motín tres de los jefes destituidos o desterrados con lejanas comisiones, los coroneles Ballivián, Armaza y Vera, quienes, sublevando los cuerpos de su mando, atacaron el palacio de gobierno y redujeron a prisión al presidente y varios de sus colaboradores.

Consumóse el nuevo motín militar frente a la soberanía de la asamblea en ejercicio, y, al saberlo, reinó el pánico en las filas de los congresales que tenían conciencia de que la elección efectuada en Blanco no respondía a las exigencias del nacionalismo y era un acto consentido a la voluntad del fuerte; más no por eso desmayó el coraje de los amigos del presidente ni la asamblea depuso la dignidad con que estaba revestida, no obstante la impureza de su origen. Hubo, en verdad, diputados que quisieron abandonar su puesto al saber que el presidente había sido reducido a prisión y no faltaron quienes pensaran hasta en huír y esconderse; mas el presidente, don Manuel Ani-

ceto Padilla, que era hombre de coraje, mantuvo el orden en las filas recordando a los diputados que su misión era permanecer firmes en su sitio desafiando peligros y amenazas, porque así lo exigía la dignidad de su cargo; a cuyas voces se restableció la calma y trataron unos y otros de enterarse con minucia de lo acaecido y buscar juntos una solución que satisficiera todas las aspiraciones, sin que en el cambio de estos propósitos faltasen las alusiones hirientes y las duras recriminaciones.

Algún diputado propuso que el mejor medio de conocer lo sucedido era llamar al jefe del movimiento y pedirle explicaciones sobre su conducta; otros opinaban porque se nombrase del seno de la cámara una comisión encargada de cumplir esa ardua tarea; no faltaron quienes fuesen de parecer que esa comisión, en lugar de estar destinada a entrevistarse con los promotores del motín, se encaminase más bien a palacio para recoger de labios del presidente la relación de lo sucedido, proposición última que fue aceptada, pero que no pudo cumplirse porque cuando la comisión se dirigió a la morada presidencial para llenar su cometido, fue detenida en la puerta por la guardia de los amotinados que tenía misión de no permitir la entrada a nadie.

Esta actitud de los rebeldes no dejó de encender una furiosa discusión en la asamblea y la cual fue interrumpida con la presencia de un militar que en nombre de su jefe pidió licencia a la sala para venir a explicarse sobre los alcances del movimiento militar. Concedida que fue, presentóse el coronel Armaza, y al querer salvar la barrera que separaba el estrado público de las tribunas fue detenido por la palabra cortante del presidente: «El lugar del soldado es la barra; que hable de allí....»

Cortóse el jefe ante la altiva conminatoria, más recordando al punto el dominio sobre sí se puso a denostar con frase dura el pasado militar y político de Blanco a quien tachó de «inepto». El presidente quiso detenerlo otra vez recordándole que debía moderar su lenguaje al hablar del hombre colocado

en la más alta escala de la autoridad; pero el soldado repuso con altanería que esa situación no contaba para él porque la había alcanzado Blanco por medio de la intriga y de la amenaza. Dicho lo cual, salióse haciendo oír el ruido de su sable....

Hubo un momento de verdadera confusión en la Asamblea. Los diputados se recriminaban mutuamente acusándose de facciosos y de haber provocado esa situación con su actitud; y aunque todos se mostraban resueltos a encontrar «los remedios más adecuados para salvar la patria de los horrores de la anarquía»,—según palabras de su presidente, nadie sabía a punto fijo dónde ni cómo hallarlos, teniendo todos, más que la visión clara de los hechos, la intuición de que era preciso no permitir que el militarismo saliese triunfante de ese primer choque so pena de preparar días nefastos para la nación. Concordes todos con esta idea principal, ya luego no fue difícil convenir en que también era indispensable nombrar un jefe interino para no dar tiempo a que cualquiera de los amotinados se atribuyese ese carácter. En consecuencia púsose en discusión este proyecto de ley elaborado por el presidente Padilla:....

«Art. 1º.—Atendidas las circunstancias del instante, se autoriza al general don José Miguel Velasco con el poder ejecutivo de la República, entretanto que esta Asamblea delibere lo conveniente a la salud pública.

«Art 2º.—Siendo el origen de todos estos males y desórdenes, la existencia de un gérmen de revolución en el país, y que constituido en una facción amaga las libertades y las resoluciones del congreso, se trasladará la mansión de éste a otro punto de la república donde con toda seguridad pueda llenar sus deberes».

Al día siguiente, 1º de enero de 1829, se recibió en el congreso el juramento de Velasco y se presentó, en vista de los rumores que circulaban en la ciudad, un proyecto de ley tendiente a poner «en salvamento la vida del presidente de la República, general Blanco» y autorizando a que «se traslade

libremente a un punto a donde no pueda intervenir en los negocios de los contendientes».

Era mucho pedir que Velasco, hombre tímido y apocado, cumpliera o hiciera cumplir estas disposiciones frente a la resuelta actitud de los amotinados. No intentó siquiera, por falta de medios, rodear de alguna seguridad la persona del presidente, el que fue bárbaramente asesinado en su prisión, por aquellos mismos que con tanta habilidad y precipitación tramaban su caída.

El asesinato se consumó en la noche del 1.º del enero de 1829, alevé y cruel, y el cadáver fue arrojado a un estercolero, desnudo, acribillado de heridas. Al conocer el presidente Velasco el hecho se llenó de pavor y yendo personalmente al encuentro de los actores les hizo jurar que detendrían el derramamiento de sangre, sin voluntad ni fuerza para castigar el crimen porque carecía de medios para hacerse obedecer e imponer la sanción de las leyes a los asesinos.

No menos grande fué el pavor de la Asamblea. Sabía que su actitud intrasigente y la imprudencia de sus resoluciones francamente contrarias al espíritu militarista predominante por el momento había determinado el crimen, siendo así que más fácil le había sido buscar otros medios para alcanzar los resultados que se proponía, patrióticos, sin duda, pero mal encaminados.

Esto se decían todos y la efervescencia popular contra la Asamblea era grande pues se la acusaba directamente de los hechos consumados, y la cual, sin ánimo de afrontar la ira popular ni el propósito de fijar su responsabilidad histórica, tuvo que disolverse a callandas, sin explicar su conducta ni dar cuenta de sus actos, acobardada y con el peso de un gran crimen encima.

Entonces el presidente Velasco, también impresionado por los acontecimientos y sin coraje para dirigir los negocios públicos, demasiado confusos a esa hora, anuló por su decreto

del 31 de enero los actos de la Asamblea y declarando en vigor el régimen establecido por el primer congreso del año anterior, llamó al general Santa Cruz como a presidente de la República.

CAPITULO II.

Santa Cruz se hace cargo de la presidencia. — Su programa de Gobierno. — Actos administrativos. — Habilita el puerto de Cobija. — Rasgos biográficos y de carácter de Santa Cruz. — Hace abrogar la constitución del año 26. — Se dicta por el Congreso de 1831 la segunda Constitución. — Presupuesto general de la nación en esos años. — Sistema de gobierno de Santa Cruz. — Su ideal de la Confederación Perú-Boliviana. — Planes con Gamarra y Orbegoso. — Santa Cruz va al Perú. — Congreso de Tapacará. — Se establece en 1836 la Confederación Perú-Boliviana. — Alarma de los países vecinos. — Desconfianza de los confederados. — El congreso de Bolivia rechaza el pacto en 1837. — Otro congreso lo aprueba en 1838. — Campaña contra la Confederación. — Defección de Orbegoso. — La acción de Yungay en 1839 destruye la Confederación. — Santa Cruz se aleja de Bolivia.

En el Perú y en una ciudad inmediata a la frontera se hallaba Santa Cruz, espectando con ansiedad los sucesos de su patria y madurando un gran proyecto concebido por otros y que él pensaba realizar, ya para satisfacer su ambición, que era desmesurada, como para servir los intereses de Bolivia y el Perú que él creía inseparables y solidarios.

En sus planes, Bolivia ocupaba un rol secundario hasta cierto punto, pues por su mediterraneidad y la escases de elementos de todo orden, no ofrecía un escenario suficientemente rico para actuar en él con el brillo y esplendor que deseaba, y

todo su anhelo iba en hacer del Perú el centro de sus actividades aunque sacando de su patria los elementos de fuerza que habría de menester para dar solidez a sus planes.

Con ese fin, y no bien se detuviera en Arequipa después de realizada su misión en Chile a donde había ido, por cuenta del gobierno peruano, entró en activa correspondencia con sus amigos y partidarios de Bolivia quienes casi día a día le iban poniendo al corriente de los sucesos políticos a medida que se relizaban, y que él veía con fruición pues no podía consentir que habiendo sido designado para la primera magistratura por voto expreso de un congreso, se viese, merced a los ocultos trabajos del más implacable de sus enemigos, suplantando por quien se prestaba a seguir sumisamente sus planes, no del todo ajenos a los suyos.

Cuando tuvo conocimiento cabal de la tragedia de Chuquisaca mediante oportuno aviso de sus corresponsales, se apresuró en ultimar los trabajos secretos que venía realizando mediante el concurso de algunas personalidades descontentas con el sistema centralista del gobierno peruano, que dejaba descuidados esos ricos departamentos del sud para atender con preferencia las necesidades siempre crecientes de la capital; y sus esfuerzos hallaron diligente acogida en esos centros, cuya expectativa se basaba en que, caso de realizarse una fusión de las dos repúblicas, llegarían ellos a constituir, fatalmente y en fuerza de su misma posición geográfica y su identidad racial, el núcleo dominante del sistema confederativo con los departamentos bolivianos de La Paz, Oruro y Cochabamba.

Se fundaron logias secretas parecidas por su ritual a las masónicas, y una de ellas, la más activa y poderosa fundada "al Or" del Titicaca, en un lugar sagrado, donde reina el silencio y la humildad", según reza el acta de fundación, fué la encargada de enviar agentes propagandistas a los centros donde debía hallar ambiente el proyecto.

Así las cosas, en los primeros días de abril se presentó en Arequipa una delegación enviada a Santa Cruz por los altos

poderes y el gobierno de Bolivia, y cuyos representantes, en discursos de tono humilde y fervoroso, le llamaron, como luego después sería ya de costumbre, «hombre necesario» en el país y le invitaron «a salvar a Bolivia», y no permitir «que los infelices bolivianos gimían por más tiempo bajo el peso del infortunio». . . .

El cuadro de la nacionalidad fué pintado con sombríos colores por los delegados, quienes, deseosos de atraerse la simpatía del caudillo, llegaron en sus rendidos discursos a la conclusión de que sólo él, Santa Cruz, era el encargado por la Divina Providencia, palabras de un eclesiástico (delegado, para hacer la suerte de Bolivia y la prosperidad de sus hijos. . . .

Y Santa Cruz, satisfecho con tanta y tan baja adulación-prometió acudir la llamado «de la tierra en que nació» aunque sintiendo desligarse de ese país al que le ataba «la gratitud y también la sangre».....

«Bien sabido es, añadio, cuánto debo al Perú y que éste ha sido el campo de mis trabajos y donde algunos de mis servicios, protegidos por la fortuna, han sido consagrados por la afeción, y no debe extrañarse que yo luche todavía en fuerte perplejidad».....«Iré, señores, nó a ocupar una silla que no es mi inclinación, sino a servir a Bolivia, y a sacrificarme en su obsequio, para corresponder a su confianza y llenar sus esperanzas».....

El 2 de mayo de 1829 salió Santa Cruz de Arequipa con rumbo a su patria donde el pobre Velasco seguía teniendo la presidencia como una ascua quemante en sus manos.

Llegó a La Paz el 19 y el 24 presentó el juramento de ley ante el prefecto de aquella ciudad, don José Ballivián, uno de los jefes amotinados y cómplices de los sucesos en Chuquisaca y al que había tenido que satisfacer con ese cargo el tímido presidente. Santa Cruz aprovechó de la solemnidad del juramento para exponer a grandes líneas los puntos principales del programa a que pensaba dedicar su descortante actividad:

«Yo aumentaré la respetabilidad de Bolivia, dijo, ya sea por los medios que sugiere la política, ya por aquellas medidas

que prescribe el uso moderno de la fuerza. . . . quiero atender personalmente al lustre y a las necesidades de *mi* ejército, cuya suerte parece que ha sido muy desatendida hasta ahora» . . .

El prefecto Ballivián tampoco desperdició la oportunidad de poner en relieve el rol que le había cabido asumir en los acontecimientos trágicos de Chuquisaca:

«El cielo y los hombres son testigos de que en el mismo acto de aquella atrevida empresa (*muerte de Blanco*) el digno señor coronel Armaza y yo juramos desaparecer de nuestra querida patria, en el momento mismo que estuviera asegurada en las manos de V. E. . . . V. E. me permitirá retirarme el seno de mi familia, o ausentarme de Bolivia hasta que el tiempo pueda borrar la memoria de aquellos sucesos»

El desbarajuste del país era palpable en esta época, pues desde la partida de Sucre casi nadie se había preocupado de los asuntos administrativos y de buen gobierno. Las rentas nacionales, escasísimas, apenas bastaban para cubrir los gastos más improrrogables; el ejército estaba desorganizado y ensoberbecido por considerarse la piedra angular del progreso del país; el odio entre las facciones, que tenían la presunción de presentarse con carácter de partidos, era intenso y ya se había vertido la sangre en luchas egoístas que luego correría a torrentes en los campos yermos de la nacionalidad.

Pero no se amedrentó Santa Cruz ante el espectáculo desastroso del país, cual se desprende de una de sus cartas dirigidas al deán Córdova de Arequipa, íntimo confidente de sus planes:

«De lo que no puedo hablar sin dolor, le decía de La Paz el 26 de mayo, es del estado de confusión en que he encontrado todos los ramos de administración. La hacienda es un caos de miseria. Los ingresos están cobrados medio año anticipado, y al ejército se debe medio año; y para atender a los reclamos suyos no he encontrado en arcas un solo peso. Por supuesto ni con qué pagar imprenta, fusiles, ni nada. . . .

No obstante la fe en su destino era absoluta

que antes de los dos meses de mando ya podía escribir a su corresponsal:

«Todo va correspondiendo a mis deseos y a mi fortuna. Y entre un horizonte tan oscuro como el que encontré, ya divisó mi estrella tan brillante como el sol»....

Un decreto de amnistía lanzado por el gobierno para llamar a los opositores del antiguo régimen, hizo concebir en todos la esperanza de que se abriría una era de paz y concordia: más ese decreto era anulado un poco más tarde por otro en que se amenazaba castigar con pena de muerte toda tentativa de sedición de la fuerza armada y permitía la delación de los culpables calificando como acto meritorio y digno de recompensa el hecho de acusar y delatar. Luego, con pretextos insignificantes proscribió a los diputados Orosco y Padilla que asumieron rol destacado en los acontecimientos del congreso anterior, y también al general Loayza a quien por ley correspondía la presidencia, una vez desaparecido Blanco.

Igualmente, y como recién echase de ver la urgencia vital e ineludible de Bolivia para poseer un puerto natural y fácil sobre el Pacífico, hacía el que esta orientado el país, dispuso que se declarase a Cobija puerto franco y creó en el litoral de Atacama, separado por un inmenso desierto de la parte viva de la nación, un departamento nuevo aunque de poca monta dentro del rodaje administrativo.

Económico en los gastos públicos y previsor de las necesidades colectivas, dictó varias disposiciones que incrementaron los ingresos fiscales, y, sobre todo, se apresuró en dotar al país, adelantándose a los demás gobernadores de los otros Estados vecinos, de una legislación completa que sustituyese a la colonial, no del todo conforme con los adelantos de la época, constituyendo para el efecto una comisión de notables juriconsultos entre los que se contaban a Olañeta, Antequera, Llosa, Guzmán, Urquidí y otros.

Era Santa Cruz oriundo de un pueblecillo de las orillas del lago Titicaca, de Huarina, y desde temprano se había dedicado a la carrera de las armas enrolándose en las filas reales

donde combatió con éxito durante nueve años, hasta 1820, en que fué cogido prisionero y atraído después a la causa independiente, a la que sirvió con celo y decisión. De carácter insinuante, audaz y superiormente inteligente, le distinguía la particularidad de no perder nunca de vista su interés personal; pero también era ambicioso de poder, gloria y honores. Hábil para sus combinaciones y manejos de política, conocía de sobra las necesidades secundarias de su país; pero su carrera militar y su vida de andanzas bélicas le hacían subordinar las labores de la cultura a los afanes de la preponderancia militar, siendo éste uno de los puntos de acusación más grave contra su acción personal en el gobierno.

El estado de conmoción interna y de absoluto desbarajuste en que se hallaba el país en los momentos de su mandato, y el anhelo que en todos se manifestaba para dedicarse en paz a las necesarias labores de la reorganización, le permitieron abrogar, so pretexto de ser contraria a las corrientes políticas de la época, la Constitución del año 26, sustituyéndola con un estatuto provisorio cuyos primordiales puntos de doctrina eran: el acato de la religión católica, la defensa de la independencia nacional y la observancia del sistema representativo en el régimen del gobierno cuyos poderes no estaban perfectamente limitados y asumiendo así, de un modo casi insensible, la dictadura que anhelaba como el solo medio de llevar a cabo la realización de sus ideales políticos.

Entre otras cualidades, poseía Santa Cruz en grado sobresaliente el don de la administración. Y el secreto de una buena administración estaba en regular el rendimiento de los ingresos, punto del que se ocupó de preferencia logrando a poco que aumentasen las rentas ciñéndose a un estricto plan de economías. De consiguiente, se regularizaron los servicios públicos, fue ya fácil atender el pago puntual de todos los servicios, y esto permitió al personal de la administración vivir con holgura dada la abundancia de los tiempos y el costo nimio de los artículos de primera necesidad, e hizo que en breve se dejara sentir un común bienestar en el que todos alcanzaron

a ver exclusivamente la mano fecunda del presidente. Luego, y para evitar, se dijo, la excesiva exportación de la moneda, se le disminuyó su ley de metal fino y se acrecentó sin medida su acuñamiento, con lo que hubo una abundancia de metálico hasta entonces no vista en el país.

La dificultad de los trasportes y el considerable alejamiento de los puertos utilizados para el servicio del comercio exterior, favorecieron también en grande escala el nacimiento y desarrollo de ciertas pequeñas industrias en el país, como el tejido de telas y la fabricación de ropas, calzados, cristales, pólvora «tan buena como la de Europa» decía el mismo Santa Cruz en su mensaje al Congreso de 1831. Y añadía: «A excepción de los fusiles que hemos comprado del exterior, todos los demás artículos de guerra se construyen en el país, de buena calidad».

El cual Congreso, formado bajo la enérgica dirección del presidente dictador que había tomado especial empeño en hacer elegir a sus partidarios más decididos, se reunió en La Paz en los primeros días de junio de 1831 para sancionar solemnemente el 14 de agosto la segunda Constitución boliviana cuyos fundamentales preceptos diferían sensiblemente de los consignados en la de 1826. Así, por ejemplo, se abrogaba la facultad vitalicia del presidente; se dividían los poderes públicos en las tres conocidas ramas del ejecutivo, legislativo y judicial y se creaba un Consejo de Estado; medidas todas que en apariencia proclamaban los principios liberales del gobernante, quien fue nombrado presidente constitucional el 15 de julio.

Este nombramiento había tenido curiosos y muy significativos preliminares.

Instalado el congreso había leído Santa Cruz su memoria presidencial aprovechando de las circunstancias para loar sus propios actos administrativos, cediendo a ese irresistible impulso de vanidad que le inclinaba a considerar superior y sin precedente todo lo que emprendía y realizaba:

«Yo me encargué—dijo—de la patria moribunda, dividida por los odios y las desconfianzas, destrozada por la anarquía y

por acontecimientos desgraciados, desorganizada en todos sus ramos y consumida de miseria». Y con él todo ha cambiado «todo ha tomado un nuevo aspecto; y por donde quiera que se extiendan vuestras miradas, no divisaréis ahora más que una perspectiva de prosperidad y de esperanza.....»

Esta prosperidad, como se dijo, era evidente bajo el aspecto económico, porque marcaba un aumento de 200,000 \$ sobre el presupuesto general de la nación que en el año anterior de 1880 había alcanzado a la exigua suma de 1.664,685\$, procedentes de las contribuciones directas e indirectas y de varios impuestos de diversa categoría.

Leído su mensaje, había hecho Santa Cruz formal renuncia del mando, más la asamblea hubo de apresurarse en no dar paso a la demanda por medio del presidente que en una nota fechada de 26 de junio alababa el mensaje presidencial en estilo pomposo y lleno de desbordante sumisión:

«Aunque es tan brillante como indudable el cuadro que de la Nación ha presentado V. E., resta mucho para hacer su completa organización. Ocupada la asamblea de los grandes asuntos del Estado, sus trabajos serán guiados por el patriotismo y el deseo de la prosperidad nacional. De su seno huirán las pasiones individuales y las miras pequeñas que otra vez y en muchas naciones han causado mil desgracias. ¡La suerte de 1.200,000 almas! he ahí el gran encargo que le ha confiado la divina Providencia; pero es patriota, es boliviano y procura llenar dignamente su misión celestial.....»

La Asamblea que tales documentos autorizaba, parecía desconocer los factores que labran esa prosperidad perseguida, porque, no obstante de convenir con su orador Olañeta que la generalidad de los bolivianos no poseía «las cualidades de ilustración y luces imprescindibles para desempeñar las augustas funciones de Legislador» (1) no faltaron oradores que al tratar el tema fundamental de instrucción pública, no sostuvieran,

(1).—Redactor del Congreso.

sin ningún reparo «que las universidades no eran de utilidad alguna para los pueblos....»

Fortalecida, pues, la dominación de Santa Cruz, éste se entregó de lleno a su labor administrativa y muy pronto hizo sentir su poderoso influjo en los ámbitos recónditos de la nación entera. Desaparecieron casi por completo las pequeñas fracciones que con apariencia de partidos intentaban luchar para conseguir el poder, vencidas por los halagos, el miedo o el interés, y Santa Cruz quedó como sólo árbitro de todos los destinos. Su nombre, dada la facilidad con que en Bolivia se idealiza a los caudillos políticos, llegó a ser una especie de talismán intangible y su misma familia pudo gozar de favores rigurosamente proscritos en la democracia, pues era la prensa, naciente pero ya envilecida, quien se distinguía en rodearla de los atributos con redidos a la alta capacidad intelectual o a la alcurnia arrancada de hechos memorables a través de años y de generaciones. Cada cumpleaños del presidente o de su esposa constituían un faustoso acontecimiento nacional. Las fiestas organizadas con este motivo duraban lo menos tres días y se engalanaban las calles con arcos, banderas y ricas colgaduras. En la noche se quemaban, para regocijo de las turbas, fuegos artificiales en las plazas y los repiques de campana llenaban de algazara los espacios. Comparsas de cholos e indios bailarines circulaban por las engalanadas calles e iban a palacio a cumplimentar al presidente junto con las demás corporaciones de la ciudad. Para el pueblo se preparaban corridas de toros, banquetes y misas de gala, amén de representaciones dramáticas, para el público selecto y el mundo diplomático y oficial. Los poetas pulsaban sus liras para dedicar entusiastas rimas al gran caudillo, «capitán general de los ejércitos de la República, Gran Ciudadano, Restaurador de la Patria y Presidente Constitucional de Bolivia» como él se proclamaba en sus decretos. Uno de los vates, en rimas desconcertantes le decía:

Mil y mil lustros *Santa Cruz* amado
Vivas, como el presente, en tu apogeo
Querido de tu pueblo y todo el mundo,
En medio de la paz, que has alcanzado;
Reproduce en el lazo de limeneo
Virtud, heroicidad, saber profundo.....

Los periódicos se esmeraban en insertar composiciones exageradamente laudatorias, y ellos mismos gastaban frases de lírica exaltación para cumplimentar al caudillo. *El Iris* de La Paz, concluía con estas palabras, en 1831, una salutación a Santa Cruz: «Nosotros al recordar este día ciertamente plausible, deseáramos que fuesen inmortal sobre la tierra la existencia de los ciudadanos benéficos a sus semejantes.....»

Todos los actos sociales sabía rodearlos Santa Cruz de una pompa inusitada y extravagante y aun los de la intimidad del hogar eran realzados con ceremonias copiadas de las palatinas insuperablemente cómicas. El bautizo de sus hijos, por ejemplo, se hacía con la obligada concurrencia del cuerpo diplomático, de los ministros de Estado, altos dignatarios eclesiásticos, del Cabildo en masa y de los jefes y oficiales de ejército. Todo este mundo iba a palacio donde se habían reunido las bandas militares «en paso de procesión». El deán superior pronunciaba un elocuentísimo discurso y el primer vicepresidente de la República, tomando al niño en sus brazos, los presentaba a las corporaciones haciéndolo reconocer en una apropiada alocución como a un nuevo e importante ciudadano de Bolivia «tan útil a la patria, como lo es su digno progenitor.....»

Era amigo exagerado de los títulos, condecoraciones y muestras de exterior aparato. Ya que los rasgos de su fisonomía acusaban con marca indeleble su procedencia indígena, quería por lo menos hacerse pasar por genuino vástago de la ya casi extinta dinastía incásica. Al morir su madre, *El Iris*, dió así la noticia de esa muerte, en su número enlutado correspondiente al 26 de febrero de 1832:

«La señora doña Juana Basilia Calaumana de Santa Cruz, hija del cacique Calaumana, de la dinastía de los incas del Pe-

rú y madre de S. E., el presidente de la República, ha terminado sus días el 13 del corriente a la edad de 56 años....»

Consolidada, pues, su situación en el gobierno y gozando en los países vecinos de una notoriedad por muchos envidiada; dueño de un ejército aguerrido, disciplinado y relativamente numeroso, creyó, al fin, llegado el momento anhelosamente esperado por él de llevar a su realización el proyecto que, tomándolo del Libertador, había concebido de formar una confederación de Estados bastante poderosa para defenderse con éxito de cualesquiera ataques y llegar a constituir un organismo con la suficiente fuerza de atracción para imponerse a los demás con los elementos empréstados de otra parte y que le faltaban a su patria. Era el Perú el Estado de sus preferencias y ambiciones, y ansiaba gobernar otra vez ese país con más vehemencia que el suyo propio y por el que entonces sentía una inclinación muy marcada por parecerle en extremo limitado el campo de su actividad en Bolivia.

El cuadro que presentaba este país por entonces era verdaderamente seductor y en el conjunto había que ver la mano hábil y ejercitada del gran hombre que había tomado sobre sí la hermosa tarea de echar las bases de la nacionalidad, aunque descuidando cavar hondo para que ellas dejaran de reposar, como reposaban, sobre las movibles arenas de un suelo volcánico y todavía en erupción. Ese cuadro era pintado así por don Joaquín Tocornal, ministro de relaciones exteriores de Chile:

«La República de Bolivia llama particularmente la atención de todo el que se interese en la suerte de América. Es verdaderamente admirable el orden que allí se observa y los progresos de toda especie que se hacen en su carrera política, a pesar de todos los trastornos que han agitado a sus vecinos. El nombre de Santa Cruz, a quien, en la mayor parte, se deben tantos bienes reales, se va haciendo hasta cierto punto tan célebre en su patria, como el de Washington en los Estados Unidos. ¡Quiera el cielo conservar un ciudadano tan interesante y proffícuo»....

Por este tiempo dominaba en el Perú el general Gamarra

con el que Santa Cruz nunca pudo entrar en ningún avenimiento porque ambos llevaban propósitos anexionistas o de fusión bajo la base federativa de sus respectivos países, y la ambición del astuto político peruano ya vieja de incorporar al territorio de su país el de la nueva nación, tampoco podía, ciertamente, estar de acuerdo con la de Santa Cruz que perseguía acaso en el fondo el mismo objetivo aunque con apariencia velada, de donde resulta que el distanciamiento en que ambos se pusieron obedeció más bien a la fuerza excluyente de sus propios ambiciones y no al antagonismo de la finalidad que perseguían.

Concluido el período presidencial de Gamarra en 1833 y facultado Santa Cruz por el congreso de ese año para tomar medidas que pusiesen a salvo la integridad de las instituciones y del orden público, pronto concibió el propósito de alcanzar de Orbegoso, sucesor de Gamarra, lo que de éste le fuese difícil obtener. Gamarra, por su parte, que creía contar en Orbegoso con un continuador de su política internacional, al ver que éste seguía sus propias inspiraciones, hizole la revolución poniéndose al frente de sus parciales y desconociendo su autoridad. Orbegoso, sin elementos suficientes para reprimir de inmediato la revuelta, prosiguió no obstante una ruda campaña hasta conseguir que las fuerzas de Gamarra se le plegasen, sin embargo de haber pedido al Congreso del Perú la autorización de solicitar el apoyo militar de Bolivia y de haber enviado con este fin a uno de sus agentes ante el presidente Santa Cruz.

Gamarra, al verse abandonado de sus tropas, prefirió por su parte entenderse con Santa Cruz cuyos planes de confederación encontraba ventajosos para su país, y, en consecuencia, buscó refugio en Bolivia desde donde se puso a conspirar abiertamente contra el gobierno de Orbegoso y después de haber entrado en acuerdos secretos con Santa Cruz sobre su proyecto de confederación.

El convenio firmado entre el presidente Santa Cruz y el agente de Orbogoso determinaba que Bolivia se comprometía a ayudar con fuerzas al presidente peruano, las cuales debían de ser sostenidas a costa del Perú y comandadas, junto con

las de esta nación, por el general Santa Cruz. Además, el gobierno de aquel país convocaría a una asamblea de las provincias bajas del Perú y con la garantía de Bolivia para «fijar las bases de su nueva organización y decidir de su suerte futura».

Esta política doble de Santa Cruz debía fatalmente despertar los celos de Gamarra que tampoco andaba corto de intenciones como lo probó al fin yendo a secundar los planes del general Salaverry, que alzando la bandera del nacionalismo se había pronunciado contra Orbegoso y su política de alianza con Santa Cruz. Entonces éste, que ya estaba autorizado por el congreso boliviano para intervenir en los negocios interiores del Perú, pasó el Desaguadero a la cabeza de sus 5,000 hombres y «desde Puno comunicó al congreso boliviano reunido extraordinariamente en La Paz en julio de 1833, el proyecto en que había convenido con el presidente del Perú para confederar ambas repúblicas, proyecto que aquella complaciente asamblea sancionó» (1)

Unidos Salaverry y Gamarra para oponer resistencia al ejército invasor comandado por Santa Cruz y Orbegoso, alcanzó este, el 13 de Agosto de 1835, un magnífico triunfo sobre las fuerzas de Gamarra en Yanacocha, y poco después, y no obstante el descalabro glorioso de Uchumayo y de la energía y talento asombrosos de Salaverry, abnegado defensor de la independencia peruana, otro más completo y más honroso todavía el 7 de febrero de 1836 en Socabaya, donde, junto con sus tropas, cayó prisionero Salaverry para ser impunemente fusilado pocos días después en Arequipa por orden de Santa Cruz, y condena de un tribunal de militares peruanos, craso error que hubo de pagarlo después el dictador con el derrumbe estruendoso del penoso edificio levantado con los esfuerzos y la sangre de dos pueblos verdaderamente hermanos por esa sangre y la tradición.

(1).—SOTOMAYOR VALDÉS, *Estudio Histórico de Bolivia*

Estas dos victorias le abrieron a Santa Cruz las puertas del país de sus preferencias, y recién vió la posibilidad de llevar a cabo su proyecto confederativo grato a sus altas previsiones de político y, sobre todo, a su incolmable ambición de mando, porque la asamblea peruana reunida en Sicuani declaró, por mayoría de votos, libre el Estado Sud peruano compuesto de los departamentos de Puno, Cuzco, Arequipa y Ayacucho y con la obligación de entrar en un acuerdo confederativo con el otro Estado peruano del Norte y con Bolivia, bajo la suprema autoridad del Mariscal Santa Cruz.

Satisfechas en parte las aspiraciones de éste, volvió a Bolivia para convocar a un congreso extraordinario que se reunió en la aldehuela de Tapacará, vecina de Cochabamba, y con el solo objeto de aprobar todos los actos de Santa Cruz y facultarle para aceptar el protectorado que se le ofrecía, pues era un congreso de personal seleccionado por el mismo presidente y por entero sometido a su voluntad.

Casi al mismo tiempo la asamblea del norte del Perú reunida en Huaraz decretaba la creación del nuevo Estado Nor Peruano, confería a Santa Cruz el gobierno vitalicio de la Confederación dándole el título de Sumo Protector y le concedía el derecho dinástico de elegir su sucesor a la presidencia. . . .

Inmediatamente Santa Cruz declaró establecida la Confederación Perú-boliviana por su decreto de 28 de octubre de 1836 y dispuso que las bases fuesen echadas tres meses después, en enero de 1837, por un congreso de plenipotenciarios de los tres Estados reunido en Tacna.

Esta serie de hechos dirigida con mano segura y hábil, no pudo menos que despertar temores y desconfianzas en los países vecinos, particularmente en Chile y la Argentina, donde, al decir del historiador chileno Sotomayor Valdés «vieron con desagrado la erección de un nuevo Estado que más tarde o más temprano había de pretender la preponderancia en los destinos de la América del Sur», perspectiva no siempre risueña para los pueblos. En consecuencia, estos países inauguraron una política de suspicacias y pequeñas intrigas que dieron por re-

sultado el inevitable rompimiento de relaciones y la declaración expresa de que la Confederación constituía una verdadera amenaza para los países del Continente.

Santa Cruz, al tener conocimiento de todo esto, dejó el Perú donde se encontraba e hizo un rápido apareamiento en Bolivia, para luego dirigirse a Tacna donde debía sellarse el pacto de la Confederación por los plenipotenciarios de los tres países y sancionarse la nueva Constitución que lo regiría; todo lo que efectivamente se hizo en esa reunión de representantes inaugurada el 1º de mayo de 1837, y después de lo cual ya solo pensó Santa Cruz en sostener por medio de las armas la obra de su creación gravemente amenazada por el recelo de los demás países.

Pero no sólo fueron los pueblos colindantes quienes se sintieron directamente amenazados por la Confederación, sino que el pacto mismo, por ciertos detalles que la más avisada prudencia aconsejaba eliminar, fue recibido con desconfianza y sobresalto por los dos pueblos a quienes favorecía.

Ese pacto, sin duda, perseguía un gran objetivo y se anticipaba a lo que fatalmente ha de suceder algún día, es decir, a la unión íntima y constante de los *tres* países bañados por el Pacífico, Perú, Bolivia y Chile; pero hubo falta de percepción psicológica en su estudio porque no siendo complejos los problemas de fondo en esa hora de la formación de las nacionalidades, sólo se preocupaban los pueblos por los intereses de los grupos o de las personas, desdeñando inconscientemente aquellos que tenían atingencia con su poderío económico, social y político, y resultando de ahí que sólo tuviesen competencia para descubrir si un plan iba o no al encuentro de esos intereses.

Por eso se explica, acaso, que habiendo la idea herido intereses pasajeros y de poca monta y fatalmente ligados a las personas, encontró favorable acogida en los representantes diplomáticos de los gobiernos extranjeros de Europa acostumbrados a juzgar de los hechos políticos no precisamente en vista de sus resultados inmediatos como de su proyección en el futuro.

Y esta era, precisamente, la superioridad de Santa Cruz sobre los hombres de su época, pues sabía anticiparse a los sucesos y pocos eran los aspectos de la civilización moderna que supieran escapar a su penetración de verdadero estadista.

Su plan no fue, pues, secundado con decisión por los hombres que le rodean porque los más sólo se fijaron en los detalles que se relacionaban con las perspectivas inmediatas de las gentes culminantes y, si se quiere, hasta en las contradicciones doctrinarias del autor; más no en el proyecto mismo que sólo podía madurar espléndidamente después de agotadas una o dos generaciones en su ejecución.

El vitalicismo presidencial del Libertador, por ejemplo, contra el que combatiera el mismo Santa Cruz encabezando la revuelta en Lima que alejó del Perú por siempre la gran sombra de Bolívar, y alarmante para los pueblos, reaparecía en el pacto, sin atenuaciones y todavía con la agravante de permitir la transmisión hereditaria del mando, cosa del todo opuesta a los principios más elementales de la gran revolución. Los pueblos se sintieron heridos en sus prerrogativas, porque si bien habían zafado con dolorosa angustia del poder secular español, ahora, con el pacto, volvían a caer en la ficción de la soberanía individual de gentes poco menos que oscuras y apenas formadas en la revolución, es decir, sin ninguno de los atributos de sangre, herencia y educación que justifiquen en un medio pobre la formación de dinastías.

La protesta surgió en Bolivia del seno mismo de los amigos y partidarios de Santa Cruz, pues fue el vicepresidente Calvo, encargado de la presidencia, quien, contra las instrucciones privadas del mandatario, convocó al congreso de 1837 con solo objeto de examinar el proyecto de Confederación, el cual, tras ardiente y apasionado debate fue rechazado por las cámaras bolivianas, porque, como bien decía uno de los negociadores, el pueblo todo se había levantado contra el pacto tras del que sólo alcanzaba a ver la desmesurada exaltación de un individuo y el disimulado sojuzgamiento al Perú, que era la ambición acariciada por el Protector.

El conocimiento de estos sucesos, unido al interés que tenía Chile, firmemente animado por el ministro Portales, de destruir la obra de Santa Cruz, que de realizarse se habría levantado como una muralla a su política de absorción, le impulsó a mandar una cruzada militar dirigida por el general Blanco Encalada, quien, internándose en la sierra hasta Arequipa, hubo de verse obligado a firmar la paz de Paucarpata porque, hostigado por las inclemencias del clima, las enfermedades y la superioridad del enemigo, vió que jamás podría conseguir luchando en campo abierto lo que le era dable alcanzar por medio de negociaciones. En consecuencia, firmóse el 17 de noviembre de 1837, un tratado por el que se convino el pago de cierta suma, la devolución de los barcos peruanos apresados por Chile y el compromiso por parte de este país de no intervenir más en los negocios interiores de la Confederación bajo ningún pretexto.

Allanadas así por el momento las dificultades con Chile, el Protector se encaminó a Bolivia con el decidido propósito de anular todo lo realizado por el congreso de 1837 y dar mayor empuje a la política internacional gastando, si posible, los recursos que su poder y la fuerza acumularan en sus manos. Ya en La Paz convocó a un nuevo congreso en Cochabamba, y para que no diese los mismos resultados del precedente, violó la inmunidad de los jefes de la oposición parlamentaria y, con pretextos de poca monta, los hizo desterrar o poner en prisión, asegurándose así arbitrariamente una mayoría favorable en el congreso que hubo de aprobar el 3 de mayo de 1838 el Pacto de la Confederación.

Para entonces la Argentina, secundando la política recelosa de Chile, había enviado un ejército de 4,000 hombres al sud de Bolivia, bajo el comando del general Alejandro Heredia. Lo mejor de las tropas confederadas se hallaba en el Perú a las órdenes del Protector, pero éste, sin desdeñar al nuevo adversario, encomendó al bravo y hábil general Brawn la tarea de salirle al encuentro y desbaratar sus planes.

La campaña de Brawn fue ruda y movida, pues tuvo que

recorrer una dilatadísima porción del territorio a la cabeza de sus 2,000 soldados y batir en los campos de Humahuaca, Montenegro e Iruya al enemigo, acciones de brillo para las armas bolivianas, que entonces, al servicio de capitanes enérgicos y bien disciplinadas para la defensa de un ideal político superior, supieron mostrar las cualidades de la raza enérgica, vigorosa aunque sufrida....

Estando Santa Cruz en La Paz supo que el gobierno de Chile se negaba a cumplir las condiciones estipuladas en el tratado de Paucarpata, con el pretexto de que Blanco Encalada se había extralimitado en sus facultades; pero lo positivo era que el gobierno de ese país, incitado por Gamarra y otros asilados peruanos adversos a la Confederación y que presionaban por todos lados para destruir la obra del Protector, pensó que con una expedición mejor organizada y contando con el apoyo de una parte del pueblo peruano, bien podía en esta vez echar por tierra los ambiciosos planes del Protector.

Envió, por tanto, una segunda expedición armada al mando de Bulnes; y es entonces que Orbegoso, presidente del Estado Nor-Peruano, se defeccionó con sus tropas asestando un golpe rudo a la Confederación y del que ya le fue difícil reponerse a Santa Cruz.

Con todo no se desanimó ni le produjo desaliento la entrada en Lima de las tropas chilenas. Se puso más bien a reorganizar activamente su ejército en el Cuzco; más una vez conseguido su objeto, se quedó allí creyendo que el enemigo iría a buscarle en el corazón de la sierra, o que, de quedarse en la costa, sería diezmado por el clima y las enfermedades; mas al ver que la situación se prolongaba, se decidió a atacar y se dirigió a Lima, que fue evacuada por el enemigo. Entró Santa Cruz a la ciudad de los Reyes el 9 de noviembre de 1838 en medio de las más grandes simpatías por parte del pueblo, y allí también cometió la imprudencia de dejarse estar en tanto que el enemigo reforzaba su ejército con los 2.000 hombres que Gamarra había logrado reunir.

Por fin sobrevino la batalla decisiva en el pueblecillo

de Yungay, el 20 de enero de 1839, siendo derrotado el ejército boliviano no obstante su empuje heroico, admirado por el mismo adversario, y su fe marchita en los destinos del proyecto crucista.

«Santa Cruz, dice el historiador chileno, Sotomayor Valdés, había abandonado el campo de Yungay una hora antes de que terminara la batalla, dejando en su tienda de campaña hasta su cartera privada, que contenía documentos de no poca importancia y que cayó en manos de sus vencedores. Gracias a tener apostados de antemano en el camino buenos caballos de remuda, pudo, galopando cuatro días, salvar las cien leguas que median entre Yungay y Lima, a donde llegó el 24 en la noche, acompañado de su ministro Olañeta, tres o cuatro coroneles, dos ayudantes y cuatro soldados». (1)

Iba anonadado de pena y de estupor pero sin perder todavía la esperanza de rehacerse y triunfar, y sin sospechar tampoco que dos días antes de esta acción, el 18 de enero, el presidente del Congreso boliviano, José Mariano Serrano, había proclamado con sus tropas la nulidad de su gobierno.

El 28 de enero dejó Lima para trasladarse a Arequipa de donde pensaba dirigirse a la patria de su nacimiento. Estuvo el 14 de febrero; más el 19 supo, con mayor consternación todavía, que el 9 de ese mes había estallado la revolución general en Bolivia y que todos los pueblos de la República estaban pronunciados contra su poder y su política.

La recepción de Arequipa había sido cortés pero fría; más cuando se supo la revolución boliviana, el pueblo estalló en ira contra el Protector. Entonces, ante lo inevitable, sintióse herido Santa Cruz en su altivez de gran hombre y al punto dictó dos decretos, el uno dando por disuelta la Confederación, y el otro dimitiendo la presidencia de Bolivia con objeto de remover «todo obstáculo al establecimiento de la

(1).—*Historia de Chile bajo el Gobierno del General D. Joaquín Prieto.*

tranquilidad y al imperio de las instituciones, base de la felicidad pública: . . . »

Y se alejó, voluntariamente proscrito, rumbo a las lejanas playas de Guayaquil.

Y es así como, por falta de previsión en los detalles y la desmesurada ambición del iniciador, hubo de malograrse un plan de trascendencia poco o nada comprendido por los hombres de esa época y que bien pudo haber sido el primer eslabón de esa política continental con que en veces y en horas de inquietud piensan todavía los pueblos de estirpe ibera cuando obre su horizonte creen ver cernerse amagos de tempestad. . . .

CAPÍTULO III.

Gobierno de la Restauración.—Ballivián se levanta contra Velasco.—Se reforma por tercera vez la Constitución.—Odio del Perú contra Bolivia.—Cae el gobierno de la Restauración en 1841.—Gamarra invade Bolivia.—Se unifica el sentimiento nacional ante el peligro.—Los pueblos se ponen bajo la dirección de Ballivián.—Batalla libertadora de Ingavi.—Los ejércitos del Perú son completamente derrotados y en el campo queda el general invasor.

Cafda la Confederación, surgió con el general Velasco un nuevo gobierno que dió en llamarse de la *Restauración* y cuyo principal y casi único objeto era extirpar, si posible desde raíz, todo lo realizado por el anterior aprovechando el descontento que contra él se manifestaba, patente, en todos los puntos de la República.

Velasco, por voluntad de los pueblos exteriorizada en actas de adhesión espontáneamente producidas, fue proclamado presidente provisorio; y con este carácter se dió prisa en convocar a una Asamblea constituyente, reunida el 13 de junio de ese año de 1839 y la que hubo de ratificar la elección popular acordándole el título conferido por la revolución.

Esos pueblos, al premiarle con sus votos por el hecho de haberse levantado en armas contra la política del Protector, favorecieron también, algunos a don José Ballivián, que

había secundado la protesta de Velasco y le dieron sus sufragios para que ocupara la vicepresidencia; pero la Asamblea, obrando con parcialidad, desechó ese anhelo y el nombre de Ballivián no fue tenido en cuenta para nada. Entonces el militar, sintiendo lastimado su amor propio y herida su ambición que ya se mostraba potente, alzó contra su aliado de ayer el rojo pendón de la revuelta.

Halló, como pretexto para disculpar su actitud, una majadería del gobernante, quien había caído en la impertinencia de felicitar a Chile por su victoria de Yungay, sellada con sangre de soldados bolivianos, y así no le fue difícil a Ballivián encontrar parciales descontentos con aquel acto de torpeza presidencial, o ambiciosos defraudados en sus expectativas y que se hallaban prontos para secundar los planes del primero que contase con el suficiente prestigio para demoler al inepto ídolo popular.

El 6 de julio estalló la revolución, y al consumarla Ballivián, lanzó un curioso decreto, que, entre otras cosas decía: «Todo boliviano que en el término de treinta días contados desde esta fecha, no se someta a mi autoridad, será considerado enemigo de Bolivia y será tratado como tal».

La Asamblea recibió la noticia del levantamiento de Ballivián con muestras de la más honda indignación. Hubo diputados que sin temor de faltar el respeto a la Asamblea se dolieron de no tener relaciones de parentesco con el alzado para hundirle «el puñal en su seno parricida». Cierto es que al gastar parecido lenguaje de rústicos, no hacían otra cosa que seguir el ejemplo del presidente José María Serrano, del mismo que un poquito más tarde sería el primero en suscribir una carta de rendida sumisión hacia el precóz revolucionario: «Un César de barro, de lodo y podre, dijo, ha pasado el Rubicón, y pretende consumir la obra de la ruína de la Patria . . . etc. ,etc.

Y la Asamblea, soliviantada por irresistible ímpetu de encono, dictó su ley de 12 de julio: «El rebelde José Ballivián queda declarado insigne traidor, y como tal puesto fuera de la

ley»«Cualquier individuo que entregue vivo o muerto al rebelde José Bollivián, es declarado patriota en grado eminente, y si fuese militar, obtendrá un ascenso de dos clases efectivas sobre las que tenga.....»

Luego lanzó dos proclamas inflamadas de odio y pasión, una para el país y otra para el ejército, en las que se abominaba del "traidor" y del "insolente soldado" cuya espada humeaba «aún la sangre con que salpicó la primera silla de la República.....»

Esta Asamblea, partiendo del principio común entonces en todos los Estados de América, de que las reformas fundamentales han de realizarse en un país por medio de leyes dictadas al calor de discursos más o menos persuasivos y parlamentarios y que los pueblos no han de practicar porque su analfabetismo les impedirá conocerlas, o porque no estarán todavía educados, se dió a la tarea de reformar la Constitución por cuarta vez en catorce años, dictando otra ópuesta en sus principales disposiciones a la de Santa Cruz, pues restringió considerablemente las facultades del Ejecutivo, dió por abolida la pena de muerte, reconoció el derecho de petición, creó las municipalidades, etc.,....y todo en medio de dilatados y candentes debates. Al mismo tiempo, y siempre obedeciendo a la sorda voz de sus odios, levantó juicio público contra el Mariscal Santa Cruz al que por ley del 2 de noviembre se le declaró también traidor a la patria, indigno del nombre boliviano, y, naturalmente, se le puso fuera de la ley.....

En el curso de este lamentable proceso únicamente pudo verse el odio plebeyo con que obraban los congresales, porque entre todos los oradores que se dieron la tarea de anatematizar la administración del Protector, no hubo uno solo que elevándose a contemplar los proyectos del gran caudillo, supiese examinar, ni siquiera para dar apariencias de justificación a su actitud con análisis de severa crítica, los alcances del plan crucista y los errores que lo hubieran hecho fracasar. Sus mismos amigos y confidentes permanecieron mudos en este punto, y su silencio delataba, o bien su miopía para compren-

der los alcances perseguidos por el estadista, o el interés puramente circunstancial con que le habían secundado en su acción sin participar de su entusiasmo ni sentir la fe sumisa de los convencidos. . . .

Velasco entretanto se había puesto en campaña contra Ballivián, dejando en el gobierno al presidente de la Asamblea, doctor Mariano Serrano; pero a poco estuvo de regreso en Chuquisaca porque abandonado el caudillo por una parte de sus parciales, hubo de verse obligado a buscar refugio en el Perú.

En este país era clamorosa y profunda la efervescencia contra Bolivia y estaba activamente fomentada por Gamarra que había vuelto a ocupar la presidencia de esa República. La prensa se mostraba particularmente hostil y el objeto principal de su propaganda era la destrucción y aniquilamiento de Bolivia, ya que Bolivia en su concepto, no contaba con elementos indispensables para constituir una Nación independiente por estar privada de costa adecuada a las necesidades del comercio y haberse formado artificial y hasta aprichosamente con los despojos de otros países. . . .

El gobierno de Bolivia se vió obligado a investirse de las facultades extraordinarias acordadas al Ejecutivo por la Constitución en caso de grave peligro interno o internacional, y a prohibir todo intercambio con el Perú, incluso el paso por el territorio enemigo, declarando traidor a cualquier boliviano que viajase al Perú, y, espía, al subdito de aquella nación que se internase a Bolivia.

Pero Bolivia no estaba en condiciones de ir a la guerra, pues los manejos de Santa Cruz la habían empobrecido y esquilnado, y el gobierno prefirió dar muestras de conciliación acreditando una misión diplomática en el Perú, la que se apresuró en firmar un tratado el 4 de agosto de 1839 en términos desventajosos y humillantes para el país. Fue rechazado con unanimidad por la opinión; pero luego fue sustituido al año siguiente con otro nomenos ventajoso y por el que los dos países se comprometían a devolverse los prisioneros que man-

tenían en sus respectivos territorios; que Bolivia no se haría solidaria de los actos de su gobierno en el año de 1836 y pagaría, además, los gastos efectuados en la guerra contra Santa Cruz. . . .

Las estipulaciones de estos dos convenios evidentemente contrarías a la dignidad nacional, sirvieron para fortalecer el partido de Santa Cruz que hubo de presentarse compacto y decidido en ese congreso de 1840 acusando al presidente de varias infracciones constitucionales y haciendo resaltar su incapacidad para la administración, en contraste con el genio constructivo del Mariscal de Zepita en quien sus partidarios, encabezados por el expresidente Calvo, supieron hacer admirar sobresalientes dotes de estadista y legislador.

Es que en verdad no era nada sobresaliente la personalidad del gobernante y el concepto de sus mismos partidarios y connacionales inteligentes era poco favorable al hombre, pues Velasco poseía un temperamento conciliador pero flojo, tenía carácter irresoluto y apacible, un mediocre talento y una cultura en menor nivel que la inferior. Tenía también, como todos los temperamentos indolentes, la cualidad de saber atraerse simpatías y crearse amigos porque era hombre de fácil promesa, comedido y condescendiente, incapaz de negar menudos favores, pronto en prometer y aplaudir y más pronto en echar del lado enojos y pasiones, es decir, usando la expresión justa de Gamarra, era un "ente" sin ninguna personalidad acentuada y sin rasgos propios de carácter; pero inofensivo, amable, dulzón. . . .

Así las cosas, no del todo seguras, el gobierno resolvió hacer un viaje por el interior de la República para atemperar la propaganda crucista y debelar cualesquiera conatos de rebelión; pero en Cochabamba fue preso el presidente por los partidarios de Santa Cruz y se consumó el 10 de junio de 1841 la revolución llamada de la *regeneración*, siendo proclamado presidente provisional el general Sebastián Agreda mientras regresase a Bolivia el proscrito de Guayaquil. Velasco fue desterrado a la Argentina; pero su caída no favoreció

en nada al régimen anterior, porque Gamarra, al tener conocimiento de estos hechos, y pretextando entrañar un peligro para su país la vuelta de Santa Cruz al poder, se puso al frente de su ejército e invadió la frontera boliviana no obstante de que Calvo, en su calidad de encargado del poder ejecutivo en reemplazo de Agreda que se ocupaba de proseguir la campaña contra los partidarios de Velasco, le asegurara formalmente, que ya no se trataría de restablecer la Confederación porque el ambiente no era favorable en Bolivia.

Gamarra, sin tomar en cuenta la seriedad de las promesas de Calvo y decidido esta vez a dar feliz remate a su obsesión de destruir la nacionalidad en provecho de su patria, ocupó el departamento de La Paz al frente de su ejército de 6,000 hombres perfectamente bien disciplinado, con equipo suficiente y animado del mismo espíritu de su jefe.

La aventura del general peruano no estaba guiada únicamente por esta ambición obcecante de su vida pública, sino que contaba con el apoyo interesado del joven caudillo Ballivián, quien, al saber el estallido de la revolución *regeneradora* que venía sin duda a destruir sus planes secretos, se dirigió a las fronteras de su patria decidido a realizar lo que no había podido conseguir en su anterior empresa, y desde donde se puso en relación con sus parciales y especialmente con los militares que guarnecían la frontera y entre los que era grande su ascendiente.

Estos y las tropas, ganadas a su causa, le proclamaron presidente dándole el título de *salvador*. Muchos caudillos y hombres públicos se le plegaron, distinguiéndose entre todos el orador Serrano que en su calidad del presidente del Congreso le había llamado meses antes *César de padre y barro* y que ahora, en una comunicación fechada el 23 de julio le anunciaba que «todas las autoridades, todos los ciudadanos, todos los partidos se han reunido, con excepción de muy pocos individuos, en torno de V. E. que sin duda alguna, es el único capaz de reorganizar el país, según el voto nacional y de ahuyentar la anarquía, en que la república se halla envuelta». «Venga

pues V. E., añadía, a colmar las esperanzas de la patria, y que bajo su administración, principie para Bolivia la nueva era de paz, prosperidad y de ventura....»

Ballivián se internó a Bolivia, pero fue derrotado por Belzu. Y como no hallase suficiente el apoyo de una parte de la opinión y del ejército, no tuvo reparos en entrar de acuerdo con Gamarra para conseguir que este invadiese el territorio de su país acaso sin sospechar de pronto que la intención de Gamarra no se limitaba solamente a la fácil empresa de hacer fracasar los planes de un grupo político, como de ver siempre sometido el país a la perpetua dominación del suyo y menos de saber que el general peruano no tomaba absolutamente en serio al joven caudillo con *cabeza de chorlito*, según su propia opinión.

Invadió pues Gamarra el territorio de la nueva república prometiendo en una proclama a los bolivianos redimirlos dijo, «de esa vergonzosa servidumbre que con tanta justicia deploráis y para devolveros esas garantías de que tan cruelmente habéis sido despojados....»

En este momento la anarquía hacía estragos en el país. Velasco había vuelto de su destierro, y, a la cabeza de una partida de sus parciales, mostrábase dispuesto a luchar por recuperar el poder; los partidarios de Santa Cruz no transigían en sus propósitos de volver a imponerse; se agitaban los partidarios de Ballivián y así el país ofrecía el lamentable espectáculo de presentarse sin ninguna orientación, pues mientras el 22 de septiembre de 1841 se consumaba la revolución militar en un pueblecillo paceño en favor del joven caudillo y se le proclamaba como a presidente, el 25 de ese mismo mes y año, en otra parte, en la capital, Velasco era igualmente declarado presidente legal de Bolivia....

Pero así como el caudillaje sin escrúpulos y torpemente ambicioso comenzaba a señorearse sin rumbos fijos, bien se engañaba quien creía, como Gamarra, que en el fondo de esa estéril agitación se hallaba ausente el sentimiento de la nacionalidad y que bien se podía, aprovechando de las contingencias,

destruir y borrar un pueblo con sólo tres lustros de existencia y mal servido por sus conductores. Ese sentimiento existía hondamente arraigado en todos los grupos sociales, y así hubo de verlo, con estupor, el general peruano, porque al tener conciencia de los propósitos de su segunda intervención en Bolivia, los bolivianos depusieron sus odios y, unánimemente, fueron a engrosar las filas de Ballivián, comenzando por el general Velasco, porque comprendieron que sólo teniendo por cabeza un militar joven, audaz, ambicioso, enérgico y que se había señalado por sus proezas y hazafías en la campaña de la Confederación podían salvarse de la conquista y el vasallaje.

Tal unanimidad dictada por las circunstancias y el cálculo prudente de los políticos, le obligó a Ballivián a asumir, con harto beneplácito suyo, la suma de los poderes y a declarar «insubsistentes sin valor ni fuerza» las Constituciones de 1834 y 1839 para obrar con independencia y sujeción al dictamen de sus consejeros y al suyo propio en particular.

Realizada esta unificación a expensas del partido crucista, creyeron todos que el jefe peruano se apresurase en desalojar el territorio de la nación cumpliendo sus propósitos de ver desbaratado un partido que se imaginaba peligroso para la estabilidad política de su propio país; mas al percatarse Ballivián que sus preparativos bélicos iban en aumento, vióse precisado a hacerle dirigir, por medio de su secretario una nota el 4 de octubre en que recordándole los motivos de su intervención y el desbarajuste del partido crucista, le instaba a desocupar el territorio nacional. Gamarra, por idéntico conducto, hizo responder dos días después alegando que la situación del presidente Ballivián era precaria pues tenía el convencimiento de que los amigos y partidarios de Santa Cruz iban tramando ocultamente su caída; que el avance del ejército peruano a Bolivia había obedecido a los planes acordados con el mismo Ballivián y que a dicho ejército «no le sería honroso retroceder sin haber alcanzado para su patria las seguridades que venía a buscarle. . . .»

Descubiertos así los planes del invasor y revelada hasta

cierto punto la complicidad culpable del mandatario en la invasión, éste no tuvo más recurso que prepararse para la lucha no sólo para cumplir con su deber de boliviano, como para poner de relieve su amor al pueblo que le había confiado la salvaguardia de su honor y de su vida. Y denunciando al jefe invasor como al «enemigo constate e implacable de Bolivia» aseguró en una proclama que «el general Gamarra, encontrará su tumba en el suelo boliviano, que aborrece de corazón», profecía que bien pronto vió cumplida. . . .

Al avanzar Gamarra hasta La Paz encontró una ciudad sin autoridades civiles y pobre de elementos sociales porque las familias acomodadas habían huido a sus propiedades del valle, siendo señalada su estancia en la urbe por la sorda hostilidad del pueblo que no perdía coyuntura de causar mal a sus tropas no obstante la severidad de sus penas para quienes fuesen cogidos en actos de rebeldía a su autoridad.

En los primeros días de noviembre, tuvo que dejar la ciudad porque supo que el ejército de Ballivián, improvisado con toda clase de elementos en menos de dos meses de organización, se movía con intenciones de cortarle la retirada a sus posiciones de arranque, y fue a ocupar Viacha, un pueblecillo de la estepa distante seis leguas de La Paz.

Allí cerca, en Sicasica, le esperaba el enemigo. Entonces esos dos ejércitos comenzaron a maniobrar estratégicamente en las llanuras del yermo y las maniobras son determinadas por la calidad de los elementos combatientes: Gamarra está sostenido con la confianza de la superioridad de sus tropas, de su equipo y material. Son, hasta ahora, las mejores que ha organizado el Perú para una empresa de esta índole por su disciplina, espíritu combativo y entrenamiento físico. Ballivián conoce a su soldado, ese indio de recio temple, inconcebiblemente frugal, incansable en la marcha; ese cholo de dura complexión impetuoso en el ataque, pronto al sacrificio callado y sin miedo a la muerte. . . .

El general peruano tiene fe absoluta en la victoria pues sabe y le consta que su adversario no ha podido dar a su ejér-

cito una cabal disciplina de campaña ya que apenas dispuso de dos meses para su organización; el boliviano confía también en las cualidades de su gente y Ballivián se muestra técnico consumado en la maniobra.

Y el encuentro se realiza el 18 de noviembre en las llanuras de Ingavi, brutal, y en cincuenta minutos de formidable lucha cae vencido el invasor pagando con la derrota y con la vida su obsesionante propósito de borrar del mapa del Continente a un pueblo enérgico y batallador. . . .

Consumada la espléndida victoria con elementos inferiores a los del enemigo y luego de reorganizar Ballivián su ejército en La Paz, se dirigió a Puno con objeto de proseguir la guerra en el propio suelo del irreductible y tradicional adversario; pero tuvo que volver de allí con mucha diligencia porque supo que los partidarios de Santa Cruz, aprovechando la inactividad y el descontento del ejército en campaña, se movían diligentemente para operar un movimiento de reacción en favor de su caudillo. Antes, y deseoso de liquidar toda cuestión con el Perú, hizo que se firmase el tratado de paz de 7 de junio, vergonzoso hasta cierto punto para las armas vencedoras que no obtuvieron beneficio alguno pues se acordó, como punto principal del tratado, que la nación invasora no reclamaría ninguna indemnización de guerra. . . .

CAPITULO IV.

Convención de 1843.—Se dicta la cuarta Constitución.— Rasgos biográficos de Ballivián.—Estado general de la instrucción pública.—Incul-tura de la mujer.— Sus virtudes.—Santa Cruz es desterrado a Europa.— Aparece el periódico «La Epoca» en 1845.— Psicolo-gía de los gobernantes.—Condiciones de la vida económica.— Aspectos de la vida social. — Miserias de esta vida.— Nuevos conflictos con el Perú.—Rivalidad de Ballivián y de Belzu.— Ballivián asume la dictadura. — Deja el gobierno en poder de Guillarte.

Salvadas de este modo tan anormal las dificultades con el Perú, convocó Ballivián, por decreto del 18 de abril de 1842, a una convención nacional para el año siguiente y puso todos sus esfuerzos, consiguiéndolo, en llevar a sus adeptos y ami-gos a esa convención reunida en Sucre o Chuquisaca el 23 de abril de 1843, la cual, como era de esperarse, se apresuró en nombrar presidente constitucional de la República al vencedor de Ingavi; en aprobar, sin ningún intento de crítica, sus actos administrativos y en rendirle público testimonio de agradeci-miento por su defensa del suelo nacional declarándole benemé-rito en grado heroico y ejemplar servidor de la Nación.

Hizo más ese cuerpo: se dió a modificar por instigaciones y a gusto del mandatario la Constitución de 1831 que no res-pondía a sus deseos de garantizarle una plena acción dentro

del gobierno, y dictó la cuarta en el corto espacio de diecisiete años de vida autónoma cayendo así en la ilusión, común a los estadistas criollos, de creer que las condiciones fundamentales de los pueblos se modifican mediante simples leyes dadas por los parlamentos prescindiendo en absoluto de la escuela, del carácter nacional, del pasado histórico y de los ancestrales atavismos. Esa nueva Constitución, dictada con propósito de servir a un hombre, reconocía la irresponsabilidad del presidente, le alargaba a ocho años la duración de su mandato, le daba facultad de disolver el parlamento y nombrar el personal de la Corte Suprema, es decir, que hacía del mandatario un ser mudo de mil prerrogativas, dueño de obrar sin control y a su capricho, disponiendo a su antojo de los puestos públicos y del poder judicial y libre del control celoso y vigilante de las cámaras que sólo debían reunirse cada dos años, según la nueva Carta, calificada al punto y con propiedad por los pueblos de *ordenanza militar*.

Ballivián, como Santa Cruz, como Blanco, había iniciado su carrera militar enrolándose en las filas del ejército realista, al que prestó importantes servicios durante la campaña de La Serna en las provincias altas del Plata y en la desastrosa retirada de Salta; pero atraído luego a la causa de la revolución fue abnegado defensor de sus principios, y, después de proclamada la República, uno de los mejores auxiliares de la política de Santa Cruz cuyo auge, rango y poderío fueron constantemente el estímulo de su juventud ardiente y apasionada. Su ambición y su anhelo de sobresalir por las dotes del valor o del ingenio, le dieron vuelos para acometer empresas arriesgadas en la guerra y, lo que más significa, para dedicarse al estudio en tiempos de paz y cuando el estudio era labor desconocida en los militares de profesión que pensaban que gastar vigilias sobre los libros era acción propia de los doctores y letrados de la universidad. Así pudo adquirir una cultura superficial ciertamente dados sus métodos de indisciplina intelectual y de fácil asimilación, pero superior, con todo, a la de sus iguales.

Ballivián, como Santa Cruz, era también autoritario y

creía que la salvación del país estribaba en gobernarlo militarmente. De ahí su afán de dedicar todos sus cuidados al ejército, no tanto, sin duda, para elevar las virtudes combativas de la raza, o, por medio de la disciplina del cuartel, modificar hasta cierto punto ciertas asperezas de su carácter, como para mantener el orden, de suyo alterable en esos tiempos de predominio militar y así consolidar su situación de gobernante con la que se hallaba particularmente dichoso, porque le permitía gustar de fruiciones gratas a su temperamento vanidoso, y también, trabajar por el incremento de ciertas actividades que él las consideraba primordiales en el país. Sabía, además, que los amigos de Santa Cruz no abandonaban su propósito de colocar otra vez en la presidencia a su caudillo, y ponía en juego los múltiples resortes colocados en sus manos por la nueva Constitución, para descubrir los planes de los crucistas, debelar sus proyectos subversivos y reducir a la impotencia a los ambiciosos. A este efecto, y siguiendo los mismos ejemplos de Santa Cruz cuyas lecciones las había aprendido maravillosamente sirviendo a su lado, hizo violar la correspondencia privada y recurrió al socorrido sistema en los caudillos ambiciosos y sin grandes escrúpulos morales de fomentar la policía secreta y las delaciones interesadas. Es así cómo pudo lograr descubrir que los amigos del Protector preparaban un golpe de mano armada, y esto le dió motivo para ordenar se organizaran juicios en distintos puntos de la República, alcanzando a siete las víctimas, entre las que se encontraba un pariente cercano del mismo Santa Cruz.

Pero, además de ambicioso, era Ballivián emprendedor y estaba sin duda animado de buenas intenciones para mejorar las condiciones morales e intelectuales del país, pues veía que eran grandes su incultura y su ineducación y que de seguir desenvolviéndose como hasta entonces, corría el inminente riesgo de caer en ese achatamiento moral, que precede inevitablemente a la total ruína de los pueblos.

En las memorias presentadas a la Convención de ese año por los ministros de Estado y en las que se exalta desmesurada-

mente la persona del mandatario, se vé que era desastrosa por ese tiempo la situación de los establecimientos escolares, pues en toda la República sólo había, con exclusión de Cochabamba, 54 escuelas primarias y 5 de instrucción superior, con un total de 4,011 alumnos de ambos sexos y un gasto anual de \$ 54,770.

Esto era creación del presidente, porque, si ha de dar crédito a la memoria de su ministro de instrucción, «a fines de 1841 y principios del 42, no había un solo colegio en ejercicio en la República. . . .»

Consiguientemente el nivel intelectual de las masas era en extremo bajo y los mismos que descollaban en la política, campo predilecto de los hombres letrados de entonces y de ahora, apenas poseían los fáciles conocimientos de la literatura política, abundantes en recursos de oratoria callejera, y faltaban casi del todo hombres sometidos a la disciplina fecunda de las ciencias exactas, siendo todos meros teorizantes políticos, oradores de palabra ampulosa y distinguiéndose por su extrema pobreza de conceptos propios.

Y sí esto echaba de verse en la educación de los varones afinada y pulida primero en los bancos de las escuelas y después en las universidades, donde, al fin y al cabo, algo que había que aprender, no sucedía por desgracia lo mismo las mujeres que yacían por lo común en una ignorancia aterradora, pues las de la alta categoría social apenas sabían leer de corrido y conocían algo de matemáticas, aunque se distinguiesen siempre por sus modales graciosos y su espíritu finamente perspicaz. Y era tan patente el descuido de su cultura en los principales centros de población; tan deficiente el caudal de sus conocimientos, que no faltaron quienes pidiesen por la prensa el establecimiento de algunos colegios de educandas donde, por lo menos, se diesen «rudimentos de lectura, escritura, gramática castellana, aritmética y otras artes análogas al sexo»;—petición que era desoída por la falta de dinero y «falta de tiempo»,— al decir del mismo Ballivián en uno de sus mensajes presidenciales, y no obstante de convenir que «la educación del bello sexo está atrasada en Bolivia»....

Así y todo, el tipo moral femenino, particularmente en la burguesía, era, y sigue siendo, un rico venero de virtudes domésticas.

La mujer es tímida, pudorosa, leal, amante de sus hijos, laboriosa, económica y prudente. Su concepto del honor, es rígido; cabal el conocimiento de sus deberes. Moralmente es superior al hombre. Su poca cultura intelectual la suple con su carácter abnegado y circunspecto.

Merced a esta falta de cultivo intelectual, es, sin duda, que al aparecimiento en esta época de uno de los libros más fundamentales en la pobre y corta bibliografía nacional, la *Estadística de Bolivia* de Dalence, apenas despertó la curiosidad y el interés de unos cuantos estudiosos, pasando del todo ignorado de los periodistas analfabetos y de los dirigentes públicos poco letrados.

Esos periodistas y dirigentes públicos boccios, sólo estaban preocupados de los manejos de Santa Cruz, que, herido cruelmente por el fusilamiento de su sobrino y el embargo de sus bienes, decretado por el congreso de 1843, había dejado su exilio de Guayaquil y merodeaba por las fronteras de Bolivia dispuesto a ponerse al frente de sus parciales y levantar el cargo de cobarde que su misma prensa le dirijiera por su obstinación de pensar que, como en 1829, sus paisanos habrían de llamarlo con diligencia y colocarle en la silla presidencial; pero ya los tiempos habían variado de entonces, pues los pueblos soñaban en nuevos ídolos, y eran distintas las circunstancias. Y lo eran tanto en verdad que Santa Cruz fue aprehendido en el Perú donde se «tenía más que recelar y temer del vencido en Yungay, que del vencedor de Ingavi» (1) y desterrado luego a Europa con una pensión de 6,000 pesos anuales fijados por el gobierno y de acuerdo con los países del Perú, Chile y Bolivia, quienes, según el acertado decir del historiador Guz-

(1).—SOTOMAYOR VALDÉS, *Estudio Histórico de Bolivia*

mán,— «necesitaban también una cadena para asegurar a este prometeo americano».

Libre ya de la sombra de Santa Cruz, se dedicó Ballivián enteramente a su labor administrativa que la deseaba fecunda y provechosa para su patria. En consecuencia, y considerando que los territorios vastos de un país no podían contemplarse como su patrimonio legítimo en tanto que permaneciesen no sólo inexplotados sino del todo desconocidos, como acontecía entonces con todo el Noroeste de Bolivia, hizo explorar las regiones del Pilcomayo y otras; abrir caminos, investigar las fuentes de ciertos ríos y propender a conseguir una salida fácil al mar, porque, como todo hombre de gobierno de intuiciones perspicaces sabía que la salida al mar, fácil y cómoda, era el único medio de vivir en contacto directo con la civilización y la corriente de ideas que pudieran purificar ese ambiente de pesadez y de ignorancia.

«Es muy doloroso para nosotros el no poder pensar en ser nación,—le escribía a Ballivián uno de sus mejores consejeros privados, don Pedro Guerra,—si no tenemos otro caudal de comunicación que el del miserable Cobija, sostenido sin provecho de la República y en gravísimo daño del mejor de los departamentos: La Paz» . . .

Y el pensamiento general se dirigía a obtener el puerto de Arica no sólo porque en esos momentos Chile comenzaba a desplegar su política de absorción dictando la ley del 31 de octubre de 1848, por la que declaraba de su exclusiva propiedad las guaneras de Atacama, sin atender a los justos reclamos del ministro Olaneta que había pretendido discutir la oportunidad de esa ley, sino porque el puerto de Arica era considerado como la arteria más necesaria a la vida misma de la nación, ya que al decir de dicho consejero la situación de la República era, o, mejor, es tal «que arrastrará eternamente a Bolivia a ganar Arica o desaparecer como nación» . . . (1)

(1).— *Capiador Privado*

La exploración de las ignotas y lejanas regiones del Oriente y de sus principales ríos como el Beni, Madre de Dios, Mamoré y Madera fue encomendada a don José Agustín Palacios, descendiente directo de español, hombre filántropo, de gran iniciativa y singular coraje. Cumplió Palacios su cometido arrojando toda suerte de peligrosos percances, y embarcándose en las canoas de los salvajes «débiles, mal construídas, sin timón de una tonelada apenas, expuestas a volcar o llenarse de agua a cada momento», al salvar las cataratas (*cachuelas*) que abundan en esos ríos. Palacios fue entonces el primer explorador boliviano y a él debieron los hombres de aquellos tiempos el cabal conocimiento de esa dilatada región envuelta en el misterio de lo desconocido, así como los usos de las tribus salvajes que la pueblan y sus métodos de vida rústica y primitiva, merced a su *Diario* de viajes en que abundan las descripciones llenas de colorido e intención.

El objetivo predominante de Ballivián al encomendar estas exploraciones, era buscar una salida fácil al océano para romper la incomunicación en que vive la República y siguiendo con esta política el anhelo general de los hombres más ilustrados de la época que convenían, sin discrepancia alguna, que el único puerto de Cobija no llenaba ni de lejos la necesidad vital del país para sus necesidades comerciales.

Según los datos consignados en el mencionado libro de Dalence, la población hacia los años de 1845 y 46 era de dos millones ciento treinta y tres mil ochocientos noventa y tres almas comprendiendo en esa cifra las masas de indios y salvajes de las regiones del altiplano y de los bosques. Toda esta gente vivía en 11 ciudades, 35 villas, 282 lugares, 2,853 alquerías. Pero las ciudades, de aspecto colonial, contaban con escasos recursos; las aldeas desconocían ciertos servicios elementales, como de alumbrado y aguas corrientes; y en las alquerías, es decir, en las casas de hacienda de los fundos rústicos, se vivía con mayor pobreza que la de las clases trabajadoras de humilde condición en las grandes capitales europeas.....

La labor presidencial, desmesuradamente loada en tono

ditirámico por los ministros y demás altos colaboradores que haciendo abstracción de su propia labor personal lo referían todo al presidente; la actividad de Ballivián, realmente desconcertante; su deseo de impulsar el nacimiento de las bellas artes pidiendo a países extranjeros profesores, artistas y exploradores, como D'Orbigny, le crearon un ambiente de simpatía en el que holgaba moverse el caudillo porque era de natural alegre y expansivo, le gustaba divertirse y tenía especial predilección por las mujeres alegres y bonitas que ante su apostura gallarda, el recargado brillo de sus uniformes de oro y la seducción de su alta investidura, se mostraban pródigas y amables.

Ese ambiente de adulación y de homenajes exagerados, era preparado diligentemente por la constante propaganda de un periódico nuevo que apareció el 1º de mayo de 1845, "La Epoca", y que en la vida confinada del país fue un acontecimiento digno del gobierno ilustrado, y, aun más, de ese tiempo novedoso y reformador.

Hasta entonces los periódicos, eran pequeños pliegos impresos en que se daba cuenta, con gran acatamiento, de los actos del presidente, y vivían exclusivamente del favor del gobierno y mediante su eficaz ayuda pecuniaria. La prensa de verdad independiente no existía entonces, por lo menos durante el período presidencial de un caudillo, y en esos pliegos se debatían asuntos de poca monta y en sus columnas ocupaba ancho campo la política personal, furiosamente agresiva. Los hombres públicos, encaramados en las planas de esos periódicos, se entregaban al despliegue inmoderado de sus pasiones, sin elevarse casi nunca a la consideración de los problemas magños y urgentes del país. Y así se vivía en una atmósfera caldeada de odios y rencores, que ninguna alta aspiración podía disipar.

Salió «La Epoca», fundada a iniciativa de algunos argentinos emigrados al país, por las brutalidades del tirano Rozas y bajo el entusiasta amparo de Ballivián. Su vida fue larga y tristemente sinuosa; pero por su servicio de noticias extranjeras lle-

gadas por correo o tomadas de periódicos de Europa; por la intención de sus artículos editoriales, galanamente escritos, y su presentación exterior, correcta y limpia, bien podía competir con los mejores de los más ricos países del Continente.

En uno de sus números, al referirse a las causas del estancamiento y poco desarrollo de la prensa en Bolivia, tenía este criterio, hoy mismo aplicable:

«La situación desventajosa de Bolivia en el corazón de este Continente, sin litoral ni canales de comunicación, sin vida ni movimiento comercial, rodeada por todas partes de precipicios o áridos desiertos, es otra de las causas que han impedido el progreso y adelantamiento de la prensa».

Empero,—y urge insistir en esto que es fundamental,— en aquellas épocas apenas preocupaban las cuestiones de cultura moral e intelectual a los gobernantes. Sólo anhelaban imponerse y mandar por el placer egoísta de las preeminencias, disipar y derrochar en personales fantasías los dineros fiscales, que en veces se consideraban el particular patrimonio de los gobernantes; lucir un aparato vistoso; marear, cegar, en fin.

Y es que todo esto, pobre de contenido moral, era el brote espontáneo de las modalidades de la raza y respondía a la pobreza material del ambiente, al criterio predominante de las gentes cuyas aspiraciones eran demasiado limitadas, no tenían ideales superiores, ni conocían el resorte de las grandes virtudes, y sólo veían la posibilidad de desenvolverse y vivir mediante el ejercicio de la política como de una profesión lucrativa.

De ahí que el sombrío cuadro esbozado en pocas líneas por don Pedro Guerra en una de sus cartas dirigida el año 1842 al caudillo de Ingavi, refleja con cabal exactitud el ambiente moral de esta época de transición, desolado y casi tétrico:

«Carecemos, decía Guerra, de patriotismo, no conocemos ni el honor, ni la amistad; no tenemos ni virtudes públicas ni privadas: la émpleomanía ha invadido todo y es el único móvil, es el resorte que en nuestra política se conoce. Si usted no la refrena con energía, agregaba, mirando tan sólo el mérito, esta

peste lo desorganizará todo: pues todo lo ha corrompido. Ni verdaderos partidos existen, pues que no hay ni sistemas encontrados, ni opiniones sostenidas por bandos opuestos: cada uno está por la pitanza y no quiere contar ni con el provecho, ni con la consideración que le pueda obtener el trabajo....» (1)

Pero no se crea que este cuadro esbozado en la intimidad de una carta privada y dirigida a un amigo poderoso, fuera el producto de un temperamento ensombrecido por las contrariedades políticas o las estrecheces de una vida pobre y sin recursos; nó. Don Pedro Guerra era un señor de alta alcurnia, rico de bienes y que había viajado a Europa con asuntos privados para desempeñar luego allí cargos diplomáticos de importancia conferidos por Santa Cruz y el mismo Ballivián. Y era esto, es decir, la superioridad que había adquirido sobre sus conterráneos por sus andanzas por el mundo civilizado, que le capacitaba para poder medir las deficiencias de su propio medio; era su trato con gentes de otras razas lo que le había hecho descubrir las taras de la suya, inculta y abandonada.

Pero esta desolada visión del país no solo se presentaba patente a los ojos de las gentes que habían refinado su espíritu con los viajes, sino que se ofrecía también a la atenta mirada de los estudiosos, por poco que llegasen a adquirir una noción cabal de los factores que impulsan la marcha regular y armónica de los pueblos recién constituidos y se diesen cuenta de los resortes que iban tocando los países vecinos y abiertos al mar, para alcanzar los progresos de los pueblos con historia.

Y que no era pesimista la visión del diplomático boliviano, lo prueba un panfleto anónimo público ese mismo año de 1842 titulado *Reseña del estado ruinoso de Bolivia* y atribuido, dice René Moreno, a don Julián Prudencio:

«Hay hombres en Bolivia, —dice el panfletista, — que no tienen ocupación, o la que tienen es tan pequeña, que casi todo su tiempo se pierde en la inacción, o bagatelas».... «Se ha

(1).—*Copiador Privado.*

creído saber de todo y nada se sabe. Se aparenta conocimientos que no existen, y con algunas palabritas finas, con frases estudiadas, y cierto airecillo pedantesco se impone al público.

«Desengañémonos, —agrega,— mientras que los hombres, sea por manía como sucede con algunos, sea por necesidad como sucede con otros, miren los empleos como blanco único de sus aspiraciones, es imposible evitar movimientos que comprometen la tranquilidad pública....»

El espectáculo de las clases pobres y de la raza indígena, es desolador según el testimonio de nuestro cronista:

«Fijemos la vista en las cabañas y chozas de los naturales, fijémosla en las de todos los habitantes de la campaña y encontraremos que todos ellos apenas tienen en que dormir con incomodidad y sin abrigo; que sus vestidos se reducen al que llevan en el cuerpo lleno de andrajos y remiendos; que sus hijos están desnudos, o llevan sobre sí todas las señales de la miseria más espantosa; que sus alimentos se reducen a un poco de maíz, chuño, trigo o cebada; que jamás o muy pocas veces usan carne....»

El aspecto mismo del país en ciertas regiones ofrece un cuadro lamentable:

«Todo está árido, todo desierto, los caminos sin comunicación, los campos en un silencio fúnebre, y apenas a algunas distancias se advierten unas pequeñas y miserables chozas, donde vive una raza desgraciada de seres humanos, condenada al abatimiento, a la desolación y a la miseria....»

¿Las causas de todo esto? Ya están enunciadas en el fondo de lo transcrito: incultura general, estéril afán de la política, y, sobre todo, pereza.

Y la gente vivía despreocupadamente con el día, satisfecha de poder llenar las necesidades inmediatas sin sentir ninguna inquietud por lo venidero. Porque, después de todo, la vida misma era fácil, regalona, sumamente barata y carecía de muchas exigencias. Todos vivían pobremente, sin lujo. Las clases menesterosas podían proveerse de artículos de primera necesidad con muy poco dinero, para luego holgar en hórrida

quietud y lanzarse con pasión tras las huellas de los caudillos, defendiendo hoy a uno, mañana a otro, sin saber nunca los móviles profundos de su acción infecunda. Las clases acaudaladas podían también satisfacer sus exterioridades aparatosas, con poco dinero igualmente y dar apariencia de actividad a su ocio mezclándose en eso que ellas llamaban política y que no era el arte de gobernar bien sino de comer con hartura, figurar con aparato, recibir el homenaje de los mediocres, e iletrados, y enriquecerse por fin.

Pero enriquecerse con mezquindad dentro de la miseria, pobremente si se quiere, porque nunca en Bolivia, hasta estos últimos tiempos, hubo grandes fortunas, o medianas siquiera. Entonces se consideraba grande una fortuna cuando pasaba de los cien mil pesos, y parecía fabulosa cuando se decía que alcanzaba al medio millón.

Y todo estaba en relación a esta mediocridad, es decir, todo era pobre, mezquino. Los sueldos de la escala administrativa, por ejemplo, eran insignificantes por mucho que respondiesen a la bonanza de la época: un diplomático en Europa ganaba 12,000 pesos anuales; 6,000 un encargado de negocios y 3,000 un secretario. En el interior, sólo estaban bien pagados el presidente y los ministros con sueldos que entonces parecían estupendos; pero de entre los funcionarios de menor categoría raros eran los que alcanzaban a ganar 100 pesos mensuales. Un rector de colegio, v. g. ganaba 1,000 pesos al año; 500 un catedrático de derecho y 300 anuales un profesor de idiomas. . . .

Tan grande era el hábito de la holganza, hábito tomado del ejemplo de los conductores, que el periódico, *La Epoca* sin duda por estar dirigido, escrito y redactado por extranjeros, tuvo que alarmarse y probar, con cifras, que la abundancia de toda clase de fiestas civiles y religiosas hacía perder siete meses del año a los obreros. Y luego de entrar en computaciones y deducciones ingeniosas sacaba la conclusión que de los 40,000 habitantes que en dicho año tenía La Paz, la ciudad más poblada de la República, sólo 5,000 vivían de sus rentas y que «a cada uno le cabe a menos de 28 pesos cuatro reales al año

para proveer a todas las necesidades. Es decir, dos pesos, tres reales al mes, o sea cinco céntimos escasos al día....»

Y luego agregaba estas deducciones que revelan patentemente los modos de vida de aquellos tiempos de hartura, y de bonanza, hoy ya increíbles:

«Por muy poco que gaste la gente de trabajo en su subsistencia, no es posible reducir el gasto a menos que lo siguiente por cada persona en un mes:

En comer a medio real.....	15 reales
En ropa y lavado a razón de 9 \$ al año	6 „
En habitación a 9 \$ al año	6 „
Todo lo cual sube por mes a	27 „

«Y como lo ganado, —añadía,— en los 155 días que se trabaja no da más que a 19 reales por cada uno por mes, resulta que es necesario que cada uno obtenga por mes 8 reales para llenar este déficit....»

Por lo demás, la gente observaba una vida patriarcal, y, salvo los odios engendrados por la política, las relaciones sociales eran cordiales y afectuosas. Todas las familias distinguidas de una población se ligaban con sólidos vínculos amistosos y primaba en su trato la más honesta sencillez y el más consumado desprendimiento. En todas las casas, aun en las más modestas, siempre se disponía de un sitio preferente para el huésped o el buen amigo. Había la costumbre de levantarse con el sol para tomar la senda taza de chocolate del desayuno, almorzar a las diez, comer a las cuatro y cenar de noche, pasadas las ocho, en compañía. Las noches de luna invadían las gentes los prados de los contornos y se organizaban orquestas que derramaban la melopea de sus notas lánguidas acompañando las voces quejumbrosas de los trovadores.

Si la policía, recelosa de tumultos y conspiraciones, disponía y ordenaba por especial decreto, que ningún vecino, con ningún pretexto pudiera tragar las calles después de las once de la noche, nadie osaba romper la prohibición. Y las ciudades yacían en medroso silencio y pavorosa obscuridad, porque

no existía la costumbre de alumbrar artificialmente las calles ni empedrar el piso donde no era raro ver medrar las hierbas locas.

Empero esta vida tan plagada de peligros e incomodidades, no era muy triste. Tampoco parecía monótona a las gentes, pues en unas poblaciones más que en otras, se buscaba la manera de dar honesto esparcimiento al ánimo indolente no rendido por las fatigas intelectuales ni minado por la morriña de las aspiraciones irrealizadas, sobre todo en aquellas de campañas gayas, como Sucre y Cochabamba.

Tres años gobernó Ballivián sin temores ni inquietudes y en medio de un constante regocijo en que no eran raras las horas de labor fecunda así como tampoco dejaban de mostrarse los anuncios de lejana tormenta, pues en ese período se descubrieron vastos depósitos de salitre en el litoral sin que entonces el país sospechara la extensión de esa riqueza, no sucediendo lo mismo con Chile que inmediatamente de descubiertos los depósitos del precioso artículo, se preocupó, cual se dijo, de presentar sus alegatos sobre esos territorios indiscutiblemente bolivianos. A la vez, el gobierno del Perú, rehacio a aceptar su derrota en Ingavi y el predominio de Ballivián, hacía todo lo posible por despertar el espíritu levantisco de los bolivianos por medio de sus agentes, pues también Castilla, como Gamarrá, sentía una aversión profunda por el país vecino. Decía: «El Perú y Bolivia, son las repúblicas de Roma y Cartago de la antigüedad: una de ellas debe desaparecer».

Castilla, como todos los gobernantes peruanos, tenía una arma formidable para herir a Bolivia: suspender el tráfico por Arica, o imponer con mayores gabelas los artículos de exportación bolivianos. Hizo lo último, y Ballivián le respondió en igual forma imponiendo a los productos peruanos los mismos derechos que a los de ultramar.

Pero no pararon aquí las hostilidades de los gobiernos, sino que ambos se dieron a fomentar, con mil artimañas, el espíritu de insurrección y de descontento tratando de echar por tierra el poder de su rival. En la táctica peligrosa mostróse

más hábil y más diligente el gobernante peruano que alcanzó a despertar el recelo de muchos militares contra el presidente Ballivián, e incitar particularmente el odio del coronel Manuel Isidoro Belzu, cuyas relaciones con el presidente se habían enfriado bastante desde una secreta intriga de alcoba en que ambos se vieron mezclados.

Ballivián, deseoso de alejar a Belzu del círculo político y social en que él se movía con soltura, conquistando favores de las damas y el rendido homenaje de sus parciales, había dispuesto que el coronel Belzu fuese a la vanguardia del ejército apostado en las proximidades de la frontera del Perú, en previsión de un nuevo conflicto armado. Belzu, con diversos motivos, se negó a cumplir la orden, y entonces Ballivián, que era de un carácter despótico y sufría intensamente al no ser obedecido, dispuso que el militar sea inscrito como simple soldado en un batallón acantonado en Obrajés.

El coraje y el espíritu desprendido de Belzu le habían creado en el ejército un ambiente de cariñosa simpatía, y la orden presidencial fue acogida con doloroso estupor por quienes estaban en el secreto de esta medida. La alarma se hizo general, pero sólo duró el espacio de unas horas, porque al amanecer de ese mismo día Belzu había logrado mover el batallón donde fuera arrestado y hecho huir precipitadamente y por los techos, a Ballivián de su palacio. Empero prodújose la reacción de la tropa amotinada por la eficaz intervención de don Mariano Ballivián, hermano del presidente, y fue Belzu, a su vez, quien tuvo que huir prestamente hasta el Perú. Dos de sus cómplices fueron ejecutados, y la prensa oficiosa se apresuró en llenar de oprobio el nombre de Belzu, y en bendecir la intervención de la Providencia en favor del mandatario «a quien —dijo *La Epoca*.— sin duda tiene destinado para una grande obra pues que le ha sacado ileso de entre las acechanzas y los peligros . . . »

La proeza de Belzu no fue, empero, un hecho aislado, ni tuvo la reprobación del país. Al contrario: fue el comienzo de una serie de rebeliones surgidas en todos los puntos del país

por la acción de los parciales de Velasco que se levantaron invocando la Constitución del año 39, y los de Santa Cruz que no cesaban de trabajar en favor de su jefe, a pesar de que el caudillo, amargado de la política, se hallaba tranquilo en su residencia de Europa, donde, decía, estaba dando reposo a los suyos y especialmente a su señora «cuyo espíritu, —escribía a uno de sus amigos, — se resiente mucho de los atentados de esos bárbaros mandatarios del Pacífico».

Ballivián tuvo que asumir la dictadura y ponerse en campaña para debelar los movimientos que casi simultáneamente surgieron en la provincia de Cinti, en Potosí y en otros puntos distantes de la morada gubernamental. El jefe intelectual de esos movimientos era el doctor Casimiro Olañeta exministro de Ballivián y que hasta hacía poco se mostrara como uno de los incondicionales servidores del vencedor de Ingavi, a quien, bajo la fe del amigo y del correligionario político, se placía en pintar una general simpatía por los actos de su gobierno, ocultándole, con malicia, los síntomas de descontento que se notaban por todos lados y que el presidente no quería o no podía ver rodeado como se hallaba de un estrecho círculo de familiares interesados en mantenerse preponderante y exclusivo.

Cuando el descontento hubo de estallar incontenible con la revolución de Sucre, entonces le escribió su última carta, verídica esta vez y de un cinismo angustioso:

«En los momentos de montar a caballo para juntarme con el general Velasco, próximo a llegar a Potosí, escribo a usted esta carta. . . . La verdad es, cualquiera que sea la causa, ya Bolivia está cansada, no quiere que usted la mande, y esta razón es suficiente para que se obre con patriotismo y prudencia. . . .»

Aguzada la suspicacia del caudillo nó quiso dar tiempo a sus adversarios para que fuesen acumulando mayores elementos de resistencia y emprendió una activa campaña sobre Potosí echando mano de las tropas que reuniera para la guerra con el Perú. El 7 de noviembre de 1847 desbarató en Vitichi las tropas de Velasco, comandadas por el general Sebastián

Agreda, suspendiendo luego de sus cargos civiles y militares a todos los que habían mostrado sus simpatías por la revolución. Después se dirigió a Sucre y allí supo, al finalizar el mes de diciembre, que volviendo Belzu del Perú había logrado sublevar uno de sus batallones contando con la complicidad de sus jefes y reunir un fuerte partido en su apoyo, noticias que concluyeron por alarmarle haciéndole concebir la intención, sugerida por uno de sus inteligentes colaboradores, el periodista argentino don Domingo de Oro, de dimitir el cargo en manos del general Guilarte, presidente del Consejo de Estado.

Así lo hizo Ballivián creyendo sinceramente que en la pugna de ambiciones sustentadas por los caudillos, habrían los pueblos de reconocer su error y llamarle para evitar la anarquía en el país, mucho más si ponía a la cabeza del gobierno a un militar sin ningún ascendiente político y sin vistas de hombre de Estado, como era Guilarte, en quien hizo dimisión de la presidencia el 23 de diciembre de ese año de 1847.

Guilarte, aunque cayendo en cuenta de los designios de Ballivián, quiso ensayar una política de conciliación llamando a elecciones para presidente y amnistiando a todos los desterrados políticos; pero a los pocos días de su exaltación surgieron diversos movimientos de cuartel y se defecionaron sus tropas invocando el nombre de Belzu. Entonces no tuvo más remedio que huir al Perú de donde con fecha 17 de enero de 1848, le envió una carta abierta a Ballivián censurando acerbamente su conducta y diciéndole que había pretendido sacrificarle mezclándolo en una intriga encaminada a fomentar el espíritu anárquico en el país:

«Dejó usted preparado el terreno, —le dijo,— para una reacción, y para que en el cataclismo político que habría de sobrevenir a la anarquía de tres caudillos (hablaba de Velasco de Belzu y de él mismo) que se disputarían la *tajada*, usted fuese el ángel tutelar que invocase Bolivia. . .

CAPITULO V.

Cuarta presidencia de Velasco.—Rivalidad de Belzu y Olañeta.—Curiosas manifestaciones de esa rivalidad.— Congreso de 1848.— Sublevación de Belzu.—Velasco se pone en campaña y el congreso encarga a Linares el poder ejecutivo.—Proclama violenta de Linares contra Belzu.— Acción de Yamparéz y triunfo de Belzu.

Belzu, que tenía conciencia de que los pueblos ya estaban pronunciados en su favor, no quiso apresurarse en recoger la herencia presidencial dejada por Guilarte y más bien envió una nota a Velasco en la que anunciándole que contaba con la mayoría del ejército, le invitaba a hacerse cargo de la presidencia.

Velasco, resuelto como estaba a recuperar el bien que le arrebatara la victoria de Ingavi, dió un decreto reasumiendo el mando y luego constituyó su gabinete cuyos miembros principales eran el general Belzu, general por gracia y disposición de un comicio popular de La Paz, y el doctor Olañeta.

La revolución contra Ballivián se había hecho invocando la Constitución del año 39, y, al salir triunfante, había echado por tierra la del 48, conocida con el nombre de «*Ordenanza Mi-*

Uta». De consiguiente no existía un código vigente al cual sujetarse y esto sirvió de pretexto para declarar la dictadura presidencial que se hizo el 4 de febrero mediante un decreto.

Pero si bien el presidente por su carácter templado y contemporizador era opuesto a obrar arbitrariamente o a dejarse llevar por sus fantasías extravagantes, no sucedía lo propio con sus dos principales ministros, Olañeta y Belzu, que desde el principio se dieron a desarrollar una política divergente, pues en tanto que el doctor tenía empeño en afianzar el poder del gobierno mediante una política de persecuciones y destierros, el militar se esforzaba en captarse la simpatía de amigos y enemigos, halagando con promesas a los unos y poniéndose francamente en favor de los otros. Olañeta era ambicioso, profundamente inmoral, en extremo oportunista; Belzu, vanidoso, superficial, suspicaz, desconfiado, y los dos se valían.

Lucharon también obstinadamente pero bajo de cuerda para llevar a sus amigos y parciales a las cámaras, señalándose el congreso de este año de 1848, reunido en Sucre el 6 de agosto, por la pasión con que los amigos de ambos personajes combatieron llevando al fin la ventaja los partidarios de Olañeta en mayor número que los belcistas.

Esta rivalidad entre los dos absorbentes ministros, tenía singulares manifestaciones en el campo de la prensa donde, por su carácter más comunicativo, contaba con mayores amigos el militar que no cesaban de loar exageradamente todos sus actos y de señalarle a la estima pública con harto contentamiento de su espíritu. Los mismos periódicos que el año anterior condenaran con vehemencia y grosero lenguaje su rebelión contra Ballivián, utilizaron ahora ese hecho para lisonjear su hombría de militar y su patriotismo desinteresado, llegando él mismo a adquirir un concepto muy grande de su propio valer.

Y, mareado por tanta y tan baja lisonja, creyendo sinceramente haber realizado una hazaña superior a la fuerza de los hombres, vivía satisfecho de sí y de los demás, lleno de poder y de orgullo.

Esta actitud de triunfador exasperaba a su rival, y aunque las alabanzas de los diarios no cesaban tampoco de señalarle como a un eminentísimo estadista, él no estaba satisfecho de su papel. Entonces Olafleta, tuvo un rasgo íncuo de buen humor y de ironía: mandó publicar con su firma y sin ningún comentario este aviso fulminante:

«Suplico a todos los redactores de periódicos de la prensa boliviana, me hagan el distinguido favor de no tomar mi nombre para elogiarme. Los ataques a mi conducta administrativa, me serán mucho más gratos, pues que contribuirán a la ilustración de las cuestiones que ventilamos y al precomunal...»

Reunido, como se ha dicho, el congreso de 1848 en Sucre, el presidente Velasco dió lectura a su mensaje que no era sino una larga y airada protesta contra la dominación de Ballivián. Sostuvo imprudentemente, dada la época y sus tendencias militaristas, la peligrosa teoría de que los militares estaban en el deber de protestar contra las tiranías y concluyó exaltando lamentablemente a Belzu que había tenido «la gloria de principiar la grandiosa obra de la libertad de la patria...»

Este congreso, después de aprobar todos los actos de la dictadura, confirmó su confianza a Velasco nombrándole presidente constitucional contra las expectativas de Belzu, quien, desilusionado de alcanzar por medios legales la situación que aspiraba y viendo que «nada tenía que esperar ya del congreso» impulsó mafiosamente la rebelión de los militares que se sublevaron en Oruro proclamándole presidente.

Belzu aparentó no estar al corriente del movimiento; pero el Congreso, sin dejarse adormecer por las promesas del militar, declaró traidores y fuera de la ley a los revoltosos. No obstante y fiado en la palabra de honor de Belzu, le autorizó para ir personalmente a Oruro a debelar la sedición. Y se preparaba Belzu a llenar su cometido, cuando le vino la orden de no abandonar la capital. Entonces el soldado, aprovechando la oportunidad, declaró rotas sus relaciones con el gobierno de que formaba parte.

El 3 de octubre a las tres de la mañana fugó Belzu de

Sucre y fue a ponerse al frente del motín de Oruro, donde llegó el 7. Los amotinados lo recibieron con una acta popular levantada en su honor y en cuyo segundo considerando se dice que el Congreso ha querido anular a la clase militar «que ha dado independencia y glorias a la Nación», y contiene frases depresivas para el presidente y el Congreso en su considerando octavo: «... El general Velasco, sin embargo de los servicios que le debe la Nación, se halla ya incapaz de regir los destinos de ella, y mucho menos en las actuales circunstancias, por su cansada edad, por la debilidad de su carácter, y porque no teniendo voluntad propia, ha entregado la dirección del gobierno a ese Club (el Congreso) tan funesto a la patria... »

Era presidente del Congreso el doctor José María Linares y su actitud resuelta no bastó a quebrantar la inquietud que produjo en los diputados la fuga de Belzu, por saberse que se alzaría en armas contra el gobierno. Sin embargo hubo explosión de furor en algunos, bien que los más simpatizaran con la actitud del popular caudillo.

En estas circunstancias se supo que el capitán Casto Arguedas, que había logrado arrastrar a la causa de Belzu al batallón *Carabineros* aun contra la oposición de sus jefes y por solo un golpe de audacia, se aproximaba a la capital. Cundió el pánico y se disolvió el congreso huyendo Velasco a Potosí para volver a poco a la cabeza de las fuerzas leales al gobierno que había quedado en poder del presidente del Congreso, Linares; pero fue derrotado en la mañana del 12 de octubre por el sublevado batallón del capitán Arguedas.

Este éxito fue suficiente para que el pueblo, vacilante en sus simpatías, se plegase a la causa de Belzu. El caudillo hizo su entrada en La Paz el 15 de octubre y allí lanzó su programa de gobierno en que declaraba a Velasco conculcador de la Constitución y decía aceptar el poder conferido por los pueblos, prometiendo hacer públicos sus actos administrativos y no ejercer ninguna clase de persecuciones contra sus adversarios políticos.

Este fue el momento en que el periódico de La Paz, «La Epoca», por instigaciones de Belzu, se estrelló rudamente contra Olañeta:

«Este famoso intrigante ha sucumbido por fin abrumado del peso de las recriminaciones y reproches que la nueva generación le ha enrostrado. No ha habido boliviano que no haya tenido una acusación que hacer al que en un dilatado curso de vida pública, solo se ocupó de causar convulsiones en el país». «Olañeta consejero de todos los gabinetes y acusador de todos ellos; parásito de todos los gobiernos y traidor a todos; tribuno y apóstol de cuantas causas se han levantado en Bolivia y frenético opositor a todas, es el tipo de la versatilidad y perfidia, cuyo papel ha representado en Bolivia por 34 años. Impostor por esencia, inconstante por carácter, ha sabido sacar el mayor partido de estas dos cualidades para influir sobre el pueblo boliviano. Quien vió a Olañeta, amigo de Sucre y luego su traidor; ministro de Santa Cruz en su agonía y muy pronto su implacable acusador; quien le escuchó elogiar a Velasco en el año 40, y tratarle de mazorquero desde Chile entonces mismo; quien presencié el despecho con que quiso defender y santificar las miras del general Ballivián respecto del Perú y convertirse en seguida en sangriento enemigo por las mismas causas que le parecieron, poco antes, las más plausibles y heroicas: quien haya observado, decimos, tan espantoso contraste en la vida de un hombre público, no podría menos que asombrarse al considerar que Bolivia haya sido por tanto tiempo el teatro de las aberraciones políticas del hombre más versátil que ha conocido la política de los Estados Sudamericanos»

El *León del Norte*, como dieron en llamarle a Belzu los papeles, salió el 23 de octubre con dirección a Oruro y con el propósito de continuar la campaña contra Velasco. El insurgente estaba apoyado por los departamentos del Norte y Velasco por los del Sud, en tanto que Linares, a la cabeza de ejecutivo errante, enardecía el odio de sus partidarios contra el intruso usurpador por medio de violentas proclamas:

«Bolivianos: no ingnoráis que un hombre oscuro, un ambicioso profundamente inmoral y corrompido, ha levantado el estandarte de la rebelión. No es esto todo: horrorizaos: en su negro despecho no sólo insulta y calumnia con descaro inaudito a la Representación Nacional: ha pronunciado también, contra los miembros que la componen, sentencias de muerte, etc., etc.

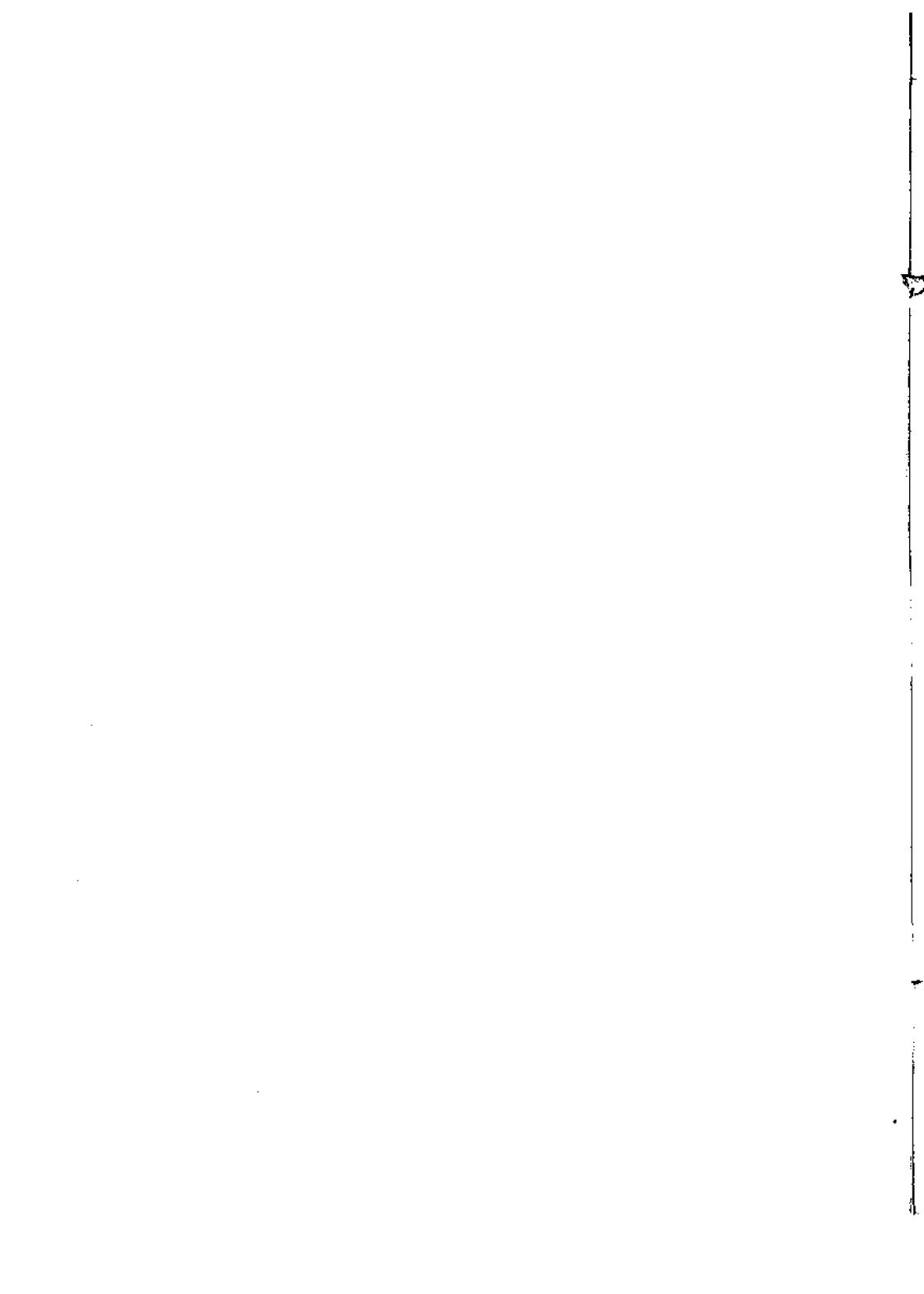
Y los periódicos adictos a Belzu, escandalizados por este lenguaje, lanzaban abominaciones contra el doctor guerrero:

«Este hipócrita farsante que se ha asido de la banda tricolor con el ahinco más frenético, ha desplegado hoy toda su quijotería en un puesto en que no hace sino ridiculizarlo cada día más. Para dar la última mano al burlesco papel que representa, dirige una bombástica proclama a la Nación en la que prodiga los dicitos más infames al que tuvo el heroísmo de emprender la destrucción de ese abominable conciliábulo, que con un falaz prestigio quiso sujetar la nación a un sistema el más ignominioso para un pueblo que pretende con nobleza romper todas las trabas del progreso».

Al fin, después de pocas escaramuzas en diversos parajes, las tropas de ambos caudillos se encontraron el 5 de diciembre en los campos de Yamparáez, donde, tras reñido combate en que perecieron más de trescientas víctimas, las tropas del caudillo Belzu fueron vencedoras después de cuatro meses de campaña.

LIBRO TERCERO

La Plebe en Acción



CAPITULO I.

Biografía de Belzu.—La adhesión de las masas.— El odio a Ballivián y su sombrío retrato.— La política demagógica: exaltación de la chusma.— Incultura de la plebe.— Morales atenta contra la vida del caudillo.— Excesos del Consejo de Ministros.— Se alarman los diputados y es disuelto el Congreso.—La Convención Nacional de 1851.— Mensaje presidencial de Belzu y su impostura.—«Mártir de la democracia».—La Convención elige presidente al caudillo y dicta un nuevo Código Político.— Tirantez de relaciones con el Perú.—Decadencia moral.—Triste retrato de Olañeta.— Correspondencia con Santa Cruz.— Pobreza de la literatura nacional y el poeta José Ricardo Bustamante.— El optimismo de los satisfechos.— Manía holgazana de la plebe.—La sombra turbadora de Linares.— Belzu, dicen sus partidarios, está bajo la protección de la Divina Providencia.—Revolta de Achá.—Desaliento del caudillo: «Bolivia se ha hecho incapaz de todo gobierno». — Santa Cruz anuncia a Belzu sus propósitos de presentar su candidatura presidencial.—Se piden *hombres nuevos* y se señala a Córdova.—Biografía de Córdova.—Córdova es elegido presidente y la ficción de la «trasmisión legal».

Manuel Isidoro Belzu, había nacido en 1808 en un pueblecillo del yermo andino, y, desde muy joven, se dedicó a la carrera de las armas, la sola que en aquellos tiempos de lucha guerrera podía ofrecer horizontes de amplia perspectiva a la imaginación de los mozos nacidos en hogar humilde y acomodo-

dato. Físicamente era un hombre alto, arrogante, de cutis moreno, barba negra y poblada, ojos oscuros y marcial continente.

Poco o nada aficionado a las solitarias labores del libro, poseía natural talento y el don privilegiado de descubrir por la actitud, los gestos y las palabras la secreta intención de sus interlocutores, no engañándose casi nunca en sus juicios sobre los hombres por lo común siempre temerarios y de un desolador pesimismo.

Vanidoso en sumo grado, tenía un concepto muy alto de su propia persona y le gustaba recargar sus uniformes de general con cintilantes bordados de oro, cabalgar en caballos bríosos y ser seguido por largas, vistosas y elegantes comitivas.

Uno de sus primeros actos fue elevar en grado a los militares que habían hecho la revolución en su favor; dar por vigente la Constitución de 1839, nombrar como a su secretario general de Estado, a don Juan Ramón Muñoz Cabrera, de origen argentino, y expedir un decreto en que prohibía y castigaba militarmente el uso generalizado de los anónimos. En el considerando 3º. de este decreto es significativo lo que se lee, porque allí se revela que el sistema de persecuciones implantado por los gobiernos anteriores, se debió casi exclusivamente a haberse dado entero crédito a los anónimos.

Sin embargo de la popularidad con que Belzu fue exaltado a la presidencia, no tardaron en producirse movimientos de rebelión y protesta encabezados por los partidarios y amigos de Ballivián y de Velasco, quien, impotente para recuperar la presidencia, tuvo la debilidad, no extraña en él, de recurrir al apoyo de don Juan Manuel Rozas, tirano de la Argentina, el que naturalmente le fue negado.

Las guarniciones de Oruro y Cochabamba rechazaron la dominación de Belzu; pero ambas fueron aniquiladas por la acción de las masas populares que habían llegado a sentir fanática idolatría por Belzu. En Cochabamba mataron al general insurrecto, Laffaye y colgaron e. cadáver en media plaza, como escarmiento. Luego se lanzaron al saqueo de las casas de

los enemigos de su caudillo ensañándose particularmente contra la del militar Agustín Morales. «Se han llevado,— cuenta un testigo,— hasta la madera de su casa, después de cargar con el almacén y aún las camas de sus criados».

Al saber estos incidentes salió Belzu de La Paz el 11 de marzo, dejando el gobierno en manos de su Consejo de Ministros; el 12 se defeccionó uno de sus batallones proclamando a Ballivián, y el caudillo tuvo que volver de Ayoayo, pero ya el movimiento también había sido ahogado por el pueblo y su recepción el 14 fue extraordinaria por el delirante entusiasmo con que supo recibirle la plebe, como nunca engreída por la victoria que supiera alcanzar contra la reacción. «Desde las 6 de la mañana —dice *La Época*,— varias notabilidades del país salieron en su alcance hasta más allá de la primera posta. Bien entrado el día, la población se puso en excitación y movimiento. Un inmenso gentío llenaba las bocacalles de la entrada, la mayor parte del cual afluyó hasta la cima de la cuesta. Los cholos de La Paz que aman con idolatría a Belzu, cuyo nombre asocian a sus conversaciones y hacen figurar hasta en sus cánticos y juegos, se entregaron a los actos del más exaltado entusiasmo: se agrupaban a su alrededor, le vitoreaban, le asían de los vestidos, le dirigían la palabra: Nosotros hemos peleado por vos el día 12». —le decían a gritos echándole puñados de flores. . . .

De 14 a 16,000 hombres calcula el historiador Guzmán el número de cholos que rodeó al caudillo en su entrada a la ciudad amurallada por altos cerros pelados y pardos. «Desde el balcón de su alojamiento, dice, hizo oír su sombría palabra al pueblo, al que manifestó que eran los titulados, nobles y aristócratas los causantes de tantas desgracias en el país; que el despotismo entronizado por Ballivián y su familia en el poder, había exasperado a las clases desvalidas del pobre pueblo, en cuyas filas tenía la honra de contarse». . . .

Y el pueblo, encolerizado por la bárbara acusación e incitado por la lluvia de monedas nuevas de plata que vació el caudillo sobre su cabeza de monstruo, asaltó también las casas de los principales vecinos, saqueó algunas tiendas de comer-

cientes extranjeros y desde esa noche se vio recorrer en las calles a guapos de cholos andrajosos y ébrios que al son de sus guitarras roncadas vitoreaban, insolentes y provocativos, a su nuavo Mesías: *¡Viva el tata Belzu!*

Potosí también quiso sacudirse del caudillo; y en Potosí fue igualmente el pueblo quien ahogó en sangre la revuelta, Y es entonces que arraigó en el militar la idea de apoyarse exclusivamente en las masas y halagar sus pasiones, ya que tan sinceras y abnegadas muestras de adhesión recibía de ellas.

Afianzado su poder por el generoso desprendimiento de las masas, Belzu, siguiendo la norma establecida por sus predecesores, se investió de facultades extraordinarias y, a fines de marzo, lanzó un decreto en que declaraba traidor a Ballivián, le confiscaba sus y le prohibía la entrada a la República, decreto que era comentado gozosamente por *La Epoca*, el periódico fundado por los auspicios de ese mismo Ballivián y que en no lejanos días le mereciera tan férvidas alabanzas. Y le retrataba con sombríos colores:

«Un carácter indomable y orgulloso con depravadas propensiones, en una educación viciosa, inmoral y corrompida, hicieron de Ballivián el soldado atolondrado y brutal traidor por sistema» «Hábitos inventerados han sofocado en su alma todos los instintos del bien, reemplazándolos abundantes gérmenes de crimen y de maldad, para hacer de la traición, de la perfidia, el más negro maquiavelismo y un sistema de terror sus armas favoritas. Ora imprudente, ora hipócrita y falaz según creía convenirle éste u otro carácter: una escala de crímenes debía elevarlo al solio del poder para perpetuar su dominación»

Hizo más todavía Belzu: desterró a todos los ballivianistas de alta jerarquía social, sin respetar a mujeres y eclesiásticos, y dió amplias facultades a las autoridades de los departamentos para que obrasen sin medida, contándose en poco tiempo por centenares los desterrados al exterior o a las lejanas fronteras del territorio.

Tiempo de barbarie y de brutalidad fue ese en que nada

se respetó de las instituciones, nada de las personas, nada de nada. La torpeza y la ignorancia se dieron de mano hasta para destruir los archivos nacionales que tampoco supieron conservar los otros gobiernos, profundamente inintelectuales, ya que las tropas belcistas al mando del coronel Gonzalo Lanza al romper a culatazos en Sucre las puertas del palacio de gobierno, encontraron en el patio del edificio pilas de documentos de la época colonial, pronto convertidas «en una masa infecta y podrida», según René Moreno.

Producido el descontento por la unánime reacción del partido ballivianista, Belzu, sediento de odio y de venganza, solo quería encontrar una coyuntura para presentar a sus enemigos un cuadro de sangre que definitivamente les cohibiese y acobardase.

Y la oportunidad se presentó con la venida a Bolivia del francés don Carlos Wincendon, al parecer proscrito del Ecuador, pero, en realidad, como agente secreto de Ballivián. Fue delatado con este carácter ante los agentes del gobierno. Reducido a prisión y juzgado sumariamente y con calculada celeridad por un tribunal militar, fue puesto en capilla y públicamente ejecutado en la plaza principal de La Paz.

Y Belzu consiguió su objeto porque el terror fue loco en toda la república. Wincendon, por su juventud florida, su largueza, su cultura refinada y su ejemplar valentía, había logrado captarse muy sólidos afectos en las clases altas y su muerte llenó de consternación a todos y un general rumor de indignada protesta se elevó contra el gobierno en el país. Entonces los papeles públicos adictos al gobernante, echaron toda la culpa de lo sucedido a Ballivián y se estrellaron contra él con más saña que nunca, sacando a lucir vergüenzas domésticas, crímenes ciertos o fingidos.

“El mal padre que educa a sus hijos con ejemplos de inmoralidad y corrupción, —decía uno,— el mal esposo que a fuerza de escandalosos adulterios ha hecho decir a un pueblo en su acta del 47: *Ballivián ha puesto en problema la fidelidad de todas las mujeres casadas*; el más famoso ladrón de las rentas

nacionales que ha exprimido el sudor y la sangre de todas las clases, para enriquecerse y enriquecer a su familia y sus allegados, con pretexto de aumentar los fondos del erario; el asesino por organización, que ha clavado el puñal en el pecho de Blanco; que con sus propias manos ha despedazado al hijo que le creyera nacido de un delito y que con esas mismas manos, después de largos años, ha destrozado con horrible ferocidad al que en su loca fantasía le creyera también cómplice de su delito», etc. etc.

Belzu se dirigió a Cochabamba para estar en inmediata relación con el Sud de la república donde los partidarios del orden legal seguían agitándose, y allí más que en ninguna parte, acaso por la exhuberancia afectiva de ese pueblo, supo mostrarse torpe para halagar las bajas pasiones de la plebe, pues dijo a los cholos estas palabras que el historiador Cortés asegura ser «literales»:

«Cholos, mientras vosotros sois del hambre y de la miseria, vuestros opresores, que se llaman caballeros y que explotan vuestro trabajo, viven en la opulencia. Sabed que todo lo que tenéis a la vista os pertenece, porque es el fruto de vuestras fatigas. La riqueza de los que se dicen nobles, es un robo que se os ha hecho»...

En esta terrible acción disolvente de exaltar el instinto de las masas sin cultura moral y analfabetas, era ayudado Belzu por los paniaguados de la prensa, que, con una inconciencia mas terrible todavía, no vacilaban en sostener que la política presidencial estaba practicando los principios cardinales del verdadero y único democraticismo al dar al pueblo participación directa en los negocios del Estado, y que por tal se iba revelando Belzu como un verdadero hombre de gobierno lleno de saber y de experiencia.

«Cuando un pueblo, —decía esa prensa,— con sus demostraciones exteriores, le dice a su Presidente: *Yo te amo*, entendemos que le dice también: *para que tú me ames*. Así pues debemos esperar que el gobierno, comprendiendo los intereses del pueblo, le retribuya por cada función un buen decreto,

cuando menos; pero un decreto que no sea meramente teórico, cosas positivas quieren los ciudadanos, señores ministros: preparaos para corresponder al pueblo pacheño: no aparezcáis ingratos y desconocidos. Y vos, general Belzu, a quien todo el pueblo *bendice*, porque sois el representante de sus intereses, no desmintais sus esperanzas ni deis lugar para que ese mismo pueblo os *maldiga* mañana».

Y Belzu, escuchando este miserable lenguaje de la plebe intelectual, hacía construir plazas de toros, organizaba fiestas, despejos militares.

Y, sinceramente convencido de su gran rol, todos los días más enamorado de las funciones de gobernante y deseoso de aumentar su popularidad, llegó al extremo de ofrecer suntuosos banquetes a los cholos, en uno de los cuales levantó su copa «porque su sucesor en el mando sea un hombre de poncho y chaqueta».....

Tan grande era a la vez el odio contra sus enemigos, que tampoco tuvo reparo en lanzar un decreto prohibiendo a la prensa el mentar siquiera los nombres de Ballivián y Lináres. Por otro decreto, igualmente curioso, concedió la amnistía a los adversarios políticos bajo la condición de que se sometiesen pasivamente y con juramento de respetar su poder y los magnos dictados de la Constitución.

Luego, y creyendo haber sobrepasado en magnanimidad con estas disposiciones a todo lo que se había hecho y que el contentamiento de los bolivianos se manifestaría en acatadora sumisión, convocó a elecciones populares, e hizo elegir, mediante los eficaces medios puestos al alcance de los gobiernos, representantes nacionales a sus mejores amigos y partidarios; pero muchos distritos, substrayéndose a la presión de las autoridades, eligieron los diputados de su preferencia y así hubo en el congreso un núcleo de diputados que, con su actitud, salvó la dignidad de esas cámaras.

El congreso se reunió en Sucre el 6 de agosto de 1850. Belzu, simulando un desprendimiento ageno a su creciente angurria de mando, luego de dar lectura a su mensaje, renun

ció el cargo presidencial de que se había investido creyendo responder al llamado de los pueblos; pero su renuncia no fue aceptada, naturalmente. Aun más: por ley de 14 de agosto el congreso lo proclamó presidente constitucional de la república.

Esta actitud complaciente de ese cuerpo estaba en armonía con sus antecedentes; su ciega adhesión al caudillo exteriorizaba la pobreza de su ideal democrático.

Porque, bien mirado todo, la exaltación de la chusma por el exclusivo deseo de mantenerse en el poder, era el sólo programa de gobierno que estaba al alcance de ese hombre mediocre y vanidoso. Y este es el punto más grave de su responsabilidad histórica, pues exigiendo el régimen republicano, acaso más que ningún otro, la cooperación de las masas como un medio de realizar el ideal perseguido por el sistema verazmente democrático, no podía honradamente buscar ni el apoyo ni el concurso de las masas porque su incultura en ese tiempo era, y sigue siendo, tan grande que, al decir de un periódico de la época, «entre cada cien personas de nuestros agricultores y aun de nuestros artesanos» no podían encontrarse «cinco que pudieran darnos razón de lo que significan las palabras República, Constitución, Congreso, Jurado, Religión».....

No habiendo sido nunca obligatoria la enseñanza primaria, puesto que, como se ha visto, aun faltaban escuelas para la instrucción de las mujeres de la alta clase social, pocos eran los cholos que pudieran enterarse del contenido de un periódico, o escribir una carta de breves líneas. Menos estaban capacitados para ejercitar con circunspección el derecho del sufragio, fundamental base del sistema representativo popular.

Sus nociones sobre la cosa pública y los derechos ciudadanos, (nunca de los deberes), los había adquirido en los debates de las cámaras, donde fraseadores sin cultura y demagogos sin noción de espíritu crítico, reproducían lamentablemente los mismos conceptos emitidos en el parlamento francés

por los oradores populares de la gran revolución tomándolos como artículos de dogma, invariables por su contenido filosófico y su perfecta concordancia con la naturaleza humana, sin sospechar jamás que dichos principios eran justamente los más susceptibles de ser condenados por el severo análisis de la razón.

Libertad, igualdad, fraternidad, hé aquí la armazón de esos discursos insubstanciales con que desde el parlamento boliviano se hizo ayer, y se sigue haciendo, la base de la educación política popular, y dando fuerza de cohesión a las vagas aspiraciones de la chusma que cree, firmemente, que con sólo la enunciación de esos principios los pueblos prosperan, se engrandecen, se enriquecen y cumplen en la historia una misión de relieve singular.

Pero esa incultura de la plebe poco la importaba al caudillo. Algo más; nunca pensaba sinceramente en ella, porque el pensar no fue jamás función en el cerebro de ese hombre. Tampoco se condolía de su holganza viciosa ni de su desamparada desnudez. Creía cumplir su misión democrática fomentando su ocio y encontrando disculpas para perdonar, cuando no aplaudir, sus violencias, saqueos, robos con los bienes y las personas de sus adversarios; pensaba ser el creador de la democracia boliviana, estrechando la mano sucia de un cholo ebrio, sentando a su mesa a los artesanos de prestigio electoral, codeándose con los soldados en los cuarteles, haciendo creer al pobre indio que tenía pactos con la divinidad para regularizar los fenómenos naturales y enviar lluvias cuando en los sedientos campos mustiaban los sembríos....

Pero esa plebe, a más de inculta, era viciosa y corrompida porque hasta entonces nadie se había preocupado de dirigirla atinadamente domando sus instintos, instruyéndola y educándola, para poner de relieve muchas de sus buenas cualidades, entonces adormecidas y enervadas. Se la dejaba vivir sin freno, fomentando sus pasiones, y ella se desbordaba naturalmente, creyendo servir con su adhesión la causa de un

hombre surgido de su seno y preocupado en echar los cimientos de su futura grandeza.

Más el mal era conocido y lo puntualizaba con coraje un periódico, *El Prisma*, descubriendo a la vez las condiciones de vida de la clase baja:

«Entre la multitud de males que aqueja nuestra sociedad, es decir, a los ciudadanos honrados, pacíficos y laboriosos, ninguno merece más bien la atención y el cuidado de nuestros representantes, como la desmoralización completa de nuestra plebe. ¿Quién duda que ella es temible por sus pasiones feroces, y nos mantiene en continua alarma, luego que se sienten los mas ligeros rumores de cualquier conmoción popular? ¡Tiembla cualquier ciudadano de honradez al considerar que sus propiedades, y lo más delicado que es la honestidad de las mujeres sean el botín de la gentalla en una convulsión política! Como es la gente más necesitada, pues la mayor parte de ella es holgazana, está dispuesta a venderse por el interés a cualquier partido, y como carecen de todo los de la plebe, no tienen ningún género de vínculos, por cuya razón no son susceptibles de sentimientos nobles de patriotismo. . . . «Como tienen una educación atrasadísima y descuidada, a que se une el odio al trabajo que le es inherente, a la mayoría por lo menos, por presición salen de su seno los más famosos criminales». . . a los cuales, — agrega el periódico, habría que encerrarlos en casas especiales de corrección, y crear un *hospicio correccional*, «donde se moralizase la plebe, al mismo tiempo que se le ocupase en trabajos propios de su clase, procurando inspirarles respeto a la sociedad, a la honradez y amor al trabajo». . . .

A esta cámara presentaron varias solicitudes de indemnización los propietarios que sufrieran perjuicios en los saqueos de la plebe, y uno de los más empeñosos en su solicitud fue el militar don Agustín Morales. En sus andanzas había llegado hasta la morada presidencial de Belzu, que prometió trabajar en su favor; pero el ministro de hacienda, don Rafael Bustillos, sostuvo, en pleno congreso, que las turbas eran irresponsables, y estaba en lo cierto, y que sus desmanes había

que considerarlos como meros errores políticos. Hubo diputados, como don Lucas Mendoza de la Tapia, que al combatir esta teoría del representante del ejecutivo fue duro con el ministro y presentó un proyecto para someter a juicio a los principales promotores de los saqueos de La Paz y Cochabamba; y de él se dijo por la prensa de gobierno que era un «proyecto de iniquidad», y a sus autores los colmaron de soeces invectivas, o, lo que era más común, los envolvían en piadoso y maligno silencio.

Así las cosas, avasallada al ejecutivo la representación nacional por la sumisión indelicada de la mayoría, subyugadas las turbas engreídas al poder fascinante de Belzu, no dejaba, con todo, de sentirse un profundo encono revolucionario contra el gobierno, el cual, ante la inminencia del peligro, extremaba los recursos de su defensa. Es entonces y en esta época de mutuos recelos y desconfianzas que fue creada, a pedido de Belzu, la *Mazorca*, sociedad secreta a la que se penetraba usando fórmulas parecidas a las de las lógias masónicas. Se intensificó al mismo tiempo la política del espionaje y de la delación y se hizo más corriente que nunca la violación de la correspondencia privada sin que por esto se encogiese el espíritu público que encontraba siempre recursos para manifestar su descontento con travesuras significativas y picantes alusiones a la persona del gobernante. Una vez, por encima de los tejados, se arrojó de noche al patio del palacio «un muñeco negro que imitaba la semejanza de Belzu adornado con las insignias presidenciales». Fueron autores de la burla los estudiantes del seminario; y como Belzu carecía de humor y de talento, mandó un día a unos cuantos cabos de los cuarteles e hizo flagelar a cuarenta seminaristas.

La grosería de la punición acabó por enajenarle la voluntad de la burguesía tocada con ínfulas de gran nobleza; los descontentos que perdieran parte de su fortuna con los excesos de la plebe y habían abandonado toda esperanza de recobrar algo después de las declaraciones del ministro de hacienda y de la actitud de la cámara, concibieron, como lo más acertado,

suprimir la persona del gobernante. Y un día en que Belzu acompañado del coronel Laguna, presidente del congreso y de un edecán, paseaba por el prado de Sucre, fue abordado por uno de los estudiantes humillados por la flagelación, quien le disparó un balazo en el rostro. Cayó el presidente de bruceas y entonces, uno de los conjurados, Agustín Morales, de acecho por allí, lanzóse contra el caído y le disparó dos balazos en la cabeza y quiso rematarlo haciéndolo pisotear con su caballo; más la bestia, nerviosa y de raza, saltaba sobre el obtáculo, sin tocarlo. En este momento dos cómplices suyos de baja categoría se acercaron a Belzu, cuchillo en mano, para cortarle la cabeza, y Morales, convencido de haber dado en blanco, les dijo: «No manchen su cuchillo; bien muerto está».

Luego disparó por en medio de la ciudad gritando con alborozo: «Ha muerto el tirano».. «Yba - nos cuenta el historiador Guzmán, testigo presencial, — pistola en mano, pálido, sin sombrero, la vista estraviada y el cabello erizado.» Y quiso y hasta intentó mover a los soldados de un batallón, pero como no encontrase el apoyo que solicitaba, tuvo que huir y desaparecer borrando hasta el polvo de sus huellas. . .

Pero Belzu no había muerto; fingió estarlo. Fue conducido a una choza donde recibió la primera curación y en la noche se le condujo a palacio en medio de la profunda consternación del pueblo bajo. «El cholo, — cuenta un periódico, — que tocaba siquiera un pedazo de la manta en que lo llevaban, se tenía por dichoso. Durante la marcha todos prorrumpían en vivas y aclamaciones por el general Belzu y gritaban muestras a Ballivián y los asesinos».

Al día siguiente, 7 de septiembae de 1850, reunióse el congreso y luego de investir con facultades extraordinarias al Consejo de Ministros, lanzó al país una airada proclama:

«Bolivianos: un atentado atroz y sin ejemplo en los anales de nuestra historia, estuvo, en un aciago momento del día de ayer, a punto de hundir la patria en un abismo de sangre y de horror, más la Providencia que vela sobre los destinos del inocente, ha querido salvarla, frustrando la agresión alevosa

cometida por el insigne traidor Agustín Morales contra la preciosa vida del supremo Jefe del Estado, del Ilustre General Belzu»....

Los diputados quisieron poner fuera de la ley a la mayoría de los habitantes de Sucre considerada como cómplice en el atentado, y el Consejo de Ministros, en otra proclama dirigida a la nación, casi con idénticas palabras que las consignadas en la del Congreso, lo que hacía ver la procedencia de un mismo origen, acusó a Ballivián y a su partido como instigadores del atentado y reclamaba de la Divina Providencia su intercesión en favor del elegido de los pueblos... «Pero la Divina Providencia, — decía, — que vela sobre la suerte de la hija predilecta del gran Bolívar, no ha permitido en su misericordia que vida tan preciosa estuviese a la merced de un aleve asesino. Vive el General Belzu, vive y vivirá largos años, para la felicidad de la patria»....

La Divina Providencia, Dios, se ponía, según sus adeptos, de parte del gobernante. El mismo Belzu, al sentirse restablecido seis días después del atentado, confiaba en la misión providencial que el cielo le deparaba en sus altos designios, pues decía a uno de sus amigos: «Siete veces más que se hubiesen preparado para asesinar me, no me habrían muerto porque Dios guarda mi vida, no hay duda; es para algo»....

Idéntico era el tono de los periódicos: Dios protegía a Belzu; Belzu era designado para hacer la suerte de la patria. El *Eco de la Opinión*, declamaba:

«¡Salvásteis, Ilustre Belzu!! Belzu querido y favorecido del Cielo: a vuestras virtudes religiosas y sociales, a ese corazón que no conoce el odio ni la venganza, a esa alma noble, generosa y bienhechora es debido ese patente milagro de la Providencia Divina para vuestra satisfacción y la nuestra, para confusión del asesino y sus cómplices, y para que vivan y mueran con el peso de sus remordimientos»....

De este modo, el congreso, la prensa y los poderes todos reunidos, explotando un atentado repugnante y aconsejado por intereses individuales y de grupo, exaltaron aun más la vani-

dad de un hombre ignorante, supersticioso y audaz, que desde ese instante dió pábulo a todos sus instintos ineducados creyéndose encargado de una alta misión providencial.

Pero antes de que ellos pudieran manifestarse ya el Consejo de Ministros había, con sus crímenes, llenado de pavor la República. A los tres días del atentado, dispuso don José Gabriel Tellez, jefe del Consejo de Ministros, que fuese procesado el coronel Laguna, presidente del Congreso, bajo la inculpación de haber estado de acuerdo con los agresores para asesinar al presidente. La actitud de Tellez era interesada porque sabía que suprimido el presidente del congreso, llamado por ley para ocupar la presidencia de la república en caso de muerte del presidente titular, que todos creían segura, dada la gravedad de sus heridas, él sería el llamado a desempeñar la primera magistratura, y era de todo punto necesario suprimir al sucesor legal de la presidencia. Sirvió de pretexto a la acusación el hecho de haberse encontrado en el equipaje de Morales el título senatorial de Laguna y varias cartas ridículamente cariñosas de éste a Morales, con quien mantenía fraternales relaciones. Se le imputó, además, el hecho de haber saludado, la tarde del atentado y yendo en compañía de Belzu, a uno de los agresores y de haber cambiado con él, dice el proceso, «una seña significativa».

Juzgado sumariamente por un consejo de guerra verbal y condenado a muerte, fue ejecutado el 19 de septiembre, «en el mismo sitio,—dice el historiador Guzmán,— del atentado, y murió con dignidad y valentía».

El 24 de septiembre publicó el Consejo de Ministros, por bando, la orden al vecindario de Sucre de presentar, dentro de las 24 horas, a todos los que habían tomado parte en el complot. Se rodeó la ciudad con fuerzas públicas y se practicaron, en medio de los desbordes de la soldadesca alucinada, visitas domiciliarias desterrándose luego a más de cien personas de toda edad y condición.

Unos pocos diputados, consternados por la violencia y la grosería con que se llevaban a cabo todas estas medidas, y

descosos de parar las arbitrariedades del Consejo de Estado que ejecutaba actos de cruel barbarie y de ciega venganza, con el manifiesto deseo de conquistar la absoluta confianza del gobernante, presentaron un proyecto de ley quitando a ese cuerpo las facultades extraordinarias con que el congreso, con culpable condescendencia, lo había investido. Tellez vió amenazadas sus ambiciones, y, lleno de despecho, destacó dos compañías de soldados con orden de balear a los diputados que se negasen a prestarle obediencia. «Los representantes, pálidos, temblorosos, trataron de ocultarse, o de salir en medio de la multitud»,—cuenta el historiador Cortés. Pero fueron capturados los siete únicos opositores y encerrados, con grillos, en los calabozos de un cuartel para luego ser confinados a las lejanas, ignotas y mortíferas regiones del Beni. Los otros, los de la mayoría, cohibidos y acobardados, se dieron prisa en aplacar con agasajos, títulos y dignidades la cólera de sus atropelladores. A Belzu lo hicieron Capitán General; a Tellez y a otros militares, generales de división. La prensa, más envilecida que nunca, tronó contra los diputados encarcelados:

«Sois más detestables que Marat, Desmolins, Herault, Westermann y Saint Just; menos bizarros que Sadmiral, más inmorales que Herbert. Aquellos se hicieron enemigos del género humano, en nombre de la Libertad, de la República, etc.; vosotros sois enemigos de la paz pública y del gobierno legal en nombre de Ballivián»... .

Y agregaba lleno de odio insano contra el vencedor de Ingavi:

«Diputados Setembristas! Sois amigos de Ballivián y los enemigos del pueblo!! Sois los servidores de Ballivián y los enemigos del orden, de la virtud y del valor. Sois los agentes de Ballivián, de ese monstruo salido de una de las sangrientas cavernas de los antropófagos, o del suelo abrasado del averno».... .

Cuarenta días duró la medicación de Belzu y en todo este espacio se vieron escenas inauditas de violencia descarada e impune, hasta dar lugar a que dos adversarios implacables

como Ballivián y Linares se uniesen en un pacto de defensa contra los atropellos del gobierno, y el cual exasperó al mandatario cuya prensa no tardó en estrellarse contra los dos aliados, «el uno feroz, el otro ridículo».

Los fundados temores de una revuelta en el Nort, arrancaron al presidente de su grata residencia de Sucre, y Belzu se dirigió a La Paz donde entró el 1º de enero de 1851. Allí publicó una especie de manifiesto en que prometía sujetarse a las leyes y gobernar conforme a ellas. Y para dar una muestra de su sometimiento, convocó a una Convención Nacional, la que se reunió en la misma ciudad el 16 de julio de ese año, y ante la cual el presidente Belzu leyó su mensaje presidencial, documento hipócrita y verídico a la vez, con alardes de cruda verdad y desmayada languidez de impostura y uno de los pocos que pintan a un hombre y a una época, íntegramente:

«Ciudadanos diputados. La divina Providencia que ha reservado mi vida para la Patria, salvándola del puñal de crueles asesinos, me permite gozar hoy por segunda vez del inefable placer de verme en medio de la Representación Nacional, llamada para consolidar las instituciones de la República, a la sombra de la paz y del orden que disfrutamos»....

Así comienza Belzu su mensaje, ya convencido de su rol providencial; y luego pasa a revistar los inevitables progresos realizados en el país bajo su administración:

«La Hacienda pública en un estado satisfactorio, pagados puntualmente todos los servicios del Estado, y el pueblo más aliviado cada día de gravámenes y contribuciones: el Ejército mantenido en la subordinación y disciplina», «las instituciones, en fin, que redundan más directamente en el bienestar de las masas y el porvenir del Estado, como la instrucción pública y las obras materiales, atendidas en todas partes con fuertes fondos y una decidida protección»....

Luego se lamenta de no serle posible despojarse de la dictadura y gobernar sujetándose a las normas fijas de un código político, porque la Constitución del año 39 es insuficiente y utópica y no garantiza perfectamente la seguridad del ejecu-

tivo. Obra de las circunstancias, «su espíritu como sus tendencias, se resienten del vértigo reaccionario, y quizás demagógico»; y el ejecutivo no encuentra en ella garantías para conservar el orden, en tanto que por su espíritu, los revoltosos y demagogos, gozan de mil preeminencias. Por lo mismo, se impone la necesidad de cambiar esa Constitución porque de lo contrario, siempre los gobiernos habrán de ser despóticos y autoritarios y esto es condenable porque, «la primera necesidad de nuestros Pueblos tan trabajados por las revueltas intestinas, desprovistos de elementos de gobierno, en que los hombres públicos se han desmentido tantas veces, en que la falta de trabajo, de industria y de capitales, y las desmesuradas aspiraciones que la revolución ha inspirado a todos, son un incentivo constante de trastornos y convulsiones políticas; la primera necesidad de nuestros Pueblos, digo, es el imperio del orden y un gobierno fuerte y moderado que siempre lo realice».

Hé aquí cosas sensatas y dignas de un verdadero hombre de Estado. En ellas están caracterizadas las causas todas de la decadencia nacional: ambición excesiva en los hombres; falta de convicción en éstos; ningún hábito de trabajo; ausencia de capitales e industrias ¿Y qué se necesita para mantener inalterable el orden, base del progreso? Un nuevo código político, es decir, nuevas instituciones «que sean la expresión fiel de su estado social, y que fundadas en sus costumbres y aconsejadas por la experiencia de nuestros vicisitudes, sean la verdadera carta de Bolivia, donde se hallen consignados sus sagrados derechos esenciales y permanentes, sin la turbulencia de la demagogia, sin los avances del despotismo, sin las exageraciones del espíritu reaccionario, sin las pasiones e intereses de circunstancias transitorias; que sea, por último, un centro de reunión en cuyo torno giren apaciblemente las instituciones y las leyes, los hombres y las cosas. . . .»

Estos conceptos de previsión sana y patriótica, ¿eran sinceros en boca de Belzu? ¿respondían a su íntimo pensar, o eran, por el contrario, vanas fórmulas encaminadas a producir

efecto, y, como consecuencia, conseguir que el congreso le confiriese el mando discrecional aconsejado por sus íntimos y su propia conveniencia?

Hay de todo en el fondo de su intención; pero lo que decididamente entraña una profunda hipocresía es la renuncia del mando estampada en la página final de su mensaje, de tono entristecido, y, al parecer sincero:

«Hoy hace, señores, dos años y diez meses que, llamado por mis compatriotas a regir los destinos de la República, tomé sobre mis hombros tan ingrata y difícil tarea. Largo tiempo de consagración absoluta al bien de mi Patria, me ha hecho apurar hasta las heces las amarguras que acibararon el poder, cuando marchando de acuerdo con los preceptos de la ley y de la moral, se trabaja por desarraigar abusos, extirpar el egoísmo y dirigir todas las acciones a un solo objeto—la felicidad común. No he economizado esfuerzo, ni sacrificio alguno para cumplir con mi deber. Mi vida puesta mil veces en peligro y mi sangre misma impiamente derramada en la alameda de Sucre y ante la majestad de la Representación nacional, incontrastables testimonios del entusiasmo, decisión, y ardiente fe con que abracé la causa de la mayoría, y del poderoso impulso que de mi brazo recibió el vuelo de la democracia. Los intereses en minoría, heridos de muerte y por mi política, confundieron la causa nacional con la vida del individuo; y esta absurda confusión fermentada en la mente de un malvado abortó el asesinato del 6 de septiembre. ¡Dichoso yo de proclamar-me el mártir de la democracia, y de ver que mi sangre ha fecundado la libertad de mi Patria!

«Mas al presente, mi salud deteriorada por el incesante trabajo que sobre mí pesa, no me permite ya continuar la obra que se confió a mi patriotismo. Para repararla tengo absoluta necesidad de la quietud de la vida privada; y os suplico con encarecimiento que me hagais descender a la condición de ciudadano particular. Criminosa sería mi omisión si penetrado yo íntimamente de esta conciencia, aun continuase reteniendo en mis manos el poder que con abnegación republicana os lo

devuelvo. Aceptad, señores, la formal y sincera renuncia que una vez por todas hago de la Presidencia de la República, a que fui llamado por el sufragio universal y directo; y esta banda, esta insignia venerable que tantas veces sintió latir mi corazón henchido de patriotismo y de esperanzas, cruzadla sobre el pecho de otro ciudadano más dichoso que yo, y que con más fortuna que la mía, dé la última mano a la obra sacrosanta que he tenido la gloria de iniciar. En recompensa de mis servicios, os pido que no salgáis de este augusto recinto, sin que con vuestras sabias deliberaciones hayáis asegurado para siempre la paz, los progresos y la felicidad de la hija del corazón de Bolívar. . . .

Varias cosas son de retenerse y anotarse en esta página final y chabacanamamente efectista del mensaje gubernativo. Primero, el embuste de considerar la presidencia como una tarea «ingrata y difícil»; embuste que luego será ya un lugar común en todos los gobernantes mediocres y bajamente ambiciosos que fingiendo estar erizado el poder de amarguras, desencanto y sacrificios sin cuento, lo solicitan no obstante con desenfrenada ambición; lo persiguen, atropellando leyes escritas, buscan y sacrifican altos intereses generales por obtenerlo. Luego, su convicción de que su persona tiene puntos de contacto con la divinidad y la ignorancia de imaginarse que su sangre «impíamente derramada» en un paseo público, ha fecundado la libertad de su patria. Después, su «ardiente fe» en haber abrazado «la causa de la mayoría» y su júbilo, ahora sincero, de haber puesto su brazo para favorecer el vuelo de la democracia.

En solo este punto, supieron los redactores de ese mensaje hacerle expresar a Belzu una verdad de su espíritu. Belzu, por la mediocridad de su vida pasada, sentía con profunda convicción la necesidad de las nivelaciones demagógicas frente a la sorberbia infantil y a la ingenua vanidad de ciertos círculos que se pretendían aristocráticos por el nombre o la mayor blancura del cutis y cuando todavía no se había operado en el país esa selección natural que crea las verdaderas

aristocracias. Y fue Belzu, con su manía de un democrático incoherente, quien despertó en la masa ineducada e ignorante la noción de su poder como fuerza numérica, y es de esa época que se han generalizado esos conceptos de «pueblo soberano, altivo y viril; gran pueblo», etc., con que los semiletrados ambiciosos exaltan a las turbas desatentas, impulsivas y sin carácter; de esa época son esos caudillos que surgen, se agrandan y se imponen encaramándose sobre los lomos de las plebes, para medrar a costa de la nación aunque invocando siempre los términos generales de esa fácil ideología política que responde admirablemente al instinto gregario de los pueblos llamados latinos. ...

«¡Dichoso yo de proclamarme mártir de la democracia y de ver que mi sangre ha fecundado la libertad de mi Patria!»

Figúrese el efecto de estas palabras ante esa asamblea surgida y formada a elección del mismo presidente, con sus servidores y amigos: ¡Figúrese a ese hombre alto, de simpática apostura, moreno y de negra barba llena, de aureo uniforme cintilante, decir tales cosas acompañándolas con expresiva mímica y decirles en un tono lleno, de inflexiones altivas, melancólicas y alegres a la vez!....

Y, sin embargo, de lo malo de toda su obra, eso fue lo más perverso, porque de la tiranía de unos cuantos demagogos envanecidos por las ideas de casta y enriquecidos de cualquier manera, y la de la plebe enorgullecida por la fuerza de su volumen, no es siempre la peor la última, porque si bien es fácil arrojar del poder a los pocos con la ayuda de los más, no es tarea simple, cual se va viendo hoy en Rusia, echar a los más con ayuda de los pocos....

Naturalmente la renuncia no le fue admitida a Belzu y la Asamblea premió la actitud de Tellez concediéndole el título de Mayor General. Luego, obedeciendo el deseo contenido en el mensaje presidencial, reformó, por quinta vez en menos de treinta años, la Constitución reduciendo a sólo cinco años el mandato presidencial, pero dándole en cambio al gobernante la facultad de investirse de facultades extraordinarias

con sólo el dictámen de su gabinete, suspender de su cargo a los empleados públicos, decretar indultos y amnistías, y otras medidas de carácter dictatorial tomadas en homenaje al caudillo que deseaba centralizar en sus manos la suma de los poderes públicos, para gobernar así a su capricho y con todos los elementos hábiles, para quebrar la voluntad de los gobernados.

Cerró sus puertas la Convención el 4 de octubre y todo el año de 1851 gobernó Belzu a su arbitrio, interpretando a su manera las prescripciones del nuevo código político, y sin dejar de estimular las pasiones de las turbas, hasta que a principios de 1852 el coronel Juan José Pérez, militar pundonoroso, se permitió lanzar una protesta contra los abusos del gobernante.

Y es que los desbordes de la plebe ensoberbecida colmaban ya todos los límites permitidos y la reacción comenzaba a hacerse sentir, incontenible, entre las clases acomodadas y las personas de normal criterio. Al militar le acompañó a poco en sus protestas un digno sacerdote, el presbítero Calixto Clavijo, y el uno fue calificado por la prensa de palacio «truhán de playa», «fiato de cara y de seso» y el sacerdote mereció los calificativos de «mal sacerdote y peor ciudadano», «alma ingrata», etc., etc.

En agosto de dicho año corrió en La Paz y el resto de la República el alarmante rumor de que los partidarios de Santa Cruz tenían intenciones de envenenar al presidente. Era un rumor recogido de los corrillos de cantina, quizás en las mismas antecámaras palaciegas; pero se le explotó hábilmente para extremar las pesquizas y estrellarse contra todos aquellos que no demostrasen ostentiblemente su incondicional adhesión al caudillo.

Este estado de cosas vino a complicarse con nuevos inconvenientes con el Perú, cuyo gobernante, Echenique, era duramente combatido por el general Castilla, amigo y aliado de Belzu, a quien durante su exilio en el Perú había ayudado eficazmente para echar abajo al gobierno de Ballivián.

Lanzado en guerra Castilla, exigió que Belzu le ayudara



en la forma que él lo había hecho. Y Belzu respondió al llamado expulsando con un pretexto cualquiera al ministro y cónsul peruanos y enviando contingente de armas y municiones a Castilla. Luego, con otro pretexto igualmente nímio, hizo una visita al santuario de Copacabana, lindante con el Perú, atravesó la frontera a la cabeza de su ejército e hizo inútiles alardes de fuerza. Echenique respondió a la agresión haciendo ocupar el puerto de Cobija y poniéndolo en poder del general Agreda, enemigo irreconciliable de Belzu. Después movilizó sus tropas y exigió ciertas condiciones, a las que se negó Belzu.

Parecía inevitable la guerra; pero como Echenique, combatido por todos lados en su país, no contaba seguro el poder, tuvo que desviar sus aprestos bélicos para defenderse contra el enemigo del interior, el cual dió en tierra con su dominio, concluyendo con su caída la extrema tirantez de relaciones entre ambos países, mantenida imprudentemente cerca de dos años.

Esta incertidumbre en los negocios exteriores pareció haber avivado los instintos bélicos de los revolucionarios enemigos de Belzu que en diversos puntos y con varia energía prosiguieron combatiendo la administración del popular caudillo. Santa Cruz de la Sierra, se levantó proclamando el nombre de Velasco, su ídolo popular; le siguieron o precedieron otros puntos de la República, ocasionando defecciones sinnúmero de entre las filas del gobierno, lo que no hacía otra cosa que excitar el ánimo de Belzu para quien hasta los mismos representantes diplomáticos llegaron a hacérsele sospechosos.

Y es que las constantes pruebas de versatilidad ofrecidas por los hombres que le rodeaban; la falta de convicción en éstos; su egoísmo cínico y bajamente interesado, eran capaces de suscitar la desconfianza del más optimista de los hombres. A tal grado de relajamiento habían llegado los usos políticos de la época que aun llegaron a aflojar por completo los más sólidos lazos morales. Las traiciones, las deslealtades, la perfidia y la bajeza eran moneda común entre los hombres políticos.

No había afecto, no había vínculo que no estuviese minado por la concupiscencia, la cobardía y el egoísmo.

Es que eran los instintos de la raza no sometida a ninguna disciplina moral que florecían con lujo en un suelo y en un ambiente favorables. Se puede juzgar de este estado, al saber que Olañeta no tuvo escrúpulos en escribir una larga carta al yerno mismo de Belzu, el joven general Córdova, incitándole a rebelarse contra su padre político con la promesa de un porvenir lleno de risueñas perspectivas, y porque Belzu, amenazado ya por todos lados por su política de crímenes y abusos y en graves conflictos con el Perú, tenía que entrar en humillantes transacciones con este país si aun quería conservarse en el poder y la responsabilidad de esa falta recaería exclusivamente sobre el presidente, quien «si no está loco, siempre fue un estúpido, su ejército es una morralla y su partido se compone de cuatro ladrones que le rodean para devorar la patria y a él mismo».

Y ese desastre podría evitarlo él, Córdova.

«Decídase usted, Coronel, a proclamar en Potosí la soberanía del pueblo y usted será glorificado en Bolivia». «Prefero a usted como caudillo porque es hijo de Belzu. Al hijo que ama a su madre, a sus hermanas y familia, le toca amar al padre loco, como está Belzu haciéndole a él un bien y a todos »

Esta carta extraordinaria, fue expuesta públicamente y durante cuatro días en la vitrina de una tienda en la calle principal de la ciudad, y, como es de suponerse, provocó apasionados y terribles comentarios en la prensa gobiernista. Se le llamó a Olañeta corrompido, criminal y falto de juicio, y se pintó con refinada malignidad su situación de proscrito:

«Fugado al extranjero, sin esperanza de recibir los sueldos a que estuvo acostumbrado, oprimido por los ayunos forzosos y por el hambre, agobiado por largas y penosas vigili-
as, incapaz de conciliar el sueño por la flacura y debilidad de su estómago, gastado por la vejez y por la habladuría, ¿cómo no habría de haber perdido la razón y los últimos restos de una

inteligencia tiempos ha perturbada y deteriorada por la caducidad».

Estando aleccionado Belzu con todos estos síntomas recibió él por su parte una carta de Santa Cruz, en que el caudillo, desde París, se quejaba de las persecuciones y hostilidades del gobierno con sus partidarios. El no pedía nada para sí, salvo las respectivas consideraciones a que creía tener derecho. Tampoco ambicionaba quedarse a cargo de la legación de Bolivia en Europa, pues si se deseaba suprimirla bien se podía hacerlo, pero llenando las fórmulas de etiqueta con el gobierno francés para no dar lugar a complicaciones. El se resolvía a todo y su único anhelo era servir a la patria «con legación o sin ella.» Concluía pidiendo garantías para los suyos y nombrándole padrino de su último hijo.

A esta carta, y con fecha 8 de julio de 1853, respondió Belzu de Oruro con otra llena de acertados conceptos y descubriendo parte de las ideas, en cuya realización cifraba su mayor gloria, como era dejar el mando el día mismo de la conclusión de su período y transmitirlo, por las vías legales, a quien eligiesen los pueblos.

«Toda mi ambición, mi gloria se dirigen, — le decía, — a este fin; y no seré yo quien por un día más de mando, renuncie a la misma recompensa que deseo, que es la de plantar el gérmen de una trasmisión legal del poder sobre las ruinas del espíritu de rebelión».

Entretanto los emigrados de la Argentina, reunidos y concentrados bajo las órdenes de Linares y de Velasco, invadían en son guerrero el territorio de la república y se apoderaban de Mojo, misero poblacho lindante casi con la frontera Argentina. Salióles al encuentro el yerno de Belzu, y en breve combate, fueron desbaratadas por completo las fuerzas de aquellos caudillos, valiéndole este acto a Córdova el grado de general.

Por este tiempo, llevóse a cabo un concurso literario para inscribir un digno epitafio sobre la tumba del Libertador.

Hasta entonces la poesía boliviana en mantillas, sólo se había manifestado en cantos de suma pobreza emocional, en

que los poetas lamentaban sus cuitas amorosas o su hastío prematuro de la vida, sin alzarse a la inspiración épica o a interpretar el fondo del alma criolla. Alguna vez, dando zafe a sus preocupaciones personales o a sus fingidos quebrantos, habíanse atrevido a lanzar dardos contra las iniquidades de los caudillos y los males profundos de la tierra; pero sus versos carecían de elevación y de fuerza y no nacían con el cálido vigor del sentimiento herido, ni menos estaban impregnados de color local. Fue, pues, entonces, acontecimiento, memorable aquel que hizo conocer el nombre de don José Ricardo Bustamante, poeta laureado, como el de un creador de inspiración elevada y noble estro. Su epitafio es una octava real de mar mórea estructura, y pocas composiciones nacionales pueden rivalizar con ella, sin ser por eso una maravilla de nobleza, profundidad de concepto y elevación de sentimiento:

De América al Gigante véis dormido....
Dios y la Libertad guardan su lecho....
Del vencedor del Tiempo y del Olvido
Grande es la Gloria y el sepulcro estrecho:
Del vasto mundo hasta el postrer latido,
Si hay fibra ardiente en el humano pecho,
Se inclinarán los hombres ante el Hombre
Que dióme vida y me legó su nombre.

Por esta misma época, y como si el caudillo quisiese ilustrar con un ejemplo la banalidad de esa frase que progreso material y moral van hermanados y son gajes de la paz pública, proyectó e impulsó varias obras de utilidad en la república dando preferencia a aquellas que podían congraciarle aun más con el fervor alucinado de las plebes. Y se levantó en La Paz una plaza de toros que fue construída en solo tres meses. Los periódicos lanzaron artículos para estimular el ardor productivo de los poetas y dijeron que bajo ese paternal gobierno renacían las esperanzas de una literatura patria y de un general florecimiento artístico y económico. Abogaron también, dirigiéndose a los escritores y con gran cordura, para que buscarer

su inspiración en los temas nacionales y diesen color a sus cuadros con los tonos del ambiente.

Todo era, pues, risueño para esa prensa. Y es que, como en todos aquellos tiempos calamitosos en que priman la baja-za, la pobreza y el servilismo, imperaba ese optimismo fácil de los satisfechos, de los amigos y palaciegos en espera de una colocación, de los folicularios que habiendo soportado una vida de miserias y ayunos en la oposición, ahora se sienten llenos de poder, de dinero, de prestigio local. Y se miraba todo con risueños colores: la paz pública se decía hallarse sólidamente cimentada; que era general y unánime el contento por ese go- bierno paternal y previsor que sabía acudir a las necesidades del pobre pueblo, mantener inalterable la paz pública y mos- trarse firmemente resuelto a hacer la felicidad de la nación manteniéndose en el poder a toda costa, aunque sea derraman- do a torrentes la sangre de los malos bolivianos que no querían conformarse con vivir bajo la tutela protectora de un gober- nante tan lleno de virtudes. . . .

El pueblo, por su parte, cada vez más alucinado con su ídolo, siempre desdeñoso de la actividad creadora, hallando fácil la vida por la abundancia y la increíble baratura de los artículos de primera necesidad, se entregaba obstinadamente a sus indomables inclinaciones de holganza, no desperdiciando la menor festividad religiosa y civil para bestializarse más con el alcohol y esto hasta el extremo de que el mismo periódico oficioso, que jamás se permitía ninguna crítica para los bárba- ros abusos de la muchedumbre, llegó a alarmarse de su ocio- sidad viciosa y repugnante y a probar que de los 365 días del año casi una mitad eran empleados en la holganza y el vicio.

Pero todas esas alharacas de progreso material e intele- tual encubrían apenas la llaga que iba corroyendo, cruelmente, el organismo de la nación.

En enero de 1854 volvió a aparecer Linares, acompañado de Mariano Ballivián, a la cabeza de otra expedición revolucio- naria en la provincia de Omasuyos, lindante con el Perú. Cla- morosas fueron la cólera y la angustia del gobierno ante esta

noticia que venía a turbar la placidez de su reposo. Creyeron haber acabado en Mojo con el audaz guerrillero; lo imaginaron entregado a las dulzuras del hogar en su refugio de la Argentina, de donde hacía poco viniera la noticia de su matrimonio, y ahora aparecía actuando en la misma circunscripción en que se encontraba el gobierno y dispuesto a derramar su sangre y la ajena para recobrar el poder que la representación nacional pusiera en sus manos. Más todavía: llevaba su desparpajo hasta dirigir cartas de seducción a los más caracterizados jefes del ejército belcista, como Achá y Zeballos, el primero de los cuales, ostentando lealtad, puso en manos del caudillo la carta en que Linares, creyéndolo hombre de honor, le instaba a ponerse de su lado.

Linares fue calificado por la prensa de gobierno como «el ser más despreciable y ridículo de cuantos han asomado hasta hoy a la escena política».

Y, lleno de consternación, sintetizando el miedo y el asombro generales despertados por la obstinación inaudita del caudillo doctor, agregaba el periódico:

«Ciertamente es admirable la tenaz persistencia con que este bandido de los bandidos se ha ocupada desde el año 48 en los péridos proyectos de desorganizar el país, por satisfacer ridículas ambiciones, a la vez que grandes y terribles venganzas. Increíble es que un solo hombre haya jugado tantos papeles, haya representado tantos colores y partidos, y que cuantos más fuertes han sido los golpes que ha sufrido, tanto mayor haya sido la porfía con que ha vuelto a la empresa».

No pudiendo Linares hallar cooperación en los pueblos de la provincia Omasuyos, hostigado constantemente por la indiana belcista, tomó el partido de retirarse a su refugio del Perú, ya que con sus débiles fuerzas no podía luchar contra las del gobierno, disciplinadas y fanatizadas, ni tampoco vencer la resistencia de los amigos del mandatario ni aún tentándolos con el ofrecimiento de fuertes sumas de dinero.

Pero, no por eso cesaron los pueblos de luchar contra los abusos gubernamentales. También Santa Cruz de la Sierra se

levantó en armas; pero fue fácilmente reducida. El coronel Melgarejo, promotor de ese movimiento, fue sometido a un consejo de guerra y condenado a muerte; y apenas pudo salvar del patíbulo gracias a la intervención de las matronas de Cochabamba y una carta inverosímil de bajeza en que para disculpar su acto, confesó haber obrado bajo el imperio del alcohol. . . .

A poco de esto la india de Omasuyos condujo a palacio, con gran halaraca, la cercenada cabeza de un hombre creyendo obtener la prima públicamente ofrecida a quien presentase la cabeza del revolucionario Mariano Ballivián. Pero esa cabeza no resultó ser la del caudillo. Se equivocaron los indios con el parecido y habían asesinado a piedra y palo a un pacífico médico de La Paz, terrateniente de aquellas regiones, apellidado Guerra.

Los periódicos, en lugar de condenar el hecho, buscaron su explicación, terriblemente, en los designios de Dios, favorables a la causa de Belzu.

«Aquí está la mano justiciera de Dios!—exclamó *La Epoca*. Es esa misma mano que ha sujetado tanto borbollón de intentos criminales, robos, asesinatos e inmoralidad, y si no es la misma la que acaba de asentar una gentil garrotera en la persona del médico Guerra: porque parece que ya está descubierto el secreto y el remedio contra revoltosos: ¡garrote y piedra, piedra y garrote! Hé aquí el diagnóstico y el modo de combatir las enfermedades políticas. . . .»

La conciencia pública, tan sumisa, tan abatida, concluyó por alarmarse. Las intenciones de las gentes palaciegas, transparentadas por el periódico, no eran nada tranquilizadoras. Estaba visto que el gobierno, para sostenerse, iba a recurrir a las medidas más arbitrarias. Todos se sintieron amenazados y en peligro. Y vieron, ya de un modo claro, la urgencia de concluir con un parecido estado de cosas.

Sólo que era muy grande el temor engendrado por el despotismo y se hacía difícil reunir elementos de resistencia. Entonces se recurrió a la anodina arma de las publicaciones

anónimas, en una de las cuales, llegó a acusarse directamente a Belzu por el asesinato del médico Guerra.

El caudillo se sintió profundamente lastimado y puso todos sus esfuerzos para descubrir a los autores del anónimo. Pronto recayeron sus sospechas sobre dos individuos. El uno, don Pedro Iturri, había prestado otrora seguro asilo a Belzu, cuando, fugitivo por el motín contra Ballivián, pesara una sentencia de muerte sobre su cabeza.

Juzgado Iturri por un consejo de guerra verbal, se le condenó a la última pena, y dos días después, el 21 de marzo de 1854, era conducido con un imponente aparato al lugar de la ejecución. Entonces el pueblo, verdaderamente consternado a la vista del reo que marchaba con altiva resignación, resolvió salvar la vida de Iturri, a toda costa. Acudió en masa a palacio llevando en procesión insignias e imágenes sagradas; pero encontró la puerta cerrada a piedra y lodo. Se puso a implorar, a gritos, por la vida del condenado; y los gritos quedaron sin eco. Había allí gente de toda clase y condición: señoras, niños sacerdotes, artesanos y hasta militares. Y todos gritaban, implorando, sin hacer aprecio de la lluvia que seguía cayendo lenta y persistentemente, pero en sus gritos había dejos de verdadera angustia, que poco a poco iban subiendo de tono ante la mudez inmovible de palacio hasta convertirse en amenazadores aullidos de protesta. Entonces el presidente, haciendo gala de magnanimidad, conmutó a Iturri la pena de muerte con la de diez años de presidio.

Esta obstinación había enfriado algo el fervor de la plebe hacia el caudillo y era preciso reconquistarlo.

Presentóse la ocasión inmediata en el cumpleaños del presidente, el 4 de abril, y fue solemnizado con más pompa que nunca, pues hubo para la chusma despejos militares, comilonas al aire libre, corridas de toros ricamente enjalmados.

A fines de noviembre se supo en La Paz que el general Achá había logrado sublevar la guarnición de Potosí y proclamarse, naturalmente, presidente de la República.

Muchas y aparatosas muestras de lealtad había dado el

general insurrecto y su actitud no dejó de abismar en una especie de consternación al país. Evidentemente había algo profundamente corrompido en la colectividad. Ya no era posible dar crédito a ningún hombre ni fiar en ninguna promesa. Los sentimientos se simulaban con asombrosa llaneza y los actos más íncuos se cometían con la más perversa sangre fría. Honor, deber, respeto, amistad, sólo eran palabras en el lenguaje de la política y no respondían a la modalidad espiritual de la raza. Todo lo dominaba el interés inmediato, el afán inmoderado de la figuración, la sed de mando y honores: cada uno quería ser actor prominente en la trágica feria de la plaza pública.

Aché, para secundar sus propósitos, había echado mano de dos hombres de su misma catadura moral: de un militar Chinchilla calificado por los folicularios de la época como «un cobardón de playa, un ladrón ratero y un borracho de profesión» y de Mariano Melgarejo, salvado hacía poco del patíbulo por el mismo presidente, y que era otro militar díscolo, atrabiliario, igualmente borrachín y al que «se le tenía constantemente destinado en las fronteras, a fin de tenerlo alejado y evitar que contamine su inmoralidad a los cuerpos del ejército», según esa prensa.

Belzu comisionó otra vez a su yerno para combatir esta nueva insurrección, y la campaña de Córdova fue breve, porque sin oponer gran resistencia, huyó Achá fuera del país el 1º de diciembre. Su casa de Cochabamba y las de sus amigos fueron saqueadas por la plebe, la que, en recompensa de su actitud, recibió un obsequio de dinero de manos del presidente, que a los pocos días se presentó en esa ciudad del Tunari.

Pero el hombre comenzó a sentir no ya el cansancio del poder, como aseguraron las gacetas oficiales de ese tiempo, sino el miedo al poder. Cansado no estaba en ningún sentido. Era mucho su amor al aparato, a la representación escénica, a la pueril vanidad para sentirse cansado con eso que colmaba sus aspiraciones y satisfacía plenamente sus ideales de hombre mediocre e inintelectual. Las entradas triunfales, los arcos de

plata y flores, las serenatas populares, los discursos endiosadores y tanta otra miseria que era, había sido, y seguiría siendo acaso preocupación dominante en los mandatarios mestizos había concluido por ser la única aspiración definitiva en él. Mas las constantes revueltas, la tenacidad implacable de sus enemigos, los patentes signos de cansancio que en todas partes comenzaba ya a notar las muestras penosas de traición y deslealtad que a diario recibía de entre las mismas gentes de su séquito palaciego, la inseguridad misma de su vida, concluyeron por hacerle cobrar miedo al poder.

Entonces, y quizás para evitar atentados y contener revueltas, personalmente primero y por medio de sus amigos después, prometió e hizo prometer que dejaría el poder en la próxima legislatura convocada a Oruro para el 1º de febrero de 1855. Y el periódico palaciego *La Epoca*, levantando el tono plañidero y bajamente servil, dijo:

«¿Por qué dejarlo (*el poder*) después de tanta gloria, después de un triunfo tanto más honroso cuanto más popular y patriótico, que jamás otro alguno ha adquirido ni adquirirá en su carrera pública? ¿Por qué dejarlo, por qué abandonar a esos pueblos que lo han sostenido con tanta energía, como a su padre y protector, por qué frustrar tantas esperanzas, tanto consuelo, por qué, en fin, quitar a esos desgraciados pueblos un apoyo de paz para todos, y de ventura y sosiego para cada uno, y que como tal le han defendido, una y mil veces con su sangre y con sus intereses? . . . »

Pero nada pudo disuadirlo de su empeño. Y el 1º de febrero de 1855 ante el congreso extraordinario reunido, presentó la dimisión del cargo en un mensaje donde dejó traslucir las hondas inquietudes que turbaban su espíritu:

«Bolivia, dijo, se ha hecho incapaz de todo gobierno. Desmayada la fortaleza de mi alma con la larga y desigual lucha que con las facciones he sostenido, me declaro abrumado por la desmoralización, oprimido por la perfidia, vencido por la traición, y quiero dejar el timón del Estado, que no quiero, que no debo ya dirigir. Dejo el puesto por no mancharme con la

sangre de mis compatriotas, y lo dejo por mi sola voluntad, cuando aun debiera y pudiera retenerlo, si mi corazón fuese accesible a los vulgares instintos de la ambición»

La alarma de los congresales y palaciegos ante esta resolución fue grande. Unos y otros se agitaron porque no se le aceptase la renuncia, la que, efectivamente, fue rechazada. «Belzu se dejó persuadir»—al malicioso decir del historiador Guzmán, y consintió en el canturreado *sacrificio* de seguir gobernando el país, pero a la condición, honrosa y grande, de que iniciaría el régimen de la «trasmisión legal», consintiendo en que los pueblos, en uso de sus atributos, eligiesen, por fin, a quien les pareciese más digno y más capaz de gobernarlos.

Tan decantada fue esta promesa en el mandatario, que muchos cayeron en la ingenuidad de prestarle fe.

Uno de ellos, no obstante su experiencia de la vida política criolla, fue Santa Cruz.

De Europa, donde se encontraba, y con fecha 15 de febrero de 1855, envió una carta a Belzu en que muy respetuosamente le anunciaba que eran sus intenciones presentar su candidatura contando con el desinterés presidencial en los resultados plebiscitarios y dándole a entender que él, Belzu, no debía abrigar ningún temor por su exaltación a la presidencia y antes contar con su decidido apoyo en cualquier cosa que pudiera pretender, es decir, en cualquier cargo que desease desempeñar: «Necesitando,—le decía,—de la cooperación de usted y de las personas que hubiesen sido fieles a su administración, suponiendo también que lo serán a la que le suceda, me conformaría yo, en cuanto sea posible, a los deseos e indicaciones que usted se sirviese manifestarme»

La noticia fue recibida de mal talante por el mandatario y su círculo, todos acordes, de antemano, en elevar a la presidencia a quien no contrariase en nada sus planes y los favoreciese al contrario, cual si fueran, como que serían, propios. Y un periódico, haciéndose eco del sentir general, criticó acerbamente la resolución del proscrito.

Al propio tiempo que su carta a Belzu, había enviado Santa Cruz a la prensa amiga y a sus partidarios un programa político en que aseguraba que tocado por la adversidad, había aprendido a meditar con calma sobre los pasados actos de su administración, reconociendo que si cayó en errores fue por la condición misma de la vulnerable naturaleza humana, pero que siempre obró con intenciones «puras y patriotas». Más ahora se presentaba llevando «grandes ideas de reformas y mejoras útiles adquiridas en este célebre foco de civilización, donde la libertad y el progreso son hechos prácticos».

Programa tan prometedor no tuvo la virtud de entusiasmar a la mayoría del país y los papeles públicos le comentaron con groseras burlas, en que iban mezcladas algunas sandeces contra los otros candidatos, sobre todo contra Linares. Para ellos ni Santa Cruz, ni Linares, ni ninguno de los candidatos independientes merecía el honor de ceñir la banda presidencial. Se precisaba en esos instantes de hombres nuevos «salidos del pueblo, y que gobiernen al pueblo».

Este era el tema de Belzu y con él encubría sus secretos planes. Eran sus propias palabras que reproducían esos papeles, y, al hacerlo, iban esbozando la silueta del favorito.

«Hombres nuevos, decían, de antecedentes honrosos, que hayan prestado servicios importantes a la patria, domado la anarquía y contenido el desborde de las malas pasiones.....»

¿Quién sería ese hombre nuevo «salido del pueblo» y que haya prestado eminentes servicios al país domando la anarquía? Lo hizo conocer un periódico del interior de la República, publicando la biografía del general Córdova y presentando su candidatura presidencial. Muchos otros papeles, obedeciendo a la consigna, prohibieron, con grandes aplausos, la candidatura de Córdova, como nacida de las corrientes verazmente populares, hasta que al fin "La Epoca", órgano oficial y el único gran periódico en todo el país, dijo en mayo de 1855, que apesar de la prescindencia que deseaba guardar respecto a las can-

didaturas presidenciales, se veía obligado a transcribir los artículos publicados en el interior de la república en favor de uno de los candidatos. Y luego insertó un artículo en su primera página, reproducido después en el mismo sitio, como anuncio lugareño, durante varios números en que hablando de los merecimientos del candidato, decía:

«Sus títulos son: el honor militar, el valor, la victoria, la bravura para combatir, la clemencia con el vencido, la altura de sus sentimientos, sus principios de orden y de fusión, el desinterés, la generosidad, la compasión, etc., etc.

Tantas cualidades reunidas en un solo hombre hasta entonces poco menos que oscuro, no lograron, sin embargo, desviar la corriente sana de opinión pronunciada a favor de Linares, o repartida entre Santa Cruz, Frías, Pérez, Avila y Ascarrunz, los otros candidatos. Para los más, Córdova sólo era un militar afortunado cuya más grande hazaña había consistido en casarse con la hija de Belzu y poner al rendido servicio de éste su espada ejercitada en la destrucción de los enemigos interiores de su padre político. Casi nada se conocía de su pasado y aun quedan en la sombra los orígenes de su nacimiento.

Abandonado como expósito al nacer, había crecido huérfano de las grandes y puras afecciones paternas, bajo el ojo indiferente de gentes extrañas y en medio del ambiente guerrero que entonces se respiraba en el país, provocando en él la invencible inclinación de las armas, refugio entonces de los desheredados y de los perezosos.

Sentó plaza en las filas de un cuartel, como soldado. Y en distintas acciones, bajo los batalladores gobiernos de Santa Cruz y Ballivián, fue ganando uno a uno, con valor y empeño, los altos grados del escalafón militar.

Flojo de temperamento, instintivamente magnánimo, llegó al apogeo de la fortuna bajo la administración de Belzu.

Los dos hombres estaban hechos para comprenderse. Ambos surgen de las bajas esferas sociales y Córdova desconoce su origen: ambos se educan también en la pobreza. Sube el uno a la presidencia para proclamarse ardiente adalid del

pueblo, al que, sinceramente acaso, atribuye grandes virtudes. El otro, que siente en sí el rencor de los desairados, ve en Belzu un héroe. Lo rodea, lo adula, se convierte en su más firme sostén. Y es tanto el ardimiento de su devoción; tantas su voluntad y decisión para mantenerlo en la altura, que el engrfedo caudillo no puede menos que ofrecerle, con la mano de su hija, sitio preferente en su hogar.

Y ahora pretendía elevarlo a la primera magistratura del país.

Secretamente fue criticada con acerbidad esta determinación del endiosado caudillo, que por ese medio pretendía ejercer todavía su acción sobre los destinos del país, y las críticas fueron aun más vehementes en quienes venían trabajando por su candidatura presidencial; pero todos hubieron de ponerse tácitamente de acuerdo y permitir la candidatura del joven general como el único medio de evitar que Belzu se mantuviese en el poder, y hasta íntimamente satisfechos de que el caudillo estuviera animado del deseo de poner nimbo de celebridad a su nombre, inaugurando con una ficción en el país el sistema de la «trasmisión legal»....

En vísperas de elecciones y particularmente el día en que debían de realizarse, circuló entre los partidarios del gobierno un curioso boletín:

«Paceños: Hoy váis a decidir de la suerte de la patria: váis a elegir al supremo magistrado de la República, y el Cielo mismo os indica al Candidato. Recordad que hoy es el 10 de junio, día en que el general Jorge Córdova venció en Mojo al Dr. José María Linares. Reparad también que le prepara el triunfo moral en el mismo día, y le presenta el mismo contendor, para darle la victoria».

«Paceños: esta es la obra de la Providencia: no divagnéis: votad por él: votad por el general Córdova, vencedor en Mojo!»

No por efecto del boletín, sino de la consigna, fue proclamado Córdova vencedor en el torneo electoral por 9,388 votos, contra los 4,194 de Linares.

CAPITULO II.

Primeros actos de gobierno.— Primeras revueltas.— Linares se vuelve a presentar en el campo de la lucha.—El gobierno persigue como fin primordial ganarse el fervor de la plebe.—Congreso de 1857. Revolución triunfante de Linares.— Huyó Córdoba y publica su «Manifiesto» en que el mismo se acusa.—Cómo se cumplió fielmente el vaticinio de Belzu.

Córdoba se invistió del poder el 15 de agosto de 1855 a la sombra del congreso ordinario reunido en la capital de la república y «el mismo día, el general Belzu fue nombrado Ministro plenipotenciario de Bolivia en Europa y salió de Sucre con dirección a su destino». (1)

El nuevo mandatario hizo desde un comienzo gala de respetar todas las libertades, y la prensa, libre ya de la sombra del caudillo de la plebe, inauguró su período de independencia, criticando acerbamente todas las medidas del gobierno y los actos del mandatario que, sin criterio propio para nada, no tuvo reparos en entregarse desde los comienzos de su período a las fruiciones brindadas por el poder, imitando así a sus an-

(1).—GUZMÁN, *Historia de Bolivia*

tecesores, que, ignorantes de los deberes impuestos por el mando y gobierno de los pueblos, sólo veían en la presidencia un puesto alto y de honor y desde el cual era fácil y cómodo conseguir toda clase de satisfacciones en los placeres de la sensualidad y de la codicia.

Tuvo, sin embargo, el acierto de rodearse de los mejores elementos de su partido y el deseo de realizar alguna labor de gobierno; pero ni su educación ni su cultura le permitían discernir con claridad cómo y de qué manera habría de cumplir sus propósitos sirviendo eficazmente las premiosas necesidades de la nación empobrecida y anarquizada.

Hizo dar un decreto de amnistía general y creó en los departamentos cuerpos especiales para el fomento y la inspección de obras públicas, a falta de juntas municipales.

Pero apenas tuvo tiempo para más.

Al mes escaso de su repentino encumbramiento se levantó un caudillo militar en el norte proclamando el nombre de Linares; poco tiempo después otro, bajo la misma bandera. Entonces el congreso declaró la patria en peligro, concedió facultades extraordinarias al ejecutivo y suspendió sus sesiones convencido después de haber realizado una benéfica labor. El ejecutivo se dió prisa en anular su decreto de amnistía, y, poniéndose en campaña contra los revoltosos, los desbarató fácilmente en diversas acciones.

Pero no escarmentaron.

Tarija se alzó en armas, el 26 de septiembre y también fue sometida. Muchos de los jefes revolucionarios que habían sido cogidos prisioneros y condenados a la pena capital por un consejo de guerra permanente reunido en Oruro, fueron perdonados por el presidente, quien, deseoso de gobernar en paz, no perdía ocasión de mostrar la generosidad de sus sentimientos aunque imitando las teatralidades heredadas de su antecesor. Así, condenados algún tiempo después varios militares por el delito de conspiración, les hace pasar por las torturas del proceso, juzgamiento y sentencia; permite que el día señalado para la ejecución capital, los saquen con el aparato acostumbrado

de sus calabozos y los conducen al sitio del suplicio. El público se consterna y pide gracia con súplicas y amenazas. Y Córdova, vencido por la emoción, sinceramente consternado, los hace comparecer en su presencia, los amonesta con palabra suplicante, los abraza y los pone en libertad.

Todo inútil. La protesta armada surge de todos lados; los revolucionarios se multiplican; el descontento es general.

«La revolución, dice con pena un periódico, es el estado normal de Bolivia. Triste verdad: pero verdad evidente que nace de la historia y de la frecuente repetición de los mismos hechos».

¿Las causas profundas? No las señala, y quiere dar como explicación del hecho una sola de sus consecuencias, pues dice:

«Por desgracia de Bolivia, existen en este país centenares de hombres que ocuparon en otro tiempo una alta posición social. Los unos usaron charreteras sobre los hombros, los otros llevaron el bastón de la autoridad y muchos se sentaron en una oficina.—El gobierno actual por buenas y conciliadoras que hubiesen sido sus intenciones, no pudo ejecutar el milagro de restituir a cada uno lo que había quitado la revolución. Hé ahí el móvil que dirige esas tendencias revolucionarias y esas conspiraciones de cada tres meses. Hé ahí la causa eficiente de esa agitación en que vive la República».

Es decir, en lenguaje más claro: es el hambre, son los necesitados, los sin empleo quienes hacen las revoluciones y están movidos por los ambiciosos y los vanidosos. Linares en cabeza.

La obstinación de este hombre es realmente consternadora. Pasan su energía y su indomable fogosidad. Ha convertido en punto central de su vida ceñir las insignias presidenciales depositadas en su poder por un congreso y que le fueron violentamente arrebatadas por la revolución, y en la demanda ha empeñado bienes de fortuna, estabilidad del hogar, quietud propia personal, apego a la vida misma y todo lo que puede ser amable a un nombre desapasionado, de ambiciones más puras y de valor menos templado.

A los dos meses de debelada aquella conspiración se descubrió otra fraguada entre el mismo personal militar agregado a la persona del gobernante. Este, instruido como estaba del secreto, deja seguir su curso a la trama y el día fijado para el estallido del complot, hace prender en su mismo palacio a los jefes y edecanes comprometidos en la conspiración, los deja condenar por un tribunal marcial; pero resultan tantos los sindicados en el movimiento, por la delación de los condenados civiles y militares, que Córdova se ve obligado a romper las sentencias de muerte consintiendo sólo en la pública degradación de los militares y en el destierro de los más comprometidos aunque sin levantar la pena última dictada por el Consejo contra Linares, promotor de todos los movimientos pronunciados hasta entonces. Dispuso luego, atolondradamente, que los empleados dependientes del ejecutivo, tuviesen la obligación de presentarse armados para defender al gobierno de cualquier tentativa; «y se prodigaron los ascensos, las medallas, los honores, los montepíos y premios pecuniarios a favor de los sostenedores del orden, hasta un punto insoportable para el erario público y ridículo para el buen sentido»— dice Sotomayor Valdez.

Pero no era bastante. Heredero de todos los métodos implantados por Belzu y servil imitador de sus gestos teatrales, vió que se hacía preciso halagar el instinto de las plebes buscando en ellas el apoyo que le faltaba, y él conocía cuáles eran los resortes que había de tocarse para conseguirlo, porque su ineptitud era grande para todo lo demás que significase acción o pensamiento.

El día de su cumpleaños, dispuso que se celebrasen grandes fiestas por el espacio de ocho días, sin interrupción. Y ocho días hubo repique general de campanas, fuegos artificiales, salvas, corridas de sortija, rompecabezas, pozos de miel, palos encebados. El derroche fue formal y escandaloso.

Ganar a la plebe era lo importante; mantenerse en el poder, lo más fundamental. Gobierno sin ideas claras sobre ningún problema culminante, desprovisto de ~~calentamiento~~ y falto de

fe, lo poco que hizo fue de prisa, sin entusiasmo ni convicción. La revisión y reforma de algunos códigos, la mejora de la ley electoral, la reglamentación en algunos planteles de enseñanza, fueron disposiciones escritas en los papeles, pero sin efectiva aplicación. Lo solo que se hizo de verdad y con convicción fue invertir íntegramente los fondos de las pobrísimas cajas fiscales y «prohibir al tribunal general de valores,—dice este historiador,—investigar la procedencia y justificación de todo gasto, siempre que se apoyase en un mandato ministerial».

Los años de este gobierno fueron estérilmente perdidos para el país, porque en Córdoba se aliaron la nulidad, la incompreensión y la estupidez.

Así las cosas, reunióse en la capital, el 6 de agosto de 1856 el congreso ordinario, ante el que los ministros, al presentar sus memorias, no olvidaron de alabar calurosamente al pobre gobierno y presentar la situación bajo los más plácidos y rientes celajes. Uno de ellos, Basilio Cuéllar, sin poder demostrar con hechos o cifras las positivas mejoras realizadas por el ejecutivo, canta, no obstante, las ventajas incalculables de la paz pública:

«Aun cuando nada se hubiera hecho, aun cuando una sola medida benéfica y útil no se hubiera desprendido de los ministerios, la paz, el orden y la tranquilidad en que ahora se presenta un país recibido bajo los auspicios más desventajosos para cualquier gobierno, son bastante para dar un testimonio capaz de satisfacer el espíritu más rencoroso sobre los esfuerzos que ha hecho, ya que no para adelantar, al menos para conservar esos bienes que preparan toda clase de adelantamientos».

¿En qué condiciones se mantuvo esa paz beneficiosa loada en tales términos por el ministro encubridor? El mismo lo ha de decir, incurriendo inconscientemente en lamentable contradicción:

«Cinco conspiraciones sofocadas en menos de quince meses, ni una sola víctima sacrificada en los patíbulos, un pequeño número de confinamientos temporales y de poquísimas duración, cinco amnistías decretadas en los momentos mismos

en que aun estaban palpitantes los sucesos que habían traído días luctuosos para los pueblos, bien prueban la moderación del gobierno en el uso que ha hecho de las facultades extraordinarias».

No vieron las cosas con los mismos risueños colores unos cuantos diputados que a costa de ingentes trabajos, habían conseguido el acta de representantes y los cuales, a poco de instalado el congreso, presentaron un pliego acusatorio contra el gobierno, desestimado por la mayoría camaraal a pesar de la actitud desenvuelta de varios diputados nuevos, particularmente del joven Mariano Baptista, de allí en adelante, hasta su muerte, el más prominente orador boliviano.

En medio de estas luchas parlamentarias, llegó a Sucre hacia mediadas de ese mes de septiembre de 1857, la noticia del aparecimiento de Linares en Oruro y a la cabeza de un regimiento de artillería, que lo había proclamado presidente provisorio de la República.

«Luego que los diputados supieron el suceso de Oruro,— cuenta el historiador Cortés,—en vez de cooperar con el gobierno a conjurar la tempestad, no pensaron sino en sacar ventajas personales: su avidez por los empleos fue tal, que en los momentos de ponerse en receso las cámaras, presentaron un proyecto facultando al ejecutivo para nombrar a los magistrados de las cortes superiores, nombramiento que según la constitución, correspondía a una de las cámaras. De manera que daban al gobierno la facultad de violar la constitución. Por fortuna un discurso del diputado Francisco Bustillo, y las señales de desaprobación de la barra, alentada con los sucesos, influyeron en que se diera por no presentado el proyecto: el mismo se vió precisado a tener rubor....»

Se disolvió este congreso en medio de alarmas, pero invistiendo de facultades extraordinarias al ejecutivo y con la remota ilusión de volver a reunirse, cuando hubiese sido conjurada la revuelta.

Linares salió de Oruro el 17 de septiembre en dirección

a Cochabamba, derrotando en camino a las tropas del gobierno salidas a su encuentro e hizo su entrada triunfal el 21.

Curiosa y sintomática es la relación que de esta entrada a Cochabamba inserta el periódico *La Revolución*, nuevo título adaptado por *La Epoca de La Paz*, al saber el éxito de la campaña de Linares, y que se parece a las muchas entradas que los caudillos hacían en esos tiempos. Está tomada del mismo Boletín Oficial que servía de órgano a los propósitos del nuevo caudillo:

«La entrada a la ciudad fue solemne, como no se puede describir. La Capital del mundo no registra en sus páginas de oro el entusiasmo de los romanos, cuando coronaba a sus héroes, ni Esparta presencié nunca un espectáculo más sublime como el que Cochabamba manifestó al ejército del pueblo, de este pueblo encadenado por nueve años. Sobre el río-estaba agrupada una inmensa multitud del pueblo, de ambos sexos: apenas apareció el Señor Presidente de la República cortejado por los jefes del ejército y vecinos notables de la ciudad, se lanzaron todos sobre él con aclamaciones, vivas y gritos del más ardiente patriotismo. Fue tanta la multitud, que con dificultad se pudo abrir paso por concluir la marcha. Les proclamó y llamó a palacio, para no retardar el arribo. No bien penetró a la calle que conduce a la plaza, las señoras se pusieron de pie en los balcones y ventanas para prodigar misturas de flores y aguas de olor a los ilustres ciudadanos, que entraban enarbolando el estandarte de la libertad».

En palacio, «las señoras recibieron entre sus brazos a los libertadores». Y Linares, desde el balcón, habla al ejército y al pueblo:

«Sus palabras, sigue contando el Boletín,—llenas de unción, arrancadas del alma por el patriotismo más acendrado, produjeron tal impresión que, los que le rodeaban, vieron bien pronto correr las lágrimas en sus mejillas ardientes. Habríase creído, por un momento que era Bonaparte que arengaba a los soldados de la Francia. Concluido esto, los artesanos volvieron a abrazarlo, a besarle las manos, los pies!... etc., etc.

Entretanto Córdova, engolfado en sus placeres en Sucre, preparaba con indolencia su ejército y se hacía tardo para dejar la capital, donde tan plácido se le hiciera el vivir; pero al fin hubo de decidirse a ello si aun deseaba conservar el poder, que se le escapaba.

El 26 de septiembre estuvo frente a Cochabamba, y, antes de atacar, dijo a sus soldados estas palabras, citadas por Cortés:

«Hijos míos, es tiempo de salvar la patria. Necesito vuestros esfuerzos, y os prometo para después de la victoria el más amplio botín de cuanto hay en la ciudad. Desde ahora os declaro dueños de vidas y haciendas: todos los goces que podáis proporcionaros os pertenecen legítimamente. Matad sin piedad a los hombres de levita... Si morís en la demanda, vuestras familias gozarán de montepío. En cuanto a los cholos que salgan de las trincheras, desnudadlos solamente, lo mismo que a las mujeres ancianas: las jóvenes son vuestras»...

Tres días duró el ataque, con diversas alternativas, y Córdova optó por retirarse hacia Oruro ante la inutilidad de sus esfuerzos. En esta ciudad se defeccionó uno de sus mejores batallones y allí supo que La Paz y Sucre se habían pronunciado en favor de Linares. Entonces, acobardado, tomó el único partido que le quedaba: la fuga.

Escapó al Perú dejando abandonadas a su suerte a las tropas que le permanecían adictas. En Arequipa publicó un *Manifiesto*, donde, siéndole imposible negar la tremenda vaciedad de su gobierno, quiso dar una explicación de su actitud presidencial y se mostraba cínico:

«Si Bolivia me inculpa, dijo, de negligencia o de juveniles errores, confieso que en medio de la depravación de costumbres, difícil era que la conducta del mandatario fuese irreprochable, pues en el centro de un torrente de corrupción, a todos arrebató su ímpetu»...

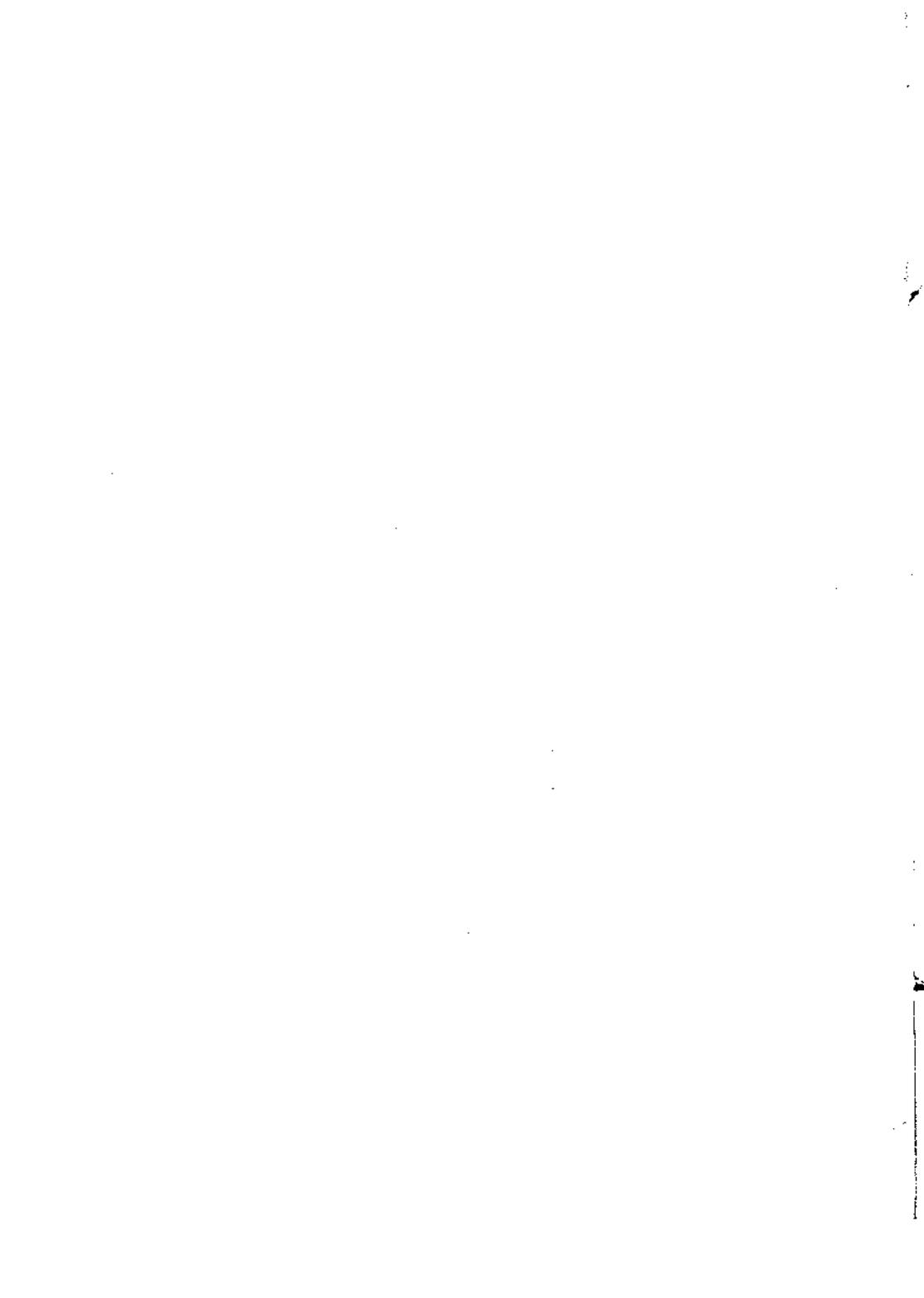
Y en verdad que su caída, después de todo, era fatal como la del fruto dañado en la rama: nada podía detenerla. Y, cayendo, no hizo otra cosa que confirmar los tristes vaticinios de su

padre político, Belzu, quien, luego de transmitirle las insignias del mando, un sí es no es arrepentido de haberse fijado en tal sucesor y adivinando, aunque tarde, con esa clarísima intuición que tenía para conocer a los hombres, que poco duraría su elegido, dijo al partir:

«Ahí dejo a ese; pero no durará. . . .»

LIBRO CUARTO

La Dictadura
y la Anarquía



CAPITULO I.

Retrato de Linares.—Sus propósitos de moralizar el país.—Su primer gabinete.—Presupuesto nacional en 1860.—Medidas contra el clero.—Linares asume la Dictadura.—Medidas contra el ejército.—La tentativa de asesinato.—El proceso del fraile Pórcel.—Impopularidad de Linares.—Conflicto con el Perú.—La traición se cierne sobre la cabeza del Dictador.—A mordaza la prensa.—Vida precaria de los periódicos.—La acusación de Olañeta.—Nuevos amagos de revolución.—Se acentúa la hosquedad del carácter del Dictador.—La vil traición.—Estupor que produce su caída.

Los pueblos, en sus elementos representativos y más sanos, se hallaban ya del todo angustiados con esa política de compromisos, condescendencias, arbitrariedades y nepotismos de los gobiernos anteriores. Todos temían por la seguridad de sus intereses morales y materiales. Se había exaltado imprudente y abominablemente los dormidos instintos de las masas, y se hacía necesario, como primera medida, poner un poco de orden en ese espantoso caos, que era el país, en aquellas épocas.

Esa misión se le atribuyó a Linares.

Se le sabía hombre tenaz, valeroso, incorruptible. Hijo de boliviana y de español, había heredado de sus abuelos una

energía indomable y esa fuerte voluntad individualista que caracteriza a los iberos. Era tenaz en sus propósitos, de una obstinación lindante con la testarudez, y no cejaba ante los inconvenientes, dentro de lo humano, aunque pareciesen inusperables.

Físicamente era alto y flexible, anguloso, moreno, de ojos negros de mirar profundo, nariz aguileña y rala barba oscura que en dos mechones le cubría las mejilas magras, dejando desnudo el mentón.

De Cochabamba marchó Linares a La Paz recibiendo en el trayecto el rebosante homenaje de los pueblos, como nunca ligados por una común simpatía. Tenían fe en que el portado revolucionario sabría combatir los males que desde la misma fundación de la nacionalidad se habían abatido, implacables, sobre el país, haciendo de la vida pública un espantoso torbellino donde se ahogaba todo: dignidad, patriotismo, desinterés, hasta la vida misma.

«En aquella tempestad de odios y aspiraciones, —dice Rafael Bustillo, retratando esta triste época,— el peligro venía de todos lados. Cada uno temía ser fulminado, o por detrás, o desde arriba, o de frente. Y había todavía otro peligro bajo las plantas: Ese nos mantenía a todos firmes de pecho pero blandos de piernas, como los marinos cuando combaten, que se baten por no hundirse y para hundir. El tal peligro era, no la exclusión del propio y la preferencia del contrario bando por el gobierno, sino la caída del gobierno mismo a los golpes de una reacción violenta del enemigo.»

Y era verdad. En la llamada lucha política y de pura pitanza en el fondo, cual ya se ha visto, los adversarios solían emplear toda clase de armas, de preferencia las prohibidas, y combatir con pasión, furiosamente, sin poner a salvo ni lo más escondido y secreto; y de ahí la intensidad implacable de los odios.

Todo esto lo veía Linares y se afirmaba en él la honda convicción de que era preciso, ante todo, levantar el nivel moral del país. Había caído en sus manos, —cuentan ciertos tes-

tigos,— el libro secreto llevado por la *Mazorca*, la tenebrosa sociedad creada por Belzu para fines meramente políticos, y, al ver entre los adherentes a los elementos más prestigiosos del país, le invadían una profunda tristeza y un indefinible malestar, decía lleno de la más grande convicción:

«Mi única misión es moralizar el país: esto es todo lo hay que hacer.»

Pero ese hombre austero que desde su juventud se había educado en Europa llevando una vida de meditación y estudio; que en lugar de hacer gala de su fortuna y de sus títulos nobiliarios en la corte de Madrid donde supiera distinguirse, se había entregado con fervor a fuertes disciplinas mentales, estaba desvinculado de su país, moralmente, y le faltaba conocer a fondo la psicología de su medio, que él la consideraba poco menos que semejante a la de los pueblos europeos donde se había educado, arrancando de este error las faltas que hubo de cometer y los contratiempos que envenenaron su vida de gobernante.

Siendo ya costumbre que al surgimiento de cada nuevo caudillo habían los pueblos de manifestarle su adhesión por medio de boletines y actas colectivas, comenzaron a llover a los periódicos, igualmente orientados en favor del caudillo, en que proclamaban a Linares presidente de Bolivia. Los folicularios se prodigaron en alabanzas desmesuradas, y nuevas plumas aparecieron en los papeles públicos. Una de ellas, no mal cortada, decía de Linares:

«Proscrito y perseguido, ha consagrado todos sus instantes a esa Patria querida. Ocupado solamente de salvarlo, de arrancarla de la degradación, ha privádose hasta de los más inocentes placeres. Y él, que habría podido gozar de su ingente fortuna en otros países, ha permanecido la mayor parte del tiempo en una pequeña ciudad, a fin de estar pronto al llamamiento de sus conciudadanos. Pero no sólo ha cumplido su deber como jefe invocado, sino que ha trabajado con un tesón, con una actividad, con una fuerza de voluntad tales, que parecen superiores a las facultades humanas. El señor Lina-

res es el buen Pastor: es el Pastor que se ha consagrado sin reserva al bienestar de sus hijos »

Pablo Rodríguez Machicao se llamaba este nuevo escritor y se convirtió en el vocero oficioso del nuevo mandatario aun antes de que se hiciera cargo del poder. Y como Linares había tomado la firme resolución de enmendar las graves faltas de sus antecesores, no tuvo reparos en manifestar sus deseos de moderar primero y corregir después las viciosas prácticas adquiridas por las masas iletradas. Estos deseos fueron publicados veladamente por el escritor en un artículo sobre el *cholo* y en el periódico *La Revolución*, título nuevo adoptado por *La Epoca*, fundado bajo el gobierno de Ballivián y que arros-trando mil vicisitudes, había vivido siempre del favor de los gobiernos, poniéndose constantemente de su lado, sean cuales fuesen los hombres que la encarnasen, y combatiendo o loando a éstos, a medida que caían o se levantaban, sin cambiar de pluma la mayor parte de las veces. . . .

El nombre de Linares era, pues, venerado por todos con fervor, particularmente por los estudiantes. En sus charlas amigables y cuando se referían a él, se ponían de pie, respetuosos. Para hacer ostentible su adhesión, habían copiado una de las prendas de vestir del caudillo y gastaban sombrero suelto de color plumizo y con toquilla negra.

Dueño Linares del poder, comenzó a ejercitar las funciones del cargo con sólo la ayuda de su secretario general, don Ruperto Fernández, abogado de origen argentino por quien sentía Linares particular afección y que tan señalado papel debía de jugar en la historia de este hombre y en la del país en general. Tres meses gobernó de este modo y uno de sus primeros actos fue disolver las tropas dispersas de Córdoba, dar de baja a los jefes adictos a esa causa y reducir el ejército de seis mil a mil docientos hombres, medidas de severa moralidad si se quiere pero desacertadas porque, de golpe, hubo de hacerse de una formidable masa de enemigos ya que, siendo el trabajo una ley muerta en aquellos tiempos, era condenar a la miseria a una multitud de gentes sin profesión conocida y a las que el

pobre sueldo mantenía en la corrompida holganza del cuartel.

Por decreto del 9 de diciembre de 1857 formó su gabinete, creando un nuevo ministro, el de Fomento, y encomendando las carteras a los hombres más prominentes de su partido, sin dejar de señalarle sitio preferente a su secretario Fernández que fue a desempeñar la cartera de gobierno. La de hacienda fue confiada a don Tomás Frías, la de relaciones e instrucción a don Lucas Mendoza de la Tapia, la de guerra al general Pérez y, la recién creada de fomento, al doctor Buitrago. Dispuso al mismo tiempo que se disminuyese la dotación de los altos funcionarios públicos comenzando por la del presidente que en lugar de los 30.000 \$ anuales elevados en tiempos de Ballivián, se redujo a 18,000 y a 4,000 la de los ministros; se prohibió las subvenciones a los periódicos, que era una manera oficial de favorecer el parasitarismo de los ineptos, pues tenía muy triste concepto del periodismo en su país y le chocaba sobremedera la costumbre de sostener a costa del erario público órganos de prensa que los convirtiese en incensadores impudorosos de los actos gubernamentales.

Por otro decreto de 24 del mismo mes creó el Consejo de Estado, que debía de servir como cuerpo de consulta al Ejecutivo. Estaba compuesto de 18 miembros, de entre los cuales cinco debían en contrarse constantemente al lado del gobierno para asistirlo. Dividió además la república en 24 jefaturas políticas centralizando la administración general en el único poder que, pasando por varios intermedios, venía a fijarse en el ejecutivo.

Poco después, en febrero de 1858, se promulgó un nuevo código de procedimiento criminal y se dieron varias leyes suplementarias respecto a procedimientos; se procedió a una nueva distribución judicial dividiéndose la república en tres distritos principales: Sucre, La Paz y Cochabamba, cada uno con tres miembros, y dos secundarios, Beni y Cobija, con juzgados unipersonales.

Como fuese grande el desbarajuste en todos los ramos de la administración, particularmente en los financieros y eco-

nómicos, puso el mandatario en ellos gran parte de su buena voluntad, creando una comisión de liquidaciones destinada a cobrar los créditos atrasados y mejorando notablemente la ley de la moneda con una mayor proporción de metal fino. Se esmeró en realizar economías, y de este modo el presupuesto de 1.204,497 \$ fijado para el año de 1859 se elevó a 2.339,704 en 1860.

Tampoco descuidó, por cierto, el magno problema de la instrucción pública aunque dando preferencia al de la educación con ciertas medidas que contribuyeron en gran parte a su desprestigio primero y a su caída después. Una de ellas, divulgada por el decreto de 25 de noviembre de 1859, propendía no menos que a detener en su avance la desmoralización en que había caído el clero, mayor, o, por lo menos, igual, a esa espantosa degradación en que se encontraba hacia 1808, cuando la envidia, el interés desenfrenado, la angurria, la sed de placeres carnales, había promovido contra él las indignadas y santas cóleras del arzobispo Moxó.

Ahora también, después de más de cuarenta años de democráticas criollas prácticas, los pastores de almas han vuelto a descarriarse. Sólo piensan en sus propios negocios de placer y lucro, y su vida privada, licenciosa hasta el escándalo, es vivísimo espejo de costumbres donde se mira la grey sumisa y poco pulcra. Y era preciso reformar al clero si se deseaba detener el avance de ese cúmulo de vicios y errores que el país arrastraba en pos de su penosa marcha como un fardo imposible de soportar. Y se dispuso, saliéndose sin duda del límite de las propias atribuciones, fundar en varios departamentos, seminarios con el objeto de dar en ellos una sólida instrucción a los sacerdotes, quienes debían internarse por grupos de a doce para someterse a un durísimo régimen disciplinario y sostener con su propio peculio el funcionamiento de dichos seminarios.

Todos estos actos y otros parecidos en que se ponía de manifiesto la intención del presidente de imprimir al país la regularidad de marcha de un péndulo bien reglado, comenza-

ron a enagenarle la confianza de los más que se creyeron defraudados en sus expectativas.

Al subir a la presidencia Linares, «su séquito, — dice magníficamente Sotomayor Valdés, — era inmenso; pero no todos comprendían el alma y los propósitos del nuevo jefe del Estado, ya que para muchos era simplemente un caudillo vencedor, de cuyas manos esperaban recibir la parte correspondiente del botín quitado al enemigo. Linares no tardó en desengañarlos. Aquel hombre endurecido por la larga adversidad, profundamente convencido de la desmoralización de su patria y en quien la contemplación de la anarquía y de los vicios que corroían la sociedad había producido una especie de férrea crispación, se presentó en el gobierno como el antiguo gladiador en la arena, reuelto hasta la muerte. Y con lo árduo de esta resolución correspondía la grandeza del propósito: destruirlo todo y hacerlo todo de nuevo. . . . »

Debió fracasar.

La primera impulsión de alojamiento público se había dado, cual ya se ha visto, en el momento mismo de la independencia de la república. Se detuvo un momento con Sucre, el mandatario ejemplar, y cobró mayor impulso a la caída de éste.

El desbarajuste de los vínculos sociales, lamentable y patente; la difusión por contagio, de aspiraciones limitadas; la incultura general, de pronto irremediable, habían engendrado un ambiente pobrísimo de grandes ideales. Los más, — y hay que insistir en este punto que es fundamental, — sólo perseguían la satisfacción inmediata de sus cortos arreos, y así la preocupación dominante era alcanzar una colocación en el gobierno, o las credenciales de diputados. . . .

Si semejante particularidad colectiva se hubiese prolongado en una o dos generaciones más, la decadencia del país se habría acentuado con mayores caracteres todavía, porque el espíritu de imitación habría invadido a todas las clases sociales, sin excepción, puesto que en un ambiente pobre y donde actúa una raza ineducada tradicionalmente, es más fácil que prendan

los vicios y no las sólidas virtudes del trabajo, de la previsión, de la economía, de la austeridad moral, del sano patriotismo, en fin. Pero vino Linares con su enorme ansia de reformas, con su austeridad benedictina, su energía de luchador y su crueldad de inquisidor, y detuvo, por un tiempo, el avance de la podredumbre y puso coto o lo intentó, al menos, a la inmoralidad reinante. De ahí, sin duda, su rol preponderante en Bolivia y su alta significación histórica.

La prensa se alarmó con sus planes de reforma y abrió campaña contra el nuevo gobierno. Al mismo tiempo comenzaron a producirse las revueltas armadas.

Linares concluyó por adoptar la dictadura, francamente, y dió para el efecto un decreto el 31 de marzo de 1858 en el que, entre otras cosas, decía:

«Que la lucha entre la revolución y la reacción demanda intrepidez a fin de que con la debilidad no se comprometan los grandes intereses de la patria; que la tolerancia de las licencias de la prensa, ha habierto un abismo sin fondo; que el orden material está amenazado por hechos sensibles; que el gobierno de septiembre está autorizado por los pueblos para salvar el país. Por tanto: ordena que los delitos contra la seguridad del Estado, serán separados de la jurisdicción ordinaria y que el gobierno, averiguada sumariamente la verdad del hecho inculpado, lo someterá a las medidas discrecionales que tenga a bien tomar.»

La amenaza era patente: muy brusca la medida; demasiado claro el lenguaje. Y Linares llegó a ser impopular.

Pero al tomar Linares esta actitud sin la hipocresía de los otros mandatarios que bajo apariencias de constitucionalidad emanada de cuerpos legisladores sin escrúpulos gobernaron discrecional, despótica y bárbaramente, lo había hecho en la convicción que sin estar munido de discrecional autoridad no podía nunca llevar a cabo, ampliamente, el plan de reformas que en sus solitarias horas de meditación concibiera. Las cámaras lo mismo que la prensa, no le inspiraban ni respeto

ni confianza y él sabía bien lo que eran, cómo llenaban su cometido y a dónde, en fin, iban a parar.

Los inequívocos signos de este cambio de la opinión agudizaron la natural suspicacia del Dictador que, al igual de los hombres de su época, tenía mayores motivos de creer en la malicia que en la bondad de sus semejantes. Y sospechando que cualquier movimiento de protesta debía venir por parte del ejército, hizo disolver un batallón formado con las disgregadas tropas de Córdoba que el jefe, con el tácito consentimiento del ministro de la guerra, había reunido quizás en vista de futuros acontecimientos. Renunció el jefe el cargo y también la cartera el ministro. Aceptó Linares ambas renunciaciones y dispuso inmediatamente que fuesen apresados los dos y sometidos a juicio. No reveló ningún plan secreto el proceso; pero Linares, ya prevenido y oyendo los pérfidos consejos de su ministro Fernández, que, al decir de Sotomayor Valdés, «desempeñó el singular papel de amigo y protector del reo (el ministro general Pérez) al que veía secretamente en su prisión, en tanto que azuzaba a Dictador y buscaba el concurso de otros individuos para perder a su protegido»—mandó desterrar a su exministro perdiendo imprudentemente un buen amigo y un seforzado servidor.

Los militares, ya descontentos desde que perdieran parte de sus sueldos por inspiración del Dictador, al ver la facilidad con que había sido disuelto un batallón, comenzaron a acariciar proyectos de revuelta, cohibidos como se encontraban, en sus costumbres enfrenadas por una orden general donde se decía «que serían dados de baja y sometidos a juicio los oficiales que fueran encontrados en estado de embriaguez», y vieron que de seguir sosteniendo la causa del Dictador bien pronto serían atacados en sus fueros, concibiendo naturalmente el propósito de dar fin con ese gobierno.

Esto les parecía fácil y hacedero. Gozaban en aquellas épocas de un influjo incontrarrestable, pues, según el justo pensar de Walker Martínez, cumplido biógrafo de Linares, «predominio del sable se había afianzado de una manera y terr-

ble, parecía a la multitud que sólo a los que cargaban charretteras les estaba dado ocupar los altos destinos públicos, que eran a sus ojos como un ascenso natural y legítimo. Los jefes de cuerpo,—añade,— se daban los aires de señores de la nación, y a título de tales, de sus fondos públicos, de sus empleos, de sus aplausos mismos. . . . » (1)

Un ambiente de recelos y mutuas desconfianzas comenzó a cernerse sobre el país. «El Gobierno,—dice el escritor Eduardo Subieta,— recibía frecuentes avisos de sus autoridades sobre planes y trabajos subversivos. A cada aviso, nuevas prisiones; a cada sospecha, requisas domiciliarias, informaciones policíarias; pero siempre el misterio y la duda después de todo

«La policía, los jefes militares, los ministros, los amigos del gobierno buscaban, inquirían, espían, acechaban el origen, el pro, y la contra, la cabeza de la conspiración; y la sombra, siempre la sombra después de tantas investigaciones. El rumor estaba acentuado; se sentía el golpe subterráneo de la barreta; el ruido de la lima pero la mano que horadaba no parecía.

«Cada día circulaba una nueva noticia» —y era la sombra de Belzu la que parecía animar toda esa agitación. Y era el nombre del caudillo el que sonaba por todos lados.

El 10 de agosto un grupo de soldados al grito de ¡Viva Belzu!, grito favorito de las turbas en esas épocas de tristeza, ataca un cuartel en La Paz y luego se encamina a palacio con intención de asesinar al presidente. Linares en ese momento presta audiencia a un general Prudencio, que físicamente se le parece. Al oír el alboroto, los dos hombres se asoman al balcón, adelantándose el militar; y Prudencio rueda mortalmente herido de un balazo. Otro ayudante cae también junto a la ventana contigua. La guardia de palacio se arma; el Dictador también. Con gesto decidido desenvaina un espadín y se

(1).— *El Dictador Linares.*

lanza por las gradas de palacio decidido a castigar por propia mano la villanía de los insubmisos o perecer en la demanda, porque es varón de corazón firme y poco le importa la vida. Sus acompañantes, que miden el peligro, pretenden disuadirlo de acometer tan arriesgada empresa y, ante su testaruda obstinación, se ven forzados a cojerlo en vilo y llevárselo al salón. «Allí, —cuenta un testigo presencial,— colocó su espadín sobre la mesa redonda y se puso a pasear.»

Inmediatamente se esparce el rumor de que Linares ha sido asesinado. Lo supo el Dictador y dió orden para que al punto formase el ejército en la plaza, ante el que se presentó revestido de las insignias presidenciales, a caballo, y en compañía de su ministro de la guerra y de sus edecanes. Proclamó a los soldados recomendándoles su deber de permanecer leales a los poderes constituidos, y la tropa se puso a vitorearle en señal de acato y subordinación. Entonces Linares, dando brida a su cabalgadura, recorrió la ciudad y sus extramuros seguido de su comitiva, y al volver a palacio ordenó, en un momento de exasperación y de arbitrariedad, que el coronel Ortiz, jefe del batallón disuelto, que aun seguía en prisión, fuese ejecutado en el instante como cómplice e instigador de la abortada conspiración. Vanas resultaron las amonestaciones y súplicas de sus amigos. Ortiz fue conducido en medio de un impresionante aparato al lugar del suplicio; pero el militar que comandaba el pelotón se negó a cumplir la orden verbal que se le impartiera mientras no viniese escrita y con las formalidades del caso. Entonces los amigos, ante ese contratiempo que lo calcularon intencionado, volvieron a interceder por el condenado y como había tomado ya la calma al ánimo del terrible Dictador, se mostró deferente a las súplicas a condición de que Ortiz fuese desterrado de la república.

Luego, y sin abandonar le idea de hacer un ejemplar escarmiento para curar de raíz todo intento de revuelta, dispuso que un consejo de guerra investigara los hechos producidos y dictase sentencia dentro el perentorio término de cuarenta y ocho horas.

Diez y ocho personas fueron comprometidas seriamente en el proceso, entre las que se contaba dos mujeres y un fraile, el franciscano Pórcel, soldado coracero en tiempo de Ballivián.

El 30 de agosto se dictó la sentencia fatal, para todos, y fue elevada en consulta al gobierno. El Dictador convocó inmediatamente a sus colaboradores a un consejo de gabinete y sometió a su juicio el proceso que acababa de elevarse, pidiendo a cada uno de sus ministros su parecer definido y último. Uno de ellos, el de instrucción y culto, don Lucas Mendoza de la Tapia, dijo,—cuenta el historiador Guzmán,—“que aunque él reconocía también la justicia del fallo, como hombre de ley, tenía una opinión contraria como filósofo contra la pena capital”. Le siguió en la palabra el ministro de la guerra, general Velasco Flor, reproduciendo las razones de su colega. “Entonces el presidente, con marcada ironía, le preguntó al hijo de Marte, si el profesaba también esta opinión como filósofo”....

Hubo empate en el voto de sus cuatro ministros. Entonces el Dictador decidió con el suyo opinando por la muerte de los condenados.

Sólo que para cumplirse la sentencia era indispensable que uno de los condenados, el padre Pórcel, fuese previamente desposeído de su carácter sacerdotal. Se recurrió al obispo para este fin, y el mitrado, poseído de santo horror, se negó primero con razones piadosas a cumplir la orden y huyó después al campo ante la insistencia del presidente; más entonces Linares le obligó a regresar a la ciudad y a degradar al sacerdote a quien fusiló junto con los otros condenados, venciendo la oposición del clero y de la sociedad, inflexible hasta la obcecación.

El clero, encabezado por el obispo que publicó una carta pastoral de airada protesta, se le puso al frente, francamente hostil. Linares, sin amedrentarse, ordenó el procesamiento del obispo. El estupor llegó al escándalo. Aquello ya rebasaba todos los límites y el más hondo sentimiento del pueblo, su religiosidad, es herido desde raíz. El hombre que no reverencia la misión divina del sacerdote es incapaz de sentir

respeto por nada de lo humano... Y penetra en la conciencia de la masa "el deber de inmolar al tirano, como exigencia del patriotismo y de la conciencia".

El clero recurrió al apoyo infaltable de su más firme sostén; y las más linajudas damas de la república, firmaron solicitudes pidiendo la suspensión del proceso. Temían, y con razón, que el Dictador cometiese un grande e irreparable desaguado. Entonces Linares, que todo lo ve y prevee, finge clemencia y perdona.

Ya es tarde.

Los ex-presidentes Belzu y Córdova, refugiados en el Perú y que estaban al cabo de todos los sucesos por la activa correspondencia de sus amigos y partidarios, quisieron tentar la suerte de las armas, y, organizando una expedición con la ayuda del gobierno peruano, desafecto al Dictador, bajo las órdenes de dos militares, penetró al territorio de la república hasta el Desaguadero; pero tuvo que volver de allí al saber que el gobierno enviaba tropas para batirla.

Parecería con esto que las relaciones de los dos caudillos estrechados entre sí por relación de parentesco espiritual fuesen cordiales y sinceras; pero sólo estaban ligados por una sola afinidad: el deseo immoderado de volver a mandar no para construir u ordenar lo mucho que en desarreglo andaba por la república, sino para seguir alimentando sus menguados propósitos de ufauarse con las fruiciones de un cargo que no sabían cómo desempeñar.

Porque, en el fondo, ambos se miraban con recelo y la inquina de Belzu hacia Córdova y sus servidores, que lo fueran suyos también, era profunda:

«Nada me pesa más, ni de nada más me arrepiento,— decía en una carta íntima, —que el de haber sacado a todos ellos del polvo de la nada. Los tomé por hombres, creyendoles tales, cuando no habían sido sino monos... Ninguno de mis pronósticos ha salido fallido... En todo les di gusto: sacrificué quizá hasta mi conciencia a sus caprichos, cargándome por de contado con la responsabilidad de actos ajenos...»

¡Ojalá jamás hubiera pensado dejar el mando al *colaverón* de Córdova, indigno de mi aprecio y de los múltiples favores que le dispensé» (1).

Poco después, en febrero de 1859, volvieron a insistir en su empeño de recuperar el poder, y enviaron una segunda expedición al mando del general Agreda, ayer su irreconciliable enemigo y hoy defensor suyo, militar bravo entre los bravos, «cuya pasión,—dice Walker Martínez,—era la lucha, porque estaba dotado de un valor extraordinario, y a trueque de pelear, encontraba buenos cualquier pretexto y malo cualquier gobierno. Así como nunca conoció el miedo,—agrega,—tampoco no conoció nunca la lealtad, ni supo jamás distinguir de que lado estaba la razón o el derecho. Se embriagaba con el humo de la pólvora, el peligro lo atraía, ejerciendo en su alma una perversa fascinación, y la paz le era profundamente antipática: se aburría horriblemente en ella ... Valiente como el que más, e igualmente desgraciado como el que más, porque no venció nunca; malísimo general y brillante soldado, tenía el corazón de un héroe en curioso contraste con la cabeza más vulgar y más vacía que ha habido en Bolivia». (2)

Linares se hallaba entonces en Oruro, de viaje por el interior de la república para tratar de apaciguar los ánimos predisuestos contra su gobierno; y volvió de Oruro llegando a los altos que dominan la ciudad de La Paz hundida en un pliego brusco de la meseta andina, al mismo tiempo en que las tropas de Agreda asomaban a las cumbres del Calvario, elevado cerro que al otro lado de la quiebra cierra por ese lado el atormentado horizonte de la urbe.

Ambos ejércitos, colocados frente a frente, pero divididos por la inmensa hoyada donde se hierge la ciudad, descendieron por los flancos desnudos de los montes para encontrarse en las faldas del Calvario donde se produjo, tras recia resis-

(1).—EDUARDO SUBIETA, *Reminiscencias Históricas*.

(2).—*El Dictador Linares*.

tencia, la defección de las tropas de Agreda que hubo de huir, con su segundo, Córdova, al Perú.

Como fuera ostensible la participación de las autoridades de este país en las dos expediciones revolucionarias, se decidió el Dictador a entablar una seria reclamación al gobierno del Perú.

Gobernaba entonces ese país el anciano general Castilla, quien «parecía alimentarse en esa época más que nunca con la vanagloria de influir en los destinos de la América española, en particular de Bolivia y el Perú. La palabra anexión, grata a su vanidad, palabra deslizada a sus oídos maliciosamente por unos, de buena fe por otros de los mismos bolivianos, contribuía con mucho a sostener en el viejo mariscal su inclinación a la desinteligencia con el gobierno dictatorial de Linares»,— dice oportunamente el historiador Sotomayor Valdés.

Acreditó Linares, como ministro en Lima, a don Ruperto Fernández, en vista del poco aprecio con que el gabinete de Lima recibía las aclaraciones que se le pidieran, y la acción del ministro se vió paralizada también por las demoras que seguía oponiendo aquel gabinete. Entonces el de Sucre por nota de 28 de marzo se vió obligado a pedir explicaciones por la acumulación de gente armada en las fronteras, «y la respuesta dada el 23 de abril de 1860, fue seca, breve, cortante». Se limitaba a acusar recibo por las comunicaciones enviadas y a manifestar que el gobierno peruano tenía pendientes con el de Bolivia «graves obligaciones» y «fuertes cargos» que era preciso «resolver previamente las reclamaciones que por su parte hacía valer el Perú contra Bolivia... por la violación del suelo peruano cuando Belzu dió un paseo militar a Copacabana, a la cabeza de sus tropas»...

Fernández pidió sus pasaportes, y el 14 de mayo el gobierno de Bolivia declaraba interrumpidas las relaciones de ambos países, disponiéndose desde ese instante para la posible guerra, con ciertas medidas encaminadas a incrementar los recursos económicos y bajo la vigorosa impulsión del ministro

Fernández, quien, de entre todos, se mostraba el más animoso para llevar la guerra al Perú.

Sólo que la guerra no entraba en los cálculos del país y nadie, salvo Fernández, quería aventurarse en sus terribles azares. Existía, ciertamente, un fuerte espíritu de animosidad contra el país enemigo por todo un pasado de odio y de recelo; pero los más convenían, y con ellos el Dictador, que era preciso entrar por los arreglos calmosos, y, en consecuencia, meses después, dictóse otro decreto declarando restablecidas las relaciones comerciales de ambos países.

Apaciguadas las alarmas de guerra, Linares emprendió marcha al interior de la república, con las secretas ansias de gozar de los encantos de su hogar abandonado entre los afanes de la administración, hasta el punto de no ver meses y aun años a su esposa e hija, a quienes adoraba.

Se fue a la capital y desde allí dirigió las negociaciones con el Perú, ya relatadas. Fueron cuatro meses de placer y de serenidad, que constituyeron una reparadora tregua a su vida enteramente consagrada a los negocios de Estado. Se la pasaba los días junto con la familia, «cultivando por sus propias manos las flores de su jardín, o jugando como un niño con su hijita de 4 o 5 años de edad, y recibiendo sus caricias, o sentándola en sus rodillas» (1) y que años después entregaría su corazón al cumplido cronista de estos sucesos; y en los gestos simples del hombre atormentado e inquieto, había la serena placidez del honesto progenitor prematuramente envejecido por sus inexplicables ajeteos de revoltoso y su devoradora inquietud de extirpar o corregir cuando menos los males profundos del medio en que fatalmente debían de desenvolverse los suyos. . . .

Pero si la vida trascurría plácida para el Dictador, no pasaba lo mismo con la de los seres que le rodeaban. Algo había en el ambiente de recelos y desconfianzas, que todos pare-

(1) Walker Martínez, *El Dictador Linares*.

cian sentir aunque nadie supiera descifrar los motivos; algo pesado pero que no ejercía ningún sobresalto en el alma inquisidora del mandatario, quien reposaba tranquilo y con el profundo convencimiento de que en su labor de hombre de Estado y de gobierno, no ponía ningún interés particular ni el ligero asomo de concupiscencia o lucro. Toda su fortuna la había disipado primero en arrojar del poder, como a mercaderes, a los traficantes políticos que tomaban el mando como un maravilloso instrumento de explotación, y luego en dar cierto realce a las altas funciones de mandatario.

«A su mesa,—nos cuenta el historiador citado,—comían todos sus amigos, y su sueldo apenas bastaba para el sustento diario; vació su bolsa particular para imprimir a la vida de palacio ese carácter de buen tono, esa magnificencia severa y ese aire caballeresco que han dejado recuerdos imperecederos en la sociedad de Bolivia».

Tenía Linares una hermana enclaustrada en un convento de Carmelitas en Potosí y a la cual profesaba el Dictador especial ternura porque la infortunada hacía tiempo que había perdido la razón. Estaba atacada de una locura mansa y silenciosa, y raros eran sus accesos de humor querrelloso. No bien hubo llegado Linares a Sucre, ordenó que su hermana fuese conducida a su lado. Y la loca, dejada en plena libertad, erraba por el palacio, casi siempre muda y sentía predilección por hallarse al lado de su hermano a quien veía «a todas las horas del día y penetraba hasta en su gabinete de trabajo».

Una tarde, —cuenta Walker Martínez,—penetró a su estudio cuando se hallaba en consejo de gabinete con sus ministros. La loca, siempre muda, fijó después de algunos momentos de vacilación su mirada tenaz en los ministros Fernández y Achá y les gritó con voz estridente:

¡Traidores! ...

No resonó nueva la palabra en oídos del Dictador tratándose de esos sus dos ministros. Por cartas anónimas, siempre desdeñadas por Linares, se le había indicado la conveniencia de ponerles en guardia contra los manejos del ministro

Fernández, su amigo y protegido. En cierta ocasión alguien, el joven militar Narciso Campero, quiso insinuarle algo de ese su ministro, y Linares se enojó. Fernández era obediente servidor y su más agradecido adepto. Juntos lucharon, Fernández a la sombra de Linares, en diferentes acciones contra Belzu y Córdova. Y Fernández, en su gratitud, la daba el consolador nombre de «padre». ¿Debía dudar de él? Su conciencia le imponía que no. Eran, pues, infundados los recelos de los suyos.

Pero había algo más: dominaba en todos el temor. Nadie se atrevía a insurreccionarse, porque se tenía conciencia que el Dictador sabría ahogar en sangre cualquier tentativa de insubordinación. Existía fuera de eso el unánime convencimiento de que ese hombre no tenía más preocupación que poner en orden el desbarajuste espantoso de la patria, y aunque criticasen los medios empleados para conseguirlo, sentían por él una especie de respetuoso temor y de comprimida admiración. Ese revolucionario recalcitrante que por largos años mantuviera intranquilos a los gobiernos, ahora se mostraba decidido a cometer los más grandes desaguisados por matar el espíritu de revuelta....

Después de cuatro meses de permanencia en Sucre, volvió Linares a La Paz porque sabía que ese belicoso departamento no podía permanecer mucho tiempo tranquilo, e iba con la obsesión de matar la era de las revueltas y sediciones de cuartel; pero su error consistía en creer que conseguiría su propósito extremando las medidas de rigor y siendo fatalmente inflexible.

Ya en La Paz y viendo que la prensa comenzaba a criticar acerbamente su conducta de gobernante, la prohibió terminantemente «el examen,— dice el decreto,— de los actos administrativos, la discusión de las cuestiones políticas y toda publicación que comprometa el orden público».

Esta medida absurda y francamente arbitraria respondía a la íntima convicción que el Dictador abrigaba respecto de la inutilidad de la prensa en su país, empequeñecida vil-

mente en su misión, preocupada únicamente de exaltar, mintiendo, a caudillos inescrupulosos y llenos de angurria o de vanidad y de engañar al pueblo haciéndole creer, como dijo un periódico de ese tiempo, «en la prosperidad de la nación y en la solidez de las instituciones».

Hizo más, Linares. Ordenó que se suspendiese, como inútil y poco decoroso, toda subvención a los periódicos que vivían a la sombra de los poderes públicos y que se crease el *Boletín Oficial* para la publicación de los documentos de gobierno.

Semejante determinación no dejó de producir hondísimas perturbaciones en la vida económica de los periódicos asalariados. Muchos murieron y el principal, *El Telégrafo*, fundado dos años antes bajo el desgobernio de Córdoba y que venía sustituyendo a *La Época* en su afán de merecer el apoyo y la confianza del mandatario, hubo de revelar, mal de su agrado, la penuria vergonzante de su vivir en una serie de artículos que retratan las malandanzas de los papeles públicos de aquella remota época, algo parecida en esto a la moderna.

A los dos escasos años de vida, el 12 de enero de 1860, publicaba en su primera columna una «Invitación» al público donde se lee:

«En nuestros números anteriores nos vimos precisados a anunciar la agonía del *Telégrafo*, por falta de fondos para sostener esta publicación útil y necesaria al país. Nos obligaron, además, tomar esta medida el reducido número de suscriptores y, más que todo, la morosidad de los deudores a esta imprenta»... El sólo medio que habría para evitar la catástrofe de su muerte y prolongar las condiciones mediocres de su vida, sería que el público se suscribiese, dice, «a cien números al precio de 9 \$ adelantados».

Y añade esto que revela candor y honradez:

«Pero al hacer esta invitación, no nos atrevemos a asegurar que continuará definitivamente *El Telégrafo*, hasta que no tengamos lo menos 200 suscriptores; así que no habiendo completado este número, nos parece imposible hacer nuestras publicaciones desde este número 195»...

Dicta esta sentencia en el número 190. El periódico sale dos veces por semana solamente y le quedan, por tanto, pocos días de vida. Pero antes, y como para provocar la conmiseración del público, lanza todavía su postrera melancólica llamada:

«Hemos llegado a fuerza de algunos sacrificios al número 193: nos quedan los dos últimos números para completar esta suscripción, y aun no podemos asegurar si continuará saliendo a la luz el *Telégrafo*, porque el número de nuestros suscriptores no alcanza para sostener esta publicación»

Y luego, tímidamente, reproduce la invitación dirigida al público; y lo hace con insistencia, cual si desease mover poderes extraños y sordos a la angustiada voz de Hamada.

Y llega, por fin, el día fatal de la muerte resignada y valiente. Es el 4 de febrero de 1860. El periódico en su primera página lanza la tremenda palabra de «despedida». Y dice con el acento hondo de la gravedad suprema del gladiador que sucumbe:

«Con sentimiento tomamos la pluma para despedirnos. Hoy sale el último número del *Telégrafo*: ha agonizado algunos días mendigando suscriptores, y al fin ha tenido que resignarse a morir de consunción».

Y como el que muere ya no tiene necesidad de esconder sus más íntimos pensamientos, revela el gran e insondable secreto de su muerte:

«Sensible es anunciar la impotencia de la prensa boliviana, de este vehículo de la ilustración y de la opinión pública. La prensa en nuestro estado de infancia, es como todas nuestras instituciones, que necesitan de la mano del gobierno para llenar su objeto. La libertad de la prensa es todavía una teoría; porque toda libertad supone independencia, y no puede haber esta, mientras tenga que esperar protección y favor del que pueda hacerla vivir». . . .

Es concluyente. Lo que mata al periódico es la indiferencia del gobierno. Es la falta de una mano que le ayude a sobrenadar.

¿Pero muere de veras *El Telégrafo*? Aquí lo extraño. El periódico no muere. Un mes después renace de sus calientes cenizas, y dice en su número 196, del 8 de marzo:

«*El Telégrafo*» es de empresa particular. Registra los decretos y oficios supremos por cooperar en esta parte al gobierno, en la publicidad y popularidad que deben tener los actos gubernativos, etc., etc. . . .»

Es todo y es mucho. No hay necesidad de ser más explícito. Todo se adivina. . . .

Tres años duraba ya el gobierno.

En este corto espacio de tiempo se había hecho más que en los largos años de las últimas dominaciones, todas estériles para el bienestar y el progreso moral de la patria. ¿Cuándo concluiría? Nadie podría saberlo. El ejército, resorte principal de los escándalos revolucionarios, parecía sentir leal adhesión por el Dictador; sus enemigos, acobardados, no osaban siquiera presentarse y se reducían a denigrarlo en la prensa de los países vecinos; tenía confianza en sus colaboradores siempre deferentes con sus medidas y preocupados de mostrar, con pruebas, la firmeza de su apoyo.

Pero Linares iba cambiando más y más todos los días. Su carácter, de natural severo, íbase tornando fosco y cerrado. Apenas hablaba y siempre con acento grave y preocupado.

Y entonces algo que vino a cambiar el rumbo de sus preocupaciones fue una carta firmada que recibió en los primeros días de agosto de 1860.

El hombre que la escribió agonizaba en su lecho de dolor y había jugado rol preponderante, acaso el primero, en la historia de la fundación de la República. Su vida política mostrábase sinuosa, ruda y batalladora. En todo tiempo, con todos los gobiernos había estado al lado de los que surgen para abandonarlos en seguida, incolmada su ambición o frustradas sus esperanzas, y Oñañeta,—se trata de él,—permanecía ante el criterio de las gentes como un enigma.

Un periódico chileno, nada afecto al tribuno acaso porque con su clarividencia supo descubrir a tiempo los juegos dobles

de su política conquistadora, trazaba de él esta atormentada silueta:

«En sus obras se puede encontrar ícosa rara! argumentos para combatir y defender todos los sistemas y todas las opiniones. Nunca se creyó obligado a pensar constantemente bien de persona alguna de la tierra, porque por esa experiencia propia sabía lo frágil de nuestra naturaleza y lo voluble de nuestro juicio. Así que el señor Olañeta, como ningún filósofo de América, desde su tierna edad conoció profundamente al mundo y a los hombres y ha podido reírse una vida entera y con impunidad del mundo y los hombres. ¡Qué feliz ha sido el señor Olañeta! El ha seguido los acontecimientos de su patria sin haber sido jamás contrariado por ellos. El ha enarbolado todas las banderas y a todas ellas ha podido entonarles entusiásticos cantos. El ha sido el edecán de todos los presidentes, el secretario de todos los caudillos, el amigo de todos los generales, el ministro de todos los gobiernos, el panfletario de todos los partidos, el panegerista de todos los vencedoras y el sañudo cabrión de los vencidos»

¿Hasta dónde correspondían estas líneas generales al veraz conjunto del retrato?

Ciertamente el desinterés y la lealtad no fueron las virtudes culminantes de Olañeta; pero su apasionado culto por la libertad, hollado permanentemente por los caudillos, fue causa de que su vida pública no siguiese la línea recta, ideal supremo de toda vida humana. Ponía su fe en cada hombre nuevo aparecido en la móvil plataforma de la política y a poco le abandonaba porque ese hombre hacía traición a todas sus promesas o no satisfacía sus ambiciones personales. Y como no quería abandonar sus ilusiones ni perder de vista sus intereses, siempre iba en pos de lo nuevo por conocer creyendo servir bienamente con estos cambios sus ideales y sus intereses, acaso más éstos que los otros.

Mas hé aquí que ahora, al término de su carrera, y, según sus propias solemnes palabras, «a tiempo de extinguirse para siempre, pagando a la naturaleza el tributo de la muerte»,

«exento de temores y esperanzas y libre ya de todo lo que contraría la independendia del corazón humano», escribe su carta de acusación a Linares y en ella, con el acento veraz y solemne del moribundo, no tiene una sola palabra para sincerar su conducta de tremendas veleidades ni hacer la confesión honrada de sus errores, y solo proclama con entereza y buena fe absolutas que su misión en la tierra fue únicamente luchar por las libertades de su patria oprimida

En ese documento de agonizante se revelan ciertas características de los hombres públicos de aquella época luctuosa que estando todos impregnados de fraseología sentimental y caballeresca, muchas de sus acciones respondían a la concepción quizás excesiva de los deberes políticos y sabían obrar en veces con gestos de gallardo romanticismo, estrellándose contra la brutalidad de una tiranía, acusando públicamente a los conculcadores de los derechos ciudadanos, prefiriendo el exilio y la persecución antes que cejar en una actitud.

La carta, llena de faltas de ortografía, incorrecta a veces hasta la incoherencia, no fue escrita de puño y letra de Olafeta porque la enfermedad lo tenía postrado en cama y la firmó tan sólo. Estaba fechada en Sucre el 6 de agosto de 1860 y comenzaba con solemnidad:

«El hombre cuya voz formulando la verdad ha valido algo entro y fuera de Bolivia, a tiempo de extinguirse para siempre pagando a la naturaleza el tributo de la muerte, el hombre amante de la libertad, desde el borde de su tumba os dirige la palabra por la última vez

¿Qué habéis hecho, le preguntaba, de la libertad que los pueblos han puesto en vuestras manos? ¿«Sois o no capaz de «levantar la patria de su postración» ¿Pero para ello hay que abandonar la dictadura que es abominable y está contra el espíritu de la época. Por lo mismo, o es preciso adjurar de los errores o ceder el campo para que vengan otros. Esos son sus consejos dictados al borde de la tumba. Y concluía:

«Por lo demás esta carta tan privada como el silencio de la tumba que me espera, y a cuyos bordes os la escribo, sólo

debe ser leída por vos. ¡Quiera el cielo iluminar vuestra mente! Quiera el genio de la Libertad salvaros del baldón con que Dios y la Historia castigan a los tiranos».

«Al recibir esta carta ya no tendréis a quien contestar. ¡Adiós para siempre . . . !»

Olañeta murió seis días después en Sucre, el 12 de agosto de 1860.

¿Con qué disposición de ánimo recibió Linares la lectura de esta carta solemne y acusadora? Aun se hace difícil el saberlo; pero sí es seguro que desde ese instante pensó ya seriamente en modificar su sistema de gobierno reuniendo a las cámaras para recibir de ellas inspiraciones y normas de conducta política, si es que podían darlas. . .

Sólo que nuevos amagos revolucionarios vinieron por lo pronto a detener en su avance los proyectos de reforma constitucional que venía preparando en el silencio de sus meditaciones. El 12 de septiembre de ese mismo año se descubrió una conspiración en parte del ejército que se defeccionó en medio de vítores a Belzu. El Dictador hizo procesar a los conspiradores y ordenó el fusilamiento de trece de los más comprometidos señalados por la suerte.

Al mismo tiempo, y sintiendo ya insoportable la fatiga de la lucha acrecentada por el malestar físico, cada día más grave, anunció a sus ministros su deseo de abandonar el mando y les dió instrucciones para que convocasen a los colegios electores y se reuniese el congreso ante el que daría cuenta de sus actos.

De suponer que estas medidas hubieron de contrariar los secretos planes de algunos de sus ministros, porque desde ese instante hubo algo entre ellos de convenido que entibió completamente las relaciones del presidente con sus colaboradores.

Linares se tornó más desconfiado y menos comunicativo. En el ambiente flotaba bruma de incertidumbres, dudas, recelos. «Había ordenado,—dice el historiador Guzmán,—que el cuerpo de edecanes se presentase en palacio dos veces el día;

que se reforzase el piquete de rifleros que hacía la guardia de su antecámara; que el oficial mayor, Baptistas, persona de su intimidad, recogiera sus papeles y los asegurara fuera de palacio».

En esto cayó un día de fiesta grato a Linares, año nuevo, y hubo recepción y banquete en palacio. A la hora de los brindis, uno de los ministros, doctor Valle, hizo alusión al secreto malestar que se notaba en esos momentos. Entonces, otro de los ministros, Fernández, el favorito, hizo un caluroso elogio al Dictador y dijo: «que no se podía suponer siquiera, hubiera un mal boliviano que sin llevar la nota de traidor, abandonase al hombre eminente, al republicano por excelencia, al que nos había sacado de la humillante degradación, al que estaba, en fin, encargado de hacer feliz la patria por medio de las más grandes concepciones . . . »

Tales muestras de adhesión y lealtad disiparon en algo la secreta inquietud del Dictador, mas sin hacerlo abandonar sus propósitos de llamar al congreso y dejar el poder en sus manos. Se sentía como nunca enfermo y hacía algunos días que guardaba cama y sólo se ponía por momentos en pie para despachar los asuntos pendientes.

Amigos y colaboradores rodeaban a menudo su lecho, ya que en torno yacía ausente la sombra familiar. Uno de los más solícitos era el ministro Fernández, quien seguía ansiosamente en el rostro del enfermo las huellas del mal acaso para medir con precisión la hora en que, siéndole materialmente imposible dominarle, pudiese él realizar con impunidad sus torvos y siniestros planes.

La noche del 13 de enero se presentó, como de costumbre, en la alcoba del Dictador. Linares se sentía más fatigado que nunca. Así lo vio él y en la madrugada del 14 presentóse en un cuartel e hizo formar al batallón anunciándole el cambio de gobierno. Sus cómplices hacían otro tanto en los otros cuarteles

El Dictador, del todo ajeno a estas andanzas, reposaba entretanto en su lecho. Entrada ya la mañana uno de sus su-

balternos le llevó a su alcoba un pliego cerrado. Lo leyó y una amarga sonrisa plegó sus labios: sus ministros Achá y Fernández, protegido el uno, favorito el otro, le anunciaban que había cesado, por voluntad suya y del ejército, en sus funciones de presidente....

No quiso hacer nada. Luchó, venció y se impuso cuando tuvo que habérselas de frente y a cara descubierta con el ocio plebeyo, la inquina, el fanatismo logrero, la galonada embriaguez, la corrupción, en fin; pero ahora se habían coaligado en la sombra los mediocres y debía caer, fatalmente, aniquilado. Era, entonces, inútil probar oponer alguna resistencia. Se encogió de hombros, y, cual si le causase invencible repugnancia mentar siquiera el nombre del principal traidor, dijo:

«El supo que yo debía reunir el Congreso y dejar el martirio de mi posición. ¿Por qué no espero...?»

Ya de día dejó Linares la morada presidencial. Iba acompañado de sus dos fieles ministros y de algunos empleados leales y se apoyaba en el brazo de la viuda de un antiguo adversario suyo, del expresidente Ballivián, en cuya casa buscó refugio. A poco tomaron posesión del palacio los ministros infidentes, constituidos en Junta de Gobierno, y se reforzaron en las puertas las guardias ante la fría indiferencia del público que en tropel acudiera al saber que al rayar de ese día había concluido la dictadura de Linares.

Cinco días después abandonó la ciudad.

«Algunos grupos de espectadores, cuenta *El Telégrafo*, presenciaban la serenidad con que el señor Linares cruzaba por la puerta del mismo palacio, en que días antes se creía indecible. Saludó a todos con esa cortesía que le es propia. Todos dieron un adiós mudo, cual si en su espíritu dijeran con Byron: «Adiós, y si es para siempre, pues bien, para siempre adiós!»

Al llegar a Vjacha cayó desvanecido de su cabalgadura y los médicos que le acompañaban declararon que se moría...

Llegó, con todo, y tras largo y penoso viaje, a Valparaíso. Hubiera querido él no dejar las fronteras de su patria y

pasar los últimos días de su vida, ya breve, junto a su esposa y su única hija, tiempo ha separadas de él; pero no se le consintieron sus derrocadores.

La impresión de su caída singular fue profunda en todos. Muchos vates, sin temor de caer en el enojo de los nuevos amos, cantaron la tragedia de su vida y de su caída. Uno de ellos, Benjamín Lens, decía:

Has caído como un Dios no como un hombre!

Tu genio y tu valor no te han dejado

Tu genio y tu valor te han desterrado.

Y otro, Augusto Archondo, rival del vate y enemigo del Dictador, respondía:

Todo en tu genio singular es fuerte:

sólo es débil el pueblo que oprimiste

en quien clases ni fueros respetaste.

Los tiranos descienden con la muerte....

Mas, si gigante a dominar subiste,

¡Menos que pluma del poder bajaste....!

Los periodistas se dieron por su cuenta prisa, como de costumbre, a ensalzar la actitud de los ministros traidores y a escribir abominaciones plebeyas contra el caído. Era su oficio. Uno de ellos, Donato Muñoz, llevó su saña enferma hasta decir del hombre singular pero sin mácula de ninguna bribonada que Linares era «un ladrón más famoso que Caco».....

CAPITULO II.

Retrato moral de los traidores.—Primeras medidas del triunvirato.—Las elecciones de 1861.—Se discute en el congreso el mensaje de Linares.— Se pretende cubrir de oprobio al ex-Dictador.—Apasionada defensa de sus amigos.—«La política es la moral aplicada a los gobiernos».—Los partidarios de Belzu y Córdova trabajan por sus candillos.—El viaje del presidente Achá al interior de la república, y escenas típicas.—Retrato de Yáñez.—Matanzas del Loreto en La Paz. —Clamor indignado de la prensa extranjera.—Consternación que produce la muerte del Dictador.—La flaqueza del gobierno.—La revolución de Fernández en Sucre.—Los coroneles Balsa y Cortés: venganza popular contra Yáñez.—Achá, desconfiando de todos y de todo, pretende ganar al populacho.—Revolución del general Pérez.—«La apelación al pueblo».—Se descubren en 1863 las huaneras y salitreras del Litoral.—Las ambiciones de Chile.—Una corona cívica para el canciller Bustillo y sus andanzas.—La guerra es imposible con Chile.—Rentas nacionales.—Virulencia de la prensa contra el gobierno.—El desenfreno de la anarquía.

Moralmente no valían nada los hombres que habían hecho la revolución y muy poco, casi nada también, desde el punto de vista intelectual.

Era el abogado Fernández, argentino de nacimiento, el que se destacaba en el grupo por su habilidad para la intriga su palabra insinuante y su desmedida ambición de honores y

riquezas. En cuanto Achá, era un militar como tantos, sin aptitudes para nada grande y que había conquistado sus grados sirviendo en diversas categorías a los gobiernos de Santa Cruz, Ballivián y Belzu y mezclándose astuta y calladamente en todos los planes fraguados para derribarlos. Poseía un carácter conciliador y se mostraba partidario de todas las libertades holladas y suprimidas por los hombres que se sucedieron en el poder.

El *Triunvirato*, (así dió en llamarse con la asistencia del prefecto Sánchez) trató de explicar en un decreto fechado el 16 de enero, las causas por las que se viera obligado a echar por tierra al gobierno de Linares. Eran simples: la incapacidad del Dictador para llevar a la realización los principios invocados al adueñarse del poder y su impopularidad en las postrimerías de su gobierno. En recompensa prometía el Triunvirato, «asumir el ejercicio del poder ejecutivo, hasta que se reúna la representación nacional que convocará inmediatamente y ante la que responderá de sus actos; cesar de hecho y de derecho en sus funciones el día que se instale la representación nacional», etc.

Al otro día, y siempre con el deseo de sincerar su conducta, lanzó un manifiesto e hizo publicar otro decreto llamando a elecciones para el congreso, y el 29 dictó el reglamento electoral con el que debían hacerse las elecciones.

El país entero se puso en movimiento con este motivo, porque comprendió que existiendo una secreta rivalidad entre los miembros del triunvirato, éstos habrían de vigilarse mutuamente resultando así una verdadera libertad para moverse en el campo de las elecciones. Así lo comprendieron también los grupos porque se entregaron con ardor nunca visto a la propaganda de sus ideales políticos condensados en un programa cualquiera, que no lo tenían, sino de los merecimientos de sus candidatos y de la valía de los caudillos bajo cuyas banderas luchaban. De entre todos se distinguían por sus afanes de predominio el grupo belcista, y el nuevamente formado a la sombra de los derrochadores de la dictadura, es decir, los ami-

gos de Achá y Fernández que, no obstante su aparente unión, se miraban con recelo comprendiendo que al fin la lucha habría de resolverse sólo entre ellos.

Consiguientemente hubo una lujuriosa floración de periodiquillos ocasionales y fundados única y exclusivamente con el fin de defender a determinados personajes, poner de relieve sus merecimientos positivos o imaginados, atacar furiosamente y hasta en la vida privada a los adversarios, mentir, engañar, sin preocuparse ni un solo momento en encarar los grandes y urgentes problemas de la patria, a la que todos prometían servir cuando en realidad no hacían más que servirse de ella. Sólo en La Paz, población de apenas 40,000 habitantes, se publicaron en ese año de 1861 veinte de estos papeles políticos.

Periodista hubo que, desechando por inútiles y poco prácticas las nominaciones presidentiales, hechas por el voto popular abogó «entre otras cosas increíbles, un directorio de cinco miembros para gobierno definitivo de Bolivia» (1). Ese periodista se llamó don Lucas Mendoza de la Tapia.

Las elecciones se llevaron pues a cabo con relativa libertad y la asamblea se instaló el 1º de mayo de 1861.

Su composición era heterogénea. Muchos partidarios de Linares habían logrado hacerse elegir, y eran los menos. La mayoría estaba compuesta por los adeptos al triunvirato y no faltaba un buen contingente de belcistas, cada día más empeñados en la vuelta de su jefe al poder; pero unos y otros, con igual grado de intensidad, llevaban pesado bagaje de odios, rencores y resentimientos.

El objeto principal de la asamblea era la elección de un presidente interino de la república. Don Tomás Frías, diputado linarista, acogiendo en parte la idea de la Tapia, emitió el parecer de que se designase a cinco individuos para el desempeño del gobierno, mientras se sancionase una nueva consti-

(1).—RENÉ MORENO, *Matanzas de Yáñez*.

tución. Otros indicaron los nombres de Achá, Sánchez y Pérez, el ex-ministro de guerra desterrado por Linares y que hacía poco tornara de la proscripción orlada la frente con la corona de los perseguidos. Fue elegido el general Achá presidente provisorio.

Tan pronto como este hubo tomado posesión del cargo, se apresuró en organizar su gabinete llamando a las más altas personalidades de todos los grupos, sin olvidar a sus amigos personales y cómplices en sus malandanzas políticas. Fernández tuvo su asiento en el gabinete y también Bustillo, fervoroso servidor de Belzu y de quien quiera que escalase el poder.

Bien pronto comenzó a caldearse el ambiente de la cámara con la publicación de un folleto del ex-dictador, *Mensaje que el ciudadano José María Linares dirige a la Asamblea Constituyente de Bolivia*, ardientemente impugnado por los enemigos de la dictadura y no menos ardientemente defendido por los amigos de Linares que eran unos cuantos diputados, sin duda los más batalladores e inteligentes de la Asamblea entre los que descollaban los doctores Frías y Valle, ex-ministros del Dictador, Adolfo Ballivián, de palabra vistosa, y otros.

Ese folleto estaba publicado en Valparaíso, y es un documento raro porque nunca en nuestra época, ningún caudillo boliviano supo ser, como Linares allí, verídico con nobleza y parquedad, sincero con pudor, franco con hidalguía y patriotismo. Al través de las líneas de ese documento escrito cuando las sombras de la muerte se cernían ya sobre la cabeza del Dictador caído, salta, entre los gritos y las quejas que dañan la austera simplicidad de su reproche, pero que fueron arrancados por el recuerdo de la traición, el acento incofundible de la verdad, pura y majestuosa. Bien se ve que ese hombre dejaba en lo que escribía el testamento de su vida política, tormentosa, inquieta y en veces hasta vergonzosa.

Comienza Linares, como todos los mandatarios tartufos, en asegurar que el mando fue para él un suplicio y lo aceptó por servir únicamente a su país; y prosigue haciendo el

examen a largos rasgos, de los actos de su administración, explicando los motivos de ellos, dando las razones que le empujaron a imponer severos castigos, revelando las intenciones que le animaron a dictar ciertas medidas, es decir, tratando, en suma, de hacer ver, con pruebas, las intenciones de que estuvo animado al disputar el poder. En el curso de su larga exposición tiene frases de cruel dureza para condenar los manejos de las cámaras, la servilidad de la prensa, la corrupción de ciertas costumbres, la venalidad de los políticos y se hace altivo y noble su lenguaje al defenderse de la torpe acusación lanzada por sus enemigos:

«Limpias y puras descansaron mis manos en el seno de mi respetable madre, y limpias las conservo; y las lágrimas de la miseria, con un buen nombre, han de ser la única herencia que deje a mi mujer y a mi hija, porque cuanto podía poseer en bienes de fortuna lo he consumido en aliviar en la proscripción estrecheces ajenas y en procurar los medios de salvar nuestra patria de la presión de los funestos gobiernos. No me pesa por ello ni me pesará nunca, y ojalá que mis detractores no me hubiesen puesto en el duro caso de tener que decirlo»...

Y es todo.

Este documento fue presentado a la asamblea y muchos congresales opinaron, sin conocerlo todavía, que fuese rechazado. No faltaron algunos que pretendiesen hacer aprobar una declaración en que se decía haber merecido bien de la patria los autores del golpe de Estado y declarando a Linares «indigno de la confianza nacional».

El diputado Manuel José Cortés, autor meritísimo del *Ensayo sobre la Historia de Bolivia*, se opuso al proyecto negando a la asamblea el derecho de juzgar los actos de la dictadura. Otro diputado, don Agustín Aspiazú, sostuvo que la pasión de los cuerpos colegiados les impulsaba muchas veces a cometer notorias injusticias que la posteridad se encarga luego de rectificar y corregir con detrimento de aquellos. Y en su apoyo citó ejemplos arrancados de la propia historia del país:

«El general Santa Cruz es declarado infame, traidor y puesto fuera de la ley por el congreso del 39; calman las pasiones y el que fue denominado traidor e infame, es honrado posteriormente con el título de ministro plenipotenciario ante las primeras cortes de Europa. El general Ballivián es también infamado por uno de los congresos; las pasiones se aquietan, es aclamado presidente de la república, y hoy los pueblos recuerdan con gratitud la memoria del vencedor de Ingavi. El general Belzu es puesto fuera de la ley por el congreso del 48, sube a la silla de la presidencia, y tres congresos consecutivos lo declararon el salvador, el padre de la patria, el bienhechor del mundo. Hoy en el recinto de esta Asamblea no se escuchan más palabras que dictadura, sangre, tiranía, despotismo, talvez para que mañana otra asamblea conteste dictadura, virtud, abnegación y patriotismo»....

«Linares, —añadía,—como todos los presidentes de la República, ha tenido errores, excesos y demasías; pero también es menester confesar que ha habido en él patriotismo, moralidad, pureza y una pasión vehemente por la mejora de su patria ¿A cuál de ambos lados se inclina el fiel de la balanza? No lo sabemos, porque yo no veo en el seno de la asamblea más que dos bandos de perseguidos y favoritos. Para unos Linares en el genio del bien, y para otros Linares es el genio del mal evocado del infierno. Dejemos que la posteridad lo juzgue»....

Adolfo Ballivián reforzaba estos argumentos con palabra cálida y gesto apasionado:

«... En los primeros días de nuestra infancia política se rompió a balazos el brazo que en Ayacucho nos diera independencia y patria. ¿Qué extraño, pues, que hoy se cumpla en Linares el destino reservado a todos los mandatarios de Bolivia? Cúmplase, pues, ese miserable destino, si así lo habéis resuelto, pero no será sin que os diga; ¿no estáis viendo que vais a justificar uno de los más injustificables errores de la dictadura? ¿No estáis viendo que vais a dar al Dictador el

derecho de deciros: legisladores de Bolivia, hé ahí la razón que tuve para no reuniros en congreso, porque sabía que sólo os ocupareis de destruir el edificio que encontrásteis a medio construir, para no edificar en su lugar ninguno, y sepultaros en el polvo de los escombros de nuestras leyes, de nuestras instituciones, de nuestras libertades?..... »

Pero se discurría sobre vacío, únicamente al calor de los odios e inquinas despertados en los congresales por el Dictador, pues pocos conocían la publicación de Linares y sólo había llegado hasta ellos la abultada noticia de que contenía el proceso descarnadamente cruel de su época y de su tiempo. Alguno de los diputados, don Antonio Quijarro, pidió que se diese lectura en sala de ese documento. Hizose así, y recién entonces estalló en todo su furor el odio de los adversarios del proscrito, ese odio vulgar de las gentes vulgares, de los talentos adocenados, de los optimistas satisfechos que consideran nefando crimen decir la verdad sobre los males de la patria y que hacen consentir su civismo en mentir por lo grande cerrando obstinadamente los ojos ante las desventuras comunes, las taras de la raza y las deficiencias del medio....

Otro diputado estigmatizó con vehemencia la dictadura y propuso se diese un voto de gratitud a los que la habían deshecho, a lo que repuso el diputado Quijarro:

«Yo creo que siendo la política no más que la moral aplicada a los gobiernos, hay que tener en cuenta los medios que tocan para llegar a ciertos resultados. Debo creer que los autores del golpe de Estado, al consumarlo, se hallaban animados de las más patrióticas intenciones; pero, no obstante, me parece que su calidad de ministros y colaboradores del Dictador les prescribía otra línea de conducta. Si la dictadura les parecía una usurpación, si creían que el señor Linares falseaba los principios de septiembre, nada más natural y conforme al sistema representativo, que haber abandonado las carteras, protestar y colocarse en las filas de la oposición. Esto habría sido verdaderamente glorioso; pero refrendar con su firma y su aquiescencias todos los actos de la dictadura,

confinamientos, destierros, fusilamientos y luego estigmatizar esa misma dictadura, esto me ha parecido inconcebible....»

Ante la inusitada y briosa resistencia de los amigos de Linares, la mayoría hubo de verse forzada a retirar su proyecto sustituyéndolo con otro que, en suma, decía:

«La asamblea nacional, para restablecer la confraternidad, la paz y concordia entre todos los bolivianos, relega a perpetuo olvido todos los actos políticos ejercidos por el dictador don José María Linares.»

Tampoco quiso aceptar la fórmula el diputado Ballivián. «Sólo el crimen se olvida,» dijo. Y agregó con entereza: «Renuncio por mi parte a ese generoso olvido, y si fuese preciso, yo rasgaré por mis manos ese velo de infamia con que se quiere encubrirnos.»

Don Evaristo Valle, leal exministro de Linares, protestó a su vez en nombre de su jefe: «Declaro a nombre del Dictador, como su ministro que fui, que no paso por tal humillación, y que estamos prontos a contestar ante la cámara y Bolivia sobre toda nuestra conducta política. Nada tememos.»

Forzoso le fue a la mayoría retirar también este proyecto para aprobar, tras enconada lucha, otro en que se declaraba haber merecido bien de la patria los autores del golpe de Estado....

Concluidos estos incidentes no sin que dejasen honda huella de resentimientos entre los congresales, pasaron éstos a redactar la séptima Constitución que se daba Bolivia en menos de cuarenta años, y no tuvieron que trabajar mucho los constituyentes, porque la matriz estaba formada según la experiencia política del Libertador y que desde el año 26 hacía las veces de una vestidura que los caudillos amoldaban a su placer. Ahora, según las conveniencias de los nuevos señores, era preciso mostrar más liberalidad con aquellos que no habiendo nacido en el país, o siendo de extraña nacionalidad por múltiples circunstancias, estuviesen en el probable caso de llegar a ocupar altas situaciones únicamente reservadas a los bolivianos de nacimiento.

Púsose pues en discusión un proyecto por el que se declaraba nacionales y aptos para ejercer cualesquiera funciones al ministro Fernández y al coronel Flores, ambos argentinos de nacimiento; y en este punto volvieron a encontrarse las pasiones, porque estando la mayoría adoctrinada por Fernández, la minoría, que se daba cuenta de los propósitos del argentino, había acogido con entusiasmo el folleto de Baptista, *El 14 de enero en Bolivia*, donde flameaba una valiente imprecación contra Fernández.

Ambos dos fueron, con todo, declarados bolivianos, con lo que se dió amplio vuelo a las aspiraciones de Fernández que ostensiblemente ya venía trabajando por la presidencia de la república.

Cerró sus puertas la asamblea el 15 de agosto, después de haber aprobado tratados internacionales con España, Bélgica y Estados Unidos. Así mismo dictó una nueva ley de imprenta, otra de impuestos que sustituía el catastral por la de diezmos y primicias y un decreto general de amnistía, que al punto aprovecharon los más de los desterrados políticos, siendo de los primeros el expresidente Córdova que con su padre político, Belzu, vuelto de Europa, estaban refugiados en el Perú.

Las relaciones de estos dos hombres, —se dijo,—no eran del todo cordiales; pero ambos se hallaban de acuerdo para recuperar la presidencia, el uno porque estaba convencido de ser un hombre necesario, y, el otro, porque tenía, acaso de buena fe, la candidez de alegar derechos inalienables a la presidencia, cuya marca visible, la medalla del Libertador que por decreto constitucional servía de distintivo a los presidentes, la había guardado celosamente consigo sin permitir que ni un solo instante la luciese en su pecho el Dictador.

Pero si bien Córdova y Belzu manifestaban sin ambages sus aspiraciones, otros había que a ocultas se movían creyendo tener en sus manos la suerte del país, como acontecía con el coronel Morales que desde su hazaña con Belzu había logrado hacerse de amigos y partidarios. Achá, alarmado, dis-

puso trasladarse a Cochabamba donde se encontraba aquel; pero como quedaba en La Paz un núcleo respetable de descontentos y partidarios de aquellos caudillos, creyó que podía eludir todo conflicto dejando en la jefatura del departamento a un hombre que tuviese razones particulares para no dejarse seducir por ninguna promesa y menos entrar en combinaciones con los partidarios de esos personajes.

Fue nombrado comandante general de La Paz el coronel Plácido Yáñez, enemigo mortal e irreconciliable de Belzu, por haber sufrido durante los nueve años de su gobierno, persecuciones, hambre y toda suerte de miserias físicas y morales en la proscripción, de manera que su odio al caudillo era la pasión más fuerte de su vida, y había llegado a degenerar en una fobia intensa e incurable.

«Su carácter, —dice el ministro Fernández, inspirador de sus actos,— participaba de los errores de una viciada educación por los hábitos adquiridos en el cuartel desde la clase de tropa; de modo que el prolongado imperio de la tiranía de nueve años, cuyos rigores sufrió, vino a formar en él un odio profundo y una especie de horror a sus autores. Era además, un hombre original: llegaba a convertir el valor en temeridad, la justicia en crueldad, la fortaleza en capricio y el patriotismo en intransigencia perseguidora. . . .»

Apenas alejado el gobierno de La Paz, comenzaron a correr rumores alarmantes en la ciudad. Se decía que los partidarios de Córdova y Linares preparaban un movimiento contra los poderes constituidos, y Yáñez se apresuró en comunicar esos rumores al gobierno el 29 de septiembre de 1861 y en hacer apresar en la noche de ese mismo día a varios de los principales sindicados entre los que se encontraban el hermano de Belzu, el mismo Córdova, un exministro de Estado, y varios de los más sobresalientes belcistas, en número de treinta. El gobierno por su parte se apresuró en dictar el estado de sitio con fecha 5 de octubre, desde Potosí donde se encontraba.

Sus propósitos eran desarmar la revolución atrayéndose

a los personajes de quienes se decía andar en ocultos manejos y ganar el favor popular, nunca esquivo para los dadivosos y complacientes. Y se extremaban los medios generalmente puestos en uso con ese fin, como las comilonas populares, los banquetes en palacio, las fiestas de gala públicas, es decir, lo sólo que se puede ofrecer de grato a la voracidad de turbas casi iletradas y de personajillos ignorantes y vanidosos.

En uno de estos banquetes realizados la víspera de dictarse el estado de sitio para La Paz, hubo de verse escenas que pintan con vivo e imborrable color esos tiempos de miseria, y esos hombres singulares. El banquete estaba presidido por el presidente Achá y eran sus comensales todos los ministros de Estado, altos jefes del ejército y distinguidas personalidades de Potosí. Se bebió con abundancia, cual era costumbre, y los brindis fueron particularmente expresivos. Se hizo alusión a los sucesos de La Paz y el ministro Fernández, ya irritado de verse echar disimuladamente en cara su traición en Linares, en esos momentos el tema de todos los comentarios, probó levantar el cargo:

«Yo brindo, dijo, porque fui el autor de ese golpe de Estado que debía dar nueva vida a la gran revolución de septiembre, y no el traidor, como se ha querido calificar». «¿Yo traidor al señor Linares? No lo he sido, señores. El señor Linares no quería comprender su difícil situación, y hubo necesidad de que llegara el tristísimo momento de obrar, como obré, posponiendo las afecciones que me ligaban a ese hombre a quien debemos gratitud y respeto, a la patria».

Y volviéndose al presidente, agregó como una advertencia y una amenaza a la vez:

«Si el general Achá se aparta de los principios de la causa de septiembre, se verá abandonado de los mismos amigos que le rodean, del ejército, que es el vigía de septiembre, y se verá obligado a descender del mando con ignominia».

Nada tan audaz, ni tan cínico. Al oír tantas abominaciones contra el belicismo, Bustillo, actual ministro de Achá y un tigo y celoso servidor de Belzu, enardecido por la bebida, aco-

rralado por las constantes alusiones, incómodo con su nueva situación, quiso tomar la defensa del proscrito y únicamente se redujo a hacer la apología de Achá, quien, igualmente turbado por las libaciones, satisfecho con tanta loa, aunque sin perder del todo el juicio, probó desvanecer ese ambiente de tormenta que se iba formando en torno a sus comensales y brindó porque se fusionasen todos los partidos en bien de la patria misma. Entonces uno de los invitados, con bronco acento y la copa llena en la mano se encaró al presidente:

—«En vano invocáis, señor presidente, la fusión». «Con los saqueadores de marzo es imposible»

Doloroso y lamentable era el cuadro. Los traidores encumbrados e impunes veían celebrar con humildes alabanzas su felonía por los hombres más representativos de aquellos momentos; los asesinos, ébrios, se alababan de haber vertido sangre, pues Morales, el agresor de Belzu, se puso en pie y con acento fanfarrón y agresivo, exclamó entre los aplausos de los comensales perturbados:

—«¿Qué es eso de Belzu y Belzu? Así como en otra vez le hice besar los cascos de mi caballo, así lo juro hacer mil veces siempre que pretenda volver a Bolivia»

Entretanto en La Paz se sucedían cuadros de horror y vergüenza indescriptibles, porque el arresto y la incomunicación de los belcistas realizados por el comandante Yáñez, habían llenado de consternado estopor a la ciudad, donde, inmediatamente se lanzaron a circular los rumores de una próxima revuelta en favor de Belzu, ante los cuales permanecía vigilante la celosa actividad de Yáñez que estaba dispuesto a usar de todos los recursos para que no fuese alterado el orden ni sus irreconciliables enemigos lograsen ver realizados sus propósitos. De noche, en su morada, que era el palacio presidencial, se doblaban las guardias, y su personal atención se dirigía a vigilar el Loreto, donde estaban encerrados sus prisioneros porque sabía que en caso de fugar sabrían tomar airada venganza de él.

Pronto se le presentó la oportunidad de desembarazarse

de sus enemigos pues en la noche del 23 de octubre prodújose una especie de motín, fomentado, se dijo entonces, por el mismo Yáñez, para poner en libertad a los detenidos. Púsose en pie el gobernador y se dirigió a la plaza sumida en medrosa penumbra, pues no era costumbre entonces mantener encendidas las velas de cebo. Al llegar al Loreto fue avisado por el capitán de guardia que Córdova había intentado por dos veces atropellar a sus centinelas.

—«¡Que le den cuatro balazos! — ordenó con voz iracunda.

Un oficial y varios soldados se lanzaron a cumplir la orden en el preciso instante en que Córdova, al sentir el ruido de la plaza, se había incorporado en su lecho y comenzaba a vestirse, halagado, sin duda, con la idea de verse libre merced a los esfuerzos de sus partidarios. No le dieron tiempo ni aun para defenderse y lo acribillaron a balazos, bárbaramente.

Fue la señal de la innoble matanza. Todos los prisioneros fueron sacrificados al furor bestial del odio partidista, y hubo heridos que al recibir las descargas ciegas de los soldados, corrían por la plaza, «pidiendo a gritos la vida», pasando de setenta el número de las víctimas, muchas de las cuales pertenecían a las mejores familias de la localidad.

La población amaneció aterrada con estos acontecimientos, y la prensa, que desde el advenimiento de Achá no conocía trabas de ninguna especie, no tuvo la hombría de condenar la feroz hecatombe por temor de las represalias. La gente, anoadada de miedo y estupor, tampoco osaba salir de sus casas. Habían cerrado con tropas las bocacalles de la plaza y los pocos curiosos que se atrevían a asomarse para ver lo que en ella había ocurrido la noche precedente, sólo alcanzaban a divisar en la puerta del Loreto el montón informe de cadáveres en medio de charcos de sangre cuagulada.

A eso de las nueve de la mañana ruido de cobres y tímboles turbó el acongojado silencio a la urbe. Era un batallón que venía de Achccalla, pueblecillo distante doce kilómetros, a la noticia de estos sucesos y su presencia sirvió de algún ali-

vio a las gentes porque sabían que su jefe era un militar bravo y pundonoroso y creían que venía a castigar las fechorías de Yáñez; pero grande fue su desengaño cuando vieron que el coronel Cortés aceptaba sin protestar los hechos consumados.

Al día siguiente pasó Yáñez al gobierno el parte de lo acaecido, ufanándose de su conducta y recomendando la conducta de su hijo, «cuyo ascenso, decía, se deja al arbitrario del Supremo Gobierno».

Esta punible indiferencia no dejó de provocar la indignada protesta de los ROJOS, que así dieron en llamarse los partidarios de la dictadura, no deteniéndose algunos en acusar como principal instigador al mismo presidente cuando se llegó a saber que este había escrito cartas flojas y no muy indignadas a Yáñez, después de la matanza.

Lo único que de pronto contribuyó a que el gobierno tomase cartas en el asunto, fue el horrorizado clamor que levantaron los periódicos de tierras extrañas, pues los del país permanecían casi mudos, sobre todo en La Paz, como mudos estaban la opinión y los jueces. Los periódicos más notablemente indignados fueron los del Perú:

«Desgraciado país,—decía uno,—donde un inmundo esbirro, hez del pueblo, hijo de la canalla, puede impunemente disponer de vidas y haciendas». «Deber de los pueblos y gobiernos americanos,—decía otro,—es emplear los medios de combatir esa barbarie y restablecer la civilización vecina, si se quiere conservar la propia».

Estos indignados clamores lograron por fin tener su repercusión en Bolivia, porque al acento extranjero vino a mezclarse el de los nacionales proscritos por causas políticas, siendo uno de los primeros en protestar don Juan de la Cruz Benavente. «Id,—les decía en un artículo volante a los bolivianos,— al antro del asesino con todas las que sean madres, esposas o hijas, arrojadle de La Paz donde le toleran los hombres....»

Recién ante este lenguaje la prensa del interior de la República pudo tener el coraje de elevar su voz entristecida e

irritada, formando así con los clamores de tierra afuera, un terrible concierto de protesta, en tanto que en La Paz era «sepulcral» el silencio de los periódicos, así como silencioso permanecía el gobierno. ¡Y sólo hacía diez meses que todos aplaudían la muda caída del Dictador! ¡Y los felones derrocadores habían invocado el pretexto, para disculpar su felonía, que respetarían la Constitución, defenderían las garantías individuales, serían fieles y sumisos defensores de la vida humana...!

En medio de estos azares llegó al país la noticia de la muerte del Dictador, y si su caída del gobierno produjo imborrable impresión en la sensibilidad adormida de los poetas, su muerte hizo vibrar de dolor el instrumento de sus cantos, pues los mejores vates de la época, — Benjamín Lens, María Josefa Mujía, Calvo, Cortés, — le dedicaron coronas fúnebres tejidas con amor y reconocimiento.

La Mujía cantaba:

Hombre de hierro, genio incomparable
mientras tú duermes, vive tu memoria:
la causa santa de Septiembre vive,
no morirá jamás tu gloria
y así como tu nombre en nuestra historia.

Manuel José Cortés, decía con profético acento:

No le lloréis; que su gigante sombra
de piedad la sonrisa os mostraría:
esquivad vuestro llanto y vuestro enojo:
Dejadlo sólo en su mansión sombría,

No es ya el hombre del tiempo y las pasiones;
es el hombre eminente de la gloria:
dejad que teja cívica corona
la justiciera mano de la historia.

Entretanto la situación del gobierno en Sucre no era del todo bonancible ni halagüeña. El presidente veía aumentar en torno suyo los aspirantes, que eran otros tantos descontentos,

y él no sabía de que lado volverse para encontrar un apoyo desinteresado, firme e incorruptible. Las intrigas y los juegos malintencionados partían de entre los mismos consejeros de su gabinete, distinguiéndose por su perfidia y la certeza de sus ataques su compañero de malandanzas, Fernández, quien no ocultaba ya a nadie sus trabajos francos por la presidencia.

No faltaron ciertamente amigos que aconsejaron a Achá cambiase de gabinete para desbaratar así los planes del argentino; pero el mandatario, que sabía por propia experiencia a lo que conducen las ambiciones contrariadas, no tuvo valor de poner en práctica el consejo. Solo dispuso, como medida prudencial, el inmediato viaje a La Paz y esto con calculada malicia porque en el curso de la ruta pudo cambiar con jefes de su confianza el comando de un batallón, poniendo al coronel Melgarejo en lugar de Flores, en extremo adicto a Fernández, y con la atención de operar igual cambio con otro cuerpo acantonado en Oruro y de cuyo jefe, el coronel Balsa, abrigaba muy serios temores.

Justificadas eran sus inquietudes.

Balsa, con pretexto de prestar su concurso a Yáñez, pero en realidad obedeciendo las órdenes de Fernández, se había dirigido a La Paz haciendo caso omiso a las disposiciones del gobierno. Apenas llegado allí, quiso apoderarse el 23 de noviembre del batallón comandado por Cortés; «militar pundonoso y valiente, tan entendido en pelear como sordo a toda tentación indecorosa y a toda villana maquinación»; pero encontró tenaz resistencia por parte de la oficialidad y de la tropa. Se lanzó al ataque con su batallón y entonces, entre los dos cuerpos, se trabó un combate sangriento en la calle y en la puerta del cuartel. Angosta era la calle y los soldados se batían de acera a acera, arroyo por medio y disparándose casi a quema ropa. Balsa resultó ligeramente herido y Cortés de muerte. En la calle quedaron tendidos más de 130 soldados....

El pueblo contemplaba el mortífero combate, sin tomar parte en él pero intensamente ansioso del resultado. Un mes

hacía que vivía bajo la impresión del terror, pero con el deseo vehementísimo de vengar la sangre derramada en el Loreto. Al ver batirse y diezmarse a los batallones cegados por el furor, se preguntaba ansioso: «¿Y Yáñez? ¿Cuál va contra Yáñez...?»

Nadie sabía nada. Yáñez, desde las seis de la mañana se paseaba en la plaza principal seguido de un piquete de soldados y sin decidirse a intervenir en la lucha bien sea para mantener el orden de cuya defensa estaba encargado o para complicarse con la insurrección.

Vencieron por fin los soldados de Balza, y los jefes vencedores «viendo estaban,— cuenta René Moreno,— que del fragor humeante del combate surgió independientemente una potencia nueva: la masa popular compacta, sedienta, inmensa y soberana».

«Torrentes de plebe, encabezados por grupos de cholos armados, desembocaban en la plaza por las calles que van a acabar juntas en la esquina de palacio. ¡La cabeza de Yáñez, la cabeza de Yáñez! es el grito formidable de aquella muchedumbre, que venía del combate, ébria entre el olor de la pólvora y la sangre. Entre la multitud que llenaba de cabezas ardientes la plaza, los artilleros y granaderos de Balza resultaban como manchas leves en la superficie parduzca y movable del conjunto».

Yáñez corrió a ocultarse con sus soldados a palacio. Por los resquicios de una ventana avizó la plaza y vió que era del todo inútil pretender atacar a esa masa compacta de hombres enfurecidos. Tuvo miedo, acaso por la primera vez en su vida, y trató de salvarse buscando la huida por los tejados altos de palacio; pero pronto fue descubierto por la turba.

«¡Es él, el asesino! fue un grito inmenso y prolongado el que resonó en este momento en la plaza. Allí acababan de divisar a Yáñez en el caballete de uno de los tejados más altos del edificio. Raro y misterioso destino. A presencia de la ciudad entera, él mismo subía por sus pies al más culminante cadalso que se pudiera imaginar. No fue larga su congoja.

Presto una detonación. y el atlético cuerpo del feroz asesino del 23 de octubre, caía al profundo de la ira popular». (1)

«La multitud,—cuenta a su vez Agustín Aspiazu, testigo ocular,— se arroja sobre el cadáver. Es conducido a la plaza. La gorra de la víctima es arrojada por los aires con bastante algazara; en seguida la levita, luego los pantalones, y últimamente los vestidos interiores», y el cadáver desnudo es arrastrado por las calles, revolcado en un estercolero inmundado y despedazado casi por la insana furia popular. . . .

Mientras tanto el gobierno, previendo los acontecimientos, apresuraba su marcha a La Paz donde fue recibido por una comisión formada por la «Sociedad del Orden» constituida a raíz de los hechos relatados y la que le pidió amnistía general para los reos, en lo que consintió Achá.

La entrada del gobierno a la ciudad se efectuó el 28 de noviembre, a las 4 y 30 de la tarde, en medio de una gran circunspección. El presidente, al llegar a la plaza y verse rodeado de una compacta multitud que le vitoreaba, se puso en el sitio más culminante y dirigió la palabra al público, «deplorando que el tiempo de su ausencia,—dice el comunicado oficial,— hubiera sido tan funesto a esta denodada ciudad. Señaló, añade, al verdadero autor de los asesinatos del 23 de octubre, diciéndoles: «Yáñez ha muerto, y su instigador vive todavía!»

Dos días después recibió Achá la noticia de que Fernández, el *instigador*, había hecho revolución en Sucre rodeándose de algunos descontentos como Morales y de una fracción de la turba.

Esperaba Achá la noticia, dadas sus relaciones con Fernández; pero al conocerla, no pudo ocultar su despecho. Y lanzó una ardorosa proclama al ejército en que, entre otras cosas, le decía:

«Aún no acabáis de sofocar el grito de rebelión que salió de los cuarteles, cuando vuestra presencia es demandada

(1).—RENÉ MORENO, *Las matanzas de Yáñez*.

en el Sur para restablecer el orden y el imperio de las leyes. El *insigne traidor* Ruperto Fernández se ha investido por sí y ante sí del poder supremo. . . .², etc.

¡El traidor Fernández!

Pudo decirlo impunemente Achá, el exministro de Linares, y sin que se le turbase la conciencia, o sin tener miedo de su cínica audacia, pues conocía la índole especial de sus compatriotas, y sabía que no era para ellos crímea la desfachatez,

Alguna vez él mismo había dicho esta desolada verdad, «*En Bolivia no tienen memoria.*»

Piado en esta terrible amnesia colectiva usó de la palabra, para él prohibida, sin que nadie osase reprochársela con airado gesto sabiendo que lo *otro*, su pasado, estaba, no ya perdonado siquiera, sino olvidado, casi muerto. . . .

Salió Achá de La Paz el 6 de diciembre y en camino supo que había fracasado completamente la tentativa de Fernández, quien hubo de verse obligado a refugiarse en la Argentina. Entonces volvió de Oruro a La Paz donde dispuso que el ejército se redujese solamente a 1731 plazas, logrando de esta manera separar de las filas todos los elementos que no le merecían confianza.

Actor y testigo en las luchas de su medio, sabía igualmente que no era dable cifrar su permanencia en el poder sin contar con ningún género de adhesiones, y buscaba, ansiosamente, un elemento seguro con quien disponer para mantenerse en el puesto alcanzado por la infamia. El ejército le inspiraba poca fe. Los militares veían el caudillaje como el término natural de su carrera, y quien quiera que cargase un galón sólo pensaba en surgir e imponerse por cualesquiera medios. Los partidos políticos, que ni nombre tenían porque lo tomaban del mes en que una revuelta los hiciese dueños de la situación, andaban en plena anarquía, desorganizados y careciendo absolutamente de programas, sin más fin ideal y principista que el de vencer por el solo deseo de mandar. Y militares y civiles, por servir sus cortas ambiciones y su pueril vanidad, obraban transigiendo con todo, sin escrúpulos, pues

había llegado a constituirse como norma del criterio colectivo la convicción de que las sanciones morales no tenían ninguna eficacia, y esto porque se veía que el triunfo, alcanzado de cualquier manera, elevaba la significación de un hombre, por mucho que fuesen lastimosos su conducta y su pasado...

¿Cómo, entonces apoyarse en tales elementos? Quedaba la masa; y si de ella había que descontar las tres cuartas partes de la población compuesta de indios ajenos del todo a la vida nacional, existía el sobrante de la plebe, fuerza ciega aprovechada por los caudillos en sus momentos más difíciles: ahí estaba todavía latente el ejemplo de Belzu cuyo nombre seguían invocando las chusmas, y era preciso atraerla y seducirla.

En los principales centros se dispusieron grandes fiestas para atraer a la turba: banquetes en palacio, comilonas al aire libre y en las que el presidente y sus ministros no anduvieron cortos ni medidos en loar exageradamente las virtudes del «pueblo soberano», «encarecer, — dice el historiador Sotomayor Valdés, — su laboriosidad, su honradez, su amor al orden y al trabajo y su nupca desmentida disposición para defender las instituciones y las autoridades legales».

Se avecinaba entretanto la época de las elecciones presidenciales, y Achá, queriendo dar una prueba de tolerancia y desprendimiento, dictó un decreto de amnistía para todos los expatriados políticos con excepción de Belzu, Fernández, Morales y otros sobresalientes y muy mediocres personajes de la época.

A las elecciones se presentaron como candidatos el mismo Achá, el general Pérez y el doctor Frías, este último como representante del partido de Linares; y aunque en ellas se practicaron esos fraudes comunes en las incipientes democracias, la lucha fue relativamente honesta y la mayoría de los votos correspondió naturalmente a Achá que obtuvo 10,939 en un total de 16.939 sufragios.

Practicado el escrutinio por el Congreso de ese año, Achá fue proclamado presidente y a los cuatro días se produ-

jo un movimiento revolucionario en La Paz, en favor del candidato general Pérez que había obtenido indiscutible mayoría en varios centros electorales de importancia.

Estaba apoyado Perez por lo más aguerrido del ejército y su causa contaba con el entusiasta apoyo del vencidario de la ciudad sublevada, donde se reunió un ejército de 2,400 hombres.

Achá se puso en movimiento con dirección a Oruro. Allí, mal de su agrado y sólo por la tenacidad del coronel Melgarejo que contra el dictamen de los ministros, generales y jefes de batallón, se había propuesto atacar al enemigo con su división cochabambina, aceptó el 15 de septiembre el combate que las tropas del general Pérez le presentaran en los campos de San Juan, a 16 kilómetros de Oruro, con la plena seguridad de vencerle, pues eran superiores en número y disciplina.

Con temor el uno, confiadamente el otro, se atacaron vigorosamente los dos grupos. Hubo derroche de coraje en las tropas constitucionales y aturdimiento en las revolucionarias que hubieron de darse por vencidas después de algunas horas de porfiada resistencia.

Pérez huyó hasta La Paz, donde, al saberse la derrota de su caudillo, se resolvió seguir luchando; pero nuevamente la victoria sonrió a Achá, y estas sucesivas derrotas avivaron hasta la insanía el orgullo cochabambino que creyó haber realizado memorable y perdurable hazaña venciendo en ruda lid a los hoscos habitantes del yermo, quienes, dando vuelo a su arraigado sentimiento localista, concibieron por un momento la inicua intención de agregarse al sud del Perú, indiferentes a la suerte común de la patria empobrecida y atentos únicamente a su insano furor regional, aun no del todo muerto en Bolivia.

Apaciguada por el momento la república después de la natural excitación producida por estos acontecimientos, uno de los ministros de Achá, don Lucas Mendoza de la Tapia, en vista de la facilidad con que se turbaba el orden y la leve san-

ción que merecían los caudillos revolucionarios, propuso en un consejo de gabinete la idea de convocar a nuevas elecciones con objeto de reunir una Convención que tuviese por primordial objeto modificar la Carta política dando mayores facultades al ejecutivo para tomar medidas represivas y preventivas contra cualesquiera movimientos de sedición.

Acogida la idea por los demás ministros y aun por el presidente, no obstante de sus débiles reparos, fue publicado el decreto el 18 de noviembre de 1862, que, en suma, no era sino un «golpe de Estado contra la Constitución.»

Naturalmente los opositores no dejaron perder coyuntura tan favorable para fomentar un escándalo inaudito contra el gobierno. Los periódicos se llenaron con artículos tendenciosos y subversivos; lanzáronse a circular folletos en que, con pretexto de defender la Constitución, se ponían en relieve los errores del gobierno; los legisladores, heridos en sus prerogativas, se agitaron activamente por su lado y uno de ellos, Adolfo Ballivián, increpó airoosamente al mandatario: «Esa hoja de papel que arrojaís entregada por vuestro despecho en el charco formado por la sangre de un pueblo, esa es nuestra bandera. . . » (1)

Frases así, vistosas, huecas, arrogantes, saltaban en el palenque político llenando de novedad aun las más inofensivas pláticas de los ciudadanos, quienes, fiados en la manse dumbre con que el gobernante iba llenando su promesa, se levantaban con mucha solicitud para defender sus prerogativas constitucionales.

El clamoreo pareció intimidar al gobierno, no obstante la confianza y la serenidad de su gabinete, uno de cuyos miembros dijo que todo eso era apenas «golpe de aire»; y se dió un decreto de suspensión del sitio, pensando así aminorar el desagrado público, visible en todas las clases, sin exceptuar la militar, entre cuyos miembros se acentuaban la queja de que

(1).—ACOSTA. *Escritos literarios y políticos de A. Ballivián.*

en el parte oficial de las últimas acciones de armas se había omitido señalar los nombres de los principales jefes que tomaran parte en ellas

Mendoza de la Tapia se creyó herido con estas medidas e hizo la dimisión de la cartera, arrastrando en su determinación a los demás ministros. Achá llamó entonces a colaborarle a varios personajes que habían figurado con los anteriores gobiernos y se dispuso a emprender ciertos trabajos de utilidad pública deseando así realizar una honesta labor administrativa.

El ministro de hacienda don Melchor Urquidí, hombre de modesto origen, laborioso y honrado, quiso aliviar las dolencias de la raza indígena y puso en vigencia el decreto lanzado por el Libertador en el Cuzco el 4 de julio de 1825. por el que se adjudicaba en propiedad las tierras a los indígenas, y dispuso que los hijos de los indios estuviesen en la obligación de concurrir a las escuelas que se construirían, so pena de multas pecuniarias. «Se impuso también a los indios la obligación de construir en sus propiedades, dentro de un año, casas cómodas, espaciosas y aireadas bajo la multa de 10 Bs. aplicables a los fondos de los mismos establecimientos» (las escuelas) incurriendo así en el craso error, repetido constantemente por los hombres públicos bolivianos, de creer que con decretos y leyes se puede cambiar la mentalidad de un pueblo y fijar definitivamente normas de conducta individual y colectiva.

El problema de la vialidad, supremo en Bolivia, había ocupado muy poco la atención de los gobernantes y quiso Achá enmendar este yerro.

«Los caminos que posee la República, —dijo Urquidí,— con excepción de muy pocos, son los mismos que existieron en tiempo de la conquista sin que los gobiernos hayan hecho esfuerzo alguno para mejorarlos». Entonces el ejecutivo hizo a varios particulares leoninas concesiones para la apertura de caminos, que nunca se construyeron, y creó un cuerpo de ingenieros especialmente encargado de trazar uno que se propo-

nía y que tampoco se realizó, reduciéndose todo a buenas intenciones y a suministrar a los paniaguados de la prensa oficial motivos para bendecir la acción patriótica, elevada y digna de perenne recordación del gobierno paternal y diligente.

Por este tiempo, año de 1863, hízose pública la noticia de que en el litoral boliviano, seco, estéril y desierto, se habían encontrado inmensos yacimientos de guano y salitre merced al espíritu emprendedor de los chilenos y de algunos bolivianos; y la prensa, unánimemente, alzó la voz en este asunto, por verse claramente desde un principio que Chile alegaba derechos sobre ese territorio y pretendía incorporarlo, mediante alegaciones especiosas, a su suelo.

El gobierno se apresuró en convocar a un congreso extraordinario para los primeros días de mayo, y la reunión se efectuó en medio de un ambiente ya caldeado por la actitud de Chile que a la reclamación interpuesta por Bolivia para que los concesionarios de salitreras en el litoral, tanto bolivianos como chilenos, dejasen de trabajar en tanto que por las vías legales de la diplomacia y la jurisprudencia se llegase a un acuerdo entre ellos, había respondido ocupando Mejillones con algunos buques de su armada, haciendo caso omiso de la nota de protesta pasada por la cancillería boliviana, dirigida entonces por don Rafael Bustillo.

«Si el gobierno de Chile,—decía el presidente Achá refiriéndose a estas intrincadas gestiones,—desoyese nuestras justas demandas y persistiese en apoderarse del antiguo litoral del desierto de Atacama y de la bahía de Mejillones, fijando por sí solo, como lo ha hecho, su límite en el grado 23; grandes deberes nos impondrían, señores, la dignidad, el honor y los caros intereses de nuestra patria...»

La idea de la guerra se hizo popular, no obstante de ser absolutamente irrealizable por falta de toda clase de elementos, especialmente del económico, como lo reconocía el mismo presidente Achá en su mensaje, asegurando que era completa la ruina de la hacienda pública «ocasionada directa e indirecta-

mente por las revueltas que se han sucedido en el país». Las rentas nacionales en ese año de 1863 se elevaban a la exigua suma de 2.229,891 \$, de los que la mayor parte se iban en los gastos de pura administración y pago de pensiones. A pesar de todo, la asamblea, huyendo el contacto de la realidad, dió el 5 de junio de ese año una ley en que facultaba al gobierno «para hacer la guerra a Chile siempre que agotados los medios diplomáticos, éste no devolviese los territorios ocupados últimamente».

La efervescencia de este cuerpo había tocado las lindes de la locura contagiándose con la manía de grandezas manifestada por el canciller Bustillo en su mensaje especial al Congreso, documento lírico de un desbordante y peligroso optimismo en que se decía y aseguraba, bajo la promesa y la palabra de estadista, que las naciones del mundo civilizado se pondrían todas de parte de Bolivia para obligar a Chile a devolver el territorio usurpado.....

Tan vivo fue el entusiasmo de la cámara a la lectura de la memoria ministerial, que un diputado, en signo de recompensa a la labor de cancillería, sometió un proyecto para conceder al honorable ministro una corona cívica.

El proyecto pasó por curiosas alternativas, útiles de recordarse porque retratan la época y los hombres, con precisos contornos.

Como todos los proyectos fue enviado a la comisión que por su índole debía entender de él, la cual, no conviniendo en las intenciones del proyectista, dejó pasar los días sin preocuparse del asunto. Entonces el ejecutivo tuvo el desparpajo de instar, «porque se apresurara la evacuación del demandado dictamen». La comisión dejó pasar todavía algún tiempo; pero el día en que iba a leerse el informe, que era desfavorable, el ejecutivo volvió a insinuar «la conveniencia de pasar a otra comisión el espinoso asunto». Hízose así, y ante la nueva demora instó por segunda vez el ejecutivo, o sea, en el fondo, el

canciller Bustillo, y entonces se produjo la discusión, que fue, —asegura Calvo,—«poco digna». (1)

En medio de esta desorientación en que sólo vibraba el acendrado sentimiento de patriotismo lastimado, hubo aisladas voces de cordura que aconsejaron no extremar las provocaciones a Chile:

«Declarémoslo a la faz del mundo,— decía *El Oriente* de La Paz,—la guerra a Chile es imposible por hoy para Bolivia... Le sobra su derecho... Le faltan los recursos de la fuerza física para repeler a los que se han apoderado de ellas». (Las gua-neras) «Esto,—añadía,—se halla en la conciencia de los extranjeros todos. ¿Y sólo nosotros trataríamos de ocultarlo a los bolivianos para lanzarlos en una política falsa, ridícula y funesta ...?»

Disolvióse la cámara en medio de mil proyectos fantásticos y muchos de los representantes ya no quisieron volver al congreso ordinario reunido tres meses después en la misma ciudad de Oruro; otros enviaron sus renunciaciones.

Pocas y casi estériles fueron las sesiones de dicho congreso, pues la minoría, desatendiendo la gravedad de la situación internacional, hizo gala de su espíritu de fronda y se disolvió con el contentamiento de haber provocado incidentes que mostraron la fragilidad del gobierno.

La situación de éste se hacía intolerable y Achá iba siendo víctima de sus propias obras y de su temperamento poco enérgico y conciliador. Su flojedad, poltronería e ineptitud le concitaron primero el recelo de sus tropas y el abandono de sus amigos después. Entonces, como recurso salvador y supremo, dejó que hablaran sus instintos, y fue tolerante y contemporiador. Creía que fingiendo no percatarse de la fragilidad de sus sostenes lograría afianzarlos por la gratitud y las consideraciones; pero sus émulos y enemigos sólo veían en él al caudillo anheloso de mantenerse en el poder a toda costa, sin sospe-

(1).—RENÉ MORENO, *Bolivia y la Argentina, etc.*

char sus buenos propósitos ni rendir justicia a sus actos, no tanto por natural desconfianza o por justificados recelos, sino porque el pasado político del gobernante no daba derecho a creer en la pureza de sus intenciones.

En el fondo, era la anarquía que se agitaba en germen dentro las entrañas del país. El principio de autoridad tenía por adeptos únicamente a quienes se creían con títulos para manejar los negocios públicos aunque se negasen a reconocerlo en los que por el momento los gerentaban. No existía ni solidaridad de principios ni un criterio adecuado para encarar de una vez el problema único del afianzamiento de la nacionalidad bajo las bases de la cultura general, de la riqueza privada, de las vías fáciles de comunicación, de la despensa barata y de la idoneidad administrativa.

El mando, por la pueril vanidad de mandar, era el solo ideal para los hombres más capacitados de esa época. Y como el ejemplo de los mandatarios cortos de vista y presuntuosos venía repitiéndose casi con regularidad, no había sujeto de más o menos relieve que no pensase llevar bajo el dormán o la levita, la talla del Mariscal de Ayacucho o del Gran Protector.

Militares y civiles andaban, pues, esperanzados con la situación precaria del gobernante, deseando todos que estallasen el descontento popular para realizar el ya consabido sacrificio de ofrecer al país el contingente de su esfuerzo creador y desinteresado.

Sobresalía entre todos Belzu, que seguía merodeando por el Perú y se distinguía por la audacia de sus ataques y la virulencia con que insultaba al mandatario mediante hojas volantes que sus amigos se encargaban de hacer circular en las poblaciones del interior. «Ruín soldado», «imbécil Achá», eran los términos con que se le designaba atribuyéndole torcidas intenciones o cargándole faltas y crímenes incalificables.

«Achá,—decía uno de esos pasquines,—venderá a Bolivia, sí; y no será extraño, porque quien supo vender alevemente a su padre con el mayor descaro, puede vender a su madre pa-

tria . . . » «¿Cuál es el hombre, cuál es ese héroe llamado para regenerar a Bolivia y sostener la República . . . ? El misterioso fénix de la libertad, el deseado de los pueblos, el llamado por la patria, el atleta de la democracia, el valiente de la República, es el capitán general don Manuel Isidoro Belzu».

CAPÍTULO III.

La solidaridad americana.—El Congreso de 1864.— Morales es excluido de la cámara.— Rentas nacionales.—Belzu lanza su candidatura presidencial.—Candidatura del general Agreda.— Manejos oscuros del general Melgarejo.—Andanzas de Ballivián.—Melgarejo hace la revolución.—Caída de Acha.

Graves y complicados asuntos preocupaban entretanto en ese momento la atención del Continente.

Una escuadrilla española había ocupado las islas Chinchas por reclamaciones privadas de los súbditos peninsulares y los gobiernos de estos países de la América meridial se habían visto forzados a estrechar, no obstante el alejamiento en que vivían, sus relaciones de cortesía y solidaridad. Hubo un congreso internacional en Lima representado por los plenipotenciarios de Bolivia, Colombia, Venezuela, Ecuador, Chile, Perú y la Argentina que solucionó diferentes negocios limítrofes, entre otros los del Perú y Bolivia, quedando estos países en buenos términos; pero Chile, que iba preparando la ventajosa solución de sus nuevas aspiraciones, «advirtió que no sometería al congreso diplomático sus cuestiones de límites».

En esto se acercaba el período de las elecciones camarales y el país comenzaba a moverse con esa agitación desordenada que constituye una de sus más notables características. Se

fundaron ininidad de periódicos, opositores los más; y es en medio de su propaganda que se efectuaron dichas elecciones saliendo elegidos varios caudillos notables de la minoría, como don Tomás Frías, don Adolfo Ballivián, don Mariano Baptista y otros de menor importancia. Reunido el congreso en Cochabamba, inauguró sus sesiones con un caluroso debate sobre la validez de la elección de don Agustín Morales, diputado por la capital, y sobre el que pesaba una sentencia de muerte dictada por un Consejo de guerra cuando su atentado contra la vida de Belzu. La comisión de poderes había opinado porque se le negase un asiento en ella y Morales pidió defenderse personalmente.

El día de la audiencia fue recibido Morales con diversas manifestaciones en el recinto de la cámara: funcionaba ésta en un templo, por falta de local apropiado, y allí se presentó Morales con arrogancia y actitud estudiada de solemnidad que resultaba cómica porque no se avenía con su temperamento avasallador. Hizo la historia de las revueltas del año 49 en Cochabamba, donde, a causa de ellas, perdiera casi toda su fortuna; habló de su destierro a tierras extrañas, y, dando pábulo a sus instintos de acometividad, se lanzó a zaherir brutalmente a los que pretendieron cortarle la palabra para moderar su lenguaje burdo y soez. Fue llamado al orden; y entonces, abandonando su defensa del asesinato político como medio de depuración social, se puso a hablar de las aspiraciones que se le atribuían y dijo palabras definitivas que el tiempo no tardaría en desmentir:

«Muchos creen que ambiciono el poder. Se engañan. Las medianías como yo no deben aspirar a aquella altura, a que sólo llegan las águilas y los reptiles: las águilas por su fuerza, los reptiles por constantes en arrastrarse».

Morales fue excluido de la cámara merced a la enérgica intervención del general Agreda y la asamblea pasó a considerar las memorias presentadas por los ministros. El de hacienda hacía ver un cuadro aterrador de las finanzas públicas, pues el balance arrojaba una renta de 2.229,891 \$ y los gastos subían

a 2.232.285, calculándose el presupuesto del siguiente año en 2.209,191 \$ de entradas y 2.520,352 de salida.

Un curioso incidente, la amenaza a un audaz y procaz periodista, Alejo Barragán, diputado paceño y que había ejercitado la virulencia de su pluma en fáciles ataques al gobierno, sirvió para que se presentase una interpelación demandando al ejecutivo garantías para los representantes nacionales. El debate fue también ruidoso, largo y sirvió, como siempre, para que unos y otros se enrostrasen las faltas y debilidades en que habían incurrido, presentando así un cuadro humillante de cinismo e impudor, pues, de los discursos pronunciados, se sacaba en limpio que de entre todos los hombres que en ese momento actuaban en primera línea, casi ninguno podía tener el orgullo de presentar un pasado sin tacha. Todos habían desertado de su bandera, hecho preterición de los sentimientos de honor, dignidad, honradez y patriotismo para servir sus propios intereses, del todo ajenos a los de la colectividad.

Otro debate intensamente apasionado fue el relativo a las matanzas del Loreto, y hubo de ser promovido, naturalmente, por los opositores, con Mariano Baptista a la cabeza, que entonces contaba 35 años de edad y ya tenía fama, firmemente asentada desde colegio, de insigne orador. Ahora también desbordaron las pasiones, dando lugar al derroche de lugares comunes de filosofía e historia, y, sobre todo, a las alusiones personales. La barra, delirante, tomaba casi parte en las deliberaciones. Era una barra compuesta de vagos y ociosos, afecta a la oratoria ampulosa y hueca, pagada y feliz con las tiradas vistosas de los parladores sin seso y a los que premiaba dándoles ese renombre y prestigios de una hora con que las chusmas iletradas halagan la vanidad de quienes las adulan en sus interminables peroraciones camarales.

Entretanto se agitaban sin reposo los caudillos, distinguiéndose en sus afanes Belzu, que no tardó en presentar su candidatura presidencial lanzando desde el Perú una especie de manifiesto político en que, reconociendo las faltas de su anterior gobierno, prometía ahora llenar un programa de garantías

para los derechos individuales y de respeto para los principios de la Constitución.

Su candidatura fue recibida con alborozo por el pueblo, que todos los días lo veía más grande a su ídolo, y con tibieza por las clases cultas, no obstante las noticias echadas a circular por sus parciales sobre el cambio de carácter del caudillo y su preparación en la ciencia del buen gobierno, recibida en sus muchos años de estadía en Europa; y esta fue la señal para que todos los personajes alucinados por la presidencia, revelasen ya sin velos sus propósitos electorales. Surgieron caudillos de todos los puntos y hubo cinco entre militares y civiles, siendo los más afanosos los generales Melgarejo y Agreda, bien que ninguno contase con el apoyo de la mayoría consciente y letrada del país y sólo estuviesen apoyados por el circulillo de sus amigos y familiares, llevando el segundo la indiscutible ventaja de contar con la simpatía y el apoyo del gobierno, que no ocultaba trabajos en su favor.

La historia de este singular militar, estaba ligada a los más culminantes hechos políticos realizados en Bolivia, en los últimos cincuenta años. Era, físicamente, un hombrecito de talla diminuta, bien conformado, esbelto dentro de su pequeñez, muy moreno, de bigote cano y corto. Le llamaban familiarmente el *moño* Agreda (enano) y le entusiasmaba mostrar sus adornos y entorchados auríferos de general y presentarse a caballo precedido de brillante escolta.

Hombre rudo y de un coraje temerario, su vida política presentaba una pura y lamentable contradicción; y si es posible asegurar que era consecuente con los principios, jamás lo fue con los hombres. Terco, imperioso, irritable y en extremo susceptible, luchó con todos y contra todos sin ser jamás consecuente con nadie. Nunca quiso reconocer autoridad superior a la suya; y así su vida no era sino una batalla constante, sin punto de reposo, a ratos bellamente ejemplar y en otros sombríamente tenebrosa.

Los periódicos oficiales lanzaron su nombre, ya familiar a todos, y en una reunión de palacio presidida por Achá fue

proclamado candidato aun por los mismos aspirantes a la presidencia, especialmente por el general Melgarejo, quien gozaba de mucho ascendiente en la casa de gobierno por sus vinculaciones con la esposa del presidente, mujer de bella presencia, ambiciosa en extremo, arrogante y autoritaria.

Este parentesco contribuyó en mucho para acentuar en Melgarejo las particularidades de su carácter audaz e indisciplinado, dar amplio vuelo a su natural desplante, una mayor confianza en sí mismo y un deseo inmoderado de jugar destacados roles. Amigo del licor y de las mujeres, dejaba en la ebriedad traslucir lo que astutamente ocultaba en su estado normal, y así pronto se hizo público el rumor de que preparaba un golpe de mano para escalar el poder. Entonces comenzó a rodar la desconfianza en su torno y el soldado, inhábil para discurrir por propia cuenta, encargó a uno de sus amigos la redacción de una especie de manifiesto en el que, tras de asegurar que su «deber» y su «lealtad» no le consentían tramar ninguna conspiración contra el gobierno, añadía: «Como general de la nación boliviana, tengo mi espada brillante de honor y de lealtad, consagrada a su servicio: tengo el firme propósito de defender la constitución y sostener al gobierno legítimo del general Achá, a despecho de una minoría descontenta y despreciable, así como sostendré a su sucesor en el terreno del derecho».

Esto, a principios de agosto de 1864. A fines de ese mismo mes moría la esposa del presidente, «después de haber caído en la desestimación de su esposo y soportado durante largos meses su enojo y desabrimiento». Se la culpaba, entre corrillos, de haberle sido infiel y de esto se aprovecharon los adversarios para zaherir el honor del gobernante quien había caído en la ligereza de llevar el asunto a la deliberación de un jurado.

Melgarejo se convirtió en su principal acusador, sin que esto le impidiese aceptar el cargo de prefecto de Cochabamba con que lo invitara Achá, no tanto por servirse de él, como por apartarlo de las esferas palaciegas, donde se le miraba con

marcado recelo. A poco, y como Cochabamba fuese por ese instante residencia del gobierno y el punto en que estaban concentradas mayor número de fuerzas, fue trasladado a Santa Cruz con el mismo cargo, Melgarejo consintió en partir; pero se mostraba poco diligente en hacerlo fingiendo la ordenación de sus asuntos particulares.

Mientras tanto, el partido *Rojo*, o de la oposición, seguía combatiendo la candidatura presidencial del general Agreda y trabajaba muy hábilmente en la sombra por don Adolfo Ballivián, hijo del ex-presidente y entonces uno de los hombres más culminantes del país.

Ballivián entró en activa correspondencia con todos los descontentos de la república, civiles y militares, y sus amigos no tardaron en urdir la trama de una revolución. Habían logrado comprometer a algunos jefes y no esperaban sino el momento propicio para lanzarse a las vías de hecho; más, revelada a tiempo la intención al gobierno, hizo éste prender a dos de los principales sindicados, que eran los militares don Elodoro Camacho y don Lizandro Peñarrieta. Un capitán Avila, en inteligencia con los sindicados y miedoso por la situación de sus amigos y de su propia persona, no vió más recurso de salvación que comunicar todo el plan a Melgarejo, quien sublevó a un regimiento en la mañana del 28 de diciembre y, con su ayuda, pudo apoderarse de las tropas de guarnición, menos de las que vigilaban el palacio presidencial.

Apoderóse la confusión del gobierno. El presidente era el más azorado y nadie acertaba a discurrir ninguna medida salvadora. Sus más valientes oficiales andaban encogidos y atribulados. Sobre esas cabezas parecía pesar la sombra de Melgarejo, enormemente agrandada por el pánico.

Al fin, y a eso del atardecer, abrióse la puerta de palacio para dar paso a un parlamentario que por orden del presidente iba a demandar al caudillo sitiador una tregua hasta el día siguiente; más la negativa rotunda de Melgarejo, llevó al último límite la confusión y el desaliento de los palaciegos. A la hora

del crepúsculo la situación se hizo insostenible, porque comenzó a iniciarse la defección de las tropas leales. Un jefe quiso parar la traición, y fue amenazado de muerte; otro probó intentar un supremo esfuerzo de armas con los que permanecían firmes al honor y al deber, pero tropezó con la resistencia del presidente, «que no quería abandonar su morada».

Melgarejo se lanzó por fin al asalto de palacio. Y entonces Achá dejó la morada de gobierno para ir a buscar refugio en la casa de una hermana suya. Iba rodeado de los miembros de su familia y únicamente le acompañaba de extraño el subsecretario de gobierno, don Jorge Oblitas, pues todos le habían abandonado para plegarse a la revolución. Cuando la medrosa comitiva traspasaba los umbrales de su asilo, díjole Oblitas a Achá: «Mi general, he acompañado a usted hasta el último momento; ahora me retiro». Y luego de hacer resaltar así la ejemplaridad de su conducta, corrió, como los otros, a ponerse bajo las órdenes del triunfador.....

Así concluyó el gobierno de Achá, que, al justo decir del citado historiador chileno, don Ramón Sotomayor Valdés, «resume en un corto período todas las pasiones, todos los desengaños, todas las alternativas y extravíos de cerca de cuarenta años de una vida social enfermiza y febril». (1)

Su negra traición a Linares, el acto más bochornoso de su vida y sin disculpa, fue olvidado por las muestras de prudencia y moderación que supo ofrecer en el gobierno. Dijo para atenuar su delito y borrar la mancha de su pasado, que la tiranía de Linares era insoportable y que sus intenciones eran devolver su libertad a los pueblos.

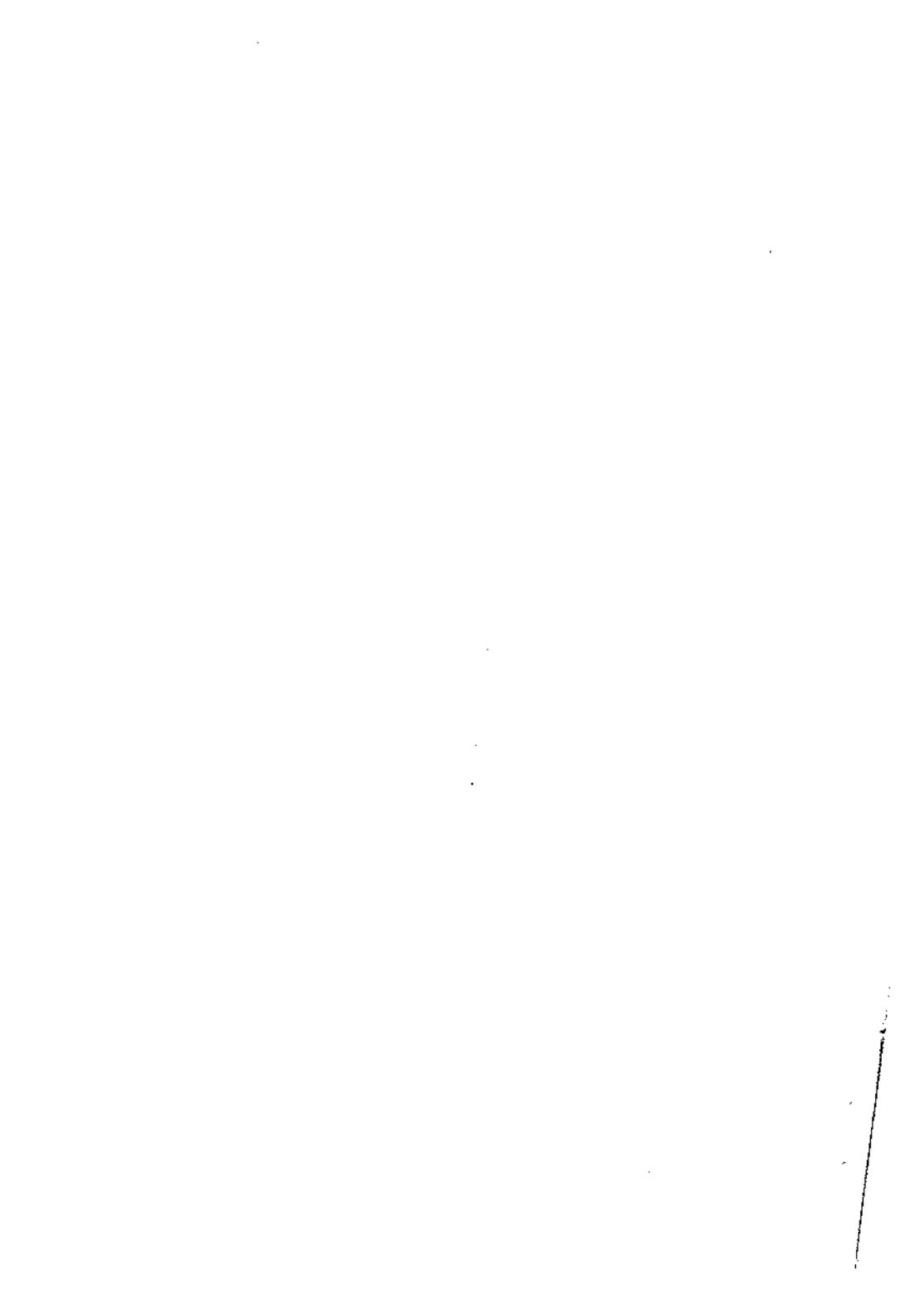
Cumplió su palabra, y este es su mérito; porque bien pudo, ya una vez en el poder, burlarse, como tantos otros, de sus promesas; someter por las dádivas a sus émulos; realizar sus ca-

(1).—*Estudio Histórico de Bolivia.*

prichos. Pero no lo hizo. Fue prudente, avisado y circunspecto; y estas cualidades, por raro que parezca, precipitaron su caída porque fueron tomadas como signo de debilidad, allí donde parecía necesitarse todavía el brazo firme, pero diestro de un conductor de turbas, y que a la vez fuera un estadista.

LIBRO QUINTO

Los Caudillos Bárbaros



CAPITULO I.

Biografías de Melgarejo y Muñoz.— Melgarejo abroga la Constitución de 1861.— Levantamientos de Cochabamba, Sucre y Potosí.— Belzu hace la revolución en La Paz.— Sangriento espectáculo que Melgarejo ofrece a sus tropas.— Dramática muerte de Belzu.— Melgarejo constituye su gabinete y se produce el vacío en su torno.— Amores de Melgarejo con doña Juana Sánchez.— Absurda medida que propone a sus ministros para arbitrase fondos.— Viaje al interior.— Casto Arguedas.— Celos y pequeñeces entre los revolucionarios.— Su derrota.— Melgarejo se afianza en el poder, viniendo sobre la nulidad y la incompetencia.— El silencio y la humillación de los siervos.— Ridícula maniobra para domar la altivez de las damas pacesas.— Viles alabanzas de los reptiles.— Lucha entre Muñoz y Obiitas por obtener los favores del bárbaro.— La mentira oficial.— Por decreto se suprimen las fronteras de la patria.— La bajeza de los siervos.— Gestiones de Chile y el Brasil para concluir los pleitos fronterizos.— El triste congreso de 1868.— Desplantes de ébrio. Palabra de menguado.— Asesinato del loco Oviden.— Otros asesinatos.— Venta de las tierras de comunidad.— Melgarejo es rodeado por los políticos profesionales.— La inconsciencia de los escribidores.— Revolución de La Tapla.— Melgarejo marcha al interior y Morales encabeza la revolución en La Paz.— El espíritu de sacrificio.— Combate del 15 de enero de 1871.— Caída del bárbaro.

El soldado que con tanta audacia se había colocado en el primer plan de los sucesos, carecía de toda noción en las fun-

ciones de gobierno y ni siquiera encarnaba ningún principio doctrinario, ni estaba tampoco apoyado por nadie que por su cuenta hubiese enarbolado una bandera arrastrando tras sí las simpatías populares. Nadie podía por tanto decir en el primer momento lo que se proponía Melgarejo, ni cuáles eran sus intenciones respecto a los caudillos que venían trabajando por su candidatura presidencial, sobre todo respecto de Ballivián al que se le sabía unido por fuertes vínculos de amistad y gratitud. Lo único innegable de pronto era que Melgarejo había hecho la revolución; ¿pero por quién?

Esto se supo al día siguiente mismo, temprano, cuando se tuvo conocimiento de la nominación que hacía el soldado de don Mariano Donato Muñoz, como su secretario general...

Ambos hombres se valían.

Hijo del pueblo y educado bajo el corrompido ambiente del cuartel, la vida toda de Melgarejo no era sino un terrible amasijo de traiciones y felonías, a cual más viles y detestables. Principió como soldado raso su carrera militar por aquellos tiempos en que el valor ciego y la cínica audacia eran considerados como grandes virtudes, y pronto obtuvo grados y distinciones, porque, como pocos, poseía esas cualidades fuertemente acentuadas por su temperamento sanguíneo e inquieto. Absolutamente desposeído de toda cultura intelectual, fuerte de músculos, grosero y aguerrido, comenzó a señalarse por sus bribonadas en la administración de Ballivián. Este, que conocía su carácter indisciplinado y su brusco ascendiente sobre la soldadesca, le tenía bajo su servicio pero haciendo que cambiase continuamente de batallón porque en ninguno podía permanecer largo tiempo sin cometer alguna sonada barbaridad. De este modo le fue dado conocer los puntos más alejados de la República, sin que en ninguno haya podido dejar el recuerdo de una sola buena acción. En 1857, ya coronel, se pone al servicio de Linares y dos años después le traiciona. Lo mismo hace con Belzu y con Achá.

Era alto, de sólido corpachón, cabeza pequeña, calvo y de frente huida, ojos cenicientos y pequeños, labios abultados

y sensuales, pómulos salientes y luenga barba negra y bien poblada. Tenía voz ronca y sus maneras eran bruscas, sin gracia alguna. De gustos ordinarios, sensual, todo su pasado de miserias y de bajas frecuentaciones se traslucía en el menor de sus gestos porque todos acusaban ordinarioz, estúpido plebeísmo y lamentable ignorancia

«Destituído de toda idea histórica, sostenía que Napoleón era superior a Bonaparte; y que Cicerón era un general muy secundario de la antigüedad. Ignorante a par que presuntuoso, creía que Bolivia era una potencia de primera clase: así que tan pronto como tuvo noticia de la guerra franco-prusiana acordó en consejo de ministros mantenerse neutral en la contienda». (1)

Su secretario general, don Donato Muñoz, abogado de escasa clientela y perito en el arte bajo de las intrigas, tampoco podía ostentar un pasado limpio de bajezas y humillaciones. No hacía muchos años, en 1863, había sido sindicado como uno de los autores de una revolución en Potosí contra el gobierno del general Achá. Era diputado entonces y renunciando las inmunidades de su cargo fue a la prensa para defenderse de la imputación con un calor que más tarde sabría encender en su rostro los colores de la vergüenza. En nombre de su «honradez y lealtad» protestó contra las sindicaciones de conspirador y dijo que su deber de ciudadano íntegro, su reconocimiento de los méritos del general Achá, «el áncora de salvación nacional» le prescribían defender su gobierno contra toda tentativa revolucionaria. «Afiliado en la causa constitucional, que legítimamente representa el excelentísimo presidente Achá, mi deber y mi honra me prescriben defenderla y sostenerla, cualquiera que sea mi esfera social». (2)

Tal sostuvo en éste que el historiador de la tiranía llamó

(1).—*El Republicano*.

(2).—SOTOMAYOR VALDÉS, *La Legación de Chile en Bolivia*,

«documento clásico de corrupción política». Y, ya lo sabemos, fue hipócrita y desleal.

Antes de los treinta días de mando lanzó el nuevo gobernante dos decretos que simple y llanamente abrogaban la constitución del año 1861, y suprimía las municipalidades centralizando en su poder y bajo su sola voluntad todos los servicios de la administración.

La alarma del país subió de punto, pues bien veía que el soldado que pasando por sentimientos de gratitud y compromisos de lealtad echara por tierra a quien debía la significación que alcanzara, estaba dispuesto a hollar todas las instituciones con tal de mantenerse en el poder asaltado. Y, naturalmente, comenzaron las protestas armadas, invocando el imperio de la Constitución.

Pero Melgarejo, estaba decidido a defender resueltamente su presa. Impuso a Cochabamba un empréstito forzoso para atender al pago de sus tropas y se lanzó a La Paz donde, pensaba, no hallarían ambiente favorable sus aspiraciones; pero el espíritu localista, fuertemente acentuado por el despego de Achá hacia esta ciudad, hizo que fuese recibido «sin hostilidad» por las clases populares, aunque el elemento social de valía se mostrase reservado y aun hostil. Quiso Melgarejo captarse la simpatía de la población, y, por consejo de su secretario general, dió algunos decretos con la intención de halagar ese espíritu localista. Uno de ellos disponía «la erección de un monumento a la revolución del 16 de julio de 1809» y en otro devolvía al pueblo «la libertad de sus carnavales, que una orden municipal había prohibido como impropia de un país culto». Además, promovió diversas reuniones en palacio a las que hizo invitar a muchas distinguidas personalidades, y en una de las cuales, habiéndose excedido en el alcohol, su vicio dominante, repuso con grosería a quien se había aventurado a señalar un término a esa situación de fuerza: «Mandaré en Bolivia hasta que me dé la gana, y al primero que me la quiera jugar, lo hago patear en media plaza». Y la escena se repetía a poco en un banquete oficial, interrumpiendo con descaro a un miem-

bro de la Corte superior de La Paz que se atrevió a insinuar en un brindis las ideas de Constitución y de principios: «Oiga usted, el que manda, manda, y cartuchera al cañón. . . .»

Se habían producido entretanto movimientos armados de protesta en Cochabamba, Sucre y Potosí, debelados por sus tropas mandadas en parte por el coronel Morales; pero como temiese mayores acontecimientos, salió de La Paz el 6 de marzo en viaje a Sucre y Potosí dejando como comandante de la guardia nacional a don Casto Arguedas; mas apenas llegara a Oruro, supo, no sin pavor, que La Paz se había levantado proclamando el nombre de Belzu y que se preparaba bajo la dirección del popular caudillo, quien, al conocer los últimos sucesos, había, por fin, logrado penetrar a la patria.

Belzu estaba gastado física y moralmente. Disipada su fortuna en sus malandanzas por Europa y en las penalidades del destierro, volvía al país sediento de honores y riquezas, y convencido de que era necesario extremar las medidas de violencia para extirpar eso que él llamaba tan sólo la corrupción política cuando más bien era la falta de preocupaciones morales, y la absoluta indiferencia por los conceptos de bien y de mal, indiferencia engendrada por la asombrosa incultura de las gentes y su absoluta falta de educación.

«Aquello,—le había dicho en una charla a Campero y en el vapor que los conducía al país después de larga ausencia,—aquello está muy corrompido y hay una inmoralidad tal que sería preciso convertirse uno en Nerón».

Campero y Belzu llegaron a Tacna a mediados de marzo, y los dos, por vías diferentes, se internaron a Bolivia, el uno, Campero, para ofrecer sus servicios a Melgarejo y el otro para hacerle la revolución.

Belzu estuvo en La Paz el 22 de marzo. Lo supo Melgarejo y de pronto dispuso que sin dar reposo a sus tropas, contramarchasen estas al punto de donde habían partido.

El viaje es fatigante aunque nada penoso para esas tropas acostumbradas a recorrer incesantemente el vasto territorio de la República. Cada soldado lleva en su mochila algunos retazos

de carne seca (*charque*) y un poco de patata helada y cocida *chullo*: del costado pende la cantimplora llena de agua o de licor, y va con los pies desnudos protegidos por simples sandalias, el pantalón remangado hasta la rodilla y la sábana blanca ceñida a la cintura. Los jefes y oficiales montan pequeñas bestias arrancadas por fuerza a los indios, y ninguno, comenzando por el general en jefe, lleva toldo de camapaña o siquiera un simple catre plegante para guarecerse del sereno de la noche.

La ruta estaba despoblada, pues los indios habían trasladado sus comestibles a la ciudad para ofrecerlos al jefe revolucionario y tuvieron que vivir los soldados de sus morrales y alforjas.

Se insinuaba el alba del 24 cuando Melgarejo ordenó a sus tropas reanudar la última etapa del viaje: llegaron un poco más del amanecer a la cumbre que domina la ciudad, donde, a la mortecina luz de los faroles, se levantaban barricadas, abrían fosos y disponiéndose la gente al combate, que lo adivinaba tenaz y furioso. A la cabeza de las tropas iban Melgarejo y Campero atareados en peligrosa charla. El caudillo se quejaba con despecho de las gentes de La Paz mostrando su prevención contra los periodistas Barragán y el teniente coronel Cortés, dejado allí como jefe de la columna y de quien se decía haber sido uno de los primeros en aclamar a Belzu.

En ese instante una guerrilla enemiga apareció en la *ceja* del Aito, hizo algunos disparos y desapareció en la hondanada de la urbe. A poco se presentaron varios individuos adictos a Melgarejo: habían salido fugados de la ciudad y venían a incorporarse a las fuerzas del caudillo. Entre ellos se encontraba justamente el militar nombrado. Al verle, amartilló su revólver Melgarejo y se lanzó hacia él profiriendo groseras frases de amenaza. Cortés, aterrorizado, se pegó a su agresor y asiéndose de una de sus piernas le impidió el manejo de su arma a la vez que con acento de espanto pedía gracia de la vida y trataba de sincerar su conducta.

El otro no escuchaba y hacía esfuerzos por «descargar su

revólver sobre la cabeza de aquel desgraciado». Entonces, ante la inmovilidad del séquito que contemplaba la lucha sin atreverse a interceder por la víctima, el secretario general Muñoz saltó de su cabalgadura y «todo pálido y desencajado rogó al general que ¡por Dios! no hiciera eso por su propia mano».— cuenta Campero.

Melgarejo «suspendiendo su revólver, trató de apearse del caballo por el lado de costumbre; pero como se lo estorbaba la víctima, que se hallaba a ese lado fuertemente asido del caballo y del caballero, el general Melgarejo, haciendo un esfuerzo, se apeó por el lado opuesto y dijo:

¡A ver, rifleros! ¡Tírenlo ahí, caballo y todo!

«Dijo, y un riflero cayó sobre el hombre como un rayo; tomó este al infeliz por el cuello, lo desasó del caballo, lo condujo a unos cuantos pasos, y le disparó un riflazo a quemarropa. Al mismo tiempo el general Melgarejo y todos los de la comitiva nos pusimos en marcha»—prosigue Campero. Y añade este detalle bárbaro: «Maquinalmente volví la vista hacia donde se consumaba el hecho, y vi una de aquellas escenas que no podría uno esperar sin horrorizarse aun en medio de la embriaguez del combate. El desgraciado no había acabado todavía de caer por tierra, y daba como manotadas de ahogado, cuando los rifleros, que eran dos en aquel momento, tomando sus rifles por la boca del cañón, majaban con la culata el cráneo del agonizante. . . ». (1)

El caudillo llenó cumplidamente su propósito porque entre las tropas había cundido el descontento al saber que iban a combatir contra Belzu, el más recordado de los ídolos populares y muchos soldados comenzaron a desertar de las filas yendo a plegarse a las revolucionarias. Grave era el caso y el militar vió que el único medio de contener el desbande total de sus tropas era ofrecerles un sangriento espectáculo. Y sacrificó a uno de sus mejores amigos. . . .

(1).—CAMPERO, *Recuerdos, etc.*

Inmediatamente se inició el asalto de la ciudad, con mal éxito para Melgarejo. Sus soldados combatían sin convicción y hasta con repugnancia y no tardaron en plegarse al enemigo dejando abandonado al jefe. Entonces Melgarejo considerando perdida su causa y no creyendo encontrar su salvación en la fuga, intentó poner fin a su existencia. Campero detuvo sus propósitos y le aconsejó tentar un último esfuerzo, por desesperado que pareciese. Melgarejo se mostró dócil y agrupando en su torno a algunos lanceros, se encaminó a palacio por en medio del populacho que celebraba con grande júbilo la victoria de su caudillo, incluso sus mismos soldados, ganados del todo a su enemigo. Así,—cuenta el parte oficial redactado por Olañeta,—«entra en la plaza con seis coraceros; su presencia inopinada deja en suspenso los ánimos, y no se oye durante algunos instantes más ruido que el de sus caballos; se mete en palacio; echa pie a tierra y trepa las gradas que conducen al salón»

Al llegar al tramo superior fue detenido por un servidor de Belzu y fanático enemigo suyo «que asentándole un rifle, de manos a boca, le dice:

«Y ahora en que manos estás», *camba?*

«Melgarejo desvía con una mano el arma de su agresor, y le lanza con la otra un tiro» y lo deja tendido a sus pies. Al ruido del dispare varias personas salieron del salón, donde, copa en mano, se celebraba el triunfo, a tiempo en que el valiente Melgarejo daba orden a sus soldados para que pesquisasen en la primera sala de la entrada. En ese momento preciso y en lo alto de la escalinata se presentó Belzu, todo demudado y del brazo de un personaje. Al encontrarse los dos caudillos hubo un segundo de estupor en sus respectivos séquitos. Melgarejo volvió a extender el brazo armado y quiso disparar sobre Belzu; pero le detuvo Campero. Sucedióse un corto cambio de frases truncadas e interrumpidas por el movimiento de agitación que se produjo entre los espectadores, y en ese instante se oyó una detonación y se vió caer a Belzu, herido de muerte, en brazos de uno de sus acompañantes.

El terror paralizó a los unos y puso en fuga a los demás. Entonces Melgarejo avanzó hacia la ventana, y saliendo al balcón abierto se dirigió a la engrosada muchedumbre que continuaba vitoreando al caudillo vencedor:

—«¡Belzu ha muerto! ¿Quién vive ahora?»

Y la turba, subyugada, vencida, contestó con temor y admiración:

—¡Viva Melgarejo!

Nunca se vió cambio tan radical y tan inmediato en la conciencia de una muchedumbre. Allí no hubo tiempo para que gestase una idea ni se abriese campo una opinión: todo fue brusco e instintivo. La cosa se impuso por su realidad y su brutalidad.

Instantáneamente Melgarejo fue rodeado por los que momentos antes le abandonaran, y se dió con ellos a recorrer la población a caballo, hasta los extramuros, siempre en medio de las aclamaciones de la turba. Volvió en la tarde a palacio y ya no quiso instalarse en el primer piso, donde quedaba el cadáver de Belzu únicamente, abandonado hasta por los suyos... Recién a eso del anochecer se presentó la señora Juana Manuela Gorriti, viuda de Belzu, a reclamar el abandonado cadáver de su esposo que apareció desposeído de todas sus joyas y prendas de valor...

El entierro fue solemne y nunca se vió tanta concurrencia acompañando los despojos de un caudillo. En el cementerio se pronunciaron infinidad de discursos en que, audazmente, se condenaron los actos del usurpador; se maldijo de su valiente hazaña y se exaltó en tono desmesurado las virtudes del muerto. Culminó en delirio el duelo de la muchedumbre en el gesto de un fanático que cogiendo la mano del cadáver bendijo con ella a la turba entre la que no faltaban convencidos que creían, ciegamente, que Belzu, cual Cristo, habría de resucitar en breve....

Melgarejo tuvo la acertada precaución de no perseguir a los oradores, pero tomó buena cuenta de sus nombres sintiendo brotar dentro de las selváticas rudezas de su alma un



sentimiento de profunda aversión hacia las gentes distinguidas de la ciudad que no se habían apresurado en rodearle con la solicitud desplegada con Belzu, aversión que se dejaba traslucir en amargos reproches que los de su séquito se apresuraban en enconar ansiosos de captarse las simpatías del triunfador. Este deseo de predominio excluyente le indujo a su secretario general a aconsejarle organizar de pronto un gabinete con elementos perfectamente adictos a su persona, como único medio de vencer la resistencia de los pacesos y asegurarse la estabilidad en el poder.

Desacertado fue el consejo.

Esperaba la opinión que el caudillo, impuesto ya por la fuerza de las armas y su audacia sin ejemplo, sabría enmendar en algún modo su asalto del poder rodeándose de los mejores elementos que había en el país; y fueron grande su decepción y estupor cuando le vió elegir para sus consejeros a hombres que siempre habían dado pruebas de un profundo egoísmo, como Jorge Oblitas, y el mismo Donato Muñoz, conocidos ambos, sobre todo el primero, por sus constantes veleidades políticas.

El vacío se hizo más hostil en torno a Melgarejo. Entonces éste, «se fue también reconcentrando más y más en el círculo de su gabinete, de los jefes del ejército y de un reducidísimo número de ciudadanos que seguían asistiendo aun a palacio, pero que no eran de lo mejor, por cierto, ni lo más influyente del vecindario», — dice Campero.

Viendo Melgarejo que no podía romper el hielo hecho en su torno y que sus colaboradores mostraban disposiciones atávicas a cumplir y acatar sus más arbitrarias determinaciones, dió pábulo a sus naturales inclinaciones, nada cultivadas, y convirtió el palacio de gobierno en sitio de placer cómodo y fácil. Casi todas las noches se bailaba y se bebía en medio de los acordes de las bandas del ejército, sin escuchar los prudentes consejos de sus raros amigos, inseguros de saber dónde habría de conducirle ese sistema de vida pródiga y orgiástica.

Por este tiempo comenzaban las ilícitas relaciones de

Melgarejo con doña Juana Sánchez, joven de humilde origen, pobre, bastante bonita, excesivamente vanidosa, ignorante como casi todas las mujeres de esa época y de sentimientos generosos aunque dormidos.

Su encuentro fue casual y acaso venturoso para ambos; seguramente benéfico para el país porque doña Juana detuvo el brazo armado para muchos otros crímenes y enjugó llanto de miserables.

Al asaltar la presidencia Melgarejo había suprimido el pago de muchos servicios con objeto de arbitrarse fondos y, entre ellos, el de los montepíos y subvenciones acordados por Achá a las víctimas de la revolución fernandista de Cortés. Las reclamaciones llovieron, como es natural, pero no fueron oídas a pesar de la sumisión e insistencia de los reclamantes, entre los que se distinguía una joven de atractiva belleza, pálida, delgada y como de 23 años de edad. Era doña Juana Sánchez que reducida a la más extremada pobreza por muerte de su padre y mañosamente aconsejada por los suyos, iba a cobrar el montepío acordado a su familia.

Vanas resultaron las tentativas de la moza, pues Melgarejo permanecía inabordable para todos. Entonces uno de los edecanes, Avila, el mismo que empujara a Melgarejo a la revolución contra Achá y que hoy, en agradecimiento, ocupaba el cargo de primer edecán, conociendo las inclinaciones de su amo y las veladas intenciones de la solicitante y pensando que todo podría converger en provecho propio, aconsejó a la seductora manceba hablar personalmente con el presidente y mostrarse amable y condescendiente. si quería conseguir lo que deseaba.

Tuvo lugar la entrevista y sucedió lo previsto por el rufián edecán. Salió la moza del despacho de Melgarejo llevando firmada su petición, y, sobre todo, encadenados y rendidos el corazón y los sentidos de ese hombre infamable que desde ese momento se puso a hacer las mayores locuras y a despilfarrar en espléndidos obsequios los pobrísimos dineros del país.

Necesariamente la noche de este día que rompía la continuidad del matrimonio, no dejaba de irritar el espíritu timo-

rato de la gente que se subleva de horror y pudor ofendidos ante la desfachatez del soldado, haciéndose en su torno más impenetrable la reserva con que se le miraba. Y surgió el conflicto, porque, anheloso Melgarejo de humillar la extraña conducta de estas gentes, daba banquetes en palacio, ofrecía saraos sin invitar a ninguna gran señora, e improvisaba fiestas y bailes con la concurrencia de hombres solos. La única pareja de ambos sexos la formaban él y doña Juana, sucediendo a veces que por especial distinción y como acto de supremo favor cediese su pareja a algún alto personaje o militar de fidelidad y valor comprobados.

Escaseaban en tanto los fondos en las arcas nacionales y no había con qué atender los servicios públicos; pero lo que más le preocupaba a Melgarejo era no poder pagar a los militares en quienes veía el único sólido apoyo de su causa. Esto le trafa inquieto a menudo, aunque sin hacerle abandonar sus inclinaciones a la crápula y exacerbando más bien su deseo de gozar de lo que acaso pronto habría de concluir.

No obstante esto y a pesar de su crasa ignorancia en todo y particularmente en materia hacendaria, principió a idear mil proyectos descabellados concebidos al calor de las orgías, cada vez más groseras y en las que el presidente, olvidando su alto rol, volvía a los usos que adquiriera en su vida errante, estrecha y azarosa. Le gustaba beber hasta perder la cabeza y caer desplomado, como masa, en el suelo. De ébrio esgrimía su inseparable revólver, amenazando matarse él o matar a sus amigos, jurando abrirse la cabeza si le hacían la revolución y disparando sin concierto al aire y sobre los muebles y espejos de salón. Dormía generalmente en el suelo, sobre un colchón sin sábanas, y pasaba días y días encerrado en su alcoba, acostado, bebiendo ponches con sus favoritos y entregándose frenéticamente a los excesos sexuales.

Un día que se hallaba menos ébrio que de ordinario, hizo llamar a su alcoba al coronel Campero, prefecto de la ciudad. Acudió Campero y fue recibido con marcada deferencia, hasta el punto de invitarle asiento en su propio lecho, que, como se

dijo, estaba en el suelo, y ambos se pusieron a beber. En ese momento un edecán anunció la llegada de los ministros que venían a someter a consideración del presidente asuntos de varia importancia. Entraron los ministros y uno de ellos, Bustamante, comenzó a desarrollar unos papeles que traía bajo el brazo y a exponer los asuntos que lo llevaban. Eran graves y urgentes: el general Santa Cruz había logrado firmar en Europa una ventajosa propuesta para explotar las huaneras recién descubiertas en Mejillones; los contratos....

Melgarejo no le dejó concluir. Todo eso de huaneras, contratos, etc., eran fantasías de ilusos doctores. El lo que anhelaba de inmediato era dinero para pagar a sus tropas y tenerlas contentas, pues de lo contrario bien podían cometer excesos saqueando la ciudad. Y había que evitar tamaño desastre. ¿Cómo? El medio era simple y estaba al alcance de cualquiera, menos de sus ministros: había que hacer la guerra al Perú. Así se arbitrarían fondos con empréstitos forzados y se daría ocupación al ejército; de lo contrario la catástrofe se presentaba inminente, y en ella perecerían todos. La guerra al Perú era una salvación para conseguir fondos, pues hoy nadie tenía nada, ni él mismo a quien acusaban los pícaros *rojos* de despilfarrar los dineros públicos cuando la verdad era que ni sábanas tenía para su lecho.

Y arrojando a un lado los cobertores, dijo a los consternados ministros mostrando la desnudez de su cama:

—«Vean ustedes qué presidente. ¡Ni sábanas tengo! Y voy a traerlas del Perú....»

Tamaño desatino dejó suspensos a los ministros, sobre todo al ver la convicción con que hablaba Melgarejo. Dos de ellos, el doctor Muñoz y el mismo Bustamante, se atrevieron a insinuar leves reparos. Entonces Melgarejo, cuenta Campero, «poniéndose colérico y exaltado se quita el birrete bordado de terciopelo lacre y recamado de oro y arrojándolo al suelo, exclama:

—«Hé ahí para lo que sirven los ministros! Para hacerle a uno observaciones y ponerle dificultades. Maldita la hora en

que formé ministerio! Sin él, yo habría dado una orden general y mañana mismo estaría con mi ejército en marcha al Desaguadero....!

Actos como éste, bufonescos, terriblemente trágicos en veces y absurdamente cómicos las más, eran comunes en aquellos días de desmayo público y achatamiento moral. Pero ni imposturas o idioteces semejantes, ni la diligencia de sus colaboradores, podían resolver las dificultades ni pagar a las tropas cuyo descontento ya era visible. Pensóse en esa emergencia levantar un empréstito en el interior de la república, y se ordenó el alistamiento del ejército para el viaje: más como los oficiales no dispusiesen de cabalgaduras propias, se contrató una partida de mulas, que se repartió entre los oficiales, los cuales «al día siguiente de haber tomado las suyas, se quedaron otra vez a pie, porque las vendieron por la mitad y aun por la tercera parte del precio en que las habían recibido»,— cuenta Campero.

La marcha fue precipitada porque en esos días se recibió la noticia de que los departamentos del sud se habían levantado contra Melgarejo, quien salió de La Paz el 13 de mayo de 1865 dejando allí a Campero.

Difícil era la situación de éste. En la caja departamental escaseaban los fondos; los soldados y oficiales estaban impagos de tres meses y en las clases bajas había cundido la preocupación de *vengar la sangre de Belzu*, y era terrible obsesión en ellas.

El 16 de mayo una comisión de artesanos se presentó ante Campero con objeto de pedir autorización para celebrar las exequias de Belzu, y la ceremonia fue pomposa: se pronunciaron discursos terribles contra el asesino Melgarejo, y el gobernador hubo de fingir no conocerlos porque carecía de medios para castigar esos desbordes, que, con la impunidad, iban tomando un carácter perfectamente revolucionario.

El nombre que con preferencia invocaban las turbas era el del coronel Casto Arguedas, a la sazón suprefecto del Cercado, y que ya se había distinguido por su carácter inquieto y

contradictorio, modalidad casi común en los hombres de esa época y en el espíritu de la raza. Había consumado la revolución en favor de Belzu, y como no supiera poner fervor de acatamiento hacia el hombre-ídolo, fue desterrado al litoral con el cargo de comandante de ese departamento, entonces el más lejano de entre los que estaban directamente administrados por el poder central, porque sólo se tenía remotas y vagas nociones de los otros que componían el territorio patrio. Los parciales del caudillo le acusaban de desleal por saberle amigo de Ballivián, título que entonces constituía horrendo crimen a los ojos del oficialismo y no le perdonaban sus veleidades de independencia con que siempre supo distinguirse.

Arguedas, que por su posición oficial no podía prestarse a secundar ningún movimiento, pensó dejar la ciudad y así lo manifestó al gobernador de ella; pero el 25 de mayo la muchedumbre puso sitio a la prefectura y luego de constituirse en comicio popular proclamó a Arguedas comandante general del departamento.

La alarma cundió en el primer instante y con caracteres de pánico porque nadie ignoraba que al conocer Melgarejo estas ocurrencias volvería con sus tropas para cometer los excesos que acostumbraba. Y se produjo en consecuencia un fuerte movimiento de emigración a los valles cercanos: «Salían despavoridos,— cuenta el testigo,— padres y madres de familia, jóvenes, niños, y niñas; unos en cabalgadura y otros como podían; había señoritas que iban a burro y no pocas a pie....»

Ese mismo día del 25 de mayo salió Melgajo de Oruro con dirección a Potosí, donde se presentaba formidable el movimiento contra su absurda dominación; sólo al tercer día supo el movimiento de La Paz.. Al llegar a Potosí conoció también el de Oruro, que había estallado con significativa unanimidad el 1º de junio, proclamando, como en La Paz, la Constitución del 61, en medio del fervor del pueblo, y nombrando como jefes a don Francisco Velasco y al doctor Vásquez, periodista aquél, abogado éste y ambos de lo más saliente de Oruro.

Melgarejo que hacía el viaje «dado completamente a la beodez, dejándose llevar a las extravagancias más raras, y, lo peor, cometiendo escándalos inauditos de inmoralidad» pues, añade el pudoroso Campero, «se había apoderado de él una de esas mujeres que son la vergüenza del sexo y el oprobio de las familias», no quiso retroceder de su ruta y entró a Potosí, triunfalmente, dónde concedió un breve descanso a sus tropas. Del camino destacó a su cuñado el coronel Rojas, que viajaba siendo testigo complaciente y atento de la infidelidad a su hermana, y lo envió a Cochabamba, pero no pudo entrar allí porque la ciudad del valle se le mostró hostil y tuvo que retroceder a Oruro, que ya había sido desalojado por las tropas revolucionarias. Estas se dirigieron el 8 de junio a La Paz, donde con ese valioso auxilio Arguedas se sintió fuerte para echar por tierra la dominación de Melgarejo, bien que entre los gestores y dirigentes de la revolución de uno y otro departamento, se habían promovido serios inconvenientes por nimios rozamientos de amor propio, pues los más de esos hombres desconocían las delicadezas del refinado trato social, y, faltos de pulimento, nutridos de cultura rudimentaria, sólo sentían fruiciones ante los efímeros halagos de la vanidad satisfecha, siendo muy capaces de sacrificar los más altos intereses, no ya siquiera de grupo sino aun del país mismo, por satisfacer sus puntos de vista personales.

Creían los dirigentes de La Paz que su acción sería disminuída por las ambiciones que fatalmente habrían de despertarse en los jefes de la división reforzadora, y esta idea traía recelosos y desconfiados a ciertos personajes secundarios, muchos de los cuales, sobre todo los hermanos Barragán, no perdían oportunidad para hacer ostensible su despego hacia los orureños. Ya en la misma tarde de su llegada a La Paz y en un banquete ofrecido por Arguedas a sus aliados, enardecidos los ánimos con las libaciones de costumbre, Cirilo Barragán, hermano del prefecto, había pronunciado un brindis en que aseguraba que el departamento de La Paz no necesitaba ninguna ayuda para dar fin con la dominación de Mel-

garejo, hiriendo así, con vulgar torpeza, la quisquillosa susceptibilidad de los aliados. . . .

El 9 de julio Arguedas fue proclamado unánimemente Jefe Superior de la República mediante una acta que contenía los mejores nombres de los representantes de Oruro y La Paz, a lo cual repuso Arguedas en una proclama dirigida a la nación y en la que, invocando los gastados resortes de todo caudillo, prometía ceñir sus actos a los principios de la Constitución, asegurando que sólo la necesidad de restablecer las holladas instituciones le obligaban a aceptar el alto cargo de mandatario; que sus intenciones eran llamar al pueblo «para la organización de los poderes» porque «toda autoridad que no se funda en la voluntad de los pueblos, es violenta y no puede permanecer», y concluía asegurando que se daría por dichoso si lograba reunir la representación nacional «en la calma de los odios políticos que engendran las vías de hecho que debemos renunciar de una vez para siempre».

En otra proclama dirigida al ejército, no menos prometedora que la anterior, decía, entre otras cosas, esto que en él era tema constante de sus preocupaciones:

«Nuestros padres lucharon quince años por darnos independencia; nosotros lucharemos cuanto fuese necesario por darnos constitución.»

El 10 de julio expidió Arguedas su primer decreto llamando a elecciones populares

En agosto Cochabamba volvió a levantarse como un sólo hombre contra el usurpador; y con este levantamiento la república toda estaba en pie y cara al soldado que, con la repulsa del país y frente al azoramiento de los suyos, parecía adquirir mayor audacia y un deseo más vehemente de dominar.

Melgarejo se decidió a obrar con rapidez abriendo campaña contra los cochabambinos y en dos días salvó con sus tropas los 160 kilómetros que lo separaban de la ciudad revuelta. Mostró tanto empeño en debelar esa insurrección porque sus soldados carecían de todo abasto y era de Cocha-

bamba de donde conseguía el maíz tostado, sola alimentación que gastaban esos sus hombres, admirables de frugalidad, resignación y despego por la vida... No hubo necesidad de rendir la plaza porque los revolucionarios habían dejado sus valles para ir a engrosar en masa las filas de la oposición armada en Sucre y Potosí, donde también ardía la discordia entre los jefes, por idénticos motivos que en La Paz... Y es que la perspectiva de la sobajada banda tricolor parecía sonreír a todos los caudillos y ninguno, por no desmerecer, quería jugar un rol inferior o secundario. Anhelaban, por el contrario vehementemente, ostentar el suspirado y ambicionado título de Jefe Superior de la revolución del Sud, como Arguedas lo era del Norte, y así, ante la presencia de Melgarejo, no hubo más recurso que adoptar la disolvente táctica de la «guerra de los talones» para ser derrotados poco después el 5 de septiembre en Potosí, lamentablemente y en lucha estéril e inicu por la sangre de viriles innoblemente sacrificados a la concupiscencia y a los celos.

Rota esta primera valla, quedó Melgarejo tres meses en Potosí arbitrándose recursos y dando merecido reposo a sus tropas, para emprender a su hora la campaña del Norte que la sabía difícil por haber ganado cuerpo la revolución y presentarse más homogénea que en el Sud.

Solo que tampoco estaba bien dirigida por los hombres que la encabezaban.

Las ambiciones que Arguedas descubría en su torno y a cada momento no le dejaban campo para obrar con la independencia que él quería. Estaba rodeado y aconsejado de intrigantes preocupados en buscar adeptos, y él mismo no podía ocultar sus ambiciones, que cedieron el puesto al deber cuando supo que Melgarejo había derrotado a los potosinos en la Cantería, trágicamente ilustrada con la muerte del noble poeta Néstor Galindo. Entonces, con el dictamen de sus consejeros y creyéndose bastante fuerte para atacar al caudillo triunfante en pleno campo sin dar lugar a que sufriese daños materiales la ciudad, salió de ella con dirección a Oruro donde entró el

17 de diciembre a la cabeza de su ejército compuesto de 2,000 hombres, poco más o menos.

Pocos días permaneció en Oruro, pues al saber que Melgarejo avanzaba hacia esta ciudad, retrocedió precipitadamente con desconcierto a La Paz, amenguando la fortaleza y el entusiasmo guerrero de sus tropas que también fueron batidas el 24 de diciembre en los campos de Letanías, donde Arguedas y los suyos, luego de vagar por las llanuras del altiplano sin plan ni concierto, vino a fracazar tristemente a los pocos kilómetros de la ciudad turbulenta.

Y es así cómo Melgarejo se afianzó en el poder, venciendo sobre las cortas ambiciones, la inmoderada sed de mando y la incompetencia....

Después de la fácil victoria, Melgarejo firmó sobre el campo mismo de sus proezas un decreto convocando la reunión de una asamblea para un plazo corto y fue a establecerse a La Paz, donde, cediendo a su sed innoble de venganza, hizo fusilar a varios de sus enemigos que habían tenido la candidez de creer en su promesa de amnistía, o no contaban con los recursos necesarios para dejar el suelo de la patria yendo, tras los principales vencidos, a pasar hambres, miserias y humillaciones a las playas del Perú.

Y es entonces, ante lo inevitable de los hechos, que el país entero se dió por vencido y se sometió al caudillo. Y los hombres que secretamente condenaran las imposiciones de la fuerza, se sometieron también y claudicaron. Aun más: muchos, y nó de los peores, corrieron a ofrendar sus servicios al vencedor, quien se vió rodeado, por la servilidad y el miedo, de los mejores elementos que por entonces contaba el país.

Libre, pues, ya de enemigos; orgulloso de sus victorias alcanzadas y que contribuyeron a afirmar en él un altísimo concepto de sus dotes militares y políticas, satisfecho de recibir el cálido homenaje de tanta gente distinguida y culminante, creyó que el país entero era la fácil presa de su audacia y que podía disponer de él a su capricho.

Y, en verdad, nada había por lo pronto que se opusiese

a sus planes. La prensa, animada otrora de furor combativo durante el año de la campaña, estaba ahora convertida a su favor o había enmudecido de miedo. Los pocos periódicos que se publicaban en las principales capitales, yacían sometidos al hombre y no se preocupaban de otra cosa que alabar sus desvaríos con repugnante impudor. «No hay, —dice Sotomayor Valdés, refiriéndose a esta época,— absolutamente en Bolivia un solo periódico de empresa libre o particular. No hay por consiguiente un órgano que sirva ni a la más tímida discusión de los asuntos políticos y de administración pública.» (1)

Es en esta circunstancia, y ante ese silencio envilecedor, que volvió a aparecer *La Epoca*, el desgraciado periódico que en tan pocos años de vida había sostenido las causas más contrarias con igual ardor e idéntico deseo de lucro. Apareció ostentando el mismo formato, igual tipo y continuando la numeración interrumpida, cual si dentro su silencio de años se hubiesen inmovilizado los sucesos; y sus primeras frases fueron para dar por roto su pasado y rendir parias al soldado gobernante.

«Queremos firme y profundamente que ese pasado no exista a nuestra vista. Lo reputamos un cadáver, y echamos sobre él la más pesada loza que podamos...»

En su segundo número de 19 de febrero de 1866, aseguraba que antes del triunfo de Melgarejo sobre Arguedas, todos pensaban que «sometería a éste pueblo a la más dura y triste condición del vencido»; pero «la Providencia que concedió la victoria al general Melgarejo, puso en su corazón sentimientos de paz y de benevolencia para los vencidos, y el vencedor otorgó a La Paz las más amplias garantías y olvido de lo pasado...»

Y él, ciertamente, lo creía llegando a pensar por último, y dada su miseria razonadora, que el mundo todo estaba bajo el dominio de su voluntad.

Sólo que no contaba con el fuerte sentimiento de pudor

(1).—*La Legación de Chile en Bolivia.*

y delicadeza de las mujeres de buenas familias que se resistían enérgicamente a entrar en contacto con doña Juana Sánchez, quien durante la campaña había concluido por encadenar el corazón y los sentidos de Melgarejo y ahora ansiaba rolar con las señoras mundanas y de tono, y entrar, si posible, en su intimidad; pretensión a que se negaban las familiares por no ignorar que en tanto que ella, la manceba, recibía honores y holgaba con las al parecer espléndidas comidas de la morada presidencial, la esposa legítima, honrada y modesta mujer, hermana de uno de los favoritos viles, vivía en el más completo abandono y sufriendo toda suerte de escarnios y hasta miserias.

Y si la irritación de doña Juana era grande, mayor era la de Melgarejo porque su amor hacia esa mujer se mostraba excluyente y avasallador. No quiso, pues, que se prolongara esa humillante proscripción de su amante; pero como sabía que nada le sería dable obtener de grado, púsose a meditar y concibió un plan diabólico por su ingeniosidad y los resultados que produjo. De la noche a la mañana hizo reducir a prisión a los deudos más inmediatos de las más respetables y encumbradas familias bajo la terrible acusación de que iban tramando contra la seguridad del gobierno y que éste, como único medio de defensa, había adoptado la resolución de castigar en el cadalso tan grande iniquidad. A la vez, y para dar mayor viso de certeza a la amenaza, se envió a los frailes de la Recoleta para que fuesen a suministrar los últimos sacramentos a los condenados que se hallaban incomunicados y severamente guardados con centinelas de vista.

No son para descritos el terror y la alarma de la población. Se le sabía al soldado capaz de eso y mucho más. Ruegos, súplicas, memoriales, todo resultó inútil ante la cólera fingida de Melgarejo. Entonces, cuando mayor era la consternación de las gentes, se sugirió, por quienes tenían encargo de ello, la idea de que el solo medio posible de lograr la gracia de los condenados era conseguir apiadar a doña Juana Sánchez... Y las miserables, aunque venciendo mil repug-

nancias, todo contritas y pesarosas, tuvieron que pedir a doña Juana intercediese en favor de los condenados, ya que tan grande era su ascendiente con el general y tan magnánimos se mostraban sus sentimientos.

La vanidad de aquellos dos seres ordinarios e ignorantes, quedó satisfecha con la humiliación de las familias, muchas de las que desde ese momento, y no pudiendo emigrar, se refugiaron en sus haciendas de puna y valle, hasta la caída de la tiranía, contribuyendo acaso con esta su actitud que los fundos rústicos diesen su total rendimiento porque nunca como entonces hubo tal abundancia de artículos de consumo en el mercado.

Eso buscaba Melgarejo: imponerse por el terror y que todos los que no se le sometían huyesen lejos del país o se mantuviesen apartados de la política. Sus papeles públicos no cesaban de pregonar los beneficios incalculables de la paz interna y la necesidad de conservarla a toda costa.

«Cuarentiun años,— decía *La Epoca*,— que tenemos de vida independiente; y en cuarentiun años Bolivia cuenta más de cien revoluciones estalladas, o abortadas, o sofocadas: de modo que toda nuestra vida ha sido tempestuosa; hemos vivido en la revolución, y no es extraño que la mayor parte de las cabezas esten volcánizadas, así como la mayor parte de los corazones estén secos y desencantados tocando tal vez sino al ateísmo, al exceptisismo. ¿Qué hemos sacado de tantas revoluciones? ¿Qué ha ganado Bolivia de tantos sacudimientos políticos? El atrazo, la miseria, la desmoralización, el desorden, la licencia y todos los males juntos.»

Y concluía exclamando hipócritamente:

«Basta, por Dios, de revoluciones! ¡por Dios basta de Libertadores!»

¿Pensábanlo sinceramente los hombres que escribían tales cosas? Todavía nó. Los abusos del mandatario eran mayores todos los días y se presentaba más licenciosa su conducta. Se hacían demasiado frecuentes sus borracheras y el palacio se había llegado a convertir en un lugar de placer cómo-

do y fácil. Y los descontentos abundaban sobre todo en el séquito de los letrados civiles, entre los que se contaban algunos ministros y particulares de alta situación, sin que tampoco nadie se atreviese a formar un partido de oposición, o decir algo por la prensa acobardada y muda.

El ministro Oblitas que rivalizaba con Muñoz en el deseo de privar en el ánimo del caudillo esforzándose ambos en ser a cual más complacientes con el mandatario, tenía una divisa demasiado cómoda para explicar las claudicaciones de los ineptos y de los mediocres: «Boliviano antes que todo,— decía,— debo prestar mis servicios a mi patria» . . . Y servía fielmente a los caudillos, variando siempre de opinión y de conducta y aunque sus actos de un día anulasen los del anterior, igualmente convencido de su importancia y de poner al servicio de la patria las dotes de su talento . . .

Y fue él, Oblitas, quien en los primeros meses del año 66, «tuvo la ocurrencia de cambiar el tipo y la ley de la moneda, haciendo acuñar los *pesos Melgarejos*» que llevaban al dorso las efigies de Melgarejo y Muñoz con una reveladora inscripción: *Al valor y al talento* . . .

Poco después, resentido con el caudillo y pensando que tenía la suficiente fuerza para echar abajo a su amo, se fue a Potosí a encabezar un movimiento revolucionario abortado en sus comienzos, y del cual quiso aprovecharse con maña para desvincular a Melgarejo de su secretario general, asegurando que también éste se hallaba comprometido en el plan revolucionario. Entonces Muñoz, azorado por la imputación que entrañaba un peligro para él dado el carácter suspicaz y atrabiliario del presidente, y comprometía seriamente su actuación de favorito, se vio en el caso de desmentir por la prensa la imputación y de manifestar su ciego obedecimiento y su acato al gobernante:

«Los enemigos del reposo público,— dijo,— desarmados con los golpes que han sufrido, han puesto en juego otro género de trabajos más viles aun que aquellos: han principiado a sembrar la discordia en el gabinete, ora incensando al in-

cauto ministro Dr. Oblitas, hasta hacerle comprender en su necia presunción, que podía tomar las riendas del Estado, ora haciendo correr el rumor de que yo era el desleal amigo del general Melgarejo y el ministro traidor de la causa de Diciembre. Nó; nunca! Esa infamia estaba reservada a un extranjero sin alma que traicionó al que titulaba su padre y a un vil ministro que alzado por el general Melgarejo a un puesto elevado sacándolo de la nada, llegó a persuadirse que era digno y capaz de todo: a un Fernández y un Oblitas» . . . «Más quiero mis pequeños esfuerzos a las glorias del jefe a quien sirvo, que pretender elevarme a un puesto que no podría conservar». «Cuando el caudillo a quien acompaño, crea ya innecesarios mis servicios, gustoso me retiraré al seno de mi familia ocuparme de la educación de mis tiernos hijos. Harto satisfecho estoy con la amistad y alta confianza que merezco al general Melgarejo . . . » etc.

Hacia esta época un acontecimiento de innegable importancia que no preocupó la atención de uno solo de los bolivianos, vino a aumentar el indigente caudal literario del país con una obra, si no fundamental por la solidez de su criterio y la absoluta pureza de sus fuentes, imprescindible para las investigaciones históricas, base en que reposa la conciencia colectiva.

Don Juan Ramón Muñoz Cabrera, de origen al parecer argentino, pero constante servidor de los caudillos bolivianos, había, en largas y provechosas horas de meditación y estudio al margen de sus nada complicadas labores diplomáticas, logrando reunir considerable número de documentos sobre la guerra de la Independencia y publicar su libro, *La Guerra de los Quince Años*, que sólo le sirvió de momento para que sus rivales políticos y las geventuelas de la prensa, envidiosas y enconadas contra su talentos, le señalasen a la atención de las chusmas como a un «extranjero advenedizo», sin comprender, en su ignorancia, la suma de esfuerzos indispensables para producir una obra de semejante índole, ni darse cuenta de lo

trascendental que es para un pueblo volver los ojos al pasado y verlo reproducido en sus detalles significativos.

Y es que tiempos eran esos de lucha dolorosa por la conquista de las libertades públicas, o el predominio político y en que los actos de inteligencia o voluntad laboriosa no significaban nada a los ojos de las gentes semicultas, ni llamaban la atención de los dirigentes, y menos la del mandón que sentía profundo desprecio, como todos los déspotas, por los hombres de inteligencia superior y a los que despectivamente llamaba «doctorcitos», poniendo todo su apoyo y su fervor en la soldadesca ignorante y degradada ofreciéndole constantemente el culto de la fuerza.

Y todos no tenían más afán que mantenerse en su posición de favorecidos, sin incurrir en el enojo del amo, todos los días más envanecido con las alabanzas viles de sus seides que aseguraban formal y con una impudicia propia de su condición de sometidos, que Melgarejo había llegado a marcar nuevos rumbos a la política del país por su tolerancia sin ejemplo, su bondad desbordante, debido todo a estar el mandatario ayudado directamente por la Divina Providencia.

Ya lo decía el mismo bárbaro en una proclama al ejército después de unas maniobras de tiro:

«Bien sabéis, soldados, que desde la hermosa mañana del 28 de diciembre, la libertad ha ido tomando nuevos y esplendorosos realces, y que en el día a nadie se persigue; que si hay algunos bolivianos en playas extranjeras, es porque no queriendo conformarse con la moderación del Gobierno, han preferido expatriarse voluntariamente, sin advertir inconvenientes! que la Divina Providencia me ha tomado por instrumento de la realización de sus misteriosos designios respecto a los altos destinos que tiene deparados para esta noble porción de la humanidad que puebla Bolivia . . . »

Y la mentira, oficial y de opinión exteriorizada por la prensa, campeaba siniestramente impune, porque el histrión engalonado, ni amigos tenía sino vasallos, «No tiene,— dice el más verídico y el más honesto de sus testigos, el historia-

dor Sotomayor Valdés, — un solo amigo de corazón, y sin embargo todo el mundo le acata. Entre 100 individuos hay 99 que llevan la conspiración en lo profundo de su pecho, pero que no se atravengan a mover un dedo y aparecen resignados a esperar más bien que un evento casual o el rayo de Dios acabe con el hombre que detestan.... »

Y la adulación vencía todo sentimiento de justicia; pero, era lo peor que esa adulación era prodigada cínicamente por los hombres de más alta representación intelectual y aun por los mozos que comenzaban a señalarse en los puestos públicos por su talento, y que no tardarían en descollar primero y figurar después, aferrándose luego, para pretender borrar su pasado de vergüenza, no sólo a explicar sino a disculpar la acción de Melgarejo echando la culpa al medio, a «las revoluciones legendarias, la relajación de las costumbres, la ambición de las nulidades, la bajeza de los unos, la cobardía de los otros y la tolerancia general....» (1)

Así, en un banquete ofrecido en palacio a la llegada de Melgarejo a la ciudad, realizada por medio de arcos de flores y al son marcial de las bandas de ejército, uno de esos jóvenes, ese mismo Tamayo, o Thajmara, entonces oficial primero del ministerio de gobierno e Instrucción, saludaba con estas palabras a la labor de «progreso» realizada por el soldado:

«Hoy lo veis (al país) abrirse como el botón de una flor a las irradiaciones del progreso, regenerarse como la crisálida a la dulce influencia de los rayos de un sol de primavera, etc., etc

El país, pues, había caído, en suma, en manos de un bárbaro y pronto iba a sufrir las consecuencias de su complicidad o de su impotencia para sacudirse de la aplastante tutela, pues fue ese momento que los países vecinos aprovecharon para ensanchar su dominio territorial a costa de un pueblo enfla-

(1).—THAJMARA. *Habla Melgarejo etc.*

quecido y debilitado por sus constantes malandanzas. Chile y Brazil, que conocían de sobra al hombre, su manía de ostentación, su pueril vanidad y su crasa e ilimitada ignorancia, se apresuraron en acreditar misiones especiales con encargo de definir las pendientes cuestiones de límites que hasta entonces no habían podido ser solucionadas por el eterno desbarajuste en que vivíamos los bolivianos y la política mañosa observada por los vecinos. Los ministros de aquellos pueblos sabían bien a lo que iban: un documento de alto valor representativo les habían abierto los ojos sobre el valor intelectual del hombre que gobernaba y de los que le seguían.

A poco de imponerse el militar y enorgullecido por los aplausos que con aviesa intención le prodigara la prensa de los países limítrofes, especialmente la chilena, lanzó el 18 de marzo de 1866 un decreto en que proclamando a la faz del Continente la comunidad de ciudadanía en América, suprimía las fronteras de su patria y llamaba a todos los ciudadanos del mundo latinoamericano a ingresar al territorio de la República para compartir con los nacionales todos los cargos públicos con excepción de la presidencia y «de los altos Poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial».

El decreto, por extraño que parezca, halló acogida en los hombres que rodeaban al iletrado, deseosos todos de no atraerse su enojo o su resentimiento. Don Juan de la Cruz Benavente, ministro de Bolivia en el Perú, y, sin duda, uno de los pocos hombres preparados de aquella época, decía del decreto que con el tiempo llegaría a tener la trascendencia de la doctrina de Monroe, y lo recomendaba a los hombres de talento para loar debidamente la obra del «bravo guerrero de los Andes.»

Un decreto de semejante factura daba una cabal medida del alcance mental de esos hombres en materia internacional, y no era difícil, por tanto, que los agentes acreditados ante ese gobierno llevaran la confianza de conseguir en su totalidad los propósitos que perseguían.

Porque algo más sabían los diplomáticos encargados de buscar soluciones a las contiendas fronterizas de Bolivia: sa-

bían que la voluntad del mandón era preponderante y disponía a su capricho de los hombres, y esto con crueldad refuendada, con el evidente deseo de humillar siempre a sus servidores, cual resulta de una relación hecha por el escritor chileno, Walker Martínez:

«Recuerdo, — dice, — que una vez estaba con él en uno de los salones de palacio, contiguo al principal. Acababa de tener lugar una especie de recepción pública, en la cual los nombres de «héroe», «primer soldado americano», «émulo de Napoleón y Bolívar», etc., etc., y cuando puede inventar la adulación más rastrera, se le habían prodigado por muchos vecinos de La Paz. Melgarejo, cansado de estas humillantes manifestaciones de servilismo, se había retirado al salón en que hablaba conmigo, muy joven entonces, sobre asuntos de Chile. Los edecanes, ministros de Estado y generales, llenos de pies a la cabeza de bordados y entorchados de oro de mal gusto, estaban en el salón principal, como corte grotesca de un monarca bárbaro, y hablaban entre sí y hacían algún ruido. Fastidióse el caudillo con el murmullo que llegaba hasta él, y abriendo la puerta y asomando la airada cabeza, dijo a los cortesanos estas textuales palabras que aun conservo frescas y palpitantes en mi memoria: ¡Silencio, canallas...! (1)

La misión chilena estaba compuesta del ministro Vergara Albano y su secretario Walker Martínez, y los dos hombres poseían el supremo arte de la seducción y el engaño: el secretario fue favorito de Melgarejo por algún tiempo y el ministro, en nombre de su gobierno, le confirió el grado de General de División del ejército chileno, y ambos también, sobre todo el ministro, emitieron la opinión e hicieron votos porque se llegase a solucionar las cuestiones de límites entre los países vecinos. Con tanto ardor y con tan buenas mañas supieron insistir en el propósito, que muy poco después, el 10 de agosto de 1866, se firmó un tratado leonino y disparatado por el que

(1) Walker Martínez, *El Dictador Linares*.

se fijó un límite impreciso y se dispuso que los productos descubiertos y explotados en cierta zona comprendida entre los grados 23 y 25 serían comunidad de ambos países, lo que hacía decir con razón a otro diplomático chileno que ese tratado era «la última expresión del absurdo».

Menos laboriosas pero igualmente beneficiosas para su país fueron las gestiones de López Netto, el plenipotenciario brasileño.

Se presentó López Netto con toda la faustuosidad con que en ocasiones suele rodearse la representación brasileña, llenando de asombro y estupor ya no al pobre y miserable pueblo que malvivía entre la indigencia y la esclavitud, sino a los mismos personajillos del gobierno, comenzando del capitán general, que habiendo nacido en cuna plebeya no conocía por tanto casi ningún refinamiento de lujo y su vida se había deslizado hasta entonces en la poquedad y aun en la miseria.

Títulos sonoros y brillantes condecoraciones para Melgarejo, ricos joyeles para la concubina predispusieron la voluntad de todos en favor de esos rumbosos agentes que «en poquísimos días, sin discusión, sin alegatos» consiguieron firmar el tratado de 27 de mayo de 1867 y por el que, según el eminente brasileño general Cerqueira, «el Brazil obtuvo de Bolivia cuanto propuso y pidió. Consiguió en este tratado con Bolivia, retrotraer la línea, del punto medio del Madera hacia su origen, esto es, de la latitud 6° 52' a la del 10° 20' y no fue más al sud porque sólo hasta la boca del Beni, a 10° 20' llegaron las pretensiones de los portugueses. . . .»

Pero Netto con habilidad agusada por el triunfo, consideró que era preciso remachar su conquista con un solemne voto legislativo, e hizo ver a Melgarejo la necesidad de reunir un congreso que aprobase el tratado convenido y diese carácter legal a sus anteriores actos.

Y se reunió el congreso bajo la presión de unas elecciones sin garantías. « Los ciudadanos, —dice un testigo,— que contra su voluntad y sus sentimientos resultaron electos por la soldadesca, según las órdenes del gobierno, principian a ex-

cusarse obstinadamente. El doctor Aspiazu abandona el cargo de Cancelario que desempeñaba y fuga, expatriándose desde ese momento.

«El día en que debió resolverse la crítica cuestión que debía fraccionar nuestro territorio, para cederlo al Imperio del Brazil, se duplicó la guardia de la asamblea, y se le mantuvo bala en boca. Un terror pánico se esparció por toda la población: el batallón 1º estaba también con las armas cargadas, y todo el ejército listo a acudir al Loreto a la primera señal.»

«Se abre la discusión. El presidente de la asamblea. (*el diputado por Santa Cruz Ribera y después ministro*) consultaba a cada instante el ministro Muñoz, que se hallaba a su lado y hacía ademanes de amenaza y visajes odiosos de desprecio y provocación a los patriotas» y sin detenerse en lanzar palabras desafiadoras y aun groseras a los diputados opositores. Y «la agitación se aumentaba. Los edecanes corrían del palacio del tirano a la sala de acuerdos a instar a los diputados a quienes podían llaman del salón de la asamblea, aprobasen ¡por Dios! el tratado, porque Melgarejo estaba borracho y se esperaba una catástrofe». (1)

Entretanto los opositores, que eran unos cuantos jóvenes diputados, doce en todo, discutían con coraje y empeño, «afrontando, —dice otro testigo,— las iras de Melgarejo, que explicaba aquello como inaudita agresión a su propia persona, y cuando la aprobación se produjo, no cupo a tales representates sino la persecución tenaz, salvando algunos como el publicista e historiador talentoso D. Juan Ramón Muñoz Cabrera, la vida, con la fuga al Perú en cuyas próximas ciudades de Tacna, Arequipa y Puno, vivía en asilo seguro la flor de las familias bolivianas, lo más granado de sus hombres públicos, lo más representativo de su buena sociedad tradicional.....» (2)

(1).—*El Republicano, 1871.*

(2).—*SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE LA PAZ. Bolivia Brazil.*

Aprobados los tratados mediante estos procedimientos de iniquidad empleados con esa pobre asamblea del año 68, los miembros de la mayoría dieron valor legal a todos los actos de Melgarejo y llevaron su deseo de sacrificarse por el país hasta dictar una Constitución en reemplazo a la última del 61 que era la que los pueblos venían invocando hasta entonces en todos sus afanes de libertad. Ufanos de esta obra quedaron los representantes. También de su actuación toda en el congreso: habían librado al país de la amenaza de eternas dificultades con dos países limítrofes; habíanle dotado de una nueva carta previsor y que no daba ancho margen, como las otras, a los desbordes demagógicos; y, por fin, habían caído en la gracia del gran caudillo de diciembre, «el capitán del siglo», «el bravo guerrero de los Andes», como le llamaban los periódicos. Entonces Melgarejo, deseoso de festejar tamaños triunfos y corresponder a sus servidores, dió un gran banquete en palacio, al día siguiente mismo de promulgada la Constitución, y al que concurrieron los representantes nacionales, jefes del ejército, los diplomáticos todos y muchas elevadas personalidades.

Gastábase como gran moda entonces la costumbre de los brindis en los banquetes de palacio, donde no se conocía la medida en el beber. Cada uno de los comensales quería manifestar su adhesión decidida al jefe del gobierno, y había tantos brindis como comensales en la mesa.

Llegada la hora, uno de los personajes, creyendo sin duda, halagar la ficción legalista del mandatario, tuvo frases de encomio para la nueva carta política a la que seguramente sabría sujetar sus actos el ilustre Melgarejo, flor y nata de los gobernantes pasados y por venir.

La respuesta categórica y brutal vino al punto de los labios del soldado ébrio y cínico:

«Sepa el doctor que acaba de hablar y sepan todos los H. H. señores diputados, que la Constitución de 1861, que era muy buena, me la metí en este bolsillo (señalando el bolsillo izquierdo de su pantalón) y la de 1868, que es mejor según

estos doctores, ya me la he metido en este otro, (señalando el derecho) y que nadie gobierna en Bolivia más que yo!....»

Obvio era el decirlo y así lo adivinaron los pueblos, todos los días más acobardados con los actos vandálicos, cínicos y aun criminosos que se cometían con impunidad por los favoritos del tirano. Pero no se crea que había muerto el espíritu cívico. Al contrario, pues no faltaban locos y patriotas que en uno y otro punto de la vasta nación no alzasen el pendón de la rebeldía aunque tuviesen que plegarlo a poco enrojecido con sangre de generosas víctimas.

Uno de los primeros en rebelarse en Sucre fue el doctor Mariano Reyes Cardona que en la asamblea última había defendido con brillo los derechos de Bolivia contra las desmesuradas ambiciones del Brazil. La noticia fue llevada a Melgarejo con celeridad estupenda, pues el mensajero que le portaba, el militar Hilarión Daza, ganó los 688 kilómetros que separan Sucre de La Paz, en 36 horas, salvando caminos anegados por las constantes lluvias primaverales, y a lomo de bestia.

Inmediatamente Melgarejo comisionó al ministro de la guerra, general Rojas, su hermano político, para que fuera a debelar la rebelión.

Tres días después, otro estafetero igualmente diligente, traía la noticia de que Cochabamba también se movía en armas proclamando, como en Sucre, la presidencia de don Lucas Mendoza de la Tapia y la Constitución de 1861, y que las autoridades principales habían huido a Tarata, miserable villorio elevado al rango de ciudad por decreto de 5 de septiembre de 1866 en honor de Melgarejo y por ser pueblo de su nacimiento.

Entonces el caudillo salió de La Paz a la cabeza de sus tropas; mas no tuvo que llegar a donde sus deseos de venganza le conducían, porque en camino recibió la noticia de haber sido debelados los movimientos de Sucre, Potosí y Cochabamba. Sin embargo siguió adelante para visitar su pueblo y con el solo fin de hartarse con la *chicha*, bebida de su preferencia y a especialidad de la región.

Al llegar a ella fue recibido con alborozo por los villanos y por las congregaciones religiosas allí establecidas, y las cuales habrían de presenciar, aterrorizadas, un acto de bárbara felonía del mandón tarateño.

Luis Lozada, militar de su séquito, era, como casi todos los militares que rodeaban al caudillo, un hombre de costumbres licenciosas, aficionado al alcohol y mujeriego.

En cierta ocasión y «en rencilla accidentada y nacida, a lo que parece, de indecentes motivos» se peleó ruidosamente con el jefe de lo escolta presidencial, el coronel Sánchez, hermano de doña Juana, mozo más perdido si cabe, borrachoso y mujeriego también y de más depravada moral.

Lozada fue separado del comando de su batallón y desterrado luego a una provincia, de la que huyó refugiándose otra vez en la ciudad.

Apenas salido Melgarejo, corrió en ella la noticia que Lozada iba a encabezar un movimiento subversivo, lo que bastó para que fuese cogido de nuevo y enviado, con fuerte escolta, al cuartel general del caudillo, en Tarata, a donde llegó precisamente en vísperas de que los padres franciscanos le ofrecían una misa de gracias al soldado.

Movidos de conmiseración los frailes al saber que el preso sería seguramente pasado por las armas, nombraron a «tres de los más respetables padres del convento para pedirle (a Melgarejo) no la libertad sino simplemente la vida del coronel». Melgarejo no presentó mucha resistencia a la petición y acabó por prometerles que no haría fusilar a Lozada. Los padres se retiraron contentos recordándole a Melgarejo que al día siguiente debía tener lugar la misa prometida».

«En efecto,—sigue contando Sotomayor Valdés,—al día siguiente a las ocho se presentó Melgarejo con su larga comitiva en el templo, oyó la misa y luego fue invitado a desayunar en la sala destinada para este objeto. El general estaba alegre y charlador. De repente uno de los sacerdotes que había intercedido por la vida de Lozada, le preguntó a qué lugar pensaba destinar, en la inteligencia de que Melgarejo pensaba im

ponerle algún confinamiento. A lo que con gran sangre fría contestó Melgarejo:

—Ya lo despaché esta mañana a las cinco.

—¿A dónde, mi General?

—Al otro mundo, padre. . . .» (1)

El 31 de ese mismo mes de enero de 1869 Melgarejo estaba de regreso en La Paz donde había quedado doña Juana Sánchez a cargo de las monjas Carmelitas y de la que no quería separarse un punto. Tres días después, al asistir a una función religiosa en el templo de San Francisco, un joven de razón extraviada llamado Cecilio Oliden y encerrado con tal motivo por largas temporadas en el hospital, arrojó dos piedras sobre el presidente y su comitiva, produciéndose alguna agitación en esta. Melgarejo, todo descompuesto por la cólera, dió orden de fusilar inmediatamente al loco; y la orden se cumplió al punto pues Oliden fue baleado en el atrio mismo del templo: al ser conducido para su ejecución no cesaba de gritar el loco: ¡Viva Dios y viva yo!»

El hecho, como es de suponerse, fue condenado con escándalo y pavor; mas los periódicos se propusieron comentarlo a su manera tratando de probar que había premeditación y deseo de asesinar a Melgarejo, «el gran héroe de diciembre», «el hombre necesario de Bolivia», etc.

Entonces, y como natural consecuencia de esto, se dijo que el orden iba a ser alterado; que era indispensable precaver todas las garantías, y, al día siguiente mismo de este asesinato, es decir, el 3 de febrero de 1869, se suspendieron, por decreto, todas esas garantías nominales y el gobierno asumió la dictadura.

Fue este el comienzo de una serie de crímenes abominables y escandalosos, pues en poco tiempo llegaron a sumarse por decenas las víctimas de ese régimen de corrupción y de ignorancia. Al día siguiente de ese decreto, el general Antezana,

(1).—SOTOMA YOR VALDÉS, *La Legación de Chile en Bolivia*,

hombre de pasiones perversas, borrachín, mujeriego, jugador e ignorante, hizo conducir por la fuerza al cuartel a un empleado inferior de uno de los ministerios porque en su album había encontrado «el retrato de cierta mujer perdida» y le hizo dar de azotes hasta ponerlo en estado agónico. Ante la crueldad del castigo no faltó soldado que lleno de piedad, implorase el perdón de la víctima. Entonces Antezana descargó su sable en la cabeza del soldado que cayó exánime y murió «poco después».

A los cuantos días el coronel Sánchez, hermano de la favorita y jefe de la escolta presidencial, mataba de un balazo a su ayudante que en un cafetín quería impedir asesinase a dos consumidores que allí se encontraban y con los que había armado camorra. El asesino no fue molestado en ningún momento.

En esto llegó el 28 de marzo, pascua de resurrección y día señalado por el mismo Melgarejo para festejar sus cumpleaños y con objeto de que siempre coincidiese con la fiesta simbólica. La recepción en palacio fue suntuosa.

Pasadas las ceremonias oficiales, quedó Melgarejo rodeado de sus íntimos y «empezaron las libaciones». A la hora del banquete se iniciaron los brindes con el del canónigo Baldivia, persona muy considerada entonces, quien, en estilo pomposo dijo: «que por una coincidencia que él consideraba providencial el mismo día en que la Iglesia celebraba la resurrección del Salvador del mundo, había nacido también otro salvador, el invencible general Melgarejo, la primera espada americana y el jefe político que sacando del caos al pueblo boliviano, tenía sobrados títulos para ser mirado como el *Mesías* de la Nación».

Luego habló el prefecto de La Paz, don José Rosendo Gutiérrez, el defensor de los tratados con el Brasil, y dijo: «que deseaba que el general Melgarejo viviese a lo menos 50 años más, para que se prolongase así la envidiable felicidad de que disfruta la patria boliviana, y para tener el gusto de consagrar todos sus años de vida al leal servicio del grande hombre, del general Melgarejo».

«El *grande hombre* contestó al brindis del prefecto, diciendo: «no deseo vivir tantos años, y es muy probable que a la vuelta de un año más, muera quien sabe cómo, y que me lleven los diablos».

Al tercer día de la innoble orgía fue asesinado uno de sus edecanes, el chileno Santiago Bascuñán, por orden del general Sánchez.

Al tener conocimiento del hecho corrió a reclamar a palacio el ministro de Chile, don Ramón Sotomayor Valdés, hombre de letras meritisimo y testigo presencial de la mayor parte de los sucesos de esa luctuosa época y he aquí el retrato físico que traza del soldado cuando se hallaba bajo el influjo del alcohol:

«Su aspecto era feroz y a pesar de la compostura y circunspección que violentamente se impuso, su voz entrecortada y ronca, su pronunciación tartajosa, sus ojos inyectados en sangre, su rostro ceniciento, acusaban en él una de esas agitaciones coléricas que, sin privarle de la razón, lo hace cometer tantos y tan terribles desmanes». (1)

Tantos crímenes apañados por los mismos representantes de la iglesia: tan grandes iniquidades consumadas con la mayor impunidad traían aterrorizado y confuso al país; pero nadie tenía el coraje de protestar y levantarse aun cuando la indignación ardiera en todos los pechos. A un solo recurso echaron mano los oprimidos para exteriorizar su indignación sofocada. Ya que no había prensa libre en el país, huyeron fuera, y, desde el exilio; escribían periódicos y panfletos cargados de odio y clamantes de venganza; pero tampoco los remitían a sus compatriotas porque la correspondencia era violada y no había medios de difundir ideas de revuelta.

Algo más; aun pudiéndolo se habrían guardado de hacerlo porque el espionaje era intenso y la más leve sospecha servía para decretar prisiones y destierros a granel, cuando no se iba a derramar sangre.

1).—*La Legación de Chile en Bolivia.*

Sin embargo, no faltaban algunas veces hombres de cierto valor y sinceramente patriotas que aconsejasen a Melgarejo atemperar los planes de su sistema político y usar de mayor moderación en sus placeres, a lo que el otro respondía de muy buena fe: «Dejadme gozar, que ahora es la ocasión».

Gozar era su preocupación dominante; derrochar los dineros fiscales en sus goces. Sólo que muchas veces las arcas estaban vacías y le era forzoso recurrir a mil expedientes para conseguir fondos.

Es en estas circunstancias que le fue sugerida la idea de vender las tierras de comunidad pertenecientes a los indios y que él la acogió de muy buen grado puesto que le permitía satisfacer, sino sus propios intereses, los de sus favoritos, de su concubina y de su propia familia.

Hasta entonces, en más de enarenta años de vida republicana, los indios no habían logrado merecer ninguna atención de parte de los poderes públicos, no obstante de constituir la inmensa mayoría de la Nación. Sólo algunos decretos justificados había dado el Libertador restituyéndoles sus tierras detentadas por los conquistadores o concediéndoles ciertos privilegios; pero esos decretos únicamente quedaron escritos porque nunca nadie quiso ponerlos en práctica.

Y hoy los indios constituyen una masa formidable por su volumen; pero una masa pasiva porque no sigue ni de lejos las fluctuaciones políticas, ni económicas, ni sociales, ni religiosas del medio donde se desenvuelve. Permanece ignorante de su fuerza, aislada, produciendo poco, consumiendo apenas, sin llevar nunca un aporte decisivo al empuje nacional. No pone al gran concurso la fuerza de su cerebro porque nunca fue cultivado; apenas la de sus brazos. No impulsa ninguna clase de comercio porque sus necesidades son limitadas. No progresa porque jamás conoce las preocupaciones engendradas por la escuela y la cátedra. Y sólo conoce al blanco por sus excesos; jamás por sus beneficios. Es el poder de sus manos férreas que le envilece.

Y el indio, sujeto a la tiranía del patrón, vivía su pobre

y miserable vida en medio de explotaciones sin nombre, enteramente subyugado a aquél. De todo le servía y era sólo con el sudor de su frente que se alimentaba el blanco. Su miseria y su ignorancia escasamente servían para inspirar artículos jocosos a algún foliculario ocurrente y despreocupado, uno de los cuales daba la siguiente definición del *pongo*, que es el peón de una hacienda que por una semana va a prestar sus servicios de doméstico al patrón en la ciudad llevando consigo el combustible:

«Un *pongo* es el ser más parecido a un hombre; es casi una *persona*, pero pocas veces hace el oficio de tal; generalmente es *cosa*. Es algo menos de lo que los romanos llamaban *res*. El *pongo* camina sobre dos pies, porque no la han mandado que lo haga de cuatro: habla, ríe, come y, más pue todo, *obedece*; no estoy seguro si piensa *Pongo* es sinónimo de *obediencia*; es el más activo, más humilde, más sucio y glotón de todos los animales de la creación» (1)

Se distribuyeron, pues, los terrenos pertenecientes a los indios, y se invocó, como pretexto, la necesidad de amortizar la deuda interna y de impulsar los trabajos agrícolas poniendo en manos más activas y emprendedoras la tierra.

Este argumento de apariencia vigorosa fue hábilmente manejado por los papeles públicos y por todos aquellos que tenían inmediato interés en que se llevase a cabo la proyectada medida. Y se hizo así ante el desesperado llanto de toda una raza y cometiendo tales hecatombes bárbaras e inmisericordes que apenas y repugna el describirlas. Baste saber, como un simple dato numérico, que las víctimas inmoladas pasan de dos mil en la sola región de Taraco y que hubo propietarios, como doña Juana Sánchez, que entraron en posesión de ochenta fincas extensísimas, o, como el general Antezana, que poseía «más de cien leguas de terreno situado en las fértiles orillas del Titicaca».

Llegó en esto el «glorioso» día del 28 de diciembre, ani-

(1).—*La Situación*, 1869.

versario del asalto del poder declarado día de fiesta cívica y que se celebraba todos los años con grande aparato de regocijo público. En este año de 1869 revistieron particular importancia los festejos porque se había desbaratado una terrible conspiración tramada por el coronel Agustín Morales y todos creían que así se había afianzado de modo incommovible la dominación del bárbaro caudillo. Tan honda era esta convicción, que muchos políticos profesionales, que por una u otra causa repugnaban seguir a Meigarejo y vivían apartados de las funciones públicas, poco a poco se fueron a engrosar las filas oficiales, como los generales Agreda y Ballivián, don Ricardo Bustamante, don Jorge Oblitas y otros.

Al mismo tiempo, y a medida que la mayor parte de los hombres culminantes, cerrando los ojos a escrúpulos y a la realidad dolorosa del día, ofrecían sus servicios al hombre fuerte y tremendo que dominaba, los otros, los logreros y agradecidos extremaban sus manifestaciones de alabanza. Se le llamó al bárbaro «el hombre necesario de Bolivia» y se dijo, con toda sangre fría, que en cinco años de administración había cambiado Meigarejo la faz de la República...

«Bancos de emisión, descuentos, depósitos, bancos hipotecarios, vías carreteras en todas direcciones, instrucción pública, libertad del pensamiento, tratados honrosos para la Nación, de amistad, comercio, navegación, obras públicas de conocida utilidad, crédito bien cimentado, en una palabra, ha atravesado con paso firme el campo de las reformas en todos sentidos, gracias a su genio emprendedor y progresista» ... escribía en *La Situación*, con aterradora inconsciencia o con servil impudor, algún pobre diablo de la prensa palaciega.

«Buscad, —agregaba otro, en el mismo papel, —otro hombre desde que Bolivia tiene este hombre, que en unas horas piense y ejecute una revolución; que en unas horas conquiste soldados, dé batallas y cambie la situación de la República, y decid después si no hay derecho para que aceptemos la protección de la Providencia para ese hombre y para ese pueblo.....»

Estos elogios de la gentuza escribiente los aceptaba con naturalidad el soldadote, como un acto de justicia a sus desvelos por el bien del país, pues pensaba sinceramente que lo servía con decisión, y en su abono ponía la prolongación de una calle y la apertura de un tajo en un cerro de La Paz, que daba paso de la ciudad a los llanos de Potopoto, hoy Miraflores, obra insinuada por algunos de sus ministros

En esto, y hacia mediados del año de 1870, marchó Melgarejo a Oruro para reunir una asamblea que había convocado y que el 10 de agosto le nombraría presidente constitucional. Aprovecharon de su ausencia algunos jóvenes para asaltar uno de los cuarteles y tomarlo; pero resultó estéril y vana su tentativa libertadora. Poco después, en ese mismo mes de julio de 1870, se lanzó a la circulación un manifiesto del doctor Lucas Mendoza de la Tapia en que se exhortaba a los bolivianos contra el gobierno brutal y autoritario del caudillo y se invocaba el imperio de la Constitución. A fines de ese año; en octubre, se supo que al manifiesto formulado por la Tapia, había seguido en Potosí la revolución de hecho estallada el 22 de ese mes y dirigida por el general Rendón.

Los melgarejistas acogieron con inquietud la noticia pero ocultaron su turbación con frases orondas y burlescas. Aquello no tenía importancia alguna y lo único verdaderamente lamentable era que el gran capitán había tenido la desgracia de ser aporreado por un caballo que le fracturó el pie en Oruro; pero a la fecha habían desaparecido las crueles dolencias y se preparaba, — cuenta un periódico, — «para ir a escarmentar en persona a los sediciosos que a su nombre huirían de pavoridos».

El 3 de noviembre salió Melgarejo con sus tropas, camino de Potosí; pero no bien se alejara lo bastante de la ciudad cuya guarda había confiado a uno de sus más adictos partidarios, el teniente coronel Hilarión Daza, jefe del batallón 39, cuando fue comprado por 10.000 pesos reunidos en suscripción entre la mejor juventud de La Paz. En el trato de venta no hubo el arranque generoso del hombre que viendo esclavizado a su país rinde en su defensa los medios de que dispone, sino la

grosera ambición del egoísta, para el que nada existe de respetable cuando del dinero se trata.

Al mismo tiempo que se consumaba la revolución en La Paz, reaparecían los periódicos independientes enmudecidos por el espacio de seis años de dolor y de vergüenza. Reaparecieron con nuevos bríos, lanzando artículos inflamados por la pasión del odio hacia la torpe tiranía y el deseo vehemente de sacudir la absurda dominación, tomando como conmovedor estribillo el angustioso lema de: «O entre el hogar con gloria y dignidad del republicano, o en la tumba sobre el laurel del libre».

La revolución estalló, casi unánime, el 24 de noviembre, y el 25 se presentó Morales en la ciudad, siendo recibido en medio de delirantes aclamaciones. El 26 fue nombrado Morales jefe supremo de la revolución y secretario el doctor Casimiro Corral, y los dos se preocuparon de organizar tropas bajo la base del batallón 3º armándolas con los fusiles que Morales había traído consigo del Perú. El entusiasmo popular era indescriptible: a diario se organizaban reuniones públicas al aire libre donde se pronunciaban discursos violentísimos contra Melgarejo; en todas las casas flameaba la enseña nacional, se daban fiestas populares, se cantaba el himno nacional con alto fervor y se paseaban por las calles los retratos de Bolívar y Sucre, como símbolos de la pureza y previsión administrativas.

En medio de tales explosiones de viril y noble entusiasmo vino la terrible noticia de la sangrienta derrota de los revolucionarios potosinos. El 28 de noviembre había asaltado Melgarejo la ciudad de los tesoros, famosa, donde los enfurecidos soldados del tirano se entregaron al saqueo por el espacio de 24 horas después de haber victimado más de 400 hombres.

Pero la noticia no abatió los ánimos en La Paz. Por el contrario, todos se sintieron con bríos para acabar de una vez y para siempre con la tiranía del bárbaro o sepultarse entre los escombros de la atormentada ciudad; todos se sintieron bellamente viriles, noblemente heroicos.

Melgarejo conocía la índole de la ciudad contra la que iba a combatir, y, sin hacerse grandes ilusiones, ordenó la inmediata marcha de su ejército. El viaje fue duro y aun penoso para todos. La estación se presentaba «excesivamente húmeda y tempestuosa»; y Melgarejo, mal herido todavía del pie, sombrío, caviloso veía por todos lados cerrarse su horizonte de placeres. Los más de sus amigos lo habían abandonado y no contaba sino con la lealtad decidida y desprendida de sus soldados y la del doctor Muñoz, su secretario general de siempre. Los demás pueblos, Oruro, Sucre, Cochabamba, el lejano Santa Cruz, se habían unido a sus enemigos y ahora quedaba solo. Solo, con sus adictos soldados; solo, frente a la Nación en pie que le repudiaba implacablemente; solo, frente a su destino.

Y entonces, ante el aspecto sañudo del cielo casi constantemente nublado, lleno de dolores e inquietudes, sintió sobre sí el peso de la reprobación nacional, y, con más intensidad todavía, la tremenda inquietud de ignorar lo que había pasado con la mujer que era el ídolo de su culto. . . .

Le habían dicho en ruta que los revolucionarios estaban decididos a sacrificarla si atacaba a la ciudad, y era terrible su conflicto al pensar en la actitud que asumiría a su llegada a la urbe rebelde.

Aquí la decisión de morir era firme e inquebrantable. «No podemos ni parar ni retroceder sin perdernos»— titulaba *El Republicano* uno de sus artículos mejor escritos. Y añadía con pasión conmovedora:

«Estamos ya en camino. La revolución proclamada el 24 de noviembre tiene que salir victoriosa o sucumbir bajo la bárbara presión de la tiranía que con la última convulsión de la muerte se arrojó contra las paredes de Potosí. La revolución y con ella la Libertad, o Melgarejo y con él la barbarie, deben triunfar precisamente en la gran cruzada que los pueblos han emprendido para conquistar sus derechos. No hay remedio en este dilema. El pueblo y su tirano están frente a frente y en actitud bélica. . . .»

Y luego, tras de asegurar que Melgarejo por vencer no

se detendría ante ningún escrúpulo, daba este consejo para combatir:

«Si al primer toque de rebato, si a la primera señal de combate, si al primer anuncio de peligro, salimos todos de nuestras casas con las armas en las manos, si todos hacemos fuego al enemigo, si todos le hacemos la guerra; no nos vencerá, ni nos hará daño considerable, y aun cuando nos lo haga viviremos después del triunfo libres, con iguales derechos y en fraternal unión. Vencer es querer para un pueblo».

Días después, cuando se supo que Melgarejo y sus tropas se aproximaban a la ciudad, lanzaba el periódico estas palabras hijas de la decisión y del anhelo de vencer para alcanzar tiempos mejores, ¡ay, lejanos!

«Melgarejo y Muñoz deben ya caer. Han robado, incendiado, asesinado, saqueado, mutilado el territorio, humillado la dignidad nacional, vilipendiado la moral y la religión, pisoteado las leyes y las instituciones. ¿Qué más tienen que hacer? Ningún crimen les queda por cometer. Luego ya es tiempo de que desaparezcan » (1)

En la mañana del 15 de enero de 1871 aparecieron las tropas del caudillo coronando la arista de los cerros que dominan la ciudad por el poniente y de donde arranca la llanura yerma y gris. Venían cansadas y abatidas, no tanto de combatir como por haber cruzado más de 600 kilómetros de caminos inundados por las lluvias primaverales. Parecía que también sobre ellas se abatía la pesadumbre que se había apoderado del ánimo de Melgarejo, que, demacrado, envejecido, con la lengua barba encanecida y descuidada, marchaba casi siempre mudo y con el rostro contraído por amargo gesto de dolor y desencanto.

Al llegar al alto, avanzó, sólo, hasta la misma ceja de la cumbre, y se puso a contemplar la ciudad, casi velada por la niebla, que se extiende en lo hondo de una quiebra rugosa y

(1).—*El Republicano*, 1870.

árida y se quedó algún tiempo en contemplación muda y apasionada. Luego llamó a algunos de sus jefes y soldados más adictos, y, con lágrimas en los ojos y en la voz, les recomendó que hiciesen lo posible por ponerla en sus brazos a doña Juana.....

El choque fue brutal y apasionado por ambas partes, aunque desde un comienzo se notase la falta de esa decisión desesperada e innimitablemente heroica con que sabían atacar los soldados del bárbaro. Los paceños se defendieron con más bravura todavía y el combate no era sino una cruel y despiadada carnicería aumentada con el horror del incendio a que hubo de recurrirse para desalojar de las casas a los soldados del gobierno.....

De 2,271 hombres se componía el ejército paceño, y de 2,328 el del caudillo. Hacia el crepúsculo habían quedado en las calles 1,378 hombres fuera de combate y era aquello una carnicería atroz.

A eso de las ocho de la noche emprendió la fuga Melgarejo acompañado de los más de sus partidarios militares de alta jerarquía. Huía sin haber logrado saber nada de doña Juana Sánchez, llevando en el pecho el odio, la angustia y la pena; huía acosado como una mala fiera por los indios que cercaban la ciudad y cuyo auxilio habían invocado imprudentemente los revolucionarios. Muchos jefes de su comitiva, sea porque no llevasen buenas cabalgaduras, o porque no contasen con fondos para los gastos de la forzada proscripción, se desprendieron de la huyente caravana y se internaron a la quebrada de Achocalla, donde fueron muertos a palo y piedra por los indios. Cayeron 17, es decir, el doble de los que habían muerto en el combate. Los otros seguían huyendo al amparo de las espesas sombras de la noche y dando vivas a Morales para despistar a los perseguidores, que, recelosos y vengativos, corrían también tras los prófugos rematando, sin piedad, a los que se detenían a causa del cansancio de sus bestias, o por cualquier otro motivo.....

Sólo cinco llegaron a la frontera del Perú; y así los in-

dios, desposeídos de sus tierras, injustamente maltratados, doloridos, se vengaron de aquellos que les habían arrebatado lo solo que da algún motivo y valor a su vida. . . .

Así también cayó el iletrado de las hazañas estupendas, después de haber manchado con sus crímenes y excesos esa pobre época en que todo se aparece a la imaginación increíble, enorme, caótico: escenas de sangre, matanzas, orgías, simulacros de patriotismo, locuras, borracheras, pudiende decirse, como se ha dicho, que todo ese período es sólo una farsa teatral, trágica y terrible, en que el escenario es toda una nación y, los actores, militares de uniformes aureos, togados, frailes cortesanos, rufianes y hasta diplomáticos

CAPITULO II.

Morales es aclamado presidente provisorio de la República.—Biografía de Morales y rasgos predominantes de carácter.—Su ignorancia.—Mensaje de Morales a la asamblea de 1872.—Su falso desprendimiento.—Apasionado debate que ocasiona su fingida renuncia de la presidencia.—Atropellos del bárbaro.—Resortes que mueve para que sea rechazada su renuncia.—Logra atraer a los principales miembros de la asamblea.—Es proclamado presidente provisorio.—La asamblea anula los actos de Melgarejo.—El proceso de la nacionalidad.—Empréstito Church.—Discusión del sistema federal.—Trabaja el caudillo para ser elegido presidente constitucional.—La misión Bustillo en Chile.—Muerte de Melgarejo.—Se presentan propuestas para la construcción de ferrocarriles.—Cómo se viajaba entonces en el país.—Morales se muestra decidido a no dejarse arrebatar la presidencia.—Pesimismo político de Ballivián.—Morales es elegido presidente constitucional.—Párrafos de su mensaje que retrata tristemente la situación del país.—Rentas nacionales en 1872.—Debate político en la cámara y la tristeza de la vida pública.—Vida privada del bárbaro.—Vuelve a atropellar el congreso y su discurso incoherente.—Rompe con su ministro Corral.—Muerte desastrosa de Morales.

«En Bolivia no tienen memoria»,—había dicho el presidente Achá con profundo convencimiento, y de esta desolada convicción participaba don Jorge Oblitas, quien tenía motivos personales para conocer los beneficios que procura toda amnesia colectiva.

Por no tener memoria y ser en extremo impulsivo en sus afectos, el pueblo todo se volvió hacia el vencedor de Melgarrejo y lo proclamó su nuevo «libertador». Y es que se siente libre de pesadillas y en su adhesión al nuevo caudillo pone toda su fe ingenua y su veleidosa gratitud hacia los que saben servirle eficazmente. Los más conspicuos ciudadanos rodean a Morales, y, exaltando sus merecimientos, labran a la vez los suyos ante los ojos del vencedor. De todos los puntos del territorio se envían comisiones para rendirle tributo de homenaje y admiración, y por algún tiempo el palacio de gobierno es una especie de plaza pública donde van a hacer cabriolas los adoradores del éxito.

Aun más: en ciudades, villas y aldeas se firman actas proclamando al caudillo presidente provisorio de la república y no faltan escritores de periódicos, sin sentido común, sin nociones de historia, ignorantes, serviles, pobres de espíritu, en fin, que comparan a Morales con Bolívar y Sucre!

Y, sin embargo, la vida de este hombre, quizás más que la de ningún otro de ese tiempo lamentable, no era sino una humillante serie de claudicaciones, traiciones, deslealtades, y toda suerte de patentes vilezas que hoy, ante la seducción del triunfo, todos echan en olvido, tristemente.

Soldado desde los comienzos de la república, se había batido bajo las órdenes de Santa Cruz, conquistándose en famosas y ciertamente loables hazañas el título de «valiente entre los valientes» con que todos, seducidos por su valor, le concedían, sin escatimarle méritos.

Era ignorante, pues apenas había cursado en colegios de secundaria, pobremente regentados entonces. Llegado a joven, siguió el ejemplo de casi todos los jóvenes que si no estudiaban leyes o teología, se hacían soldados para conquistar en faenas de guerra civil, grados, títulos y honores y concluir aspirando a la presidencia de la república, meta final de las ambiciones de cualquier militar de entonces.

Como todos los militares, concedía poca o ninguna importancia a la cultura moral e intelectual, y sólo pensaba en

ascender en la carrera bien sea por medio de actos audaces o de intrigas bajas. Así había servido sucesivamente a los gobiernos de Velasco, Ballivián, Belzu, Córdova, Linares, a quienes, sucesivamente también, había traicionado y combatido. Para probar su veleidad y su ignorancia, un período de 1851, *La Epoca*, publicaba esta carta dirigida por él desde Lima a Santa Cruz, conservando su redacción y ortografía, que ahora se respetan. Estaba fechada el 13 de febrero de 1848:

«Mi Gral y Señor.

«Hacen algunos días que me allo en esta con Pepe, ino quiero perder la oportunidad desaludar a U y mi señora Panchilla, inifios.

«Señor supongo a U muy pronto de regreso a América, lasuerte loquiere, así, y siesto susede por dicha de mi pobre Patria, que se alla agonisante, le cervira U de valsamo, como en otras o casiones, y entonces todos mis compatriotas verán volver, los días debentura, para aquel infeliz país dueño: demejor, suerte, pues vastante sufrido, y sus locuras y como lodemas hijos vien espiados estas.

«Entodo tiempo mi Gral quifero que U me considere amigo, idecidido S. S Q. b. si. m.

Aga Merales.

El hombre de esta famosa carta no había ganado mucho intelectualmente, en los veinte años corridos hasta ese momento culminante de su apogeo por la gratitud nacional. La práctica de la vida pudo, ciertamente, aumentar su conocimiento de los hombres y de los hechos, y aun dar a su trato algún refinado pulimento; pero carecía siempre de ideas generales y no se habían modificado en nada la violencias de sus instintos pasionales. Era siempre el hombre sensual, angurrioso y dominado por incontenibles apetitos.

Aclamado, pues, presidente provisorio por el voto unánime de sus conciudadanos, asumió el cargo e inmediatamente dispuso, por un decreto, que se devolviese a los indios los terrenos de que habían sido despojados con Melgarejo y lanzó

una proclama dirigida al país en que prometía convocar a una asamblea constituyente que tomase a su cargo la reconstitución del país, y aseguraba estar inspirado de los mejores propósitos para realizar el bien y llevar a la práctica y en su pureza los principios democráticos.

«¿Creís que la revolución ha concluido? Os declaro que nó. No es solamente contra Melgarejo y sus esbirros contra quienes hemos hecho la revolución: las personas pasan como su existencia. Nosotros hacemos la guerra al sistema que ellos han fundado: es al crimen, al vicio, a la desmoralización, al robo, a la iniquidad que ellos han establecido: es a la degradación, al envilecimiento y a la prostitución que nosotros combatimos. Os prometo que pronto será convocada una asamblea constituyente. Por mi parte, bien lo sabéis, soy soldado del pueblo: por él daré mi vida; y por mi honra y mi espada os juro que no volverán a entronizarse más tiranos en Bolivia».

Seductor era el programa, a no dudarlo, y tuvo la virtud de conquistar la adhesión de todos los ciudadanos, sin distinción.

El 6 de febrero convocó Morales a la asamblea general, y fue esta la coyuntura que aprovechó para mostrar su modestia y su desprendimiento fingidos, pues decía:

«Escoged para regir vuestros destinos a un ciudadano que no tenga que premiar a sus compañeros de victoria, ni tenga que escarmentar y perseguir a sus hermanados vencidos...» *Más libertad y menos gobierno*; y esta frase era el motivo principal de sus discursos.

En los comienzos llevó rigurosamente a la práctica sus ideas. Se veía en el hombre su deseo de gobernar honradamente y con los mejores elementos, sin exclusiones odiosas. Quería también que las prácticas democráticas se llevasen a cabo con la más estricta legalidad y para el efecto, y en vísperas de elecciones, decretó fuese destituido de su puesto cualquier empleado público que se mezclase directa o indirectamente en ellas. «Basta, basta ya de tiranos. Esta es mi fe política»—decía. Y semejantes declaraciones eran aceptadas con delirante fervor por

las masas que ya creían ver nacer la aurora de sus libertades; pero muchos había que comenzaban a mirar con recelo esa obstinación en el presidente de mostrarse tolerante, respetuoso, liberal, sincero, cuando todo su pasado estaba en contra de estas nuevas ideas.

A mediados de ese mes emprendió Morales viaje a la capital, y el recibimiento de la culta Chuquisaca acabó por exasperar los arrestos vanidosos de ese hombre. «Todos los balcones,—cuenta un periódico,—estaban repletos de las primeras señoras y señoritas de la capital, que hacían llover mistura, exquisitas aguas de olor, y que presentaban hermosas guirnaldas al Libertador. . . .»

El 18 de junio se instaló la asamblea que, por esta sola vez, puede decirse que fue en Bolivia la expresión genuina de la voluntad popular, pues el gobierno había cumplido religiosamente su palabra de abstención electoral y había habido, por consiguiente, amplio debate y más amplias garantías para el voto. La presidía el doctor Tomás Frías.

Morales decía en su mensaje:

«La dominación de Melgarejo y de sus cómplices no tiene ejemplo en la historia contemporánea de las tiranías. «No ha quedado crimen por cometerse, ni vicio por ostentar, ni falta por perpetrarse».

Y luego de abominar con tono irritado y generoso, que parecía sincero, contra su predecesor, habló de él con fingida modestia recomendando que se inspirase bien la asamblea para elegir al que debía llenar el alto cargo que iba ejerciendo por voluntad expresa de la soberanía popular:

«No os tijéis,—decía.—en mi persona ni en lo poco que hubiese hecho por la libertad de mi patria. Ya conocéis mi opinión en diferentes documentos públicos. He resuelto retirarme al hogar doméstico, descendiendo del poder que me han conferido los pueblos; y con este firme propósito me presento ante vosotros, representantes del pueblo, a resignar, como resigno, el cargo que invisto. . . .»

Volvió a insistir en la necesidad de elegir a un ciudadano

que no tuviese que distribuir premios ni ensañarse con los vencidos, aunque sin descuidar las reticencias sobre su propia persona, que era el constante afán de sus preocupaciones escritas en documentos públicos.

«Nombrad otro ciudadano,— repetía con ansias de obcecado,— que sea más idóneo que yo. Obrad sin festinación en este gran asunto. Por mi parte declaro que he terminado la misión que acepté; renuncio la presidencia de que me habéis investido...» y despojándose teatralmente del medallón legado por los fundadores de la república, fuese acompañado de sus amigos y fanáticos parciales que no cesaban de vitorearle con estruendo.

Inmediatamente se inició el debate con un discurso del orador Evaristo Valle, uno de los hombres de carrera más limpia y honrada y orador de gran vuelo. Valle aconsejó salir ya de las prácticas establecidas de premiar siempre con la presidencia todo acto de rebelión contra un despotismo, y, con harto escándalo de los representantes adictos al gobierno, opinó porque se le aceptase la renuncia a Morales.

El debate se generalizó y hubo diputados que sostuvieron estar en acefalía la presidencia. «Estas insignias gritan,—decía uno,— que no hay presidente de la República». «Mientras una renuncia no es aceptada,—contestaba otro.— al cargo dimitido no puede reputarse en acefalía...»

En esto un documento muy revelador y significativo fue presentado a la asamblea: era una solicitud de los jefes y oficiales del ejército en que pedían a la asamblea, «que de ninguna manera se admitiese la renuncia del coronel Morales». Esta solicitud sólo fue conocida al día siguiente, en la sesión del 19 de junio, inaugurada con la lectura de otro documento significativo también, emanado del secretario general de la presidencia y en el que decía que había sorprendido mucho al presidente que la cámara no entrase a resolver sobre su renuncia pendiente y que esperaba, «que la H. Asamblea Constituyente se pronuncie sobre ella».

Ante esta solicitud reforzada por un lado y anulada por

otro, la asamblea se vió forzada a nombrar una comisión que entendiese del asunto, y la cual presentó dos dictámenes, uno de mayoría en que se opinaba porque no se aceptase la renuncia del presidente, y otro en contrario suscrito por don Evaristo Valle.

La discusión que entonces se siguió fue borrascosa y apasionada; más, en tanto que se producía, gentes salidas de palacio iban de un lado a otro de la ciudad recogiendo firmas de los cholos para una acta de adhesión al caudillo en que se pedía la no aceptación de su renuncia, y la cual fue presentada y leída en media discusión, con lo que cobraron más ánimo los amigos de Morales sin cejar los otros en su empeño de regularizar el funcionamiento de las prácticas democráticas. Muchos se exaltaban en discursos provocativos bajo su apariencia mesurada, y otros, los más cultivados, hacían uso de la ironía, fina arma de ineficaces resultados entre semialfabetos.

«El señor cortmel Morales, decía el diputado Avelino Aramayo,— ha presentado su renuncia a la soberana asamblea, y cuando la ha presentado por segunda vez, debemos creer que su determinación es invariable. Si no aceptamos esta segunda renuncia, la hará por tercera vez y en tal caso, ¿qué es lo que hará la asamblea? Yo sé, señores, que la asamblea tiene un poder inmenso; pero no sé que pudiera obligarle a continuar con la presidencia provisoria, y en tal incertidumbre, estoy porque se le admita la renuncia....»

Estos discursos caían y estallaban como bombas en el palacio de gobierno, donde estaban reunidos los militares y políticos de ocasión ayudando a execrar de la asamblea a Morales, que perdiendo todo continente, no se privaba de lanzar denuestos contra los «anarquistas».

Los mismos diputados que seguían con relativa calma el curso de los debates, no cesaban de lamentar el conflicto que entre ambos poderes se iba iniciando por la ambición desmedida de un caudillo vulgar, y había muchos que opinaban, porque, como recompensa de su actuación, se le consintiese a Morales gobernar por un año más.

Sabían los tales que era un hombre impulsivo, violento, ineducado, totalmente desprovisto de sentimientos generosos y temían que cometiese algún acto arbitrario del que habrían de arrepentirse después.

Efectivamente, Morales se encontraba en un estado terrible de contrariedad. Había creído que pregonando sumisión, patriotismo y desprendimiento, lograría convertir en su favor a los escépticos, y veía con estupor y cólera,— porque era demasiado ignorante para preveer.— que sus maniobras, burdamente tramadas, iban a caer y que estaba a punto de perder aquello que con más ansias quería conservar.

Entonces, echando a un lado escrúpulos y consideraciones, convocó a palacio a una junta de vecinos notables, ante la cual, «con expresiones que no podían ocultar su impaciencia y su enojo, comunicó su proyecto de disolver el congreso, que quería anarquizar el país y hundirlo». (1)

De entre los asistentes consternados no faltaron algunos, el arzobispo y un ministro de la Corte superior, que le aconsejase desistir de estos propósitos; mientras que muchos, entre los que se encontraban un magistrado y un obispo, fueron del parecer del caudillo. . . «Los miembros de la junta se marcharon,— cuenta nuestro historiador,— y el presidente quedó paseándose furioso en sus salones y lanzando rugidos».

Pero no andaban dormidos los servidores de palacio y en la noche se vieron recorrer por las calles de la ciudad grupos de cholos ébrios que vociferaban: «Viva Morales! ¡Abajo la asamblea! ¡Mueran los diputados que están por la aceptación!»

Todavía más, se había distribuido profusamente en la población un boletín firmado por los «amigos del orden», fórmula anónima que encubre las más viles cobardías, en que se amenazaba a los diputados opositores si persistían en su actitud de no hacer «justicia a Morales», «el héroe destinado por

(1).—JENARO SANJINÉS, *Apuntes para la historia de Bolivia, etc.*

la Providencia», el libertador de la patria», con ver «algo más que no cuenta la historia de nuestros horrores y venganzas...»

Dos días después y estando en sesión reservada la Asamblea, se oyeron furiosos golpes en las puertas de la sala, que se abrió a poco dando paso a Morales que «arrojando de un empujón al centinela» aparece en el recinto congresal, «jadeante, convulso, seguido de una treintena de jefes y oficiales»,—cuenta el historiador Sanjinés, testigo presencial de estos hechos como diputado por una de las provincias de La Paz.

«¡Vengo a Congreso! —dice dejándose caer en la silla de honor al lado de la presidencial, y añade:—¡Nada de secretos, señores, cuando se trata de la salvación de la patria!».

Tras del presidente ha irrumpido la turba a la barra del congreso atronando el recinto con sus roncacas vociferaciones: ¡Viva Morales! ¡Viva nuestro padre! ¡Abajo el Congreso!...

Y Morales, acallando con un gesto imperioso el clamor de sus secuaces, deja escuchar su vozarrón incoherente y que respira ignorancia y vanidad exacerbadas:

«¡Padres conscriptos! Ilustres ciudadanos elegidos de entre los más distinguidos bolivianos, sólo por mis esfuerzos y debido a mi patriotismo y sacrificios, me ha sido sobremanera extraño que gasten ociosamente el tiempo ocupándose de la humilde persona de Morales, y Morales para todo, en vez de ocuparse de dar pan a este pueblo hambriento, *(señalando la barra)* Es que no sabéis ser padres de familia y queréis ser padres de la patria. Yo, el vencedor del 15 de enero, he libertado a la patria con mis gastos y mis grandes esfuerzo, no para que sean estériles mis sacrificios ni los de mis compañeros de victoria, sino para que nos redunden algún provecho. Para hacer feliz a Bolivia no necesito de nadie, mucho menos de doctores y anarquistas. Me basto yo, yo, y asumo sobre mí toda responsabilidad ante Dios y los hombres, *(y los furiosos golpes que se da en el pecho resuenan en todo el ámbito del salón)*. Yo soy el único liberal; yo solo tengo bastante valor; solo yo soy patriota para hacer a la República grande y venturosa...»

Esos diputados, hombres de conciencia y de pensamiento

muchos, escuchan estupefactos la extraña peroración sin dejar de interrogarse mudamente con la mirada y con inquietud cuando concluye el militar:

—«Para evitar dificultades y para el bien de la patria, retiro mi renuncia; sí, sí, la retiro».

El desconcierto de los representantes fue grande a la salida del presidente. Opinaban unos porque el camino señalado por el deber era abandonar el puesto y restituirse a sus hogares; otros, menos inspirados, decían que «retirada la dimisión del presidente, quedaba en pie el poder legislativo».

Al día siguiente no hubo sesión por ausencia completa de diputados; pero en la noche los más tuvieron una entrevista con el secretario general, quien, invocando los intereses de la patria y los más efectivos de las personas o grupos, les disuadió de que era menester continuar en las labores legislativas. Al mismo tiempo el presidente, bien inspirado por los hombres no poco maquiavélicos que le dirigían y aconsejaban, hizo llamar a los más prominentes parlamentarios y luego de presentar excusas por lo acontecido el día anterior, les manifestó sus deseos de gobernar con los mejores elementos del país, amigos y opositores, a cuyo fin había decidido llamar a colaborar en el gabinete a los prestigiosos parlamentarios don Tomás Frías, don Lucas Mendoza de la Tapia, don Mariano Reyes Cardona y don Narciso Campero....

Los cuales, como ministros, fueron interpelados al día siguiente por el diputado Calvimonte que quiso conocer los alcances de su política. Entonces los parlamentarios de ayer y ministros de hoy, repusieron, invocando los siempre atendibles y convincentes argumentos de «la paz pública», «los deberes acerca la patria», «la necesaria armonía y concordia de los poderes públicos», «el deseo de sacrificarse en aras del bien público», y asegurando que con ellos se inauguraría el codiciado reinado de la efectividad de los derechos públicos, de las garantías individuales, del orden, del progreso, etc., etc....

Allanadas así, tan fácilmente, todas las dificultades; satisfechas todas las aspiraciones, acallados todos los escrúpulos, la asamblea, en su sesión del 26 de junio de 1870, investió solemnemente a Morales de la presidencia provisoria, cargo que juró el agraciado prometiendo sujetarse al estatuto de 1861....

Entonces Morales, ya dueño de lo que ambicionaba, seguro de que era inatacable su posición, consumó su obra maestra de astucia, falacia, cinismo e hipocresía, lanzando una proclama al país en que luego de asegurar que su renuncia habría sumido irrevocablemente al país en los nefandos horrores de la anarquía, prometía reparar los daños producidos por la anterior administración.

Apaciguado el país con estas declaraciones, vencidas las suceptilidades de la cámara, entregóse esta de lleno a sus funciones, que comenzaron, puede decirse, con la lectura de la extensa memoria que presentó Corral, el secretario general, a la consideración de la Asamblea y en la que se hacía el proceso de la administración anterior y se historiaba la marcha de la actual.

* «Al imperio de los vicios, —decía Corral,— de las violencias, disolución y crímenes, que han pervertido los nobles sentimientos del corazón, ha sucedido hoy día el imperio de la libertad, de las garantías, de la moralidad y de la justicia.» «La revolución ha sido en beneficio del pueblo, no de los ambiciosos.» «Hoy la palabra oficial no es la mentira, la superchería y la impostura....» añadía el personaje oficial; y sus palabras eran otras tantas imposturas y que pronto los hechos mismos, fuera de los ya consumados, iban a ilustrar con sus propios siniestros colores.

Uno de los primeros actos de la asamblea fue discutir la nulidad de la venta de tierras comunarias consumada bajo la tiranía de Melgarejo, punto sobre que el que estaban de acuerdo casi todos los diputados, pero no así sobre la indemnización que por perjuicios se debía a los indios desposeídos violentamente de sus parcelas. La ley de nulidad de esas ventas

se dió el 9 de agosto, y muchos indios, tras costoso litigio, volvieron a entrar en posesión de lo suyo: los familiares de Melgarejo fueron despojados de los extensísimos territorios que se habían hecho adjudicar a la fuerza, vertiendo torrentes de sangre humana y a precios sarcásticamente viles.

Al mismo tiempo la asamblea votaba tres días después, uniformemente, otra ley que anulaba todos los actos realizados por Melgarejo; y luego una tercera que daba por no válidos los ascensos militares de que tan pródigo se mostrara el tirano.

En seguida pasó a ocuparse del asunto Church, que fue entonces y seguiría siendo uno de los que más iba a preocupar la atención del país todo, hasta estos últimos tiempos, en que recién en 1913 la legación de Bolivia en París encomendada al expresidente Montes hizo las últimas gestiones.

En 1867 el coronel Jorge E. Church había firmado un contrato en New York con el agente diplomático de Bolivia para la navegación del río Madera y que fue aprobado por el gobierno de Melgarejo en 1868. Según ese contrato se comprometía Church a formar en Estados Unidos una compañía con capital de un millón de pesos para ese objeto, y poco después el gobierno le autorizaba a levantar un empréstito en Europa de uno o dos millones de libras esterlinas, el que se realizó en Londres el 18 de mayo de 1861 con garantía de las rentas generales de la nación y al tipo del 65% con interés del 6% anual, una comisión del 5% y la amortización acumulativa del 2%.

Morales aprobó con entusiasmo el contrato y se apresuró en pedir su apoyo a la asamblea. Aquí se dividieron las opiniones, pues la minoría, bien inspirada, lo juzgaba irrealizable el plan de navegación por los muchos inconvenientes telúricos y otros que presentaba aquella zona. Sin embargo, y previo el informe de las comisiones de hacienda e industria que sostuvieron con acopio de razones de carácter sentimental que era preciso «lanzarse con fe en ese camino de grandes empresas, desconocidas hasta hoy en esta república», fue aprobado

el proyecto con el voto negativo de casi toda la diputación paceña.

Como si la discusión de este proyecto y los informes respectivos hubiesen despertado repentinamente en el país la fiebre industrial y el amor de los negocios, se presentaron varios proyectos de construcciones ferroviarias, que fueron reservados para un examen posterior ya que por el momento graves problemas de orden institucional iban apasionando intensamente a la asamblea.

En efecto: entre los miembros de ella se había generalizado el propósito de cambiar la ley fundamental de la república, presentándose con tal motivo tres proposiciones distintas: la una para adoptar con ciertas variaciones la Constitución de 1861, la otra para dictar una nueva, y por último, la más arriesgada, que pretendía substituir el sistema unitario por el federal.

Las ardientes discusiones de estos proyectos comenzaron el 28 de agosto y los debates sirvieron a los oradores para operar, por primera vez quizás, un severo análisis de la vida institucional, que llegó en veces a despiadada disección.

El brioso campeón del sistema federalista fue el doctor Lucas Mendoza de La Tapia:

«Ninguna república, —decía,— habrá hecho más constituciones que la nuestra. Tenemos la del 26, la del 31, reformada el 33, la del 39, la del 43, la del 48 que no llegó a regir, la del 51 y la del 61». «Todas ellas han caído; luego todas ellas han encerrado en su seno un vicio radical, algún germen común de destrucción. El personal de nuestros gobiernos no ha sido malo: no se puede suponer que todos nuestros estadistas hayan sido perversos. Los hemos tenido patriotas, ilustrados, liberales. Sin embargo todos ellos han caído; y es de notar que los mejores han durado menos, y los peores han durado más en el ejercicio del poder»... «Las causas de esta anomalía? El orador las atribuye al sistema unitario, «esencialmente despótico» y donde «la fuerza es el principal elemento de gobierno»

A un orador de esta talla, lógico, contundente, apasionada de su idea, correspondía otro que le igualara en condiciones para neutralizar sus efectos. Y ese fue el doctor Evaristo Valle, hombre íntegro, bastante inteligente, patriota en sumo grado.

«La América española, —decía Valle respondiendo a La Tapia,— ha sido educada bajo el más duro y vil coloniaje de la España. La degradación fue el tipo que se imprimió sobre nuestras razas. Al pasar súbitamente de la esclavitud a la libertad, nos sucedió lo que al hombre que pasa de las tinieblas a la luz que lo ciega, sin poder conocer ni la causa de donde viene ni los resultados de su benéfica influencia. Una raza degradada, forzada al trabajo por sus señores, sin artes ni industrias de ningún género, no podía dejar de ser lo que es; que en los 45 años de independencia, lejos de mejorar ha empeorado, porque ha adquirido los vicios consiguientes a la licencia más bien que a la libertad. . . . » «Verdad es, —añadía con gran sentido sociológico,— que hemos mudado, como dice el señor La Tapia, desde la Constitución más liberal hasta la más tirante, y que ninguna ha dado un buen resultado; pero ha olvidado decir que no hemos mudado de hombres, porque aunque han pasado tres generaciones desde la fundación de la república, éstas, lejos de mejorar, han empeorado de costumbres. Bolivia es un pueblo de clérigos, militares y abogados; se cree que la dignidad humana se degrada fuera de esas tres profesiones; nadie quiere ser agricultor, ni artista: se deja eso para la clase media o ínfima del pueblo. De ahí proviene la miseria de nuestros hombres, la necesidad de buscar la vida en los empleos, empleos que los conducen a los trastornos políticos o al servilismo ante el poder; lo uno engendra la anarquía, lo otro el despotismo. . . . »

Hé aquí, por fin, a través de casi cincuenta años de folletería política, de discursos parlamentarios, de periodismo partidista, un hombre que ve justo y hondo en el más profundo de los problemas sociales de Bolivia: el elemento humano carece de principio morales; los hombres sólo están guiados por

el apetito o el interés y desconocen la aspiración de un ideal a perseguir....

Ese hombre, Valle, en unas cuantas palabras ha hecho el proceso mismo de la nacionalidad y ha dado las directivas a seguirse para alcanzar las condiciones que nos faltan como a pueblo: mejorar al hombre, educarlo, instruirlo, darle armas y medios para construir su poderío económico librándolo por fin de la humillante esclavitud de un empleo burocrático, es decir, darle con la riqueza el dominio de su propia personalidad

Catorce sesiones ocupó la cámara en este asunto y se votó en sentido favorable al sistema unitario; más como dos de los defensores del sistema federal, fueran, a la vez que representantes, ministros de Estado, La Tapia y Frías, viéronse obligados, a raíz del voto, y como acto de consecuencia con sus propias ideas, a hacer dimisión de los carteras, arrastrando en su determinación, más que por identidad de ideas por solidaridad de aspiraciones, a los otros dos ministros, Cardona y Campero que con ellos, y en signo de concordia de poderes, habían entrado al gabinete.

Con este debate y luego de haber otorgado autorización para que se fundase el «Banco nacional de Bolivia», de próspera fortuna en lo posterior, clausuró sus sesiones la asamblea de 1871, una de las más significativas por los reveladores acontecimientos que en ella se sucedieron, por la índole de los negocios discutidos y por la calidad de los hombres que la componían, pero que tampoco hubo de diferenciarse de las otras en su manía de elaborar leyes fundamentales de Estado pues también se dió el lujo de votar la séptima Constitución que se dictaba en Bolivia.

Por cierto que al clausurar las sesiones de la asamblea, no perdió Morales la oportunidad de poner en relieve su amor a las libertades públicas y su odio al despotismo. «Mientras yo viva, —dijo,— no habrá tiranos en mi patria.» Y añadió con mentido énfasis: «Juro mil veces que no consentiré que se enseñoreen los tiranuelos y los demagogos, que unas veces

con el pretexto de robustecer el principio de autoridad y otras con el de defender la libertad, han precipitado la república en los horrores de la anarquía, o han elevado el estandarte sangriento de la tiranía. ...»

Conveniente le era alardear tales sentimientos por mucho que los hechos ya producidos revelasen su verdadera faz; pero, como todas los simuladores políticos, sabía también que los hechos pierden en Bolivia su valor y su significación ante las afirmaciones rotundas y contundentes, y de ahí su empeño de presentarse ostentando principios que no sentía, ni eran el fruto de sus meditaciones o lecturas sino simplemente un mero lujo de verbalismo político de su secretario general y de los hombres que le rodeaban.

Pero en tanto que estas cosas de política, cosas miserables en suma por su fin, agitaban intensamente la opinión, otras verdaderamente graves y de fatal trascendencia se iban preparando en la cancillería de uno de los países vecinos, en Chile, a donde había sido enviado en calidad de ministro don Rafael Bustillo.

El objeto de la misión de Bustillo era buscar una modificación al último tratado de límites firmado cuando Melgarejo, «a virtud de la cual, —decía Bustillo en una de sus primeras comunicaciones,— renunciaría éste (Chile) a la participación de los derechos de extracción de los minerales producidos entre los grados 23 y 24, de modo que el paralelo de este último grado fuera el lindero de ambos estados, siendo cada uno de ellos señor absoluto y exclusivo del suelo y sus productos», esto es, suprimir del todo la absurda medianería tan justamente criticada por los estadistas de ambos países.

Poco cordial y expansivo fue el ambiente con que en Chile fue recibido Bustillo, pues se conocía su actuación pasada en la cancillería de su país y se sabía que era hombre tenaz, de un carácter violento, rudo en sus apreciaciones y nada inclinado a andarse con mesura cuando se proponía alcanzar un objetivo.

Su actuación, que habría sido brillante dados los propó-

sitos que llevaba, su gran talento y su versación en los negocios internacionales de Bolivia, se vió contrariada con la declaración que se había hecho en las cámaras de Bolivia de fomentar el puerto de Cobija con exclusión de cualquier otro del litoral, sobre todo de Mejillones que era el más apropiado y donde se hallaban los grandes yacimientos guaneros que algunos calculaban en 500 millones de toneladas. Bustillo, buscando un término de transacción al último tratado, quiso fijar el paralelo 24 como el límite entre los dos países.

Las negociaciones se entablaron con alguna dificultad por los obstáculos que Chile presentaba a cada paso y porque era ya visible que en la parte del litoral donde los súbditos de este país habían emprendido grandes trabajos para la explotación de sus riquezas naturales, existía el propósito latente de independizar esa rica zona del poder de Bolivia, y para lo cual el gobierno y pueblo chilenos, veían con simpatía los trabajos que muchos bolivianos enemigos del gobierno iban haciendo en armar expediciones guerreras contra Morales, encabezadas por el general Quevedo, Rendón, Muñoz y otros.

La cancillería de Chile, ante la obstinación de Bustillo al tratar estos asuntos y no transigir en la venta del territorio disputado propuesto por Chile, había tomado el temperamento de tratar directamente con el gobierno de Bolivia, acreditando con este objeto a don Santiago Lindsay, y quien hubo de firmar el 5 de diciembre de 1872 un protocolo por el que se declaraba, entre otras cosas, que los límites entre ambos países eran las cumbres más altas de los Andes y el grado 24 de latitud Sud y manteniendo siempre una zona de explotación en común. . . .

En noviembre se puso Morales en camino hacia La Paz y el 4 de enero dió un decreto pomposo declarando día feriado el 15 del mismo mes en homenaje al combate que había echado por tierra la dominación de Melgarejo.

Y es que a Morales le convenía recordar siempre a los pueblos que él era el salvador de sus instituciones y liberta-

des, y así servía secretamente a sus planes de futuro engrandecimiento.

Y se realizaron soberbias fiestas, en tanto que oscuramente cumplía su miserable destino el bárbaro del sexenio. Fugado primero a Chile donde sufriera crueles desengaños pues pensaban encontrar el apoyo decidido y la cálida simpatía que en sus días de dominio le prodigarán el pueblo y gobierno de aquel país, sólo halló la cortés indiferencia de éste y un sentimiento de malsana curiosidad de parte del pueblo que no se cansaba de seguir sus pasos y señalarle con sus burlas como al hombre que con sus intemperancias de loco y ébrio manejara discrecional y arbitrariamente los destinos de todo un Estado.

Herido con estos desengaños que le convencieron definitivamente de su caída, y viendo que no eran tan grandes su poder y su prestigio en el pueblo que tanto había halagado sus pasiones, se dirigió a Lima atraído por el amor porque en Lima había fijado su residencia doña Juana Sánchez.

Allí también le esperaba, inmensas contrariedades. La familia Sánchez, hastiada de él, no esperaba sino una oportunidad para librarse de su dominio. Estaba caído, pobre, proscrito y ya nada podía conseguir de él. Lo arrojó de su casa. Entonces Melgarejo, hondamente lastimado por tanta ingratitude y sin recursos para vivir en la holgura que deseaba, interpuso demanda contra la madre de su amante por robo de unos baules de alhajas.

El juicio se hacía largo y parecía ser desfavorable al demandante. Carecía éste de pruebas escritas para fundamentar su demanda aunque en la conciencia de todos estuviese que era legítimo su reclamo. Y atormentado de tener que tocar a esos recursos contra la madre de la mujer que amaba con locura y deseaba con frenesí precisamente porque la sabía sustraída a su poder, quiso ejercitar un acto de violencia para conseguirla de nuevo y con esta intención se encaminó a su casa en la noche del 23 de noviembre de 1870; mas en la puerta fue tendido a balazos por José Sánchez, hermano de doña

Juana y entroncado con el mismo Melgarejo que deseando en sus buenos tiempos dar una prueba de confianza y estima a la familia, le había concedido a su asesino la mano de una de sus propias hijas. ...

Las fiestas del aniversario del 15 de enero en La Paz fueron, cual ya se dijo, pomposísimas y el acontecimiento general fue acrecentado por una bombástica circular en que se anunciaba al país haberse llevado a feliz término el empréstito Church. «La perspectiva de Bolivia hoy, decía, no puede ser más lisonjera, ni se le ha presentado jamás un porvenir más halagüeño. Ha llegado la hora del engrandecimiento y de la prosperidad de Bolivia».

Todo, en efecto, lo hacía prever así. Compañías extranjeras, atraídas por el deseo de lucro y de explotación de ese suelo boliviano extraordinariamente rico en toda clase de minerales, se apresuraron en presentar propuestas para la construcción de líneas férreas, ensanchando el horizonte patrio con sus proyectos, porque si algo se hacía sentir con verdadera urgencia en el país era la apertura de caminos, pues los que había eran malos y no respondían a las exigencias de la circulación.

Los viajes se hacían a lomo de bestia y el servicio de pasajeros estaba asegurado por los postillones que alojaban en postas a los viandantes mediante el pago de 10 céntimos por noche. Tenían la obligación de conducir bultos cargados que no exediesen de 4 kilos de peso, a no ser convenio especial con el postillón, en cuyo caso debía pagarse cinco centavos por kilo excedente. Cada postillón iba junto con el caminante y quedaba prohibido, según una ordenanza de postas dictada a comienzos de ese año de 1872, «a los transeuntes caminar más de dos leguas por hora» en las bestias fletadas de la posta.

Estos mismos postillones tenían la misión de conducir la correspondencia epistolar de un punto a otro de la República, servicio deficiente que se prestaba a mil abusos de parte del mismo gobierno encargado de vigilar y resguardar el secreto de la correspondencia, pues por cualquier motivo se detenía a

los postillones y se violaban las cartas, máxime si el gobierno abrigaba temores de revolución.

Entretanto se avecinaba el período de las elecciones presidenciales y el país ardía, con la vehemencia que suele en estos casos, agitándose tras los candidatos.

Se presentaron como tales los generales Morales, Quevedo y José Manuel Rendón, el doctor Lucas Mendoza de la Tapia y don Adolfo Ballivián, siendo los más favorecidos entre todos Morales y Ballivián, éste último en Europa y que debía la popularidad de su nombre y su designación de candidato presidencial, a la solicitud de sus buenos e influyentes amigos.

La candidatura de Quevedo, la primera en aparecer, fue recibida con marcado disgusto en el país y con airada indignación por parte de algunos elementos, no ciertamente los mejores, pues Quevedo había sido uno de los más esforzados defensores de Melgarejo a quien sostuvo obstinadamente vertiendo sangre en las barricadas de Potosí y La Paz. Presentarse, pues, tan descubiertamente como candidato presidencial, cuando apenas había transcurrido un año de las matanzas del 15 de enero, era llevar muy lejos la sentencia de Oblitas, quien decía, con profundo conocimiento de causa, que en Bolivia no había *cadáveres políticos*, frase complementaria de aquella otra famosa de Achá y puesta a prueba por el mismo Oblitas, de que los bolivianos *no tentan memoria*.

Se produjeron vehementes protestas contra esta candidatura y con harto contentamiento de Morales que al ver discutir las aspiraciones de Quevedo y juzgar con dureza su actitud de ferviente melgarejista, forzosamente la prensa tenía que tocar su actuación y hacer valer sus propios merecimientos como esforzado derrocador de la salvaje tiranía. Y su regocijo era tanto mayor cuanto más intensas era sus ansias de seguir gobernando, pues los halagos y las marcas de bajo apego que incesantemente recibiera por los mejores elementos en el año de su mandato presidencial, habían despertado en él, de un modo incontenible, su deseo de continuar en la presidencia y me-

recer los sufragios de sus paisanos y hasta recurrir, si posible, a cualesquiera extremos para ver realizado su deseo.

Así lo probó, de pronto, con la llegada del candidato Ballivián que al ser recibido con delirante entusiasmo por los más sobresaliente del país, hubo de despertar su alarma con la sospecha de que bien pudiera sonreírle a su rival el éxito plebiscitario, ante cuya perspectiva hubo de resolverse a invitarle a una entrevista en el curso de la cual le hizo ver que estaba resuelto a permanecer a toda costa en la presidencia.

Ballivián, al decir de uno de sus mejores biógrafos, don Jenaro Sanjinés, «para entonces había tomado una resolución definitiva», honrosa para él y que pone en claro su carácter íntegro y su sincero patriotismo transparentados en una carta dirigida al Dr. Frías, otro hombre ejemplar:

«He venido a encontrar en Bolivia una mala situación política, establecida por la fuerza de los acontecimientos y afianzada y legalizada por ustedes en la última asamblea, que le ha procurado los medios de prolongarse y subsistir más allá de los límites entre lo previsorio y lo constitucional. Morales tiene la fuerza, los medios de abuso, usuales, conocidos, eficaces, y con todo esto, el propósito firme y la ambición vulgar de mandar a todo trance, a buenas o a malas, y sacrificando a este fin no solo los intereses internos de Bolivia, sino también los que están gravemente comprometidos ante Chile y la república Argentina, para ahogar con la amenaza de estos peligros, sustentados intencionalmente, la voz de la opinión y apellidar traidores a todos sus adversarios. Por los antecedentes conocidos y por todo lo que hoy vemos, es indudable que si la opinión se uniforma en su contra y se presenta como una seria amenaza de hacer fracazar sus propósitos, no habrá elecciones, ni congreso, ni constitución, ni cosa que lo valga. Sólo habrá arbitrariedad, abusos y violencias de todo género, y todo cederá al grito de *la patria está en peligro* lanzado por los pretendidos salvadores del país. . . . » «En vista de todo esto, ¿no sería más prudente, patriótico y acertado no agravar más los males que no podemos remediar obligando a Morales a que se convierta en otro Mel-

garejo por nuestras resistencias apasionadas y tenaces, así como antes obligamos a Achá a que hiciera un gobierno mucho peor de lo que sin eso hubiera sido?— Tengamos pues alguna vez sentido práctico, reconozcamos el deber y la necesidad de someternos a la aceptación de ciertos hechos superiores por su naturaleza y en ciertas circunstancias a nuestras fuerzas y a nuestra voluntad, es decir, reconozcamos la inutilidad de intentar demoler murallas con alfileres». (1)

«En resumen,—le decía en otra carta a su esposa,— anarquía, desunión, pretensiones absurdas o indecorosas, confusión y falta de juicio y patriotismo, tal es la situación del país actualmente. . . .»

Y al hablarle de su entrevista con Morales le revelaba ciertos detalles curiosos y que pintan al caudillo bárbaro:

«Me habló pésimamente contra toda la familia, y entre otras cosas me dijo que mi hermano Luis iba todas las noches a gritarle a su ventana: *Muera el zambo Morales!* por lo que estaba dispuesto a hacerlo azotar.— Me dijo también que estaba resuelto a salvar el país contra todo obstáculo, y me exigió que le aceptara un destino como garantía de mis buenas intenciones, pues de lo contrario manifestaría que era enemigo del gobierno y del orden». (2)

Y Ballivián que carecía, como se ha visto, de ambiciones políticas y detestaba virilmente las revoluciones, consintió en desinteresarse de su candidatura aceptando una misión diplomática en Europa.

Retirado el nombre de Ballivián de la lista electoral, «muchos de sus partidarios se adhirieron a la candidatura del señor La Tapia, optaron otros por la abstención, y no pocos se decidieron, mal de su agrado, a prestar su voto a Morales»— dice el historiador Sanjinés.

Efectuadas las elecciones, resultó vencedor el caudillo, cual era de esperarse; mas a poco la prensa asalariada, con

(1).—SANJINES, *Apuntes para la historia de Bolivia, etc.*

(2).—ACOSTA. *Escritos literarios y políticos de A. Ballivián.*

grandes halaracas, sostuvo que el gobierno había cogido los hilos de una tremenda conspiración y aconsejó como medida única y salvadora el desterrar a los conspiradores, cosa que se hizo de inmediato. Entre los desterrados se hallaban precisamente todos los que por la prensa habían combatido la candidatura de Morales y a los que el mandatario, fugiendo desdeñosa liberalidad, había soportado hasta encontrar el momento oportuno que le permitiese satisfacer el deseo de venganza que tan imperiosa y celosamente cultivaba en su corazón, cerrado a todo sentimiento elevado.

Reunido el congreso el 15 de agosto en La Paz, se inauguró con la lectura del mensaje presidencial, documento típico en que la falsedad, la vanidad y la hipocresía se dan la mano y forman una trinidad sombría. Comenzaba en ese documento a loar con frases desmedidas la obra de progreso que se había realizado en solo un año de perseverante labor y concluía estampado, como Belzu, estas crudas palabras de verdad, las únicas sinceras de ese documento engañador:

«Pocos años de existencia tiene Bolivia, pero en vuestra conciencia está que la vida política ha enervado y desmoralizado a sus hijos. La falta de trabajo e industria, le ha reducido a la miseria y decadencia en que está. Sus gobernantes, unas veces corrompidos y otros corruptores solo han cuidado de encastillar su poder, que emplearlo en beneficio del pueblo; por eso veis la ignorancia, el vicio, la vagancia y esa falta de fe, de espíritu público y de conocimientos prácticos; por eso hoy lamentamos lo estrechez y decadencia del comercio, de la minería, de las artes y de la agricultura; y por eso no hemos tenido caminos, ni medio alguno de vialidad y de comunicación ...»

Fue este el único momento de terrible sinceridad en ese hombre.

Todo lo demás importa poco ahora que se haya dicho. Alabanzas propias, vanidad enferma y no disimulada, deseo de aparentar hombría de bien, todo se desvanece y desaparece ante estas graves palabras de acusación. Morales, en esas cuantas líneas, ha hecho el proceso de la historia de su país desde

el instante mismo de su fundación; ha pronunciado las palabras definitivas que ocultaron y callaron los demás gobernantes.

Cuatro días después, el 19 de agosto, don Casimiro Corral, ministro de gobierno, leía en la cámara su memoria que, en síntesis, era una repetición del mensaje presidencial. En ambos documentos campeaban los mismos conceptos, y era casi igual el giro de las frases. Procedían, pues, los dos, de una misma pluma. ¿De la de Morales? No; Morales era un militar rudo, ignorante y de limitado alcance mental: en ellos campeaban la pluma y el verbo de un doctor letrado y fanfarrón, también vanidoso y también engreído: Corral.

Procedió en seguida el congreso a hacer el cómputo electoral de los votos presidenciales, alcanzando Morales, sobre un total de 14,186 votos, 10,473 siendo en consecuencia proclamado presidente constitucional de la República.

Pocos días después un diputado presentó un pliego de interpelación al gabinete por los destierros efectuados con pretexto de sofocar una revolución.

El debate fue animado y aun violento. Los oradores, como siempre, hicieron lujo de derroche verboso, y, como siempre también, se extendieron en lamentar los males que aquejaban al país. Esos males, por lo visibles, eran conocidos de todos los observadores; pero nadie se atrevía a sondear en su fondo para aportar el remedio salvador:

«Dos cosas,—decía Baptista,— es de desear que se acrecienten en Bolivia, un gran odio y una gran fuerza: el gran odio es el de las vías de hecho, de las asonadas populares y motines de cuartel que llamamos nuestras revoluciones; la gran fuerza es la conciencia pública».

«Con la conciencia pública la paz es fecunda, lleva el progreso y se confirma a sí misma. Pero esa conciencia pública es resultado de la independencia de carácter; la independencia de carácter presupone educación moral, trabajo asegurado; y el trabajo asegurado lo da la propiedad no amenazada de perturbaciones, el capital con garantías, la industria con libertad; la incorporación de fuerzas extrañas en el país con el atractivo de

la quietud que se les ofrezca para su pacífico desarrollado. . . . »

Pero algo más triste decía Baptista refiriéndose a la vida republicana de Bolivia y que parece de actualidad:

«Volved la vista atrás, volved la vista a lo largo de nuestra historia, a los 47 años que llevamos de existencia. ¿Y qué veis allí, a derecha e izquierda de nuestro camino, sino un largo y profundo surco donde la sangre estalla? Pronunciamientos de cuarteles, motines, actas, falta total de programas, y tal carencia de ellos que las llamadas revoluciones, en la imposibilidad de dar nombre a sus tendencias, han acabado por bautizarlas con fechas y con los nombres de los meses: tan vacías son de todo sentido político. . . . »

El debate fue animado y aun violento y concluido él ingresó la cámara a sus labores ordinarias examinando las memorias ministeriales, por las que se supo que en materia de hacienda las rentas nacionales habían alcanzado a un total de \$ 2.470,228 cuando el cálculo camara! había previsto 3.968,759, existiendo, por consiguiente, un considerable déficit: que en las relaciones internacionales, se hacía particularmente difícil la ejecución del tratado de límites firmado en tiempos de Melgarejo y que las gestiones de Bustillo en Santiago iban tropezando todos los días con más insalvables escollos.

Estas gestiones tuvieron que interrumpirse bruscamente por las emergencias a que dió lugar una conspiración tramada en Valparaíso por los enemigos del gobierno de Bolivia y que descubierta a tiempo por Bustillo, fue delatada por éste en términos de insólita rudeza. Bustillo abrigaba la casi certidumbre de que en el plan revolucionario no era extraño el mismo gobierno de Chile, a quien le convenía desbaratar las inclinaciones del gobierno boliviano a entenderse con el Perú, fomentando, o bien la anarquía en el litoral boliviano lleno a esa hora de trabajadores y capitalistas chilenos y con la esperanza de promover un movimiento separatista, o bien coadyuvar los propósitos de Quevedo y otros caudillos que parecían dispuestos a seguir una política de aproximación a Chile.

Y Bustillo, perdiendo la necesaria mesura en este punto

que ya no entrañaba como fin positivo la caída del gobierno de Morales, sino algo más profundo como el desenvolvimiento de toda una política, pasó una nota vibrante, en que señalaba: *Los inmediatos promotores y encubridores del crimen están acá, bajo la alta jurisdicción del Excelentísimo Gobierno de Chile...*

Inmediatamente este gobierno pidió explicaciones al «diplomático torpedo» que dice Bulnes, para que en el brevísimo término de 48 horas señalase a los encubridores de la expedición; y Bustillo que, claro está, no poseía los medios materiales de probar su acusación y sí la certidumbre moral del hecho, «devolvió la nota sin contestarla». Entonces el canciller de Chile «cortó sus relaciones con él, y denunció su conducta al Gobierno de La Paz» (1) acreditando al mismo tiempo un nuevo agente diplomático en la persona de don Santiago Lindsay y situando las gestiones en Bolivia.

Ante las emergencias de este ingrato incidente, el Perú, que venía siguiendo con marcadísimo interés todas las fases de la política internacional de Chile que en el fondo entrañaba una real amenaza para sus propósitos de predominio económico en la costa del Pacífico, vio con claridad que lo que a su vez le correspondía de inmediato era, prepararse con todos sus medios a contrarestrar los efectos de esa política acaparadora, ya sea aumentando su poder de resistencia o buscando alianzas que previniesen las emergencias de una guerra.

Así, por lo menos, lo manifestó sin ambages la prensa de Lima al comentar la expedición de Quevedo organizada en Valparaíso y fracasada en Antofagasta; y fue tan subido el tono de esa prensa, eran tan visibles los planes de Chile, tan clamorosa fue la alarma en el Perú que al fin pudo forzar el ruido de las querellas intestinas que embargaban por completo la atención de los bolivianos, incapaces generalmente de prestar alguna importancia a cuestiones externas por dedicar toda la potencia de sus sentidos a la política interior y de caudillaje que

(1).—BULNES, *Guerra del Pacífico*.

para ellos resume toda la razón de ser de una sociedad organizada

Y hubo una interpelación secreta en la cámara, de resultados de la cual se dictó la ley de 8 de noviembre de 1872 autorizando al ejecutivo para solicitar la alianza con el Perú, la que fue gestionada por don Juan de la Cruz Benavente, ministro de Bolivia en ese país.

Como era de esperarse, la gestión de Benavente fue acogida al punto por el gobierno peruano, el que se apresuró en oficiar a sus legaciones con fecha 20 de noviembre descubriendo los planes de Chile y manifestando sus propósitos de intervenir con su apoyo para que se pusiesen de acuerdo los dos pueblos en litigio; pero advirtiendo a la vez que si esas gestiones no encontraban acogida en Chile, era preciso obligarle a definir su política antes de que dispusiese de mayores y más eficaces elementos de guerra, anulando o destruyendo la superioridad marítima que en esos momentos tenía el Perú sobre el mar Pacífico

Y claro que esa solución aconsejada por el Perú en resguardo de sus propios intereses no podía hallar el desenlace que de inmediato pretendía, pues en esos mismos momentos el representante de Chile, don Santiago Lindsay gestionaba con don Casimiro Corral, ministro de R. R. E. E. un protocolo firmado el 5 de diciembre de ese mismo año por el que se declaraba que los gobiernos de ambos países seguirían negociando «pacífica y amigablemente» la revisión del absurdo tratado de 1866 «bajo la base inamovible del grado 24 y de las *altas cumbres* de la Cordillera de los Andes. . . .»

Casi al cerrar la cámara sus sesiones se produjeron vergonzosas escenas que desenmascararon del todo a Morales y le hicieron conocer en su real aspecto.

Bajo el punto de vista privado, había trasendido al público la conducta licenciosa observada por el caudillo y no había quien no se ocupase de él censurando con acritud el desenfreno a que se entregaba. Sobre su moral corrían en el público las más monstruosas versiones, pues en corrillos

privados se le acusaba de haber profanado el lecho filial, «convirtiéndole, —cuenta Uriburo,— en tálamo de torpe mancebía.» (1)

Era sucio, glotón, jugador. Estaba desposeído de toda cultura y no sentía ni el más remoto deseo de perfeccionarse moral o intelectualmente. Ni siquiera tenía, como otros, la noción vaga del arte y de la belleza, pues ningún espectáculo de la naturaleza le seducía y sólo contaba con bríos para divertirse con mujeres del pueblo, holgar en orgías ordinarias y embriagarse con bebidas de alta marca, lo solo en que mostraba ciertos refinamientos de gusto.

Todo esto traía disgustada e inquieta a la opinión, porque también se le acusaba de gastar los dineros públicos en provecho particular y a nadie se le ocultaba que si se había salido de una insoportable tiranía se iba entrando a otra peor porque se escondía bajo el encubridor manto del patriotismo y de la abnegación de servicios prestados.

En esto un asunto sobre fondos de instrucción discutido con apasionado interés en la cámara, puso en conflicto a los diputados con los representantes del ejecutivo hasta el punto de que a nadie se le ocultaba que estallaría inevitablemente un choque entre ambos poderes.

El asunto era algo complejo.

Por un decreto dictado en 1852 se había resuelto dedicar como fondos para el fomento de la instrucción todos los provenientes de los intereses impuestos a los descubridores o denunciadores de minas de cualesquiera metales.

Morales, en su deseo de hacer efectivo ese decreto, había dictado varias órdenes de pago contra un establecimiento minero de Aullagas que se había sustraído a esta medida, y, últimamente, una de embargo, sin escuchar las al parecer justas reclamaciones de la compañía que se vió forzada a acudir al congreso y acusar de actos inconstitucionales al ejecutivo.

(1).—*La Guerra del Pacífico.*

«Corría el 23 de noviembre, —dice Sanjinés,— y ya era casi imposible la discusión de las reclamaciones de la casa Arteche. Entonces don Mariano Baptista manifestó a la asamblea que cumplía a su dignidad y a su honor no cerrar sus sesiones sin pronunciarse sobre ese asunto de alta importancia social». (1)

En virtud de esta moción, tuvo que habilitarse el día siguiente, domingo, para seguir sesionando en la discusión del presupuesto. Los debates entre los miembros de la cámara y los ministros representantes del gobierno eran ásperos, y vanos resultados los esfuerzos de las partes para aparentar cordialidad y sinceridad de relaciones. Los puntos de vista de ambas, en lo esencial, estaban profundamente distanciados y en el ambiente circulaba con insistencia la certeza de que se produciría inevitablemente un choque entre ellas. «Había, —dice el testigo Sanjinés.— alarma general», y todos esperaban algo ruidoso y decisivo sin saberse a punto fijo por qué lado estallaría.

En este día, el pueblo holgaba celebrando gozosamente el segundo aniversario de la revolución contra Melgarejo. «El batallón I^o, —cuenta otro testigo,— comandado por el héroe del día, coronel Daza, solemnizaba la fiesta de la regeneración, con un despejo; y las músicas militares, el bullicio popular y las campanas, interrumpían o dificultaban las tranquilas sesiones del Cuerpo Legislativo.» (2)

Había también fiesta en palacio rebosante con todos los amigos del caudillo, quien, ebrio de alcohol, no podía apartar un punto de su memoria los debates que en esos momentos se celebraba bajo las bóvedas nervudas del Loreto y de los que estaba impuesto de momento a momento por los palatinos de inferior categoría que iban y venían del salón Legislativo al palacio de gobierno llevando las incidencias de la discusión.

(1).—*Apuntes para la historia de Bolivia.*

(2).—*Historia de cuatro días.*

Al fin no pudo en la noche dominar sus vehementes impulsos y se lanzó a la cámara, seguido de algunos de sus oficiales. Había bebido más de ordinario en la mesa, e iba llevando un chicotillo en la mano y vestía de negro y chaleco blanco.

«Con el bastón, en actividad de descargar sobre alguien, —sigue contando Reyes Ortiz,— encontró a varios empleados de la oficina; y por fin entró a la sala de descanso, con palabras inspiradas por un sentimiento que rayaba en furor». En la sala se hallaban varios diputados, y dos de ellos, don Mariano Baptista y el presidente del congreso, Dr. Frías, le insinuaron volviese a palacio. «como lo hizo, después de pasear unos momentos por la plaza».

A poco, y por orden de Morales, «una banda de música militar se situó en la puerta principal del salón Legislativo, que da sobre la plaza, y comenzó a ejecutar sonatas ya alegres, ya fúnebres, haciendo mofa de la representación nacional, en medio de la multitud que crecía en torno.»

Al día siguiente los diputados dejaron de concurrir a la cámara, con ejemplar unanimidad. Entonces Morales se dirigió a ella acompañado de sus ministros, edecanes y empleados de oficina que trajeaban de parada. Vacía estaba la sala pero en las galerías había agrupada una muchedumbre de ociosos. Y ante el silencio consternado de la masa, «con ademanes furiosos pronunció el siguiente discurso:

«Pueblo: Como primer magistrado de Bolivia vengo a clausurar esta asamblea cuyos bancos hoy desiertos, han sido ocupados por una partija de traidores, de infames, de hombres vendidos que, lejos de llenar su misión, han abusado de su poder y de su autoridad para perturbar y entorpecer la acción del gobierno y pretendiendo hacerme infractor de las leyes. Son ellos los que originan la desgracia de este pobre pueblo llamado más que ningún otro a ser grande entre las naciones y que hoy día se encuentra en la indigencia cubierto de harapos y miserias. Pero, señores ¿qué podía esperarse de hombres que han venido a ocupar estos bancos por el interés: de hombres sin trabajo que no tienen otra cosa de qué

alimentarse que el sudor del pobre? ¿Cuál de ellos tiene una posición? ¡Plantas parásitas! Vosotros los conocéis, y sabéis bien que no hay seis siquiera que tengan con que vivir... »

«Sabéis que se me ha acusado de ladrón ¡a mí! ¡a mí! por esos desnudos que han querido usurpar vuestros derechos. Me conocéis bien, me enorgullesco haber nacido entre vosotros y bajo este cielo y que al tomar la dirección de este país después de nuestra gran revolución, no he querido otra cosa que la justicia, y no he tenido otro principio que mi conciencia y Dios....» «Al librarme de estos traidores infames, sin conciencia y sin dignidad, he de hacer reinar la justicia y la libertad tan grande y tan hermosa que constituye la felicidad de los pueblos; esa libertad y esa justicia que estos hombres desconocen».

«Señores, clausuro con esta Asamblea y declaro ante el país que los convencionales del 72, han sido unos traidores y unos vendidos. ... »

Y siempre acompañado de su séquito al que se había incorporado el diputado Jorge Delgadillo, el único, volvió Morales a la morada presidencial donde se comenzó a festejar con seguidas libaciones la *hombrada* del presidente.

Al siguiente día, 26, no fue corta la estupefacción del público cuando supo que tres ministros habían presentado la dimisión de sus carteras. Morales ignoraba ésto, y, al saber el rumor que corría, hizo llamar al ministro Corral a quien quiso agredir de pronto cuando estuvo en su presencia. Corral huyó de palacio e inmediatamente fue a buscar refugio en la legación americana.

Lamentablemente rotas sus relaciones con el hombre que tanto había hecho por él y creyendo que éste no tardaría en encabezarse, dado su inmensa popularidad, la protesta armada, quiso rodearse de todos los que se mostraban adictos, pero no tenía confianza en nadie. Se había apoderado de él una terrible exacerbación y su espíritu desconfiado y receloso le hacía ver toda clase de asechanzas en torno suyo; pero como era valien-

te quiso demostrar que no tenía miedo y «al caer la tarde fué a la alameda con sus edecanes y otros militares: volvió ya cerrada la noche y descansó un instante en los asientos frente a palacio» en la plaza y que entonces parecía inmensa porque estaba desnuda de árboles y sólo menuda yerba crecía en la junturas de los guijos con que estaba empedrada. «Su conversación era incoherente, y le interrumpía a cada rato para insistir sobre los temas que preocupaban su cerebro excitado: la asamblea disuelta y la conspiración en acecho. Ora deteniéndose en su marcha, ora poniéndose de pie en su asiento lanzaba exclamaciones sarcásticas contra los diputados y de terrible amenaza contra los conspiradores. De vuelta al palacio, se retiró a sus habitaciones interiores, no sin repetir sus órdenes de previsión para cualquier movimiento revolucionario.»

Llegó la noche. Los militares «habían recibido orden de dormir en palacio». Y para matar la larga velada, organizaron partidas de tresillo y se entretenían jugando junto al gabinete presidencial donde permanecía Morales presa de celos y desconfianzas. Grupos de curiosos, civiles y militares se agrupaban en torno de las dos mesas de jugadores, y aunque sobre el ánimo de todos se cerniese secreto malestar, nadie daba signos de inquietud y parecían olvidados de los graves acontecimientos del día.

A eso de las 9 y 30 de la noche, sonó «la campana eléctrica» del gabinete presidencial llamando al edecán de guardia a quien preguntó si había alguna novedad en palacio. No satisfecho con la respuesta tranquilizadora, se llegó a la puerta y abriéndola con violencia, apareció en el umbral con ceño contraído, torva la mirada y agresiva la actitud. Preguntó por uno de sus edecanes de quien abrigaba sospechas, y como tardase en presentarse a su llamada, se lanzó a él, súbito, «lo agarró a bofetadas,—cuenta La Faye, principal actor en la escena trágica,—y dió orden que abriese la ventana para echarlo por ella a la plaza, y no falta ayudante de campo que cumpliera la orden.» El edecán opuso alguna resistencia y Morales, le arrancó la hoja de su espada con intención de acabar

con él; pero como se desembarazara éste acometió Morales, sin hacer caso de las súplicas de su sobrino La Faye, con uno de sus coroneles, «y dos puñetazos en los hombros le dirige estas palabras: Coronelcito, dicen que usted también quiere hacerme revolución: vaya usted pues a hacerla: yo lo autorizo!» Lavandez contesta: «Pero, general, cómo puede usted creer que yo pueda hacerle revolución? Y Morales vuelve a acometerlo.

Entonces su sobrino, don Federico La Faye, tiempo ha prevenido contra él por los rumores que corrían entre los palaciegos de que Morales cortejaba, aunque sin éxito, a su esposa, honrada y linda mujer, se interpuso entre ambos para cortar la odiosa escena a la vez que, en nombre del honor de la familia, le rogaba diese paz a su espíritu. Morales en el colmo de la exaltación, se volvió hacia La Faye y le dió de empujones volviéndole luego las espaldas para dirigirse a su gabinete. Entonces La Faye arrancó su revolver y a las palabras de: «A mi nadie me ultraja» le disparó el primer tiro por detrás. «Morales, con la mano sobre la herida, se vuelve a La Faye diciéndole: «Me mata^s Federico?» ¡Sí!—replica éste y, como era buen tirador, seguía disparando en tanto que el otro, con la mano sobre el pecho, avanzaba hacia su matador deteniéndose a cada nuevo disparo que dejaba nueva huella sobre el chaleco blanco de Morales. «Sigue, sigue pues. . . .» exclamó todavía lleno de estupor y con acento en que la súplica se mezclaba a la amenaza, hasta que cayó al suelo, para no levantarse más. . . .»

La consternación de palacio fue inmensa; pero no llegó a la calle por lo avanzado de la hora.

Al día siguiente, 28 de noviembre, por consejo mismo de los palaciegos el doctor Frías reunió en el palacio legislativo a los 42 diputados que aún quedaban en la ciudad, los cuales nombraron un Consejo de Estado compuesto de nueve miembros y cuyos directores fueron elegidos los doctores Frías y Baptista, siendo proclamado el primero Presidente de la República.

La fuerza contenida de la emoción, la rápida sucesión de hechos que en tan pocas horas hacían preveer días luctuosos para las instituciones patrias y la seguridad de los individuos, la escenas de horror que se desarrollaron horas antes, todo traía los ánimos en un estado de depresión excepcional que se hizo patente en los discursos del presidente de la asamblea y del de la república al efectuar la ceremonia de la entrega de las insignias presidenciales a Frías, que se hizo en medio de lágrimas de ambos. «Diputados y concurrentes lloraron con ellos», —dice Sanjinés, el historiador cumplido de estas escenas.

LIBRO SEXTO

La Guerra Injusta



CAPITULO I.

Frías se hace cargo de la presidencia y convoca a elecciones.— Se presentan los candidatos presidenciales.—Gestiones de Ballivián en Lima.—Frías da cuenta de sus actos al congreso.— Es elegido presidente Ballivián.— Rasgos de carácter.— Política conciliadora y su plan financiero.— Estado desastroso de la hacienda pública.— Oposición del congreso a su plan.— Alarmas en el Perú.— *El Suroeste Caetano*.— Agitación política que ocasiona la enfermedad incurable del presidente.— Opinión de la prensa peruana.— Muerte de Ballivián.

Frías, que se había hecho cargo del gobierno únicamente por la gravedad de la hora y con la resolución formal de reunir cuanto antes los comicios electorales, lo hizo al día siguiente de ser proclamado presidente en su decreto de 29 de noviembre de 1872.

Inmediatamente el país se puso en movimiento y no tardaron en conocerse las candidaturas presidenciales. La primera y la más rudamente combatida fue la de don Casimiro Corral, ministro de relaciones exteriores y de gobierno y que gozaba de real ascendiente sobre el mandatario hasta el punto de no faltar quienes le reprochasen de ser Corral quien dictaba la mayor parte de las disposiciones y él, el que la obedecía y hacía

cumplir. «Se la rinden homenajes; pero no se le permite la palabra: se piden por etiqueta sus consejos; pero no se cumplen sus determinaciones: se le da el nombre de V. El.; pero no se le concede el gobierno . . .» (1)

Y Corral era el prototipo del mangoneador político alto-peruano de estirpe criolla, amigo de la frase sonora, de los principios abstractos defendidos con calor en la oposición y abandonados por estorbantes en el gobierno, vanidoso para ostentar virtudes simuladas, intelectualmente miope para ver las cosas más allá de un reducido círculo de perspectivas, pero angustioso para acaparar la atención de las chusmas y seducirlas con el gesto teatral de abnegación en su servicio, falso en su conducta pública, falso en sus ideas, ordinario en sus gustos y con un pasado entristecido por la baja calidad de su cuna.

Su candidatura fue combatida desde un comienzo por la gente culta y de situación, inclinada toda en favor de don Adolfo Ballivián que desde su residencia de Londres había enviado un manifiesto a sus amigos políticos declarando que al aceptar la candidatura presidencial era con el único propósito de «iniciar una política liberal que no busque para su estabilidad, mejor fundamento que el de la opinión pública, y que para alcanzarlo, se proponga en la práctica hacer gobiernos justos, y, sobre todo, honrados». (2)

Ballivián se puso en viaje con dirección a su patria y al pasar por el Perú se detuvo en Lima con objeto de estudiar el ambiente peruano y ver hasta dónde era fundada su política de recelos y temores respecto de Chile. Estuvo en relación con los estadistas peruanos y tuvo oportunidad de saber que, a pesar del desbarajuste en que también vivía este país, se veía realmente allí con mayor perspicacia la política calculada de Chile que no era otra que apoderarse de las riquezas del litoral, conocidas ya en el mercado de Europa y solicitadas urgente-

(1).—MARTÍN CASTRO, *Mi martirio y mis sacrificadores*.

(2).—ACOSTA, *Escritos, etc. de A. Ballivián*.

mente por las industrias. Se le hizo ver patente un peligro cercano y la necesidad inaplazable de formalizar el proyecto de alianza que venían elaborando las cancillerías de ambos países; y Ballivián partió de Lima con el convencimiento profundo de que no sólo se hacía preciso sellar definitivamente ese pacto, sino prevenir el ánimo de la nación decidiéndola a consentir en sacrificios de todo género, particularmente pecuniarios, si es que tenía cabal noción de su destino.

Ballivián llegó a La Paz cuando ya había pasado la contienda eleccionaria dejando profundos enconos entre los grupos políticos que, no obstante de luchar con armas iguales al amparo de las libertades otorgadas por el probo y legalista mandatario, no dejaron de acusarle de parcialidad pues ninguno de los candidatos había reunido el número suficiente de sufragios, quedando en consecuencia para el congreso la tarea de elegir por voto de sus miembros, al presidente de la República.

Reunida la asamblea extraordinaria el 28 de abril de 1873, bajo la presidencia de don Daniel Calvo, oyó la lectura del mensaje en que el presidente Frías daba cuenta de sus actos en el corto tiempo que había dirigido la marcha del Estado, siendo el principal los imconvenientes surgidos con Chile para la aplicación del tratado de 1866 y el protocolo Linsay-Corral suscrito algunos meses antes.

El gabinete no presentó cuenta de sus actos y tampoco se hizo debate sobre las numerosas gestiones del gobierno, y a poco, pasado el escrutinio, se procedió a la elección del presidente que recayó, después de dos votaciones, en don Adolfo Ballivián que alcanzó 41 votos por 19 que obtuvo Corral.

El hombre que en oposición a las prácticas políticas establecidas en Bolivia, acababa de subir, por el voto consciente y meditado de los representantes nacionales, a la primera magistratura de la República, era hijo primogénito del expresidente general José Ballivián. Educado desde muy joven en el extranjero, generalmente en Europa, tenía un carácter sumamente reservado y no muy firme. Sus amigos y admiradores creían verle preparado para la triple carrera del literato, del

artista y del militar»; pero como poeta era bastante mediocre; sus composiciones musicales no valían nada, y «los resplandores de su castísima espada» nunca se habían empañado con la púrpura de la sangre.

Su cultura extremadamente variada y algo dispersa respondía a su talento fácil de asimilación pero inseguro, y era, físicamente, buen mozo y gallardo pues tenía un tipo genuinamente castizo por la blancura del cutis y la regularidad de los rasgos.

Lo que había en él de sobresaliente y de veras superior era su amor ilimitado a la libertad y a las prácticas republicanas, y la pureza de su vida moral que ofrecía rasgos sobresalientes de nobleza, hidalguía, desinterés y generosidad, cualidades todas que hacían de él un hombre, en la bella acepción de la palabra.

Constantemente perseguido por los gobiernos militares a los que nunca quiso someterse, vivió casi siempre alejado del país en voluntaria o forzosa proscripción, y no fueron raros los instantes que tuvo que pasar por miserias inconfesadas, pero que no lograron quebrar su bella altivez ni hacerle caer en el oprobio de mendigar favores de nadie.

Melgarejo, que sentía cierto apego por el joven patricio, al saber en una ocasión que se hallaba en Londres atingido de mil necesidades y estrecheces, quiso mostrarse generoso con él y le remitió el título de cónsul general en Inglaterra y cuya dotación bien podía poner a salvo la penuria de su hogar. Ballivián se limitó a devolverle el despacho con una nota en que decía simplemente:

«Devuelvo a usted ese nombramiento que no puedo aceptar . . . »

Por ley de afinidad creía Ballivián, como su maestro Linares, «que levantar al pueblo a la altura de la civilización, de la moral y de las buenas costumbres», era labor de «esos obreros del porvenir,—son sus palabras,—que por medio solo de probidad, abnegación y patriotismo, se han propuesto alcanzar en todas las cosas verdad y justicia».

No bien se posesionara Ballivián del mando quiso borrar las asperezas de la lucha pasada ofreciendo a Corral la representación diplomática de Bolivia en el exterior; mas aquél declinó la oferta desapareciendo a poco de la ciudad.

Luego organizó su gabinete llamando a los elementos más prestigiosos de su grupo.— Baptista, Bustillo, Calvo, Mariano Ballivián,— y convocó a la asamblea a sesiones extraordinarias para discutir y resolver graves problemas económicos y financieros, pues el país se encontraba empobrecido y esquilimado. Los créditos en el exterior, algunos no solo onerosos sino aun usurarios, consumían las pobrísimas rentas nacionales y era preciso poner coto a tan grande mal.

El plan del gobierno era conseguir en el exterior un empréstito de alguna significación para centralizar todas las deudas en una sola y regularizar el servicio de intereses: pero la oposición hubo de mostrarse hostil a la idea del gobierno hasta el punta de obtener la mayoría de pocos votos en el congreso.

La decepción de Ballivián con esta negativa fue profunda. Le dejaban frente a las necesidades apremiantes de todo un país y que él no sabía cómo satisfacerlas: «todos sus proyectos caían minados por su base». Entonces, como solo recurso, no le quedó más que el de formular su queja ante el congreso que cerró sus puertas al día siguiente mismo de este voto y cual si temiese agravar todavía la situación general dando más espacio a sus labores de organización.

«... Cerráis vuestras sesiones,—dijo Ballivián en su mensaje,—dejando al país en estado nada halagüeño, en una perturbación de que yo no podré responder; hablo de la financiera, pues en cuanto a la política, contando con los medios necesarios para que la conservación del orden y del imperio de la ley se mantengan, yo respondo de ella. Mas hallándose la hacienda en deficiencia, amenazándonos crisis fatales, dejáis al gobierno en situación penosa, difícil de sostener. Los esfuerzos del poder ejecutivo son estériles, cuando no son secundados con patriotismo e inteligencia por los representantes del pue-

blo. Mi responsabilidad queda a cubierto, no habiendo sido ayudado»

«Poco después,—cuenta su biógrafo Santiváñez,—se incorporó en el gabinete el distinguido estadista, a quien, con aprobación general del país, confiara la cartera de hacienda. (Rafael Bustillo).

«En su primera conferancia con él, Ballivián le informó del estado en que se encontraba este ramo. Luego que el ministro oyó la relación del presidente:— Señor, le dijo, no creo que nuestra situación rentística fuese tan deplorable, y asegúrole que, a haberlo sospechado siquiera, no hubiera aceptado el puesto; mas, ya que ha querido usted honrarme con tan alta confianza, procuraré corresponder a ella, estudiando el asunto con la detención que merece . . . » (1)

Así lo hizo el ministro y no vió otro recurso que volver a reunir al congreso en sesiones extraordinarias para salvar la crisis y a cuyo efecto se lanzó el decreto de convocatoria el 10 de julio; mas a poco moría Bustillo asestando un golpe rudo al presidente que también se sentía enfermo, decaído, abatido e impotente para contrarrestar los ataques de la oposición que tomó su punto de apoyo en los planes económicos del ejecutivo. Los conceptuaba peligrosos para el país, y su propaganda hallaba eco porque las condiciones del mercado habían cambiado en sentido desfavorable. Y todos se mostraban opuestos a la idea de nuevas obligaciones que pudieran comprometer seriamente las finanzas públicas y no obstante de que la intención del presidente, claramente revelada en sesiones secretas de congreso, era dedicar una parte de esos fondos a la adquisición de elementos bélicos, pues era imposible dejar de verse que el litigio arduosamente sostenido por Chile, no habría de resolverse por medios pacíficos y conciliadores, cosa que se negaban crear los políticos de corto alcance.

Esos políticos mestizos, intelectualmente miopes, cerra-

(1).—SANTIVÁÑEZ, *Rasgos Biográficos de A. Ballivián*.

dos a la comprensión de los fenómenos del mundo pero anguriosos de figuración parroquial, sólo se interesaban en sus manejos de grupo y en sus vanidosas pasioncillas, incapaces de elevarse a la contemplación de los graves problemas que iban cerriéndose implacables sobre la nacionalidad y que se presentaban bañados con cruda luz meridiana a los ojos de los países que con miedo o regocijados espectaban nuestras andanzas sin concierto y las tinieblas dentro de las que se movían cuando todo se veía claro en torno.

«Cosa extraña»— decía un periódico peruano, *La Patria* de Lima, que, como los demás órganos de prensa de ese país, seguían con apasionado interés esa danza siniestra de los fantoches políticos,—«Cosa extraña; aquel pueblo tan viril en las solemnes ocasiones, tan adelantado en cuanto se relaciona con el cultivo intelectual, se empeña en lo general en cerrar el paso, sin tomarse el trabajo de meditar, a todas las sanas doctrinas de la economía y del crédito. Tiembla a la sola idea de los empréstitos, creyendo acaso que ellos envuelven un peligro más o menos remoto para la autonomía e integridad territorial....»

Ballivián se dirigió a Chuquisaca donde debía instalarse y funcionar el congreso y viajó «con una sencillez republicana nunca vista hasta entonces». Sentía vergüenza imitar las andanzas de los caudillos populares como Belzu, Morales y otros que al ir de un punto a otro de la república lo hacían gastando fuertes sumas de dineros públicos y recibiendo el rendido homenaje de los pueblos, siempre arrodillados al paso de los triunfadores....

Apenas conocidos el viaje del presidente y sus propósitos de obtener del congreso los recursos que necesitaba para hacer posible la defensa armada del país, los adversarios del presidente comenzaron a concertarse por medio de cartas para obstaculizar la reunión de la asamblea, o impedir, por lo menos, que hubiese el quorum indispensable para la fecha de su convocatoria. Así, decían, *el Sonso Caitano*, «tendrá que renegar y tirar piedras....» Y la perspectiva de la contrariedad del mandatario llenaba de fruición a las almas empozoñadas de los

traficantes políticos que al llamarle con sorna el *Sonso Cayetano* comparaban al presidente, por su andar algo desgarbado, con un miserable ciego que andaba por las calles de La Paz mendigando la caridad de las gentes

Instalada la asamblea el 8 de octubre, Ballivián leyó su mensaje en medio de la expectación general, pues el ambiente estaba caldeado porque todos querían conocer la actitud que asumiría el mandatario ante la resistencia del país a sus planes. Todo su mensaje respiraba contrariedad y desencanto, y causó enorme sensación en los diputados, a lo que tampoco fue ajena la actitud personal del presidente. Como se sentía enfermo incurable, leía con voz desfallecida, respirando penosamente y haciendo menudas pausas. En su actitud había algo de humilde, frágil y quebradizo que causaba fuerte impresión. Abogó por el crédito «palanca poderosa e impulsora del pasmoso progreso de los tiempos actuales» y que discretamente utilizado, tiene la propiedad de multiplicar los capitales y de suplirlos muchas veces; se quejó de no haber podido obtener del congreso anterior la autorización para realizar los planes financieros que se proponía y concluyó asegurando que su gobierno estaba resuelto a abstenerse de toda iniciativa financiera y declinaba «la responsabilidad de resolver las cuestiones actuales» y esto porque ya las circunstancias habían variado completamente y porque, además, quería «dignificar la política interior del país, levantado su práctica a una región serena de paz, de tolerancia, de conciliación y armonía».

Y se abstuvo, en efecto, obstinadamente, y la asamblea pasó a ocuparse de los asuntos que en su concepto merecían preferente atención, sobre todo del empréstito Church que se manifestaba en malas condiciones y que el presidente había denunciado sin ambages en su mensaje, probando, hasta cierto punto, que era impracticable la combinación porque los fondos no estaban en relación con la magnitud de la empresa; mas a pesar de todo la cámara se mostro animada de peligroso optimismo y sancionó una ley por la que autorizaba la prosecución de la obra. . . .

En seguida votó varias otras disposiciones «para salvar la situación económica del país», todas ineficaces, y cerró sus puertas el 15 de noviembre, dejando al gobierno casi en la misma angustiosa situación de antes.

Entonces, y como siempre acontece en los países donde la falta de iniciativa e industria torna a los hombres fatalmente empleomaníacos, se iba caldeando otra vez el ambiente político. Los partidarios de don Casimiro Corral, azuzados por su jefe que se había instalado en Puno, no cesaban de combatir furiosamente al gobierno tomando por pretexto sus planes económicos, «sin escasear las difamaciones personales y las más vituperables injurias». Y el pueblo, alarmado, «se acogía con más ahínco a la fuerza armada» representada por Daza, que ascendido a general de división por la asamblea y debido a la crítica condescendencia del mandatario, seguía manteniendo en su poder la jefatura del batallón 1º de línea o *Colorados* el más numeroso y aguerrido de todos los que componían el diminuto y mal provisto ejército nacional.

Todas estas andanzas las veía con cierto despego el presidente, y, aunque se sentía morir paulatinamente y sin remedio, se negaba no obstante a buscar el reposo que le pedían sus amigos. Veía que anhelaban los adversarios aprovechar del mal estado de su salud para trastornar el orden y se empeñaba en no ceder el campo. Todos los grupos llevaban clavados los ojos en él: comprendían que se moría y que en breve iba a abrirse una nueva era; y era terrible ese espectáculo de un hombre que al tener conciencia de los conflictos que suscitaría su muerte se aferra ansiosamente a la vida y no quiere hacer ver el mal que le consume, y el de los ambiciosos que solo esperan que ese mal cumpla su obra para disponer de más amplio horizonte de ambición.

Se fue algunos días al campo. «Al volver,— cuenta don Mariano Baptista, ministro de Ballivián, en carta al biógrafo Santiváñez,— fue luego traslado de la casa de gobierno a una casa quinta. Con ojo avizor seguían el paso del coche los espías políticos.»

Morirá, escribían, morirá en breve, por más que los ministros se den trazas de ocultar la situación.— Al entrar en la casa quinta, se dobló sobre sus rodillas; una contracción dolorosa desfiguró sus facciones.—*ha caído como una masa,*—añadían los políticos con una fruición inhumana».

Pero no se abatía el hidalgo. *Es mi deber, lo llenaré hasta el fin.* «Y se arrastraba con pena, apoyándose en los muebles o en el brazo de sus amigos hasta la mesa de su despacho, donde continuaba sus tareas diarias. . . .»

La enfermedad del presidente causó en Lima, como era de esperar, la más viva inquietud. *El Nacional*, bien enterado de los sucesos de Bolivia, aseguraba que la muerte del mandatario, sería «la señal de combate entre los círculos políticos que en Bolivia trabajan por llegar al mando supremo».

Y otro órgano de prensa, *La Opinión Nacional*, era más explícito todavía:

«Parece que ha llegado por fin el momento de mirar frente a frente la desgracia convenciéndose de que don Adolfo Ballivián, el magistrado cuya templanza y actitud mantuvieron en respeto las facciones de su país e imprimieron a su política un carácter enteramente nuevo, está perdido ya irremisiblemente para su patria y para la América. . . .» «La muerte de Ballivián, es para Bolivia la señal de la más espantosa anarquía. De ella, si Dios no lo remedia, no saldrá al fin y al cabo otra cosa que alguna dictadura como la que en tiempos anteriores llevaron a esa república al último extremo de la degradación y de la vergüenza. . . .»

Al fin ya no pudo más el presidente. «El servicio mismo de la administración se resentía del mal estado de su salud». Por decreto de 31 de enero de 1874 dejó la primera magistratura en poder del Dr. Frías, presidente del Consejo de Estado, lanzando el mismo día dos proclamas, una a la Nación y otra al ejército, en que decía:

«Restablecida la seguridad de la paz, me es forzoso abandonar temporalmente los negocios, con el fin de salvar mi salud comprometida. Hoy asume el poder el mismo dignísimo patricio

que, después de una catástrofe hondamente perturbadora supo convertir la grave crisis, mediante su tino y sabiduría, en origen de la organización constitucional del país. . . . »

Y a los pocos días, el 14 de febrero, cesaba de sufrir dulce y con serena mansedumbre dejando la impresión imborrable de su perfecta corrección como hombre, aunque, como político, se manifestase no poco mediocre no obstante sus acertadas previsiones sobre las futuras dificultades del país con Chile y sus propósitos de evitar el mal que se avecinaba, y los cuales sólo en propósitos quedaron porque tuvo la desgracia de actuar mezclado a la gentuza de la política militante, hábil en tretas electorales y en intrigas de corrillos, pero absolutamente incapaz de prever los acontecimientos, sondear el futuro inmediato y ver cómo, de qué manera y por qué medios se impulsaría la marcha más segura y más racional del país.

Inmediatamente asumió el Dr. Frías la presidencia efectiva de la República, y dirigió una proclama a la Nación en que llamando a la concordia a los bolivianos manifestaba su firme intención de hacer repetar escrupulosamente las leyes, por todos los medios.

CAPITULO II.

Frías asume la presidencia.—Rol preponderante de Daza.—Pobreza de la hacienda pública.—Manejos subversivos del caudillo Corral.—En el congreso se trata la cuestión con Chile.—El empuje chileno en el Litoral.—La concesión Church.—Movimientos revolucionarios.—Liga Corral-Quevedo.—Biografía de Frías.—Campaña del presidente.—Acción de Chacoma y rol de Daza.—El país se siente cansado con su vida de incesantes revoluciones.—Estado social y económico de Bolivia.—Aspecto de la vida social.—Todos anhelan un *brazo fuerte* y piensan en Daza.—El «hombre Providencial».—Se le señala como candidato.—Su programa fusorio.—Candidaturas de Salinas y Santiváñez.—El soñador enfermo y el hombre de acción.—Daza, desconfiado de las elecciones, consuma el golpe de Estado.—Caída del presidente Frías.

Al desaparecer trágicamente Morales se había negado el doctor Frías a asumir la presidencia de la república bien que le correspondiese de derecho, según disposiciones legales: pero en esta ocasión, forzando sus escrúpulos y aun poniendo evidente contradicción en su conducta, se hizo cargo del mando y se dió a administrar con el mismo gabinete organizado por Ballivián y cuya renuncia se negó a considerar.

También Frías, como su antecesor, estaba obcecado por la situación financiera del país y todos sus esfuerzos quiso emplearlos en reglar la recaudación e inversión de los fondos públicos. Para ello, hizo pasar una circular a los municipios en

que les obligaba a enviar en doble copia sus presupuestos y en presentar los debidos comprobantes por todo gasto extraordinario de aun menos de 50 \$ debiendo, en todo caso, requerir aprobación gubernativa para su inversión.

La medida, que ciertamente atacaba los más elementales privilegios comunales, no dejó, por cierto, de promover serias resistencias en la república.

El primer municipio que protestó tachando de inconstitucional la medida, fue el de La Paz; le siguió el de Cochabamba, y no hubo municipio que no se pusiese contra el gobierno, circunstancia que fue fácilmente explotada por los opositores que se organizaron bajo la dirección de hombres decididos y con mucho arraigo en los fondos populares.

El partido del gobierno era débil, relativamente, y su más firme apoyo estaba en el ejército, representado entonces por el temible batallón *Colorados*, de quien era, como se dijo, primer jefe el general Daza, cuyo predominio en sus soldados se hacía sentir más todos los días, a la par que crecía su notoriedad entre los civiles, con lo que iban en aumento la vanidad y el orgullo del militar.

El peligro entonces se anunciaba inminente por ese lado, y se hacía preciso prevenirlo. Y Frías, bien aconsejado por sus ministros, pretendió que Daza fuese de La Paz sin su batallón a reunírsele en Sucre; pero la orden fue desobedecida. «Entonces el señor Frías, —dice Sanjinés,— dejando el gobierno en la capital, se encaminó a Oruro a ofrecer personalmente el ministerio de la guerra al general desobediente, quien, suspicaz y desconfiado, no quiso ir y no concurrió a la entrevista sino llevando consigo el batallón que comandaba».

«De allí fueron todos a Sucre, donde con fecha 13 de mayo se expidió el decreto por el cual el presidente de la república nombró ministro de la guerra al general Hilarión Daza». El militar tampoco dejó entonces el comando de su batallón, lo que preocupó en gran manera la atención pública porque hizo preveer graves acontecimientos en lo futuro.

En estas circunstancias se llevaron a cabo con la mayor honradez las elecciones de diputados que dieron el triunfo al partido de gobierno, bien que los opositores sacaran a sus diputados más representativos, entre los que se contaba el doctor Corral.

Esta campaña electoral se había distinguido, como tantas otras, por el incremento de la prensa partidista, no siempre a cargo de los más honrados ni de los mejores; mas el gobierno, insensible a sus ataques, seguía trabajando en la misión que se había impuesto de regular el correcto manejo de los caudales públicos.

Reunido el congreso en la capital el 10 de agosto de 1874, entró de lleno a la discusión de las credenciales de los nuevos diputados, que ocupó varias sesiones, y luego al conocimiento de las memorias ministeriales.

El de hacienda daba cuenta del movimiento financiero del país que en el anterior año había alcanzado, como rentas, a 3.447,785 Bs., y, como egresos, a 3.670,679 Bs. existiendo, por tanto, un déficit de Bs.219,993.

Los otros ministerios presentaban un balance algo deficiente en datos y el congreso se dió a la discusión de varias leyes de carácter secundario; y es en medio de sus deliberaciones que fue instruido de ciertos accidentes producidos en La Paz y suscitados por Corral y sus partidarios.

Elegido diputado por La Paz no había querido Corral asistir a la cámara y prefirió quedar capitaneando la chusma de su partido y seguir gozando de las fruiciones de su popularidad en su propia casa, convertida en una especie de casa de gobierno. pues había centinelas en la puerta y una consigna de entrada que sólo conocían sus íntimos y con los que ostensiblemente iba tramando la revolución.

Hízose necesario tomar alguna medida, y el prefecto hizo notificar al doctor Corral, en la noche del 7 de septiembre, que disolviera la gente que tenía reunida en su casa y entregar las armas; cumplió aquel lo primero, expresando que en cuanto a armas no las tenía. Hubo que atacar la casa y obte

tener por la fuerza lo que de grado no pudo conseguirse reduciendo a prisión a Corral y varios de sus amigos.

Al tener conocimiento de estos hechos, los partidarios de Corral en la cámara, aunque pocos, tomaron con bastante ardimiento la defensa de su jefe, quien tuvo el tacto político de enviar la renuncia de su cargo de diputado, que fue aceptada. La prensa toda de oposición se exasperó acusando de inconstitucionales los actos de las autoridades paceñas; y era tal la excitación del público que muchos creían inevitable una revolución.

Entonces el congreso autorizó al gobierno para hacer uso de las medidas de seguridad otorgadas por la Carta y luego se puso a discutir el complicado asunto de las comunidades indígenas dando al fin una ley, por la que dispuso que todo indio poseedor de terrenos bajo cualesquiera denominaciones, tenía dominio absoluto sobre ellos con todas las facultades amparadas por derecho; que una vez extendidos los títulos de propiedad ya la ley no reconocía comunidades, etc., etc.

Por último, y ese fue el asunto más debatido en ese congreso, se pasó a considerar el tratado de límites con Chile.

Se tiene dicho que los dos gobiernos habían encontrado insuperables dificultades para la ejecución del tratado concluido en tiempos de Melgarejo y que si bien respondía en parte a un espíritu de justificación al tratar de deslindar las posesiones territoriales, su aspecto odioso y aún depresivo para la dignidad nacional era el contrato absurdo de la participación de ambos gobiernos en los derechos sobre los impuestos a los minerales exportados.

Puestos de acuerdo sobre este punto los dos gobiernos y reconocida la necesidad de ajustar otro convenio más ventajoso para ambos, se había firmado el 5 de diciembre de 1872 el pacto Corral-Lindsay que contenía esta explícita declaración:

«Los dos gobiernos convienen en seguir negociando pacífica y amigablemente con el objeto de revisar o abrogar el tratado del 10 de agosto de 1866, sustituyéndolo con otro

que consulte mejor los recíprocos intereses de las dos repúblicas hermanas, a fin de quitar todo motivo de cuestiones futuras y bajo la base inamovible del grado 24 y de las altas cumbres de la gran Cordillera de los Andes».

Ultimamente, entre el ministro de negocios extranjeros de Frías, don Mariano Baptista y el encargado de negocios de Chile, don Carlos Walker Martínez, se había concluido otro tratado de límites, conteniendo dos puntos esenciales: primero, que «el paralelo del grado 24 desde el mar hasta la cordillera de los Andes en el *divortia aquarum* es el límite entre las repúblicas de Bolivia y Chile», y, segundo, que «los depósitos de guano existentes o que en adelante se descubran en el perimetro de que habla el artículo anterior, serán partibles por mitad entre Bolivia y Chile».

La discusión de este grave asunto se inició el 14 de octubre y duró hasta el 5 de noviembre por los largos y vehementes debates a que dió lugar; pero el tratado hubo de ser aprobado no obstante de que no faltaron representantes a quienes fue fácil demostrar, acaso con el asentimiento del mismo ejecutivo, que dicho pacto, en lo concerniente a los límites, era, «inexacto, oscuro, peligroso».

Pero la cuestion de tratados más o menos equitables, más o menos liberales, más o menos legítimos, en suma, sobre este punto, apenas era un frágil escollo para detener por corto tiempo el empuje avasallador de la política chilena que perseguía como un objetivo no sólo de gran trascendencia, sino de importancia vital, el entrar en posesión de esos territorios cuyas ingentes riquezas podían edificar la grandeza de cualquier otra nación menos imprevisora que la boliviana.

Capitalistas e industriales chilenos se habían posesionado de la zona privilegiada, y, en su empuje, fundaba el gobierno de Chile un título para mantener su vigilancia sobre el litoral de la nación desquiciada y revoltosa cuya única preocupación excluyente era improvisar y demoler caudillos, agena casi del todo a emprender obra constructiva en el gobierno.

Porque ya la composición misma de los principales cen-

tros poblados del Litoral, como Antofagasta, v. gr., hacía ver la diferencia sin límites entre las políticas de ambos países, pues esa ciudad, según cómputos que la prensa chilena se placía en divulgar, contaba a mediados de ese año de 1874 con 6,000 almas con un porcentaje de nacionalidad bastante significativo:

chilenos	98	%
bolivianos	2	,,
uropeos	1 ½	,,
americanos del Norte y Sur	1	,,
asiáticos y otros	1 ½	,,

Todavía la asamblea entró a ocuparse de otro asunto no menos grave, como era el relativo al ferrocarril Madera-Mamoré. Al fin la convicción se había hecho en algunos diputados de que en el fondo de ese asunto sólo se dejaban ver las maniobras hábiles e interesadas de un hombre astuto y despreocupado como el coronel Church, de quien ya se pudo saber, casi con certeza, de que no contaba con los capitales suficientes para emprender la obra; pero la mayoría de la cámara, torpemente seducida por las engañosas alucinaciones del patriotismo verboso, no quiso rendirse a la evidencia y confirmó en todos sus puntos el contrato antes estipulado.

Cerró sus puertas el congreso el 25 de noviembre, y el 30 un batallón se amotinaba en Cochabamba bajo el pretexto de que no estaba pagado al día, y proclamaba jefe superior al general Quevedo, y, dos días después, presidente de la República, al general Daza.

Inmediatamente el gobierno, al primer aviso, envió al mismo Daza, ministro de la guerra, a sofocar la revuelta con su batallón; y Daza tuvo el buen sentido de desaprobando la revuelta, bien que íntimamente se sintiese halagado en su amor propio de caudillo militar.

Los partidarios de Quevedo secundaron en La Paz el movimiento de Cochabamba, y al saberlo el general emprendió precipitado viaje de Sucre e hizo su entrada en la ciudad el 5

de enero de 1875 en medio de la gozosa aclamación de sus parciales, que eran dueños de La Paz y habían constituido sus propias autoridades.

Distinta en sus fines era entretanto la conducta del caudillo Corral, que, refugiado en Puno, esperaba allí el desarrollo de los acontecimientos, seguro de jugar en ellos rol preponderante. En su retiro supo, mediante cartas de sus partidarios, los movimientos de Cochabamba y La Paz, concibiendo entonces el proyecto de someterse y apoyar al gobierno para después arreglar los hechos de manera que redundasen en su propio beneficio.

Sus cálculos eran lógicos y sencillos. El no podía ponerse de acuerdo con el general Quevedo, implacable enemigo suyo y con quien había sostenido la más ardiente lucha de su vida no solo en el terreno de las ideas sino aún en los campos de batalla. Los dos habían estado colocados siempre en campos antagónicos; el uno, Quevedo, había apoyado hasta el último, con armas en la mano, la bárbara dictadura de Melgarejo; el otro, Corral, con las armas también, había echado abajo esa dictadura. Al presentarse ahora defendiendo los poderes constituidos, no hacía otra cosa que dar mayor relieve a su personalidad y desarmar a quienes se le mostraran hostiles por su oposición a un gobierno probo y legalista.

Con estas intenciones, que revelaban un fondo de honradez, lanzó desde Puno un manifiesto a la nación en que condenando las vías de hecho, prometía ponerse de parte de la ley.

Luego al punto se puso en camino de La Paz donde tuvo una entrevista con Quevedo. Lo que en ella pasó, aún no ha salido de la sombra y sólo se conocen los resultados. El 8 de enero ambos jefes publicaban en común un manifiesto en que aseguraban haberse unido para «salvar la nación» y entrar a ejercer el mando ejecutivo de la república, con «participación igual ... »

«Los suscritos, jefes de los dos grandes partidos nacionales y en representación de ellos, han acordado unir sus es-

fuerzos y sus prestigios para salvar la nación y restablecer el imperio genuino de la ley fundamental. En esta virtud acuerdan y declaran al pueblo boliviano: 1º Formar un directorio nacional para la salvación de la patria, compuesto del señor general Quintín Quevedo y del señor doctor Casimiro Corral, con participación igual en la gerencia de los destinos de la nación y el ejercicio del poder supremo. 2º Concluida la revolución actual y restituida la tranquilidad pública, el directorio promete convocar a los quince días siguientes una asamblea extraordinaria que podrá declararse constituyente. Ante ella dará cuenta de los actos de la revolución y resignará el poder para que nombre presidente provisorio que deba gobernar el país hasta que se proclame el constitucional conforme a la ley de 1871, que el directorio sostendrá, obligándose para su caso hacer práctica la alternabilidad del poder supremo. 3º El directorio someterá a la asamblea los deseos del pueblo sobre las reformas necesarias para su ejecución y práctica indefectibles. . . . »

Frias emprendió de inmediato viaje a La Paz, en compañía de su gabinete y con sólo la escolta de sus edecanes.

Frias en esta época contaba más de 70 años de edad, y, por el momento, representaba la más alta figura moral del país.

Había nacido en Potosí en los primeros años del siglo, en 1805, de padres acaudalados, y muy joven, a los 21 años, pudo recibir el título de abogado que él dejó de utilizar para dedicarse al comercio, siendo, al decir de uno de sus biógrafos, «uno de los primeros negociantes que ensayaron la ruta directa a Cobija internando mercaderías desde ese puerto a la capital con penosísimo trabajo». (1)

Amigo de su país aunque poco dado a la política, única preocupación absorbente de los bolivianos, tuvo que entrar en ella no tanto por el consejo del virtuoso Sucre, como general-

(1).—SANJINES, *Apuntes para la historia de Bolivia, etc.*

mente se dice, como por ver que los negocios públicos comenzaban a constituir el patrimonio exclusivo de los más intrigan-tes empeñados en destruir la obra del Gran Mariscal o arrojar al autor fuera del país, cual hubo de suceder con harto conten-tamiento de aquellos que esperaban medrar a la sombra de la anarquía que fatalmente iba a producirse dadas las tendencias y la educación deficiente de los hombres de la nueva patria.

Ya en la política, tanto por su carácter como por su cul-tura, no le fue difícil descollar entre los de su generación y así pudo ser enviado a Francia en 1837, «como oficial de la pri-mera legación que mandó Bolivia a Europa».

Vuelto al país después de haber desempeñado con acier-to la representación diplomática en Chile, fue sucesivamente prefecto de Potosí con Ballivián, y luego su ministro de nego-cios diplomáticos. Belzu lo mantuvo desterrado en el exte-rior y Linares lo hizo su ministro de hacienda: con tal ca-rácter le fue dado introducir varias reformas en la unidad monetaria del país.

En 1862, a la caída de la dictadura que él supo defen-der con circunspección y patriotismo, fue presentado como candidato presidencial por sus amigos, más el momento no era favorable a las aspiraciones desinteresadas y tuvo que de-clinara la honrosa designación. Consiguientemente formó en las filas opositoras durante la administración de Achá, y en tiempo de Melgarejo se marchó a Europa y no volvió sino a la caída del déspota para ocupar el rol en que se le ha visto jugar después.

En esta época de su trabajada presidencia era un anciano animoso, elegante y lleno de canas. Tenía por costumbre andar dos o tres horas por día después de su baño frío,—cosa admirada por todos como estupenda y aun inverosímil,—y yan-taba una sola vez al día, con lo que, a su edad, conservaba una frescura y una agilidad realmente asombrosas. Viajaba a la manera inglesa, en talle y sobre la silla pelada; y así, de las cordilleras donde fulge la eviterna nieve descendía a los valles tropicales sin sufrir gran cosa ni sentirse molesto. «Las mu-

chachas,—dice Carlos Walker Martínez,—lo hallaban muy galán, los jóvenes muy jovial, los hombres maduros muy hábil».

Frías llegó a Oruro el 11 de enero y luego de restablecer el orden interrumpido y de nombrar las autoridades necesarias, siguió viaje a La Paz. En La Paz, los revolucionarios se habían preparado convenientemente y de allí tuvieron que salir al saber que se aproximaba el gobierno, deseosos de no exponer la ciudad a la furia de la soldadesca.

Cerca de La Paz, a una jornada de distancia, se le incorporó a Frías el general Daza con su batallón: y en Chacoma, pequeño cacero indígena en las faldas de una suave pendiente, verificóse el encuentro de los adversarios en una extraña refriega de veinticinco minutos escasos, pues el desorden de uno y otro bando y la falta de comando en los dos hicieron de este encuentro un algo incoherente en que sólo se puso de relieve el coraje de los soldados de Daza que por esto se atribuyó a él solo la victoria, siendo así que su sola hazaña visible en esta acción había sido «la tenaz persecución que hizo a Quevedo hasta muy cerca de La Paz».

Necesariamente el gobierno triunfante no dejó de dirigir una proclama a sus tropas, redactada por el ministro Calvo:

«Habéis sepultado en una misma fosa al indigno aventurero que osó aspirar a la magistratura suprema y al vulgar intrigante que funda los títulos de sus incesantes conatos en la alucinación de las turbas. Juglares y logreros desaparecen de la escena quedando en pie en ella el venerable Frías, que representa la magestad de la República.....»

Inmenso pavor causó en La Paz la derrota de Quevedo, quien se presentó en la tarde acompañado de algunas tropas de caballería: había abandonado el campo antes de la defección y huyó atolondradamente recorriendo «ocho leguas en dos horas» Los cabecillas huyeron al Perú esa misma noche y el 19 de enero hizo Frías su entrada triunfal a la ciudad, donde se efectuaron algunos fusilamientos y de la que tuvo que salir a poco a proseguir campaña contra los departamentos del interior.

El Litoral, Oruro, Cochabamba, se habían levantado contra el gobierno de Frías y en todas partes los enemigos mostraban el deseo inquebrantable de echar por tierra la dominación constitucional del anciano que tantos ejemplos de austeridad y desprendimiento mostrara en su larga carrera política.

Salió Frías de La Paz dejando allí sus ministros Baptista y Calvo; más no bien se alejara lo bastante de la ciudad se amotinó el pueblo el 20 de marzo y atacó el palacio de gobierno donde habían ido a refugiarse los ministros. El combate duró todo el día: atacaban con furia los amigos de Corral y Quevedo y eran rechazados con vigor por los defensores de palacio que al fin pudo ser tomado con el incendio.

En tanto avanzaba Frías hacia Cochabamba; mas al recibir en camino el parte circunstanciado de los acontecimientos de La Paz, la indignación del presidente se hizo agresiva:

«Puesto que esta no es una guerra política,—dijo, según cuenta la comunicación oficial;—puesto que nos hallamos en una guerra esencialmente social, aceptémosla en los términos en que nos la ofrecen nuestros enemigos...»

Y fué duro para castigar la ciudad turbulenta y mostrarse inflexible para la ejecución implacable de los prisioneros.

Pacificada la república «después de una de las más vastas conspiraciones militares que registra la historia boliviana», —al decir del historiador Sanjinés, el gobierno volvió a La Paz con objeto de vigilar desde allí el orden y presidir las elecciones presidenciales que se avecinaban.

Había entretanto invadido a la nación un cansancio terrible por esa su vida de revueltas sin fin ni motivo alguno ideal, y todos anhelaban, ardientemente, la paz, una paz sólida, durable para dedicarse a la labor de reconstrucción social tan abandonada desde la fundación misma de la nacionalidad.

Los países vecinos, con todo de haber pasado también por esas crisis de agitación política que parecen no sólo inevitables, sino fatales y aun necesarias en los pueblos en for-

intestinas, se habían dedicado a fomentar la educación social, problema de suma importancia en los pueblos nuevos, y a ejercitar las actividades en la explotación de las riquezas naturales del suelo, y hoy ofrecían, o comenzaban a ofrecer el espectáculo envidiable de pueblos ya organizados. Sus pensadores y estadistas habían arrojado a tiempo la venda europea para mirar con ojos desnudos el cuadro social dentro del que actuaban y poder remediar sus deficiencias o explotar sus cualidades sin olvidarse nunca del elemento humano con el que habían de obrar. «Gobernar es poblar»—decía, por ejemplo, Alberdi en la Argentina; y esos países tenían riqueza pública y privada, comenzaban a abrirse campo en los mercados europeos y a preocuparse de esos otros no menos fundamentales problemas de la inmigración, del fomento de las industrias, y, sobre todo, de la construcción de ferrocarriles, canales y caminos carreteros.

En Bolivia nada había: los caminos construidos primero por los obedientes súbditos de los Incas y después por los conquistadores, se habían ido destruyendo poco a poco a la implacable acción del tiempo y hoy la vialidad se hacía penosa y difícil. Las instituciones yacían por los suelos. Casi no existía la probidad moral y los hombres vivían sin conocer ideales superiores. En todos dominaba el egoísmo, la vanidad, el interés, es decir, esas pequeñas pasiones que rebajan la dignidad humana. Todos querían mandar, y, los que obedecían, eran los indios y los cholos, masa pasiva, turba alucinable, sin nociones sobre ningún principio, ignorante, analfabeta y corrompida.

Consiguientemente la vida social era de una monotonía abrumadora. No había artes, ni comercio, ni industria. El comercio estaba entregado en manos de extranjeros que a riesgo de verse comprometidos en las tramas ocultas de las constantes revueltas, medraban a la sombra de esas mismas revueltas y formaban respetables fortunas que luego las iban a disfrutar a sus respectivos países, sin llevar la más pequeña gratitud por ese suelo estéril en compensaciones de arte y belleza. Los del país, si no defendían pleitos de mínima cuantía y por

honorarios realmente ridículos, se lanzaban a los juegos de la llamada «política» esperando conseguir de ella lo que hallar no podían en largos años de labor paciente y obstinada: la consideración y el respeto de los demás y el diario yantar seguro, holgado y quizás abundoso.

Ignoraban las gentes letradas lo que acontecía mas allá de las fronteras, pues los papeles públicos sólo rozaban los temas políticos de actualidad y nunca traían, siquiera por curiosidad, noticias de los hechos culminantes realizados fuera. No tenían servicio telegráfico porque el telégrafo era desconocido en el país y lo poco que del exterior se sabía era por la relación de los comerciantes que iban a Tacna y Arica, único puerto que servía a las necesidades del comercio boliviano.

Esa falta de noticias extranjeras era la privación más cruel de las gentes forasteras que por un motivo u otro se habían establecido pasajeramente en el país; pero, se ha dicho, no alarmaba ni preocupaba a los nacionales letrados que con sus preocupaciones de orden caudillesco tenían bastante y hasta de sobra para matar las horas y aun los días muertos.

Revelador y altamente significativo es el diálogo transcrito por Wálker Martínez, el diplomático chileno que por este año de 1875, estaba en plena actividad funcionaria:

—«¿Qué novedades hay?—pregunto al amigo que viene a verme»,—cuenta.

—Ninguna.

Al día siguiente:

—¿Qué novedades hay?

—Ninguna.

—Y al día siguiente, «ninguna» otra vez. Pasan algunos días:

—¿Qué novedades?

—Revolución en Cochabamba.

—¿Y qué hace usted hoy?

—Me preparo para salir mañana.

—¿A dónde?

—A batirme.

—Hace usted bien.

Y me levanto de mi asiento para asomarme a la ventana a ver un batallón que al son de músicas guerreras sale al campo. Van en él muchos amigos.

—Adiós! ¡Hasta la vuelta!

«El correo que ha traído la noticia de la revolución es un joven capitán que ha hecho 100 leguas de asperísimos caminos en dos o tres días; el caudillo sublevado es el que ayer venía a jurar fidelidad al jefe supremo; la causa que defiende.... pero ¿qué causa? ... si en Bolivia no hay causas, y solo hombres, y pasiones, e iras personales »

De advertirse es que este diálogo fiel se sustentaba en La Paz, la ciudad de más movimiento en todo orden de ideas y donde entonces se encontraba el gobierno, que presta mayor animación a una ciudad pequeña y es siempre motivo de una más grande actividad social y económica. En las ciudades del interior la vida era terriblemente quieta y aun muerta, sobre todo en las de poca importancia. Las gentes, no teniendo cómo divertirse ni pasar el tiempo, se entregaban con pasión a la crítica menuda, al paciente análisis de la vida privada. Cada uno de los vecinos era prolijamente examinado en su vida, costumbres y particulares andanzas. No habla cualidad, defecto o tara que escapase a la investigación de los curiosos; de ahí la superabundancia de chistes, apodos, motes. Un traje nuevo estrenado por alguna dama, era todo un acontecimiento social: los amoríos de los galanes eran comentados sabrosamente por todos y no había vida que pudiese desenvolverse a callandas, en el discreto silencio de la soledad. La falta de sólida cultura, de hondas preocupaciones y de nobles perspectivas, daba a las gentes una mediocridad desesperante, y sólo interesaba lo pequeño, lo inmediato y lo puramente personal: de ahí la inclinación irremediable de los bolivianos por los juegos de la política, su intransigente fanatismo por los caudillos, su despego por las labores agrícolas o las empuerías industriales. Todo lo absorbía y lo agotaba la política.

Y la política tampoco mejoraba no obstante de haber mo-

nopolizado los más altos cerebros y las más templadas energías de todo el país. Ya así lo revelaba por esos mismos días un escritor anónimo:

«Bolivia es un caos de tinieblas y zozobras: el pasado es odioso y no tiene prestigio; el porvenir es ilusorio, vago, inquietante; la actualidad es dolorosa, a veces insoportable...»
 «En ninguna época de nuestra historia, ha habido desquiciamiento tan vasto y profundo. Tenemos en Bolivia sociedades apasionadas, tenaces, perseverantes en el mal y en el error: la autoridad debilitada de una parte, por la escasés de la población y de otra por la extensión del territorio, el pueblo sublevado halla refugio en el desorden y protege sus malas pasiones al amparo de la indolencia de las clases acomodadas...»
 «Ya nadie piensa en ideas, en teorías, en sistemas. Dejó de existir la revolución y vino en su lugar la anarquía de hombres y de cosas, la confusión, el descalabro social. Tales son los resultados de las doctrinas inculcadas cual virus panzofioso por los patriotereros de nuestros últimos acontecimientos...» (1)

Y era preciso poner orden a todo esto: del caos espantoso en que vivía la república no podía resultar sino su ruina completa primero y su disolución irremediable, después.

Pero para llevar a cabo esta obra difícil y aun peligrosa dados los hábitos adquiridos en cincuenta años de anarquía o despotismo, era menester un *brazo fuerte*, una voluntad enérgica y un alto y ascendrado patriotismo. El mismo pueblo, intuitivamente, se daba cuenta de esta necesidad, y no le inquietaba mucho el problema de encontrar al hombre. El ya lo tenía señalado y elegido: hacía tiempo que ese hombre venía dando pruebas de coraje y sumisión a las leyes, y era el único que podía llevar a cabo la obra ansiada por todos. Ese hombre era el general Daza.

Y Daza, enorgullecido, satisfecho, recibía los homenajes de los pueblos, pero aparentaba no conceder gran importancia

(1).—*La Democracia*, 1875.

a lo que en su torno acontecía. Tampoco daba oídos a quienes malévolamente o patrióticamente, le sugerían la necesidad de recurrir a la fuerza para dar satisfacción a las aspiraciones colectivas, y más bien, «en acuerdos de gabinete provocados por él, en documentos públicos, en expansiones privadas, en toda ocasión, a todo propósito, juraba con vehemente arrebató y con lágrimas de enternecimiento, juraba espontáneamente fidelidad al gobierno, sumisión a la ley del Estado».

Es que pensaba que ostentando virtudes de lealtad y sometimiento bien podría captarse las simpatías del anciano presidente y llegar donde aspiraba con el concurso de este y sin seguir las manchadas huellas de todos los militares que habían escalado la presidencia, pues contaba con la franca adhesión de las tropas y del pueblo y el apoyo de algunos órganos de la prensa nacional fomentados, sin duda, con el concurso de su dinero pero que al fin no hacían otra cosa que reflejar corrientes de opinión perfectamente bien orientadas.

La Democracia, redactada por don Federico Diez de Medina, era uno de estos periódicos y sus esfuerzos se dirigían a ensalzar el programa de fusión encarnado por el caudillo y la necesidad a la vez de la fuerza física «para contener los desmanes».

«El general Daza, —añadía,—está llamado a ser el regenerador de Bolivia, porque es un valiente que lleva a la patria en su corazón».

Y a ese hombre había que ayudarlo.

Su candidatura presidencial fue francamente lanzada a mediados de octubre de ese año de 1875, y en un artículo de colaboración colocado en el sitio de preferencia del periódico y en que el colaborador, no pudiendo hallar en su candidato cualidades propias y destacadas, le atribuía las mismas con que ahora veinte años engalanaran la pobre, oscura y mediocre figura de Córdova sus partidarios de palacio.

Pero se las atribuía con las mismas palabras, en el mismo orden y con la sola diferencia de ortografía:

C. (1875). — El general Daza. El Valor. La Plata.



ria. La bravura para combatir. La clemencia con el vencido. La altura de sus sentimientos. Sus ideales liberales. Sus principios de orden y de fusión. El desinterés. La generosidad. La compasión. Una alma joven y heroica que aspira por la gloria y la prosperidad de su patria. . . . » Tiene: « Popularidad adquirida por importantes servicios. Prestigios civiles y militares. Amigos en el interior. Amor a su patria y la libertad. Decisión por las garantías públicas. Consecuencia a sus principios. Lealtad para con sus amigos. Generosidad para con sus enemigos. Cordura para sus reformas. Dignidad que no manchó la traición. Espada que ampara la debilidad. Corazón grande como su patria. . . . » etc., etc.

Este dechado de virtudes, este fenómeno de cualidades, este ser único en su casta y aun en la especie, no parecería sin embargo haber concentrado sobre sí la adhesión unánime de todos los bolivianos, y se hacía indispensable concederle otros atributos fuera del alcance de los hombres. Y se le señaló también como a un ser marcado con el sello augusto de la Divina Providencia:

« El general Daza es el hombre a quien la Providencia destina a gobernar este país por tantas razones llamado a ser feliz, a el que a una fuerza de voluntad y clara inteligencia se le unen grande experiencia política y un acreditado valor, mil veces probado en los campos de batalla. . . . »

Pero la insensibilidad y el excepticismo parecían haber cegado en los hombres las fuentes de todo entusiasmo porque tampoco pudo notarse corrientes de atracción hacia el hombre privilegiado que, al parecer poco seducido por las glorias efímeras de su medio, continuaba prestando su desinteresada colaboración al presidente Frías, sin conceder mayor importancia al entusiasmo incontenible de sus parciales.

No duró mucho esta su actitud: le decían sus amigos que pronto se iniciarían trabajos electorales por parte de algunos prohombres o caudillos, y él se sentía inquieto con los rumores a pesar de que seguía conservando la cartera de guerra y el comando del batallón 1º que era casi el único en el ejército en-

tonces, pues los otros habían sido disueltos a raíz de las últimas revueltas. Al fin no pudo moderar más tiempo sus inquietas aspiraciones y presentó su candidatura presidencial, que fue bien recibida por los elementos medios del país y con júbilo por las masas.

En su periódico *La Democracia* de 2 de marzo de 1876 publicó Daza su «plan de gobierno» en el que luego de asegurar que llamaría «a todos los bolivianos a la unión, aceptando el concurso bien intencionado de todos para trabajar por el bien común» presentaba una especie de programa vistoso y alucinante:

«Haré un gobierno estrictamente constitucional:

«Insistiré en la fusión de todos los partidos, llamando a todos en nombre de la ley y al servicio de la patria:

«Formaré un gabinete parlamentario:

«Difundiré la instrucción popular en la más alta escala posible:

«Será protegida y libre la industria:

«Se explotarán nuestras desiertas regiones: se ensayará la colonización.

«Se asegurará un canal de comunicación que nos ponga en más inmediato contacto con el mundo, etc., etc.

Poco después presentó su candidatura don Belisario Salinas, político de carrera honorable, hombre circunspecto, estimado por propios y extraños y que había venido ejerciendo con probidad muchos cargos importantes de tiempo atrás. En Cochabamba hizo lo propio don Jorge Oblitas, el hombre de las contradicciones y claudicaciones, aquel que decía que en Bolivia no había cadáveres políticos y a todo se atrevía en consecuencia. Por fin, y casi al último, fue proclamada por lo más saliente del país, la candidatura de don José María Santiviáñez, también natural de Cochabamba, hombre de mundo, grandemente ilustrado, escritor en sus horas perdidas y un patriota de convicciones muy arraigadas.

El prestigio de este último era sólido en todos los círculos políticos y Daza se puso cuidadoso con su candidatura, des-

partando en él recelos que no supireron inspirarle los otros.

Pero no se desalentó y sus amigos de la prensa se encargaron de abrir campaña de difamación contra los candidatos rivales. Ninguno valía gran cosa y solamente podían ostentar antecedentes «noviliarios» sin valor en las democracias; en tanto que Daza era «hijo del pueblo» y tenía «toda la generosa maguanimidad de éste, todo su amor a la libertad razonada, toda su tendencia a lo justo, a lo grande y a lo sublime». El doctor Salinas era una excelente persona sin más méritos que estar entroncado en la familia del difunto Belzu y ser cuñado del finado general Córdova, expresidentes de Bolivia. El Dr. Santiviáñez, «el más inoportuno de los candidatos» era otra excelente persona, «hombre pacífico y bueno para las tranquilidades del hogar doméstico: facultativo de bastante acierto para administrar la medicina a los casos de patología individual»; pero sin carácter, ni prestigio, ni popularidad. Además, era un hombre de salud endeble, quebradizo, frágil de constitución y el menos a propósito, por tanto, para dirigir los negocios del país, que requería, «hombres de acción y con voluntad propia para que salven las dificultades que estorban el camino del progreso en que se encuentra»

«No nos hagamos peligrosas ilusiones;— añadía *La Democracia*,— seamos prácticos y dejemos a un lado las utopías irrealizables»

Y, en otro número, trazaba con rasgos firmes el cuadro desolado de Bolivia:

«Bolivia es un país turbulento lleno de hombres cénicos cuyo golpe de vista es el tesoro público: díganlo Corral, Méndez y su comparsa o cuadrilla. Para poner a raya a estos perniciosos y desnaturalizados hijos de la infortunada Bolivia, no necesitamos de hombres teóricos o ideólogos, como decía Napoleón, sino hombres activos, patriotas, laboriosos, abnegados y de una buena dosis de sensatez, como lo es el general Daza...

«No sabemos hasta cuándo se mantendrán tan obcecados los de la oposición, pues que no quieren comprender que ventilamos las cuestiones políticas de un país completamente anár-

quico como Bolivia, donde el espíritu de egoísmo, ambición, codicia, nepotismo, deslealtad, perfidia y completa corrupción, campea en la mayor parte de las clases sociales.....

«Bolivia es la madriguera de todos los malvados.....»

Por consiguiente era de buen sentido pensar que un país con semejantes taras no podía ser manejado por hombres de voluntad quebradiza o físicamente deficientes por mucho que estuviesen dotados de talento y virtudes privadas, sino por caracteres forjados en la lucha, tenaces y grandemente agitados por la pasión de justicia. Entre Daza y Santiviáñez no había, pues, comparación posible, porque el uno representaba el tipo del estudioso macilento y soñador, y el otro el del hombre de empresa, práctico y eminentemente constructor.

Y el periódico trazaba a su antujo y con desbargo el retrato de ambos personajes:

«*El general Daza*, joven vigoroso, de prestigios propios, una necesidad para la conservación de la paz y el orden del país, de glóriosos antecedentes, de fuerza de voluntad incontrastable, ajeno de aspiraciones innobles, desprendido y generoso, y cuya espada es la salvaguardia de las benéficas instituciones actuales, no hay duda que es el llamado a ser el preferido en el voto de sus compatriotas.

«*El Dr. José María Santiviáñez*, hombre respetable y aun venerable por su vida tranquila, su contracción al estudio, sus dolencias físicas y sus servicios al país prestados en épocas muy lejanas, carece de lo principal, no sólo para la agitación del puesto a que se le quiere llevar, sino aun para la simple vida del ciudadano,— la salud. Quebrautada notablemente su constitución por las dolencias físicas y morales que hace tiempo lo atormentan y las cuales lo han reducido al estado de valedudinario, si no le permiten administrar sus propios bienes y aun su misma persona, ¿cómo podría ser elegido del pueblo para que atienda intereses que necesitan contracción y salud...?»

La propaganda sostenida en este tono de semicortesania hiriente, tampoco pudo desviar la corriente sana del país en favor de Santiviáñez. Y entonces, resuelto siempre a triunfar,

le pidió su apoyo oficial a Frías; mas el presidente, animado por la obsesión de los actos legales y ordenados, se lo negó concluyentemente y le dijo que por propia conveniencia y para la corrección de los actos administrativos le era forzoso dejar la cartera ministerial y la jefatura del cuerpo, cargos ambos incompatibles con su calidad de candidato presidencial.

Comprendió Daza la oportunidad de este consejo, y renunció la cartera, pero se resistió a dejar la jefatura del batallón, con lo que ponía a las claras las ocultas intenciones que tenía. Ese batallón formado y constituido esmerosamente por Melgarejo con todos los cabos y sargentos ligados a él por los lazos de la compadrería, había sido rehecho con los mismos procedimientos por Daza. Allí, en los *Colorados*, estaban sus camaradas de juventud que el infortunio y la mala suerte retuvieron en las inferiores escalas de la gerarquía militar y de las prerrogativas sociales; allí estaban sus camaradas con los que partiera a la conquista de los galones y muchos de los cuales castigaron sus rapiñas y sus veleidades recibiendo de sus puños duras lecciones de prudencia y fortaleza. Ellos, no obstante su inferioridad, le adoraban con devoción de fanáticos ignorantes, y él, que conocía sus pasiones, sus vicios, su alma, en fin, era diestro en usar de esos recursos que encadenan las voluntades y las anulan.

Les ofrecía fiestas y se prodigaba en obsequiar aislada y ocultamente a los soldados; oía sus quejas, intervenía en sus disputas y ponía especial interés en vestirlos llamativamente con trajes y colores que respondían a sus gustos primitivos muy en armonía con los suyos, semejantes más bien. El viajero francés Carlos Wiener, enviado por su gobierno a América para realizar estudios arqueológicos y etnográficos y que estuvo en el país de mediados del año 75 al 76, describe alborozadamente el traje de los granaderos, con sus altos cascos negros de piel, la yugular guarnecida de tiras de cuero con lana y que sirve de barba a los rostros imberbes y morenos de los soldados, espléndidos pantalones blancos y de tal manera anchos «que se les tomaría por faldas». Los músicos de este cuerpo llevan «zap-

tos azules y turbanes rematados de una media luna, (1) magníficamente absurdos como gusto de mandón mestizo.

Contaba, pues Daza, con sus soldados y se sentía fuerte con ellos, capaz de todo. Sin embargo, fingiendo sumisión y respeto a las prácticas republicanas, y no queriendo empañar la aureola con que la devoción de las masas le había rodeado, permanecía impassible ante los trabajos de sus adversarios, resuelto a desbaratarlos si le era contraria la consulta popular.

Pero tampoco tuvo paciencia para esperar la fecha de las elecciones y menos para seguir fingiendo serenidad ante los trabajos de los otros candidatos, pues su actitud tornóse provocativa y sus amigos no hacían misterios de que se iba tramando una revolución. Ante esta situación no faltaron quienes aconsejasen a Frías aprehendiese y desterrase al militar; pero el presidente se resistía a ello, noblemente. «Ese sería un golpe de Estado, decía: no lo di en cincuenta años de mi carrera: no seré yo quien la deshonre a los setenta de mi edad».

Dispuso, más bien, que se enviase una circular privada a los prefectos recomendándoles sumisión a la ley y acato a las decisiones de los cuerpos electorales, pues se creía que estos se pronunciarían por Santiváñez que precisamente en esos días había recibido la adhesión del candidato Salinas y su partido. Conoció Daza este documento y resolvió obrar por cuenta propia, ya que a su vez había recibido él la adhesión del candidato Oblitas y su grupo.

Este personaje perverso y malévolo había realizado intempestivamente un viaje de Cochabamba con el solo objeto de ofrecer su ayuda a Daza y decidirlo a obrar sin recurrir a la prueba de la lucha electoral. Años después, ante el lamentable fracazo de Daza como gobernante, diría el felón con el desparpajo que acostumbraba, que al dar ese consejo al militar, obró con el más ascadrado patriotismo, pues estaba seguro de que el voto popular le iba a ser favorable a Daza y quiso evitar una

(1).—CHARLES WIENER, *Perou et Bolivie, 1880.*

humillación al país que al elegir al soldado iba a comprobar su absoluta ausencia de justificación y su nulidad para el sufragio

Daza siguió el consejo de Oblitas. Tres días antes de elecciones, el 4 de mayo de 1875, hizo colocar centinelas en las oficinas de palacio con orden de no permitir el paso a nadie. Frías, al sentir ruido de armas, quiso salir, acompañado de dos de sus ministros, a la habitación en que despachaba, «mas fue detenido por el centinela. Encarándose entonces el anciano a los soldados les recordó su deber:

—«Me habéis seguido largo tiempo: os conozco, me conocéis; soy el presidente».

—«¡Viva el Presidente de la República!» resonó la voz del militar que comandaba el pelotón.

—«¡Ese soy yo! — dijo Frías con autoridad dirigiéndose al oficial que había lanzado la voz. Entonces éste, sin responder directamente al anciano, volvió a gritar: «¡Viva el general Daza!» — a la vez que se alejaba «arrastrando su espada con insolencia».

«Momentos después, — prosigue el historiador Sanjinés, — presidente y ministros eran separados y puestos en incomunicación »

Al anochecer, y a instancias del ministro de Estados Unidos, Frías fue conducido al convento de la Recoleta y, a poco dejaba ocultamente su prisión para dirigirse al Perú donde tuvo la debilidad de solicitar el apoyo de Quevedo y Corral, y como viera que era ilusorio y que los pueblos, como siempre; abandonaban al caído para seguir las huellas del vencedor, se marchó a Europa, entristecido y amargado.

Iba pobre y sin esperanzas de ningún género. La vida no había sido muy parca en dones con él y ya nada tenía que aspirar. Su último deseo era morir en una gloriosa ciudad latina, en aquella en que el gran toscano inmortalizara sobre el mármol de una tumba principesca sus desencantos de la vida cortesana y su suprema ansia de belleza y de inmortalidad.

CAPITULO III.

El presidente Daza.—Explica al país su conducta.—Desenvuelve su política de venganzas y persecuciones.—La asamblea de 1877.—Dicta la décima Constitución.—Actos arbitrarios del gobernante.—El gabinete renuncia en masa y Daza constituye otro.—Excursión al Santuario de Copacabana.—Se inicia el pleito con Chile.—Proceso de la cuestión.—El gobierno de Chile interviene en un asunto netamente privado.—Chile declara la guerra a Bolivia.—Su objeto era apoderarse de las riquezas del Litoral.—Esas riquezas eran desconocidas en Bolivia.—La ignorancia culpable.—Un rasgo inícuo del presidente Daza.—Defensa heroica de Calama.—Situación militar de los beligerantes.—Bolivia se prepara para la guerra.—Monotonía de la vida de campaña.—El ejército se desmoraliza sin combatir.—Pisagua.—El terreno de operaciones.—Humillante retirada de Camarones.—Los síndicos nuestros manejos de Daza.—Lo que caracteriza a la guerra es la inconciencia.—Descontento contra Daza.—Viles proyectos del militar.—Es destituido por el ejército.

Algo ya se conoce al hombre de la última revolución: a lo largo de los últimos acontecimientos de la historia se ha encontrado su nombre invariablemente ligado a hechos humillantes y aún delincuentes.

Físicamente Daza era alto, musculoso, de hercúleas fuerzas, tez morena y pálida, labios sensuales, «bigote corto,

barba escasa, cabellos recios, ojos grandes pero hundidos en órbitas adosadas en un frontal deprimido y estrecho». De temperamento ardiente, glotón, sensual, le seducía la vida fácil de placeres groseros, y era ajeno a los escrúpulos morales. De su padre, —un cholo vulgar que por apuestas «tragaba sapos y devoraba carne cruda en publico» (1) había heredado una invencible inclinación a los actos ostentosos de fuerza y cinismo y también la manía de apropiarse de lo ajeno.

Consumado el golpe de estado contra Frías y en tanto que este yacía bajo la vigilancia de sus guardianes, un comicio popular reunido a instigación de los amigos del soldado proclamaba a éste como presidente provisorio de la república; y Daza, a su vez, nombraba de su secretario general a don Jorge Oblitas dando luego, en documento singular y característico, cuenta al país de los motivos que le habían impulsado a asumir la actitud que ahora ostentara.

Eran, en su concepto, poderosos esos motivos: el gobierno había falseado las prácticas republicanas mostrando su parcialidad en favor de uno de los candidatos presidenciales; el orden público estaba vacilante y eran considerables los quebrantos del tesoro nacional; el círculo adicto al gobierno era demasiado exclusivista y éste había apartado de las funciones públicas a los mejores elementos del país.

La nación aceptó estas explicaciones, y, siguiendo su norma establecida, se plegó, casi sin protesta, al nuevo candidato; disponía éste de la fuerza pública, y, además, ya estaba hastiado con la política del gobierno que no sabía halagar las pasiones de los bajos fondos.

No faltaron, con todo, algunas protestas armadas en los lejanos departamentos de Santa Cruz; mas fueron sofocadas oportunamente con la ejecución de don Andrés Ibáñez, uno de los corifeos del sistema federal. Después se levantó Cochabamba, y también fue vencida: la oposición que presentaron estos departamentos carecía de vigor suficiente, y, más que

(1).—URIBURO. *Guerra del Pacífico*.

todo, del apoyo franco de la opinión para llegar a resultados decisivos. Fuera de eso había cansancio general en el país por el cambio incesante de gobiernos y grande era la repugnancia por continuar esa vida estéril de hacer y deshacer constante.

Tal situación supo aprovechar con diligencia Daza para seguir una política que respondiese mejor a sus más íntimos deseos: a raíz de su encubramiento había realizado, cual ya era norma establecida en los gobernantes, una gira por muchos departamentos del interior de la república, y en todas partes había recibido ese homenaje que reservan los pueblos bolivianos a todo el que se encumbra, con o sin méritos. Y vió que tenía el campo libre para desarrollar sus planes de personal egoísmo ya que los pueblos consentían en sancionar su dominación.

El hombre era vanidoso, rencoroso y vengativo. También autoritario y anhelaba gobernar sin control. Para ello se le hacía indispensable alejar a los elementos que podrían ejercer fiscalización de sus actos, y no le fue difícil encontrar motivos para satisfacer sus venganzas: el mantenimiento del orden, socorrido recurso de los vulgares, fue el pretexto invocado para desterrar a todos aquellos que habían condenado su asalto a la presidencia, clausurar los periódicos que le eran adversos y mantener en raya a los demás.

Una vez seguro de que sus actos no serían discutidos convocó a elecciones, y luego a la reunión de una asamblea constituyente en La Paz el 18 de noviembre de 1877 y la cual, como era de esperarse, lo primero que hizo fue nombrar a Daza presidente provisorio de la república. Entonces el nuevo gobernante, ungido por la soberana voluntad de la asamblea, lanzó al país una proclama bien significativa en que, tras las vaciedades estiladas en esta clase de documentos, proclamaba una llana verdad.

«La ley votada por la soberanía nacional, encargándome el mando provisorio de la república, después de haber escuchado la lectura de mi mensaje, importa para la nación, la

aprobación explícita de mis actos administrativos; y para mi conciencia republicana es el bautismo legal que hace desaparecer toda sombra que la suceptibilidad patriótica pudiera arrojar sobre los actos desinteresados de mi gobierno».

Seguidamente la asamblea, como natural consecuencia de su voto encubridor, aprobó todos los actos del gobierno y y hasta discernió voto de aplauso y confianza a don Agustín Aspiazú, el ministro de hacienda, que había presentado una memoria bastante circunspecta y atinada sobre las gestiones administrativas del gobierno. En seguida, y animada de un loable ardor para el trabajo, se puso a legislar sobre minas; concedió las acostumbradas autorizaciones para la construcción de ferrocarriles ilusorios; creó nuevas provincias; cedió grandes extensiones de terreno a los que pretendían poblar las desconocidas y lejanas comarcas del oriente boliviano, y, por último, como remate lógico de sus tareas y siguiendo la ya establecida costumbre, dictó una nueva Constitución, la décima en cincuentaun años de vida república y entre cuyas principales disposiciones la única digna de mencionarse era la que establecía el sistema de las dos cámaras en el congreso.

«La Constitución que habéis dado y cuya observancia he prometido bajo la fe del juramento que acabo de prestar,— dijo Daza en su discurso de clausura congresal,— será el escudo de las libertades públicas y de las garantías individuales armonizadas con el orden. En ella, como en el Arca Santa, está consagrado el decálogo político que cumpliré y haré cumplir religiosamente. A ello me obligan mi conciencia, mi honor y el agradecimiento por la alta y grande confianza con que me habéis favorecido otorgándome el mando supremo hasta agosto de 1880. . . »

Uno de los primeros actos arbitrarios del nuevo mandón mestizo, fue disponer que a la familia Sánchez se le devolviesen las propiedades urbanas y rústicas que la asamblea del 71 le arrebatara con legítimas causales y que habiendo pasado al poder del municipio, disponía éste de sus productos para atender el servicio de hospitales. Resistióse el municipio a

devolver esas propiedades, y entences Daza, exasperado, hizo que uno de los fundos, ocupado por un colegio, fuese desocupado; ultrajó a algunos de los consejales y mandó al destierro a otros.

Los hombres que le rodeaban se alarmaron por estos hechos pues venían a confirmar palmariamente las intenciones absorbentes y despóticas de Daza en el poder y que él las afirmaba con actos de marcada brutalidad y de franco menosprecio por los hombres y las instituciones del país. Los hombres sobre todo, le merecían el más soberbio desdén y contados eran los que escapaban a sus reproches o a sus castigos. Porque, cual Melgprejo, había tomado la costumbre de tratar a palos a los hombres: militares de jerarquía y aun ministros hubo que conocieron la fortaleza de sus puños ejercitados en el pugilato con soldados de baja categoría, borrachines y pendencieros. El país había clamado por un «brazo fuerte» y el cholo tomaba la frase en su más rigurosa exactitud: las trompadas y los bofetones fueron uno de sus favoritos recursos de gobierno. . . .

El gabinete renunció en masa ante la gravedad de los hechos, alegando haberse infringido la jurada constitución que consagraba el respeto a las personas; y Daza se apresuró en aceptar la renuncia y constituir otro gabinete con nuevo personal, sin que faltase ministro, el doctor Reyes Cardona, que impusiese como condición para aceptar el cargo, «que Daza jurase nuevamente cumplir fielmente la Constitución del Estado». La proposición indignó al caudillo e hizo responder, «que Daza no tenía más principios que los que había proclamado en la revolución del 4 de mayo».

Necesariamente Cardona fue sustituido por otro de menos escrúpulos y el gabinete nuevo se puso a la obra el 20 de junio. Un órgano de prensa, al celebrar el suceso, decía: «es la primera vez que se inaugura un ministerio con programa: nó cuatro ministros, sino un *ministerio*.

En los primeros días de julio organizó el presidente una expedición al lago de la alta meseta con el objeto aparen-

te de inspeccionar los trabajos del nuevo puerto de Chiclaya y luego seguir en romería y «en gratitud a la Inmaculada María de Copacabana por los beneficios celestiales que por su intersección había recibido» (1) al santuario de Copacabana donde la piedad de los fieles del Perú y de Bolivia venera a una virgen célebre por sus milagros en los dilatados contornos del lago internacional y espléndidamente dotada con joyas de gran valor por los peregrinos que acuden todo el año a rendirle el tributo de su fervor.

Pero el viaje presidencial tenía otro fin no confesado: desbaratar los planes subversivos que algunos descontentos iban tramando en la frontera, y quizás apoderarse de Corral y Quevedo, caudillos que no cesaban de exitar con promesas la acometividad de sus parciales.

Naturalmente hubo toda clase de fiestas y regocijos en el riente pueblecillo de los romeros que mira al legendario lago azul de Manco Ceápac, y durante una semana las bandas de música del ejército alegraron ese paisaje de colinas pardas, de ensenadas hoy terriblemente mudas y entonces llenas de patos, ibis, flamencos, espátulas y otra infinidad de aves acuáticas y donde, a pesar de la altura, 3,810 metros, no es raro ver reflejarse, sobre la pura linfa azul, el doliente ramaje de los sauces llorones o la púrpura de las *kantutas*, flor de lis incásica.

«En uno de esos días, — cuenta el periódico *La Democracia*, — oficiosa y voluntariamente se presentaron al señor presidente, 25 rifles que don Casimiro Corral había mandado y los tenían encerrados en una de las estancias inmediatas a Copacabana. El pueblo que esperaba la entrega, admiró este hecho como un prodigio obrado por la Santísima Virgen de Copacabana en bien de la paz de la república. . . .»

Podían darlo a creer así las gacetas a las gentes llanas; pero el temor y los recelos traían alborotados a los palaciegos

(1).—*La Democracia* 1872.

que en su propósito de hallar disculpadas a los atropellos del cholo engalanado, no se detuvieron en *descubrir* a poco un plan «sobre el nefando crimen de asesinar al Jefe Supremo de la Nación . . . » plan que a grandes voces divulgaron las gacetas, lanzando abominaciones contra los anónimos *regicidas* y sin que la tosquedad, la vulgaridad y la torpeza de la invención provocase un acto de protesta en el gabinete cuyos miembros, por conservar su situación, se hacían cómplices de las simulaciones del meztizo que con tal proceder ponía a las claras su angurria de mando, su pobreza de imaginación y su cínico desplante.

Grande iba a ser en breve la labor de ese gabinete encubridor y fecunda en responsabilidades para el porvenir, pues en esos mismos instantes se iba preparando en los secretos de la cancillería chilena la odiosa trama que envolvería al país en la más desgarradora y la más terrible de las contiendas internacionales.

Entre las muchas disposiciones de orden general que había adoptado la asamblea de ese año, figuraba una grabando con un impuesto de 10 centavos el quintal de salitre que exportaba una compañía de capitalistas chilenos vinculados estrechamente con el gobierno de aquel país y establecida en el territorio boliviano de Atacama.

Esta compañía había adquirido del gobierno Melgarejo fantásticamente pródigo con los intereses de la nación, el derecho de explotar gratis las salitreras de dicho territorio; más como a la caída de Melgarejo la asamblea del 71 declarara nullos todos los actos del brutal militarote, particularmente los celebrados sin la respectiva autorización legislativa y éste se encontraba en el caso, la compañía se resistió a someterse a aquella determinación e hizo sus reclamos al gobierno. Este, en vista de que la compañía había emprendido ya trabajos de alguna consideración y deseoso de no lesionar intereses de súbditos de una nación amiga, dió una resolución suprema el 30 de abril de 1872 por la cual reducía a quince años la facultad de explotación de los salitres y sólo en limitada superficie.

Restringió, además, la facultad que tenía de tender ferrocarriles según su propia conveniencia, en vista de que el gobierno pensaba construir por su cuenta los que se prestasen mejor al servicio y a la defensa de los intereses públicos.

Tampoco quiso la compañía aceptar estas legítimas imposiciones mostrando claramente con su intransigencia los propósitos inamistuosos de que estaba animada. Más bien constituyó en Sucre a un representante suyo para que hiciera las gestiones que tenía en mira, y el cual ofreció como transacción al gobierno un porcentaje mínimo sobre las utilidades líquidas del negocio, y, después otra, el 27 de noviembre de 1873, en que quedaba la compañía en posesión de los terrenos explotados sobre la frontera misma de los dos países aunque sin hacer mención de ninguna utilidad.

El gobierno sometió esta transacción al examen del congreso el que hubo de aprobarla por ley de 14 de febrero de 1878 en el siguiente único artículo:

«Se aprueba la transacción celebrada por el Ejecutivo en 27 de noviembre de 1873, con el apoderado de la Compañía Anónima de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta, a condición de hacer efectivo, como *mínimum*, un impuesto de 10 centavos en quintal de salitre exportado».

El asunto era, pues, netamente privado entre el gobierno de Bolivia y una sociedad anónima de Chile, la cual, si se sentía atacada en sus derechos, bien podía acudir a los recursos de la justicia ordinaria; mas no lo hizo así. Tampoco resindió del contrato reclamando los debidos gastos de indemnización, sino que puso su causa en manos del gobierno de Chile con el pretexto de que su domicilio principal se encontraba en Valparaíso y eran chilenos los más de los accionistas.

Chile, que espía con ansias la oportunidad de un conflicto cualquiera, constituyó inmediatamente a un representante suyo ante el gobierno de Bolivia; y fué don Pedro Nolasco Videla quien, el 2 de julio de ese mismo año de 1878, entró en funciones pidiendo simple y llanamente la derogatoria de la ley de 14 de febrero que gravaba con la pequeña imposición de

10 centavos el quintal de salitre exportado, porque en su concepto, era contraria a una anterior estipulación, a la del 74, y según la cual el gobierno de Bolivia se había comprometido a no gravar con mayores gabelas la industrias y capitales chilenos.

La cancillería boliviana no hubo de esforzarse mucho en demostrar, palpablemente, que la reclamación del diplomático chileno carecía de jurisdicción porque estaba invadiendo el campo de los negocios privados, y, que en la contienda suscitada, sólo debían entender los tribunales ordinarios de la jurisdicción en que se hallaban ubicados los terrenos de la explotación.

Insistió en su primera demanda el representante de Chile, y entonces el gobierno de Bolivia declaró resindido el contrato con la Compañía de Salitre y Ferrocarriles de Antofagasta, dando por suspendidas las medidas adoptadas para obligar a que la compañía llenase los alcances de la ley motivo de semejante controversia.

Pero ésta tenía que ser llevada a su fin lógico y ya previsto por el gobierno de Chile; y su representante, obrando en consecuencia, no se dió por satisfecho con la medida tomada para cortar un litigio que recién se mostraba erizado de peligros y dificultades. Y lanzando la idea de someterlo a la decisión de un arbitraje, dió al gobierno de Bolivia el término perentorio de cuarenta y ocho horas para hacerle saber su resolución última, lo que sin duda equivalía a un formal ultimatum....

Así lo comprendió el gobierno de Bolivia; y como los hechos se habían sucedido con un rigor implacable; como el tono del plenipotenciario acusaba una decisión irreductible, no tuvo más remedio que ensayar un gesto de altivez y no respondió...

Entonces, el 12 de febrero, pidió sus pasaportes el diplomático chileno, declarando en nombre de su país, rotas las relaciones con Bolivia... Dos días después, el 14 de febrero, desembarcaban tropas chilenas en el puerto boliviano de Antofagasta y lo ocupaban militarmente

Cabe señalar aquí como un dato extremadamente revelador, que en aquel tiempo Bolivia no estaba ligada por telégrafo a ningún país de la costa, y que todas las noticias del exterior las recibía por medio del correo y quince o veinte días o más de producirse un hecho de trascendencia en cualquiera de los países limítrofes. De modo que Chile al ocupar militarmente el litoral boliviano sin tener noticias fidedignas del rompimiento de relaciones, no hacía otra cosa que seguir las fases de una política rigurosamente calculada y seguida con método aunque con festinación por los hombres públicos de aquel país.

Esa política la vieron con claridad algunos hombres previsores y prudentes del Perú y Bolivia, y de ahí el pacto defensivo firmado por los dos países en 1873. Ella se reducía, en términos simples, a apoderarse por todos los medios de las riquezas fabulosas del litoral peruano, porqué, en rigor, en las causas profundas de la guerra injusta del 79 Bolivia juega un rol secundario hasta cierto punto, pues su pasado político lleno de tareas, su indiferencia en los negocios de fronteras, su excesiva dedicación a las luchas intestinas y, sobre todo y particularmente, su desmedido alejamiento del litoral, no la capacitaban, por desgracia, para tomar mucho empeño ni invertir fuertes sumas en el mejoramiento y explotación de una zona que la creía pobre de recursos, sin ningún género de atractivos naturales, del todo reclusa en los confines del vasto territorio, acaso como perdida en las lejanías del mar que para alcanzarlo había que cruzar por otro de arena y polvo. Bolivia, puede decirse, ignoraba el monto apróximado de su fortuna en el litoral y más se placía en aclarar su vida política a fuerza de guerras civiles que en dedicarse a explotar las riquezas de su suelo, o en preparar los elementos que sabrían defenderlas en caso de una agresión.

Pero aun suponiendo que las hubiera conocido, esas riquezas no interesaba a nadie en Bolivia. No interesaban absolutamente a los particulares porque contadas eran las gentes con fortuna, y los que las conocían eran hombres políticos, sin

iniciativas en las empresas, indolentes para el esfuerzo creador, embriagados por una fraseología revolucionaria y únicamente seducidos por alcanzar el poder sin mira alguna trascendental.

Esto, por lo menos se desprende del tenor de un valioso documento producido por el ministro de Chile en Bolivia, don Ramón Sotomayor Valdés, que en comunicación oficial dirigida el 17 de febrero de 1871 a la cancillería de su país en respuesta a los informes que le pedía sobre la seguridad de los súbditos chilenos que en gran número acudían «a los famosos minerales recientemente descubiertos en el territorio de Atacama», dice lo siguiente, que pinta con relieve esa época de tristeza y de humillación.

«... En el inmenso abatimiento de este país bajo la administración de Melgarejo, muy pocos son los bolivianos, al menos en los pueblos mediterráneos, que hayan mirado con interés esos descubrimientos, que han causado verdadera fiebre de especulación entre nosotros. En el interior de Bolivia se habla del mineral de Caracoles, como de un venero descubierto en la Siberia: parece que esa riqueza no estuviera en territorio boliviano. ... »

Resulta entonces patente que la desgracia de Bolivia fue el ignorar la riqueza que atesoraba su litoral y en no haber tenido los medios de defenderla cuando la conoció.

Esta ignorancia, culpable a no dudarlo, se explica lógicamente por el estado de inferioridad política con que se había desenvuelto la nacionalidad, y que precisamente en esos días de conflicto iba culminando con señales de positivo valor para aclarar en definitiva este proceso abierto de la historia.

Gestionábanse las soluciones del patente conflicto en medio de la angustiosa expectativa de algunos pocos hombres sinceramente patriotas, y el mandón y sus servidores todavía hablaban motivos para rendir tributo a su inmensa sed de bajos y ordinarios placeres, pues cayendo en esos días del mes de enero el cumpleaños de Daza dictóse por el ministerio de la guerra una orden en que luego de asegurar que el ejército había al-

canzado «al más alto grado de esplendor» debido a los esfuerzos del «Ilustre jefe de la Nación», añadía:

«El día de mañana, 14 de enero, es una de esas fechas que la historia ha de inmortalizar; que el soldado boliviano ha de recordar con gratitud hasta su más remota sucesión, porque es el aniversario del natalicio del general D. Hilarión Daza»... cayendo el ministro con este lenguaje de cortesano al mismo nivel de esos periodistas mal pagados que también decían al conmemorar el aniversario caudillesco:

«Bolivia, la predilecta hija del libertador, ha visto nacer en su suelo al inclito varón, cuyo nombre encabeza las presentes líneas; tras luengos años de anarquía, tras lo estragos de la guerra civil, Dios nos ha mandado por misterio de él, días de paz, de ventura y bienandanza. El 14 de enero será siempre una fecha de inmortal memoria, porque ella marca el aniversario de una de las más célebres figuras de nuestra época»...

Y once días, del 14 al 25 de enero, hubo fiestas populares y palaciegas, ruidosas y groseras.

El 20 de febrero, el gobierno de Bolivia, ignorando todavía el desembarco de tropas chilenas en Antofagasta, se dirigía al de Chile poniendo en su conocimiento la conducta precipitada e intransigente de su representante diplomático, y con la esperanza, peligrosa por lo ilusoria, de que todo concluiría por arreglarse amigablemente.

La respuesta de Chile fué su declaratoria de guerra.

Y aquí sobreviene otro hecho, menudo también, y que pone en descubierto las tendencias y el carácter del mal hombre que en ese instante manejaba los destinos de Bolivia. Nos lo cuenta el escritor y diplomático argentino, don Dámaso E. Uriburo:

«Eran, dice, los días del carnaval y entregándose había el *sátrapa indígena* a sus vulgares placeres, a la sazón que recibiera la noticia de la ocupación militar de Antofagasta. El efecto que debía producir a Bolivia tan inesperado acontecimiento, turbar podía las fiestas, por lo que se propuso ocultarlo hasta de sus mismos favoritos y confidentes. Cuando se

agotaron las diversiones y ya no quedaba sino el hastío y cansancio que sobrevienen al abuso y licencia de muchos días de orgía y libertinaje, estalló recién la cómica indignación, que simulaba haberse apoderado del mandón hipócrita, prorrumpiendo en olímpicas amenazas de exterminio contra la nación alevosa, invasora del patrio suelo». (1)

Holgaba y se divertía Daza frente a los hechos consumados, los más graves que hasta ese día registrarán los annales patrios, y cuando todo parecía coaligarse para abatir la fe nacional en la justicia de su causa. Exhausto de dineros estaba el tesoro público, el ejército carecía absolutamente de armamento moderno y de vestuario, y, para colmo de infortunio, el espectro del hambre asolaba las poblaciones en muchas de las cuales moría la gente de consunción . . .

Y Bolivia fué a la guerra esquilmada y con las llagas sangrando todavía. Tuó mal de su agrado, contra su voluntad y porque vió duramente comprometidos su prestigio y su honor nacional, es decir, porque no podía hacer otra cosa que guerrear si no quería verse colocada en un plano de inferioridad que ningún pueblo desca para sí a menos que no tenga fe en sus destinos, ni sólido sentimiento nacional. . . .

Desembarcaron, pues, los chilenos sus tropas en Antofagasta el 14 de febrero y se apoderaron de la ciudad intimando rendición a los 60 soldados de gendarmería que contaba como guarnición ese primer puerto boliviano. Dos días después eran ocupados Caracoles y Mejillones, sin resistencia; no así Calama donde un puñado de hombres, 135 en todo, había tomado la exorbitante resolución de oponerse a la marcha vencedora del arrogante invasor.

Calama entonces era un pobre y mísero cacerío rodeado de parcelas de tierra cultivable que con su verdor jocundo rompía la agresiva aridez del desierto arenoso, desnudo y calcinado. Allí, entre los matorrales que medraban a orillas del riachuelo Loa, se defendieron los bolivianos al mando de dos

(1). — *La Guerra del Pacífico*.

civiles, el doctor Ladislao Cabrera y don Eduardo Abaroa cuya muerte heroica y ejemplar de abnegación, sangre fría y firmeza, constituye uno de los hechos más salientes de la guerra injusta.

Iniciada la lucha, Bolivia tuvo que recordar al Perú su tratado de alianza defensiva; y esta nación, fiel al cumplimiento de su palabra y diligente para acudir a la defensa de sus intereses amenazados, se puso al lado de Bolivia no sin haber agotado antes todas las gestiones para conseguir alguna inteligencia entre los países contendientes, gestiones que rechazó Chile por tener la seguridad de llevar ventajas en la lucha armada.

Porque en verdad era difícil la situación de los países aliados. El ejército equipado de Bolivia apenas contaba con 2.232 hombres y con 6.000 el del Perú, repartidos entre Iquique y Lima. En los primeros momentos del conflicto Bolivia pudo reunir hasta 4.500 soldados, sin armas los más, y 8.000 el Perú.

Chile se presentaba a la lucha en mejores condiciones, porque, según datos oficiales de la época, contaba, el 2 de abril de 1872, 13.000 hombres y podían disponer de otros tantos que comenzaron a *entrenarse* apenas comenzada la guerra, siendo, por tanto, enorme su superioridad no sólo en hombres, como en elementos de guerra.

Esto no se sabía en Bolivia y parece que tampoco en el Perú. La diplomacia de estos países, sobre todo la boliviana, nunca había sabido descubrir lo que pasaba de revelador en los pueblos vecinos y sólo tenía ojos para vigilar estrictamente a los refugiados políticos y de pedir, en su caso, su extradición, o, por lo menos, su alejamiento de las fronteras inmediatas.

Semejante imprudente ignorancia mecía en sueños de victoria al pueblo boliviano. Todos creían con fe absoluta, ciegamente, en el triunfo final. Los periódicos, los oradores callejeros y parlamentarios, los dirigentes del gobierno no dudaban un instante que la guerra traería lauros inmarcchitables

y gloriosamente eternos para el país, El orgullo colectivo, de tan fácil exaltación en los pueblos mestizos de extirpe latina prestaba al valor del soldado boliviano caracteres verdaderamente extrahumanos: ese soldado era invencible y, por fuerza, había de arrollar al enemigo que se le pusiese al frente, por muy superior que fuera en número... Creían muchos, con terrible ingenuidad, que sólo esa fama de insuperable valentía, sería un elemento poderoso de victoria. De largos años a esa parte había jugado rol principalísimo en todas las luchas civiles ese batallón 1º, los *Colorados*, famoso en verdad por sus hazañas; y en su coraje, disciplina y espíritu combativo se ponía una fe insuperable.

Crecieron el entusiasmo y la esperanza en la victoria cuando Daza, bombásticamente, hizo anunciar que se pondría a la cabeza del ejército en campaña: los papeles públicos le aclamaron con todos los adjetivos laudatorios y nadie dudó un segundo, aun careciendo de pruebas, que su acción, su pericia, su patriotismo, suplirían los conocimientos técnicos que desconocía en su alto grado de general.

Y este iba a ser uno de los fatales escollos de la campaña porque el general Daza, los mismo que todos los soldados de alta gerarquía, como él, casi sin excepción, desconocían el complicado arte de la guerra, pues ninguno era *técnico* ni había comenzado la carrera preparándose en las escuelas especiales donde la gente armada aprende su oficio y adquiere virtudes de disciplina, coraje y lealtad que la hacen digna de la alta misión de su cargo. Todos habían alcanzado grados y honores poniendo su espada al servicio de los caudillos y peleando con astucia en las guerras civiles a la cabeza de escasas tropas y sin conocer el comando de gruesas masas de gente, ni los recursos que la ciencia ofrece a los soldados de profesión.

Y Daza, por su incultura, era el menos designado para actuar en un escenario distinto del suyo; más era tal el candor de las gentes, que todos creían en él, en su valor, en su táctica, en su ciencia.

«Vefasele.—cuenta el citado historiador argentino.—bajo

rigoroso y juvenil aspecto, apuesto e intrépido militar, cuyo coraje debía encender la chispa eléctrica que galvanizaría la sangre del soldado en el fragoroso combate. Daza era, la Alianza, el veterano cuya cimera y flotantes plumas, sobre argentífero casco señalar sabría el rumbo hacia la victoria.

«A la cabeza de la legendaria falange de sus veteranos con la que realizara hazañas innúmeras e inverosímiles en la guerra civil, el célebre batallón *Colorados*, tenido era por invicto, como si él y sus soldados no fueran hombres sino espíritus encarnados en gigantes». (1)

Comenzaron a hacerse los preparativos de campaña con verdadero entusiasmo bélico. Daza dictó una ley de amnistía general, y los bolivianos expatriados se apresuraron en acudir a la llamada del honor, yendo muchos a tierras de su origen para impulsar el enrolamiento voluntario de sus connacionales.

La concentración de las tropas se hizo en La Paz donde diariamente se efectuaban toda clase de ceremonias militares y religiosas de diversa índole. Se celebraban misas en la plaza pública, ejercicios en los campos aledaños y se sacaban procesiones de imágenes benditas, ante las cuales el presidente depositaba sus insignias de mando y el pueblo todo elevaba fervientes oraciones en demanda de laureles.

Salió el ejército de La Paz el 17 de abril y el 30 entraba a Tacna en medio del entusiasmo delirante de los peruanos, también convencidos de la victoria final. Iba casi desarmado, sin equipo y así lo manifestó Daza en un telegrama al presidente Prado del Perú: «Nueve mil hombres del ejército boliviano, mal vestidos, peor armados, pero llenos de entusiasmo y valor, se hallan bajo mi comando, dispuesto a recibir sus órdenes».

Y vino entonces lo lamentable y comenzó esa vida de Tacna, monótona, vacía, inactiva, que acabaría por menguar el valor y el entusiasmo encomiados por el presidente Daza.

(1) *Uruburo. — La Guerra del Pacífico*

Los primeros días, y aun los primeros meses, todo anduvo bien y a la común satisfacción de los aliados. Las fiestas menudeaban en honor del ejército extranjero, y los jefes no tenían más preocupación que vestir sus elegantes uniformes para acudir a las manifestaciones que se les ofrecían de todos lados. Peruanos y bolivianos rivalizaban por hacer derroche de lujo y buenas maneras. Había casi a diario retretas públicas, iluminaciones, banquetes. Los ejercicios de tiro de los artilleros se efectuaban con vistosos ceremoniales en que el amor propio de cada pueblo era lo más saliente de esas manifestaciones. Cada tiro acertado era recibido con aplausos de viva complacencia y los mismos presidentes no dejaban de abrazarse «llenos de gozo y patriotismo», cuenta un testigo.

En medio de este ardor se recibían noticias frecuentes sobre las proezas legendarias del *Huáscar*, el buque fantasma comandado por Grau y que en menos de seis meses de correrías había aterrado las poblaciones costeras de Chile, echando a pique numerosas lanchas enemigas y buques como el *Esmeralda*, bombardeando puertos artillados, apresando al transporte *Rimac* con gentes de tropa, etc., etc. Estas noticias del prodigioso barco eran aclamadas con fiestas en que no escaseaban el alcohol ni los discursos inflamados de patriotismo. Los presidentes se visitaban entre sí y se hacían mutuos obsequios: parecía que sólo se habían encontrado para hacerse visitas de cortesía y que las cosas de la guerra les interesaba solo de lejos. Estas visitas, estos encuentros ceremoniosos y llenos de aparato civil y militar, constituían motivos de diversión para las poblaciones de Tacna y Arica.

Así transcurría el tiempo y el cansancio de la espera comenzaba a desesperar a las tropas, que permanecían inactivas, sin cruzar su fuego con el enemigo. Ya se llevaba más de seis meses de esta vida, y el enervamiento era general. La única compensación de los soldados era recibir noticias de sus lares. Se había establecido dos correos semanales entre La Paz y el campamento y era constante el intercambio de correspondencia. Tanto en Bolivia como en los puntos de con-

centración se preguntaban todos con asombro por qué se dejaba prolongar tanto esa situación que no conducía a nada sino era al alojamiento de la moral del soldado.

Al fin, en julio, llegó el armamento pedido a Estados Unidos y recién se pudo armar a la inmensa mayoría de las tropas que carecía de defensa.

Pero ya el cansancio de estas se hacía cada día más visible. Las más procedían de la alta meseta de los Andes; y los calores de lo costa seca y arenosa a que no estaban acostumbradas, les producía un desmayo y una fatiga insuperables. Las enfermedades infecciosas como la disentería, hacían estragos; y, la gente, ociosa y nostálgica, sólo pensaba en regresar a la patria. Veía, no sin pena y asombro, que todo lo realizado hasta allí no era sino «puro movimiento de escenario» y ansiaba, o combatir, ó marcharse de esa playas y de ese suelo inclementes y hostiles. Todo faltaba allí como recursos naturales y previsión de los hombres. Los víveres eran escasos y caros; pobre y deficiente era el servicio de sanidad. Los soldados morían en los hospitales sin ninguna esmerada asistencia y el abatimiento se pintaba en los rostros amarillentos y enflaquecidos.

Entonces hubo de producirse, fatalmente, lo que ya se esperaba: la gente comenzó a desertar abandonando las filas del honor.

El desbarajuste de las tropas se traducía en murmuraciones públicas contra los directores de la guerra, y en especial, contra Daza. Le veían divertirse en constante jolgorio, gastar locamente los dineros fiscales en fiestas de carácter privado; le oían sus opiniones sobre la marcha de los negocios públicos, y estaban todos convencidos que lo solo importante para el presidente era su bienestar personal y la plena satisfacción de sus vanidosos arrestos y exigentes apetitos. Nadie tenía fé ni en su patriotismo ni en su desinterés ficticios; y la desconfianza adquiría airados caracteres en Bolivia donde era opinión común la necesidad de destituir a Daza de presidente. Y hubo en consecuencia algunos movimientos subversivos,

más fueron sofocados con diligencia y de los cuales se dijo haber sido promovidos por los partidarios de la paz con Chile y despojó al Perú de su puerto de Arica, idea profundamente arraigada en el aliado desde la misión secreta que de Chile trajesen los bolivianos Gabriel René Moreno y Luis Salinas Vega, fomentada por el mismo Daza para después jugar la comedia de indignarse contra la traición al aliado con el sólo objeto de ganar la estimación de los suyos y ajenos....

Naturalmente los peruanos no permanecían indiferentes a estos manejos, y comenzaban a mirar con recelo la actitud de los bolivianos, a su vez recelosos porque el Perú no cumplía satisfactoriamente uno de los puntos del tratado de alianza por el que se comprometía a alimentar a una parte de las tropas amigas; todo lo que traía en un estado de fragilidad nada envidiable las relaciones de los aliados.

Se decía, por ejemplo, entre las tropas de Daza, que en Lima se había firmado una acta popular en que se pedía al gobierno la urgencia de hacer desocupar por los bolivianos el puerto de Arica y la ciudad de Tacna, y las inquinas se agravaban sin mesura, de un lado y de otro.

«Anoche,—contaba un periódico de Arica, *La Revista del Sud*, en su edición del 3 de octubre,—a la hora del temblor, salieron de una casa algunos militares bolivianos que bebían en unión del conocido chileno cochero Lucas Reyes; y mientras los vecinos imploraban misericordia, aquellas beodos vivaban a Bolivia y a Chile! Esto era lo único que faltaba . »

En medio de esta vida de recelos e incertidumbres una noticia abrumadora vino a esparcir el desaliento entre los aliados: se supo que el heroico HUASCAR había sido apresado por la escuadra chilena, y que gran cantidad de gente había conseguido desembarcar en la costa peruana.

Vanas resultaron las proclamas de Prado y Daza en que intentaban infundir aliento a sus pueblos asegurando que la guerra estaba en sus comienzos, pues ellos también veían, con espanto, que,—dice la proclama de Daza,—«la nación egoísta y sórdida que nos hace la guerra, estaba de largo tiempo prepa-

rada» y que los elementos bélicos de los aliados, «eran nulos ante sus aprestos».

«¡No desmayar!—agregaba el general engalanado y vividor.—Mostrarnos los mismos que aquellos que por darnos patria lucharon 15 años, haciendo de cada estepa y de cada colina un campo de batalla; de cada peñasco una fortaleza, de cada hombre un soldado, de cada soldado un héroe».

Todo era pura palabrería: la desmoralización ya había cundido en el ejército, sin combatir, pues el mar estaba abierto y libre a los chilenos que podían desembarcar tropas en el punto estratégico elegido por ellos, casi sin resistencia.

Y así lo hicieron el 2 de noviembre, en Pisagua.

Defendían el desmantelado puerto dos batallones bolivianos, el *Victoria* y el *Independencia* y una pequeña columna peruana de 245 hombres, formando un total de 900 combatientes, que se atrincheraron en los peñascales de la costa y «detrás de sacos de arena».

El ataque se inició antes de las ocho de la mañana, con el bombardeo de los dos únicos y desmantelados fuertes que defendían el pobre cacerío dispersó en media falda del pelado monte; y era tal el fragor de la artillería disparada «a tiro de revólver de la costa» que los soldados bolivianos, que nunca habían tenido ocasión de conocer la potencia de los cañones de grueso calibre, se sintieron de pronto aterrados con su estampido hasta el punto de pensar que era el cerro mismo, con su carga de peñascos, que se les venía encima, desquiciado de sus bases de granito.

Pero pronto se repusieron y cobraron valor lanzándose a la playa para guarecerse detrás de las rocas que la defendían.

Los fuertes fueron silenciados por las gruesas baterías de los buques después de unos pocos disparos, quedando muertos los más de los artilleros peruanos que los servían y que supieron mostrar un arrojo insuperable.

El asalto de la infantería embarcada en botes comenzó en seguida, a las diez. Disparaban los cañones de los buques sobre los defensores de la playa deshaciendo en astillas los pe-

ñascuales que iban a herir como balas, y los soldados, cubiertos de polvo, aturdidos por el horroroso bombardeo, cegados por la metralla de los botes, luchaban con desesperación inaudita, logrando rechazar por tres veces a los asaltantes.

La desigual pelea fue abreviada con el incendio de 50.000 quintales de salitre almacenados en el depósitos de la compañía explotadora, y fue tan densa la humareda que cubrió con tupido manto todo el teatro de la lucha, permitiendo a los defensores del puerto ganar las alturas del monte, y, a los asaltantes, desembarcar sus tropas en la costa, después de siete horas de desesperados esfuerzos...

El desaliento de los aliados fue mayor todavía al conocer los resultados de esta acción heroica y estéril y al saber que los chilenos habían desembarcado 12.000 hombres en Pisagua, perfectamente armados y equipados. Se resolvió, no obstante, que el ejército aliado marcharía al encuentro del chileno para obligarle a presentar combate.

El 8 de noviembre se puso en movimiento Daza a la cabeza de 2.350 soldados y en Tacna solo quedó una simple guarnición, la *Legión Boliviana*, compuesta de jóvenes de las más encopetadas familias altoperuanas, «a fin de no enlutar todo Bolivia».

Iba el ejército contento de sacudir esa vida ociosa y monótona, sin emociones, abrumadora. El día de la salida de Tacna hubo desborde de entusiasmo en el pueblo peruano que parecía haber olvidado ya sus recelos de hace poco: colmaba de mercedes al ejército y eran tan significativas sus demostraciones que muchos soldados murieron «a causa de la embriaguez».

Las intenciones de Daza eran llegar antes del 16 al encuentro del enemigo uniéndose al ejército peruano que ocupaba Iquique; mas para ello tenía que atravesar el desierto de Tarapacá, que de Arica a Iquique cuenta con más de 200 kilómetros, cortado por «tres enormes grietas que llevan el nombre de *quebrañas*, pero que son a la vez oasis y abismos»—dice Vicuña Macken. La primera quebrada descendiendo de Ari-

ca a Iquique, es la de Vitor; luego las de Camarones y Chiza que desembocan juntas en el mar y forman, «dos gargantas profundas con laderas que parecen muros y que el viajero, gine-te en robusta y diestra mula, suele emplear hasta dos horas en descender o subir, tanta es su cerril aspereza».

«No hay nada, - prosigue el historiador chileno citado, - no hay nada en la creación que dé una idea más aproximada al horror y a la extensión informe del caos primitivo que aquellos parajes malditos. Son abismos insondables de cuyos altísimos barrancos desciende ténue y opaca luz que los convierte en noche eterna; y cuando se ha descendido a su oscuro e impenetrable fondo rodando por las laderas, siéntese el olor de aguas nauseabundas que alimentan en fétido lodo insectos horribles y en la atmósfera feroces moscos zumbadores, que matan en poco tiempo, como imperceptibles vampiros, los seres más robustos, incluso el caballo y el hombre. . . . »

Y el alcohol, el sol implacable, el calor intenso, la aridez del desierto candente, la falta de agua y de provisiones, quebraron bien pronto, al segundo día de viaje, las energías físicas de los soldados aunque sin amenguar en nada su entusiasmo batallador «contenido durante ocho meses del enervante acuartelamiento de Tacna».

El 13 de noviembre, después de cinco días de marcha, llegó al fin la columna boliviana a la quebrada de Camarones. «La tropa, —dice el memorialista de estos sucesos,— está cada momento más agobiada y hay ya varios soldados muertos por *soroche*, cansancio y hambre. El estado de desorganización en que marchamos es muy lamentable».

Mientras tanto el ejército aliado de Iquique al mando del «amilanado» general Buendía, se movía también de su base con el propósito de reunirse a la División de Daza, operando los dos ejércitos amigos un simultáneo movimiento de concentración y aproximación para dejar en medio y en sus posiciones de Pisagua al ejército chileno.

Penosamente concentrado en Pozo Almonte, esa marcha del ejército aliado era incierta pues los guías peruanos pare-

clan desconocer las rutas del desierto y andaban en la noche, —que es cuando se hacían las marchas para evitar la fatiga del sol,— como a tuestas, extraviándose a menudo y hallando a su paso los cadáveres de los correos despachados a Daza, «insepultos, espantosos, horriblemente hinchados, y que con la lividez que el caliche preserva en los seres orgánicos, aparecían a su vista como los postes miliarios que les señalaban el camino de la muerte.....» (1)

El 14 de noviembre Daza hizo un telegrama al presidente del Perú, lacónico y concluyente pero falso y que solo acusa su perfidia o su miedo: «Desierto abrumba; ejército se niega a pasar adelante». Y, mas tarde, ya en carta explicativa aseguraba que «es pensamiento unánime de nuestros jefes, no avanzar más....»

«Lo cual no es cierto,—dice el memorialista Ochoa,— porque aun no se les ha pedido opinión formal que sepamos. Al contrario hemos oído expresar a varios de nuestros militares que en esta marcha está empeñada el honor de Bolivia y que hay que avanzar al Sud, a costa de cualquier sacrificio».

La respuesta de Prado llegó el 15 en la noche, lacónica:

«Recibido parte del ejército: mañana estaré en Agua Santa, donde probalemente se dará la batalla. Sea cual fuese el éxito del combate, ya que el ejército de Camarones no puede avanzar, creo conveniente, si a usted le parece, que comience a regresar a la mayor brevedad.— *Prado*.

Si se ha de aceptar lo aseverado por otro memorialista boliviano, en esos mismos días, la prensa de Chile anunciaba a sus lectores dicha retirada «con estas reveladoras palabras».

«Se han tomado todas las medidas necesarias para que el ejército de Daza que salió de Tacna, no se una con el ejército de Iquique».

Fue publicado el telegrama, al decir del general Juan José Pérez, gloriosamente muerto en el Alto de la Alianza y

(1).—KRAMER.—Carlos de Villegas, etc.

que había sido destituido con ignominia por Daza, en el número 16.799 de *El Mercurio* de Valparaíso, en 18 de noviembre último, es decir, día antes de la dispersión de San Francisco».

«En Camarones,— explica dicho general.—Daza engañaba al ejército haciéndole creer que era llamado por el general Prado, para combatir con los chilenos en Sama; y al general Prado le decía por telegrama, que sus soldados se habían sublevado, y que sus jefes rehusaban continuar la marcha».

Y todavía añade esta anécdota:

«Una vez que se comunicó la orden de contramarchar se presentó ante el general Daza el batallón *Colorados* y le dijo estas palabras que son gráficas y que revelan su profundo y ardiente patriotismo: Señor, ¿cómo vamos a contramarchar en frente del enemigo sin haber vengado a nuestros hermanos de Pisagua? ¡No!—contestó el general Daza,—van ustedes a sucumbir en el desierto y yo los quiero como a mis hijos para consentir en ese sacrificio estéril. Pero señor,—replicaron los soldados,—morirá la mitad pero siempre queda la otra mitad para pelear. No, hijos,—insistió Daza,—el Director de la guerra nos llama para defender el Morro de Sama que va a ser atacado por los chilenos.— Al oír esto ¡al Morro de Sama! gritaron los soldados con frenético entusiasmo y se prepararon para contramarchar... »

El historiador nacionalista chileno, Gonzalo Bulnes, acepta la versión del general Pérez, según la cual, lo único que entonces le importaba a Daza era mantener íntegro y sin desmedro a su batallón *Colorados*, en el que tenía absoluta confianza para mantener en sus manos el poder que lo sentía vacilante.

Pero sea lo que fuese el hecho es que se produjo la retirada vergonzosa y miserable, a pesar de la oposición de algunos jefes pundonorosos y aguerridos, entre los que se distinguía el coronel Eliodoro Camacho. Iba el ejército llevando una penosa impresión de desconfianza y recelo, y, salvo los apocados y los demasiados ignorantss anhelosos por evitar peligros y privaciones los más llevaban el doloroso convenci-

miento de que algo anormal y terrible había aconsejado a Daza proceder en esa forma, que era el comienzo de la final catástrofe.

El 18 de noviembre, pasado medio día, hizo su entrada a Arica la división boliviana en medio de una actitud francamente hostil del pueblo peruano que no escatimó ni insultos ni amenazas contra el humillado amigo. Se había hecho correr la noticia de que las tropas bolivianas, en inteligencia con los chilenos, iban resueltas, «a tomar Tacna y Arica y realizar así los planes y sugerencias de Chile. respecto a que Bolivia debía romper la alianza con el Perú y apoderarse de estos territorios para tener su salida propia al Pacífico».

Daza, simulando decidida intención de ir a incorporarse al teatro de la guerra, había quedado en Camarones al frente de un piquete de la *Legión Boliviana* completamente desprovisto de municiones; pero únicamente deseaba rehuir la rechifla de los aliados en Arica y luego volver a Bolivia para afianzar su gobierno, pues la causa de la patria la identificaba con su permanencia en el poder.

«Soberbio e invulnerable a los ataques, no obstante lo indisimulado de su prestigio, veía con exaltación iracunda, desvanecerse en el ridículo la confianza que al principio de la campaña inspirar supiera su ponderada pericia y valor. Pedía a gritos Bolivia la inmediata e ignominiosa destitución del soldado cobarde. En el Perú las manifestaciones del más profundo desprecio se sucedían contra él, sin consideración alguna. El ejército de su mando sentía odio, a la vez que recelo, temiendo ser víctima de sus privaciones y felonías. El del Perú considerábase su peor enemigo y serio obstáculo al logro de los patrióticos propósitos de expulsar al invasor del profanado suelo». (1)

El 21 de noviembre llegó al campamento de la costa la terrible noticia de que la división aliada había sido destruida en los cerros de San Francisco y Dolores, en una triste y lamen-

(1).—URIBURO, *La Guerra del Pacífico*.

table acción en que se echara de menos, principalmente, una voluntad directora y mayores conocimientos militares en el jefe que comandaba las tropas, las cuales, faltas de dirección y dejadas a su solo empuje, lucharon sin concierto. Con este motivo los jefes de uno y otro bando se lanzaban recíprocos reproches y acusaciones echándose la culpa de desaciertos y errores que con tanto desplante se iba cometiendo por ambos lados; más en lo que unos y otros estaban acordados, era en condenar, sin reservas, la actitud de Daza en Camarones, y la exacerbación subió de punto cuando se supo la derrota de San Francisco.

El 23 de noviembre entró Daza a Taena luego de asegurar que el enemigo le había impedido unirse, como lo prometiera, con el ejército aliado, y el recibimiento que se le hizo fue francamente hostil.

El 27 se efectuó la acción de Tarapacá donde los dispersos de San Francisco infligieron una derrota al enemigo, que no tuvo mayores consecuencias que echar un chispazo de brillo a esa campaña lamentable y desacertada, porque, en suma, el rasgo principal que caracteriza esta guerra, es la inconsciencia.

Con inconsciencia se acude a los campos de batalla, ignorando el poder del enemigo, su organización, su elevado espíritu nacionalista, su exaltación patriótica y su superioridad indiscutida en elementos políticos y militares preparados.

Con inconsciencia se obra en la campaña dando preferencia a las aparatosidades vistosas, improvisando diplomáticos y militares, fomentando inconsideradamente los motivos de celos, inquinas y profundos odios entre los soldados de la alianza.

Con inconsciencia de primitivo cumple Daza su misión directora, ageno del todo a los imperiosos dictados del deber, sin sospechar ni remotamente las consecuencias terribles que un desastre militar acarrearía a su patria por la que nunca pudo sentir apego inteligente porque siendo, como era, fruto del pasado ominoso, carne y espíritu de plebe, sólo le preocupaban los afanes del momento, sus éxitos personales, las frui-

ciones de su espíritu pequeño y la satisfacción de sus goces ordinarios

Y esto se veía, recién, en Bolivia del hombre, y de ahí que la excitación fuese enorme contra Daza, no siendo menos la del Perú contra Prado. Se les acusaba a ambos directores, en sus respectivos países, de ser los causantes de todo los desastres de las armadas aliadas, por su impericia, su pusilaminidad y su falta de elevado y noble patriotismo.

La situación de Daza, sobre todo, era en extremo comprometida. Se le acusaba directamente de traición y no había quien no creyese que la retirada de Camarones la había efectuado en connivencia con los chilenos. Así, por lo menos, escribían los bolivianos en campaña, y la noticia era creída por casi todos en el país. La acogieron también los periódicos opositores, y, con lenguaje franco y corajudo, hicieron pesar directamente sobre Daza los desastres en cerca de un año de campaña. Hubo, por tanto, algunos movimientos de protesta efectuándose reuniones populares con el manifiesto fin de destituir a Daza de presidente.

Y Daza, exasperado con estas noticias, indiferente a los éxitos de la campaña, sólo quería volver a Bolivia para afianzar su gobierno y «probar el poder de los cañones Krupp, y romper a balazos los periódicos subversivos pegados al pecho de sus autores». (1)

«¡Verá recién Bolivia lo que es un tirano;— vociferaba ebrio de rencor y enojo.— «Con mis cañones Krupp, desharé barricadas y demoleré ciudades rebeldes. ¡Guay de los revolucionarios y demagogos»—exclamaba.

«Y recorría a pasos de hiena la estancia, apretando los puños y mesándose la escasa y recia barba. Sus edecanes, silenciosos y mustios, le contemplaban atemorizados, y sin atreverse a dirigirle la palabra»,— dice Uribeuro.

Resolvió, pues, dirigirse a Bolivia. Su situación en el

(1).—CAMACHO, *Historia de Bolivia*.

Perú era cada día más humillante. Prado se había dirigido a Lima para tratar de desvanecer el ambiente de hostilidad que contra él existía, y había quedado Daza como supremo director de la Guerra; pero los jefes peruanos, sobre todo el general Montero, hacían caso omiso de las disposiciones tomadas por el presidente boliviano y obraban de su cuenta.

Derrocado Prado en Lima por Piérola, que hubo de apelar a las armas, Daza vio un peligro en el ejemplo y dispuso su viaje a Bolivia.

Antes, y con pretexto de no existir fondos en las cajas, comenzó,— cuenta el testigo de estos tristes sucesos,— «a dar de baja y conceder licencia a cuantos la pidan de los diferentes cuerpos del ejército bolivianos: dice él que es por falta de recursos . . . y, sin embargo, los hay para fiestas privadas y para servir hasta el derroche los gastos de la Capitanía General Quizá la verdadera causa está en que se quiere separar a todo el que es sospechoso ante los planes y pensamientos del General en Jefe, Capitán General y Supremo director»

Y al día siguiente, el 26 de diciembre, vuelve a consignar el memorialista en su DIARIO:

«El ejército de Bolivia está en convulsión. Todo hace ver que se preparan sucesos muy graves. Los fieles de Daza multiplican su vigilancia, cuidados y amenazas; los adversos trabajan resueltamente por destituir de su puesto al que hoy ya se ha bautizado con el título de *Héroe de Camarones*».

El entonces coronel Eliodoro Camacho, ejemplo de pun-donor y de coraje, en su *Manifiesto* publicado a raíz de la destitución de Daza, consigna algunos datos que ponen de relieve la figura de este hombre mediocre, inepto, egoísta y cobarde:

« El 23 de diciembre,— cuenta,— supe por uno de los jefes de línea, que le había prevenido para emprender marcha a Bolivia dentro de breves días. . . . El 25 llegó a mi conocimiento que necesitaba cien mulas para el transporte de la artillería; que la caballada de la *Legión* iba a ser distribuida entre los oficiales y las rabonas, y que decía mostrando un impreso de La Paz en que se le atacaba: *este papel y otros más tengo*

guardados en mis petacas para empapelar los pechos de ciertos bribones en Bolivia y agujerearlos a balazos.

«A otro le decía: *vamos a La Paz, acompáñame con decisión que yo le llevaré muy arriba en su carrera, pues quiero enseñar a esos pícaros la que es una tiranía.*

«Al contemplar el efecto de las balas explosivas de los Krupps, exclamaba con embeleso: *ya veremos donde van a parar las barricadas ante estos cañones».*

El 27 de diciembre marchó a Arica para despedirse del general Montero. No abriguaba sospechas de ninguna clase y fiaba profundamente en su batallón *Colorados*, cuya sumisión y fidelidad había podido conseguir departiendo familiarmente con la tropa, haciendo llamar a los simples soldados y recibiendo sus dolencias en entrevistas privadas a las que no podían asistir ningún jefe ni oficial. En la tarde, y llenados sus compromisos mundanos, se dirigió a la estación para tomar el tren de regreso a Taena; pero allí, con no poca consternación de su parte, casi aterrizado, supo, por mensaje del mismo general Montero, que el ejército se había sublevado y desconocido su autoridad, aclamando por su jefe al coronel Eliodoro Camacho, sin encontrar mínima resistencia en nadie

El parte de Camacho a Montero era concluyente:

«El ejército boliviano ha desconocido la autoridad del general Daza y se pone a mis órdenes y yo a las de V. S. para cumplir nuestro deber en defensa de la alianza. Sírvase V. S. transmitir este suceso a S. E. el Dr. Piérola, ofreciéndole el homenaje de nuestros respetos».

Casi al mismo tiempo, y sin que entre ambos movimientos hubiese mediado la más remota relación, el pueblo de La Paz, herido por los abusos y desaciertos de Daza, se había levantado también el 28 de diciembre contra el Consejo de Ministros y formado un gobierno provisorio con algunas personalidades de segundo orden, que fue desconocido por los demás pueblos de la república, pronunciados casi por unanimidad en favor del general Campero.

«Hoy, 28 de diciembre de 1879, — decía «El Comercio»—

el pueblo heroico de La Paz ha derribado con un soplo, al payaso de tirano, que, por el espacio de tres años, se enseñorea después de consumada la más negra traición que registra nuestra historia» ...

Daza tuvo que huir; y ese periódico le lapidaba todavía transcribiendo un párrafo de la «Unión Nacional» de Sucre:

«Los papeles particulares tomados a Daza, acreditan que ha recibido ingentes sumas de los chilenos; manifiestan que tiene mucho dinero en París y que ha comprado en un precio considerable la casa-quinta perteneciente al general Santa Cruz en Versalles....»

CAPITULO IV.

Campero asume la presidencia.-- Sus andanzas por el desierto con la 5ª División.-- Revolución de Silva.-- Conflicto entre Montero y Camacho.-- Campero marcha al campo de operaciones.-- Desorganización del ejército en campaña.-- Se considera inminente el encuentro.-- Se combina un ataque nocturno de sorpresa.-- Y los sorprendidos son los atacantes.-- Desastre del *Año de la Alianza*.-- Los *Colorados*.-- Desaliento en Bolivia.-- Interviene Estados Unidos.-- Convención nacional de 1881.-- Destierro de Arce.-- Pobreza del país y medios que aconseja un sabio para enriquecer a los bolivianos.-- Nacen los partidos políticos con ensayos de programa.-- Quijotismo Internacional del gobernante.-- Candidaturas presidenciales.-- Simpático rol de Camacho.-- El hombre *nuevo*—Pacheco y Arce inauguran en Bolivia la cotización del voto.-- Programas de los candidatos.-- Pacheco elegido presidente por transacción.-- Ultimo mensaje de Campero.

Don Narciso Campero era, sin disputa, el militar de mayor versación en Bolivia, pues había hecho estudios especiales en algunas academias de Europa donde fue enviado, joven, por cuenta del gobierno y en misión diplomática, siendo, por el momento, el general más antiguo de la República.

Nacido de padres tarijeños en 1813, a los 25 años combatía por su patria bajo las órdenes de Brawn defendiendo la causa de la confederación cruzista. Capitán en 1841 conquistaba grados superiores en la acción de Ingavi y a poco se iba a Europa como secretario de la legación encomendada a Linares. Allí, ocultando sus grados y títulos por reconocer que eran deficientes sus conocimientos, completa su instrucción técnica y a los doce años regresa al país, para, fatalmente, mezclarse en la política, único campo de acción para los bolivianos.

En 1857 representa a Potosí en las cámaras y es ferviente partidario de Linares, al que sigue en su destierro después de la traición de Achá. Sirve después a Melgarejo y rompe ruidosamente con el bárbaro para no complicarse en sus manejos torpes y desorbitados.

Surgido el conflicto con Chile, es el primero en ofrendar su espada al servicio del país; pero Daza, celoso por la acción diligente que podría desplegar en oposición a sus planes, lo envía al sud de la república con la misión de organizar un nuevo ejército reuniendo los contingentes de toda esa zona y luego marchar a Calama, a través del desierto y atravesando el macizo de los Andes.

Las aventuras de esta 5ª División vagando de Norte a Sur por la parte más desierta, más árida y más desprovista de recursos de la república, es, acaso, la hazaña más estupenda pero las más tristemente estéril de toda la guerra. Once meses anduvieron esos tres mil hombres vagando sin concierto de Cotagaita, donde se organizaron, al desierto de San Cristóbal; de San Cristóbal, a las salinas de Garci Mendoza y pasando por la altísima Cordillera de los Frailes. Hacían 70 kilómetros diarios de marcha, o más, a veces, e iban dejando señalada la triste ruta con los muertos de fatiga, sed y hambre, sin poder llegar nunca a su destino porque el mal hombre que manejaba los negocios de la guerra, quería evitar que Campero y sus soldados se le reuniesen temeroso a las revueltas de cuartel en el campamento de Tacna donde la fermentación revolucionaria iba creciendo a medida que se hacía patente la incompetencia

del mandatario. Dos mil quinientos kilómetros recorrieron esas pobres gentes, alimentándose con un poco de harina, unos puñados de maíz tostado y un retazo de charqui seco, para acudir, al último, al campo del honor, donde se cubrieron de gloria.. .

Campero asumió la presidencia por decreto de 19 de enero de 1880, y, algunos días después, el 6 de febrero, convocaba a una Convención Nacional luego de declarar que sus deseos eran establecer el principio de la alternabilidad de los grupos políticos, para lo que prometía retirar su nombre de la elección que aquella efectuaría sujetándose a los términos de su convocatoria.

Todo esto se vió con marcada simpatía en el país, pues nadie ignoraba que habiendo vivido Campero, de tiempo atrás, desde Melgarejo, alejado de las luchas políticas y entregado a sus negocios particulares sin hacerle olvidar su natural dedicación al estudio, haría un buen gobierno, respetuoso de las leyes, honorable e ilustrado.

Pero no todos pensaban lo mismo, y la elevación de Campero vino a herir la angurria vulgar de algunos militares sin prestigio y de un jefe inepto que sublevando las tropas de su mando marchó con ellas a La Paz y fue tomada a pesar de la resistencia opuesta por Campero.

Inmediatamente el jefe se proclamó presidente de la república y escribió ese mismo día, 12 de marzo, una carta a Camacho dándole cuenta del movimiento obrado en su favor. Camacho, lleno de noble indignación, le contestó:

«No me atrevo a calificar este hecho, porque para ello tendría que emplear una palabra muy dura cuyo significado infamante no quiere aplicar a ningún boliviano; pues jamás he creído que Bolivia contase entre sus hijos ninguno que atentase contra su sagrada existencia....

«Ha detenido usted el envío de cuatro batallones a éste cuartel general en el momento en que emprendían su marcha por orden del señor Presidente, quien sabía, por mis reiterados oficios, lo urgente, lo preciso que era su venida para hacer

frente al enemigo, que ocupándonos Moquegua, nos ha cortado los recursos del Norte, sin los que no puede subsistir el ejército peruano, que acompaña en este Departamento al boliviano. Este hecho ha producido en ambos ejércitos y en este pueblo que anhelaban ese refuerzo, tal desaliento que apenas es comparable la decepción que causó en el ejército del Sud la retirada de Camarones, de donde resultó el desastre de San Francisco. Esa retirada y la de Viacha, serán, señor coronel, dos acontecimientos igualmente culminantes entre los que infaman la presente guerra».

Graves eran, como se ve, los cargos de Camacho contra el militar Silva, ese mal soldado cuya ciega ambición no dejó de influir en los fatales resultados de la contienda.

La carta de Camacho vino acompañada de una nota de protesta firmada por todos los militares bolivianos en campaña, y la reacción se operó al punto entre las fuerzas mismas del revoltoso, que desbarataron sus planes y se dispersaron después.....

Campero volvió a asumir el mando presidencial en momentos en que parecía haberse suscitado nuevos conflictos entre el alto comando de las fuerzas aliadas, pues, por comunicaciones llegadas de campamento, se veía que las divergencias sobre un plan de campaña a seguirse eran profundas entre Montero y Camacho.

Camacho se quejaba que después de haber aceptado el jefe peruano un plan de operaciones contra el enemigo, lo había modificado sustancialmente y de tal manera adverso a los intereses del ejército boliviano que en caso de un desastre campal, «lo entregaba sin remedio,— dice el mismo Campero,— al enemigo por una capitulación vergonzosa a impulsos del hambre y de la necesidad o después de un esfuerzo desastroso e inútil y desesperado».

Ante esta grave emergencia, y previa consulta con el ministro peruano, Campero decidió marchar al campo de operaciones, y lo hizo de inmediato y casi sorpresivamente a la cabeza de una nueva división de 1,500 hombres.

La presencia de Campero no dejó de producir grata impresión en las tropas que se sintieron más seguras que con Daza. Al día siguiente de su llegada, el 22 de abril, fue reconocido como jefe superior del ejército unido y con este carácter quiso conocer sobre el mismo terreno los motivos de divergencia entre los altos jefes de la alianza. Cuando se hubo penetrado de su plan, él también quedó indeciso sobre la conducta a seguirse, no sabiendo si permanecer en esos sitios para esperar al enemigo, que era el plan de Montero, o ir a atacarlo en Sama, como pretendía Camacho. Esta indecisión parecía reflejarse en las órdenes de movilización impartidas por el mismo Campero y en las contraórdenes que inmediatamente se seguían, día por día.

Esto supo explicarlo después el general asegurando que el ejército no se encontraba preparado y carecía de movilidad.

«Desde luego carecíamos por completo de elementos de movilidad y de transporte, que no se habían procurado hasta entonces. No se podía movilizar la legión boliviana; era imposible llevar agua y víveres para el ejército, sin lo que no podría aventurarse expedición alguna por aquel desierto desprovisto de todo recurso; y, lo que es más, no se había podido conducir el parque hasta el lugar en que nos encontrábamos, ni aun se había logrado sacarlo de Tacna. Estaba, pues, visto que la marcha era imposible, y que el ejército aliado estaba condenado, por decir así, a esperar al enemigo en su puesto, sin poder buscarlo...»

De esto también debía convencerse Camacho, para no insistir en sus proyectos, y así lo hizo el jefe boliviano. Una vez de acuerdo todos, procedieron los directores a estudiar el terreno de acción en tanto que algunos batallones del interior de Bolivia expedicionaban con el alba a Arica «con objeto de *que conozcan el mar*»,—subraya el memorialista Ochoa.

Después de tres órdenes inmediatamente suspendidas, al fin salió el ejército de Tacna en la tarde del 2 de mayo para ir a acampar a las dos leguas de la ciudad y volver el 5 para esta-

blecerse en las goteras donde permaneció sin saber «nada con seguridad del enemigo», durante una semana.

«En el transcurso de ésta, —acentúa Campero,— toqué con el gravísimo inconveniente de no tener noticia alguna del enemigo y verme reducido a obrar por meras conjeturas. No se había organizado un buen servicio de espionaje, siendo una cosa tan esencial en las circunstancias en que nos encontrábamos. No recibíamos avisos de ninguna parte, que nos dieran alguna luz respecto al número y situación del enemigo. . . .» es decir, el ejército aliado operaba a ciegas, sin saber dónde y con qué fuerzas enemigas iba a combatir.

El 10 en la mañana volvió a salir el ejército a las posiciones elegidas, pues los anuncios de la aproximación del enemigo eran cada vez más frecuentes.

El 22 se produjo una viva agitación en las filas pues se logró divisar a larga distancia al enemigo. Hubo de una parte y otra cambio de cañonazos, sin mayores consecuencias. El ardor bélico se mostraba incontenible y los directores se pusieron a recorrer las filas lanzando proclamas a granel, el jefe boliviano, Campero, en las líneas peruanas, y el peruano, Montero, en las bolivianas. Al concluir éste una de sus proclamas frente al batallón 1º. tuvo un momento de terrible anmesia y concluyó con un sonoro viva . . . a Chile. «Los *Otorados* contestan: ¡Viva la Alianza!»

Y aquí una picante anécdota de Ochoa consignada en su *Diario* con fecha 22 de mayo y que se presta a muchas deducciones:

«Los generales Montero y Canevaro. son, según todos, rivales en empresas de amor en Tacna. Así se explica que el primero dé la noticia de «enemigo a la vista», a fin de hacer regresar al segundo, cada vez que este va a Tacna. Así ha sucedido esta noche y lo mismo pasó los días de carnaval último, con aquella noticia de que el enemigo había entrado a Camarones que Montero la dió de Arica, cuando Canevaro estaba en Tacna. . . .»

El 25 de mayo se pudo saber con relativa seguridad que

el enemigo rondaba cerca pues en la mañana de ese día la patrulla peruana de servicio logró capturarle 60 mulas cargadas con 120 barriles de agua. La señal de su aproximación era evidente, y, como al fin se sabía, por otra parte, que el ejército enemigo contaba con 22,000 hombres en tanto que el aliado, según Campero, era sólo de 9,800 «incluso enfermos», resolvió éste suplir la ventaja numérica del enemigo con una maniobra sorpresiva ejecutada durante la noche con objeto de caerle encima con las primeras luces del alba y desbaratarlo antes de que hubiese tenido tiempo de reponerse de la sorpresa.

La idea de Campero fue acogida «con entusiasmo» por Montero y Camacho; y acaso habría producido los resultados previstos por su autor si en su ejecución hubiesen empleado los directores todas las precauciones y seguridades que demanda un plan arriesgado de combate en que se cuenta al azar como uno de los principales elementos de ayuda.

No lo hicieron, y al contrario; pues los jefes de línea y avanzadas no recibieron ningún aviso del plan a ejecutarse y partieron en la noche sin sospechar que a poco el ejército levantaría en masa su campamento para desplazarse tomando rumbos inciertos, pues, dice el jefe de servicio en esa noche fatal «no se dió conocimiento al jefe de la línea para que este pudiera dar los datos sobre los movimientos que el enemigo ejecutó después de entrado el sol. . . .»

La voz de marcha se impartió a las doce de la noche, de una noche lóbrega y húmeda, y el ejército se puso en movimiento «con admirable precisión y silencio» dividido en dos fracciones: la izquierda comandada por el coronel Belisario Suárez, y la derecha por Campero, Montero y Camacho. Iban las tropas ahogando sus pasos en la arena del desierto, llenas de ansiedad infinita y envueltas en una de esas nieblas que por lo común se levantan de noche en esas regiones donde nunca llueve y que los naturales conocen con el nombre de *Camanchaca*, profundamente densas, impenetrables y que saturan de humedad los cuerpos, amortiguando todos los ruidos.

A las dos de la mañana, «principió,— dice Campero,— a

notarse cierto desconcierto e indecisión en la marcha. Los coroneles Camacho y Castro Pinto, me hicieron advertir sucesiva y contradictoriamente que nos inclinábamos demasiado; según el uno a la derecha, y según el otro a la izquierda».

Hubo necesidad de llamar a los guías de las dos alas de esa primera fracción del ejército, los cuales «después de una larga discusión entre ellos, manifestaron que estaban inciertos, que no podían ponerse de acuerdo respecto a nuestra posición y mucho menos a orientarse, a causa de la densa niebla que cubría el espacio y nos envolvía ya por todas partes».

Ante esta indecisión, la zozobra cunde en todos y se teme, con fundamento, que bien podrían invertirse los roles de los adversarios resultando ser sorprendido el sorpresor y viceversa. Muchos cuerpos, impacientes, pierden su formación: se oyen murmullos. La ansiedad del comienzo ha llegado ahora a la angustia, pues se ignora absolutamente el paradero de la otra fracción del ejército y no hay manera de indicarle su presencia mediante señales de fuego so pena de revelarse al chileno. Y todos creen oír, de un momento a otro, disparos de cañón o de fusilería que indiquen haber caído en pleno campamento enemigo. Y entonces, ante la incertidumbre, el miedo se apodera de los ánimos mejor templados porque recién se echa de ver que siendo posible la lucha con todos los elementos de resistencia agrupados y reunidos, esta ya no es posible si una fuerza numéricamente inferior a la del adversario, se presenta todavía fraccionada.....

«Resolví,—sigue narrando Campero,—volver al campamento, enviando algunos individuos por delante, a fin de que se encendieran allí algunas fogatas que nos guiaran. Hecho esto se verificó la contramarcha y llegamos al amanecer del 26, ocupando todo el ejército las mismas posiciones que antes».

Llegaron esas tropas, naturalmente, fatigadas, casi rendidas después de una penosa marcha bajo un ambiente pesado y caliginoso: y como las más procedían de la alta meseta andina, caminaron con pena bajo el peso de su equipo, moralmente destruidas y vencidas sin combatir.....

Cosa igual o casi peor pasaba entretanto con la otra fracción del ejército confiada al coronel Suárez, pues habiendo perdido contacto con el grueso, iba igualmente desorientada y creyendo haberse «propasado del campamento enemigo por uno de sus costados».

Se llamó a los guías y estos, «desorientados no podían dar una explicación del punto en que nos encontrábamos,— cuenta el coronel Severino Zapata,—haciéndonos rectificar luego la dirección hacia la derecha. Pocas cuadras caminamos en este sentido, cuando fuimos detenidos por los tiros cambiados entre las avanzadas enemigas y nuestra descubierta».

Al punto se reunió un Consejo, el que «decidió permanecer en aquel lugar por un corto tiempo más, hasta que rayara el día y pudiéramos, con luz, orientarnos de nuestra posesión, y tal vez, llegar a salvo del resto de nuestro ejército. . . » «Con la claridad del día, percibimos al ejército enemigo, a distancia de doce o más cuadras en masas desplegadas, en actitud de combate. Aprovechando de la distancia que nos separaba y con el deseo de evitar un choque tan desigual, dispuso el jefe de la fuerza la retirada sobre nuestro campamento; retirada que se practicó en todo orden, a la vista del enemigo, el que no consiguiendo estrechar la distancia, adelantó sus piezas de artillería y comenzó a hacernos fuego durante el trayecto de más de dos leguas, hasta llegar a nuestras posiciones del día anterior, donde ya encontramos el resto del ejército, que reconociendo su desvío, había regresado dos horas antes. . . »

Añade Zapata que la caballería hubo de prestar valioso concurso al batallón peruano *Canevaro* que, rendido por la fatiga, «habría caído en poder del enemigo, si la caballería no lo hubiera tomado y, conducido en la grupa de sus cabalgaduras. Las piezas de artillería, habríanse también quedado en el campo sin los auxilios de la infantería boliviana».

Deshechas por el cansancio y sin tiempo para reponerse tuvieron que ocupar las tropas su puesto de combate ante la actitud ofensiva del enemigo.

La disposición de esas tropas era simple: la ala derecha

estaba comandada por Montero; la izquierda por Camacho; el centro por el coronel Castro Pinto y la retaguardia por Murgía, al mando de su *Colorados*.

En tanto se formaba la línea de combate el cañoneo enemigo proseguía sin interrupción, aunque sin causar gran daño porque los proyectiles, caían detrás de las filas «o bien se enterraban las bombas en la arena, estallando allí y produciendo una especie de ebullición en la tierra».

El fuego de la artillería cesó a las 8 y 30 de la mañana y hubo una especie de tregua anhelosa durante la que los batallones fueron a ocupar su puesto de combate: un silencio terrible caía sobre la estéril llanura y sólo se veía a lo lejos las columnas de polvo que levantaban los batallones chilenos al avanzar en el campo de operaciones y el brillo metálico de las bayonetas que rayaban la opaca tonalidad de la llanura candeante.

Ruido de clarines y el movimiento simultáneo de toda la línea enemiga indicaron que comenzaba el ataque: eran las 11 de la mañana.

El choque es brutal sobre el ala izquierda, y ante el ímpetu avasallador, el *Victoria*, batallón peruano, se desconcierta, pierde la moral y deserta tristemente del campo. En vano se esfuerza Camacho por reorganizar las filas aterrorizadas, y ante la inutilidad de sus esfuerzos no le queda más recurso que pedir refuerzos, porque es sobre ese lado de la línea que ha concentrado el enemigo la vehemencia del ataque. Se le envían el *Aroma*, comandado por Doria Medina, y los *Colorados* por Ildefonso Murgía, y dos piezas de artillería bajo las órdenes del teniente coronel José Manuel Pando. «Y tan a tiempo llegaban a estos a llenar los claros de los fugitivos que según le refiere como testigo presencial el respetable doctor Dalence, jefe de las ambulancias bolivianas situadas en las cercanías de esos parajes, los *Colorados*, antes de disparar sobre los chilenos, hicieron fuego sobre los cobardes que en todas direcciones y a la manera de manada huían»— cuenta Bulnes.

La marcha de los *Colorados* bajo el fuego enemigo, ha si-

do magnífica como valor tranquilo y temerario. Murgía, con voz vibrante y de simpático timbre, ordena el avance del batallón, que al punto se mueve como un solo hombre, sin perder ni un momento la pureza de su línea y se lanza al combate cual si entrase a uno de esos campos de maniobras que en las solemnidades organizadas para festejar los caudillos bolivianos, constituirían el encanto de las gentes aglomeradas en los despejos. El jefe, alta la mirada, la espada firme en su puñs de acero, sigue a la tropa a veinte pasos de distancia y montado en su caballo rosillo.

Es tan marcial la marcha de esos hombres bronceados y de rostro enérgico, que los demás batallones a cuya retaguardia desfilan, quedan paralizados de admiración y secreta envidia. Al pasar frente al regimiento *Murillo*, vibrante puñado de 160 hombres, el jefe, don Clodomiro Montes, no puede reprimir su entusiasmo y con lágrimas de emoción grita:

¡Vivan los *Colorados* de Bolivia!

Y éste, a una sola bronca y ruda:

¡Viva la juventud paceña . . . !

El calor es sofocante. El sol luce en un cielo profundo e implacablemente azul y se respira con pena un aire saturado de pólvora. Y esos hombres que apenas han comido desde el día anterior, que se hallan cansados por la incierta caminata de la noche arrancan ahora al trote y siguen avanzando desplegados en guerrilla, con el fusil pendiente de la diestra, la siniestra sujetando por detrás la mochila, el kepi rojo echado hacia la nuca, y la mirada dura clavada en el enemigo. Visten pantalón blanco, chaqueta roja, de un rojo intenso que resalta vigorosamente sobre el fondo parduzco del desierto arenoso ofreciendo excelente blanco al enemigo.

Las dos primeras compañías llegan a un altosano y allí se detienen.

Imitando el ejemplo de estos bravos avanza por otro costado el batallón *Padilla* comandado por el coronel Pedro P. Vargas y cuya orden de desfilar sus kepis ha sido llenada con alborozo:

«!Que nos conozcan por nuestros distintivos: a la bayoneta muchachos!»

Y el batallón, cuenta Vicuña Mackena, «arrojando bizarramente sus fundas de lienzo, mostró sus kepís colorados como una serpiente roja que remedaba su línea unida y⁴ móvil, a guisa de cauda de fuego». (1)

El entusiasmo heroico cunde en las filas: aquí el *Viedma*, comandado por el coronel Ramón González, el rudo *Pachacha*, mezcla sus chaquetas amarillas con las rojas del batallón primero, aniquilando al *Valparaíso* que se disuelve combatiendo con esa obstinación implacable del arancano, que no cede casi nunca ni echa paso atrás. Ante el sacrificio magnífico de ese batallón, se envía a reforzarlo otros dos, el *Esmeralda* y el *Navales*, y ambas son también destruidos por la furia desencadenada de los *Colorados* y no obstante de lo irresistible de su empuje heroico.

Se llamó a la caballería. Atacaron los caballerizos haciendo fuego con sus carabinas antes de cargar a sable o yatagán sobre los infantes. Entonces los *Colorados* forman cuadros y así dispuestos esperan la arremetida suprema. Esos hombres no se mueven ni vociferan: parecen haberse petrificado en postura guerrera.

Al fin cargan los caballeros, haciendo lucir al sol sus sables. Los otros dejan avanzar la avalancha furiosa y cuando está a cien metros de distancia, estalla, súbito, el fuego de los *Colorados*.

La avalancha se precipita en medio de una confusión horrible: los caballos se encabritan, ruedan varios ginetes, heridos unos, muertos otros, y muchos brutos enloquecidos y con la brida libre, se dan a galopar desesperadamente por la llanura. Los caballeros que logran llegar hasta los cuadros, son recibidos en la punta de las bayonetas y tienen que volver grupas, impotentes para romper el cuadro de fierro y carne heroica.

(1).—*Historia de la Campaña de Tacna y Arica.*

El segundo ataque es más vigoroso y ha logrado la caballería llegar a los cuadros e introducir alguna confusión en sus filas; pero los cuadros no se deshacen ni pierden su brio combutivo.

Entretanto ha sido desbaratado el centro y deshecha el ala derecha: la izquierda comienza a ceder visiblemente y lo que sólo aun queda en pie en medio del general desbarajuste son los *Colorados*, pero ya sus filas han disminuído considerablemente; sobre el campo se ven a los hombres tendidos en hileras manchando la arena parduzca con el rojo vivo de las chaquetas. Uno de sus jefes, don Felipe Ravelo, ha muerto con grandeza heroica a la cabeza de los bravos. El viejo general Juan José Pérez, valiente como ninguno, ha sido derribado de su cabalgadura por una granada y agoniza sobre la caliente arena del desierto. . . .

La confusión se apodera, incontenible. Y Camacho, que ha seguido con intrepidez innimitable todas las contingencias de la lucha, al ver flaquear al ejército de su mando, dá su última orden:

¡Fuego; ni un paso atrás. . . . !

Ya todo es inútil: el empuje chileno es irresistible. Entonces ese bravo dando espuela a su bruto de color oscuro, se lanza en medio de la refriega, loco de despecho y bramando con cólera impotente, con voz rota por el dolor: «¡Qué una bala me mate antes que ver esto. . . .!» Y a poco cae, herido por el casco de una bomba. . . .

Son las 3.30 de la tarde y en el campo quedan 5,000 hombres sin vida. Por el camino de Tacna se alejan Campero y Montero, el primero abrazado de una bandera que ha recogido de manos de una legión boliviana. . . .

Su gesto es simbólico. El viejo soldado lleva consigo un pendón plegado a la fuerza en esas playas donde ya de pronto no volverá a lucir sus colores, porque el arrogante e implacable vencedor, mutilará atrozmente la patria de los libertadores colombianos privándola injustamente de su salida al mar, es decir, de los atributos propios de su soberanía y re-

duciéndola a la condición de un estado vasallo que para comunicarse con el mundo habrá de rendir tributo de acato y sometimiento al señor del suelo por donde tragine, y esto impúneamente y hasta con la complicidad de todos los demás Estados del Continente, fríos y arrogantes ante las inmerecidas desventuras de un pueblo pobre y desgraciado.....

Pronunciada la derrota, Campero no tuvo mas remedio que volver a la patria conduciendo los restos de sus deshechas huestes, ya inútiles para acudir en defensa del aliado porque los chilenos se habían apoderado del Callao e iban camino de Lima, engreídos y victoriosos....

En tanto en Bolivia funcionaba la Convención Nacional donde se había congregado los hombres mas culminantes y representativos del país en aquel momento. Allí había intelectuales de marca, escritores y poetas de prestigio, políticos profesionales, diplomáticos, industriales, y todos se presentaban animados con el vehemente anhelo de reorganizar las instituciones públicas y echar los cimientos de una nueva vida, ya que el momento de la suprema justicia había llegado para la patria que al vengar las ofensas de Chile, sabría presentarse al mundo orlada con el prestigio de la victoria.....

Así discurrían muchos hombres de la Convención, ignorantes de los terribles acontecimientos y ciegamente alucinados con el prejuicio del valor insuperable del soldado boliviano; mas pronto hubo de quebrarse su fe cuando se recibió la noticia del desastre definitivo de nuestras armas en el Alto de la Alianza.....

Aquello fue abrumador. La cámara tomó conocimiento del desastre con el más grande desaliento, aunque, cual era de prever, no faltasen convencionales que sostuviesen que esa prueba sólo serviría para retemplar el patriotismo de los bolivianos. Una derrota, —decían,— no significa nada. Se batirían hasta lo último, en tanto que hubiese bolivianos en el territorio nacional. Y si faltaban elementos, se les encontraría; y si municiones, se fundirían balas con el bronce de los campanarios... .

La oratoria fácil y campanuda, campeó, abundante y llorona, en esos debates tristes; mas los convencionales, animados de sanos y elevados propósitos, inspirados por alta dignidad y un ejemplar espíritu de justicia, raros en el país, nombraron, el 30 de mayo, casi sin discrepancia, presidente constitucional de la república al general Campero cuyo alto patriotismo y pericia militar comprobados no habían podido evitar el desastre.

«En un momento de prueba tan supremo,—le decía en una nota oficial el presidente de la Convención,— el pueblo boliviano se muestra digno y resignado en la desgracia sin perder la esperanza de recobrar el territorio y sus derechos con nuevos y mas grandes esfuerzos de patriotismo. Justo para los defensores de la patria, les conserva intacta confianza. En cuanto a la persona de Ud. la elección de Presidente de la República que ha recaído en ella, después de conocido el desastre y el voto de confianza que acaba de reiterar la Convención Nacional, son los testimonios más solemnes de que Bolivia conoce que ha cumplido usted con su deber. . . .»

Campero llegó a La Paz el 10 de junio al frente de sus tropas derrotadas y sufridas, y el 19 tomó la investidura presidencial organizando a poco su primer gabinete con los mejores hombres de ese momento como Carrillo, Quijarro, Calvo, Salinas.

El nuevo presidente constitucional, hombre de recio temple quijotesco, era partidario decidido de proseguir a todo trance la guerra con Chile. Consiguientemente uno de sus primeros actos fue decretar el estado de sitio para toda la república, como medida necesaria para conseguir contingentes de guerra y otra clase de recursos. Su diplomacia, instruída en sus propósitos, también se movía, como otrora, en los afanes de provocar una confederación de los dos países vencidos, a cuyo efecto los representantes de Bolivia y el Perú suscribieron en Lima el 11 de junio un protocolo en que se echaban bases de aquel grande proyecto, bien pronto discutido con calor en ambos Estados donde halló resistencias tenaces que lo hicieron fracazar.

Por este tiempo el gobierno de los Estados Unidos hizo presente a los países beligerantes su deseo de mediar en el conflicto ofreciendo su intervención para la terminación y arreglo de la contienda. Aceptado el ofrecimiento, los tres Estados nombraron sus respectivos representantes los que se reunieron a bordo del *Lackawanna*, surto en Arica el 22 de octubre de 1880.

Los representantes chilenos, «para no correr el peligro de perder lastimosamente el tiempo» y alentados, como estaban, con sus éxitos militares, presentaron una minuta de condiciones del todo inaceptable, pues pedían, entre otras cosas, la cesión simple de los territorios ocupados, una indemnización de 20 millones de pesos, la abrogación del tratado de alianza defensiva entre el Perú y Bolivia y la ocupación por Chile de las provincias de Moquegua, Tacna y Arica hasta el total cumplimiento de las bases propuestas.

Era imposible aceptar, y así lo declararon los representantes del Perú. Los de Bolivia propusieron el arbitraje de los Estados Unidos, y esta proposición fue rechazada quedando por tanto obstruidas las gestiones el 27 del mismo mes de octubre.

Fracazadas las negociaciones, no le quedó mas recurso a Campero que entregarse a sus tareas de administración pues bien pronto pudo ver embarazados sus propósitos de continuar a todo evento la guerra con Chile, propósitos descabellados si cabe ya que la pobreza del país era espantosa a consecuencia de haberse cerrado tres aduanas, —Arica, Mollendo, Cobija,— que daban fuertes ingresos públicos y se hallaban hoy en poder del enemigo. Además, había escasez de armas, municiones y gente, y, sobre todo, falta de espíritu guerrero en el país, que se sentía abatido y agobiado.

Esta depresión era alimentada por un grupo compacto y diligente de hombres que pedía a todo trance la paz con Chile, y a la cabeza del cual se encontraba el primer vicepresidente de la república, don Aniceto Arce, varón enérgico, nada romántico y que por su profesión de minero industrial es-

taba habituado a ver las cosas en su aspecto real y de utilidad inmediata. Disgustó su propaganda al mandatario, que la consideraba altamente antipatriótica y hasta contraria a los intereses fundamentales de Bolivia, y no tuvo reparos en desterrar a Arce previo el asentimiento de sus ministros y también al periodista don Luis Salinas Vega que desde las columnas acusadoras de *La Patria*, sostenía la política del primer vicepresidente.

El acto, por cierto, era arbitrario.

Arce, en uso de innegables derechos, se había limitado a exteriorizar sus ideas de paz en documentos de carácter privado, que, —al decir de un periódico adicto al gobierno,— sirvieron para dar apariencias legales a su extrañamiento. Era una carta dirigida el 5 de marzo de 1881 a uno de sus amigos de Cochabamba y que al tiempo de cerrarla la había incluido Arce en otra comunicación dirigida al ministerio de Gobierno y en la que, en breves palabras, compendia todo su programa de política internacional:

«Nuestras locuras nos trajeron la guerra, la pérdida del territorio, y todavía vencidos, extenuados e impotentes hacemos ridículas provocaciones para atraer la zafia del enemigo; y todavía más, para alentar el comunismo. La única tabla de salvación para Bolivia es la necesidad que tiene Chile de ponerla a su vanguardia para asegurar sus conquistas. Por eso mismo nuestra actitud debía ser silenciosa, digna y de labor paciente. Esperan la solución en la Convención, creo que ella parirá monstruos...»

Sostener semejante teoría frente al incurable romanticismo del viejo soldado mecido en sueños de gloria, honor y deber, era atacar en su base misma la concepción de su mundo espiritual y descorrer de pronto la trampa que ocultaba el ancho e insoluble abismo que lo separaba de su segundo en el gobierno. Y entonces, perdiendo la serenidad, se apresuró en alejarlo del círculo de influencias en que por su situación oficial se hallaba colocado. Lo desterró sin miramiento me-

dian­te una orden suscrita por su ministro de gobierno don Daniel Núñez del Prado:

«De orden del señor presidente de la república y con el dictamen afirmativo del consejo de ministros, prevengo a usted que dentro del término de quince días desocupe el territorio nacional, debiendo en todo caso, emprender su marcha al tercer día de recibir esta orden....»

Arce, lleno de despecho, no quiso dejar sin respuesta la conminatoria presidencial y publicó en Chile un manifiesto en que explicaba a sus compatriotas las causas de su extrañamiento, hiriendo con frase incisiva la actitud de Campero a quien llamaba «cabeza enferma» y «héroe de teatro» para después hacer ver, con lógica, que la guerra debía tener fatalmente el desenlace que se iba viendo ya que Chile tenía la superioridad de elementos étnicos homogéneos y un nacionalismo firmemente acentuado; en tanto que el Perú era una «nación sin sangre, sin probidad y sin inclinaciones sinceras hacia el aliado» y había pactado la alianza «con el deliberado y único propósito de asegurar sobre Chile su preponderancia en el Pacífico».

Y, en otra parte, es decir, en un periódico chileno que había reproducido algunos ataques a Arce de la prensa boliviana, acentuaba sus puntos de vista sobre los problemas internacionales de Bolivia con una precisión y una claridad que siempre habrán de echarse de menos en tanto que no se solucione el inaplazable problema de un puerto propio para Bolivia. Exponía sus puntos de vista y decía sin ambages esto mismo que ya habían dicho los hombres más eminentes del país, desde los legisladores del año 25:

«La zona que Bolivia necesita y que comprende a Tacna y Arica, no puede decirse que se la arrebatamos al Perú, pues es ya cosa averiguada que Chile se apoderará de ella, y no la devolverá al Perú». «Bolivia sin Litoral corre a su ruina. Morirá ahogada, después de haberse despedazado en convulsiones políticas, presa de la ambición de los infinitos caudillos que tiene.....» «No fui nunca afecto a la alianza, porque

nunca la creí provechosa, ni siquiera conveniente para Bolivia. El Perú siempre se ha esforzado por explotar, deprimir o anular a Bolivia... » etc., etc. (1)

Algunos meses después, el 13 de junio de 1881 se volvía a reunir en La Paz la Convención nacional ante la que el presidente se limitó a pedir consejo sobre la actitud que debía de asumir respecto de Chile. Esa actitud, en su concepto personal, no debía de ser otra que la de guerra y hostilidad a todo trance. Aseguraba que no solamente el honor colectivo, sino el suyo propio de gobernante le aconsejaban insinuar esa política belicosa. La Convención repuso en sentido de mantener el estado de guerra hasta el momento de entrar en alguna negociación honorable con el enemigo, respondiendo así a los deseos del gobernante.

El cual, tan pronto como hubo dejado de funcionar la Convención, encargó la gerencia de los negocios públicos al doctor Belisario Salinas, segundo vicepresidente de la república, y él, en carácter de Capitán General, se puso a la cabeza del ejército en campaña decidido a proseguir la guerra con Chile.

Hábil organizador como era, poco tiempo le bastó para poner en pie de campaña un ejército de 7,000 hombres; más como no le era posible emprender una actitud ofensiva, le fue forzoso mantenerse tranquilo y en espera de los acontecimientos, impotente de resolverlos a su agrado.

Había una razón incontrarrestable para ello: la carencia casi absoluta de fondos en las cajas públicas, y la extremada pobreza del país que ni aun en los momentos de mayor angustia nacional no había podido reunir el millón de pesos que con carácter de empréstito forzoso pretendiera gravar el gobierno la caja de los particulares, lo que realmente significaba, realizado en su totalidad, una contribución bastante onerosa para la fortuna particular, que nunca fue grande en Bolivia.

(1).—S. V. GUZMÁN *El doctor Arce y su rol en la política boliviana. 1831.*

Precisamente en esos momentos un varón estudioso que ha dejado su renombre de sabio en el país, el doctor Agustín Aspiazu, director general de contribuciones en ese año de 1881 levantaba el censo y la estadística de La Paz, la población más próspera de la república, y hacía ver, que siendo mínima la renta de los fundos urbanos, era preciso acudir al campo para obtener en su cultivo grandes rendimientos y una compensación equitativa a los esfuerzos individuales. Y señalaba, con entusiasmo expansivo, la conveniencia de realizar grandes plantaciones de árboles de cascarilla en las regiones de clima apropiado y con objeto, decía, «que esta nueva industria dé mayores caudales que los ricos filones de plata de nuestras cordilleras, que los abundantes veneros de oro de nuestros ríos...»

Sus proyectos para enriquecer espléndidamente a los bolivianos eran simples y estaban al alcance de la más mediana inteligencia; pero sus paisanos echaron en olvido y aún menospreciaron, por tontos, sandios y obtusos, su receta de vida faustuosa para no dejar abandonada la política que también dá de comer, pero pobremente, con mesura y parquedad.

«En una legua cuadrada, —decía gravemente el sabio,— entran cómodamente 2,000,000 de árboles. Supóngase que al cabo de 30 años todos los quinales juntos de Yungas, Muñecas y Larecaja sólo equivalgan su superficie a una áerea cuadrada de a cinco leguas por lado; resultan 50,000,000 de árboles que a razón de 20 \$ fuertes representan el capital de un millar de millones de pesos fuertes o, en otros términos, *mil capitalistas con un millón de bolivianos cada uno...*» (1)

«La pobreza, —decíamos en otro libro,— es la condición natural de los individuos, y esto hasta el punto de poder asegurarse que en Bolivia no hay ricos en la verdadera acepción de la palabra y a la manera de los ricos de otros pueblos. Ninguno de los considerados así, tiene un millón de renta

(1).—AZPIAZU. *Informe del Director General de Contribuciones, 1881.*

anual. (1) Generalmente al poseedor de 200,000 pesos de *capital*, se le considera, mediante un fenómeno imaginativo común en nosotros, *millionario*; y no se observan esos contrastes que incitan antipatía en las clases desheredadas, fáciles en idear medios de equivalencia por lo común arbitrarios, y, de consiguiente, no existe ni remotamente el conflicto de capitales tan inseguro de resolverse. Todos los que trabajan, aún los indios, tienen algo; y bien se podría establecer cierta graduación, siguiendo el lenguaje común, hábil y explicativo. Y sería como sigue:

Potentados	8	a	10.000,000 de capital
Millonarios	1	a	2.000,000 „
Ricos de primera clase. . .	100	a	500,000 „
„ segunda clase.	50	a	100,000 „
„ tercera clase.	20	a	50,000 „
De regular fortuna	15	a	30,000 „
Que tienen con que vivir	8	a	15,000 „
Pobres	2	a	5,000 „
Pobrísimos (2).			000 „

Ahora bien, entre las naciones del viejo Continente civilizado, Francia es, como se sabe, el país en que los capitales privados se conservan, acumulan y crecen con más regularidad que en ningún otro país del mundo por las cualidades previsoras y ahorrativas de la raza, que es una de las características del genio galo. Y en Francia, con una población de cuarenta millones de habitantes, sólo existen mil personas con una renta de 200,000 francos anuales; 350 con renta superior a 500,000 francos y 120 con más de un millón de beneficios anua-

(1).—Esto se decía en 1909; mas de entonces a la fecha han variado mucho las cosas, sobre todo durante la gran guerra, que es cuando se improvisaron fortunas, y hoy cuenta el país con varios potentados, alguno de los cuales, como el señor Patifio, dispone de una renta superior a la de la nación, fenómeno acaso único en los tiempos modernos.

(2).—ARGUEDAS. *Pueblo enfermo*, 1909.

les (1). Y Francia es foco de civilización y cultura.

Mil capitalistas nacionales con un millón de bolivianos cada uno, que es lo ménos que a la fecha contaría la nación, si se hubiese oído a su tiempo los consejos del sabio Aspiazu, habrían hecho hoy del país uno de los más prósperos, más felices y mejor organizados del mundo.

Sólo que, el yerro comenzó con el mismo sabio, que teniendo recetas para labrar la felicidad de los otros, desdendió heroicamente pensar en sí mismo y en los suyos, pues murió pobre y acaso en la indigencia, como tantos otros.

En esta situación de espera angustiosa e incierta volvió a reunirse el congreso de 1882, dividido ahora en dos cámaras, que fue la novedad de esa legislatura.

Legalmente este congreso debía de estar dirigida por el primer vicepresidente, don Aniceto Arce, desterrado, y, a falta de éste, por el segundo, que ejercía funciones de presidente de la república, todo lo que determinó a nombrar un presidente electivo que recayó en la persona de don Mariano Baptista, proeminente figura que de tiempo atrás venía imponiéndose al respeto y a la admiración de sus conciudadanos por la belleza incomparable de su palabra y su actitud siempre decidida en pró de las libertades públicas.

Es en este congreso que comenzaron a delinearse con rasgos propios los únicos partidos políticos que se presentaron en el campo de la discusión llevando principios, y nó, cual hasta entonces aconteciera, el nombre mas o menos prestigioso de un caudillo. Los congresales se dividieron en dos grupos de tendencias opuestas y aún antagónicas ligadas al conflicto tan desgraciadamente solucionado en los campos de batalla internacional: los partidarios de la paz con Chile, a todo trance, y de la guerra sin reposo. Los unos se llamaron después conservadores y liberales los otras.

Los debates de estos dos grupos fueron apasionados y

(1).—D' AVENEL *Découvertes à l'Histoire sociale*, 1917.

vehementes. Campeaban en sus robustas filas hombres de alto valor moral, inteligentes, patriotas y enérgicos. Allí, al lado de los conservadores dirigidos por Baptista, estaban José María Calvo, Belisario Boeto, Miguel Taborga; del lado liberal luchaban con talento y valentía José Rosendo Gutierrez, Julio Méndez y otros y «eran, —dice Paz,— los campeones que se medían en todos los debates y arrastraban a los demás como impulsados por un torbellino» (1)

Es en uno de los debates de este congreso suscitado sobre dualidad de gobierno, dado el rol que por el instante desempeñaba el presidente, que Baptista pronunció, respecta al litigio con Chile, la terrible y pobre frase que ha justificado después todas las desmembraciones del territorio patrio y ¡extraña cosa! que ha sido cogida primero por bandera y abandonada luego como un peligroso obstáculo por los dos partidos:

«Cuando pensamos en la cabaña incendiada, en la virgen violada, en la aldea arrasada, entonces decimos: esto vale más que líneas geográficas, más que territorios: sacrifíquense grados, pero sálvese la familia boliviana.....»

Este criterio, con aires de más precisión y ajustado a las tendencias oportunistas y prácticas del momento, fue aceptado por el partido de la paz, incesantemente vigorizado por la propaganda de Arce cuyo temperamento flemático le pedía aconsejar la ventajosa e inmediata solución de todo asunto externo por vinculado que se hallase a los vitales intereses de una colectividad.

Sólo que de semejante criterio se apartaba mucho el partido de gobierno y hasta la masa popular, a la que fácilmente se le podía hacer ver el lado ingrato que entrañaba poniendo en juego la integridad del territorio patrio, por mucho que fuese problemática su defensa.

Pero quien sobre todo no quería verlo así, era el gobernante, animado como se hallaba de un generoso sentimentalismo.

(1).—LUIS PAZ. *El gran Tribuno*.

mo internacional. Tenía conceptos demasiado rígidos sobre el honor colectivo, que lo asimilaba en todo al honor individual. Y ese honor, así tan fantásticamente exaltado en un medio donde mas bien parecía primar el avisado sanchopanismo, le vedaba en absoluto, como hombre y como gobernante, el entenderse en cualesquiera formas con el enemigo, mucho más sí, como era tendencia de la generalidad de los pacifistas, se pretendía entrar en connivencia con el vencedor para dejar aislado al amigo de ayer, cuyo suelo, estaba dominado por la invasión.

Dos años después, en su *Mensaje especial* dirigido al congreso, de 1884, decía retirándose a estos puntos con esa generosa ingenuidad que era uno de los rasgos más simpáticamente característicos de su persona:

«Profeso es verdad, sinceramente, la doctrina de que la ley moral, que rige las acciones del individuo, rige también las de toda agrupación humana, llámese familia, comunidad religiosa, sociedad industrial o de comercio, compañía colectiva o Estado.

«Lo que es justo, verdadero, bueno y honrado para el individuo, considero que lo es igualmente para la colectividad; lo que es injusto, falso, malo y deshonesto para una persona, lo reputo asimismo para una nación.

No era menos explícito tratándose del Perú.

«Abandonar al Perú en los supremos momentos de angustia, cuando exhalaba sus últimos alientos, bajo el peso de todas las calamidades acumuladas por la guerra, y entrar por nos otros solos en acuerdos con el enemigo común, y nada menos que para cooperar a la consumación del sacrificio a mutilar el territorio peruano y tomar en nuestro provecho un pedazo de él, como gaje de infidelidad, habría sido un proceder sin nombre, un enorme crimen, sin precedentes en la historia, que habría manchado para siempre la pureza de nuestra bandera, y precipitado a Bolivia en el abismo del deshonor ante propios y extraños»

Semejante criterio tenía necesariamente que verse colo-

cado en opuesta contradicción con el de su primer vicepresidente. Según el testimonio de don Mariano Baptista, muy desde un comienzo entre estos dos hombres comenzaron a acentuarse diferencias de opinión respecto a la cuestión principal en esos momentos y a todas las demás que con ella se relacionaban. Así, por ejemplo, al dejar Campero la presidencia para asumir el mando general del ejército en campaña y asumir dualidad de funciones que sería objeto de ardientes debates en este congreso de 1882, había propuesto Campero a Arce lo siguiente:

«Usted Presidente y yo general en jefe del ejército» El señor Arce contestó: «No quiero responsabilidades a medias: o toda o ninguna. Yo presidente de la República, podría decir a usted: no necesito sus servicios de general en jefe, y lo separaría del ejército: usted vendría y me retiraría de la silla presidencial».

De tal manera pues que la división de los dos grupos inspirados en la posición antagónica de los dos hombres que los representaban en el parlamento, no debía dejar de producirse y manifestarse en todas las situaciones, bien que, en los comienzos, el grupo de Arce fuese «minoría insignificante».

Con todo, ese grupo, al lanzar el nombre de su jefe para la primera vicepresidencia había declarado expresamente en su *Manifiesto* de 10 de mayo de 1880:

«La necesidad más acentuada de la república es hoy el imperio del orden civil en todas las arterias de la vida pública: sólo a la sombra de una paz benéfica y bienhechora puede fecundar el campo de la libertad y dar frutos de progreso: la paz como resorte de toda acción saludable: la paz en el poder, la paz en la obediencia, la paz en todas partes. El país no quiere ni puede querer un gobierno batallador que con la punta de la espada levante la preponderancia de un partido beligerante».

Consecuente era por tanto este grupo al perseguir los anhelos que había manifestado para tomar una participación directa en el poder, y bien pronto su insignificante minoría del comienzo fue engrosando hasta llegar a imponer poco a poco

los principales puntos de vista de su programa como ineluctable necesidad del país, hasta que el mismo gobierno, ante los fracasos de su política guerrera, hubo de llamar al segundo vicepresidente de su destierro.

Entonces se encontraba Arce en Europa y volvió al país a mediados del año 82. Inmediatamente fue llamado a presidir las sesiones del Senado; pero Arce no quiso ingresar a la cámara y presentó la renuncia de su cargo alegando motivos de decoro político. Para desagraviarlo, el senado le dió un voto unánime de amparo y Arce fue a presidir las sesiones del congreso de 1883.

En 1884 debían de verificarse las elecciones presidenciales y las ceremonias de la trasmisión legal, y con tal motivo los grupos antagónicos se esforzaban por conseguir mayor número de adeptos a su causa.

Esos grupos comenzaron a tisonomizarse en sus caudillos en el curso del año 1883 en que apareció la candidatura presidencial del acaudalado industrial don Gregorio Pacheco, lanzada en Sucre y Cochabamba. Los liberales estrecharon sus filas en torno de don Eliodoro Camacho, el militar de mayor prestigio entonces por su actitud gallardamente desinteresada en los últimos acontecimientos políticos, y por su heroico y denonado comportamiento en el combate del Alto de la Alianza.

Poco después se lanzó la candidatura del tribuno don Mariano Baptista «suscrita por un reducido pero selecto grupo de ciudadanos» — cuenta un periódico. Uno de ellos, don José Rosendo Gutiérrez, en carta pública dirigida a Camacho, le instaba a este, invocando sus reconocidos sentimientos de generosidad y desprendimiento, plegarse con todos sus adeptos a la causa del gran tribuno; pero Camacho rehusó dar ese paso. «Había, —dice Camacho, —ya avanzado mucho en el camino de los compromisos con el naciente grupo liberal, para que ese movimiento de conversión no se calificase como un vil manejo que atrajera sobre mí el desprecio de la sociedad».

Esos tres grupos luchaban sobre la base íntima y profundamente sentida, de que era menester conservar a todo

trance el orden público ahogando si posible para siempre los gérmenes revolucionarios que tan de lo hondo habían comprometido la propia estabilidad del país. «Viva el orden, abajo las revoluciones!»— era el lema inscrito en la bandera del partido liberal.

En una entrevista política sustentada por dos altos personajes de la hora, Arce y Camacho, éste, como representante y personero del partido liberal, declaró categóricamente a Arce:

«Cualquiera que sea el partido que triunfe no me alarma en nada, en tanto que esa victoria no sea el resultado de un golpe de mano, de una revolución que mataría a Bolivia».

Y añadía con singular franqueza:

«Tengo la gloria de haber ofrecido a mi patria la práctica del gran principio de quien derroca a un mal gobierno, no por eso tiene título para subrogarle en el puesto. Quiero ahora practicar este otro que será no menos fecundo: El jefe del partido vencido, debe ser el primero en acatar a su rival victorioso en la lucha electoral, sea quien fuere este».

Con semejantes honradas declaraciones, que por primera vez se hacían en la política boliviana, Arce, que por convenio con Baptista y su grupo patrocinante, había llegado a sustituir a éste en la candidatura presidencial, se entregó de lleno a sus trabajos electorales imitando y aun aventajando a Pacheco en los procedimientos desgraciados que comenzaba a usar y que pronto se generalizarían en las prácticas democráticas del pueblo boliviano.

«Don Gregorio Pacheco, hombre *nuevo* como le llamaban sus parciales, es decir, hombre sin historia, se presentó proclamando la *fusión* de todos los círculos militantes mediante el *olvido* de nuestras rencillas intestinas y quizás del olvido de nuestra historia»; pero como no tuviera antecedentes políticos que hacer valer, acudió al apoyo corruptor del dinero, hasta entonces arma poco menos que desconocida entre los bolivianos.

Los grupos actuantes se alarmaron, sobre todo el de don

Mariano Baptista, que hubo de convenir que a despecho del innegable prestigio y de los reales merecimientos de su candidato, se hacía indispensable sustituirlo con otro que pudiese contrarrestar en igual forma los procedimientos del afortunado minero.

Y surgió el nombre de Arce.

La lucha entre estos dos hombres casi igualmente ricos y que se profesaban una profunda enemistad, se llevó a cabo en el terreno de las transacciones comerciales. Al cheque pachequista, al decir de entonces, se opuso el cheque arcista, al billete pachequista el billete arcista.

«Quiere oponer,—había dicho Arce, según testimonio de Lemoine,—la plata a la plata y el cheque, al cheque, para combatir esa candidatura que agrupa en su rededor la turbias masas, los restos de antiguos despotismos y tradicionales tiranías».

«Se vieron entonces,—agrega,—prodigios de corrupción». Ambos candidatos convirtieron las elecciones «en estrepitoso remate de votos. Constituyeron agencias públicas de rescate de sufragios. Se veía en ellas una mesa, sobre la que se alzaba, al resplandor de una lámpara, un Cristo rodeado de talegos de plata. . . . » (1)

Semejantes procedimientos no podía ver con agrado Campero, tan celoso por el juego de las instituciones libres y de la honradez republicana.

Tan grande fue su decepción, que tuvo, en su propio decir, impulsos de dar un golpe de estado para poner pronto y eficaz remedio al mal; pero fue más fuerte en él el respeto al libre juego de las instituciones. «Vistos,—dice,— los trabajos ilícitos que se empleaban para desvirtuar el libre sufragio y el inminente peligro que corría la república; me asaltó el pensamiento de anular los votos por un *golpe de estado* y convocar a

(1).—*Biografía de Camacho.*

la nación a nuevas elecciones, como medio eficaz de cortar el cáncer».

Inmediatamente de concluido ese congreso del 88, los grupos políticos en que se encontraba dividido el país se entregaron con más decisión que nunca a sus trabajos electorales bajo la absoluta presidencia del mandatario, no obstante su disgusto por los manejos de los partidos demócrata y conservador, representados por Pacheco y Arce, que ponían en juego, cual ya se dijo, sus colosales fortunas en el deseo immoderado de ganar la presidencia, y ante las cuales se doblegaban las más firmes caracteres, produciendo un relativo vacío en las filas del candidato liberal.

«Sus filas,—dice justamente Lemoine,—en un año de esa lucha, habían sufrido desmembraciones. Periodistas, diputados, etc., se dejaron traticar. Hubo algunos que después de venderse públicamente a Pacheco, se pasaban a Arce por mejor precio, y viceversa . . . »

Naturalmente el fruto de las elecciones debía responder a la situación misma creada por los partidos, y así los trabajos que estos emprendían eran de hacerse concesiones equitativas y marchar unidos contra aquel que presentase mejores puntos de semejanza, y los cuales ya podían deslindarse del programa mismo de sus caudillos.

El partido liberal, por boca de su jefe, Camacho, sostenía, ante todo, la necesidad imprescindible de fundar partidos que tuviesen base de principios y no el afecto a las personas: anhelaba, como uno de sus fines inmediatos y trascendentales, la libertad y pureza del sufragio y la integridad del territorio nacional. El lema de su programa, ya se había hecho popular: «¡Viva el orden, abajo las revoluciones!».

El lado fiaco en este partido y que fue admirablemente explotado por los adversarios, era que para aspirar al poder llevaba como candidato a un militar, siendo así que la tendencia común, el anhelo vivamente sentido por todos, era acabar ya con las candidaturas militares, forjadas las más en los cuarteles y las cuales habían conducido al país al triste y lamentable esta-

do en que se hallaba, pobre, sin recursos, desprestigiado en el exterior, sin cultura pública, sin caminos ni vías de comunicación, sin hábitos de trabajo ni iniciativas, en la ruina más espantosa, en fin.

El programa de Pacheco contenía los eternos lugares comunes de todos los caudillos improvisados y fatalmente mediocres, que son impotentes para construir cualquier cosa y que se fían de las frases sin sentido humano pero manoseadas en política. Pacheco anhelaba el impulso de la instrucción que «abra las inagotables fuentes de la industria y del progreso» y el santo reinado de la confraternidad nacional. «Que nuestra hermosa tricolor, —decía chabacanamemente,— cobije a los bolivianos sin preferencias ni exclusiones apasionadas, con amor y justicia para todos, sin odio ni rencores para nadie...»

Hasta cierto punto Pacheco estaba obligado a proponer este tópico como punto fundamental de política, ya que se hallaba dirigido y rodeado por dos hombres de antecedentes nada honorables en política, don Casimiro Corral y don Jorge Oblitas, ambos dos en extremo ambiciosos y de una grande pobreza espiritual, los dos nutridos con todos los lugares comunes de la filosofía política de moda, inconsecuentes ambos, vulgares en aspiraciones los dos.

El programa de don Aniceto Arce era preciso y encuadraba con el tono general de la época y el temperamento realista de su autor:

«Educado en la escuela del trabajo, —decía Arce,— mi solo anhelo consistiría, si llego al poder, en organizarlo y protegerlo, cambiando por completo la faz económica del país por medio de la industria sin trabas y el establecimiento de vías de comunicación que aproximando los pueblos de la república entre sí, los unan a las naciones que no son limítrofes».

Este programa no respondía a la preparación moderna del país, todavía inhabilitado para apreciar sus alcances. Además, ante los ojos del pueblo, Arce era la encarnación viva de la paz con Chile aun a costa de cesiones territoriales. En cambio llevaba en su abono la circunstancia especial de que conta-

ba con el apoyo firme de don Mariano Baptista, quien, con asombrosa habilidad, sabía evitar toda suerte de embarazos y enredos.

Llegado el momento de las elecciones, el resultado de ellas fue una gran decepción para los grupos que habían actuado porque ninguno alcanzó el número suficiente de votos para ver proclamado presidente a su caudillo. Según el cómputo efectuado por el congreso, Pacheco tenía 11,760 votos; Arce, 10,263 y Camacho 8,202. Había llegado, pues, el caso de tener el congreso que elegir presidente de la república para el período de 1884 a 1888 inclusive.

Entonces los políticos profesionales comenzaron a moverse afanosos con objeto de encontrar una solución ventajosa que satisficiera sus aspiraciones.

Méúdez, líder liberal, propuso que su partido se ligase al demócrata encabezado por Pacheco y con el que su partido parecía tener mayores puntos de aproximación; pero sus gestiones resultaron estériles por el despego de Camacho que no mostró la suficiente diligencia para entrevistarse con Pacheco.

Baptista fue el personero de Arce, y puso todo su empeño en buscar a su partido un apoyo que lo fortificase, y también pensó en el partido demócrata, que, como se ve, era como piedra angular en ese momento histórico. Y es que Baptista, hombre, ante todo, de ideas católicas profundamente arraigadas, veía con suma desconfianza y marcada prevención las tendencias reformistas del grupo creado por Camacho, con todo de ser moderadas y no salir del férreo molde de la tradición católica.

Sólo que había un serio obstáculo a esta fusión; la enemistad ardiente de los dos jefes, que alguna vez había pretendido exteriorizarse en lamentables vías de hecho . . .

Pero no desmayó Baptista. El profundo conocimiento de su medio le había enseñado que, ante conveniencias traducidas en dinero o posición, los hombres deponían malquerencias, renegaban afecciones y rompían ligaduras intelectuales. . . .

«En mayo del 84, Pacheco se dirigió a Sucre con una larga comitiva de adherentes. El 4 de julio hizo su solemne entrada allí, donde se hallaba el señor Campero, pronto a instalar el congreso, compuesto de liberales en mayoría relativa».

La ciudad se mostraba alborozada y riente. Hacía diez años que los congresos funcionaban fuera de sus muros, y era grande su nostalgia por oír la palabra de los tribunos, grato solaz de las turbas indolentes y desocupadas.

Instalado el congreso, el general Campero dio lectura a su último mensaje presidencial, curioso documento que retrata con exactitud al hombre llano, casi candoroso, de buenos impulsos generosos, siempre listo a emprender campañas en defensa del honor caballeresco, honrado a carta cabal, probó hasta la inverosimilitud, algo ignorantón en conocimientos generales.

Parco y breve respecto al detalle de las obras de utilidad pública realizadas durante su gobierno, era prolijo en relatar las emergencias de la guerra, y, sobre todo, al enunciar sus ideas respecto a la marcha de los negocios públicos que él había tratado de conducirlos inspirándose siempre en las severas y purísimas enseñanzas del Gran Mariscal de Ayacucho, «a quien,—decía,—he procurado imitar en lo posible, como el discípulo imita al maestro...»

Era una de sus más simpáticas obsesiones y la revelaba privadamente en la dedicatoria que para sus amigos ponía en la primera página de este último mensaje: «Al señor D. Manuel C. del Carpio, en el 92º aniversario del natalicio del Gral. Sucre que enseñó con el ejemplo la verdad republicana y el sincero amor a la patria...»

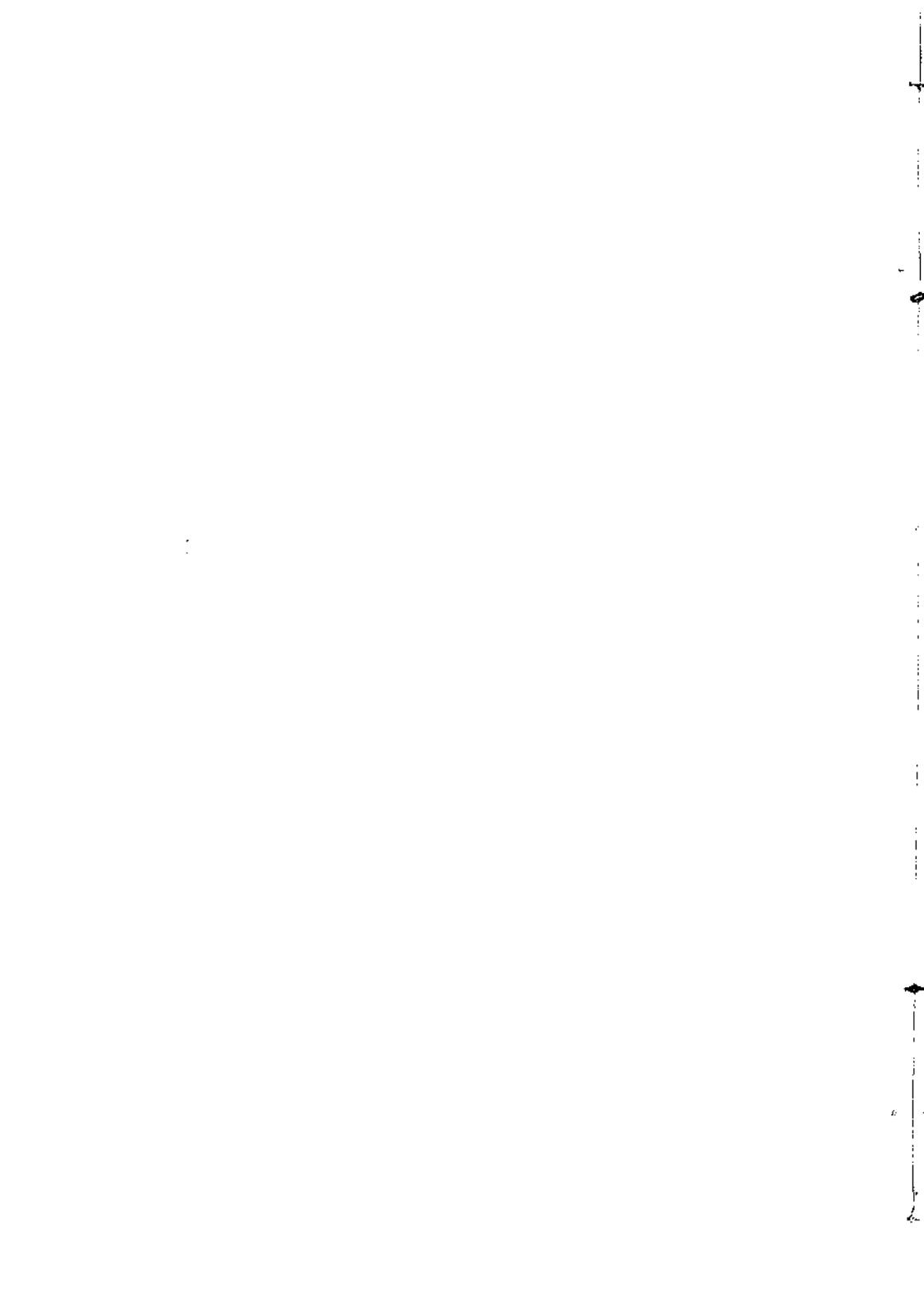
En las combinaciones políticas de este congreso, «la habilidad de Baptista se impuso»—dice Carrasco, porque logró poner de acuerdo a los candidatos enemigos, Pacheco y Arce, haciendo que éste renunciase su candidatura y se plegase con los suyos a la de Pacheco.

El golpe fue rudo para el partido liberal; mas como ha-

bía consignado en su programa el respeto incorruptible al orden, hubo de someterse a la ley de la mayoría que parecía alejarse del partido camachista, moralmente apoyado por el virtuoso Campero.

LIBRO SEPTIMO

La Política Conservadora



CAPITULO I.

El «hombre nuevo»—Lo dirigen Oblitas y Cerral.—Biografía de Pacheco. Se firma del Tratado de tregua con Chile.—Penosa situación económica del país.—Crece la agitación política.—Desarrollo de la prensa.—Sus características.—La despensa barata.—Cómo se viajaba.—La vida social.—El afán de las diversiones.—Oblitas sugiere la unión de demócratas y conservadores.—La representación diplomática de Arce en Europa.—La compañía de Jesús interviene en política.—Se lanza la candidatura presidencial de Arce en 1887.—Los liberales lanzan la de Camacho.—Cuestión judicial Campero-Pacheco.—El escándalo público.—Conferencias de Páris.—Ingénua proposición de Camacho.—Elección de Arce y protestas que provoca su triunfo.

Hombre nuevo le llamaban sus partidarios a Pacheco, como los suyos a Córdova, dando a entender que se encontraba libre de las influencias políticas del medio, perniciosas en su concepto; pero la frase, en su estricta significación, resultaba cierta, pues en verdad Pacheco era nuevo en la política donde sólo había actuado pasajera y sin el menor lucimiento.

Arrancaba su prestigio tan sólo de su significación industrial y de los fuertes caudales que lograra reunir en años de ruda labor minera; mas ante los ojos de las masas, hechas a

la mediocridad de un medio pobrísimo en recursos, su personalidad adquiriría caracteres seductores e invencibles.

Esas masas estaban dirigidas por dos hombres hábilmente ejercitados en el empleo de ardides que respondían a la íntima aspiración de sus deseos. En su hora habían llegado a ser como el refugio de las ilusiones populares, cuando se creía que era llegado el momento de buscar cambios salvadores para la institucionalidad del país, comprometida, según ellos, por la honradez de los anteriores gobiernos legítimos de Ballivián y Frías.

Oblitas y Corral, los consejeros, eran consumados tauturgos en política. Conocían sus más recónditos resortes y gozaban del triste privilegio de salir airosos de toda situación, por comprometida que se presentase.

Pacheco echó mano de estos hombres y los tres alzaron como enseña el pendón de la democracia, que ellos confundían con la ologracia o sea el culto de los bajos fondos y de la chusma, de que tan admiradores se mostraban todos tres; pero hubieron de disfrazar su culto bajo la promesa de tender a la concordia nacional haciendo que los partidos llegasen a deponer sus diferendos en pro de la felicidad de la patria.....

Estos conceptos, vagos en su esencia pero siempre de gran prestigio para las masas iletradas, aparecían frecuentemente en los documentos privados y públicos de Pacheco, en sus discursos y en todos los actos de la vida oficial que él sabía rodear de un esplendor muy en armonía con su concepción del mando y del prestigio gubernamentales en que los mandatarios han de hacer acto de presencia.

Se cuenta a este propósito que cuando la preparación de su candidatura presidencial y ante la zaña con que era combatida por la prensa adicta a Arce, un amigo suyo, al ser testigo de sus afanes, disgustos y desvelos hubo de preguntarle la causa de tanta agitación y de tantas amargas horas cuando sin necesidad de llegar a la presidencia podría hacer siempre una culminante figura, dadas sus favorables condiciones de fortuna.

A lo que repuso Pacheco, con la mayor ingenuidad, que

era por la fruición de lucir el uniforme de capitán general y desfilas, ginete en su caballo blanco, frente a las tropas aliñeadas. ...

El mismo día de su investidura oficial que pasó, según testimonio de uno de sus más adictos partidarios, sin «ninguna manifestación del pueblo aletargado», Pacheco lanzó proclamas al ejército y a la Nación en que prometía gobernar huyendo del sistema de los encasillados políticos; mas si bien parecían loables sus intenciones, le faltaban condiciones morales e intelectuales para cumplirlas.

Había nacido Pacheco en un pueblecillo del departamento de Potosí en 1823, de padres pobres y humildes, y, desde muy temprano, vióse constreñido a trabajar con rudeza para poder vivir honestamente.

Favorecido por la suerte en las explotaciones mineras a las que consagró su juventud laboriosa y tezonera, creyó, una vez ya rico, que contar con dinero en abundancia era título suficiente para aspirar a la posición de los honores y preeminencias del poder político, por mucho que los afanes del lucro positivo e inmediato lo alejaran de la reflexión sostenida y del estudio paciente y laborioso. Pacheco era hombre vulgar en sus gustos, ordinario de temperamento pero con alguna inclinación a los actos de filantropía ejecutados mas por propia vanidad que por amor desinteresado del bien y de la piedad. Era ostentoso y ensimismado; pero sabía dar apariencia de naturalidad a sus actos rodeandose así de una popularidad fácil, muy en armonía con sus aspiraciones, horrendamente limitadas.

Como su exaltación al poder suscitara marcada desconfianza en el partido liberal y aun en el suyo propio, caso de realizar la fusión invocada como punto de apoyo de su programa político, quiso, desde un comienzo, marcar sus actos con sello de ecuanimidad y dio un decreto de amnistía general y constituyó su gabinete llamando a colaborarle a los hombres más destacados de los dos partidos fusionados, sin excluir a los del liberal, muchos de los cuales entraron a desempeñar cargos diplomáticos de importancia. Además, y aleccionado por la hu.

millante experiencia de casi todos los gobiernos anteriores, vió que el ejército, afiliado a la causa liberal en su mayoría, podría llegar a constituir un peligro para su gobierno y se dió a la ingrata tarea de ganarlo con concesiones que minaron la base de su moralidad y disciplina, todavía vacilantes.

«Desmoralizó,—dice uno de los impugnanadores de su gobierno,—al ejército con una temeridad pasmosa, halagando las pasiones de sus soldados, a quienes visitaba en sus cuarteles sin la presencia de los jefes y oficiales, promoviendo la insubordinación contra estos y fomentando acusaciones en cartas secretas, que aconsejaba le fuesen dirigidas por los soldados y rabonas, en caso de malos tratamientos por parte de sus superiores. Mandó introducir presentes y dádivas de fruta a los cuarteles, fomentó el espionaje, se hizo compadre de los soldados; y contrariando las órdenes de algunos jefes, autorizó el uso de las bebidas alcohólicas, mandándolas muchas veces él mismo, como obsequio a los que llamaba sus hijos....» (1)

El congreso de este año de 1874 tomó como principal objeto de sus labores la aprobación del Tratado de Tregua con Chile suscrito en Santiago por dos representantes diplomáticos de Bolivia.

Ese tratado, al dar por fenecido el estado de guerra, fijaba los límites territoriales entre ambos países «desde el paralelo 23 hasta la desembocadura del río Loa», y comprendía la costa íntegra boliviana. ... Además, los productos de ambos países debían de gozar de toda suerte de franquicias, cayendo de este modo Bolivia en plena dependencia económica ya que, siendo pocos y escasos sus artículos de exportación, se veía forzada a recibir los chilenos que representaban un mayor volumen y no guardaban relación con los bolivianos.

Fue el solo acto verdaderamente trascendental realizado bajo el gobierno de Pacheco, conocido en la historia como uno de los más infecundos en los pueblos de América.

(1).—*El Gbno. Arce y la revolución de Septiembre, etc.*

Los mensajes presidenciales de Pacheco, son el prototipo de esos documentos sin valor de veracidad en que los gobernantes criollos se placen por lo común en hacer gala de su fecunda actividad administrativa, muchas veces imaginaria. Su vacuidad es desconcertante. En ellos apenas se hace mención de algunas obras públicas de escasa o mínima utilidad, tales como la apertura de ciertos caminos que después se perdieron por falta de cuidados, o, con frase hinchada, se loa la trascendental labor de unir «por medio del telégrafo,— como dice,— la ciudad de La Paz con Puno, Arequipa, Mollendo y el resto del mundo civilizado . . . »

El lo que más bien puso verdadero empeño patriótico y estuvo realmente inspirado Pacheco, fue en perseguir, aunque inútilmente, que las cámaras legislativas, en vez de efectuar anualmente sus reuniones, lo hicieran cada dos años; pero, en rigor, resultaba ingenuo su lenguaje sobre la materia, ya que, desde los comienzos mismos de la nacionalidad, venía resultando la diputación para los verbosos e intrigantes una inapreciable ventaja económica y que con el tiempo llegaría a degenerar en el verdadero profesionalismo político, hoy la más saltante característica del país.

En su mensaje presidencial al Congreso de 1885, decía:

«No terminaré este informe sin llamar vuestra ilustrada atención sobre la inconveniencia de las sesiones anuales del Congreso, no sólo porque os impone el penoso deber de reunirnos cada nueve meses, atravesando largas distancias, sino también por el crecido gasto de 116,527 bolivianos con que cada legislatura reagraba la penosa situación del Erario . . . »

El 1886 insistía en su propósito recordando a la cámara haber quedado pendiente su proyecto de reducir a bienales las reuniones del congreso; en 1888, por fin, último año de su mandato presidencial, circunstancia que «sin ningún interés político en el presente y sin aspiración alguna personal para el porvenir» le ha de permitir usar «ingenuamente el severo lenguaje de la verdad», volvía a señalar como indispensable y de gran-

de trascendencia política la reforma constitucional en este sentido.

Nada pudo conseguir, por cierto, pues mucha gente vivía del congreso y la reforma habría dejado sin ocupación lucrativa a las eminencias de parroquia, sin embargo de que ese era precisamente el momento propicio para cortar casi de raíz el mal político, porque, como lo decía el presidente, la situación económica del país era angustiosa. El tesoro público se hallaba en su última expresión de agotamiento y desequilibrio pues los ingresos que ascenderían, en concepto del congreso, a 3.100,000, Bs. en 1887 no podían cubrir los gastos generales de la administración calculados en 3.355,813 resultando una diferencia de 345,632 Bs.

A lo que más bien se redujo la administración Pacheco es a activar más, si cabe, las agitaciones de la vida política.

El partido liberal, profundamente disgustado con la derrota, extremaba sus trabajos para conseguir mayor número de adherentes en vista de las futuras elecciones presidenciales. Pero el obstáculo que encontraba este partido para realizar sus fines, era el entusiasta aporte de Baptista al partido de la paz o conservador, aporte considerable por el ascendiente indiscutible de palabra y actitud que ejercía el gran orador sobre la opinión de su país.

Baptista era hábil conocedor de la índole de su pueblo y se mostraba muy perito en el manejo de los hombres. Al pueblo sabía subyugarle con el brillo cegador de su labia, fecunda, innagotable, riquísima de sonoridad, prodigiosamente efectista; los hombres le seguían por la flexibilidad de su trato, sus galantes maneras y la severidad prestigiosa de su vida consagrada a la defensa de las libertades públicas y al absoluto imperio de la maltrecha Constitución. Como presidente de la cámara de diputados, cuerpo esencialmente político, su sol era decisivo y debía, por tanto, influir grandemente en la orientación de los grupos políticos formados hasta entonces al calor de las simpatías personales pero que ya comenzaban a deslindarse persiguiendo, aunque vagamente, puntos generales de doctrina.

Esta indeterminación de principios favorecía, hasta cierto punto, la conducta fluctuante de los adeptos a los grupos contendientes que iban de uno a otro, al grado de sus simpatías o de sus conveniencias puramente personales, sin sufrir torturadoras vacilaciones, ya que no siempre los escrúpulos morales fueron, ni son todavía, la bella característica de las gentes que ponen su actividad al servicio de una causa.

Para explicar estas andanzas sin pudor, un periódico de La Paz, *El Municipio*, decía que el partido civilista y el liberal tenían puntos de contacto y que por eso sus adeptos perigrinaban de un grupo a otro, «en pos de una persona».

«Aceptamos,— agregaba con magnífica frialdad,— sólo para distinguir el nombre de constitucional que se da ahora al otro partido. Entre los sostenedores de este, no todos profesan la doctrina conservadora, hay muchos liberales: unos y otros han formado dos fracciones, alistándose una alrededor de Arce y otra a la de Camache, sin que falten demócratas que se han enrolado en ellas» . . . »

Todas estas cosas, profundamente sintomáticas, se escribían sin escrúpulos y en torno de ellas levantaban los periódicos castillos de teorías, o, mejor, de frases vistosas y cuyo colorido ocultaba no tanto la pobreza de pensamiento como la poca sinceridad de las intenciones.

Porque, y aquí otra actitud ejemplar de Pacheco, los periódicos, dejados en completa libertad para discutir doctrinas y personas, comenzando por la del presidente, se entregaban a un derroche pasmoso de locuacidad y de equilibrio de lógica para defender los puntos contradictorios de actitud que en el espacio de pocos años se vieran obligados a tomar los más culminantes personajes de todos los grupos merced a esa su indeterminación de programas. Los mismos periodistas y gentes de letras carecían de una orientación ideológica aunque siguiesen con fervor de adeptos a sus caudillos, viéndoseles pasar con desparpajo de un campo a otro en esa hora triste y grave de las cotizaciones que comenzaba a abrirse, brillantemente, en el país.

Es de advertir que recién en este período los papeles diarios adquieren corte moderno y penetran en la vida social tratando de ensanchar los cerrados horizontes de su cultura, pues están mejor presentados, registran noticias del resto del mundo y reciben un regular servicio telegráfico permitiéndoles hacer conocer las líneas generales de los más trascendentales acontecimientos del mundo. Los redactores, cada día más instruidos, más agujoneados de curiosidad intelectual, ceden columnas enteras de sus periódicos a los poetas y a los artistas de la nueva generación, quienes no se dejan de rogar, para llenarlas, gratis, con composiciones en verso, artículos de costumbres, leyendas y tradiciones, o, cuando menos, con traducciones de artículos académicos franceses publicados en *El Correo de Ultramar* o cualquier otra revista de importancia y muy en boga por América en aquellos tiempos.

Este rico y picante condimento que sirven los periodistas a sus lectores, tiene varios matices: junto con el ático don Juan Valera, el malicioso Campoamor o el tierno Gustavo Adolfo Becquer, alternan escritores franceses de espíritu travieso, mordaz o despreocupado como Catulle Méndez, Armand Silvestre y Anatole France. Y ya la sola relación de estos nombres delata en los periódicos o en las redacciones la presencia de una nueva generación de escritores, poetas y artistas, entre los que campeaban, en uno y otro bando, Julio César Valdez, Rosendo Villalobos, Francisco Iraizós, Ricardo Jaimes Freyre, Isaacc Eduardo, Moisés y Alfredo Ascarrunz, Pedro Kramer, Sixto López Ballesteros, José María Camacho, Juan Mas y algunos otros, muy festejados en esos tiempos y contados de los cuales lograrían concentrar su talento en libros durables por su orientación nacionalista, su sentido de humanidad o por su bella forma siquiera.

Los más de estos periódicos solo tienen cuatro páginas, dos de lectura y dos de anuncios y avisos judiciales. No faltan los de dos páginas únicamente, como *La Razón*, en sus primeros tiempos, periódico liberal valientemente dirigido por don Nicolás Acosta y asesorado con talento por Julio César Valdez, la

pluma más agil y elegante de entonces, sin disputa. Unos y otros, periódicos liberales y conservadores, solo tienen por fin la polémica política, como los de hoy, o la propaganda de temas religiosos, nó su discusión cual sería de esperar dada la etiqueta de los partidos, pues unos y otros tomaban la religión para reforzar en ella y con su ayuda las filas de un partido militante, como hubo de suceder en 1886 en que los periódicos del partido conservador hallaron su más temible arma de ataque en el anatema de hereje lanzado al partido liberal, cuyos adherentes, para no caer en desgracia del pueblo, se veían obligados a extremar el cumplimiento y la práctica de las ceremonias externas del culto católico. A sus adeptos y dirigentes se les veía acompañar el Pálio por las calles, una cera encendida en la mano, descubierta la cabeza y humilde la actitud para así, y con tales muestras, probar la solidez invulnerable de su fé católica y contrarrestar la campaña tendenciosa y desleal de los escritores conservadores.

Los cuales, hallando que la acusación de herejes podría desviar la corriente popular del hondo cauce abierto por el liberalismo naciente, consumían ciencia y lecturas con esa tenacidad que la convicción, aliada a la conveniencia, prestan a los hombres de fe simple.

La erudición hace derroches inauditos en defensa del catolicismo amenazado por los *masones* liberales, título del que nunca se les apea. Estos artículos de polémica doctrinaria, llenos de citas, de frases en latín, francés y otros idiomas, adornados con letras de tipo diverso para llamar grandemente la atención de los lectores sobre los puntos sustanciales, están firmados por el director del periódico, a la manera francesa, para que así no quepa duda alguna sobre su capacidad intelectual. Cuando, por fuerza de las circunstancias, debe ese director hablar sobre asuntos ajenos a la preocupación general tales como sobre inmigración, fomento de la minería o de las industrias y el comercio, por ejemplo, el director se esfuma, borra su firma, de veras avergonzado por tratar de cosas que

no tienen interés para nadie y se hacen extrañas para el público.....

El mal era, pues, grave, y aun lo reconocía los mismos periódicos de gobierno.

«La prensa de Bolivia,—decía *El Demócrata*,— no representa el movimiento de las ideas, ni es el vehículo de la ilustración de las masas, sinó la ardiente arena en que luchan encarnizadamente las pasiones, entregándose a todos los excesos a que las conduce la ceguedad, el fanatismo y la intolerancia de los gladiadores. cuya recrudescencia es mayor y llega al último grado de exaltación, en las épocas eleccionarias....»

Y esa prensa, en atención a la gente letrada del país, era en extremo abundante y con su propaganda causaba estragos en la opinión porque difundía la afición a los ajetreos electorales que no tenían entonces, ni tienen ahora, fines de mejoramiento colectivo. Había en ese año de 1886 nada menos que 38 periódicos en toda la república, correspondiendo 8 a Sucre, 9 a La Paz, 5 a Potosí y a 4 a Oruro, Santa Cruz y Tarija, 3 a Cochabamba y 1 al Beni. Salían por lo común tres veces a la semana, los más favorecidos, y vivían solo por suscripciones, pues no había la costumbre de venderlos por las calles. Los diez números de suscripción costaban 50 centavos y los recibos se pasaban mensualmente a los suscriptores.

Esta estéril actividad periodística, fuera de no estar-se ha dicho,—en relación a la población hábil, analfabeta en una terrible proporción del 90 %, tampoco respondía, ni mucho menos, a las condiciones económicas en que se desenvolvía el país, pues las ramas de actividad creadora, como el comercio, la vialidad, la agricultura, yacían en absoluto abandono o llevaban una existencia lánguida y pobre, de acuerdo con las modestas exigencias de la vida misma que no necesitaba de grandes recursos para manifestarse porque las gentes, poco refinadas, tenían la ventaja de contentarse con muy poco y de hallar a muy bajo precio los artículos necesarios de consumo que se importaban casi todos del extranjero, no obstante de haber, como hoy, los similares en el país, pero cuyo costo, por razón

de la distancia y de los malos caminos, llegaba siempre a alcanzar un precio mayor que el de los importados.

En estos tiempos, alrededor de 1888, la azucar de Santa Cruz, por ejemplo, costaba en La Paz, el mercado más caro de Bolivia, 24 \$ el quintal y 18.80 la importada del Perú; el aguardiente nacional de uva, 25 \$ y 20 el importado; el quintal de harina de Cochabamba, 9.20 Bs. y 12 el de flor de Chile; la docena de botellas de cerveza noruega o inglesa, costaba 6 Bs. y se podía comprar una docena de pieles de chinchilla por 7 Bs. y por 3 una de vicuña. En los mejores hoteles se servía una copiosa comida compuesta de sopa, entrada, legumbres, un plato de carne y postre por 60 Cts. y la fruta era tan abundante que una canasta de uvas se vendía en 40 Cts. y por 5 Cts. se compraban 40 peras o 30 melocotones.

Naturalmente los tipos de cambio permanecían bajos y en extremo favorables para el desarrollo de las industrias o el fomento de la inmigración viajera, de tan incalculables beneficios para un país cerrado en el corazón de un Continente de estructura caprichosa y difícil. El cambio sobre Londres se cotizaba en 32 y $\frac{1}{2}$ peniques, lo que daba a la libra esterlina un precio casi irrisorio, en atención al cambio actual.

Mas, así y todo, poca y contada era la gente que se aventuraba a viajar por el extranjero, y, los que lo hacían, eran miradas con admirativa curiosidad adquiriendo de hecho un influjo y una significación por lo general sin ninguna relación con el intrínseco valor de los viajeros.

Y es que los viajes en el interior del país no eran cómodos y el emprenderlos requería una preparación laboriosa, disconforme con la índole perezosa e imprevisora de las gentes.

Consiguientemente pocos eran los que tenían cabales nociones de lo que podía ser un ferrocarril, y solo se conocían la mula o el caballo como necesarios instrumentos de locomoción, y, en casos excepcionales, la carretera con coches que servían a determinadas capitales. Había un servicio de coches y carretas de La Paz a Puerto Pérez, en el Titicaca, y otro de La Paz a Oruro, sujeto a una tarifa de 25 Bs. por asiento en

el interior y de 20 en el pescante, y por 6 Bs. el quintal de equipaje.

Estos viajes resultaban a veces acontecimientos de trascendencia para las familias por las peripecias del camino, donde, por rotura de una rueda, la entrada de madre de un río, los fangales de la ruta, se veían obligadas a permanecer horas y aun días, en campo raso, haciendo vida dentro del coche, o refugiadas en las casuchas sórdidas de indígenas boscos, sin recursos de ningún género, abandonadas a su suerte adversa.

Por eso era acontecimiento casi memorable cuando alguna compañía de cómicos o saltimbanquis, arriesgando, en deseo de lucro, muchas cosas, se aventuraba a internarse en medio de esos pueblos mediterráneos para ofrecer el espectáculo generoso de sus gracias. El público acudía lleno de entusiasmo e interés y pagaba con creces las molestias que se tomaban los empresarios.

Venían circos de muy exelente calidad, como el Dockril en 1887, y compañías de zarzuela con su repertorio de autores celebrados y a la moda como Marcos Zapata en sus piezas conocidas, *El Anillo de Hierro* o *El Reloj de Lucerna*.

Fuera de estas diversiones realmente excepcionales, no quedaba mas recurso que la celebración rumbosa de las fiestas civiles o religiosas que se hacían con mucho aparato, tomando parte en ellas desde el presidente de la república hasta los más humildes ciudadanos de la población. En las fiestas bulliciosas del carnaval, por ejemplo, Pacheco presidía la entrada de las mascaradas junto con su cuerpo de edecanes y su escolta de lanceros, o recibía en palacio a las comparsas de disfrazados que lucían en sus estandartes nombres singularmente cómicos, como *Marinos del Choqueyapu*, *Libres del Illimani*, *Bronces*, *Csacos* y *Montañeses* y otros que demostraban muy poca inventiva o un gracejo fácil y fuera de tono.

Entretanto la onestión política no cesaba de agitarse. El pacto tácitamente acordado entre Pacheco y Arce debía de verificarse con la sucesión de Arce en la presidencia, considerada por los políticos profesionales como consecuencia natura-

y necesaria de la política de conciliación pactada en las últimas elecciones presidenciales y que había llevado a Pacheco al poder. Ya que todo se hacía en el país mediante el juego de combinaciones entre los personajes dirigentes, era, hasta cierto punto, lógico, que el personaje que cediera en sus ambiciones de dominio recibiese ahora la recompensa de su desprendimiento.

Esta convención fué explícitamente sugerida por uno de los miembros más influyentes del gobierno, por el segundo vicepresidente don Jorge Oblitas, en cartas dirigidas a sus amigos políticos abogando por la unión de los grupos demócrata y constitucional en las futuras elecciones presidenciales de 1888 y que los periódicos de ambos bandos publicaron, los unos para combatirla y para divulgarla con su publicidad los otros:

«Cualquier desunión,—decía Oblitas,—entre los amigos de los señores Arce y Pacheco, solo serviría a debilitar sus esfuerzos de la lucha electoral venidera, y, lo que es peor, a dar el triunfo a los liberales».

A lo cual los periódicos del partido, justamente alarmados, respondían con airada voz de protesta:

«No habría más que volver la vista al pasado y hojear la historia de los partidos democrático y constitucional, para desmentir las afirmaciones del señor Oblitas. Esos dos partidos nacieron odiándose terriblemente y haciéndose una guerra sangrienta aun con armas prohibidas por la decencia y el decoro... »

Y, en otro número, y ya hiriendo el fondo mismo de la cuestión, agregaba:

«Los tres personajes que hoy se hallan al frente del poder ejecutivo, presidente y vicepresidentes, han declarado directa e indirectamente, que sostendrían a todo trance la política de Arce y, por ende, su candidatura a la presidencia. Han declarado la intervención oficial sin disfraces ni aparentes acatamientos a las prescripciones de la Carta. Está perfectamente bien: así lo hicieron casi todos los tiranos que nos

dominaron en épocas pasadas,— como debe constarle muy bien al señor Oblitas».

En 1887 Arce fué nombrado ministro de Bolivia ante las principales cortes de Europa, y esta circunstancia la supo aprovechar habilmente el caudillo para atraer sobre sí la expectativa de sus connacionales, pues fijó su residencia en París y no puso reparos en hacer derroche de caudales para vencer la resistencia de ese mundo especial de los enormes capitales, heterogéneo y sin equilibrio moral, que se deja seducir por el brillo del oro, siempre turbador. A través del mar y a la distancia de muchos miles de leguas, le mostraban al pueblo sus parciales como al único boliviano que hasta entonces, «y quizás por primera vez», había colocado en alto el nombre de la patria por su munificencia, su boato espléndido, sus manifestaciones suntuosas al cuerpo diplomático, sus alardes de filantropía.

Tan grande era el afán de la prensa arcista en mostrar a su caudillo con las seducciones de la notoriedad europea, que caía en candidez al transcribir hasta los actos sociales o mundanos en que tomaba participación el agente boliviano, el entierro v. gr. de las personas notables.— como algo excepcional y trascendente; procedimiento que de igual modo imitaba la prensa camachista transcribiendo también los elogiosos artículos de la prensa limeña, ganada a la causa del noble vencido del Alto de la Alianza, en quien veía, con razón, un amigo sincero y decidido.

Caracterizada así la lucha política con el concurso disimulado del gobierno que, no obstante de pregonar, no solo la necesaria prescindencia de su actuación sinó su deseo de fusión de los partidos, había solicitado de preferencia la colaboración de los más calificados amigos y partidarios de Arce, bien pronto la prensa de gobierno y la de éste caudillo indicaron la conveniencia de la fusión de los dos partidos atines como lo más lógico y conveniente a los intereses del país.

Hacia más esa prensa. Establecía parangones entre los dos jefes de partido para llegar a la conclusión de que el jefe

conservador reunía mayores merecimientos que el liberal para merecer la confianza de sus conciudadanos.

«El señor Arce en su vida privada y pública,—decía un corresponsal de *El Demócrata*,—es indudablemente más aceptable que el general Camacho. Esta es una verdad incontestable; pero desaparecido, como ha desaparecido, el inconveniente que separaba a los demócratas de los constitucionales la unión de estos dos grupos es lógica».

Acentuada en la masa del público esta teoría, los trabajos de ambos partidos hubieron de intensificarse merced a la activa colaboración prestada al partido de Arce por la compañía de Jesús, uno de cuyos oradores, el padre Gavino Astrain, amigo personal y decidido propagandista de Arce, había tomado como tema de sus sermones de feria «*El Liberalismo*» y se servía de él, como de arma inquebrantable, para lanzar tremendas acusaciones contra las disolventes teorías del partido liberal y contra sus adherentes, provocando así una suerte de pánico en las masas, siempre gregarias, y que se negaban a creer en la religiosidad de los liberales, aun viendo, como veían, las patentes muestras de contrición que estos daban, cual ya se dijo, en toda manifestación externa del culto.

Las pruebas resultaban inútiles, y, al verlo, hubieron de recurrir los liberales al Gobierno para pedirle recordase a los jesuitas el cumplimiento de sus deberes estrictamente religiosos, sin intervenir para nada en las luchas políticas del país.

«El Directorio del Partido Liberal comprende,—decían,—que es al Supremo Gobierno a quien toca detener a los referidos padres en su obra disociadora y salvar al país de la pendiente a que, impávidos, le arrastran...»

Esa campaña jesuita era eficazmente secundada por Arce desde su residencia de París escribiendo a sus amigos cartas inflamadas de religiosidad y las cuales eran trascritas con grandes comentarios por la prensa adicta, ya amañada para el caso. En una de ellas, decía:

«Jamás se me habría ocurrido llamar liberal al partido,

individuo o candidato que haga ostentación de anti-religioso, o sea masón, sujeto a las reglas de una lógia, y por consiguiente sin voluntad propia. Escudrífese mi conducta y no se encontrará acto alguno privado o público en el que yo hubiera faltado a mis deberes religiosos de católico cristiano: constantemente he sostenido a mi lado y en mi familia un sacerdote, ya para las prácticas, ya para la educación de mi familia. Ahora mismo tengo a mis hijos y mis sobrinos colocados en los colegios católicos, dirigidos por comunidades religiosas. Si en privado practico con toda conciencia los deberes que heredé de mis antepasados, ¿cómo dejaría de llenar la prescripción del artículo 2º de la Constitución que es mi programa, que sería la base más firme llegando al poder?» . . .

Al mismo tiempo que así, tan eficazmente, se recomendaba a la anhelosa atención de las masas electorales, afirmaba en ellas su decisión y entusiasmo hacía su persona haciendo anunciar, con grandes alardes, su intención de enviar por su cuenta a dos de los mas influyentes artesanos de cada departamento a la exposición universal que habría de celebrarse en París al año siguiente de la elección presidencial, en 1889. La noticia había sido recogida en los periodiquillos eventuales que se editan en París para halagar la incolmable vanidad de los criollos sudamericanos, trascrita luego en algunos periódicos chilenos, llegando al país con ese prestigio de las cosas avaloradas en el extranjero, tan seductor y definitivo a los ojos de las gentes mediterráneas.

Decía la noticia:

«*Un rasgo de millonario*, Según el *Nouveau Monde* de París, de fecha 26 de febrero último, don Aniceto Arce se ha dirigido a los jefes de distrito de la república de Bolivia, encargándoles que cada uno de ellos designe a dos de los mejores artesanos para que vayan a París durante todo el tiempo que esté abierta la exposición de 1889. Los gastos de viaje y de residencia de todos los delegados obreros de Bolivia, serán de cuenta de don Aniceto Arce».

En mayo de 1887 apareció la candidatura presidencial del

potentado, solemnemente propiciada por casi todos los directores constitucionales de los departamentos, imitando al de La Paz que se había adelantado en hacer la proclamación; y este fue el momento en que la prensa del partido extremó su campaña de propaganda haciendo resaltar las cualidades morales del candidato, sus servicios inminentes al país como diplomático y la pureza inmaculada de sus convicciones religiosas, esencial punto en que era preciso insistir mucho ya que allí estaba la parte flaca del adversario.

Poco después, al finalizar este año de 1887, Arce pedía licencia temporal del gobierno y se presentaba en el país, (a donde ya había llegado Camacho de su misión diplomática en el Perú), para emprender con empeño sus trabajos electorales publicando una carta dirigida a sus amigos el 9 de diciembre, en que decía que habiendo en 1884 hecho el sacrificio de renunciar su candidatura, «en aras de la tranquilidad pública», ahora se presentaba resuelto a luchar hasta el fin a la cabeza de su partido.

Pero la propaganda de esta candidatura no sólo se hacía en el terreno doctrinario, aun yermo de virtudes republicanas, sino que se volvía a echar mano del dinero, que tan excelentes resultados produjera en las elecciones pasadas. Agentes secretos comenzaron a moverse distribuyendo, bajo mil pretextos, recursos a los pediguñeos, cotizando la adhesión de los indecisos y promoviendo consiguientemente una suerte de ansiedad en las clases bajas, demasiado maleables por su vida ociosa, sin comodidas ni lejanas perspectivas de mejora.

Temible era el arma y contra ella no querían o no podían oponer nada los liberales. Solo les quedaba recurrir al amparo de la ley por medio del gobierno, su ejecutor, y protestar, a voz en cuello, por medio de la prensa, la arma invencible.

La campaña fué ruda, violenta y estuvo bien y honradamente mantenida por los periódicos liberales que hallaron un tema fácil de explotación; más el contragolpe no se dejó esperar mucho en el mismo tono. Los periódicos arcistas y demócratas acusaron a su vez a Campero de haber permitido la des-

viación de fondos del tesoro nacional en favor de Camacho y se pusieron a buscar explicaciones satisfactorias de los recursos puestos en juego por Pacheco y Arce.

El jefe del partido liberal hubo de asumir una actitud francamente decidida frente al gobierno y pidió al presidente garantías de neutralidad en las elecciones e influjos para cortar la práctica del cohecho. Pacheco, habilmente asesorado por Baptista, repuso de palabra y por escrito, que existía esas garantías, que siembre había dado pruebas de imparcialidad llamando a su gabinete los personajes mas representativos de cada partido y que en cuanto al cohecho «mal deplorable que aqueja a los pueblos más civilizados, es generalmente un acto privado que está fuera del alcance de las leyes. . . . »

Ante semejante respuesta, los periódicos liberales, saliendo de la relativa moderación en que hasta entonces habían mantenido la polémica, se dieron a proclamar, casi abiertamente, el derecho a la fuerza como único medio de moderar las arbitrariedades de los poderes públicos.

Es bajo este ambiente de temores y recelos que entraron a funcionar las cámaras en esa legislatura de 1887, donde debieran prepararse las elecciones presidenciales del siguiente año.

Pacheco leyó su mensaje, pobrisimo, como de costumbre, en la revelación de hechos consumados y de utilidad general, y rico en palabras insinceras y en alabanzas de obras nimias que debieran desaparecer con su persona, sin significar un punto en el avance progresivo de la nación. No hay un cifra, un cuadro estadístico, nada numérico que haga palpar la realidad de sus afirmaciones de labor productiva en el gobierno.

En lo que mas bien fue fecunda la acción de Pacheco en ese año de su pobre presidencia, fué en incidentes de carácter personal que por ser llevados al campo de la polémica impresa caen bajo el dominio de la historia, inminente si por ellos se tiene la cabal medida de los hombre que por cualquier motivo actúan significativamente en un momento de la vida pública.

Don Gregorio Pacheco y el general Campero, íntimamente ligados por razón de parentesco, (eran primos hermanos) habían entrado en disputa de intereses desde el año de 1860 en que se rompieron los lazos que los ligara así en su vida de estudiantes dentro de la patria como en la de turistas fuera de ella, y a pesar de la marcada diferencia de caracteres, porque el uno, Pacheco, era, y lo demostró después, hombre hábil en negocios, de mirada certera, fuertemente interesado a pesar de sus alardes de desprendimiento, egoísta, en extremo vanidoso, hueco y fanfarrón, y el otro, Campero, según retrato de su contradictor, «era un ser indefinible, vacío de inteligencia y de sentimientos, con raras aberraciones y extravagancias, sin sentido práctico alguno para la vida»—cosa esta última en que se dió a conocer Campero, manifestando con esto la parte más noble de su ser.

La disputa provenía de diferencia de intereses, como se dijo, pues en 1855 habían formado ambos una sociedad mercantil, modificada después con la intervención de terceras personas y la sucesiva compra de nuevas acciones en las que Campero creía tener derecho, aun contra la oposición de su pariente que alegaba haber formado sin su concurso otras sociedades en las que se hallaba comprendida la empresa minera Guadalupe, de la que era socio aquel.

Fiado en este derecho interpuso Campero demanda contra Pacheco el 22 de junio de 1878 en juicio civil ordinario «expresando,—según el relato oficial,—que demanda la mitad de la acción y derechos representados por el señor Pacheco en la empresa minera denominada *Guadalupe* y además una mitad de las utilidades por él aportadas en la merituada empresa, desde el 23 de enero de 1858, en que fue constituido su socio en participación en la sociedad minera que entonces se organizó para elaborar las minas pertenecientes al señor Clemente Sanchez Reza, entre las que figura en primera línea la mina denominada *Angeles* con el designio de adquirir la propiedad de los expresados intereses». (1)

(1).—*Cuestión judicial sobre a empresa Guadalupe, etc. 1889.*

Paralizado el juicio merced a un incidente propuesto por Pacheco,—falta de jurisdicción en el juez ante el que se había interpuesto la demanda,— sobrevino para el país la fatalidad de la guerra y Campero hubo de detener su querrela por el rol activo que habría de tomar en toda la triste campaña.

Concluida esta, Campero llegó a la presidencia de la república y entonces, obrando con altura y por consejo de sus amigos, tampoco quiso activar las gestiones judiciales que de todas maneras habrían de herir el decoro del jefe de la nación, porque, caso de serle favorable el fallo se habría dado motivos para poner en duda la rectitud de los jueces y, en caso adverso, no resultaba airoso el papel de ese mandatario metido en litis injusta.

En este estado, y cuando ya la candidatura presidencial de Pacheco iba a resolverse en los comicios electorales, había propuesto éste una especie de transacción ofreciendo a Campero la suma de 50.000 Bs., cosa a la que se resistió entrar Campero por creerla ofensiva a su dignidad, pues la oferta se hacía, en suma, para garantizar la neutralidad eleccionaria del presidente, porque, como reza el memorandum, «sin perjuicio de la entrega de la suma, el señor Pacheco deja al señor general Campero su derecho a salvo para que en juicio haga valer sus derechos».

Y esto hizo Campero, a poco de dejar la presidencia, pues en 23 de agosto de 1886 se presentó ante el juez competente interponiendo la misma demanda de participación de acciones, derechos y utilidades en la empresa *Guadalupe* e hizo seguir su acción con la publicación de un folleto en que el demandante tuvo la debilidad de mostrarse descomedido e hiriente con el señor Pacheco, Presidente de la República, dando a la publicidad las cartas privadas que éste le había dirigido, en diversas circunstancias de su vida.

Ruidoso fué el escándalo público. Por primera vez en los anales de la historia patria se veía a un jefe de Estado llamado a comparecer ante los estrados de la justicia ordinaria, y también era la primera vez que un particular, sin buscar en la

expatriación garantías y seguridades para la emisión libre de su pensamiento, se atrevía a retar en airada querrela al magistrado que por sus prerrogativas se había acostumbrado a considerar intangible en el campo de la discusión.

Pero Pacheco no era para intimidarse con estas cuestiones de exhibicionismo; y aunque en un comienzo probase sofocar el escándalo tratando de hacer recoger el folleto de acusación, bien pronto vió que era imposible conseguir su intento, y entonces, tomando la inversa, quiso anonadar a su adversario con mejores armas de las empleadas por éste.

Alquiló una pluma, diestra en recursos de índole criolla, como la acometividad, el desplante y el gracejo chusco y lanzó, con pretexto de que corría el rumor de que él, Pacheco, estaba interesado en hacer desaparecer la desgraciada producción de su acusador, el mismo folleto ampliado con comentarios y breves notas, pero insultantes, atrabiliarias, cruelmente groseras; notas en que iban de la vida privada de Campero a sus menores actos de hombre público. Ese folleto, dice el prefacio, iba en defensa «de la reputación de un noble amigo, del distinguido y generoso personaje que hoy rige la Nación, por la voluntad del pueblo, don Gregorio Pacheco, groseramente ultrajado por otro que también la rigió por casualidad»

El juicio se inició escandaloso con harto conteetamiento de la galería que, en este caso, vino a constituir la nación entera en su parte letrada, acaso la mas peligrosa por su hábito ancestral y esmerosamente cultivado de preocuparse en comentar los hechos privados con preferencia a los públicos, hallando así sabroso toma para romper la monotonía de ese vivir quieto de superiores anhelos pero profundamente envenenado por el virus ponzoñoso de la política.

Ese afan malsano era avivado por la propaganda de prensa que en esa lucha vió una ocasión propicia para manifestar su apego a los hombres, ya que las doctrinas no tenía predicamento en el público, y, sobre todo, para poner a las claras su adhesión incondicional al hombre de gobierno y jefe del

ejecutivo que representaba entonces, con más fuerza que hoy, la cumbre del poder de la nación.

La prensa fue dura y mordaz con Campero, sobre todo la prensa asalariada, así como se mostró baja y rastrera con el hombre de la situación que tuvo la debilidad de mantenerla a su costo en todo el período de su mandato presidencial. En esa prensa holgaban sujetos de pobre intelectualidad, de condición baja, pobres de espíritu, salvo, naturalmente, contadas excepciones. Poseían, los más, sobresalientes dotes para manejar el insulto grosero, la sátira procaz, el chiste plebeyo aun en caso de herir cosas espirituales. Esa prensa, queriendo hacer daño a Campero pero rindiéndole cabal justicia, no le apeaba el apodo de *Don Quijote*, y le llamaba, como al otro, al grande, loco, viejo angurrioso, melómano y otras parecidas sandeces que despertaban la indignada cólera de los buenos, contados, y encendía el gozo perverso y malsano de los más.

Esa prensa publicaba sueltos de esta índole:

«Se anuncia que pronto llega una compañía de acróbatas dirigida por un Campero. Si no es don Narciso, digo que la gimnasia está arraigada en los cuerpos camperianos». O hacía más: empujaba, por medio de los agentes secretos y buenos servidores del presidente, a firmar protestas suscritas por artesanos de alguna notoriedad los cuales aseguraban salir en defensa de preceptos morales. «Protestamos,— declaraban,— contra el lenguaje procaz y virulento que el general Campero ha empleado en sus referidos folletos, que no merecen sinó el desprecio público; y le aconsejamos que por honor de Bolivia se limite en la defensa de sus imaginarios derechos, a buscar el apoyo de las leyes, si es que estas pudieran apoyar la sordidez y la mala fe; sin descender al terreno de la difamación y de la calumnia que la civilización condena...»

La lucha era, pues, tenaz y dura entre estos dos hombres y su odio no hacía otra cosa que axacerbarse con estos incidentes debatidos a la luz del día y en que salía a las claras el empeño de ambos de acrecentar sus medios de fortuna, distinguiéndose el presidente en su afán de conseguir el éxito em-

pleando cualesquiera recurso que pudieran darle la ventaja sobre su adversario, aun las vías de hecho según el testimonio de uno de los abogados de Campero.

A poco, el penoso incidente tenía remate en un acto de arbitrariedad cometido por el presidente a la sombra de una nimia infracción legal.

Campero había presentado un escrito a la Corte Suprema recusando a uno de sus miembros por mantener relaciones íntimas con el presidente y deberle señalados favores, «siendo uno de ellos el mismo puesto de vocal interino que ocupaba en la Corte Suprema».

El vocal recusado demandó de calumnia a Campero, y este, para defenderse, envió a La Paz un poder que no llegó a manos del poderdante, siéndole adverso el fallo de la Corte Marcial, en cuya virtud Campero, por orden, fue conducido desde su hacienda rústica a la capital como un simple reo, sin ninguna consideración a sus prestigios de viejo patricio y servidor abnegado de la nación.

El acto fue vivamente criticado por lo más saliente del país y halló eco en la prensa de los Estados vecinos, uno de cuyos órganos, *El Diario* de Buenos Aires, dijo:

«Parece mentira, pero por desgracia para el crédito del gobierno de Bolivia es un hecho que el general don Narciso Campero, ex-presidente de la república y actual senador nacional, ha sido reducido a prisión por orden del prefecto y comandante general de Sucre» . . . «Si no se respeta en él los derechos del ciudadano; si no se respeta en él al noble soldado que ha defendido siempre la patria contra el extranjero; si no se respeta en él al patricio que ha cimentado las instituciones bolivianas salvando a la república de la anarquía y de la deshonra; si no se respeta al único presidente de Bolivia que ha subido y ha bajado en la paz del solio presidencial; respétese al menos su carácter de senador, sus derechos y sus fueros como tal» . . . «El general Campero es una reliquia y una gloria boliviana; las reliquias y las glorias no deben manosearse, porque es lo mismo que manosear la patria . . .»

Entretanto el ambiente de la política no andaba en reposo y eran bastante visibles los síntomas de descontento en las masas y aun en las filas del ejército que recibía toda clase de halagos por parte del presidente hasta el punto de sentar a su mesa, no ya a jefes y oficiales, cual solían acostumbrar los caudillos semiletrados y aun se estilaba hoy, sino a simples sargentos, según el testimonio irrecusable de sus mismos parciales.

Y todos creían que de prolongarse esa situación de abusos y favoritismo daría lugar a protestas armadas; y esta idea hallaba su confirmación, hasta cierto punto, en las declaraciones que el candidato del partido liberal había hecho en las recientes conferencias de Parí celebradas el 22 y 23 de febrero de ese año de 1888 entre los candidatos de los dos partidos en lucha.

Marcaron la importancia de esas conferencias el hecho bastante significativo de que ambos jefes llegaron a la conclusión indiscutible de que sus partidos perseguían idénticas aspiraciones, y no había puntos discordantes en su programa que los separase hasta el punto de reducirlos a la condición de adversarios irreductibles, como parecían serlo en las manifestaciones de su prensa, siendo así que ambos solo tendían a la posesión del poder con el fin acaso exclusivo de gobernar.

Este fin fue expuesto sin ambages por el general Camacho en la fórmula de proposición sostenida por él con ahincamiento y por considerar que su realización afianzaría la paz pública, base primordial del progreso de la nación, aunque en el fondo entreñase un propósito poco circunspecto, pues decía:

«Unidos ambos jefes en un sentimiento común, conservarán los dos partidos su autonomía, y los adherentes de uno y otro se darían una prueba de recíproca confianza, votando los del partido liberal para primer vicepresidente por el Sr. Aniceto Arce y los del partido nacional para ese mismo puesto, por el general Camacho; debiendo el candidato que resulte electo presidente de la república dimitir a los dos años, a fin de que el primer vicepresidente complete el período constitucional.

Semejante curiosa proposición de partija del poder, no

fue aceptada por Arce, «por no tener derecho,— son sus palabras,— de imponer un candidato vicipresidencial a sus amigos políticos, mucho menos desde que la designación de los candidatos para las dos vicipresidencias se había verificado ya por la asamblea electoral de 30 de enero próximo pasado».

Alegó Camacho que esta proposición la hacía para asegurar el orden público convencido como estaba que su partido constituía mayoría nacional acreditada en las últimas elecciones municipales, y el cual no se resolvería fácilmente a verse derrotado sin intentar su innegable derecho de reparaciones.

Con esto, la discusión adquirió tono de polémica y quizás de disputa, pues Camacho no se abstuvo de declarar que únicamente el cohecho y la coacción oficial podían darle el triunfo al partido de su adversario provocando así resistencias que él no podría dominar.

Arce, con mejor dominio de su rol y más profundo conocimiento de la preparación política de su país, repuso que no veía posible una revolución, porque se le hacía difícil consentir «que después de cincuenta años de escándalos, se renueven los hechos que han desprestigiado el nombre boliviano»; que si los liberales se lanzaban por las vías de la rebelión «el partido nacional se armará para defender sus derechos políticos y los intereses de la República»; agregando, después, que él se había tomado la tarea de armar a sus amigos para repeler toda agregación. Finalmente, y en el arrebató de la discusión sobre el empleo del dinero como arma electoral, llegó Arce a declarar «que él gastaba su plata para buscar adhesiones, pero que no cohechaba; que la regalaba, que la empleaba en obras públicas».

Se habían colocado estos dos hombres en puntos extremos y era difícil que pudieran llegar a un acuerdo. Así lo vió Camacho y tuvo la hidalguía de declararlo al reabrirse la discusión después de un intervalo impuesto por la contradicción de las posturas guardadas por ambos interlocutores. Reasumiendo lo dicho declaró, «que el único sacrificio que puede imponerle al señor Arce la proposición aludida, era de un par de a-

nos de mando incierto, dudoso, congojoso, como todo poder que se impone por la fuerza material, en cambio de otros dos años de gobierno tranquilo, y pacífico y apoyado por la unánime voluntad nacional. Que el señor Arce ha rechazado esto rotundamente, lo cual hacía entrever días de luto y conflicto nacional en el porvenir, desde que el partido liberal no se conformaría nunca con un gobierno que se fundase en la fuerza material, llámese ésta oro, balas o imposición oficial». Concluyó Camacho con una amenaza formal asegurando que de la sangre a derramarse ni una sola gota caería sobre su frente.

Arce fue todavía más categórico en su recapitulación, y su palabra adquiría cierta autoridad frente a las idealistas y candorosas gallardías de su contradictor, en quien siempre habrá de admirarse su profunda buena fe y el tono de honrada convicción con que expuso sus bizarras teorías del gobierno en coparticipación. Dijo, según el documento oficial donde se hace la relación de esta singular entrevista, —«que aceptar el fondo de la proposición sería, a más de contrariar el precepto de la Carta, que asigna a cada magistrado supremo un período de cuatro años, demostrar que no se quiere la presidencia para iniciar y desenvolver un programa serio y honorable de administración. Que perseguir así la presidencia no puede menos que pugnar abiertamente con las máximas de moralidad política. Que la aceptación de la fórmula propuesta por el general Camacho, sería, no por cierto un sacrificio personal para el que habla, pero sí el sacrificio de su programa, encarnación de sus más intensas aspiraciones, y en cuya prosecución viene consumando, de muchos años a esta parte, inmolaciones de todo género». «Que protesta a nombre de la ley, de la mayoría nacional (y piensa que aun puede hacerlo a nombre de la parte sana del grupo liberal), contra los conceptos que acaba de emitir el señor general, anunciando que su partido no se conformará nunca con el triunfo del partido nacional desde que el jefe de este no acepta las condiciones de arreglo propuestas por aquél. Que si por ese acto de fidelidad a sus principios y de lealtad a su agrupación política, se desatare mañana la guerra civil, pe-

sará la responsabilidad de todos sus horrores sobre el partido que la inicie y más que todo sobre el jefe que no detenga las corrientes revolucionarias».

La conferencia concluyó, como se ve, con un reto formal. Habían ido los partidos a un acuerdo y salían disgustados y amenazantes. Su actitud debía, pues, causar zozobras en el país y sobre todo en el gobierno que aprovechó de esta circunstancia para hacer ostensibles sus medidas de previsión que venía tomándolos en reserva desde que los liberales no ocultaban sus motivos de disgusto contra las evidentes parcialidades del régimen.

A los tres días del fracazo ruidoso de esta conferencia, el gobierno, con fecha 27 de febrero, lanzó un decreto por el que se hacía saber que el presidente se ponía, como capitán general, a la cabeza del ejército declarado en campaña y que el primer vicepresidente asumía la dirección de los negocios públicos.

En esta virtud marchó Pacheco a la cabeza de un batallón a La Paz; el segundo vicepresidente, Oblitas, se situó en Oruro al mando de algunas tropas y quedó el primero, Baptista, en Chuquisaca, capital que se declaró como asiento permanente del ejecutivo.

Estas medidas hallaron cálida defensa en los periódicos de gobierno que no cesaban de denunciar como un peligro inminente la actitud de los liberales, aumentando así los recelos y las inquietudes del capitán general que había convertido el palacio de gobierno de La Paz en una especie de fortaleza en tantos que los dirigentes del partido de su simpatías tomaban todas las precauciones para prevenir cualquier desaguizado de los liberales y, sobre todo, para asegurar los resultados del éxito electoral en la lucha de mayo venidero.

Arce daba el ejemplo. Había cumplido la promesa que hizo a los liberales de armar a sus amigos y vencer la resistencia de los rehacios prodigando a manos llenas su dinero, y con esto se echaba el germen terrible de esos cánceres que pronto han convertido en podre la conciencia del elector boliviano de baja categoría: la venalidad y la sumisión.

Y es de entonces, es de esas luchas angurriasas y egoístas, que ha surgido la organización de esas cuadrillas de gente maleante, sin dignidad, sin espíritu cívico y sin conciencia, conocidas entonces con el nombre de *mazorcas* y que tiene por principal y única misión atemorizar con actos de fuerza bruta a los electores, sembrar el terror en el campo del plebiscito, alejar de él a los ciudadanos conscientes a fuerza de hechos delictuosos que quedan fatalmente impunes. . . . ; es de entonces que al peso honrado de una convicción política, se ha opuesto el brazo de gañán de los pueblerinos cholos que amparados por las policías, sobornados por el gobierno, protegidos por el amparo oficial, pasan como trombas de reses bravas por las plazas públicas donde se realiza la ficción legal del sufragio. . . .

Los alardes de fuerza del gobierno, la actitud resuelta de los partidos coaligados, concluyeron por atemorizar a los liberales, no obstante de que se sentían superiores en número, y hubieron de acordar la abstención electoral en vista de la parcialidad y mala fe con que el gobierno cumplía sus promesas de respetar la libre emisión del voto, promesas siempre repetidas por los gobernantes criollos y consignadas en papeles públicos, y grandemente alabadas por la prensa oficial con el grosero candor de dejar documentos escritos imaginándose así asentar por semejantes procedimientos una verdad histórica y un hecho indestructible.

Realizadas las elecciones en las que Arca obtuvo 25,396 votos y 7,183 Camacho, fue declarado triunfante el primero, con grande alharaca de sus partidarios; pero la mayoría de la opinión se hallaba herida porque se creyó defraudada en sus aspiraciones de mejoramiento institucional, y este sentimiento degeneró en enconado despecho en el partido vencido.

Se alzaron, airadas, las protestas y nació el convencimiento de que solo una sacudida bastante enérgica sería capaz de poner remedio a ese mal estado de cosas. El encono se manifestó vivo en todas partes y creció hasta la insania la repulsa hacia el nuevo gobernante cuyo carácter inflexible no era el más a propósito para concitar el apego y menos la con-

fianza de quienes vivían apartados de su trato.

Unos versos, detestables como tales, pero impregnados de odio, dan una idea de la exaltación con que por esos días se juzgaba al caudillo afortunado:

¿Quién es Arce? El comprador
de conciencia, el canalla
que como vende acciones
vende a Chile honor y patria... etc.

Tocaba a su fin el período de Pacheco. Uno nuevo se iba a iniciar y el vacío se acentuaba, como de costumbre, en torno al descolorido mandatario.

El 6 de agosto de 1886 las cámaras comenzaron sus labores y Pacheco presentó al congreso el último mensaje de su administración, tan vacío de hechos como los anteriores, pero siempre con la nota dominante de la reunión bienal de las cámaras, que en él era una loable obsesión.

Nada dijo de la lucha, nada sugerente, a no ser la vulgaridad ya estereotipada en los mensajes presidenciales de que «los partidos contendientes y los electores mismos, han gozado de amplia libertad y de todo género de garantías en la emisión del sufragio».

Tuvo su rasgo de legítimo orgullo al hablar del estado de la hacienda pública y de la regular inversión de los fondos:

«Es por primera vez que, en mi época, se ha formado la Cuenta general de ingresos e inversión de las rentas, durante las gestiones de 1884 a 1887, con todos los detalles que manifiestan su fiel administración, en conformidad a la ley del presupuesto nacional, produciendo la luz en medio del caos; a diferencia de las que en tiempos pasados se presentaban, alguna vez, en grandes capítulos y sin especificación alguna.....»

Y es de este modo cómo volvió el presidente Pacheco a la sombra de la que había salido en un momento en que aspiraciones de paz, orden y garantías sacudían el alma aletargada de la nación en más de medio siglo de luchas civiles encendidas por caudillos inescrupulosos, de guerras injustas y desgraciadas, de pobreza y estancamiento en el atraso. Volvía como ha-

bía entrado, satisfecho de su rol, agradecido a la suerte, con la satisfacción, legítima, de no haber rebajado el patrimonio moral del país, pero también con la vaga intuición de no haber hecho nada por levantarlo.....

CAPITULO II.

Congreso de 1888.—Arce toma posesión del mando.—Horario de labores.—Revolución del 8 de septiembre.—Retrato del presidente.—Congreso de 1889.—Vehemencia de los ataques de la prensa.—Arce suspende *El Imparcial*.—Flores acusa y condena al ministro Tamayo.—Sangrientas elecciones de 1890 y airada protesta de Camacho.—Se violan las fronteras del Perú por perseguir a los adversarios políticos.—Reclamación diplomática del Perú.—Periodo de persecuciones y desmanes.—Aspectos de la vida social.—En el congreso se lanza la candidatura presidencial de Baptista.—Se gestiona la alianza de los partidos Liberal y Demócrata.—Trabajos electorales de Baptista.—Sentido filosófico de uno de sus discursos.—Acertadas previsiones de un periodista de gobierno sobre las próximas elecciones.—Se inaugura el 15 de mayo de 1892 el ferrocarril de Uyuni a Oruro.—Aspecto de la ciudad hacia esta época.—Rol de Arce, el gran constructor.—Política de incomprensión o de mala fe seguida por los liberales en la cuestión ferroviaria.—Esbozo de un programa político liberal rechazado por Camacho.—Triunfo electoral de los partidos coaligados.—Plan para destruir la mayoría opositora.—Arce consuma la más grave de sus faltas políticas.

Instalado el congreso de 1888 en medio de la expectación general que ansiaba conocer la actitud del partido derrotado en las elecciones presidenciales de mayo último, hubo de entregarse desde sus primeras sesiones a la lucha por establecer

la verdad de la función democrática lanzando cargos, los de la minoría, contra la acción del gobierno en esas elecciones y pretendiendo anular no solo las actas de los representantes, sino la elección toda presidencial; pretensión desacertada, sin duda, por la fuerza insignificante de que disponía, pues entre los de antigua y nueva elección escasamente alcanzaban a 18 los miembros de minoría, y su acción habría de resultar estéril frente a los 59 votos compactos de la mayoría que desde su comienzo se mostró intolerante y disciplinada.

Discutióse, sin embargo, con brío en las primeras sesiones un proyecto de ley presentado el 8 de agosto por el grupo minorista, en que se declaraban nulas las elecciones presidenciales y se incitaba al ejecutivo para convocar a un nuevo torneo plebiscitario «a fin de que el congreso actual haga el escrutinio y la proclamación de ley».

Corto y ardiente fue el debate; mas no debía conducir sino a la sola conclusión dictada por la lógica política observada en estos casos: el rechazo del proyecto.

Procedióse en consecuencia al escrutinio general, en sesión permanente y luego de conocer sus resultados, se proclamó a Arce presidente constitucional de la república señalándose el día 13 de agosto para la investidura.

Arce, al tomar posesión del poder, formuló un voto solemne, pronto desvirtuado: «Investido con las insignias de jefe de la Nación, dejo de ser jefe de partido; y sepultando en la fosa del olvido las emergencias naturales y lógicas en las luchas eleccionarias de un pueblo democrático, llamo al concurso de todos los ciudadanos amantes de su patria para que me ayuden en labrar la prosperidad del país...»

El primer decreto de Arce fue para anunciar que conservaba el gabinete de su predecesor, y, pocos días después, aparecía en la prensa un aviso oficial indicando el horario a que se sujetarían las labores del presidente, que era hombre metódico, trabajador y de una ejemplar rigidez de costumbres:

«A las 7 de la mañana o trabaja en su escritorio privado, o sale a pasear o visitar cuarteles y obras públicas.

A las 10 a. m. dá de pie una hora de audiencia pública en el palacio de gobierno.

De 11 a 12 desayuno.

A las 12 recibe en consulta a los señores ministros, y continúa el despacho hasta las 5 p. m.

De 6 a 7 comida.

A las 8 de la noche recibe en tertulia y conversación general a sus amigos, hasta las once, en los días ordinarios y hasta las doce los domingos. . . . »

Entretanto las cámaras se habían entregado con ardor a discutir las credenciales de sus miembros, y las del diputado Férrez Velasco sirvieron para fisonomizar a la cámara baja mostrándola exclusivista, insincera y hondamente imbuida del prejuicio partidista. Parecía que con su intolerancia quería poner a prueba la mansedumbre del adversario y ver hasta dónde era verdad eso del *cañón cargado hasta la boca* que dijo Camacho en las memorables conferencias de Páris.

¿Por qué se mostraba así? ¿Tenía mucha confianza en el buen sentido del pueblo, o, por el contrario, recelos y desconfianzas aconsejaban apurar los expedientes para producir de una vez un acto cualquiera que pusiese fin a ese período de angustiosa expectativa que saltaba patentemente a quien examinase con ojos serenos la situación del instante?

Difícil es precisarlo. Quizás no había ni esto, sino simplemente esa particularidad nativa que empuja a los criollos a agotar hasta lo último y en poco tiempo las ventajas de una situación adquirida, sin reparar en los daños que inevitablemente ocasiona el apetito de un grupo nuevo que alcanza el poder y abusa de sus prerrogativas a costa de otras aspiraciones de igual modo legítimas.

A los pocos días de la investidura presidencial, el 8 de septiembre, llegó la primera ceremonia oficial en la que debía presentarse el ejecutivo.

Era una fiesta religiosa que las poéticas tradiciones locales del terruño chuquisaqueño mantenía latente porque se

conmemoraba la santidad de nuestra Señora de Guadalupe, patrona de la ciudad.

Temprano, dos cuerpos del ejército, habían abierto calle del palacio de gobierno a la Basílica para hacer honor a la comitiva oficial, que se presentó numerosa como nunca, acaso porque deseaba recomendarse a la atención del supremo magistrado cuyos hábitos de puntualidad y circunspección todos conocían.

A media ceremonia y cuando el alborozado bronce de las campanas marcaba el momento de la elevación de la Hostia, se oyeron tiros y descargas de fusilería en la plaza y en las puertas del templo.

El alarido de espanto de los fieles, la consternación de los sacerdotes y el clamoroso terror de las mujeres, introdujeron en el templo una confusión verdaderamente trágica.

Arce se mostró aturdido y aun miedolento en los primeros instantes; pero pasada la impresión de la sorpresa y sin atender consejos ni dejarse ganar por el pánico que cundiera en sus filas, huyó del templo por una puerta excusada, disfrazado de fraile y auxiliado por don Atanasio Urioste, adversario suyo en política; y esa misma noche se puso en marcha, solo, a Cochabamba donde sabía que iba a encontrar apoyo y desde donde impartió órdenes al resto de la república para acudir en defensa del orden alterado.

Las cámaras, igualmente sorprendidas y amilanadas, se disgregaron con premura luego de suscribir una protesta contra la alteración del orden público y la falta de respeto de la palabra liberal que siempre había proclamado el orden como base de la prosperidad común.

Pero el movimiento revolucionario había estallado sin concierto y en plena anarquía. Los jefes de la revolución no parecían obedecer a un plan maduramente establecido, pues mientras Camacho andaba con escrúpulos y vacilaciones en La Paz, el senador Belisario Salinas, jefe del movimiento en Sucre, estaba en continuas conferencias con el vicepresidente Baptista, refugiado en una legación, quien le amedrentaba

haciéndole entreveer mil complicaciones de carácter internacional por los abusos de la soldadesca que había acribillado a balazos el escudo y bandera de Chile, y la cual, ebria de odio y de alcohol, recorría las calles en tumulto cometiendo mil abusos y pidiendo a gritos «la cabeza de Arce para beber chicha en su calavera.»

Más en tanto que los dirigentes de la revolución andaban con paso tardo o se mostraban vacilantes por exceso de amor propio herido, Arce concentraba sus tropas en Oruro para marchar luego a Potosí en cuyas inmediaciones supo batir a los revolucionarios merced a su coraje y a su espíritu activo y emprendedor.

Reinstalado el congreso, púsose a discutir una moción del diputado Valda que pedía la exclusión de todos los diputados liberales que habían tomado parte en la revolución del 8 de septiembre, la cual fue aprobada sin inconveniente alguno.

Arce se mostró duro e inclemente con los revolucionarios. Hizo flagelar hasta la muerte a varios soldados y sus adherentes desvastaron con ímpetu salvaje los viñedos centenarios del valle de Cinti.

Este y otros actos de represalia ejercitados por los agentes inferiores de la administración, encendieron en todo el país el deseo ardoroso de la venganza que debía manifestarse en diversas oportunidades tornando peligrosa la administración de ese hombre que de no haber tropezado con tanto contratiempo nacido de su intemperancia, bien pudo haber dejado una labor fecunda como pocas en el gobierno.

«El boliviano de hierro», le llamaban sus celosos parciales, y en verdad parecía apropiado el sobrenombre ya que su vida entera era un ejemplo vivo de coraje, tenacidad en el esfuerzo, sobriedad en los gustos y hábitos, disciplina en la labor consiente.

«Arce,— dice uno de sus mejores biógrafos anónimos,— con su serenidad yankee, su inmovilidad de nervios sajona, su faz adusta, no es el tipo del hombre popular. El abrazo, la palmada, la sonrisa, cuesta mas Arce que firmar un cheque

de 30,000 £... Pobre, proscrito, acusado, perseguido, descalzo, opulento, en la miseria o en la magnificencia, en el abismo o en la cima, no ha tenido sino ese rostro enjuto, esa mirada a medio ojo, esa rapidez de ejecución que le es propia, esa aparente indiscreción de arranques sin ser tal indiscreción, ese aspecto taciturno, concentrado, manso, dulce en el hogar, que se ilumina en las expansiones sencillas de la amistad, porque ante todo él es sencillo, en ocasiones humilde, en otras sublime por sus accidentos de modestia: siempre, siempre ésta ha sido su característica estructura». (1)

Abierto el congreso ordinario de 1886 en La Paz, se señaló por las vehementes discusiones a que dieron lugar dos proyectos presentados a su consideración: uno referente a la traslación de la capitalía de la república a La Paz, prohijado por los diputados Carrasco y Peredo, y, otro, a la prolongación del ferrocarril de Uyuni a la misma ciudad.

Apenas presentado primer proyecto se introdujo la moción de aplazamiento por los diputados de la mayoría que consideraban peligroso tratar ese asunto frente a los derechos adquiridos de Chuquisaca.

En vano quisieron hacer ver los autores del proyecto que era una necesidad de buena organización administrativa la solución de este asunto tan debatido desde la creación misma de la república. Sus esfuerzos resultaron vanos y estériles ante una decisión de antemano acordada, y en consecuencia hubo de votarse por la moción de aplazamiento en la sesión del 10 de septiembre, dejando así postergada la discusión de un asunto que sólo diez años más tarde habría de resolverse por la fuerza de las armas.

En la sesión del 25 de octubre se procedió a discutir en grande los proyectos de ley sobre construcciones de ferrocarriles, tema que con ardimiento había tomado el señor Arce. Comenzóse por la propuesta presentada por la compañía mine-

(1).—*El Comercio*, 1887.

ra de Huanchaca para prolongar el ferrocarril de Uyuni a La Paz, pasando por Oruro, «con la condición de que se le acordara la garantía del 6% sobre el capital invertido».

A muchos diputados les parecía demasiado subida esta garantía sabiendo que en Europa ganan los capitales por lo común el 4%, y otros creían que no daría grandes rendimientos el ferrocarril prolongado hasta La Paz, prefiriendo la representación de este distrito uno que partiendo de la ciudad fuese a rematar a un punto cualquiera de la costa peruana.

La oposición se hizo violenta y el ambiente de la cámara, como lo hizo notar Baptista, ministro de relaciones exteriores, era de recelos y desconfianzas. Pensaban unos que únicamente el interés inmediato del gobernante, principal accionista de Huanchaca, le empujaba a solicitar con tanto empeño la prosecución del ferrocarril, y se mostraban recelosos y suspicaces; otros, principalmente los liberales, creían ver en el ferrocarril una amenaza internacional de Chile y se mostraban desconfiados.

Aprobado el proyecto en grande en la sesión del 26 de octubre, se procedió a la discusión en detal, nutrida en incidentes imprevistos y en palabrería sonora y hueca, sin que en el debate se tomasen en cuenta las circunstancias anormales en que se iba desenvolviendo el país de cuyas condiciones de retardo económico e institucional pocos parecían darse cuenta. De ahí la justeza de las palabras del ministro de hacienda, señor Isac Tamayo, que decía con entristecida convicción: «Quizás en estos momentos no tengamos condiciones de nación, porque somos una porción de pueblos esparcidos, sin afectos, sin relaciones, sin espíritu de nacionalidad. . . . » (1)

La apasionada discusión de este proyecto, la resistencia irrazonada opuesta por algunos representantes, la facilidad y la festinación con que se prestaba a ser discutido un tema ignorado de todos en su tecnicismo, dieron lugar a que la prensa

(1).—*El Redactor*, 1889.

ejercitase con amplitud y poca versación su derecho de crítica yendo no sólo a rebatir el proyecto del ejecutivo, sino a manosear con insolencia la persona del gobernante, quien, nada dispuesto a dejarse vilipendiar, hizo apresar a los redactores de *El Imparcial* y suspendió temporalmente el periódico que se había constituido en el ariete más formidable contra el régimen conservador.

Enconáronse más los odios con estas medidas de franco abuso y pronto se hallaron los hilos de otras tramas revolucionarias, hábilmente tejidas mediante la insistente propaganda de la prensa que había llegado a sumar un buen contingente de periódicos liberales, frente a la pobreza numérica de los periódicos adictos al gobierno, que escasamente eran cuatro en todo el territorio de la república, subiendo a doce los de la oposición.

Era don Zoilo Flores, director de *El Imparcial*, detenido por orden del gobierno, que desde su prisión agitaba el descontento público llamando a declarar al personal del gabinete de Arce sobre la conducta del ministro de Hacienda, Isaac Tamayo, contra quien había intentado acción el periodista.

Los debates fueron ruidosos, movidos y se efectuaron a puerta abierta, frente a una barra hostil al gobierno. Flores quería probar «que la indignidad del señor Tamayo para ser ministro consistía en su falta de competencia, en su falta de honradez, y en su falta de moralidad».

Durísima prueba, prueba de fuego, iba a sufrir el ministro acusado, pues aunque muchos de sus colegas se negaran a responder al interrogatorio, hubo alguno, Baptista, que supo convenir que efectivamente corrían «muy malos rumores acerca del señor Tamayo» y que era escasa su preparación para el ramo de hacienda.....

Tamaño escándolo era preciso ahogar si no se quería echar por tierra todo el prestigio del gobierno. El periodista fue puesto en libertad después de tres meses de prisión y a poco Tamayo dejaba la cartera de hacienda para desempeñar funciones diplomáticas.

Entretanto se acercaba la fecha de las elecciones legislativas y era ardoroso el empeño de los candidatos por conseguir mayor número de adeptos, unificar las filas de los grupos, bien que la lucha se manifestase visiblemente desigual entre los partidos beligerantes, pues el uno, el del gobierno, contaba con el apoyo incondicional de las autoridades y la fuerza; y el otro, el liberal, con el de la mayoría de la opinión que si bien vacilante en un comienzo, al fin concluía por reprobar los manejos ordinarios y abusivos del poder, que desdennando reparos de índole legal, permitía la inscripción en los registros de los agentes secretos de policía, de los militares en servicio y de inválidos jubilados y enviaba, con pretexto de asegurar el mantenimiento del orden, tropas a las provincias notoriamente liberales.

Todos estos manejos, adoptados después como socorrido recurso por los posteriores gobiernos de uno y otro partido, no dejaban de provocar la alarma justificada de los liberales que veían como inútil la lucha con elementos superiores en fuerza material y en recursos de dinero, agravado todo con un sistemático plan de persecuciones desplegado por el gobierno contra aquellos que no le manifestasen su franca adhesión.

El choque fue rudo el día de elecciones entre los dos partidos, corriendo raudales de sangre en varios distritos, pues los del gobierno se habían apoderado de las mesas y rechazado a los representantes del partido liberal, que no era tal partido en concepto de la prensa oficiosa, sino facciones y grupos ligados únicamente por odio al gobierno.

La exasperación de los liberales llegó al colmo y no se detuvieron en proclamar abiertamente el derecho a la rebelión:

«Es ya imposible soportar la presión de la fuerza bruta. El despotismo ahoga nuestra libertad.

«El día de ayer no se ha dejado penetrar al recinto electoral sino a los de la consigna, que presentaban el santo y seña del cohecho . . . » ¡Fuego, ciudadanos, fuego! Nuestras

armas son la razón, el derecho y la ley; nuestro escudo la conciencia; nuestro estandarte la libertad....»

Las protestas se hicieron generales en toda la república y los escritores más calificados levantaron airado grito de reproche. La situación vino a complicarse con la proclama dirigida por el general Camacho desde su destierro de Puno a sus adherentes políticos y a la nación toda y en la que se incitaba sin escrúpulos a la revuelta y pedía la colaboración de los buenos para «arrojar del suelo de la patria la ominosa tiranía que desde hace veinte meses la viene llevando de oprobio y desdichas» y, al mismo tiempo, presentar «la resistencia armada contra ese gobierno de fraude y violencia que apoderado de los destinos de la República corrompe la sociedad y las instituciones patrias, y la precipita a su ruina».

La tolerancia en estos casos se habría traducido por debilidad y Arce había dado pruebas de no ser débil ni de sentirse contenido por escrúpulos de carácter legal. Ordenó, en consecuencia, que los agitadores fuesen perseguidos y encarcelados y al mismo tiempo envió a la frontera del Perú, a batir las fuerzas rebeldes organizadas por Camacho, a un militar notoriamente negado de saber libresco, pero de arranques temerarios, rígido en achaques de disciplina, fanático en su fe de sectario político y cuya vida ilustrada por actos de arrojo era comentada con fruición por los incidentes cómicos que en ella descubrieran los holgazanes de salón.

Esta comisión militar así encomendada no dejó de alarmar al agente diplomático del Perú que se apresuró en descubrir sus temores al presidente mismo de la República y a don Mariano Baptista, el canciller, previniendo a ambos que en vista de la «notoria dureza militar» del jefe, acaso no sería extraño lamentar algún abuso de éste en territorio de su nación; pero no fue escuchada la advertencia por el gobierno, quien únicamente anhelaba la derrota del caudillo liberal contra el que se había estrellado la prensa del gobierno de un modo implacable:

«No es el general Camacho, —decía esa prensa,— jefe de

un partido político que cultiva el derecho, sino caudillo de una fracción opositora, que por la fuerza y sin abnegación suficiente para dominar sus ambiciones quiere adueñarse de los poderes públicos de Bolivia».

Y luego hacía el retrato moral del caudillo recargando la nota aguda de su encono:

«*Viva el orden; mueran las revoluciones!* clamaba ayer con toda la fuerza de sus pulmones. Y tras este diestro golpe de escena, el pueblo, crédulo y trasportado de entusiasmo, le deparaba el lauro de los grandes ciudadanos. . . .» Pero el tiempo pasa destruyendo sus ilusiones y él «parece musitar: este tiempo es eterno». Se le apodera la ambición y «tiene sed, esa devoradora sed de mando».

«A fin de poseer las deidades de sus insanos desvaríos, apela a todo medio: a la impostura, a la insolencia, al disimulo, a la desfachatez; tuerce el sentido de las más sencillas nociones de moral; fabrica una extravagante y risible teoría de la ley, y después de proclamar esa ley de embudo, exclama con el agudo acento de un Robespierre a mula: «Orden en la ley».

«Y desaparece el ciudadano, levantándose el histrión!

«Solapado cuando maldecía las revoluciones, ridículo en Páris, lastimosamente follón cuando el 8 de septiembre, compungido y elegíaco en Puno, y loco de atar hoy: tremola el pendón criminal de la revuelta, mata el orden, huella la ley, marchita los laureles que antes le fueran deparados, enloda su reputación pasada, ennegrece su fama, prostituye su nombre; y, agorero de nuevas angustias para la sociedad, de nuevos escándalos y desgracias para el país y de nuevas y mortales convulsiones para su patria, abalánzase a conquistar el poder, cueste lo que cueste, aun cuando sea necesario surcar las ondas de un lago de sangre, aun cuando se vea en la precisión de festejar su triunfo con un gran banquete de cadáveres.

«*Viva el orden; mueran las revoluciones!* fue su muletilla de ayer . . . Hipócrita antes, cínico después, y hoy loco o criminal, desecha la espada del militar pandonoroso y abnegado

y esgrime el puñal para hundirlo en el seno de su desgraciada patria ... » (1)

No resultaron infundadas, por desgracia, las previsiones de don Manuel Rivas, el diplomático peruano, pues el jefe de la misión militar, don Ramón González, animado de excesivo celo para ahogar las manifestaciones armadas de un partido contrario al del poder, iluso de los deberes respecto a otros países, deseoso únicamente de salir airoso en su cometido y corresponder a la confianza depositada en su valor combativo, violó el territorio de la nación vecina yendo a perseguir en suelo extraño las dispersas y vacilantes y poco aguerridas huestes del caudillo liberal.

Inmediatamente de conocerse estas noticias, gratas para el gobierno, surgieron dificultades con el del Perú, cuyo agente diplomático se apresuró en presentar un pliego de reclamaciones en que pedía, por vía de desagravio, la destitución del jefe de las tropas regulares del gobierno, su castigo y el saludo al pabellón de la nación ofendida.

El canciller Baptista, anheloso de atenuar la dureza de la reclamación que habría de exacerbar la inquina del país contra el partido gobernante, quiso disculpar la actitud imprevista del jefe y la participación del gobierno en el atentado, enunciando una teoría por demás peligrosa y aun absurda y según la cual el derecho de defensa de un Estado, nacido de la propia conservación, «es fuente de la que emanan varios derechos accidentales o de ocasión, entre ellos, el de salvar las fronteras para dispersar rebeldes o destruir sus asilos militares, cuando sucede que se refugian en territorio ajeno para armarse contra el propio y seguir manteniendo la lucha, alentados por la falta de autoridad o escudados con la tolerancia del señor del suelo».

No se dejó esperar mucho la respuesta del agente diplomático de la nación aludida y vino firme, severa, casi dura,

(1).—*El Comercio*, 1890.

implacable en su lógica contundente, ejemplarizadora, irrefutable en su acopio de citas y de casos y según las cuales resultaba que la teoría del canciller boliviano ponía en peligro «toda soberanía nacional» y era un arma «en extremo peligrosa» para la seguridad misma de los países suramericanos, o, por lo menos, para aquellos que sustentasen tan extraña doctrina..

Ordenada, pues, la persecución de los periodistas y agentes provocadores, muchos fueron apresados y extrañados fuera del país. *El Imparcial* fue suspendido y con él otros periódicos de menor importancia y se declaró en estado de sitio la república. Las medidas de vigilancia fueron extremas. Agentes secretos se dispersaron en todas las capitales; se creó nuevos cuerpos de investigación no desdiciendo el concurso de gentes de la más baja ralea, cuando no de vagabundos estragados por todos los vicios, no siendo raro ver a ciertas horas, en palacio, grupos de miserables que iban a recibir el pre de sus viles servicios.

Los movimientos de protesta estallaron en varios puntos, y los caudillos liberales se mostraban llenos de una audacia singular hasta el extremo de que el coronel Pando no tuvo reparos en atacar Colquechaca, el centro mismo del foco arcista y producir el desorden en esa población minera del todo entregada a sus labores extractivas.

Este estado de zozobra en el país vino a complicarse con la noticia que corrió a fines de agosto de ese año de 1890 de que el ex-presidente Daza tocaba las fronteras de Bolivia con ánimo de someterse a los tribunales de justicia y afrontar las acusaciones de que se le hacían cargo y que eran casi unánimes en los bolivianos.

Sin embargo de todo esto y de la latente agitación subversiva, la gran obra, la obra de redención nacional, se realizaba sin tropiezos, metódicamente, pues el ferrocarril de Uyuni a Oruro se iba construyendo con loable actividad, tanto mas generosa cuanto que la vida de la nación, alejada de todo movimiento fabril o industrial, languidecía al soplo candente y de vastador de las pasiones políticas, que los pueblos criollos se

esfuerzan en alimentar porque es la política, —en su baja manifestación de honores, dignidades y empleos,—que permitía, y aun permite, poder vivir con relativa holgura a infinidad de gentes que su situación de tetradas las pone en condición de considerarse dirigentes.

Y fuera de la política todo yacía inmóvil y como muerto. La agricultura siempre estaba entregada en manos de los indios agobiados; el comercio, en la de los extranjeros angurriosos e indiferentes. La vida social, estancada, no se manifiesta sino por el exhibicionismo aparatoso de las gentes adineradas sometidas a la tiranía de los pisaverdes que habiendo salido del país vuelven a él para ostentar la abundancia de sus guardaropas y convertir la vida en un escaparate de trapos, del todo ajenos a los deberes de la labor metódica, reproductiva y horada.

Examinada con atención la obra emprendida por las familias de alto coturno de las sociedades bolivianas en el último tercio del siglo XIX, se ve que las más degeneraron y cayeron en los bajos fondos, sin haber realizado ningún esfuerzo para su propia conservación y mucho menos, por tanto, para el engrandecimiento colectivo. Pasaron preocupadas en nimiedades, agotando en continua malversación de fondos el patrimonio hereditario y permitiendo, por su pereza y falta de iniciativa, que sus riquezas territoriales se deshiciesen en parcelas diminutas o fuesen a parar a manos de menguados mercenarios.

Esa vida ociosa y perversa alcanzaba en ciertas localidades una monotonía realmente aplastadora, y su pequeñez y rusticidad se manifestaba en la vaciedad de su prensa que ni aun con noticias locales podía alimentar despierta la curiosidad de sus lectores. El caso de Potosí, la ciudad núcleo en tiempo de la colonia, era sintomático:

«Es tal la escasez de noticias locales que toda la prensa se alimenta con noticias de otros departamentos. Las novedades se reducen a las siguientes: *no ha llovido... piensa llover... lamentamos tal muerte... felicitamos a fulano en su cumpleaños...*»

Es bastante; la gente no piensa en más. Esa sociedad centro de la antigua aristocracia, ha caído submergida implacablemente en la mestización de sus mejores elementos y ahora predomina el tipo criollo, perezoso, atrabiliario, de gustos primitivos, totalmente desprovisto de toda noción de arte y de belleza. Esos gustos tienen manifestaciones horrendas: la vieja piedra de los viejos monumentos coloniales, pulida y tallada con amor por artífices de gusto milenariamente depurado, es nivelada primero con cal y estuco y borrada totalmente después con sucesivas capas de pintura de color subido y llamativo...

El espectáculo de la vida social no es diametralmente opuesto en los demás centros urbanos. En La Paz, asiento provisional del gobierno por esos días; en Chuquisaca, centro de los acaudalados de mayor volumen y de las gentes con más afinada cultura social; en Cochabamba, país de estudiosos verbosos y de terratenientes satisfechos, toda la vida se concentraba en las inquietas andanzas de la política y todos los asuntos de interés privado o público, se resolvían al calor de las influencias de partido, con mengua a veces de la razón y de la justicia.

Como muestra de entancamiento social, hé aquí la descripción de un domingo en La Paz en los comienzos del año de 1892 y hecha por pluma manifestamente heperbólica:

«El rico paceño, monta en su elegante carruaje o en un brioso caballo de mezclada sangre y sale a alguna de sus quintas de Potopoto u Obrajes y allí en compañía de algunos amigos bebe un baso de cerveza recostado en su hamaca.

«El artesano regularmente se embute en una taberna y gasta en chicha y aguardiente los pocos reales que ha atesorado durante los cinco días de la semana, pues la semana del artesano solo consta de cinco días útiles porque el lunes no es para él un día como cualquiera: ha sido elevado a la categoría de *San Lunes*.

«La juventud de La Paz se concreta a aplanar las calles y a saludar a las niñas que asomadas a sus balcones sonrien carifosas a los paseantes»

A fines de septiembre del año de 1890 se hizo pública la noticia de que el general Camacho renunciaba la jefatura del partido liberal, que en concepto de la prensa oficialista, venía demasiado tarde: «Tarde para la patria, por los irremediables males y tremendas afrentas que le ha infligido; tarde para el partido que no supo dirigir con acierto. . . .»

Y, en tanto, las labores congresales seguían apacibles, cordiales y monótonas, pues excluida la representación del partido adversario con excepción de unos cuantos diputados liberales que, con su verba y actitud, mantenían latente el fuego de la resistencia, aunque sin mostrar grandes bríos y antes invadidos de una especie de desmayo después del ruidoso fracaso de sus planes de revuelta tan dura como enérgicamente reprimidos por el gobernante de hierro,—se notaba en los demás una especie de laxitud, cansancio y un como arrepentimiento por la esterilidad del esfuerzo y la poca fortuna de las intenciones.

En este estado en que había de una parte la imperiosa necesidad de la paz estable, y, de otra, la de la seguridad garantizada, el grupo parlamentario de la minoría convino en acercarse al gobierno para pedirle la cesación de las hostilidades contra el partido vencido.

Fue el diputado por Potosí, don Antonio Quijarro, amigo personal de Arce, quien recibió la misión de gestionar estas negociaciones para conseguir la suspensión del estado de sitio «y llevar la tranquilidad a los hogares, decretando una amnistía general, por cuanto que, a juicio de los H. H. diputados cuya representación ejercía, el orden público se hallaba sólidamente afianzado».

Arce, deferente a esta demanda, convocó a sus ministros a un consejo de gabinete, los cuales, confirmando los temores manifestados por el presidente, aseguraron que existían en el país trabajos secretos para alterar ese orden y fueron de opinión que solo se concediese la amnistía sin suspender el sitio. En esta virtud se dió a fines de octubre el decreto de amnistía condicional que «no cierra a nadie la vuelta del destierro, con

tal de que los ciudadanos incluso en las reservas que ella establece, manifiesten directamente al gobierno, el propósito de abandonar las vías de hecho y de acatar el orden constitucional contra el que atentaron».

Pocos días después, y en vísperas de clausurarse el congreso, los representantes de la mayoría proclamaron por unanimidad la candidatura presidencial de don Mariano Baptista no obstante faltar aun dos años para la renovación del poder ejecutivo y el marcado tropiezo diplomático que el gran orador había dado en la emergencia con el Perú, ya relatada.

Al propiciar este nombre, decían los periódicos conservadores refiriéndose a la actuación del nuevo candidato:

«Su pasaje político en el escenario boliviano, no tiene sombra. Es uno de los pocos que ha podido salvarse del naufragio en que la mayor parte de sus hombres públicos ha caído y perecido. Son sus prendas: patriotismo incontrastable: amor a las libertades cualquiera que sea el sacrificio que impongan: lealtad a la justicia y a la causa constitucional, por ardiente que sea la prueba: conocimiento profundo de las cuestiones de estado: moralidad y honradez privada ejemplares...»

Sinceras hasta cierto punto eran las intenciones del gobierno al acordar la amnistía como medio de desarmar el enceno de los adversarios, quienes, acogiéndose a esta gracia, volvieron los más al país presentándose ya mas tranquilos aunque guardando un profundo rencor secreto por las penalidades padecidas en el exilio.

Reapareció *El Imparcial* al año cumplido de su clausura, el 6 de mayo de 1891, sin perder nada de su tono batallador, y su segundo número de la nueva era fue para protestar vehementemente por la candidatura presidencial de Baptista, elaborada, en su concepto, en las esferas de gobierno.

En esto, un lamentable incidente que tuvo por actor al mismo presidente de la república vino a avivar las resistencias que este había sabido crearse por su carácter hosco y sus bruscas maneras de hombre vanidoso y sediento del acato a que se creía acreedor por su alta investidura de primer magistrado.

Paseando una mañana con su cuerpo de edecanes por la ciudad, acertó a pasar por frente del edificio universitario en cuya puerta había varios estudiantes de la facultad de derecho, los cuales, al verle, se destocaron con temeroso respeto menos uno que permaneció con las espaldas vueltas, en actitud algo desdenosa. Se detuvo el presidente, pálido de coraje y llamando a grandes gritos al estudiante irrespetuoso le cruzó el rostro de una bofetada cuando este se le hubo aproximado reprochándole al mismo tiempo su falta de urbanidad por no haber saludado, como los otros.

El escándalo fue enorme, y grande la irritación de los universitarios cuando se conoció el incidente relatado con subido color por el estudiante ultrajado. Se movieron los universitarios como agitada columna, y lanzaron dos airadas protestas ambas facultades, vibrantes de indignación, valientes, altivas.

«Si al señor presidente,—decían los estudiantes de derecho,—le complace la sociedad de los esclavos, quédese en palacio; que allí vegetan los de relumbrante librea, y los que de rodillas y sombrero en mano y la vista baja, lo saludan como antaño al Tirano del Capitolio...»

Dura era la lección y debió abrir hondísima huella en el corazón del extraño mandatario, que en el primer momento influyó entre los miembros de consejos de instrucción para formar y organizar un proceso contra los estudiantes signatarios de las protestas; mas era llevar demasiado lejos las cosas en esos instantes en que públicamente se decía que los partidos liberal y demócrata, aliados primero, enemigos después, iban haciendo gestiones de aproximación con el único objeto de oponerse a la candidatura de Baptista.

Así era, en efecto.

Los directores del partido demócrata habían sufrido muchos y crueles desengaños de la política arcista. Pretendieron, legítimamente, la participación en el gobierno y Arce los había excluido sin temor y sin engaño. Pacheco tuvo la debilidad de señalar algunos de los suyos para el desempeño de ciertas altas funciones, y casi ninguno pudo obtener el logro

de sus aspiraciones, a no ser el jefe, nombrado desde el primer instante ministro de Bolivia ante algunas cortes europeas y restituído así en la misma forma con que favoreciera él a Arce. La reciprocidad en este punto había sido, pues, rigurosamente llenada; pero por excepción y como deferencia al jefe aliado.

«Buena la hemos hecho con semejante mula!»—declamaba Pacheco lleno de rencor y de nostalgia al ver los manejos exclusivistas del presidente y ansioso de poder llegar a la situación de retornarle en la misma forma sus desdenes.

Y se reorganizó su partido «con la segregación de los elementos que las adulteraban o tergiversaban» sus doctrinas y con el deseo de negar «su concurso y apoyo al actual gobierno»—según dijo *El Imparcial* y establecer un acuerdo «entre el pueblo—son palabras de los demócratas,—que exige garantías amplias para el libre ejercicio del sufragio y el gobierno que la otorga, sin el designio de intervenir oficialmente en la acción de la voluntad nacional».

Largas, laboriosas y difíciles fueron estas gestiones que desde su iniciación no hallaron franco apoyo en ninguno de los dos partidos. Ambos pretendían hacer prevalecer sus principales puntos de vista sacrificando la causa fundamental de sus propósitos,—la veracidad del voto.—a la ambición personal de los dirigentes. Se iniciaron estas gestiones con la reorganización del partido liberal en La Paz bajo la presidencia de don Julio Méndez que llevó a la discusión un proyecto con tres principales bases:

1^a—Procurar la unión de los partidos liberal y demócrata para la elección presidencial de 1892. 2^a—Realizar esta unión dejando subsistir la autonomía de cada uno de ellos, bajo la comunidad de una sola Convención Electoral. 3^a—Autorizar al directorio liberal de La Paz para procurar los anteriores fines».

Aprobado el proyecto en el miting de 7 de junio de 1891, el presidente, para mejor predisponer la mayoría de las masas que tachaban de herético al partido en formación, hizo su de-

fensa caracterizando en un pasaje el desenvolvimiento de la política en Bolivia:

«Tres generaciones van pasando y con la vuestra juvenil, que aun no ha dicho su última palabra, son cuatro que corresponden a otras tantas evoluciones de nuestra historia nacional: La primera realizó la independencia y se halla comprendida entre Murillo y Miguel Lanza; la segunda fundó la república y está comprendida entre Santa Cruz y Velasco del 48; la tercera vió y actuó la guerra civil y corre desde Belzu hasta Daza. Yo pertenezco a esta tercera, que ya no tiene en pie sinó una mitad de la desgraciada generación a la que cupo tan triste destino» . . .

Solo que todas esas generaciones, las anteriores como la que actuaba, únicamente habían tenido en mira pequeñas aspiraciones de grupo o locales sin levantar la conciencia a la meditación de los destinos comunes. Por eso, al caracterizar la política del gobernante industrial, bien pudo decir un gran periódico del Continente, *La Nación* de Buenos Aires, esto, al referirse a los partidos políticos en Bolivia:

«Hay dos clases de lucha en este pueblo en donde la inteligencia vive y progresa como en Colombia, el cuerpo se mantiene casi estacionario o avanza a lentos pasos. La lucha de las ideas sin partidos y la lucha de partidos sin ideas. . . El gobierno del señor Arce ofrece el mas singular contraste en su manera de administrar la cosa pública. Abiertamente franco para todo lo que sea movimiento industrial o perfeccionamiento de las vías de comunicación, se muestra restrictivo en punto a doctrinas y prácticas políticas, inclinándose marcadamente hacia el clericalismo» . . . Y al sostener que los partidos en pugna llevan sus elementos mezclados y solo se veía en el fondo ambiciones personales, añade que esos partidos no son tales, «porque no tienen doctrinas, sino caudillos, y porque en la lucha no se contraponen programas, sinó aspiraciones de cálculo. Ese es patrimonio común,—añade,—de todos los pueblos en donde el movimiento material no está a la altura del movimiento intelectual, y en los que faltando las industrias no

queda franco mas camino que el de los empleos públicos y de los puestos rentados por el fisco. . . »

Llevada la proposición de Méndez a los directorios departamentales de ambos partidos, comenzaron a moverse los personajes calificados de ellos, y también los del gobierno que veían cernirse un peligro en lontananza y claramente señalado por los nuevos e innumerables periódicos que fueron apareciendo en las diversas capitales de la república, hasta sumar la crecida cifra de 29, periodiquillos de combate casi todos, efímeros, venales, verbosos y terriblemente huecos y que solo servían para atizar el apetito de los caudillos y hacer nacer en las masas vagas aspiraciones de dominio y los cuales morían a poco de nacer, de consunción unos y de hartazgo otros, según la fortuna de sus mentores.

«En Bolivia tenemos un periódico por cada 60.000 habitantes; pero de estos 60.000 apenas 5.000 sabrán leer; leer periódicos, 1.000; y pagarlos... ¡veinte!—decía *El Comercio*, periódico oficialista.

En medio de esta agitación de papel impreso y andanzas coalicionistas, llegó una fecha volante que siempre fue celebrada con más o menos aparato en Bolivia: el cumpleaños del presidente.

En este año se quiso dar excepcional importancia a este acto. Urgía poner de relieve la figura moral del mandatario evidenciado su obra realizada en los dos años de su agitada administración. A este efecto se confeccionó un programa vistosísimo, únicamente superado por los que hacía componer Belzu con sus servidores, y en el que había retretas de gala, serenatas de artesanos, dianas y salvas militares, misas de gracia con *Te Deum*, visitas oficiales de todos los magistrados y militares del ejército, instalación de establecimientos de enseñanza, inauguración de edificios, despejos militares y comidas durante cuatro días, faltando solo las carreras de toros enjalmados de plata para retrogradar a los tiempos del pródigo caudillo popular.

El 17 de abril, fecha del cumpleaños, el periódico de go-

bierno, luego de dedicar sus columnas a la cerrada alabanza de los actos del gobernante y a su entusiasta biografía, consignó el decreto presidencial de amnistía por el que anhelaba «cubrir con un velo de olvido los pasados errores políticos».

No debieran considerar sinceros estos propósitos los jefes de los partidos adversos porque seguían ahondando en los trabajos iniciados para propender a la coalición de los grupos liberal y demócrata, y los cuales trabajos iban resultando estériles por el desacuerdo que entre ellos se había suscitado por no saber cuál de los dos sería el que designase el candidato a la presidencia. Esta actitud del partido demócrata, aliado ayer al partido de gobierno, no encontraba explicación razonable en concepto de éste; pero, cegado por el despacho, recién se puso a descubrir las deficiencias de Pacheco en quien se encontraba, «la superficialidad, la pobreza de una inteligencia inculta, naturalmente incapaz de comprender los vastos alcances y los medios posibles de una combinación de partidos». Pacheco, sostenían, era en mucho inferior a Camacho, sin valer gran cosa éste. «Político chorreado» por los exesos sexuales solo había alcanzado a gobernar al influjo de sus riquezas y nadie le había reconocido nunca en Bolivia talento político.....»

Con todo, y eo vísperas de las elecciones legislativas de 1892, ambos jefes lograron ponerse de acuerdo nó sobre los puntos de un programa de gobierno, cual acontece en todas partes, sinó sobre la participación que tendría cada partido en el poder una vez alcanzado el triunfo plebiscitario.

Las conclusiones eran estas:

«1^a El partido unido que ha tomado el nombre de *Liberal—Demócrata* reconoce por sus jefes actuales a los señores don Gregorio Pacheco y general Eliodoro Camacho; y en tal carácter los considera igualmente dignos de representarlos en el poder supremo. Por consiguiente los grupos demócrata y liberal tienen derecho a elegirlos indistintamente en la próxima lucha de mayo venidero.

2^a Cada grupo, poniéndose de acuerdo con sus actuales

jefes designará a los respectivos candidatos que deben figurar en las vicipresidencias.

3º El candidato que obtenga mayor número de votos en dicha elección de mayo, será el designado para ejercer la magistratura suprema, quedando librada a su honorabilidad la designación justa y equitativa de las personas que han de colaborar con él en las tareas de la administración pública, prefiriendo en todo caso el mérito en donde quiera que se encuentre.

4º La designación de senadores y diputados se hará de común acuerdo por los respectivos directorios.

5º Es de carácter obligatorio y punto de honor político que las personas que figuren en la lucha eleccionaria de mayo, se sometan al presente acuerdo tan luego como se conozca la cifra que arroje el sufragio. Y serán considerados indignos y desleales a la fe de su palabra los que dejaren de cumplirlo...»

Ningún documento mejor que éste, pensado y redactado por Casimiro Corral, para caracterizar mejor las tendencias positivistas y egoistas de los partidos políticos que actúan en Bolivia, ayer como hoy.

Esos partidos que hoy se unen y mañana se dividen; que de pronto riñen como se confunden en un abrazo, nunca plantean programas con puntos de gobierno definidos, ni exponen criterios sobre los problemas que pudieran modificar la faz económica y social del país, ni menos entreven la posibilidad de poder mejorar las condiciones étnicas de la raza con la inmigración, como en otros países vecinos. Se disputan puestos, se unen y agrupan por el interés, muestran la garra y solo se limitan, en punto de programa, a reclamar por los derechos cívicos de los ciudadanos.

Puestos pues de acuerdo los jefes en este principalísimo y trascendental punto de la designación de candidatos y provisión equitativa de cargos, se dirigieron los dos al presidente de la república en una carta fechada el 9 de enero y en la que, entre otras cosas, le decían con lenguaje claro y hasta atrevido:

«Hace algún tiempo que el propósito del gobierno de im-

poner al país una candidatura presidencial, viene destacándose sin disimulo alguno y alarinado justamente a los partidos Liberal y Demócrata que lo consideran como un peligro a sus doctrinas... Llamamos la atención de usted y nos insinuamos, señor, con todo el encarecimiento del patriotismo, para que se sirva usted prevenir a las autoridades departamentales de toda jerarquía: que el orden público de la República queda desde ahora garantizado por los partidos Liberal y Demócrata; que no tienen aquellos necesidad de abusar de la fuerza armada a pretexto de conservar ese mismo orden; y que si desoyendo tan patriótica demanda, se obstinan en pervertir las instituciones democráticas y contrariar la palabra del primer magistrado de la República haciendo servir de culpable agente electoral al soldado destinado a la defensa de la ley y a la garantía de los partidos y cercasen las mesas electorales, e impidiesen el libre sufragio, o cometiesen fraudes que el poder no corrigiese; si tal sucediera, decimos, abandonaríamos nuestros actuales puestos, y cancelando el compromiso que hoy le presentamos, quedaría todo entregado a la expansión sin fin de los desagravios populares».

Sábase que Arce tenía un carácter hosco, autoritario, violento y vanidoso. La carta hirió profundamente su amor propio y resolvió no contestarla infiriendo así un ultraje a los dos candidatos aliados, a quienes parecía dar a entender que tenía en poco sus advertencias y amenazas.

Pero era estudiado el desdén porque lo positivo es que en el gobierno y sus círculos políticos existía la seguridad, oculta y secretamente alentada, de que realmente la mayoría de la opinión estaba del lado de los dos partidos coaligados, aunque su unión fuese ficticia y momentánea por no responder a los fines de un verdadero programa de gobierno sino a los pasajeros intereses de las personas.

Esto lo evidencian papeles impresos de la época lanzados en forma de boletines o en publicaciones eventuales que por lo común desaparecen casi del todo, sin dejar huellas en ninguna parte, ni aun en los archivos de las bibliotecas. Uno

de esos papeles volantes lanzado en Cochabamba el 17 de enero y transcrito en Potosí el 28, decía que los liberales habían aceptado en su partido, absolviéndolos de su «crimen de pachequismo» a algunos ciudadanos de ese partido, y que tal crimen se explicaba porque Pacheco se había presentado a la candidatura presidencial con el único título de ser «hombre nuevo». Esos partidos necesitaban, en concepto del pasquinista, de un verdadero y genuino «hombre nuevo», que sería «tabla de salvación para la república enferma» ya que los viejos eran «criminales despreciables como Pacheco, o patriotas honrados, pero agotados como Camacho».

Papeles de esta índole eran lanzados por el partido de gobierno, empeñado en imponer a toda costa la candidatura de Baptista, obstinadamente combatida por la mayoría de la nación.

Viendo que la propaganda pacífica de esta candidatura resultaba estéril para los fines del gobierno, pensó este en la necesidad de recurrir al sistema que entonces se introdujo, ó, mas bien, se habilitó en las luchas políticas y que produjeran tan favorables resultados en épocas anteriores, que muchos tenían la candidez de figurarse definitivamente pasadas. El espionaje, la delación y el terror reaparecieron como armas electorales.

Para el espionaje y la delación se echó mano de toda clase de elementos. El sacerdote, el militar y el vago se dieron a la vil tarea de pegar ojos y oídos a la cerradura del hogar; viéndose, hacia las postrimerías del gobierno del hombre fuerte, el lamentable espectáculo de encontrar en las escaleras, en el patio y en las antesalas del palacio de gobierno, a seres de trajes raídos, miradas oblicuas y vinoso aliento y los cuales iban a encerrarse en el gabinete de trabajo del presidente para delatar a los conspiradores simulados y recibir de sus manos la paga jornalera y envilecedora....

A estos recursos vedados, siempre contraproducentes, respondían con peligrosa habilidad los liberales exaltando y loando sin mesura, como lo hiciera el caudillo de las plebes,

Belzu, a «la clase laboriosa del pueblo,—que decían los periódicos,—a aquella que maneja los nobles instrumentos del trabajo manual» y que en su concepto, «es la base principal de las democracias».

El obrero manual, el cholo holgazán y sin oficio, era para los periodistas y dirigentes liberales, «alma y brazo de la democracia, paladín de las libertades, soldado incorruptible de la ley y del derecho».

La propaganda hizo prosélitos y fanáticos. La plebe había sido subyugada por Arce y Pacheco con el dinero; ahora era enaltecida con frases huecas y llamativas por los liberales. El resultado era el que se deseaba: mover la muchedumbre, introducir resortes en su alma adormida, hacer con las espaldas de los cholos el formidable trampolín que arrojaría alto a los más audaces.

Entretanto el candidato oficial, Baptista, en misión diplomática fuera del país, había iniciado sus trabajos electorales por medio de cartas dirigidas a sus amigos y adherentes descoliantes desde su residencia de Buenos Aires, las cuales se publicaban en todos los periódicos oficiales en medio de las subidas alabanzas que puede merecer un hombre en su país por una labor intelectual. Eran cartas de estilo rumboso, plagadas de brillantes lugares comunes y de promesas vagas e imprecisas, sin ideas determinadas de gobierno, sin propósitos de labor práctica en ningún género de actividad, pero que servían muy a propósito,—dada la inclinación general a las frases de efecto, a la verbomanía huera,—para hacer la apología del candidato, «cuya fama,—al decir de los suyos,—se repercute por todos los ámbitos de América y aun (¡y aun!) de Europa.

A principios de ese año de 1892 renunció Baptista su misión diplomática y se dirigió al país buscando sus fronteras más lejanas para organizar personalmente sus trabajos electorales.

Bien sabía él que eran rudas las resistencias que con su tenaz propaganda le habían promovido sus adversarios; que

sus prestigios de hombre de Estado estaban profundamente socabados por su adhesión inmutable a un gobierno despótico y arbitrario; pero sabía de igual modo que poseía el instrumento más formidable de dominación en las democracias analfabetas: la palabra fácil, torrentosa y rica en tonalidades de colorido y expresión; el gesto declamador que tan fácilmente degenera en payasada; el acento puro, cristalino, vibrante y ardoroso de una voz sugestiva y arrebatadora.

Porque Baptista era orador en grado superlativo. Feo, de una fealdad física rematada aunque nada repulsiva, cuando hablaba era tan grande la transfiguración que sufría que se presentaba hasta atrayente con los ojos brillantes, alta la frente espaciosa, arrogante la actitud del cuerpo magro y gigante, la mímica sóbria y llena de noble elegancia.

Con semejante arma de seducción irresistible, púsose a trabajar personalmente en su candidatura. Se dirigió primero a Tarija y después a Potosí. Y es en esta tierra de los metales fabulosos, legendariamente rica, que dijo en un discurso, acaso el más sustancioso, palabras de un hondo sentido filosófico y moral, nó ciertamente extrañas a las especulaciones de los pensadores, ya que en la filosofía positiva por boca de Comte primero, después en la sociogeografía por la de Buckle, habían difundido el culto ancestral de los antepasados y de la raza y que en esos mismos momentos un joven escritor francés, Mauricio Barrés, ya comenzaba a tomar como base de su teoría nacionalista después de haber pasado por el culto del yo sin que, al decir de Bourget, en este paso no haya ninguna contradicción sino una simple y mera concordancia:

«Es algo como una especie de sobrecojimiento,—dijo Baptista en su discurso del Colegio Pichincha,—que se apodera de mi espíritu al dirigirme por la primera vez, ya en la tarde de la vida, a esta ciudad de Potosí

«... La fisonomía de un pueblo como la de un individuo es el sello de los antepasados. Sería un contrasentido, raza sin antecesores.

«Notad bien ésto: un pueblo es tal como lo hicieron sus

padres. La solidaridad de las edades es una gran ley. La tradición es una gran fuerza.

«Quien aspira a la vida, partido social, partido político, pueblo, ha de tener tradición, su historia, sus recuerdos, actos que los definan. Sin eso habrá como un embrión para organizarse después con el curso del tiempo; pero el embrión no tiene todavía facultades para hablar; mucho menos títulos para mandar....»

A mediar febrero de ese año de 1892 lanzó Pacheco su candidatura presidencial, y poco después hacía otro tanto Camacho en virtud del acuerdo a que habían arribado los dos partidos, es decir, de proponer cada uno su candidato separadamente y preferir de los dos para la presidencia aquel que haya obtenido mayor número de votos. La primera vicipresidencia se atribuiría al candidato perdedor; y así las ansias de poder de los dos partidos se verían satisfechas....

El período de los clubs y manifestaciones populares que precede a toda elección fue particularmente movido y trágico en ciertas circunscripciones, como sucedió en La Paz donde solo en el espacio de un mes, hubo, si es que han de tomarse como honradamente veraces las informaciones de la prensa liberal, once muertos y 56 heridos....

Con todo esto las previsiones de los hombres serenos y de juicio estaban impregnadas de un pesimismo justificado pero nada querían ver los de gobierno, encogecidos como estaban por la pasión egoísta de retener a toda costa el poder, a despecho de la voluntad ya patente de la nación que se había apartado de un partido arbitrario y conculcador para plegarse a otro que se presentaba puro de faltas, invocando y prometiendo toda suerte de garantías, irreprochable y tesonero.

Mas no obstante la ceguera estudiada o natural de los hombres de la situación, queda, sin embargo, un documento valiosísimo para el estudio de esta época. Su valor se desprende del hecho de haber sido publicado en el periódico que entonces, y por muchos años, fue el órgano más autorizado de prensa,

dentro y fuera de la república y afilado naturalmente al partido de gobierno.

El Comercio de La Paz, obedeciendo a un criterio hasta hoy inexplicable, si se ha de tener en cuenta la pasión y la impostura con que se discuten la política mestiza en ciertos países, acogió en sus columnas una serie de cuatro cartas dirigidas desde aquella ciudad al periódico *La Unión* de Valparaíso poco antes de las elecciones presidenciales.

Dichas cartas escritas y pensadas con relativa serenidad y cuyo autor se ocultaba modestamente bajo el seudónimo de *Lex*, echaban una mirada retrospectiva a los doce años de gobierno legal, desde 1880, y hacían un certero análisis de la política desarrollada en ese período, de la formación de los partidos entonces en lucha y de la actuación de los hombres que habían subido al poder venciendo con loco derroche de dinero las resistencias de la mayoría nacional, hasta llegar a la conclusión de que el interés del señor Arce y de su partido era imponer al país la presidencia de Baptista.

«El señor Arce, —decía, —tan práctico en sus miras, ve en el Dr. Baptista el continuador de su gran política, de su vasto programa de transformación económica y de vialidad. No bajará tranquilo del poder público si no le ha asegurado la sucesión», sin embargo de que «hoy por hoy no es el hombre que tenga más probabilidades de llegar a ese alto puesto».

¿Y por qué no reúne esas probabilidades el hombre de más larga y brillante carrera pública en esos momentos en el país, y más bien las simpatías de la nación van al general Camacho?

El articulista atribuye ese alejamiento al carácter y a las ideas ultramontanas de Baptista, en absoluta oposición a las de la juventud «que no participa de sus arraigadas creencias religiosas».

«Debido a su carácter poco conciliador abandonaren su bandera, caracterizados miembros del partido nacional, para enrolarse en las filas del partido de don Gregorio Pacheco.

«Debido a esa profesión de fe, gran parte de la juventud

dorada que piensa y escribe y lo adoraba ayer, se ha alejado igualmente de aquel partido para afiliarse al lado del general Camacho convertido en representante de los principios liberales.

«Respetuoso observante de la constitución y las leyes a las que rinde el respeto de un verdadero culto, el Dr. Baptista pertenece a la escuela conservadora, de tono subido y no concilia jamás sus ideas con las innovaciones del liberalismo moderno nor moderado que sea. Creyente convencido no tolerará que durante su gobierno, si llega a él, se introduzca ninguna reforma en la Constitución, en la instrucción ni en la organización política actual.

«Inflexible y poco dado a las contempORIZACIONES, no admite los términos medios. Hará una política severa y si es necesario cruel para cimentar el orden y consolidar el principio de autoridad tan relajado por las contemplaciones del señor Arce; política que, prescindiendo de otras consideraciones, es quizá la que más conviene hoy a Bolivia. ¡Desgraciado de él si así no lo hiciera!

«Además una larga experiencia de desengaños, traiciones e infidencias ha convertido al Dr. Baptista en el ser más receloso, llevándolo al punto de dudar de sus propios amigos, de temer a los que más sincera adhesión le han prestado, y llegando de error en error a rodearse de satélites cuyos antecedentes no guardan armonía con el honroso pasado del gran tribuno.

De aquí resulta que muchos partidarios suyos, personas de elevada posición social, o se abstengan o se retraigan por los motivos expresados y por aversión al círculo que le rodea.

«Otro defecto censurado en él es su prodigalidad en promesas que no cumple y que talvez no pensó cumplir, defecto que también la ha hecho perder partidarios, quejosos de la falta de formalidad necesaria a un hombre de su elevada personalidad política»

«Su popularidad y prestigio fueron inmensos durante los gobiernos de Frías y Ballivián. Llegaron a su apogeo: algo han

decaído después. Tal vez rara vez han sido menores que en los momentos actuales en que se presenta como candidato a la presidencia.....»

Hasta aquí el corresponsal comenta y deduce: ahora preve, anuncia; y, al hacerlo, se anticipa a los sucesos descubriendo con sus palabras que fueron dispuestos y ordenados a medida de los deseos del poder. En la última de sus comunicaciones asegura el corresponsal anónimo que en el país se nota «un mal estar profundo que alcanza a todos los órdenes de la actividad»; que la intolerancia política y el miedo a las revueltas predominan y que existe una vaga inquietud y un vehemente deseo de que los hechos que se avecinan pasen de una vez con todo su cortejo de males.

Para la elección presidencial juzga que se emitirán 40 mil votos de los cuales, piensa, 16,000 irán a favor de Baptista; 12,000 a Camacho; 8,000 a Pacheco y los restantes 4,000 serán nulos. Y añade ésto que es pintura de lo que ha de venir:

«Por tanto ninguno de los candidatos obtendrá mayoría absoluta» luego,—prosigue,—será el congreso el llamado a decidir de la votación y como para entonces pachequistas y camachistas habrán de unirse y trabajar juntos, «es de presumir,—agrega,— que el favorecido sea el general Camacho».

Y añade en seguidá con una franqueza de hombre honesto:

«Solo el apoyo oficial decisivo y arbitrario del Dr. Arce a favor de Baptista, podrá modificar el resultado que preveo».

Y ese apoyo no cree el corresponsal que lo preste Arce. «Lo considero,—dice ingenuamente,—opuesto a sus principios y lo es también a la declaración solemne que hizo en su mensaje al congreso, de que las próxima selecciones serían enteramente libres.

«En resumen, tenemos el nombre del señor Pacheco descartado, el éxito de la lucha cuando más dudoso entre los otros dos candidatos, la candidatura del Dr. Baptista seriamente comprometida y la del general Camacho con las mayores probabilidades de surgir si el partido demócrata le es leal hasta el fin.

«Si el doctor Baptista por imprevistas circunstancias llega a la presidencia, no es el general Camacho hombre que se resigne a la derrota.

«Tendremos revolución y revolución sangrienta: lucha a muerte.

«Triunfando Camacho, tendremos el despotismo militar de antaño con todo su cortejo de proscripciones, de venganzas, de explosión de odio acumulado en el destierro, ambiciones famélicas que nadie podrá satisfacer, el derrumbe de cuanto bueno se ha realizado e implantado en estos últimos años, días de duelo y tal vez de ignominia»

En medio de este ambiente de recelos y desconfianzas se realizaron las memorables elecciones de 1892.

Los conservadores sabían que iban a perder. Visiblemente la opinión estaba pronunciada en contra suya y esto no lo ignoraban los dirigentes de ese partido. Entonces, no pudiendo dominar por la persuasión, echaron mano a los vulgares recursos de la fuerza y en algunos puntos se mostraron tan arbitrarias las medidas del gobierno, que fue preciso decretar la abstención de los partidos coaligados en la lucha, como hubo de suceder en Potosí, y, parcialmente, en Cochabamba y La Paz.

Ante las denuncias graves y concretas de la opinión no dejaron los periódicos liberales de plantear la cuestión de la nulidad de esas elecciones presidenciales, placiéndose en evocar las elecciones de los años 55 y 64 realizadas bajo los gobiernos de Belzu y Melgarejo para llegar a la consabida conclusión de que eran iguales o peores las efectuadas por Arce.

El cual, haciendo poco aprecio de los odios chicos y de los juegos titiriteros de la política, seguía trabajando en la obra que con el tiempo, y con más eficacia quizá que las escuelas desmanteladas y las universidades sin maestros, iba a contribuir al nacimiento de la industria nacional y de la riqueza privada y pública. Iba construyendo el ferrocarril de Uyuni a Oruro que los partidos de oposición combatían acervamente, bien sea con una falta de criterio político que los inhabilitaba moralmente para entender en los negocios del Estado o con una

mala fe sin límites, cuando no con ignorancia, malicia o perversidad propias de gentes bajas y enteramente dominadas por la pasión del odio.

El día 15 de mayo de 1892 hízose la inauguración del ferrocarril a Oruro con esa solemnidad pomposa con que los gobernantes criollos les place mostrar sus trabajos.

Tres días duró el programa de las fiestas inaugurales. El 14 de mayo hubo gran movimiento de gente en la ciudad con toda la que concurrió de los pueblecillos y villorrios aledaños atraída por la novedad del espectáculo. Se habían tendido rieles provisionales desde la estación a la plaza principal y las máquinas debían ir a reposar frente al palacio de gobierno, profusamente embanderado para la circunstancia.

Era entonces Oruro un pueblo con todas las apariencias de una aldea grande, interior como exteriormente. Enclavada la ciudad en medio de la llanura gris y pelada de vegetación y al pie de unos cerros chatos y horadados por túneles de las minas, sus calles eran estrechas, sin empiedre las más, con el arroyo hundido para dar paso a las aguas pluviales que corrían convirtiendo en fangales el piso o entrándose por las puertas al interior de las casas, pues que la mayor parte de esas calles carecían de aceras «aun en los puntos más céntricos» y tampoco se conocía el servicio de alcantarillas, ni de aguas corrientes, ni de alumbrado eléctrico. El agua era casi un artículo de lujo pues la traían de muy lejos y había que comprarla por cántaros. Las más de las casas eran solo de planta baja y pocas había de dos pisos. El techo era por lo común de paja y las paredes de adobe, desmesuradamente gruesas, servían para preservar el interior del frío intenso que perennemente reina en ese desierto de la meseta andina cuya elevación es de 3.715 metros sobre el nivel del mar.

Con una población escasa de 12,000 habitantes, la vida era dura por su falta de variedad, de emociones y hasta de comodidades. La gente sólo vivía en la labor jornalera, acumulando poco a poco bienes de los que después se gozaría con mesura y parquedad ya que el medio no se prestaba ni aun al de-

roche. Su vivir es lento, monótono, regular. De día, el trabajo en las oficinas de los ingenios o en el interior de la tierra, extrayendo metales; al atardecer, la reunión en las cantinas o en algún círculo herméticamente cerrado para evitar el polvo que el viento, siempre violento y continuo, levanta de la arenosa llanura y lo arroja al cacerío de la modesta ciudad para hacerlo viajar por las calles sin impiedre, cubriendo todo con el color parduzco de las cosas viejas . . . ; de noche, el yantar modesto, quizás la charla con amigos íntimos, en el salón sin hogar y sin lumbre, pobremente iluminado con bujías o lámparas de petróleo; el vagar por los asuntos ordinarios del día, el comentario sañudo y procaz de las debilidades de cada uno, la discusión acalorada e infecunda de los tragines electorales. . . . y así día a día, durante la vida. . . .

Las fiestas fueron pomposas, animadas y bulliciosas. El 15 de mayo, día del estreno, hubo, desde el amanecer, dianas militares, desfiles, corretear ansioso de escolinos. A la una de ese día se tendieron los rieles en la plaza y hora después entraron bajo arcos triunfales las locomotoras bautizadas con los nombres de *Arce*, *Oruro* y *Cochabamba*, «cargando,—cuenta un testigo,—tras sí, diversos carros y bodegas, lujosamente adornados de banderas y flores». En punta de rieles provisionales esperaba el mandatario rodeado de su gabinete, del cuerpo diplomático, de altos funcionarios y de un enorme gentío. Vestía Arce traje ceremonial, «con su banda tricolor al pecho y un sombrero de dos picos con enormes plumas de los colores de la bandera nacional».

Al remachar el clavo de oro en los rieles, Arce, profundamente emocionado, dirigió una breve alocución a su auditorio:

« . . . Me siento satisfecho al ver hoy mi obra terminada y estoy ampliamente indemnizado de las contradicciones con que la pasión unas veces y otras la ignorancia, se propusieron cerrarme el camino hacia este grandioso fin» . . . «Que el día de hoy sea el principio de nuestra regeneración. Dejemos que Bolivia se levante por la industria que vigoriza, por el trabajo que

eunoblece y por el orden y la paz que hacen grandes y fuertes a los pueblos»

Luego, — cuenta Baptista, — «arrojándose el anciano y junto con el choque de la percusión, resonaban como un sollozo estas palabras suyas: Muera yo; mátenme; llenada está mi tarea»

En la noche hubo el consabido banquete en palacio y ante el ambiente de admiración y respeto con que todos loaban la obra regeneradora, la alegría del presidente, de ese hombre animoso, fuerte y templado se traducía en lágrimas, en esas lágrimas del varón sincero que ve realizada una labor que fue el acicate más activo de toda su vida.

Al leer su último mensaje presidencial, tornaría a decir:

«Os lo afirmo sinceramente: el ferrocarril en Bolivia ha sido la constante sugestión de mi espíritu, una aspiración condensada desde lejos, en los anhelos juveniles y en los propósitos de la edad madura. He intervenido en la política del país sin otra mira y he buscado el poder con el solo objeto de realizarla»

Estas palabras constan en documentos oficiales y sólo las investigaciones de mañana podrán revelar si fueron sinceras y respondieron al propósito que enuncian, pues que un hombre público gaste buena parte de su fortuna personal, se busque enconadas malquerencias, haga cometer actos francamente delictuosos, caiga en abusos y violencias meditadas, transija y aun fomente el error, el vicio y las malas pasiones sólo para dotar a su país de elementos primordiales a su progreso, es cosa nunca vista en las democracias criollas de América, donde la ambición baja, la sórdida concupiscencia, la pueril vanidad, el egoísmo cerrado, el infantil exhibicionismo suelen comúnmente empujar a los gobernantes mestizos, casi siempre inclinados a favorecer sus propios intereses sin cuidarse mucho o gran cosa de los generales de la Nación.

Pero la obra así comprendida en sus verdaderos alcances por los hombres de gobierno, no era aceptada con igual criterio por el partido de oposición que veía en el ferrocarril

una seria amenaza para la integridad de Bolivia. El ferrocarril, decían los menos obcecados, era sólo un pretexto para justificar los desmanes políticos y los crímenes de los hombres adueñados del poder. «¡Maldito sea ese ferrocarril,—exclamaba un papel diario,— si él ha de servir para disculpar todas las indignidades de un gobierno que se ha entregado a los excesos de la prostitución política».

Otros, los más, abrigaban temores de conquista chilena. Para ellos, era Chile quien construía ese ferrocarril para completar sus usurpaciones comenzadas en 1879; y los que así pensaban daban a entender que la construcción de vías férreas debiera hacerse solo en el interior de la república, sin tocar fronteras de países lindantes y menos, por tanto, las de países enemigos....

Cuando en La Paz se supo que el ferrocarril se había inaugurado en Oruro, un periódico de la localidad no tuvo reparo en escribir ésto que refleja el pensamiento dominante en los partidos de oposición y que los señala con rasgos propios en esa cuestión, magna para el país:

«Las máquinas que penetraron a la plaza de Oruro, tienen la inscripción siguiente: FERROCARRIL DE ANTOFAGASTA A BOLIVIA. Esta inscripción equivale a decir que Chile está en posesión de Bolivia y que el potentado de Huanchaca es el protagonista de ese drama. ¡Ya no hay Bolivia! todo está consumado.....»

¿Era únicamente un recurso de propaganda electoral o una natural y condenable incomprensión de las cosas lo que les hacía escribir tales diálatas a los hombres de la oposición? Sea lo que fuere, malicia o tontería, es el caso que de esta manera se explotaba el candor popular en beneficio de un partido que al llegar más tarde al poder liquidaría, forzado por las circunstancias, una parte del territorio nacional para fundar sus prestigios históricos en el fomento de las vías de comunicación, es decir, en eso que precisamente es lo que ahora, a pesar de todos sus errores políticos y de su intransigencia sectaria, ha-

ce valiosa la colaboración de Arce en la obra de la definitiva constitución de Bolivia.

Efectuadas las elecciones presidenciales de mayo y pasada la agitación de momento, uno de los partidos de oposición, el liberal, zafando ya del círculo de las ideas generales, vio la necesidad, —por intermedio de uno de sus más cultivados miembros,—de proponer a la consideración del país algunos puntos de programa práctico, genuina y netamente liberales dentro del concepto moderno que pide a los partidos ya no teorías más o menos adaptables a la cultura o idiosincracia racial de un pueblo, sino puntos de vista de realización inmediata y tendientes a procurar el desarrollo moral, mental y económico del agregado social.

El programa propuesto comprendía estas materias:

SUFRAGIO UNIVERSAL. Estudio de su naturaleza y tendencias, y medios de darle su expresión más sincera.

ADMINISTRACION INTERNA. Aplicación del régimen electivo a diversas categorías de mandatarios. Mandatos temporales. Responsabilidad de todos los funcionarios delante de los tribunales del derecho común.

JUSTICIA. Elección de jueces por el sistema popular. Institución del jurí. Juez único en materia comercial. Jueces de aduana. El arbitraje. Garantías a los acusados. *Habeas corpus*. Interrogatorio público. Régimen penitenciario.

INSTRUCCION PUBLICA.—La enseñanza primaria confiada a la Municipalidad. La secundaria a un consejo de instrucción departamental. Profesorado de las mujeres. Separación de la Iglesia y del Estado. Los templos encargados al cuidado de los fieles. Presupuesto del culto. Laicalización de los cementerios. Pompas fúnebres entregadas a la industria privada. Las facultades de teología y los Seminarios libres.

ASOCIACION. Libertad completa de asociación.

POBLACION. Ensayo de inmigración.

PROPIEDAD. Ley Torrens. *Homestead*. Libertad de testar.

MATRIMONIO. Contrato privado anterior a toda ceremonia religiosa. Investigación de la paternidad.

DERECHOS DE LA MUJER. Derechos civiles, de propiedad más extensos. Derechos políticos. Su admisión en algunos destinos de la administración pública»

Apenas aparecido el esbozo del inocente programa en las columnas de la prensa, el jefe del partido, espantado quizás de la novedad de algunos principios, se apresuraba en rectificar al imprudente periodista que se había tomado la licencia de proponer puntos de doctrina que por su novedad y su intención radicalista, bien podían seguramente sublevar el sentimiento religioso y conservador de los burgueses que formaban en las filas de su partido liberal. Y le decía a Soria Galvarro, director de *El Liberal*, en carta fechada el 28 de mayo de 1892:

«Veo en el diario que dirige usted un aparte de crónica que dice: PROGRAMA LIBERAL, y en el que propone su colega, redactor de esa sección, una serie de cuestiones, de importancia absoluta para la ciencia especulativa, pero de muy relativa para nuestras prácticas institucionales.

«Usted está en su derecho para cobijar cualesquier polémicas y aun promoverlas; pero, como el partido político que tengo la honra de presidir se llama y es liberal políticamente, puede creerse que el cuestionario propuesto por un cronista, es aceptado en *lo absoluto*, como credo de partido entre nosotros, es de mi deber expresarle que el partido liberal de Bolivia, aquel que me honra llamándose su Jefe, no participa, ni con mucho, de las teorías que parece sustentar su cronista. El partido liberal está políticamente en las más avanzadas fronteras del ideal democrático, religiosamente se ampara en las creencias de nuestros padres y vive a la sombra bienhechora del catolicismo, que protege la Carta.

«Si me he permitido esta rectificación, que usted mejor que muchos la puede apreciar, es porque el diario que usted dirige es considerado como *oficial* del partido liberal, siendo así que, en el lecho, usted jamás acepta la previa censura de sus escritos, ni yo la propondría; única forma en la que es posible llevar la *palabra oficial* de un partido o de un gobierno».

Algo más que cambio de cartas hubo de haber mediado en-

tre el jefe del partido y el periodistas, porque en el mismo número se apresuraba Soria Galvarro en reconocer que los puntos propuestos, eran únicamente temas de meditación presentados a la consideración de los hombres estudiosos y de ninguna manera programa político para ningún partido en Bolivia, ni aun del propio liberal. «Estamos,—agregaba,—debajo de estas cuestiones en razón de lo embrionario de nuestra vida, pero estamos por encima de ellas en razón de la unidad religiosa de nuestro pueblo».

Y esto, a no dudarlo, era así.

Después de tanta agitación, a lo largo de más de medio siglo de revueltas, motines y cambio de hombres y de sistemas, el país aun se hallaba inepto para intentar reformas liberales y tomar el camino ancho de las instituciones verazmente reformistas.

En medio de estas andanzas que resultarían sin objeto, llegó por fin el período legislativo esperado con ansias por todos los partidos, particularmente por el liberal que creía imponerse ya no por el número como por la calidad de sus representantes en el parlamento, elegidos de entre los mejores por su preparación y sus cualidades combativas.

La situación se presentaba realmente desventajosa para el partido de gobierno. Hechos los cálculos se veía que los representantes de los partidos coaligados llegarían a constituir mayoría en el parlamento y en estas circunstancias se hacía delicada la posición del gobernante nuevamente elegido, Baptista, sobre quien pesaba, además, la tacha de no ser legalmente designado, pues que había omitido inscribirse en los registros cívicos, circunstancia que harían valer en su oportunidad sus adversarios como lo venía anunciando la prensa que creía encontrar en ese detalle un serio apoyo para la nulidad de las elecciones.

Podía, en verdad, complicarse el asunto dada la mayoría de los partidos de oposición en las cámaras y así debieran verlo las gentes de gobierno, porque en vísperas de acudir los representantes de La Paz a la reunión del parlamento convocado

a Oruro, el prefecto Tamayo, al parecer debidamente autorizado por Baptista, invitó a Camacho, jefe del partido liberal, a viajar a Oruro para entrar en relaciones directas con el presidente electo de la república, quien, dijo, estaba dispuesto, «a toda clase de combinaciones sin omitir sacrificio alguno».

Camacho, accediendo a la invitación, se puso en marcha hacia Oruro; y entonces los periódicos de gobierno lanzaron el grito de alarma asegurando que la presencia del militar en Oruro obedecía al oculto propósito de alterar el orden público.

Reunidos en conferencia el 3 de agosto los delegados de de los partidos contendientes, los del conservador, «como vencedores en el campo del derecho» manifestaron que el nuevo gobierno estaba animado de las mejores intenciones para respetar a los vencidos y aun llamarlos a la participación del gobierno, «con dos secretarios de Estado, cargo militar pasivo de importancia para el general Camacho y puestos encubiertos para otros que no habían actuado ardientemente en la última elección». Los del liberal respondieron al día siguiente rechazando toda participación en el gobierno y se comprometían a no discutir las elecciones presidenciales, siempre que se separasen de sus cargos a los militares y funcionarios públicos que con su intervención electoral habían ocasionado el derramamiento estéril de sangre; que el próximo gobierno no obstaculizará las reformas institucionales que habrían de proponer en las cámaras los del partido unido; que los representantes legales de este partido habrán de ser aceptados en el congreso sin discusión de sus credenciales, y, por último, que en los distritos donde se habían cometido fraudes y violencias se anularían las elecciones y se convocarían a otras nuevas.

Inconciliables como eran las bases propuestas por los partidos unidos, comprendió Arce que solo le quedaba el recurso de la fuerza para destruir la mayoría opositora en el parlamento, y, en consecuencia la tarde del 4 de agosto, día en que debían llegar algunos diputados para reforzar las filas liberales, se dio el decreto del estado de sitio y al rayar el alba del día siguiente se reducía a prisión a ocho representantes libera-

les para desterrarlos en seguida y antes de que el hecho fuese conocido en la población. Junto con los representantes se extrañaba también al jefe del partido liberal, Camacho, con otros veinte liberales de nota tomados en las demás ciudades del país, y todo con el conocido pretexto de que se iba tramando contra el orden público.

Al obrar Arce de este modo arbitrario y cínico no había echado un solo momento en olvido el recuerdo de la asonada que le prepararan sus adversarios a raíz de su elevación a la presidencia y decía con verdadera fruición:

«Los liberales me hicieron un 8 de septiembre, y yo les respondo con un 5 de agosto».- Y así se recreaba su espíritu que en veces solía aferrarse voluntariamente en el mal.

El tormento fue duro para los extrañados. Algunos murieron de pesar y con la razón extraviada; otros arrastraron una miserable vida de privaciones, y, los más, fueron inocentes víctimas no tanto de las necesidades como de la nostalgia, de la morriña que roc el alma del proscrito hasta quebrantar su fortaleza, implacablemente.

Y es que Arce había padecido de esos dolores en las proscripciones de su juventud necesitada, y, como buen psicólogo, sabía lo que significa y lo mortal que es un destierro para los espíritus timoratos de las gentes mediterráneas. Penar con el destierro al exterior a ciertos hombres, es matarlos. Los habitantes de los países mediterráneos, montañosos y sin inmigración, son, por lo común, apocados, tímidos e irresolutos fuera de su medio. Formados en la comunicación constante e íntimo de gentes de igual estructura moral y parecido desarrollo intelectual; hechos a la tibieza del ambiente terreno, con sus mimos del hogar, la simpatía de las relaciones y la respetuosa consideración de los inferiores, al salir al exterior se encuentran con la helada indiferencia de los extraños o su forzada cortesía si se cultiva su amistad, y entonces echan de menos con toda la fuerza de su espíritu la quieta paz del terruño, los hábitos caseros de vida, el abrigo y hasta los alimentos propios de cada región.....

Ante la arbitrariedad desmedida de los hechos, los demás diputados liberales, pasando por alto la curiosa teoría invocada por el gobierno de que «el estado de sitio no cobija inmunidades», lanzaron una airada protesta haciendo saber al gobierno que se había creado una situación de hecho con flagrante violación de los artículos constitucionales y que «no ocuparían sus asientos» en el congreso «mientras se restablezca el régimen absoluto de la Constitución».

Pero más airado todavía fue el *Manifiesto* lanzado por el caudillo del partido liberal, Camacho:

«Acusamos, a los gobiernos Arce y Baptista ante el mando y la posteridad como a reos de la soberanía nacional, como a violadores de las garantías constitucionales y como a calumniadores.

«Como a reos de lesa soberanía nacional: 1º por haber atentado contra la majestad del pueblo boliviano apresando y desterrando a sus representantes, revestidos ya de la inmunidad legal, y obligando de este modo a los restantes, a protestar y abandonar sus asientos en la Cámara:

2º por haber introducido en esta suplentes, o diputados con credenciales tachadas y por haber formado de este modo con nombre de congreso, una camarilla o club de partido, servilmente adicto a los intereses del gobierno, y en pleno divorcio de los nacionales, sin controversia en la discusión, sin contrapeso en el voto».

Y así, con este estéril e inicuo atentado, cerró su período presidencial el señor Arce.

CAPITULO III.

Baptista, el hombre de la legalidad, sube a la presidencia por medios ilegales.—Esbozo de su carrera pública.—Se niega a levantar el estado de sitio.—Actitud de las matronas de La Paz.—La fraseología opositora comparada a los programas de política práctica de algunos países vecinos.—Reaparece *El Imparcial*.—Retrato de Zolfo Flores.—Acusa con vehemencia a Baptista — Concepto del gobierno sobre el rol educativo de los maestros.— Se anuncia el viaje de Daza al país.—La capitalía enciende el odio jugareño.—Chuquisaca y su vida social.—Asesinato de Daza en Uyuni—Rivalidad de los ministros Alonso y Paz, candidatos.—Cunde la desmoralización en las filas liberales.—Retrato del *Tránsfuga*.—Se lanza la candidatura presidencial de Pando.—Programa de Alonso.—*Somos partido oficial*.—Éxito electoral de Alonso.

Allanadas de modo tan arbitrario las dificultades que se oponían para la exaltación de Baptista a la primera magistratura de la república, el congreso entró a sesionar después de haber incorporado en su seno sin discusión y por unanimidad a los diputados y senadores suplentes del partido del gobierno que habían acudido a Oruro, el mismo día en que fueron apresados y deportados los propietarios, circunstancia que autoriza a dar como evidentes las alegaciones de los opositores que sostuvieron que los manejos de esos días estaban perfectamen-

te ajustados a un plan de antemano concebido y en la confección del cual no era ajeno el propio Baptista.

El 8 de agosto dió comienzo el congreso al escrutinio de los votos presidenciales, y la función apenas duró dos días, esto es, el tiempo suficiente para hacer cómputos generales. La transmisión del mando se verificó con gran ceremonial. Arce, al dejar las insignias, declaró, una vez más, hallarse satisfecho de su obra y de sus actos. «Llevo al retirarme, —dijo,— la íntima persuasión de que no han sido vanos mis esfuerzos. El país los aprueba; pues me dá por sucesor al hombre más digno de gobernarlo y más adecuado para la realización de mis mas gratos ideales».

Baptista pecó de ramplón al responder el discurso protocolario, y no fue sincero consigo ni con los demás, porque, como tanta vulgar medianía, quiso dar un colorido nuevo a los sucesos y presentarse como un hombre que se «sacrifica» al aceptar el mando supremo de la nación.

«Nadie ignora en el país que mi aceptación del mando supremo, es un deber sin ningún aliciente personal que atenúe su dureza y de parte de los electores una imposición que no he podido desviar. No he tenido compromisos. Con nadie he pactado cambio de servicios. Nadie me lo ha sugerido..... Ageno a toda preocupación nacida de agravios, mantendré normalmente el orden acudiendo a la justicia del país.

«Regla de conducta será para mí, la huella trazada por mis maestros y amigos de pasadas constitucionalidades».

«Aniceto Arce, el último de ellos en el tiempo, y el primero para el progreso material; progreso cuyo estallido es como un resumen de sus grandes aspiraciones, deja la presidencia llenando su programa. Pueda yo decirlo al fin de la mía; mi tarea no ha sido inútil».

«Me pongo bajo la protección de la Provincia.»

Al fin, después de mas de medio siglo de dominio brutal del sable y del poder infecundo de las plebes condecoradas y enaltecidas, se ponía a la cabeza del Estado un hombre de ley y de principios.

Ese hombre, desde su mas tierna juventud, puso el enorme contingente de su verbo al servicio de las mejores causas luchando sin reposo por el reinado del orden, de la libertad, del progreso y de las garantías.

Nacido al comenzar apenas el segundo tercio del siglo, en 1832, ya en los establecimientos de enseñanza secundaria y superior sorprende y pasma a sus condicípulos por la agilidad de su talento esencialmente asimilador, y la elegancia de su palabra en extremo suelta, naturalmente florida, fluida, elegante, sugerente.

Nada admira tanto el alto peruano como la facilidad de la palabra; con nada se deja conducir con más soltura como con los discursos floridos aunque en el fondo digan muy poco . . . , o no digan nada. El orador pronto es su idolo: cree que un hombre que habla con grandes y sonoras frases ha de gobernar bien, y es un modelo de virtudes y perfecciones.

Y la palabra de Baptista resonó durante medio siglo en los ámbitos de la nación, y fue en veces una poderosa palanca para mover a las multitudes en defensa de las libertades públicas y privadas, pues el tribuno luchó contra la ineptia de Achá, los bárbaros despotismos de Melgarejo y Morales, las burdas insolencias de Daza, encontrándosele siempre del lado de la justicia, del orden, de la legalidad. Y ahora, como natural recompensa por el bien público, se le vé por fin alcanzar encanecida ya la cabeza y algo doblegadas las espaldas, el culminante sitio que los pueblos reservan para los más meritorios, los más abnegados, los mejores de sus hijos.

Pasados los festejos de la trasmisión presidencial, el nuevo gobernante se puso a ejercer sus altas funciones, con estricta sujeción a las normas establecidas por su antecesor, las cuales excluían todo propósito de avenimiento con el otro partido, no obstante sus reiteradas declaraciones de desplegar una política de concordia y apaciguamiento.

Tuvo, por consiguiente, el cuidado de rodearse de un elemento enteramente adicto a sus planes y propósitos eligiendo, para miembros de su primer gabinete, a personas de

entera confianza y francamente adictas a la política de, Arce. Uno de ellos, el ministro de gobierno, don Luis Paz, al dar cuenta de la constitución del primer ministerio, decía en una circular fechada el 28 de agosto que el presidente estaba animado de las mejores intenciones para realizar una política « eminentemente nacional » y que el estado de sitio subsistente sólo importaba una inocente « medida preventiva ».

Pero todo esto apenas implicaba esa fraseología pura de documento oficial que cuando es de carácter netamente político en Bolivia casi por lo común entraña una mentira palpable, y, a veces, descarada. Por lo demás, y como para evitar equívocas y acaso ilusorias expectativas, el mismo mandatario en su inevitable proclama a la nación, — otro documento de impostura oficial, — hacía saber al país que mantendría el estado de cosas creado por su predecesor y que se negaba absolutamente a conceder la amnistía reclamada por los espíritus ecuanímenes y suspender el estado de sitio, arma terrible para gobernar en momentánea tranquilidad, pues, — aseguraba el presidente, — « la anarquía que parece dominada con el recurso extraordinario a que apeló el gobierno predecesor del mío, no cesará en sus propósitos sino con su impotencia. Toda nuestra historia sin excepción de un solo caso dá testimonio de que el anarquista se prevale de las amnistías al único fin de reparar sus fuerzas y de buscar la coyuntura de nuevos desórdenes ».

Revelados así los propósitos del gobierno, distantes de todo intento de concordia, hizose necesario pensar en los extrañados a las mortíferas y lejanas regiones de Covendo y Creveaux donde sufrían toda suerte de padecimientos por la malignidad del clima y la penuria de alimentos. La iniciativa partió de las matronas de La Paz, sin distinción de preferencias políticas, quienes enviaron una solicitud al cristiano y católico presidente para que, prestando oídos al angustiado lamento de los hogares destruídos. « se digne dar a los confinados pasaportes al exterior de la república, para que de alguna manera de allí puedan atender a las neesidaaes de sus fami-

lias que sufren las amargas consecuencias de la ausencia indefinida y falta de comunicación de padres y esposos, cuyo trabajo es el sólo alimento que poseen».

A esta solicitud respondía el mandatario con una carta al obispo Baldívia de La Paz, por cuyo intermedio recibiera la petición de las damas, anunciándole que había ordenado se extendiesen dichos pasaportes en signo de su buena voluntad para oír todos los reclamos justificados.

Se creyó así ahogar el brote de las hondas inquinas, y, torpemente, sólo se conseguía abajar de pronto la llama de la hoguera con nuevo combustible arrojado encima: el fuego ciertamente iba a desaparecer por un instante para luego surgir crepitante, destructor e incontenible.

La prensa oficiosa se puso a celebrar todo lo realizado por el gobierno probando encontrar una explicación lógica a los sucesos. Dijo que Arce había salvado al país con su declinatoria del estado de sitio y el extrañamiento de los diputados opositores, que merecía bien de la patria y que por haber obrado de la suerte «le aplaudiría el porvenir...»

Mas seguramente las cosas no habrían ido a parar a donde después llegaron si la voluntad indomable de algunos pocos hombres no se hubiese alzado como una barrera infranqueable a las sugerencias de interés, del miedo o de la codicia.

Muchos de esos hombres no habían tenido tiempo ni oportunidad para conocer los negocios públicos desde las alturas del poder, y veían las cosas con ese espíritu algo simplista del hombre de estudio o del agitador, que cree que basta la buena voluntad para cambiar de un momento a otro a los hombres, borrar sus apetitos, sus necesidades, sus anhelos.

Se afanaban y luchaban con generoso ardor por limpiar toda injusticia y propender a que se realizaran y cumplieren los preceptos solemnemente consagrados por la Carta, que otros hombres estudiosos habían copiado de lejanos países, sin tomarse la molestia de ver siquiera si la condición social y

económica de su medio se prestaba al prematuro trasplante.

Y justamente en esos momentos de abusos gubernativos y de irrazonada fe en los principios consignados en los libros publicados en pueblos civilizados y por gentes de razas superiores, depuradas por selecciones milenarias, otros hombres de países vecinos, cultivados también bajo fuertes disciplinas, con ojos y cerebro propios, discurrían por su cuenta sobre los males y las deficiencias de su medio y decían cosas que nunca dijeron, ni siquiera sospecharon, nuestros doctores de la famosa universidad, nuestros estadistas de tierra adentro, nuestros hombres con campanillas de sabios legisladores y nutridos de ciencia infusa, pero que no supieron dejar ni una teoría razonable cuya aplicación al país pudiera haber producido una mejora en su marcha, un alivio en su miseria, un grado mas de altura en su moral.

«Utopía es pensar, —decía Alberdi en sus *Bases*,— que podamos realizar la república representativa, es decir, el gobierno de la sensatez, de la calma, de la disciplina, por hábito y virtud mas que por ocasión, de la abnegación y del desinterés, si no alteramos o modificamos profundamente la masa o pasta de que se compone nuestro pueblo-americano....» «No son las leyes las que necesitamos cambiar; son los hombres, las cosas. Necesitamos cambiar nuestras gentes incapaces de libertad por otras gentes hábiles para ella, sin abdicar el tipo de nuestra raza original, y mucho menos el señorío del país; suplantar nuestra actual familia argentina por otra igualmente argentina, pero más capaz de libertad, riqueza y progreso.....»

Idéntico era el lenguaje de otro pensador argentino, Agustín Alvarez, en sus libros *Educación Moral*, *Manual de Patología Política* y *South América*:

«Los pueblos no eligen su modo ser, constitución moral, como eligen su constitución política, optando entre las constituciones extranjeras....» «No se puede llegar al buen gobierno por una imitación imposible del resultado, sino por la «educación» de los individuos que, elevando el nivel moral de

las masas, les permita ver la materia política bajo una luz que les muestre en lugar del aspecto hueco el aspecto positivo.... Proponerle, pues, a un individuo, a un partido, a un pueblo, la imitación de otro reconocidamente mejor que él, es, pedirle que vea las cosas bajo una luz que no es la suya. porque sólo viéndolas de la misma manera podrá tomar en los mismos casos las mismas determinaciones de sus mejores. Darle esa luz es la cuestión, pues entonces hará lo mismo porque verá lo mismo, y lo imitará sin propósito de imitarlo» «Cuando la ley es producto de la costumbre, las dos marchan juntas y acordes; pero cuando la costumbre es propia y la ley es prestada, y fruto de una razón y de una conciencia más adelantadas, es como cuando un chico se pone el traje de una persona mayor: a simple vista se nota que el difunto era más juicioso.....»

«Los males de la América Latina han sido los extravíos de la razón, y sus enfermedades políticas son todavía las enfermedades de la razón. Las formas de gobierno que adoptaron no fueron elegidos por los consejos de la experiencia, sino «por los dictados de la razón». Su única experiencia política era la experiencia del despotismo; proscripta la experiencia, entraron de improviso en la democracia sin prácticas democráticas. Se hicieron maestros sin haber sido discípulos, estadistas sin haber sido alcaldes, legisladores sin haber aprendido leyes, generales sin haber sido soldados.... »

Estos razonamientos simples que nacen cuando honestamente se aplican los estudiosos a observar las particularidades del medio social en que actúan con objeto de exaltar sus buenas cualidades y corregir las malas señalándolas por lo menos con circunspección y sinceridad, no se engendraban en los cerebros de nuestros hombres que, cegados por la pasión del combate, atentos únicamente a la acción de las individualidades en el gobierno, sólo se afanaban por pedir el cumplimiento casi imposible de las normas ideales establecidas en la Constitución, manojos de papel que en la oposición sirve de férreo escudo para ensayar los ataques más temera-

ríos y que en el gobierno convierten esos mismos epositores en un miserable andrajo

Y como veían esos nuestros hombres que su acción y su deseo apenas eran tenidos en cuenta por mucho que para pedir o hablar invocasen el nombre de la opinión pública y se diesen como sus más genuinos representantes, extremaban el tono autoritario de sus voces, hacían lujo de generosa hombría y se presentaban perfectamente descortesés, cuando no groseros en demasía.

Zoilo Florez era uno de estos hombres. Su periódico, *El Imparcial*, fué para los gobiernos conservadores el más eficaz instrumento de su caída y queda hasta hoy como el modelo literario de esos periódicos de oposición en que con estile comúnmente ramplón y con falta casi absoluta de probidad moral se procede por el sistema de las afirmaciones violentas, desconociendo deliberadamente en el gobierno toda sana intención, todo espíritu de justicia, todo móvil desinteresado. Jamás en esos periódicos se reconoce la legitimidad o la oportunidad de una acción administrativa. Sólo se busca el error para explotar sus consecuencias en beneficio de la propia causa; sólo en la masa ven la fuente pura de todas las virtudes y abnegaciones. Su rol se reduce a loar las excelsitudes del pueblo para encontrar en él, a su hora, la escala impresindible para ascender a los honores, empleos y granjerías. . . .

Era don Zoilo Florez oriundo de Santa Cruz y desde mozo había fijado su residencia en La Paz, donde gozaba de mucho predicamento en el partido de oposición y en torno de cuya bandera se agrupaba lo más saliente de la juventud del país. De pluma fácil, mordaz, agresivo, valiente a toda prueba, despreocupado, poseía esa malicia heredada de los naturales de aquella región y cuya mas alta cumbre se muestra en don Gabriel René Moreuo, el más acabado de los escritores bolivianos. Terrible odiador del nuevo presidente, toda su labor estaba encaminada a mostrar los desaciertos de su administración y en ello ponía las vehemencias de su alma con una obstinación que llegaba a degenerar en manía.

Al producirse los acontecimientos de agosto, había sido Florez de los primeros en ser deportados, con Rodolfo Soria Galvarro e Ismael Montes, a las mortíferas regiones de Covendo, de donde pudo ganar, a costa de mil dificultades, la frontera peruana para de allí enviar a Baptisto una terrible carta de acusación en que le decía, con ese lenguaje virulento imitado después por todos los escritores de oposición, que se consideran víctimas de despotismos y se dan como vengadores de ideales públicos, que aun vivía para su mal. Y agregaba con vehemencia:

«La fuente de vuestro poder, es, pues, vuestro oprobio —es el asesinato. La insignia presidencial que cife vuestro pecho está teñido con sangre generosa de ciudadanos honrados. Vuestros favoritos de hoy y vuestro círculo íntimo, son los asesinos de siempre, organizados ayer en mazorca electoral por vuestro progenitor político, y a quienes debéis el poder que hoy ejercéis . . . »

«Por desesperante que os sea, pues, el fracazo de vuestro plan y de vuestros propósitos, es para mí satisfactorio anunciaros otra vez que no he muerto, que estoy vivo, que vuestros planes han salido fallidos y que, si insistis en sacrificarme en aras de vuestros odios implacables, teneis que abandonar vuestro sistema de jesuítica crueldad, que mata a pausas, declinando de responsabilidad, ocultando la mano que dispara el arma homicida y llorando sobre el cadáver de su víctima, pues no teneis ni el valor del asesino, que mata de frente, asumiendo la responsabilidad de sus actos y exponiendo su vida a los azares de la ejecución y de las consecuencias de su crimen.

«Pero esto es para criminales de carácter levantado, como Melgarejo, que mataba con su propia mano o por mano de sus soldados, con su revolver o sus rifles; y no para criminales jesuítas y cobardes como vos que matan lavándose las manos», etc., etc.

Las cámaras, entretanto, seguían desenvolviéndose en el marco de las expectativas contemplado por los dirigentes del

gobierno que sólo anhelaban asegurarse una mayoría congresal uniforme y disciplinada, porque, producida la protesta de los veintinueve diputados liberales, habíase llamado, como se dijo a los suplentes, de antemano reunidos en Oruro, y ahora desempeñaba sus funciones casi meramente políticas, sin tropiezos dentro de un ambiente de cordialidad amena y satisfecha.

Cierto es que al comienzo de sus labores apenas pudo evitar el tropiezo con algunas contrariedades provenientes de la protesta indicada, pues hubo varios diputados liberales que luego de estampar su firma en el documento en que declaraban abandonar su puesto, presentaron sus credenciales y aun se interesaron para ser aceptados en la cámara, de la que habían sido excluidos mediante resolución de los demás congresales.

Y es que su situación era realmente azarosa y no se prestaba a galardear una absoluta independencia de criterio o de conducta sin herir mortalmente el anhelo de figuración, grande en las gentes mediocres, o sus medios económicos de vida que por lo general y fatalmente determinan la conducta de la mayor parte de los hombres en estos tiempos sin honda poesía humana. Venían muchos diputados de las lejanísimas y despobladas regiones del Beni, Tarija o Santa Cruz, salvando lomo de bestia y a veces a pie, miles de kilómetros por entre bosques casi vírgenes, atravesando ríos sin puentes, navegando en balsas dirigidas, corriente arriba, a puro brazo de hombre, cruzando por senderos intrincados abiertos en los flancos de elevadísimas montañas, soportando calores de la vega, tempestades y vientos huracanados de la estepa, en más de un mes de viaje sin reposo y mal alimentados. Y venir así, con tanto esfuerzo, para, de pronto, por simple consigna de partido, renunciar, no sólo a la renumeración pecuniaria, sino a las fruiciones del ejercicio de un alto cargo de prestigio con su gaje de honores y dignidades, era en verdad una prueba demasiado dura para gentes modestas y de limitadas aspiraciones.

Concluido el periodo legislativo el gobierno trasladó su residencia a La Paz, pueblo de natural levantisco y el más inclinado a dejarse ganar por las promesas de mejoramiento

colectivo y de verdad institucional. Una vez allí se apresuró en levantar el estado de sitio y decretar una amnistía general para los expatriados, a condición de que éstos firmasen una declatoria por la que se obligaban a someterse y reconocer al nuevo gobierno, exigencia a la que hubieron de plegarse todos comenzando por los más recalcitrantes como Camacho y Flores, el periodista, quien, apenas hubo reabierto *El Imparcial*, entregóse con más vehemencia que nunca a criticar los actos del gobernante:

«El gobierno se amnistía, —dijo,— el señor Baptista borra con mano temblorosa esa mancha de vergüenza que afea los comienzos de su gobierno, sin poder borrar, por mucho que haga, el pecado original de agosto de 1892».

Pero ese partido que así atacaba al gobierno, a despecho de su indiscutible mayoría, daba muestras de hallarse acobardado por las incesantes persecuciones de que era objeto, y se notaba entre sus adherentes esa fatiga que se apodera de los espíritus superficiales [cuando no persiguen un gran ideal o no están reforzados de un temple sólido. Produjose, en consecuencia, varias defecciones, iniciándose así ese periodo conocido del cambio de orientación en todos aquellos que toman la política como un medio de conseguir ventajas puramente personales, indiferentes a un programa de avance institucional o de bienestar colectivo.

Poco antes de estos sucesos aconteció uno de bastante significación porque ilustra sobre las condiciones de norma intelectual bajo el que por entonces se vivía en el país y el concepto que los hombres de gobierno tenían del rol educativo de los maestros y profesores de universidad.

Habiéndose convocado a exámenes de competencia entre profesores para regentar algunas cátedras en la universidad de San Andrés de La Paz, se había presentado en calidad de postulante uno de los mas entusiastas e inteligentes liberales de esa época y cuya actuación en el periodismo se señalaba por su ilustración y competencia.

El examen comprendía las materias del derecho penal,

y el postulante, Rodolfo Soria Galvarro, seducido por las teorías de la escuela criminalista italiana representada por Lombroso, Garofalo, Ferri y otros, se puso a sostener la inexistencia del libre albedrío, con harto escándalo del tribunal examinador, muchos de cuyos miembros no habían oído hasta entonces defender tan peligrosas teorías que, para ellos, llegaban hasta el máximo límite de negar la existencia misma de Dios.

El examen fue lucido; pero el gobierno creyó de su deber no autorizar la exposición en cátedra de tan peligrosas teorías opuestas al credo oficial y a las íntimas creencias del primer magistrado, y negó su autorización al postulante. La medida fue aplaudida por la prensa de gobierno, porque «satisface a la opinión pública, tan inusitadamente sorprendida y agitada por las funestas ideas sostenidas por el examinado.

«Doctrinas que conmueven fuertemente la base social y han tenido en Europa por resultando inmediato el socialismo y el nihilismo; doctrinas del más desolante materialismo, no podían ser pacientemente toleradas por las autoridades mucho menos si socaban el fundamento de nuestra legislación penal negando la existencia del delito y de la libertad....» (1)

Por esos mismos días fue sacudida la modorra pública con el anuncio de la vuelta al país del general Daza que apostado en una ciudad peruana vecina a la frontera, parecía esperar un momento propicio para presentarse ante sus acusadores y contestar los cargos que desde hacía diez años iba reprochándole acerbamente el patriotismo exasperado por la derrota y la humillación.

Se decía en Bolivia, de un modo casi unánime, que bajo el pretexto de sincerar su conducta, lo que más bien ocultaba era el deseo de tomar otra vez personería en la política interior y llegar a manejar sus destinos dada la confusión que en esos instantes reinaba entre los partidos contendientes. Había

(1).—*El Comercio*, 1892.

perdido además casi toda su fortuna con su vida desordenada en Europa y aspiraba rehacerla a toda costa ya que había llegado a comprender que el dinero era una fuerza ante la cual pocos obstáculos resistían.

Animado de estos deseos que parecen reflejar un estado de conciencia, escribió de su residencia de París y con fecha 7 de noviembre de 1892 una carta al presidente Baptista en que después de felicitarlo por su ascensión al poder, se prometía hallar en el mandatario una garantía de seguridad para él en sus intenciones de restituírse a la patria, donde, agrega, «a pesar de mi prescindencia en política, podré ser un ciudadano dispuesto al afianzamiento del orden institucional».

Su segunda carta al presidente está fechada en Arequipa el 20 de mayo de 1893. Le confiesa que su silencio ante las acusaciones dirigidas contra él, ha sido premeditado y consciente. «Este mutismo, ha sido traducido por algunos como resignación de víctima confesa, y por muy pocos espíritus, como protesta sincera de un ánimo acongojado por los reveses del infortunio y privado de levantar la voz en el mismo teatro donde se me ha juzgado con sobrada injusticia». Y su deseo, su sola ambición, es volver al país, soterrarse en un pueblecito de las inmediaciones de La Paz, grato a sus recuerdos, después de «hacer luz sobre muchos puntos históricos referentes a la guerra nacional de 1879». Y con este fin se dirige al gobierno de su patria para que le permita ingresar al seno de la sociedad de que fuera excluido.

Baptista respondió de La Paz el 19 de junio, con acento sincero no desprovisto de cierta severidad:

«.....Se asienta generalmente ésto contra usted: «Las protestas del general Daza no pueden ser ni mas completas, ni más emocionadas que las que mantuvo junto al corazón del señor Frías. Ha perdido una gran fortuna, producto, en su máxima parte, del dominio político. Reconquistar este dominio para rehacer esa situación financiera es el gran estímulo que le trae a Bolivia »»

«Fuera de este juicio emanado de la historia de los par

tidos o del sentimiento contemporáneo, hay otro, resultado de la posición legal en que está usted colocado. Se cree que usted provocó la guerra con Chile sin conocimiento del poder extranjero, sin preparación del boliviano; deshechando, a sabiendas, los medios de avenimiento que se le imponían. Se le imputa una traición en Camarones....»

El conocimiento de estas gestiones y la expectativa de un próximo escándalo nacional, vinieron a dar algún relieve a la vida de las urbes bolivianas sumidas en un estancamiento de pereza, de pobreza y de resignación, pues esa vida pasa igual, sin accidentes, sin emociones. Lo solo que cambia en ciertas regiones es el aspecto de la naturaleza con sus mudanzas de estaciones: mas en otros sitios ni aún eso se conoce porque cielo es siempre azul y siempre pardo el yermo.

Por no saber cómo ocuparse la gente alejada de la política (los cholos y los indios), se afanan en improvisar diversiones donde pueden. Entonces buscan en las profundidades de su instinto y hallan allí ese sentimiento de recelo y de lucha que se traduce en el deseo de la camorra, de la venganza y de la crueldad. Y forman divisiones de grupos antagónicos, organizan bandas rivales y luchan todas las tardes de los domingos guerreando a hondazos en los suburbios de la ciudad, a vista y paciencia del gobierno que se guarda de refrenar el furor combativo de la plebe receloso de que acaso pudiera ejercitarse en la tarea de derribarlo....

Al mediar el mes de junio el gobierno dictó el decreto de convocatoria del congreso a la ciudad de La Paz, y con este motivo se levantó en el vecindario de Sucre un fuerte clamor de protesta, que en momentos llegó a adquirir el tono airado de indignación. Esa medida era atentatoria de las prerrogativas de la capital, donde forzosamente debía funcionar el legislativo por disposición expresa de la, y no se veían las razones por las que el gobierno había cometido la festinación de violarla. La Paz era una pobre ciudad donde abundaba el elemento indígena, una aldea con pretensiones de urbe y a la que era preciso señalarle de una vez su secundario rol....

Saltaron así los enconos lugareños, los egoísmos colectivos, aun no apagados en tantos años de vicisitudes, y recrudció casi repentinamente el odio regional, porque la prensa paceña no se quedó corta en los agravios y dijo de Sucre que eran una ciudad «reducida y pequeña, que no puede proporcionar a sus huéspedes ni siquiera mediana comodidad, que aleja por su escasez e inmensa distancia aun a los representantes de las diversas naciones que se hallan con relación en Bolivia».

Mas si bien su escasez y su difícil alejamiento constituían en verdad entonces y constituyen aun hoy las causas inmediatas de su relativo estancamiento, su vida social y mundana de hace un cuarto de siglo era la más activa y la de mejor tono en el país, pues era la única ciudad que podía contar con gentes verdaderamente adineradas y que habían recibido educación y normas de vida aparatosa en sus viajes por el mundo civilizado.

Era una ciudad de viejo estilo colonial, con casas de grandes balcones florecidos y gráciles arcadas blancas, su enorme plaza circuida de poyos de piedra y arcilla y a la sombra augusta de la Catedral de alta, alba y solitaria torre, y con sus gentes de ingenio ágil, mordaz y maldiciente, vestidas a la moda y paseando su indolencia y su pereza bajo un cielo claro, de tibio ambiente e infinitamente dulce. «La vida fácil,—dice un gacetillero de la época—; la competencia profesional, escasa; la industria, restringida; el comercio, casi por completo local y por consiguiente limitado; las distracciones raras, permiten a la juventud masculina frecuentar las aulas, de donde sale, anualmente, un buen número de doctores en derecho, que llevan como simple adorno su título y hacen política y gaceti-llas en los periódicos», sobre todo política y chistes picarescos y licenciosos.

El congreso de ese año de 1893, fue, cual era de esperarse, agitado y lleno de incidentes promovidos por la discusión del golpe de Estado de 5 de agosto del año anterior y del estado de sitio dictado luego para asegurar mejor los efectos de ese ilegal recurso de fuerza y deportar a los adversarios re-

calcitrantes e irreductibles. El Ministro Paz sostuvo la teoría de que aun cuando el nuevo gobierno había encontrado una situación de hecho al poseccionarse del mando, asumía, con todo, la responsabilidad de los actos realizados por su antecesor tendientes a mantener el orden institucional seriamente comprometido por los torcidos manejos del partido contrario; y su defensa fue acogida con loas por la cámara que hubo de discernirle un voto de confianza, mostrando así estar siempre animada del más cerrado prejuicio partidista.

Obtenido este fácil triunfo, ese ministro dió conocimiento a la cámara de las intenciones de Daza para restituirse al país y los trabajos que en ese sentido venía gestionando ante el gobierno, el que bajo ningún motivo podía negarse a rechazar una solicitud de semejante índole.

Los diputados, que conocían el espíritu belicoso del militar y sus declaraciones hechas en ruta, se alarmaron con la noticia y presentaron dos mociones, la una ratificando el voto de la convención del 80 que declaraba a Daza «indigno del nombre boliviano», aprobada por unanimidad, y la otra de acusación por traición a la patria, violación de garantías constitucionales y malversación de fondos públicos y que pasó a la comisión respectiva para seguir los trámites fijados por ley.

El debate en el senado fué impresionante porque hubieron de comparecer para defenderse los ministros de Daza, comprendidos en la acusación; mas el fallo, siéndoles favorable, no alcanzó a Daza en su integridad, pues descartados los puntos de acusación de traición a la patria y violación de garantías constitucionales, declaró, haber lugar a la acción contra él «por el delito de malversación de fondos públicos».

Conocido el fallo del senado, pasó el proceso a conocimiento de la Corte Suprema de Justicia, la que libró mandamiento de aprehensión contra el acusado.

Daza, al tener conocimiento de estos hechos, envió, desde su residencia de Arequipa y con fecha 17 de febrero de 1894, un telegrama al presidente Baptista anunciándole su marcha al país con objeto de acudir al llamamiento del tribu-

nal supremo y pidiéndole impartir sus órdenes a las autoridades del tránsito.

Y se puso en camino tomando la ruta de Antofagasta para evitar su entrada a La Paz, donde la excitación era grande y poder dirigirse directamente de Oruro a Sucre, asiento del supremo tribunal. Entonces el ministro de Justicia, don Emeterio Tovar, pasó una orden telegráfica al prefecto de Oruro ordenándole tomar preso a Daza en Uyuni y enviarlo «de allí directamente a Sucre, escoltado». (1)

La noticia del viaje de Daza había producido una profunda indignación en todo el país. Extraños rumores circulaban sobre las intenciones que le traían su patria. Pensaban unos que venía decidido a mezclarse en política y trabajar con sus amigos para asaltar por segunda vez la presidencia; otros, los más, decían que habiendo recibido dinero de los chilenos, estaba en combinación con ellos para provocar disturbios en su país y entregarles las provincias de Lípez, ricas en minerales; pero pocos se mostraban crédulos a las protestas del militar que en cartas, escritos y entrevistas de prensa aseguraba ser sus intenciones refugiarse oscuramente en un pueblecillo cercano a La Paz, grato a sus recuerdos de adolescente, Sorata, y dedicarse allí a los trabajos agrícolas para rehacer su fortuna agotada en sus trece años de permanencia en París.

El 24 de febrero desembarcó en Antofagasta y en el muelle fue recibido con manifestaciones hostiles por los bolivianos que en oficinas particulares o como empleados de la aduana trabajaban en ese puerto. Dos días después, el 26, tomaba el tren con destino a su patria. Nada de nuevo acontece en la primera jornada. Al día siguiente, en la frontera, Ollagüe, se registra su equipaje que no contenía sino los ordinarios artículos de uso personal y Daza se muestra comedido y atento con el agente, pues hay algo de indefinible que le trae inquieto y receloso.

(1).—*El Crimen de Uyuni, 1894*

La noche cierra antes de llegar a Uyuni, segunda etapa del viaje, y es una noche oscura y fría; el viento de la meseta silba en la desnuda llanura de sal....

Daza hace detener el tren y quiere apearse allí, en el desierto y al abrigo de las sombras; siente una especie de pavor y desearía verse solo y libre. Ante las seguridades que le da el conductor, se resuelve a continuar el viaje. El tren atraca en la estación de Uyuni pasadas las ocho de la noche y es recibido a pedradas por algunos vagos del pueblo, ebrios. Vuelan en pedazos los cristales del carro y se oye uno que otro tiro. ¡Muera Daza! ¡Viva Bolivia!—vociferan los energúmenos.

Un agente público intima prisión al militar; pero el jefe de la estación aconseja detener en su oficina al acusado en vista de la excitación popular, casi nula en ese pueblecillo de apenas 600 habitantes y donde las pobres gentes se ven forzadas a permanecer en sus casas después de puesto el sol por el horrible viento del salar y el frío constante que sobre esa desolada altura de 3,660 metros consume la energía vital de los seres.

— «No temo al pueblo,—advierte Daza;— mas desconfío de los *pantalones colorados*,—agrega refiriéndose a los soldados encargados de protegerle.

Dos horas queda en la oficina del jefe de estación. La gente curiosa se había dispersado desde hacía mucho tiempo y fuera no se oía otro ruido que el silbido del viento en el alar de los tejados.

Salieron Daza y sus dos conductores. Iba en medio, entre el intendente y un teniente coronel, Guzmán Achá. «El primero iba a la izquierda del general, y el segundo a la derecha, enganchado del brazo, en prueba de íntima amistad». «Detrás iba, como a doce pasos, una escolta de soldados».

«La ciudad estaba desierta, silenciosa», y por sus anchas calles sin empiedre y arenosas «no transitaba una alma».

A poco andar y al doblar una esquina, los conductores cambiaron de colocación para guardar su rango y dejaron algo aislado a Daza; mas éste algo debió sorprender de anormal porque al punto exclamó: *¡Me traiciona, Coronel!...*

Y en ese mismo momento resonaron algunos disparos y Daza cayó al suelo, fulminado por detrás. . . .

De este crimen alevoso y hasta hoy misterioso, supo aprovechar la prensa de oposición para proyectar sombras sobre la figura del mandatario y sus principales colaboradores, sugiriendo la especie de que el crimen de Uyuni había obedecido al propósito de impedir que Daza esclareciese los móviles de su conducta en la guerra y que podrían comprometer gravemente a ciertas personalidades descoliantes del escenario político.

No hubo cabal sanción para los asesinos; y si en el primer momento se sintió entristecida la conciencia pública por la manera con que se había consumado ese crimen, bien pronto las audanzas de los políticos y sus ajetreos electorales para la presidencia, desviaron primero su atención sobre ese punto y lo hicieron olvidar después.

Los nombres de dos miembros del gabinete presidencial de Baptista, de los ministros Luis Paz y Severo. Fernández Alonso, comenzaron a servir, desde el primer año de esa administración, como apoyo a los manejos electorales del partido de gobierno, provocando en ambos un distanciamiento receloso que habría de acentuarse con el tiempo, bien que las preferencias del mandatario y de sus amigos pareciesen inclinarse del lado del ministro de la guerra en quien muy pronto pudo verse como al «llamado a formar era venturosa para Bolivia»

Los trabajos de Alonso se hicieron ostensibles desde este año de 1894 con la organización de clubs, bajo su nombre por los mismos que desertando de las filas liberales, iban a ofrecer su apoyo al impaciente candidato cuyo trato afable y finas maneras sabían rodearle de la general simpatía. El periodista ex-liberal, Soria Galvarro, fue el primero en proclamar su candidatura presidencial hacia fines de julio del 94, rompiendo lanzas, furiosamente, contra sus amigos de ayer; y a su ejemplo corrían a imitarle muchos de los que, sin ninguna fuerza en sus convicciones, creían ver muy lejana la ascensión del partido liberal al poder y, por consiguiente, distante el logro de sus ambiciones.

Se hizo endémico el transfugio. Tomaban como pretexto los tráfugas el hecho de que Camacho había abandonado la jefatura del partido liberal, o que éste se negara a aceptar las bases de un programa político propuesto por Galvarro. La dejación de la jefatura le había atraído duros reproches de la prensa, que veía en ese acto «como una cobardía inconcebible o una deslealtad manifiesta».

Pero el éxodo desmoralizador se hacía torrentoso. Muchos de entre los mejores habían desertado las banderas para ir a incrementar las filas de Alonso que con sus promesas de *fusión* echaba un puente sólido sobre los débiles escrúpulos de pudor y de delicadeza de gentes que si cultivadas y de antecedentes conocidos, pero pobres, no tenían la entereza, inconcebible para los criollos, de sacrificar algo de su propio bienestar con tal de mantener intachable su vida moral, a ejemplo de esos modestos jornaleros de taller, que, soportando persecuciones de policiales, multas arbitrarias, arrestos injustificados, vivían penando en dura brega, pero sin abdicar nó de sus convicciones políticas, imprecisas para ellos, sino de su afecto a sus dos caudillos liberales, al viejo herido de la guerra y al bravo coronel Pando. Mas como el ejemplo del mal siempre es contagioso y pudiera prender entre esas gentes oscuras y honestas que componían la fuerza del partido, hubo necesidad de describir el estado moral del hombre débil de convicciones y esbozar la silueta del *tráfuga* siempre igual, ayer como hoy, en las democracias mestizas. Y la pintura era cabal aunque ordinaria:

«Agobiado por la vergüenza y el remordimiento, necesita aturdirse, embriagarse con el furor de su despecho para ahogar los impulsos de su conciencia; necesita hostilizar al partido que abandonó para acreditar la sinceridad de su apostasía y obtener la confianza del círculo que abraza; necesita insultar, calumniar, injuriar, herir, matar a sus correligionarios del día anterior para merecer la simpatía de sus amigos de hoy....

»¿Su encuentro es con el amigo político de ayer? Al momento cree descubrir en su fisonomía los tintes del desagrado

y del desdén, trepida si lo ha de saludar porque teme no recibir contestación, no se atreve a estrecharle la mano porque tiembla ante la idea de encontrar un brazo encogido y una mano cerrada.

«¿Entra al hotel? Cada uno teme que se dirija a la mesa que ocupa, todos se hacen los distraídos para evitar ese compromiso; y el pobre tráfuga descubre, adivina, por la fisonomía de los concurrentes la impresión que ocasiona su presencia, y se retira con una sonrisa amarga y devorando en silencio el acíbar de ese desprecio.

«Toma la pluma para combatir al amigo político de ayer, y a cada momento lo detienen impulsos del pudor, pues tiene que decir que es estúpido el que ayer era inteligente para él; que es ruin y canalla, el que fue espíritu levantado y honorable; que es mendicante de empleo el que ayer lo rechazó con altivez catoniana...; que es débil y pequeño el que ayer era un gran carácter; que es gobierno idólatra de la ley, del derecho, de las garantías y de las libertades el que ayer fue pisoteador y su conculcador más cínico y descarado... etc., etc.»

Producida, pues, la crisis dentro del partido liberal, consideróse necesario llamar a una convención en Sucre a donde había marchado el gobierno para presidir el congreso de ese año de 1894. Llevóse a efectos el 2 de octubre bajo la presidencia del general Narciso Campero y con la concurrencia de los delegados de todos los departamentos, y después de discutir sobre si el jefe del partido debía tener también la calidad de candidato a la presidencia, disolvióse después de declararlo así y de haber nombrado al coronel José Manuel Pando jefe y candidato del partido liberal.

El congreso no supo distinguirse por ninguna obra trascendente en su labor de ese año, marcando ya, desde el mismo mensaje presidencial, la esterilidad de sus funciones, pues Baptista, sin señalar su radio de actividad en el gobierno, ni siquiera indicar sus puntos de vista personales para la solución de los grandes y graves problemas del país, se limitó a levantar el proceso del partido contrario cuyos adherentes

carecían de orientación definida y solo perseguían la posesión del poder como fin postrero de sus andanzas.

Se hacía, por tanto, necesario y urgente atajar el paso a ese partido; y esta era, sin duda, la conclusión que se desprendía del mensaje, y así lo comprendieron los escritores del régimen porque inmediatamente la prensa de gobierno se puso en campaña contra el coronel José Manuel Pando, el nuevo caudillo del partido liberal, que se hallaba al servicio de la nación delimitando sus fronteras por el lado del Brazil. El presidente Baptista, en carta dirigida a las autoridades políticas llena de una fraseología de alcances doctrinarios, y luego de lamentar que hubieran nacido fuera de hora y quizás inoportunamente las iniciativas electorales «con sus desconfianzas, celos y difamaciones», ofrecía apoyar con su voto «a un distinguido colega a quien me liga,—decía,—una constante e idéntica labor política basada en recíproca estimación».

Se trataba de Alonso, y comprendiéndolo así los periódicos de oposición hubieron de criticar esa actitud presidencial que mostrándose en apariencia prescindente para la lucha eleccionaria, entrañaba en el fondo una iniciativa a la parcialidad de los funcionarios en favor del candidato de su partido.

La crítica opositora halló su respuesta en la campaña emprendida por los periódicos oficiales contra el candidato liberal de quien aseguraban, primero, que probablemente rechazaría la jefatura del partido y, como consecuencia, su candidatura presidencial, y después, ya desengañados en este punto, le tacharon de querer encarnar el militarismo que tantos daños ocasionara al país.

En medio de esta polémica en que a veces hasta llegaban a plantearse puntos de vista doctrinarios y bases de programas políticos, se inauguraron las sesiones ordinarias del congreso de 1895, estéril, como los anteriores, para impulsar el incremento de los recursos fiscales o dictar leyes de previsión social, aunque frondoso en polémicas en torno a los caudillos y a las luchas por la conquista del sufragio libre que era considerado por los liberales como el punto magno de sus conqui-

tas y una especie de panacea que habría de traer toda suerte de bienandanzas a la patria enferma y agotada. Por eso no pareció extraño que en su despecho y ante la iniciativa expresa del jefe del Estado para pedir el voto de los empleados públicos en apoyo del candidato oficial, se presentase en el senado un proyecto de ley suspendiendo a los ciudadanos el derecho del voto, «hasta que las elecciones se declaren libres, espontáneas y sin candidatos oficiales». «Entretanto,—agregaba el proyecto,—el presidente de la república que cumpla su período, o tenga que dejar el mando por algún motivo, elegirá el nuevo que le convenga».

Claro que el proyecto nunca fue tomado en cuenta ni su acerba ironía sirvió en nada para modificar el criterio oficial que seguía moviéndose en torno a los trabajos del candidato favorecido, con exclusión de los amigos del ministro Paz, quienes sin sentirse dañados por la intervención presidencial ni darse por vencidos en la expectativa de sus aspiraciones, seguían trabajando en beneficio del señor Paz.

Alonso tuvo que desplegar mayor diligencia en sus labores para neutralizar la acción de su rival. A principios del año 96 emprendió una gira política por los principales centros electorales de la república. En febrero estuvo en La Paz. Llevaba como objetivo saliente de su programa «la fusión», tema otrora invocado por Córdova, Daza y Pacheco y que entranando una fórmula vacía en países donde los partidos se mueven dentro el marco de un programa, resuena bien allí donde no existen partidos principistas porque hace entrever a todos la posibilidad de obtener algo de quien proclame ese tópicico de calculada vaguedad.

Con todo, no faltó periódico adicto al gobierno y con tendencias a favorecer la candidatura del ministro Paz, que se avanzara a pedirle un programa más concreto al candidato; pretensión al punto combatida por *El Americano*, periódico dirigido por don Abel Iturralde, porque, en su concepto, era inconducente esa exigencia y ridícula hasta cierto punto cual si se tratara, —dijo,— de una función de acróbatas o de peti-

pieza, en que es menester darlo pomposo y a son de bombo y platillón a la vuelta de cada esquina».

Sin embargo no quiso el candidato permanecer sordo a esta incitativa, bien que le doliese la pretención como si fuese un «advenedizo» al que es preciso pedirle cuenta de sus propósitos; y en un banquete celebrado en su honor planteó sus puntos de vista, siendo el principal la fusión dicha, atrayendo «hacia la enseña constitucional a todos los hombres de bien, que anhelan la felicidad y el engrandecimiento de Bolivia».

El tópicó no fue del agrado de sus fervientes e incondicionales adeptos, como hubo de hacerlo comprender paladinamente el periódico citado en un artículo en que pretendía interpretar los propósitos del candidato. El señor Alonso «gobernará con los suyos», dijo con visible satisfacción, queriendo llevar con esta categórica promesa la serenidad a los espíritus alarmados. Y poco después, comentando el distanciamiento producido entre el presidente y el candidato a causa de la «fusión» invocada por éste, que no parecía agradar a Baptisia, y de la eliminación del nombre de Paz, favorito del mandatario, para la primera vicepresidencia, proclamaba a su partido, «partido oficial» y descubría sus propósitos de mira ulterior, que eran los de las gentes que en ese instante manobraban en el tinglado político:

«Deploramos el error, pero preguntamos, ¿acaso tal falta involuntaria por parte del candidato Alonso, según nos lo ha expresado, puede ser motivo suficiente para que procuremos la ruina del partido y con él la de nuestra patria toda? Paz, el joven estadista el carácter conservador, está ya reconocido como jefe de nuestra agrupación para lo venidero...»
«Ea, correligionarios, *somos partido oficial*, dispuesto a elevar hoy a Alonso al solio presidencial, después a trabajar mañana por el encumbramiento de Paz ...»

El programa, dadas las costumbres electorales impuestas por los conservadores, era llano y atrayente: mantenerse en el poder por tiempo indefinido, sin consentir siquiera en la posibilidad de que viniese el otro partido a perturbar, con su

mayoría, estos planes forjados a larga distancia y en los que no entraban el respeto a la deliberación popular.

Y el pueblo ya se había manifestado, casi unánime, en favor del partido liberal. Lo proclamaba en su adhesión casi fanática a Pando, cuyo nombre invocaban las turbas con ese entusiasmo propio de los espíritus simples que dan apoyo a un caudillo creyendo ver realizadas todas sus aspiraciones.

La función electoral de mayo dió los resultados que eran de esperarse: Alonso obtuvo 18,447 votos y Pando 15,889; pero como el fraude había intervenido en el acto y no se tenía la certeza de haber vencido en buena lid, creyose prudente esbozar una amenaza envuelta en el sarcasmo por si los perdidosos llevasen su despecho hasta acudir al recurso de la violencia:—«Tenemos prevenida la contra revolución, dijo *El Americano*.— ¿Les queda algo? Nada, aparte del consabido y para ellos único derecho de pataleo. . . .»

Alonso partió de La Paz a Sucre en los primeros días de julio; pero antes quiso acentuar su programa de gobierno en el banquete de despedida que le ofrecieron sus adherentes y amigos; y en su discurso puso a las claras los sentimientos de que se hallaba animado respecto a los hombres del poder, pues dijo que debiendo su elección, «sola y exclusivamente a la opinión nacional», sabría rodearse de los hombres que la encarnaban sin caer en la debilidad de proteger a «ministros favoritos», ni menos propiciar sus candidaturas que en lo futuro se realizarían correctamente y sin ninguna intervención de su parte. «Y tengo derecho para obrar así, —añadió,— puesto que mi elección no reconoce otra fuente que la opinión del país, libremente manifestada».

La trasmisión del mando efectuóse sin incidente alguno y Baptista descendió del poder sin dejar nada durable tras sí. Según opinión de un miembro prominente de su partido, don Isaac Tamazo, «hizo el gobierno más inepto y más infecundo del mundo», probando con su actuación, y una vez más, que no siempre la habilidad de hacer buenos discursos, implica cual creen las masas mestizas, la facultad de gobernar, bien, o medianamente siquiera.

CAPITULO IV.

Alonso toma posesión del mando.— Los liberales intensifican su propaganda subversiva.— Triunfo electoral de los liberales en las elecciones municipales.— Conflictos que provocan estas elecciones en La Paz.— Desacuerdo en el gabinete de Alonso.— Se despierta el sentimiento regionalista.— Lucha por la capitalía en el congreso de 1898.— Estalla la revolución en La Paz. -- Sube al poder el partido liberal derrochando caudales de sangre.

No era ciertamente una figura sin rasgos acentuados de carácter la que se imponía con Alonso a la presidencia de la república. Contaba en su abono con su pasado honorable y la decidida intención de imponerse correctas normas de conducta funcionaria; pero cierta bondad de temperamento y su deseo de apartar con condescendencias los escollos de su paso, imprimieron desde un comienzo a su conducta una inestabilidad peligrosa, que, sin desprestigiarle de pronto, concluiría por dar en tierra con su gobierno y su partido.

Acaso esta modalidad debiera servir como un lazo de afianzamiento a un régimen gastado por sus desmanes; pero los

liberales no tardaron en levantar el apasionado proceso de las pasadas administraciones para concluir proclamando abiertamente el derecho a la revolución como el solo medio de garantizar la vida y la hacienda de los ciudadanos no enrolados en las filas del gobierno, y cual si los abusos y vejámenes hubiesen sobrepasado los límites marcados por Melgarejo.

«Cuando el poder público, en vez de ser una garantía para la seguridad personal y para la vida, se convierte en un peligro para esos sagrados derechos, y no hay ley que lo reprima ni autoridad superior que lo contenga, entonces viene, en protección de la seguridad personal y de la vida, el derecho natural y sagrado de la propia defensa. Al rifle mazorquero de la autoridad, la horca del pueblo» (1)

Pero ese partido que se mostraba dispuesto a defender por la fuerza los principios conculcados de la Carta, tampoco parecía andar muy cohesionado, pues habían surgido serias desavenencias entre sus principales miembros no tanto por cuestiones de doctrina como por rozamientos y heridas de amor propio, que en veces suelen separar a los hombres con mayor fuerza que el simple desacuerdo de opiniones.

A estas causas vino a unirse otra de carácter distinto, pero no menos curiosa.

La política de «fusión» preconizada por el mandatario había ocasionado, como se dijo, cierta desorientación en las filas liberales. Muchos de sus adherentes fueron a engrosar la falange gobiernista. Entre estos se encontraba el propietario de *El Imparcial* quien, con el deseo de probar la firmeza de su adhesión al nuevo mandatario, manifestó el propósito de recoger su imprenta, a la expiración del contrato de arrendamiento, arrancándola de manos del hombre que la había convertido en la más peligrosa arma del régimen.

Pero Flores no se dió por vencido. Fundó inmediatamente un nuevo órgano de prensa, *El Imparcial 2º*; y en tanto que

(1).—*El Imparcial*, 1897.

el viejo periódico liberal patentizaba su apostasía transcribiendo los discursos del ministro de gobierno, o atacando a su antiguo director y dando la noticia de que su propietario había sido nombrado ministro de Bolivia en España. *El Imparcial* 2º seguía abriendo brecha con sus ataques furibundos y apasionados y desviando del gobierno la simpatía de las masas.

Entonces se realizaron las elecciones concejiles y en la liza salieron vencedores los liberales en casi todos los distritos de la república, menos en La Paz donde fueron elegidos los seis candidatos del partido de gobierno; mas como saltase patente la parcialidad con que se efectuara el acto, pidieron los liberales la revisión del escrutinio. Realizada esta a fuerza de mayoría, lograron los liberales establecer que por lo menos tres de sus candidatos habían sido favorecidos por el voto popular.

La intervención del ministerio público y de las autoridades políticas pretendiendo anular el escrutinio verificado, indujo a los liberales a pedir el apoyo directo del pueblo, el que fue convocado en reuniones al aire libre. Estas reuniones fueron prohibidas por el gobernador, quien se apresuró en comunicar a Sucre de todo lo acaecido y que iba tomando un aspecto de franca sedición. El gobierno creyó prudente ordenar que el escrutinio se realizase sin la intervención de la autoridad política, y entonces lízose la proclamación de cuatro municipales liberales y dos del partido oficial.

Ante ese resultado imprevisto y desconcertante el gobierno pasó una comunicación telegráfica a la prefectura ordenándole impedir a toda costa la instalación del Consejo hasta conocer el fallo de los tribunales ordinarios ante los que habían recurrido los candidatos conservadores. El Consejo se mantuvo firme y comunicó a la prefectura su resolución de instalarse con el ceremonial ordinario, lo que efectivamente se realizó a despecho del bando prefectural en que desconocía la autoridad de ese cuerpo y prohibía «toda reunión de más de cuatro personas»-

El gobierno volvió a intervenir ordenando la suspensión

del Municipio; y la prefectura, para lograrlo, hizo uso de la fuerza pública ocupando con ella el local de la comuna. Patrullas armadas recorrían la ciudad para debelar los movimientos sediciosos que pudieran producirse, dada la excesiva exaltación de los ánimos; y una de ellas asesinó fría y cobardemente a un estudiante de la universidad, Ezequiel Eduardo, que en hora nefasta para él protestara por la brutal manera con que los soldados, convertidos en sayones, conducían a un hombre envejecido a la policía.

El entierro del universitario fue un alarde de fuerza de los liberales. Se pronunciaron discursos subversivos y la población, casi en masa, acompañó el cadáver hasta el enterratorio. Hizose necesario declarar en estado de sitio la ciudad y se envió al destierro a los más exaltados liberales.

Todo esto se sucedía en medio de un ambiente caldeado por el lenguaje procaz y atribiliario de la prensa, y un momento pensó el gobierno, con buen tino, trasladar su residencia a La Paz, foco vivo y palpitante de la resistencia opositora; mas apenas hubo el presidente enunciado su propósito de abandonar la muelle capital, que el vecindario de Sucre, encabezado por sus más respetables matronas, se puso en febril movimiento para impedir ese viaje que lo creía atentatorio a las prerrogativas de la ciudad. Se suscribieron actas de protesta y todo el encono del vecindario fue a estrellarse contra don Macario Pinilla, el ministro de gobierno, nacido en La Paz, que había aconsejado ese viaje con calculada previsión.

Pinilla renunció la cartera por considerar que su actitud había creado «una situación por demás delicada y vidriosa»; pero el presidente, sustrayéndose por esta vez a las sugestiones de su círculo, tuvo el buen sentido de no aceptar esa renuncia.

Sintióse lastimado el sentimiento localista de La Paz, siempre quisquilloso, y hubieron de borrarse casi totalmente los enconos de partido ante la certidumbre de que en el congreso de ese año se llegaría a plantear el problema de la capitalía, pendiente desde la fundación de la república, y disputada

desde entonces por esas dos ciudades. Hasta llegó a pensarse en invitar a los departamentos aledaños a no enviar ese año su representación al congreso; pero ante la negativa de Cochabamba hubieron de abandonar los de La Paz su propósito de no acudir a Sucre, y, en consecuencia, partieron a esa localidad con la intención decidida de no permitir ninguna resolución en ese para ellos magno asunto.

Estas previsiones se realizaron del todo, pues en la sesión del 31 de octubre presentó la representación chuquisaqueña un proyecto de ley de radicatoria del ejecutivo en Sucre, el que fue contestado por otro de la diputación paceña para discutirse conjuntamente con el anterior, en que se proponía la traslación de ese congreso a Cochabamba con objeto de tratar con mayor independencia el proyecto presentado por la representación de la capital.

El choque se presentaba inminente y peligroso para la unidad nacional, y al verlo así algunos diputados de otros departamentos quisieron presentar una fórmula de conciliación; pero los de Chuquisaca se negaron a todo avenimiento pues se hallaban resueltos «a sostener el proyecto, a todo trance, cueste lo que costare, aun cuando se vean en la situación de perder la capitalía de Sucre».

Producido el informe favorable de la comisión en el proyecto de radicatoria el mismo día de su presentación, y desestimado el de la representación paceña, ésta se dirigió al municipio dándole parte de todo lo ocurrido y pidiéndole sugerencias para obrar de acuerdo con la voluntad colectiva representada por sus consejales en la comuna.

Estos, ya impuestos de todo lo ocurrido en Sucre, convocaron a un mitin popular, el que se efectuó el 6 de noviembre con una magnificencia inusitada pues se habían borrado completamente las diferencias de partido y todos se hallaban dominados por el amor excluyente del terruño, que es fuerte y sólido en los pueblos de Bolivia, porque viviendo inmensamente alejados entre sí y con deficientes vías de comunicación, concentran en el propio suelo toda la potencia de su amor por la patria

Hubo discursos apasionados, vehementes y se aceptó por unanimidad y por aclamación la fórmula proyectada por los municipales y que consistía en implantar en el país el sistema de gobierno federal, como el más adecuado a las condiciones de Bolivia de desigual estructura física y cuyo sistema de centralización económica no permite el desarrollo de las localidades en proporción a los recursos con que cada una aporta a la masa común de las rentas fiscales.

El 14 de noviembre de 1898 se instaló en La Paz el comité federal compuesto por seis miembros de cada partido y se enviaba a Sucre, por indicación de don Ismael Montes, un telegrama para que la representación paceña «iniciara ante el congreso la forma federal» y con carácter de mandato imperativo del pueblo y no como mera iniciativa parlamentaria. Ese telegrama llegó en momentos en que la representación paceña estaba cumpliendo este mandato en el congreso. La cámara aceptó en principio la reforma; pero a la vez votaba, por gran mayoría y con la exclusión unánime de los representantes paceños, la ley de radicatoria. Entonces los paceños abandonaron la sala de sesiones y, a poco, hacían igual cosa en la cámara alta los senadores.

Fueron ya, sin equívoco posible, los comienzos de la revolución.

El 28 de noviembre llegaron a La Paz los representantes locales y su recibimiento alcanzó la magnitud de una apoteosis, haciéndose extensivo el homenaje al ministro de gobierno don Macario Pinilla que había hecho renuncia definitiva de la cartera solidarizándose en todo con sus paisanos.

El 5 de diciembre, y ante la gravedad de los hechos, el presidente Alonso lanzó un decreto anunciando que se ponía a la cabeza del ejército en su calidad de Capitán General para «visitar» los departamentos del norte, y decía en su manifiesto que habiéndose votado la ley de radicatoria y no obstante las observaciones contrarias de su inoportunidad, (y que él mismo las sentía), la proclamaba, como era de su deber, creyendo que

desde ese instante «cesaría la vehemente controversia suscitada por aquella iniciativa».

La amenaza era evidente y no podía prestarse a ninguna falsa interpretación. Entonces los dirigentes del movimiento, que aun no contaban con el apoyo del comandante general ni del cuerpo de línea puesto a sus órdenes, convocaron el 12 de diciembre a otro mitin popular que se presentó en masa, potente como nunca, y dispuesto a lanzarse, solo y sin armas, a la rendición de las tropas prefecturales si estas no se ponían de parte de la «evolución», mote cufemista adoptado por los insurgentes para disfrazar su acción subversiva.

Deficiente eran estas fuerzas; mostrábase inminente el peligro y el prefecto era natural del país. Aceptó, pues, el movimiento, sin mucha pena, y él mismo salió a los balcones para anunciar al pueblo aglomerado en la plaza que él y sus fuerzas se ponían al servicio de la... *federación*.

Estaba consumado el golpe. Inmediatamente se formó una Junta de Gobierno compuesta por el prefecto Serapio Reyes Ortiz, el senador por Sucre y coronel José Manuel Pando y el doctor Macario Pinilla, ministro dimisionario. La secretaría general se encomendó al doctor Fernando E. Guachalla, presidente del Comité Federal. El mismo día se acuartelaron voluntariamente las guardias nacionales que desde años atrás venían organizándose militarmente y se procedió a la recolección de armas y municiones.

Todo este movimiento que hubo de seguir una lenta evolución para tomar formas definidas, era conocido por el gobierno, el cual esperaba con cierta perplejidad sus facces, creyendo, sin duda, que no llegarían a tomar la forma de una revolución perfectamente definida y organizada, pues contaba con los suficientes elementos para ahogarla en su nacimiento; mas cuando llegó a convencerse que el regionalismo de La Paz se había organizado con todos los caracteres de una decidida oposición, púsose en marcha, con todo su ejército, hacia el Norte, entrando a Oruro el 19 de diciembre.

Ya era tarde. Los revolucionarios habían recibido armas,

municiones y tenían perfectamente organizadas sus fuerzas bajo la dirección técnica del coronel Pando y otros civiles, improvisados militares y que sabrían mostrar una energía y un espíritu de organización bastante apreciables.

Y se inició la lucha con todos los odiosos caracteres de una guerra internacional.

Hubo encuentros furiosos y escenas de inaudita violencia. Los adversarios, que juntos sumaban cerca de cuatro mil hombres, combatían con encarnizamiento y zafía, enrostrándose toda clase de fechorías y cual si odios ancestrales e irreductibles de raza y de medio viniesen a aumentar la potencia de su encono. La numerosa indiana del altiplano andino, movida por los revolucionarios de La Paz, supo castigar las inútiles crueldades de los soldados surenses masacrado con salvaje ferocidad a un escuadrón formado con la flor de la juventud chuquisaqueña que se había distinguido por su perverso afán de ensañarse contra la pobre raza explotada y envilecida.

El encuentro final fue toda una batalla. Se combatió por muchas horas, el 10 de abril, en los campos yermos de Paria; y en todas las acciones y encuentros de la revolución quedaron más de mil cadáveres, saliendo por fin vencedoras las tropas del falso federalismo contra las aguerridas del gobierno que hubo de caer arrastrado por el peso de una dura herencia, pues quince años de mando despótico y descentrado de los principios constitucionales habían creado viciosas prácticas y costumbres arbitrarias que al ser mantenidas por el último gobernante conservador frente a un partido numeroso y disciplinado, debían forzosamente engendrar movimientos de protesta en todos los centros organizados de la república. Alonso tuvo el desgraciado privilegio de heredar todos los errores acumulados por sus antecesores. No obstante sus loables propósitos, y su carácter magnánimo no pudo detener el mal, evitar las arbitrariedades, ni reprimir la revuelta. Esta obra era propia de espíritus enérgicos y francamente innovadores, y la tarea se acomodaba mal con su carácter algo indeciso y su temperamento

conciliador y en extremo sensible a las seducciones del medio en el que se había educado.....

Y es así, a la sombra de una bandera emprastada, cómo subió al poder el partido liberal, sobre montones de cadáveres, para caer a los veintidós años de gobierno, el 12 de julio de 1920, gastado y corrompido por los abusos, la improbidad, el secante nepotismo y la falta de talento político en el hombre que últimamente había subido al poder.....

Ultimos sucesos⁽¹⁾

1900-1921

Consumada la revolución liberal bajo el antifaz del federalismo, bien pronto se produjo la discordia entre los vencedores, y el partido se dividió durante la Convención de 1899, reunida a raíz del triunfo, y que eligió presidente de la república al coronel José Manuel Pando. Pretendían unos seguir política de represalias para acabar con los enemigos tradicionales, y otros preconizaban un sistema de conciliación asegurando que el triunfo liberal se había debido en gran parte a la colaboración y ayuda de los elementos conservadores fusionados en La Paz al calor del sentimiento regionalista.

(1)—Este capítulo final, que abarca un período de veinte años, ha de ser ampliado en breve en un libro de muchas páginas que será síntesis final de todo nuestro pasado histórico, pues por la variedad de tipos, escenas y paisajes; por la labor constructiva desplegada en el gobierno y los particulares; por el movimiento intelectual intenso y de carácter nacionalista; por la calidad de las previsiones en los grandes fenómenos colectivos; por las ilusiones engendradas al calor de progresos más o menos estables; por sus aciertos y errores, sus vicios y cualidades, resume acabadamente todo ese nuestro pasado de imprevisión, de caudillismo y de vida desorbitada. El libro se titulará: *La Política Liberal*.

Claro que la historia escrita al día, frente a los hombres que no solamente viven sino que actúan de principales personajes en el es

Bajo este ingrato aspecto se produjo la primera divergencia dentro del partido triunfante. Después, ya exacerbados los ánimos, y no bien satisfechas las ambiciones, aquel aspecto tomó caracteres de apariencia más consistente y más lógica.

Uno de los mejores ideales del programa liberal, había sido la sumisión austera al voto de Sucre, es decir, el mantenimiento de la integridad territorial a toda costa, soportando cualesquiera sacrificios. Con ese ideal lucharon vigorosamente los representantes del partido en las dos veces que los gobiernos conservadores, deseosos de paz, quisieron definir nuestras dificultades fronterizas con los países con quienes sustentábamos pleitos, especialmente con Chile, que valiéndose de los últimos tratados mantenía casi paralizada nuestra actividad económica, pues había gravado con fuertes impuestos nuestras importaciones y exportaciones que se hacían a través del territorio conquistado en la guerra injusta del 79, y así estábamos sometidos a un constreñimiento espantoso, no pudiendo emprender ninguna clase de obras, sin que el espectro de nuestra dependencia e inseguridad no paralizase todo esfuerzo y enfriase los más puros entusiasmos.

Mantener esta situación era, pues, imposible y se hacía francamente imperioso buscar una solución equitativa y justa en ese pleito, siempre bajo la base, jamás modificada, de obtener un puerto propio sobre ese mar Pacífico hacia el que

cenario, está expuesta a no seguir con exactitud las tramas de los hechos por carecer de esa objetividad que demanda la ciencia o porque la pasión puede intervenir en los juicios del memorialista; pero cuando el que la escribe ha tenido la precaución de anotar esos hechos a medida que se realizaban, reunir documentos, escuchar a los actores, y, sobre todo, se siente animado por la pasión de la verdad y no debe nada a esos hombres, entonces bien puede ensayar de poner a prueba su templanza y decir sincera y llanamente lo que ha visto y oído, nó seguramente para sentar verdades indiscutibles, sino para ofrecer su testimonio a la posteridad que es la llamada, en último análisis, a decidir y fallar sobre si un testimonio así producido, puede o nó merecer la confianza de los lectores.

está orientado el núcleo productor del territorio boliviano, rico por su abundancia en metales preciosos y otro género de productos.

Conocido el propósito, la cancillería de Chile envió a uno de sus mejores diplomáticos, quien, en una pieza famosa por su brutalidad y su desplante, notificó terminantemente al gobierno de Bolivia, y con ese criterio del súbdito de un pueblo eminentemente ribereño, que por tal se halla incapacitado de medir la importancia suprema de lo que el mar significa a las naciones enclaustradas, que este país debía abandonar su aspiración de tener un puerto propio y que lo que lo convenía era tender líneas férreas y vincularse por ese único medio a los demás países. La nota de don Abraham König es singular en los anales diplomáticos y algunos de sus términos deben ser conocidos para poder apreciar las circunstancias que indujeron a Bolivia para firmar en 1904 ese tratado que en 1921 pretendió hacer revisar por la Liga de las Naciones.

«Lo que interesa vivamente a esta nación (Bolivia)—dijo König,—son los caminos, las líneas férreas sobre todo, que la pongan en contacto con los puertos chilenos».

«En tiempos de guerra, las fuerzas de Chile se apoderarían del único puerto boliviano, con la misma facilidad con que ocuparon todos los puertos del litoral de Bolivia en 1879. . . .
«Si todo lo dicho más arriba es verdadero, hay que confesar que un puerto propio no es indispensable, y que su adquisición no aumentará el poder de Bolivia en tiempo de paz ni en tiempo de guerra.

«Es un error muy esparcido y que se repite a diario, en la prensa y en la calle, el afirmar que Bolivia tiene derecho de exigir un puerto en compensación de su litoral.

«No hay tal cosa. Chile ha ocupado el Litoral y se ha apoderado de él con el mismo título con que Alemania anexó al Imperio la Alsacia y la Lorena, con el mismo título con que los Estados Unidos del Norte han tomado a Puerto Rico. Nuestros derechos nacen de la victoria, la ley suprema de las naciones.

«Que el Litoral es rico y vale muchos millones, eso ya lo sabíamos. Lo guardamos porque vale, porque si nada valiera no habría interés en su conservación.

«Terminada la guerra, la nación vencedora impone sus condiciones y exige el pago de los gastos ocasionados. Bolivia fue vencida; no tenía con qué pagar y entregó el Litoral.

«Esta entrega es indefinida, por tiempo indefinido, así lo dice el pacto de tregua indefinida: fue una entrega absoluta, incondicional, perpetua.

«En consecuencia, Chile no debe nada, no está obligado a nada, mucho menos a la cesión de una zona de terreno y de un puerto. En consecuencia también las bases de paz propuestas y aceptadas por mi país, y que importan grandes concesiones a Bolivia, deben ser consideradas no solo como equitativas sino como generosas . . . »

Notificada así rudamente Bolivia para abandonar sus aspiraciones de poseer una salida propia al mar, que para las naciones mediterráneas constituye un anhelo de importancia vital, no tuvo más remedio que suscribir el 20 de octubre de 1904 el tratado hoy vigente y por el que se le arrebatan las riquezas fabulosas de su costa a cambio de una ridícula suma de dinero y del ferrocarril Arica-La Paz

Pero no concluyeron ací todas las desventuras de Bolivia bajo la primera administración del gobierno liberal iniciado por el general Pando. También con el Brasil se suscitaron nuevas cuestiones con motivo de la declaratoria de la independencia del territorio del Acre realizada por unos filibusteros en mayo de 1899.

Hubo que armar una costosa expedición a esas lejanísimas regiones donde se puso de manifiesto la abnegación y el espíritu de sacrificio del soldado boliviano que saliendo de las altas mesetas andinas fué a morir oscura y humildemente entre los bosques malsanos de aquella región, la que fue pacificada y reincorporada otra vez al patrimonio territorial de la república.

Conseguido este primordial objeto, y viendo que por su

lejanía y lo difícil de su acceso podría el Acre en todo tiempo prestarse a movimientos de igual índole, concibió el gobierno la idea de celebrar un contrato de administración con una sociedad anónima norteamericana con objeto de que recaudase las rentas fiscales y se entendiese con todo lo relativo a una perfecta organización administrativa; pero entonces, y cuando ya estaban fijadas las principales bases de ese contrato, volvió a estallar la insurrección el 6 de agosto de 1902, esta vez promovida por el mismo gobierno del Brasil que desde un comienzo se había manifestado adverso a que el gobierno de Bolivia entrase en ninguna gestión de la índole, porque, en su concepto, entrañaba un grave peligro continental.

Forzoso le fue a Bolivia organizar una segunda expedición. El mismo presidente, general Pando, y el ministro de la guerra, señor Ismael Montes, fueron los encargados de dirigirla. El Brasil se preparó también a la lucha enviando sus tropas a las regiones litigiadas; mas como era manifiesta la superioridad de esta nación, Bolivia se vió obligada a firmar el tratado de Petrópolis de 17 de noviembre del mismo año y por el que cedía al Brasil todo el territorio del Acre a cambio de una compensación de dos millones de libras esterlinas que debían de ser empleados, según los términos de ese convenio, «principalmente a la construcción de caminos de hierro u otras obras tendientes a mejorar las comunicaciones y desenvolver el comercio entre los dos países»./

Fiel a este solemne compromiso, el gobierno de Bolivia siguió un plan metódico de construcciones ferrocarrileras y que ha dado por feliz remate la vinculación de cinco de los más prósperos departamentos de la república, como son La Paz, Oruro, Cochabamba, Potosí y Sucre, facilitando prodigiosamente ese desarrollo que hoy se observa en el país y que se debe a la honrada realización de aquel tratado.

En enero de 1904 y cuando tocaba ya a su término el período presidencial del general José Manuel Pando, éste, en una carta política dirigida a sus amigos, recomendó la candidatura a gobernante de don Ismael Montes que desde el año anterior

venía preocupándose de consolidar los prestigios que supo obtener en su expedición al Noroeste, por su ascendrado patriotismo y su generosa abnegación. La carta fue recibida con alborozo por los mejores elementos del país y se tradujo en las elecciones del mes de mayo que dieron una mayoría abrumadora de votos a favor del candidato preconizado por el presidente.

Don Ismael Montes no tuvo que poner freno a su entusiasmo para atender, como su antecesor, a la defensa armada del territorio, y dedicó toda su actividad y su perspicacia para llevar a cabo la compleja labor que dejó establecida en el período de los cinco años que por excepción gobernó el país. El puso en movimiento todos los resortes de la actividad nacional mejorando el ejército, construyendo ferrocarriles, levantando el nivel de la instrucción y del crédito públicos, bien que en sus iniciativas se echase de ver la tendencia de gobernar exclusivamente con los suyos, es decir, con aquellos que se amoldasen mejor con su temperamento y no opusiesen reparos a los proyectos que tenía concebidos, acaso porque se imaginaba que una labor se realiza más fácilmente siu el concurso de la crítica, cuando, por lo común, es mediante su acción desapasionada y sincera que toda labor administrativa alcanza el más alto grado de perfección.

Al doctor Montes le sucedió en el gobierno el doctor Eliodoro Villazón, hombre ponderado por sus antecedentes y la alta probidad de su vida, y el cual se dedicó a reorganizar las finanzas nacionales y a proseguir la constrección de las líneas férreas contempladas en el contrato celebrado con el Brasil.

Al mediar el mes de julio de 1911 se lanzó en Sucre, por segunda vez, la candidatura presidencial del señor Montes que en esos momentos representaba a su patria cerca los gobiernos de Francia y España, como ministro y Enviado Extraordinario.

La popularidad de este caudillo había aumentado durante su corta ausencia en Europa y a su vuelta a Bolivia en 1913, fue recibido con una uniformidad que solo pudo alcanzar Linares cuando allá, por el año 57, se creía que iba a encarnar el

espíritu de orden, legalidad y progreso frente a los dispilfarros a los abusos y la tiranía de los anteriores administraciones. El naciente partido radical se hizo intérprete del entusiasmo colectivo por el hombre y le señaló, por intermedio de su jefe, como «a su más poderoso profesor de energía nacional, la más alta expresión de las virtudes patrias» y «la más alta flor de la raza» . . .

Al asumir, pues, en 1913, por segunda vez la presidencia el señor Montes, había traído de París, como *pedra angular* de su plan gubernativo, una serie de proyectos bancarios concebidos con el objeto de mejorar la situación financiera de Bolivia, base primera de ulteriores reformas trascendentales. El principal consistía en dar únicamente al Banco de la Nación, recientemente fundado con el empréstito francés de 1910, la facultad de emitir billetes y quitar a los demás bancos esa facultad que, pródigamente usada por otros, había originado no hace mucho serias perturbaciones en la vida económica de la nación. «Mis proyectos serán ley» — anunció el señor Montes a sus amigos y partidarios del parlamento; pero el proyecto principal fue ardientemente combatido aunque luego aprobado después de larga y vehemente discusión; mas al ser ejecutado hubo de producirse repentino desequilibrio en las finanzas particulares, porque los bancos emisores, obligados a recoger sus billetes, hicieron fuerza en sus deudores para el pago total de sus créditos, y, en defecto de pago, amenazaron y llevaron a cabo el remate de los fondos que los garantizaban. *

El pánico que con este motivo se suscitó entre los acreedores a los bancos, —la mayoría de la nación,—fue indescriptible. Muchas fortunas privadas sufrieron considerable mermo; otras se agotaron y contadas fueron las que alcanzaron algún beneficio. Entonces, como reacción a unos males cuya causa se conocía, hubo igualmente un movimiento de viva contrariedad hacia el gobierno que tales trastornos produjera. Nació la oposición invocando el deseo de corregir y rectificar eso que se llamó errores gubernativos; y, desde un comienzo, pese a la moderación del jefe, el tribuno don Daniel Salamanca, se pre-

sentó combativo e intolerante, porque, aprovechándose de muchas circunstancias desfavorables para el gobierno, hizo recaer únicamente sobre él la causa de tantas calamidades juntas.

Agravóse mucho el mal con la circunstancia de que el gobierno se manifestaba decidido a rodearse únicamente de los elementos que se le mostrasen adictos, y el señor Montes llamaba a colaborarle de preferencia a sus mejores amigos, aunque se hallasen incapacitados para llenar ciertas funciones, o fuesen manifiestamente repudiados por la opinión, haciendo poco o ningún aprecio de las críticas de la oposición, que si bien formada en un comienzo por todos aquellos que no habían recibido ninguna satisfacción en sus ambiciones, iba arrastrando sin embargo a la masa mostrándole un seductor programa de reformas.

No hay gobierno que mantenga su popularidad frente a los intereses heridos, mucho más si se prueba que su política va contra esos intereses. Y como las apariencias, hábilmente explotadas por los opositores, iban en contra del gobierno liberal, fácil y cómodo le fue al nuevo partido agrupar núcleos de descontentos en torno a las ideas de mejoramiento político e institucional difundidas por su prensa, hábil para el ataque iracundo, la burla sangrienta y ordinaria, el insulto matador y la procacidad.

Ante la fuerza coaligada de la pasión y del interés; frente al tono cada vez más subido de los periódicos opositores que aconsejaban el uso de la violencia para poner remedio a lo que ellos creían males irremediables, el gobierno cometió la debilidad de ceder a un impulso de revancha y dictó el 8 de agosto de 1914, con aprobación del gabinete y de los presidentes de ambas cámaras, el estado de sitio para toda la república y desterró a los más exaltados opositores, cancelando a la vez, — y fue lo peor, — los periódicos ligados a la causa del partido republicano.

El exceso de rigor excitó el celo de los indiferentes y provocó la crítica de los mismos afilados del partido liberal, que hubieron de convenir que al atacar el gobierno los fueros de la

prensa se hacía el mismo más daño del que creía causar, ya que semejante recurso sólo es propio de gobiernos débiles y desopinados; y que siempre, fatalmente, la violencia y las persecuciones fortifican o ennoblecen los partidos de oposición, cual lo hacía notar don Bautista Saavedra en carta dirigida desde el destierro al autor de *Raza de Bronce*:

«Las persecuciones atraen simpatías sobre las causas perseguidas, las circundan de una aureola de abnegación y de martirio»

Y esto que es universal y ha sucedido en todas las épocas, de un modo inevitable y fatal, se patentizó al punto, en cuanto se suspendió el sitio y pudieron los proscritos regresar al seno de sus hogares. Se reunieron empujados por sus decepciones y su generoso anhelo de señalar nuevos rumbos al avance institucional del país y echaron las bases de su programa reformador:

«Extirpar el fraude, la simulación y la violencia, es el objeto principal de la creación del Partido Republicano»,— dijeron sus principales fundadores como Pando, Salamanca, Saavedra y otros en la exposición de motivos de ese programa firmado el 3 de enero de 1915, y que es un programa bien meditado, con puntos de vista acaso quiméricos para su aplicación al país pero que contienen bases indiscutibles para su renovación moral y sus adelantos materiales. Ese programa contenía, entre otros, los siguientes puntos: «Saneamiento del sufragio. Restituir al parlamento su dignidad y su independencia, resguardando y afirmando el ejercicio de sus facultades. Necesidad de moderar en la situación actual de Bolivia, el aumento excesivo de las deudas públicas, así como la desmedida multiplicación de los impuestos. Renovación moral de la política y de la administración. Repulsa de los negocios particulares hechos a la sombra de las facultades y de las influencias oficiales. Reformar la Constitución Política del Estado, en el capítulo referente al estado de sitio, en el sentido de la restricción de las facultades que confiere al Ejecutivo y de la acentuación de sus responsabilidades. En el capítulo referente a la

la libertad de imprenta y leyes amparadoras de las libertades y de los derechos individuales, contra los abusos de los gobernantes. Garantías para asegurar la plena independencia del poder judicial. Exclusión del Ejecutivo en el nombramiento de jueces interinos. . . , etc., etc.

Al comentar el 22 de febrero este programa y la formación del partido republicano, decía don Bautista Saavedra, uno de los fundadores y conductores del nuevo partido, haciendo la acerba crítica del de gobierno:

«La política no fue sino choque de inobles pasiones, colisión de concupiscencias banderizas. En la hora adversa todos ellos, (los partidos) invocaron principios regeneradores que olvidaron al día siguiente del triunfo».

Y ahora viene el partido nuevo — aseguraba, — «con un programa nó de enunciaciones abstractas sino de realidades bolivianas; programa sencillo, moderno, tolerante. Trae una tarea de reconstitución democrática, de saneamiento moral, de resguardo de la riqueza pública, en ocasión en que el liberalismo doctrinario ha hecho bancarrota de doctrina política, de moralidad administrativa, de procedimientos financieros y económicos. . . . «La república, — añadía luego, — es un sistema de gobierno que se funda en el pueblo, y lo que no se ve por ninguna parte es la intervención del pueblo. Se le llama a los comicios electorales, pero a poco que ha asomado a ellos se le arroja negándole aptitudes electivas.»

«El sistema republicano, — proseguía Saavedra acentuando su crítica, — es un régimen de libertad, y lo que menos luce entre nosotros es la libertad. No existe libertad de industria, de reunión, de palabra ni de prensa. El día menos pensado las policías en nombre del gobierno asaltan las imprentas y cierran sus puertas con *herraduras de caballo*. . . . »

Acentuada la crítica de los procedimientos del gobierno con este tono de moderación y de sinceridad, bien pronto pudo presentarse la nueva agrupación no solo como un partido de principios, sino como pretendiendo representar la mayoría del pueblo, sin advertir en su entusiasmo regenerador.

que en sus ánsias de crecer no tenía reparos de atraer a sus filas a toda clase de elementos, aun de los peores como son aquellos que se separan de un partido de gobierno porque de pronto no pudieron ver realizadas sus aspiraciones personales, dando relieve y significación a gentes sin ningún valor propio moral e intelectual

En esto vinieron las elecciones municipales de 1915 y el descontento público se tradujo en la completa derrota de la lista liberal en muchos distritos; pero ellas sirvieron también para medir el grado de sinceridad del partido republicano que, por triunfar, cometió fraudes de toda laya, sin acordarse por un solo momento que la honradez era el principio magno de su programa.

Mas no obstante la derrota y los síntomas generales de descontento, jamás dacaía el optimismo satisfecho de las gentes dominantes que ya en corrillos privados, en los pasillos del congreso o por medio de su prensa no querían aceptar, ni por vías de mera suposición, la idea de que un trastorno subversivo viniera a echar por tierra el edificio liberal. « Hablar de revoluciones en Bolivia, — decía *El Figaro* en 1917, — es insultar al país »

Y, sin embargo, latía oscuramente el espíritu de revuelta trabajando en los instintos ineducados y sin moralidad de la masa; crecía el descontento del partido contrario cuya fuerza hubo de acrecentar bien pronto con el apoyo de ciertas clases populares soliviantadas contra el régimen por el oscuro asesinato del ex-presidente Pando al mediar ese año de 1917, pues desde un comienzo sostuvo uno de los personeros del republicanismo y con la más firme convicción que ese crimen era « netamente político. Los ejecutores han debido ser varios y de cierta calidad asociados a gente desalmada ». Y esto lo sostenía así, contundentemente, porque era su convicción, « hija de una inducción razonada, nó de un impulso de sentimiento »

Lanzada la especie en esta forma, no tardaron en presentarse otra clase de deducciones más precisas y con apa-

riencia lógica: si el crimen era político, su perpetración únicamente debía de interesar a quienes, temiendo la acción del militar ardientemente desplegada desde los campos de la oposición, estaban indicados para recoger la herencia gubernativa del presidente Montes, a quien se señaló, naturalmente, como a uno de los que tenían que responder «de la misteriosa muerte de un gran general» cuyos méritos y virtudes se presentaron en mucho superiores a los de los héroes más célebres de la historia universal, dándosele recién un relieve que nunca alcanzó en vida.

La propaganda perturbó hondamente la conciencia de las masas que llegaron a persuadirse firmemente que el crimen había sido decretado por los dirigentes del partido liberal, y hubo, en consecuencia, una especie de pánico en las filas del partido de gobierno. Gentes que no habían podido mantener su situación de empleados públicos o que no recibieron satisfacción en sus aspiraciones, desertaron casi en masa del partido. Con pretexto de buscar la verdad institucional en el republicanismo, se fueron a engrosar sus filas, satisfechas de hallar una ocasión que salvando en apariencia su decoro les permitiese transfugar ya no solo mereciendo el menosprecio de de sus correligionarios políticos, sino presentándose mas bien bajo la careta de gentes honestas y amantes de los principios que se alejaban de un partido arbitrario y criminal, para ir a sacrificarse en el abnegado y generoso puesto de la oposición, que es de lucha y de permanente sacrificio. Y estos que así desertaban alzando la frente para ostentar una actitud de gallardía, eran los «honestos», las gentes puras y honradas que no pudiendo transigir con los abusos, crímenes y demasías del poder, se iban, dijo un periódico, «como temerosos de que una permanencia mayor pudiera contaminarlos.....»

Un mes antes de ese nefando crimen, en Mayo de 1917, había sido elegido como presidente de la república un hombre improvisado en la política, don José Gutierrez Guerra, candidato liberal, en oposición al Dr. José María Escalier, candidato del partido republicano.

La carrera política del jefe liberal era demasiado corta y solo había alcanzado algún relieve en los tres últimos años de la administración del señor Montes, porque el partido estaba ya agotado y no contaba en sus filas con hombres prominentes y versados en el manejo de la cosa pública. En 1914 se le vió figurar por primera vez en política como candidato a la diputación por una provincia. Ya en la cámara, fué elegido presidente de ella en 1915, y poco después, y antes de llenar su período directivo, era llamado al ministerio de hacienda del señor Montes, con el solo fin de defender ciertos proyectos del ejecutivo, de innegable trascendencia y fuertemente discutidos en el senado.

Una vez en la presidencia no pudo Gutiérrez Guerra sustraerse a la influencia secante de las camarillas, hasta el punto de hacer exclamar a uno de los principales miembros de esa camarilla, en 1918, que el partido liberal estaba «relajado», es decir, descompuesto en sus principales bases.

Esa descomposición se hacía patente en todos los ramos de la administración pública, pues el gobierno no tenía el cuidado de operar esas selecciones inteligentes que consiste en buscar lo mejor y lo mas honorable de todos los partidos para entregarle la gerencia de los negocios públicos, y, con su ejemplo de honestidad y circunspección, inspirar confianza en el país y el apoyo firme de la voluntad popular que no cesa de brindarlo cuando honradamente se trabaja en su favor.

Mas bien se hizo todo lo contrario por obtener éxitos de momento. Se dió importancia y valía, — como en el otro partido, — a gentes sin preparación suficiente y sin rasgos acentuados de carácter. En el congreso se perpetuaron hasta convertirse en meros empleados del ejecutivo, período tras período, gentes egoistas y acomodaticias que lo sacrificaban todo con tal de no indisponerse con el gobierno y poder conseguir así la sucesiva reelección, ó, por lo menos, una cartera ministerial; fueron agentes diplomáticos y consulares en los más calificados países, activos propagandistas electorales o deudos y amigos predilectos de los hombres de la situación; se confia-

ron las carteras a individuos de acometividad pero impreparados aunque llenos de prestigio electoral.

Todo esto acabó por dar resultados deplorables y terribles. Los pocos hombres de verdadero mérito se vieron puestos por los simuladores y tuvieron que aislarse. Entonces llegó ese período terrible de las improvisaciones, que debía responder lógicamente al acto mismo de la improvisación del primer mandatario de la república en un personaje que si simpático en las esferas comerciales y en las financieras donde su autoridad era legítimamente acatada por su despierta actividad y su gentileza, nunca había dado muestras de entender los complejos negocios del Estado.

Mas para el momento de la ascensión de Gutiérrez Guerra al poder, ya se habían realizado muchas conquistas durante la administración liberal, y las cuales, debiéndose en parte a una nueva orientación del espíritu público, fueron con todo impulsadas por la actividad constructiva desplegada por los poderes públicos, seguramente la más firme desde la fundación de la nacionalidad.

Este avance progresivo, así escuetamente enunciado, llega a tener su positivo valor cuando se toman dos fechas separadas entre sí por los cuatro lustros de dos administraciones: 1898, fecha en que cae del poder el partido conservador, y 1918, que es cuando comienza a hacerse patente la descomposición y el declive del partido liberal. Y, entre esas dos fechas, se marcan los siguientes resultados que, sin posible equívoco, consignan los adelantos económicos, industriales, de vialidad y culturales de la nación:

	1898	1918
Impresos o rentas nacionales	5,194,500	32,586,886
Importaciones	11,897,244	34,999,886
Exportaciones	27,456,676	182,612,850
Producción minera	20,736,619	81,543,627
Líneas telegáficas	5,013	11,061
Kilómetros de ferrocarril	486	1,785
Número de escuelas	84	477
Población escolar	29,722	61,692

Veinte años de paz bajo el régimen liberal, han transformado, pues, de una manera perceptible el criterio y la modalidad de las masas bolivianas.

Primeramente se ha despertado en ellas el amor al trabajo y hoy ya se ven industrias nacionales, existe un comercio floreciente y un relativo intercambio de productos entre los departamentos de La Paz, Oruro, Cochabamba y Potosí, ligados por líneas férreas. Luego, la intuición de solidaridad nacional va echando raíces en la conciencia colectiva, no obstante la poca homogeneidad de raza y costumbres y la falta de un criterio armónico, o de continuidad en los planes de gobierno, para operar definitivamente la obra de unificación mantenida hasta ahora por medios artificiosos y que no responden a razones inmutables. Esa unificación, realizada por lo general en otras partes mediante el intercambio de productos y la mancomunidad de aspiraciones afines entre las distintas regiones de un país, se mantiene en Bolivia únicamente por la distribución de empleos honoríficos y remunerados entre los miembros destacados de cada provincia o departamento. Son las carteras ministeriales y las vicepresidencias, las que en Bolivia mantienen esa cohesión, originando de la suerte otro fenómeno de decadencia, porque no poseyendo en veces esos miembros grandes dotes morales e intelectuales, su encumbramiento origina el deseo de la imitación en seres absolutamente mediocres y como consecuencia el natural desmedro de cargos altamente representativos y de difícil ejecución... Por último, y como lógico remate de los progresos realizados en estos últimos veinte años, nótase también un lento despertar en las energías mentales de la raza con obras que si bien no añaden nada al caudal de conocimientos y emociones humanas y solo tienen repercusión dentro los cerrados límites de las fronteras nacionales, por lo menos reflejan, algunas, las modalidades del temperamento individual, y reproducen otras, acaso las más durables, los aspectos monótonos de una vida casi cristalizada en los moldes coloniales, pobre en emociones estéticas, de aspiraciones demasiado circunscritas,

extremadamente simple en sus demostraciones de cultura social y poco refinada en sus gustos, hábitos, inclinaciones y preferencias intelectuales.

El principal alimento espiritual de estas sociedades apenas plasmadas en los ajetreos devastadores de la política partidista, es el periódico, y por eso su relativo estancamiento, porque el periódico en Bolivia solo se interesa por la política electoral y generalmente está redactado por gentes sin probidad moral y de limitados conocimientos, pero violentas en sus manifestaciones de odio, de un sectarismo cerrado e intransigente. El libro solo circula entre lo selecto de la población, y su difusión se hace todos los días más grande; pero su acción aun no puede anular la del periódico que con su propaganda tendenciosa engendra el hábito de las afirmaciones rotundas y sin examen de causa, el obstinado encasillamiento de las gentes en las filas de caudillos más o menos honrados, y la pobre limitación de aspiraciones, deseos y perspectivas ideales. . . .

Pero en este crecimiento de veinte años, hay un fenómeno algo confuso de las condiciones bajo las que se desarrolla la vida económica de las gentes en el capítulo de la despena, primordial entre los pueblos.

Es vida, comparada a la de los tiempos de Ballivian, por ejemplo, ha crecido en proporciones tan fantásticas, que ya la sola enunciación de las cifras desligadas de sus antecedentes, parece marcar nó dos etapas distintas en la evolución económica de un mismo grupo social, sino de dos mundos antípodas y casi desligados en el tiempo y en el espacio.

Se ha visto en su lugar y por revelaciones de la prensa que durante ese período del vencedor de Ingavi una sola persona podía vivir con menos de 30 pesos anuales, o sea, como dice el periódico, « dos pesos tres reales al mes, o sea cinco céntimos escasos al día », (Pag. 126), comprendiendo en ese precio la alimentación, el lavado y la vivienda, cosa que se explica en suma si se recuerda que entonces un funcionario

de alta categoría, un profesor de universidad, por ejemplo, solo ganaba 500 pesos por año.

Entonces La Paz, ciudad donde se hacían estos cálculos, contaba con 40,000 habitantes y es de suponer, que los artículos de consumo serían excesivamente abundantes y de precios reducidos; mas por mucho que lo fueran, su relación con los precios actuales de esos mismos artículos, se halla en un desnivel tan grande, que lógicamente no puede encontrarse una explicación que oriente sobre las causas de ese desquiciamiento acaso sin ejemplo en la historia.

Si entonces una persona podía vivir con menos de tres pesos por mes, hoy esa misma persona y solo en la alimentación gasta *treinta* veces más de esa suma, y *sesenta* comprendiendo sus gastos de vivienda y lavado.

Ahora bien, La Paz cuenta a la fecha, poco más o menos, con 120,000 habitantes; es decir que su población ha triplicado desde los tiempos de Ballivián. Suponiendo que la producción de los artículos de despensa sea la misma, su costo ha debido subir en idéntica proporción y podía por tanto ser tres veces mayor que entonces; pero esto no es así. De donde se deduce, o que la actividad agrícola y comercial ha disminuído, cosa que desmienten las estadísticas, o que en ese crecimiento desmesurado entran otros factores cuyo estudio sería preciso emprender para hallar el remedio a este mal de la carestía de la vida, que es uno de los que más profundamente afligen a la sociedad boliviana de este tiempo.

Políticamente, y bajo el aspecto mundano, esa sociedad es ya una entidad comparada a la de otras épocas; mas a pesar de su cultura refinada con los viajes y sus elementos de riqueza acrecidos en especulaciones de diversa categoría, las familias viven dentro de un recato impuesto por la escasez de recursos y la falta casi absoluta de diversiones y espectáculos. Son los *clubs* y las salas cinematográficas los que en este primer tercio de siglo alimentan el espíritu de sociabilidad en las gentes; pero las expansiones mundanas de otrora, como la bulliciosa celebración de muchas fiestas, los días de excusión

campestre, las visitas domingueras, han decaído o se han perdido submergidas por otras costumbres de aspecto más rígido aunque de mejor tono, sin poder decir por eso que se haya roto la monotonía calmosa en que vegetan las sociedades bolivianas, ni haya cambiado tampoco el extraño aspecto de las ciudades, con su aglomeración de indígenas que al conservar sin merma sus trajes heredados del coloniaje, con pocas variantes, constituyen una singular sorpresa para los viajeros de otros países, que retornan a sus lares llevando el convencimiento absoluto y cabal de que el elemento indígena es el que todavía predomina en las urbes bolivianas en este siglo trágicamente ilustrado con la guerra.

Así se vive, así se vivía en los momentos más angustiosos de ese cataclismo, sin que su hórrido fragor viniera a turbar la conciencia pública; y es entonces que aconteció el suceso más memorable de todos los que hasta hoy registra la nueva historia del mundo: el derrumbamiento del Imperio Alemán y la victoria de los pueblos libres encabezados por Francia, sobre el espíritu conquistador y casi feudal del tantonismo hasta entonces vencedor y arrogante. Vino el armisticio de noviembre precedido del nuevo evangelio político predicado por Wilson desde lo alto de la presidencia de los Estados Unidos de Norte América; y en la palabra de ese hombre generoso que creía interpretar el sentimiento del más pujante y del más rico de los pueblos, todos los otros pueblos, especialmente los débiles, los oprimidos, los indefensos, creyeron encontrar el secreto de su seguridad y de su dicha adhiriéndose sin reserva a ella, adoptándola como artículo de fe inmutable e incontrarrestable, como algo tan sólidamente constituido, que el arrancarlo o destruirlo sería como arrancar las mismas entrañas a un organismo vivo.

Pocos fueron los países que no se dejaron alucinar por el espléndido miraje; mas los hombres de Estado, aquellos que no ignoran los secretos de la historia y conocen la trama oculta de los hechos, sonrieron ante el generoso idealismo del hombre superior y dejaron por el momento que las masas se

exaltasen de entusiasmo inofensivo, para luego, fría y calculadamente, obrar como obran siempre los hombres y los pueblos, egoístamente. . . .

Lanzado, pues, el proyecto de la Liga de las Naciones, el Perú se apresuró en remover su viejo litigio de fronteras con Chile; y Bolivia, siguiendo la tradición de sus verdaderos estadistas, creyó que esa era la hora oportuna para reafirmar sus aspiraciones de poseer el puerto de Arica, mediante equitativas compensaciones económicas al pueblo que llegase a poseer en definitiva ese territorio, política que desde el primer momento dio en llamarse *practicista* y siendo el principal intérprete de ella, el ex-presidente Montes, acreditado entonces, por la segunda vez, como ministro de Bolivia en Francia.

Esa política la abrazó con entusiasmo el partido liberal, entonces en el gobierno; pero para que su acción tuviese mayor eficacia, se formó en el mes de noviembre de ese año un gabinete de concentración nacional, llamando a los más calificados personajes de todos los partidos políticos y deseando así apaciguar la exaltación de los ánimos y llevar una acción conjunta en este delicado y trascendental asunto internacional.

Fue invitado a la cartera de relaciones exteriores el señor Alberto Gutiérrez, cuyas opiniones en la materia eran bastante conocidas por sus libros y discursos en las cámaras legislativas; y fue él quien como ministro y con fecha 24 de diciembre, instruyó al señor Montes para que hiciera saber al gobierno de Francia, a la Liga y al presidente Wilson que Bolivia, — dice el cable, — « es parte interesada en el litigio de Tacna y Arica. Sus derechos emanan, — agregaba, — de antecedentes históricos, jurídicos y geográficos ».

El señor Montes, ciñéndose estrictamente a estas instrucciones, presentó a fines de enero de 1919 un memorándum al gobierno de Francia en tal sentido, y este memorándum fue rúdamente atacado en Bolivia por el partido de oposición que desde un comienzo había adoptado, por causas que aun no es hora de divulgar, una actitud diametralmente opuesta a la del

partido liberal, con excepción de su jefe, el Dr. Daniel Salamanca.

La argumentación de los opositores, tenía apariencias de lógica irrefutable: creían que con el triunfo de la causa aliada se había impuesto en el mundo el santo reinado de la justicia entre los pueblos, de la igualdad jurídica entre ellos, de la armonía y concordia internacionales; y así no faltaban escritores de ese partido, como don Abdón Saavedra, que sostuviese con magnífica gallardía:

« Nuestra actitud actual no es de pedir, es de exigir ».

« Con la gestión Montes, — agregaba el vocero oficial de ese partido, *La Razón*, — abandonamos el único camino de justicia y de éxito a nuestras aspiraciones nacionales, para entregarnos a una aventura de asalto a la propiedad ajena »

« Lo que defendemos es la causa boliviana, y ella desde el punto de vista del éxito y de la justicia, no ha podido ser otra que la de pedir al tribunal de las naciones nuestra integración geográfica mediante la reivindicación de lo que fue nuestro indiscutiblemente y de lo que nos pertenece por la tradición y por el derecho americano . . . »

La cuestión internacional se convirtió de este modo, y aunque parezca inconcebible, en un tema de propaganda política para el partido republicano, porque explotando la sentimentalidad de las masas hizo ver que era desleal desvincularse del Perú y pedir una fracción de su suelo que por fuerza detenía el conquistador.

Y este punto, que debiera ser tratado con infinitas precauciones, y el asesinato del general Pando, fueron las dos armas que con malicia formidable y con una eficacia incontrarrestable esgrimió con odio reconcentrado ese partido soliviantando el encono agresivo de las muchedumbres contra el partido del gobierno, que parecía haber perdido hasta el instinto de propia conservación y aflojado todos los resortes de su actividad con el triste ejemplo del primer mandatario y de sus colaboradores inmediatos, muchos de los cuales únicamente se preocupaban de divertirse en toda clase de placeres . . .

Esta inconsciencia era explotada con ensañamiento por los defensores del proceso Pando en la parte civil, uno de cuyos abogados, don Quintín Mendoza, no se detuvo en sindicarse directamente al mismo presidente como a uno de los asesinos del general, sin que el gobernante asumiese de hecho una actitud enérgica e implacable ante la tremenda acusación. Apenas se limitó a dirigir un oficio al comité liberal para que este lo amparase en su conducta, mostrando así su actitud de gente floja y sin concepto cabal de su responsabilidad histórica. Lo solo que en esta emergencia se dejó escuchar fue el clamor indignado de la prensa gobiernista; pero a su voz afligida respondía la airada voz de la prensa republicana, que explotando la perversa sindicación, bien pronto ampliada al ex-presidente Montes, ponía en alto relieve la actitud del abogado Mendoza, lleno ahora de una pasajera celebridad de hombre animoso, íntegro y sin tacha, y el cual, para defenderse de los cargos de la prensa liberal, todavía agregaba el insulto a la ironía diciendo: *Para ser un alto dignatario de Estado, basta ser bruto o pícaro*

Todo esto hacía ver que ese partido, en su elementos de gobierno, se hallaba verdaderamente desorbitado de toda orientación interna o externa, alejado de las corrientes sanas de opinión, submergido en una una especie de pantano moral donde únicamente se veían agitarse a los pocos intrigantes que apoderándose de la voluntad anulada del presidente, se movían en su torno, destruyéndose ellos mismos con sus chismes, celos y envidias; apartando de su lado, con aviesa intención, a la gente honrada que al ver la inminencia del peligro, se afanaba por hallar algún remedio a la revuelta que se venía incontenible e implacable.

Ese mal ya lo señalaba con intención un periódico que pretendía defender la causa de un partido sin adherentes, pero que servía a maravilla los secretos designios de sus propietarios: «La revolución está planteada» — dijo *El Figaro* sin ambages. Y este lenguaje con apariencias de sinceridad que debiera despertar la atención de los más desprevenidos y sus-



citar su natural desconfianza en un orden de cosas asentado en el más perfecto desorden, no movía a nadie en las esferas del gobierno, pues la sordera parecía incurable en sus hombres. Y el régimen seguía holgando, sin parar la atención en nada y fiando por entero su estabilidad en una institución sobre la que se había acumulado toda una floración de virtudes, ya ausentes de la masa.

El ejército era la columna de apoyo de ese régimen, la única base sólida de su persistencia en el poder, su más firme baluarte. Y se tenía una fe ciega, absoluta en el ejército. Los periódicos oficiosos no desperdiciaban ocasión de celebrar su disciplina, su lealtad a los poderes constituidos, su altiva prescindencia en las querellas angurriosas de los partidos, pues era en su concepto una institución férreamente organizada, intangible en su propia estructura, intachable por su alta concepción de probidad, honor y lealtad.

Los militares de hoy, se pensaba comunmente, no eran, como ayer, la escoria social. Y si en el país todo flaqueaba y se mostraba inestable; si los principios y los ideales no determinaban la conducta de los hombres representativos y los mismos problemas de política trascendente como los que se relacionan con la reintegración marítima de la Nación, se toman de preferencia para conquistar adeptos y parciales dentro de la política interna, el ejército permanecía intangible, incorruptible, inflexible en sus deberes, atento en su doble misión de mantener la paz pública y la integridad del patrio solar, pues cada soldado era un caballero de honor, pundonoroso y leal... .

Así pensaban los ilusos, obstinadamente. Mas de pronto, y como en esos teatrillos opacos, tristes y sórdidos pero barnizados por fuera con oro y colorines brillantes, cayó de súbito el telón, antes de poder ocultar la pobre y lamentable miseria interior, dejando costernados a todos, pues habían olvidado, o no pudieron pensar que el medio es una fragua indomable donde los caracteres se moldean con relativo uniformidad y constituyen el carácter propio de una nación; que

un estado de cultura general engendra parecidas aspiraciones propagadas por la imitación, la gran ley sociológica; y que los recursos económicos, el método de vida común, las ocupaciones cotidianas y la actividad más o menos intensa en las aulas, crea un tipo predominante cuyo género de vida y cuyas aspiraciones tienden a plasmarse en el conjunto, es decir, en suma, que dentro de un medio social cualquiera las diferencias éticas no son ni pueden ser profundas en el tipo común, porque todos están sujetos a unos mismos agentes externos y que si hay diferenciaciones apreciables, ellas constituyen por fuerza eso que se llama la *Elite* de una nación, siempre distanciada de la masa...

Corrió dinero, mediaron promesas y halagos y la revolución estalló en el amanecer del día 12 de julio de 1920, con la complacencia de esos mismos militares engreídos por el fervor popular, barriendo sin efusión de sangre al gobierno inepto y marcando la caída de Gutiérrez Guerra con la quiebra lamentable de su establecimiento bancario que hubo de precipitar en la ruina a infinidad de familias pobres, hecho único y fatal en nuestra historia de sangre y miseria.

Se le llamó al movimiento *la revolución ideal* no se sabe si porque se le consumó sin gran derramamiento de sangre o por la participación del ejército en él, sin percatarse que bien pronto iba a ponerse a dura prueba la sinceridad política del partido triunfante.

Ese partido se había formado, como se dijo, en momentos de crisis económica e institucional, y su principal núcleo estaba compuesto de elementos sin ninguna cohesión y disgregados del partido de gobierno por resentimientos personales; y si bien algunos de sus conductores obedecían al deber imperioso de llevar a su estricta veracidad los preceptos de la Constitución y al deseo noble de mejorar nuestras viejas prácticas democráticas, otros, los más, solo estaban empujados por el hambre y la vanidad, los dos resortes más conocidos y eficaces en todo el proceso de la historia política boliviana.

La división surgió a los pocos días del movimiento triun-

fante, a raíz de la convocatoria a elecciones populares, que se hizo en el mes de agosto, pues en tanto que unos pensaban que la elección presidencial debía de hacerse directamente por el voto popular, — vehemente anhelo del partido republicano en la oposición, — otros, rompiendo con su programa, sostenían que esa elección debían de realizarla los miembros de la Convención a reunirse, porque, en sentir de un nuevo periódico de tinte saavedrista, *La Reforma* « la jurisprudencia de las revoluciones ha sido la elección presidencial por las asambleas constituyentes » y esa elección debía de verificarse en la persona del principal caudillo revolucionario, don Bautista Saavedra, « hombre múltiple, perfecto ciudadano y la flor de la raza », — que dijo en el mismo periódico uno de sus más entusiastas panegiristas.

« Si el doctor Bautista Saavedra, — decía otro, en *La Verdad*, — es quien ha tomado sobre sus hombros descifrar el gran problema del engrandecimiento patrio, es porque su clarísima inteligencia ve el verdadero camino que para ello se debe seguir: y porque vio que él solo era el llamado por el destino para raer (¿?) de sobre la faz de la tierra el más pequeño vestigio deshonoroso para nuestra patria. Y cómo pudiera comenzar a desarrollar su gran programa si no se hace cargo de la presidencia? ... A él le pertenece, porque él ha creado la presidencia inmaculada del partido republicano... »

Así se decía, y la propaganda hallaba eco en algunos pueblos que no tardaron en enviar actas firmadas, como otra, para pedir que la elección se verificase directamente por la Convención y con el nombre de Saavedra; mas en tanto que el conflicto se esbozaba ya sin rebozo minando la integridad del partido vencedor, la conciencia de la parte sensata y consciente del país se sentía como aliviada del peso enorme que sobre ella hiciera gravitar el partido caído con sus abusos, desmanes y crímenes, clamorosamente denunciados por la prensa de oposición.

Al fin subía al poder un partido conducido por hombres sin tacha, de limpios antecedentes y sanas intenciones que

desde la cátedra, el libro, la prensa y la tribuna habían pregonado incesantemente la necesidad de las elecciones libres, de reprimir y castigar los abusos, de llenar honestamente los principios de la Constitución, de perseguir implacablemente el fraude y la corrupción, de imponer sanciones a los culpables, premiar a los buenos servidores, utilizar los servicios de los aptos sin distinciones de partido, realizar, en fin, una verdadera labor reconstructiva con el concurso de los mejores. *Les enseñaremos a gobernar*, — dijeron, y la promesa satisfizo porque estaba garantizada por un lustro de propaganda honesta y no había derecho de dudar de esos hombres.

A una revolución de esta índole, regeneradora y depuradora, y que venía a llenar una aspiración vehemente de los más sanos y de los mejores, bien se podía bautizar, ya sin la enfermiza hipérbole de los viejos caudillos, de *gloriosa*. Y así se hizo en documentos oficiales emanados de la Junta de Gobierno, dirigida por don Bautista Saavedra, alma y nervio de la revolución, por el Dr. José María Escalier, político y profesional extensamente vinculado dentro y fuera del país y por don José Manuel Ramírez, luchador entusiasta e incorruptible en los campos de la oposición.

En la primera quincena de diciembre de ese año de 1920 fue lanzada la candidatura presidencial de don Bautista Saavedra en quien amigos y adversarios creían hallar el fuste de un verdadero hombre de Estado, por su cultura intelectual, su decisión y su espíritu legalista acentuado por la respuesta cortante que diera a quien, a raíz de la revolución y ante el desbarajuste inevitable de la hora, le aconsejara proclamarse por sí presidente de la República: *yo no soy Daza!*...; pero su nombre halló serias resistencias entre los más calificados miembros de su mismo partido, comenzando por sus colegas de la Junta de Gobierno, uno de los cuales, el Dr. Escalier, tanto por su carácter de jefe del partido como por la significación que alcanzara durante los últimos acontecimientos del régimen liberal, había sido señalado como el candidato más probable a la presidencia. Y Escalier, hallando que eran incompatibles la calidad de

miembro de la Junta directiva y de candidato a la presidencia de la República, renunció primero la candidatura y luego la jefatura política en un manifiesto acusatorio de la política desenvuelta por don Bautista Saavedra, que desde un comienzo supo mostrar sin embozo su firme resolución de llegar al poder mediante los votos de sus amigos en la Convención, a la que tacharon los periódicos liberales e independientes, de reunir en su seno a los soldados del partido triunfante y no a sus jefes.....

Iniciada en la Convención la candidatura de Saavedra, bien pronto se indicó la del tribuno, Dr. Daniel Salamanca, jefe honorario incontestable e indiscutido del partido republicano; mas el primero contaba con el apoyo de la mayoría de la Convención, firmemente resuelta a votar por su caudillo, sin tomar para nada en cuenta el peligro de una profunda división en el partido, y menos, por consiguiente, la voluntad de las masas electoras, representadas sólo en una fracción en el parlamento, ya que a las elecciones para convencionales únicamente había concurrido el partido revolucionario. Lo decía sin ambages y con aspereza un periódico adicto a la causa saavedrista: «o se constituye el gobierno mediante el voto de los convencionales, o se hunde el país».....

El 19 de enero de 1921, dos convencionales de la mayoría, presentaron el siguiente proyecto de ley:

«La Honorable Convención Nacional, en vista de la situación anormal en que se halla el país, resuelve elegir Presidente Constitucional de la República, el día de mañana 20 del presente mes, debiendo inmediatamente cesar en sus funciones la Honorable Junta de Gobierno...»

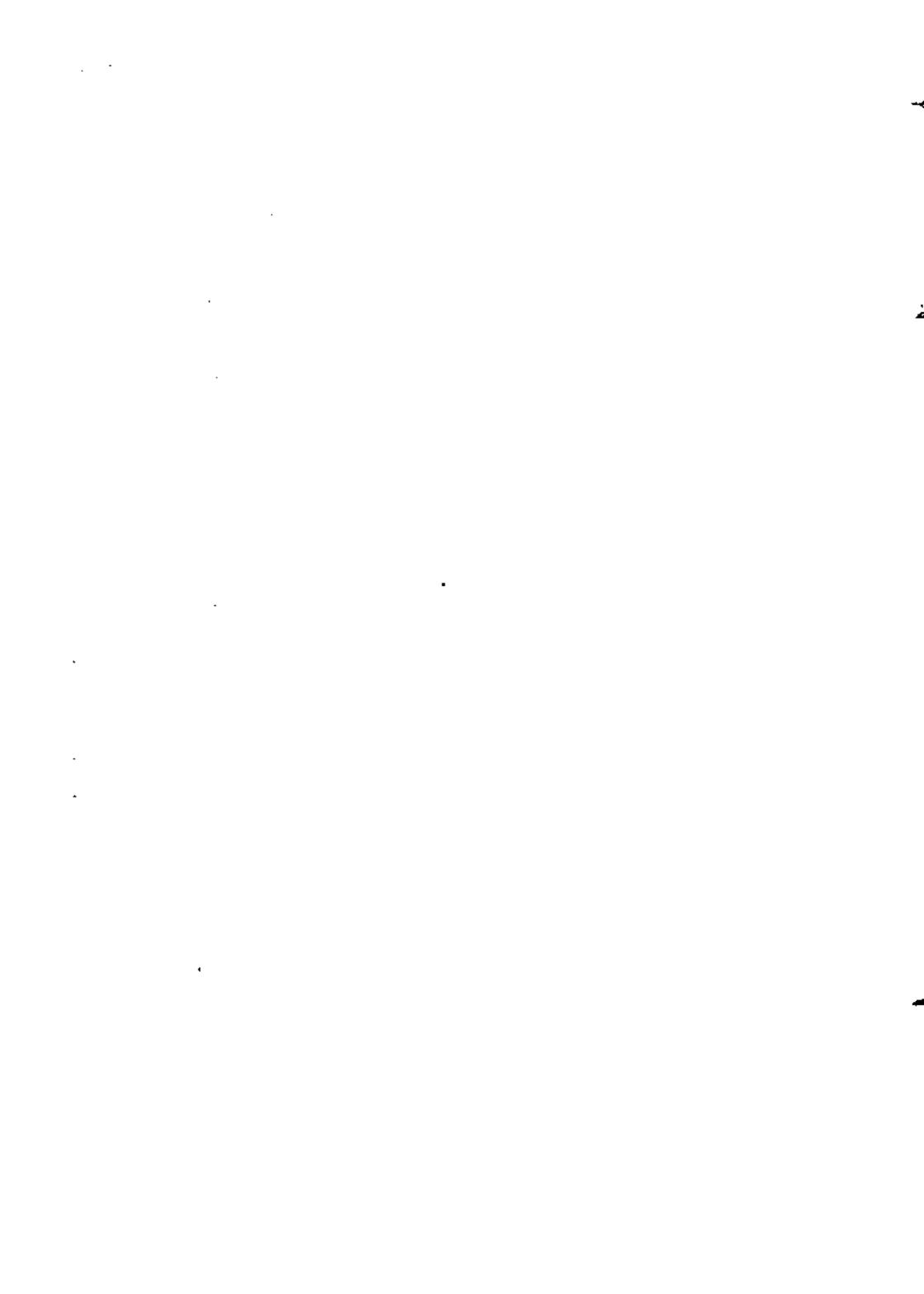
En la sesión de este día, 20 de enero, hubo, como siempre, profunda divergencia sobre puntos doctrinarios entre ambos grupos de la Convención. Del discurso se pasó a las alusiones personales, y de las alusiones, a las injurias. Entonces la minoría, sintiéndose agraviada, abandonó el recinto de las sesiones, y la mayoría aprovechando de esta oportunidad que venía a favorecer sus mejores planes, aprobó sin debate

un proyecto de sesión permanente con objeto de elegir al presidente de la República y decidir sin mayores dilaciones del grave problema de la elección que habría sin duda ocasionado una larga, ardorosa y apasionada discusión con los miembros de la minoría, resueltos como estaban a oponerse con tezonería a la elección presidencial verificada en esa forma, y cuya acción habría sido, sino del todo eficaz para hacer variar de intención a los de la mayoría, por lo menos profunda porque contaba en su seno con los elementos más sanos y mejor preparados de la Convención.....

Y la elección se hizo en la sesión del 24 de enero y recayó, cual ya se sabía, en don Bautista Saavedra, antiguo universitario, catedrático y mentor de la juventud, ministro de Estado y diplomático bajo los gobiernos liberales y un intelectual y escritor justamente celebrado; pero su manera de escalar al más alto puesto representativo de la nación le valieron el reproche amargo de los jefes de su mismo partido político, hoy acaso definitivamente roto y dividido, y la oposición pasiva y tenaz de los mejores elementos del país, y ante la cual todavía lucha Saavedra, en medio de una espantosa crisis económica originada por los últimos trastornos políticos y la casi repentina paralización de las exportaciones mineras, que constituyen el capítulo más saneado de las rentas fiscales.....

París, 1912—La Paz, 1922.

FIN



SUMARIO

LIBRO PRIMERO

La Fundación de la República

CAPITULO I.

Chuquisaca y su Universidad a principios del siglo XIX.— Vida social y distribución gremial de la urbe.— Goyeneche y su doble rol.— Revolución del 25 de Mayo.— Propaganda de la revolución.

CAPITULO II.

La Paz y la revolución del 16 de Julio de 1809.— Proclama de la Junta Tuitiva.— Traición de Murillo.— Su muerte heroica.— Revolución de Cochabamba.— Primera expedición argentina.— Batalla de Villcapugio.— En el Alto Perú nace la idea de la emancipación absoluta.— Segunda expedición argentina.— Los grandes caudillos.— Tercera expedición argentina.— Batalla de Sipesipe.— La Serna se hace cargo del ejército realista.

CAPITULO III.

Se afirma en el Alto Perú la idea de la independencia.— Revolución de Hoyos en Potosí.— Sucesos del Perú en 1820.— La guerra intestina en las filas reales.— Batalla de Junín.— Batalla de Ayacucho.— Sucre recibe instrucciones de pasar al Alto Perú.— Manejos de Olañeta en favor de la independencia altopereana.— Decreto de Sucre de 9 de febrero de 1825 constitutivo de la nacionalidad.— Descontento y reparos de Bolívar.— Decreto del Gobierno de Buenos Aires reconociendo al Alto Perú la facultad de constituirse en conformidad a sus intereses.— Bolívar lanza su decreto limitatorio de 16 de mayo.— La Asamblea constituyente de 1825.— Bolívar en el Alto Perú.— Promete, al fin, consentir en la formación de la nacionalidad.— Cumple su promesa y envía su proyecto de Constitución para el nuevo estado de Bolivia.

CAPITULO IV.

Territorio de la nueva nación.-- Su distribución étnica.--Carácter del indio.--Selección inversa de la raza.-- La desigual lucha entre el conquistador y el esclavo.--Caracteres de la casta mestiza.-- El cholo.-- Su inferioridad respecto al tipo superior de civilización. -- La historia de Bolivia está formada por el cholo y de allí su incoherencia.-- Insignificancia de la raza blanca.-- Población en 1831. -- El problema racial según Antelo. -- El país desconocido.

CAPITULO V.

Dificultades de Sucre y su manera de gobernar.--Su pesimismo político.-- Congreso de 1826.-- Campaña contra el Libertador.-- Trabajos de Santa Cruz.-- Se revolucionan en La Paz las tropas coloradas.-- Motín del 18 de abril: Sucre herido.-- Gamarra invade Bolivia.-- Sucre se aleja definitivamente de Bolivia.

LIBRO SEGUNDO

Los Caudillos Letrados

CAPITULO I.

Congreso de 1828 y sus labores.-- Nombra presidente a Santa Cruz y acepta la renuncia de Sucre.-- Velasco se hace cargo de la presidencia en ausencia de Santa Cruz.-- La Asamblea Convencional.-- Velasco renuncia la presidencia. -- Es elegido Blanco. -- Descontento que produce esta elección.-- Su programa de gobierno. -- Motín del 31 de diciembre.-- Blanco es reducido a prisión. -- Conflicto entre la Asamblea y los promotores del motín.-- La Asamblea entrega a Velasco el Poder ejecutivo de la República.-- Asesinato de Blanco.-- Se disuelve la Asamblea.

CAPITULO II.

Santa Cruz se hace cargo de la presidencia.-- Su programa de Gobierno.-- Actos administrativos.-- Habilita el puerto de Cobija.-- Rasgos biográficos y de carácter de Santa Cruz.-- Hace abrogar la constitución del año 26. -- Se dicta por el congreso de 1831 la segunda constitución.-- Presupuesto general de la nación en esos años.-- Sistema de gobierno de Santa Cruz.-- Su ideal de la Confederación Perú-Boliviana.-- Planes con Gamarra y Orbegozo.-- Santa Cruz va al Perú.-- Congreso de Tacacari.-- Se establece en 1836 la Confederación Perú-Boliviana.-- Alarma de los países vecinos.-- Desconfianza de los confederados.-- El congreso de Bolivia rechaza el pacto en 1837.-- Otro congreso lo aprueba en 1838.-- Campaña contra la Confederación.-- Defección de Orbegozo.-- La acción de Yungay en 1839 destruye la Confederación.-- Santa Cruz se aleja de Bolivia.

CAPITULO III.

Gobierno de la Restauración.—Ballivián se levanta contra Velasco.— Se reforma por tercera vez la constitución.—Odio del Perú contra Bolivia.—Cae el gobierno de la Restauración en 1841.—Gamarra invade Bolivia.— Se unifica el sentimiento nacional ante el peligro.— Los pueblos se ponen bajo la dirección de Ballivián.—Batalla libertadora de Ingavi.—Los ejércitos del Perú son completamente derrotados y en el campo queda el general invasor

CAPITULO IV.

Convención de 1843.—Se dicta la cuarta constitución.—Rasgos biográficos de Ballivián.—Estado general de la instrucción pública.— Incultura de la mujer.—Sus virtudes.— Santa Cruz es desterrado a Europa.—Aparece el periódico «La Época» en 1845.—Psicología de los gobernantes.—Condiciones de la vida económica.—Aspectos de la vida social.—Misericordias de esta vida.—Nuevos conflictos con el Perú.— Rivalidad de Ballivián y de Belzu.— Ballivián asume la dictadura.— Deja el gobierno en poder de Guilarte.

CAPITULO V.

Cuarta presidencia de Velasco.—Rivalidad de Belzu y Olañeta.—Curiosas manifestaciones de esa rivalidad.— Congreso de 1848.—Sublevación de Belzu.—Velasco se pone en campaña y el congreso encarga a Linares el poder ejecutivo.—Proclama violenta de Linares contra Belzu.—Acción de Yamparáez y triunfo de Belzu.

LIBRO TERCERO

La plebe en acción

CAPITULO I.

Biografía de Belzu.— La adhesión de las masas.—El odio a Ballivián y su sombrío retrato.— La política demagógica: exaltación de la chusina.—Incultura de la plebe.— Morales atenta contra la vida del caudillo.—Excesos del Consejo de Ministros.— Se alarman los diputados y es disuelto el Congreso.— La Convención Nacional de 1851.— Mensaje presidencial de Belzu y su impostura.—«Mártir de la democracia».—La Convención elige presidente al caudillo y dicta un nuevo Código Político.— Tirantez de relaciones con el Perú.—Decadencia moral.—Triste retrato de Olañeta.—Correspondencia con Santa Cruz.— Pobreza de la literatura nacional y el poeta José Ricardo Bustamante.— El optimismo de los satisfechos.— Manía holgazana de la plebe.—La sombra turbadora de Linares.—Belzu, dicen sus partidarios, está bajo la protección de la Divina Providencia.—Revuelta de Acha.— Desaliento del caudillo: Bolivia se

ha hecho incapaz de todo gobierno. — Santa Cruz anuncia a Belzu sus propósitos de presentar su candidatura presidencial. — Se piden *hombres nuevos* y se señala a Córdova. — Biografía de Córdova. — Córdova es elegido presidente y la flicción de la «transmisión legal».

CAPITULO II.

Primeros actos de gobierno. — Primeras revueltas. — Linares vuelve a presentarse en el campo de la lucha. — El gobierno persigue como fin primordial ganarse el fervor de la plebe. — Congreso de 1857. — Revolución triunfante de Linares. — Huye Córdova y publica su «Manifiesto» en que él mismo se acusa. — Cómo se cumplió fielmente el vaticinio de Belzu.

LIBRO CUARTO

La dictadura y la anarquía

CAPITULO I.

Retrato de Linares. — Sus propósitos de moralizar el país. — Su primer gabinete. — Presupuesto nacional en 1860. — Medidas contra el clero. — Linares asume la Dictadura. — Medidas contra el ejército. — La tentativa de asesinato. — El proceso del fraile Pórcel. — Impopularidad de Linares. — Conflicto con el Perú. — La traición se cieme sobre la cabeza del Dictador. — Amordaza la prensa. — Vida precaria de los periódicos. — La acusación de Olafleta. — Nuevos amagos de revolución. — Se acentúa la hosquedad del carácter del Dictador. — La vil traición. — Estupor que produce su caída.

CAPITULO II.

Retrato moral de los traidores. — Primeras medidas del triunvirato. — Las elecciones de 1861. — Se discute en el congreso el mensaje de Linares. — Se pretende cubrir de oprobio al ex-Dictador. — Apasionada defensa de sus amigos. — «La política es la moral aplicada a los gobiernos». — Los partidarios de Belzu y Córdova trabajan por sus candillos. — El viaje del presidente Acha al interior de la república, y escenas típicas. — Retrato de Yañez. — Matanzas del Loreto en La Paz. — Clamor indignado de la prensa extranjera. — Consternación que produce la muerte del Dictador. — La flaqueza del gobierno. — La revolución de Fernández en Sucre. — Los coroneles Balsa y Cortés: venganza popular contra Yañez. — Acha, desconfiando de todos y de todo, pretende ganar al populacho. — Revolución del general Pérez. — «La apelación al pueblo». — Se descubren en 1863 las huaneras y salitreras del Litoral. — Las ambiciones de Chile. — Una corona cívica para el canciller Bustillo y sus andanzas. — La guerra es imposible con Chile. — Rentas nacionales. — Virulencia de la prensa contra el gobierno. — El desenfreno de la anarquía.

CAPITULO III.

La solidaridad americana.—El Congreso de 1864.— Morales es excluido de la cámara.—Rentas nacionales.— Belzu lanza su candidatura presidencial.—Candidatura del general Agreda.— Manejos oscuros del general Melgarejo.—Andanzas de Ballivián.—Melgarejo hace la revolución.—Caída de Acha.

LIBRO QUINTO

Los caudillos bárbaros

CAPITULO I.

Biografías de Melgarejo y Muñoz.—Melgarejo abroga la Constitución de 1861.— Levantamientos de Cochabamba, Sucre y Potosí.— Belzu hace la revolución en La Paz.—Sangriento espectáculo que Melgarejo ofrece a sus tropas.—Dramática muerte de Belzu.—Melgarejo constituye su gabinete y se produce el vacío en su torno.—Amores de Melgarejo con doña Juana Sánchez.— Absurda medida que propone a sus ministros para arbitrarse fondos.—Viaje al interior.—Casto Arguedas.—Celos y pequeñeces entre los revolucionarios.— Su derrota.— Melgarejo se alianza en el poder, venciendo sobre la nulidad y la incompetencia.—El silencio y la humillación de los siervos.—Ridícula maniobra para domar la altivez de las danzas paceñas.— Viles alabanzas de los reptiles.—Lucha entre Muñoz y Oblitas por obtener los favores del bárbaro.—La mentira oficial.— Por decreto se suprimen las fronteras de la patria.—La bajeza de los siervos.—Gestiones de Chile y el Brasil para concluir los pleitos fronterizos.—El triste congreso de 1868.—Desplantes de ébrio.— Palabra de menguado.—Asesinato del loco Oliden.—Otros asesinatos.— Venta de las tierras de comunidad.— Melgarejo es rodeado por los políticos profesionales.—La inconsciencia de los escribidores.—Revolución de La Tapia.—Melgarejo marcha al interior y Morales encabeza la revolución en La Paz.—El espíritu de sacrificio.— Combate del 15 de enero de 1871.— Caída del bárbaro.

CAPITULO II.

Morales es aclamado presidente provisorio de la República.—Biografía de Morales y rasgos predominantes de carácter.—Su ignorancia.—Mensaje de Morales a la asamblea de 1872.—Su falso desprendimiento.— Apasionado debate que ocasiona su fingida renuncia de la presidencia.—Atropellos del bárbaro.—Resortes que mueve para que sea rechazada su renuncia.— Logra atraer a los principales miembros de la asamblea.— Es proclamado presidente provisorio.—La asamblea anula los actos de Melgarejo.—El proceso de la nacionalidad.—Empréstito Church.— Discusión del sistema federal.— Trabaja el caudillo para ser elegido presidente constitucional.—La misión Bustillo en Chile.—Muerte de Melgarejo.— Se presentan propuestas para la construcción de ferrocarriles.— Cómo se viajaba entonces en

el país.—Morales se muestra decidido a no dejarse arrebatar la presidencia.—Pesimismo político de Ballivián.—Morales es elegido presidente constitucional.—Párrafos de su mensaje que retrata tristemente la situación del país.—Rentas nacionales en 1872.—Debate político en la cámara y la tristeza de la vida pública.—Vida privada del bárbaro.—Vuelve a atropellar el congreso y su discurso incoherente.—Rompe con su ministro Corral.—Muerte desastrosa de Morales.

LIBRO SEXTO

La Guerra Injusta

CAPITULO I.

Frías se hace cargo de la presidencia y convoca a elecciones.— Se presentan los candidatos presidenciales.—Gestiones de Ballivián en Lima.—Frías da cuenta de sus actos al congreso.—Es elegido presidente Ballivián.— Rasgos de carácter.— Política conciliadora y su plan financiero.— Estado desastroso de la hacienda pública.— Oposición del congreso a su plan.— Alarmas en el Perú.— *El Sonso Cañano*.— Agitación política que ocasiona la enfermedad incurable del presidente.— Opinión de la prensa peruana.— Muerte de Ballivián.

CAPITULO II.

Frías asume la presidencia.— Rol preponderante de Daza.— Pobreza de la hacienda pública.— Manejos subversivos del caudillo Corral.— En el congreso se trata la cuestión con Chile.— El empuje chileno en el Litoral.— La concesión Church.— Movimientos revolucionarios.— Liga Corral-Quevedo.— Biografía de Frías.— Campaña del presidente.— Acción de Chacoma y rol de Daza.— El país se siente cansado con su vida de incesantes revoluciones.— Estado social y económico de Bolivia.— Aspecto de la vida social.— Todos anhelan un *brazo fuerte* y piensan en Daza.— El «hombre Providencial».— Se le señala como candidato.— Su programa ilusorio.— Candidaturas de Salinas y Santiváñez.— El soñador enfermo y el hombre de acción.— Daza, desconfiado de las elecciones, consuma el golpe de Estado.— Caída del presidente Frías.

CAPITULO III.

El presidente Daza.— Explica al país su conducta.— Desenvuelve su política de venganzas y persecuciones.— La asamblea de 1877.— Dicta la décima Constitución.— Actos arbitrarios del gobernante.— El gabinete renuncia en masa y Daza constituye otro.— Excursión al Santuario de Copacabana.— Se inicia el pleito con Chile.— Proceso de la cuestión.— El gobierno de Chile interviene en un asunto netamente privado.— Chile declara la guerra a Bolivia.— Su objeto era apoderarse de las riquezas del Litoral.— Esas riquezas eran desconocidas en Bolivia.— La ignorancia culpable.

--Un rasgo inícuo del presidente Daza.—Defensa heroica de Calama.—Situación militar de los beligerantes.—Bolivia se prepara para la guerra.—Monotonía de la vida de campaña.—El ejército se desmoraliza sin combatir.—Pisagua.—El terreno de operaciones.—Humillante retirada de Camarones.—Los siniestros manejos de Daza.—Lo que caracteriza a la guerra es la inconciencia.—Descontento contra Daza.—Viles proyectos del militar.—Es destituido por el ejército.

CAPITULO IV.

Campero asume la presidencia.—Sus andanzas por el desierto con la 5ª División.—Revolución de Silva.—Conflicto entre Montero y Camacho.—Campero marcha al campo de operaciones.—Desorganización del ejército en campaña.—Se considera inminente el encuentro.—Se combina un ataque nocturno de sorpresa.—Y los sorprendidos son los atacantes.—Desastre del *Alto de la Alianza*.—Los *Colorados*.—Desaliento en Bolivia.—Interviene Estados Unidos.—Convención nacional de 1881.—Destierro de Arce.—Pobreza del país y medios que aconseja un sabio para enriquecer a los bolivianos.—Nacen los partidos políticos con ensayos de programa.—Quijotismo internacional del gobernante.—Candidaturas presidenciales.—Simpático rol de Camacho.—El hombre nuevo—Pacheco y Arce inauguran en Bolivia la cotización del voto.—Programas de los candidatos.—Pacheco elegido presidente por transacción.—Ultimo mensaje de Campero.

LIBRO SEPTIMO

La Política Conservadora

CAPITULO I.

El «hombre nuevo»—Lo dirigen Oblitas y Corral.—Biografía de Pacheco. Se firma del Tratado de tregua con Chile.—Penosa situación económica del país.—Crece la agitación política.—Desarrollo de la prensa.—Sus características.—La despensa barata.—Cómo se viajaba.—La vida social.—El afán de las diversiones.—Oblitas sugiere la unión de demócratas y conservadores.—La representación diplomática de Arce en Europa.—La Compañía de Jesús interviene en política.—Se lanza la candidatura presidencial de Arce en 1887.—Los liberales lanzan la de Camacho.—Cuestión judicial Campero-Pacheco.—El escándalo público.—Conferencias de Páris.—Ingenua proposición de Camacho.—Elección de Arce y protestas que provoca su triunfo.

CAPITULO II.

Congreso de 1888.—Arce toma posesión del mando.—Horario de labores.—Revolución del 8 de septiembre.—Retrato del presidente.—Congreso de 1889.—Vehemencia de los ataques de la prensa.—Arce suspende *El Imparcial*.—Flores acusa y condena al ministro Ta-

mayo.—Sangrientas elecciones de 1890 y airada protesta de Camacho.—Se violan las fronteras del Perú por perseguir a los adversarios políticos.—Reclamación diplomática del Perú.—Período de persecuciones y desmayos.—Aspectos de la vida social.—En el congreso se lanza la candidatura presidencial de Baptista.—Se gestiona la alianza de los partidos Liberal y Demócrata.—Trabajos electorales de Baptista.—Sentido filosófico de uno de sus discursos.—Acertadas previsiones de un periodista de gobierno sobre las próximas elecciones.—Se inaugura el 15 de mayo de 1892 el ferrocarril de Uyuni a Oruro.—Aspecto de la ciudad hacia esta época.—Rol de Arce, el gran constructor.—Política de incomprensión o de mala fe seguida por los liberales en la cuestión ferroviaria.—Esbozo de un programa político liberal rechazado por Camacho.—Triunfo electoral de los partidos coaligados.—Plan para destruir la mayoría opositora.—Arce consuma la más grave de sus faltas políticas.

CAPITULO III.

Baptista, el hombre de la legalidad, sube a la presidencia por medios ilegales.—Esbozo de su carrera pública.—Se niega a levantar el estado de sitio.—Actitud de las matronas de La Paz.—La fraseología opositora comparada a los programas de política práctica de algunos países vecinos.—Reaparece *El Imparcial*.—Retrato de Zoilo Flores.—Acusa con vehemencia a Baptista.—Concepto del gobierno sobre el rol educativo de los maestros.—Se anuncia el viaje de Daza al país.—La capitalia enciende el odio lugareño.—Chuquisaca y su vida social.—Asesinato de Daza en Uyuni.—Rivalidad de los ministros Alonso y Paz, candidatos.—Cunde la desmoralización en las filas liberales.—Retrato del *Trinstitaja*.—Se lanza la candidatura presidencial de Pando.—Programa de Alonso.—*Somos partido oficial*.—Éxito electoral de Alonso.

CAPITULO IV.

Alonso toma posesión del mando.— Los liberales intensifican su propaganda subversiva.— Triunfo electoral de los liberales en las elecciones municipales.— Conflictos que provocan estas elecciones en La Paz.— Desacuerdo en el gabinete de Alonso.— Se despierta el sentimiento regionalista.— Lucha por la capitalia en el congreso de 1898.— Estalla la revolución en La Paz.— Sube al poder el partido liberal derrochando caudales de sangre.

Ultimos sucesos, 1900—1921

INDICE

DE LOS PRINCIPALES NOMBRES CITADOS

Abaroa	380	Atahuallpa	50
Abascal	23	Avila	245
Acosta	334, 440		
Achá	167, 213, y sig. 296, 507	Balcarce	15, 16
Agreda	180, 198, 241, 243 289	Baldivia J. M.	39
Alonso S. F.	523, 524, 526, 527, 528, 529, 530 y sig.	Baldivia, obispo,	509
Alvarez	54, 55, 510	Balza	227
Alberdi	56, 355, 510	Ballesteros S. L.	440
Antelo	60	Ballivián J.	79, 87, 105, 109 y sig. 142, 154, 554
Antezana	285, 285, 288	Ballivián M.	166
Aramayo A.	302	Ballivián A.	215, 219, 233, 241, 289, 315, 334 y sig. 402
Archondo	211	Baptista	179, 241, 319, 325, 341, 348, 418, 427, 438, 459, 466, 474, 479, 480, 488, 489, 492, 497, 502, 504, 505 y sig.
Arce E.	15	Barragán	256
Arce A.	412, 414, 418, 421, 423, 426, 445, 446, 447, 448, 457, 458, 460, 464, y sig. 506, 508	Barrés	489
Arguedas C.	134, 255, 264 y sig.	Bascuñán	286
Arguedas A.	417	Béquer	440
Arenales	32	Belgrano	19, 20
Armaza	80	Belzu	128, 132, 135, 139 y sig. 194, 220, 230, 242, 255, 259, 482
Aspiazu	216, 370, 416		
Ascarrunz M.	440		
Ascarrunz A.	440		
Astrain G.	447		

Benavente	225, 277, 322	Clavijo C.	159
Betanzos	21	Córdova, deán,	87
Blanco	77, 78, 79, 81, 82	Córdova J.	161, 168, 172,
Boeto	6	174 y sig.	197 220,
Boeto B.	419	224, 359	
Bolívar	28, 29 y sig.	Cortés	179, 216, 226
Bourget	489	Corral	291, 306, 326, 333,
Brawn	100	335, 341, 346, 350,	
Buendía	388	366, 372, 434, 485.	
Buitrago	189	Cuéllar	178
Bulnes	101, 321, 406	D'Agneau	4
Bustamente	263, 289	Dalence	118
Bustillo	186, 222, 236, 311,	Dávila	10
320, 338		Daza	282, 290, 341, 345,
		349, 353, 358, 363,	
		367, y sig.	475, 482,
		507, 516, 517, 520, y	
		y sig.	
Cabrera	380	Delgadillo	326
Calahumana Juana B.	93	Díaz Vélez	17, 18
Camargo	21	Doria Medina	406
Calvimonte	305	Echenique,	160
Calvo	99, 226, 235, 258	Eduardo E.	533
Calvo J. M.	354, 441, 419	Eduardo J.	440
Camacho E.	245, 390, 394,	Escalier	550, 563
399, 401, 403, 406,			
409, 422, 425, 439,			
449, 456, 457, 460,			
466, 472, 484, 487,			
491, 494, 502, 504,			
515, 524			
Camacho J. M.	393, 440	Fernández R.	188, 195,
Campero	202, 255, 257,	199, 209, 212, 221,	
263, 397 y sig.	449	227, 274	
451, 452, 455, 525		Fernando VII.	5
Canevaro	402	Ferri	516
Canterac	24, 28	Figueroa	14
Carlota D ^a	6	Flores Z.	470, 512, 513,
Carpio	428	515, 531	
Carvajal	7	Frías T.	189, 231, 241, 301,
Carrasco	428, 468	325, 329, 333, 342,	
Castelli	15, 19	344 y sig.	517
Castilla	127, 158	France A.	440
Castro	13	Galindo	65
Castro Pinto	404, 406	Galindo N.	268
Catacora	10	Gamarra	67, 73 76, 94, 101,
Cerqueira	279	107	
Church	307, 314, 349	Garofalo	516

Gonzáles	408, 474	165, 176, 179 y sig.	
Gonzalo Prada	15	217, 336	
Goyeneche	6, 12, 13, 17, 19	Lindsay	312, 347
Graneros	10	Lombroso	516
Grau	383	López Neto	279
Guachalla	536	Lozada	283
Güemes	21		
Guerra P.	119, 122, 123	Machicas	188
Guilarte	130	Mas J.	440
Gutiérrez	32	Medina	10, 11
Gutiérrez J. R.	285, 419, 422	Medinaceli	33
Gutiérrez A.	557	Melgarejo	168, 244, 245, y sig. 313, 436, 371, 373, 507, 513, 531
Gutiérrez Guerra	550, 552, 561	Méndez	363, 419, 481, 483
Guzmán	141, 174, 415	Méndez C.	440
Guzmán Achá	522	Mendoza J. L.	559
Guzmán Quinton	15	Mendoza de la Tapia	189, 214, 234, 282, 290, 308, 315
		Mercado	7, 8
Heredia	100	Michel	8, 10
Hoyos	26	Miller	35
Huáscar	50	Monje	10
		Monteagudo	7
Ibáñez	368	Montero	395, 401, 409
Indaburo	10, 11	Montes C.	407
Iraizós	440	Montes I.	513, 535, 543, 544, 545, 546, 550, 551, 557, 558
Iturralde A.	527	Montesquieu	4
Iturri	167	Morales	141, 148, 223, 229, 241, 289, 291, 297, y sig. 344, 507
		Moscoso	44
Jaimes Freire R.	440	Moxó	5, 6, 190
König A.	541	Mujía M. J.	226
Kramer P.	440	Muñoz D.	211, 252, 263, 273, 280
		Muñoz Cabrera	274, 280
Laguna	150, 152	Murguía	407
La Faye	327, 328	Murillo	10, 13, 14, 482
Lanza	10, 21, 483		
La Serna	23		
Lemoine	7, 424		
Lens B.	211, 226		
Limíñana	44		
Linares	134, 136, 154,	Nieto	15, 16

Nolasco Videla	374	Ramírez	16
		Ramírez J. M.	563
Oblitas	246, 273, 274, 289, 315, 361, 365, 368, 434, 445, 459	Ravelo	409
O'Connor	65	Raynal	4
Ochoa	389, 401	Rendón	315
Olañeta	27	René Moreno	32, 59, 143, 385, 512
Olañeta C.	29, 33, 35, 65, 67, 91, 129, 133, 135, 161, 205, 208	Reyes Cardona	282, 305, 371
Oliden	284	Reyes Ortiz	325, 536
Orbegoso	94, 101	Ribera	280
Ortiz	195	Ribero	15, 18
		Riva-Agüero	26
		Robertson	51
		Rodríguez	13
		Rondeau	21
		Rojas	282
Padilla	21, 22, 80	Saavedre A.	558
Pacheco	423, 427, 433, y sig. 480, 481, 484, 487, 488, 490	Saavedra B.	547, 548, 562, 563, 564, 565
Palacios A.	120	Sagárnaga	10, 11
Pando	406, 475, 524, 525, 526, 529, 536, 537, 539, 543, 547, 549, 559	Salamanca	544, 547, 558, 564
Patiño S.	417	Salaverri	96, 97
Paz J. M.	22	Salinas	411, 415, 466
Paz L.	508, 520, 523, 527, 528	Salinas Vega	385, 413
		Sánchez Juana	201, 271, 283, 313
Pefiarrieta	245	Sánchez	213
Pereda	468	Santa Cruz	26, 27, 63, y sig. 170, 482
Pérez J. J.	193, 230, 232, 389, 409	Sanjines J.	317, 345, 354
Pezuela	18, 20, 21	San Martín	24
Piérola	394	Santivañez	341, 361, 363
Pinilla M.	533, 536	Sarmiento	55
Pizarro	6, 8	Serrano	33, 63, 109
Prado	382, 385, 390, 393	Sierra Lesama	47
Prudencio	7, 123, 194	Silva	401
		Silvestre	440
		Soria Galvarro	500, 513, 517, 523, 524
Quevedo	315, 350, 366, 372	Sotomayor Valdés	97, 102, 177, 191, 193, 199, 236, 377
Quijarro	218, 411, 478		

Suárez B.	403	Valle E.	209, 219 301,
Subieta E.	194		309, 310
Sucre	26, 30, 33, 61 y	Vargas P.	407
sig. 428		Vásquez	265
		Velarde	33
		Velasco	77, 81, 82, 104,
Taborga M.	419		108, 131, 482
Tamayo I.	276, 469, 470,	Velasco Flor	196, 265
502, 529		Vergara Albano	278
Téllez	152	Vicuña Makena	387, 408
Tocornal	94	Villalobos	440
Torrente	15	Villazón	544
Tovar E.	521		
		Walter Martínez	60, 193,
			198, 278, 348, 356
Ulloa	54	Wiener	364
Urculla	33		
Urdininea	67	Yáñez	221, 223, 224, 225,
Uriburo	378, 382, 391, 393		228
Urquidí	234	Zapata S.	405
		Zapata M.	444
Valda	467	Zudáñez	7, 8
Valdés J. C.	440		
Valera	440		